P
3254

92
148
163

B.P. de Soria
61096841
D-2 17567

Donado por
Luis Pardo Alvo
Soldado de la División nº 74
"La Leona"
¡Viva!

# EL LIBRO DE ORO

r. 4.425

11
241-A
R. 4.735

SÉNECA

# EL LIBRO DE ORO

SEGUIDO DE LOS

PENSAMIENTOS ESCOGIDOS

Y DEL TRATADO

DE LOS BENEFICIOS

BIBLIOTECA PÚBLICA SORIA

2.ª EDICION

LIBRERÍA BERGUA
MARIANA PINEDA, 9 TE 16738
MADRID

JUAN B. BERGUA ha hecho el estudio biográfico preliminar y compilado, después de ampliarlo, de la magnífica serie de pensamientos morales conocidos bajo el nombre de "Libro de Oro de la Vida".

AURELIO BAIG BAÑOS ha traducido los "Pensamientos" y el admirable tratado "De los Beneficios".

Queda registrado y hecho el depósito que marca la ley

Impreso en España

Printed in Spain

Imp. Sáez. - Martín de los Heros, 65. - Madrid.

# ESTUDIO BIOGRAFICO

El deseo de reivindicar en la medida que esté al alcance de mis fuerzas la por todos conceptos gloriosa memoria del más grande de los filósofos y moralistas romanos va a hacer que estas palabras preliminares depasen los concisos límites que convienen a esta modesta colección, y de la que sólo alguno de los tomos, cuya brevedad de texto parece en cierto modo justificarlo (como en *El Príncipe*, de Maquiavelo), es verdadera excepción. Mas en este caso justo será excusarme si se tiene en cuenta que la casi totalidad de los historiadores modernos manifiestan una actitud tan marcada e injusta (al menos, a mi modo de ver y apreciar las cosas) de juzgar al eximio moralista cordobés, que no puedo menos, valga por lo que valiere, de salir a sumarme, si no precisamente a sus panegiristas, si a aquellos que en adelante, con mayor tiempo y erudición que yo, quieran seguir velando por la verdad de una vida tan extraordinaria como la suya, en la que las alabanzas deben ocupar un puesto infinitamente superior a las censuras.

En efecto, si hubiese medio de reunir en una las muchas censuras que, como digo, parece moda reciente achacarle, habría que sintetizarlas en esta principal: "que era un filósofo y un moralista cuya vida y cuyo ejemplo personal distaban muy mucho de los ejemplos y preceptos que recomendaba a los demás". Se le tilda además de "débil de carácter" en lo que respecta a su tutela o maestrazgo con Nerón; se le hace incluso cómplice por algunos, en fin,

bien por esta misma debilidad, ora, lo que es peor, por servilismo y cobardía, de muchos de los errores y no mala parte de los crímenes de su discípulo.

La defensa de la primera imputación no necesita abogados especiales. Su vida sencilla y honesta en medio del esplendor en que sus riquezas y posición social le colocaron y su serena muerte demuestran que era estoico de alma y de corazón y que en vano torcidas voluntades y falsas apariencias tratan de atacar esta verdad. Para demostrar la injusticia de la segunda bastará trazar un cuadro fiel de la época y meditar serenamente si en buena lógica podía ni debía haber hecho otra cosa que lo que hizo; es decir, aceptar, transigir o aconsejar, según los casos, entre los infinitos males que de continuo deparaba la perversidad y locura de Nerón, el menor. Pretender que la tutela de Séneca cambiase los infinitamente perversos instintos congénitos de este príncipe y, por si esto fuese poco, la obra anterior, integrada por los depravadísimos ejemplos y torcida instrucción que recibió antes de caer en sus manos, es una sencilla simpleza. Opinar que, ya hombre y en posesión de un poder omnímodo e indiscutible, hubiera sido, no ya eficaz, pero ni siquiera prudente, tratar de enfrentarse con el monstruo todopoderoso, locura. Aquello estaba fuera de los límites de su voluntad; esto hubiese sido contra toda razón. Séneca hizo en uno y otro caso lo mejor que se podía hacer: ver de remediar males inevitables o escoger entre varios el menor, único bien filosófico y posible en tales circunstancias.

"No se puede sin peligro acometer a los poderosos", escribe el mismo Séneca un día, tal vez acometido por la duda de si debería oponerse resueltamente al tirano. "El sabio nunca provoca la ira del más poderoso; al contrario, procura evitarla", se responde al punto a sí mismo; y aún añade con infinito desaliento: "Ha de llevarse con paciencia la voluntad del príncipe en lo justo y en lo injusto."

Como verá el que leyere, el destino puso bajo la sabia y dulcísima férula de Séneca un monstruo inmundo, en cuyas manos la casualidad reunió los destinos del mundo. Una herencia infinitamente depravada, una educación anterior enteramente corrompida y, como marco a este cua-

dro, ya sombrío, una sociedad en el colmo de la abyección. ¿A tal hombre en tales condiciones se le da todo el poder y aún se pretende que otro, en nombre de la virtud, es decir, en nombre de todo lo contrario a lo que siente, piensa y quiere el que ha de ser enmendado, varíe su modo de ser?

Pero, se argumentará, ¿por qué no abandonó su puesto si nada podía hacer; o por qué, al menos, cuando tuvo que callar o sancionar el primer crimen del tirano, no se rebeló y le escupió a la cara sus vicios? En efecto, esto lo pudo hacer; mas ¿qué hubiera conseguido sino anticipar varios lustros su muerte? ¿Que hubiera sido un bello gesto? Sin duda, tan bello como inútil; en todo caso, no más bello que su muerte cuando acaeció; y, desde luego, mucho menos sensato, mucho menos prudente y mucho menos filosófico, por cuanto por un bello gesto arrogante nada se hubiese ganado y, en cambio, se hubiese perdido mucho: sus conciudadanos, unos años de paz, de justicia y de buen gobierno; Roma, uno de sus grandes políticos, el segundo de sus oradores y el primero de sus filósofos; el mundo, todo ello, más a uno de sus mejores moralistas y a uno de sus hombres más ejemplares y virtuosos.

He aquí por qué siendo necesario, para comprender la conducta de Séneca, para disculparla, para justificarla y aun para aplaudirla, conocer no solamente su vida privada y su obra, sino su vida pública y muy especialmente el medio en que se desarrolló esta fase de su actividad, forzosamente habré de tratar este punto con cierta predilección y hasta dejando algunas veces en segundo término la figura del filósofo. De obrar de otro modo no se podría llegar a la conclusión de que su manera de obrar no sólo no desdijo su manera de pensar (bien que en su fuero interno le angustiase continuamente la depravación ambiente y muchas veces lo que se vió obligado, para evitar males mayores, a sancionar con su silencio y aun con sus palabras), sino que fué lo mejor que pudo hacer en aquellas circunstancias y época, sin igual tal vez en la historia, en que a los dioses les plugo poner junto a uno de los hombres más perversos y abyectos que hayan existido

otro de los más sabios y virtuosos de que puede enorgullecerse la humanidad.

* * *

Cuantos hasta hoy han pretendido trazar la biografía de Séneca se han visto precisados, a falta de otra buena de la que partir y en la que apoyarse, debida a alguno de sus contemporáneos, a bucear en las fuentes, no muy numerosas ni concretas por cierto, que dan noticias de este admirable filósofo. Y estas fuentes son: de una parte, sus propios escritos; de otra, los de aquellos que más o menos próximos al filósofo y con mayor o menor extensión se ocupan de él.

Ahora bien: una y otra fuente son singularmente imprecisas, y tan sólo a fuerza de mucha reflexión y no mala dosis de espíritu crítico y deductivo se puede reconstituir con su ayuda la vida de Séneca.

En lo que a sus escritos respecta, mejor dicho, en lo que nos queda de sus escritos, que, por desgracia, no todos han llegado a nuestras manos, si bien es indudable que están sembrados de alusiones a su vida y a los sucesos públicos acaecidos durante ella, estas alusiones son tan imprecisas y vagas la mayor parte de las veces, que tan sólo podemos separar y establecer con precisión un pequeño número de detalles; detalles insuficientes por sí solos para apoyar sobre ello una biografía. Por otra parte, de no juzgar a Séneca sino por sus obras literarias, formaríamos de él una opinión extremadamente inexacta: veríamos al filósofo, pero no al político; y aun al filósofo le imaginaríamos más sutil que grande, más espiritual que profundo: nos aparecería como un hábil barajador de ideas, como un observador penetrante, como un dialéctico sabio, como un manantial fecundo de discretas e ingeniosas frases, más bien que como un pensador genial y poderoso; advertiríamos en seguida, claro está, al hombre superior. Pero sólo compaginando sus escritos con su vida, es decir, lo que él escribió con lo que de él escribieron otros; más aún, aplicando a ambas cosas una buena dosis de reflexión y sentido crítico—ya que, como digo, quienes sobre él es-

cribieron nos le ofrecen entre una desesperante nebulosa—, es como llegaríamos a vislumbrar en toda su magnitud la figura de este moralista admirable, filósofo prodigioso y prosista de los mejores de su tiempo: "Princeps tuum eruditionis ac potentiae", el primero en poderío e instrucción, que dice Plinio reflejando en dos palabras cuanto fué y cuanto pudo.

Más amplios y precisos que sus propios escritos, en lo que a su persona respecta, son los testimonios de los historiadores romanos. Ahora bien; no lo son tanto que gracias a ellos quede dibujada de manera precisa y detallada la vida de nuestro filósofo, siquiera en lo que a su actividad política respecta. En efecto, ni la lectura de Tácito —fuente la más amplia y extensa en datos sobre Séneca—, ni la de Dion Casio y Suetonio, que le siguen en importancia, ni la de Plinio el Antiguo, Quintiliano, Juvenal, Plutarco, Fabio Rústico y otros de un menor interés para nuestra cuestión, permiten por sí solos esbozar un cuadro satisfactorio de la preciosa vida del amable y sereno filósofo, discreto y avisadísimo político y orador admirable, cuya gloriosa figura es para nosotros, por la feliz casualidad de que naciese en nuestra península, doblemente interesante.

Tan interesante, que antes de exponerla someramente voy a dar una pequeña nota bibliográfica para servicio de aquellos que gustasen de ampliar la reseña que va a continuación.

Pueden, de consiguiente, consultar con fruto, además de las propias obras de Séneca y de las de los historiadores citados, las siguientes:

Jérôme Cardan, *Encomium Neronis.* (Oeuvres complétes, tomo I, ed. de Lyon, 1663.)

Juste Lipse, *L. Annæi Senecæ philosophi opera quæ exstant omnia* (prefacio y comentarios). Anvers, 1605; 2.ª edición, 1615.

Diderot, *Essai sur les régnes de Claude et de Néron et sur les mœurs et les écrits de Séneque.* París, 1779.

Gelpke, *De Senecæ vita et moribus.* Berna, 1848.

Lehmann, *Claudius und seine Zeit.* Gotha, 1858.

C. Martha, *Les Moralistes sous l'empire romain.* París, año 1865.

**Sthar,** *Agrippina, die Mutter Nero's.* **Berlín, 1867.**

**Jonas,** *De ordine librorum Senecæ philosophi.* **Berlín, 1870.**

**Martens,** *De Senecæ vita et de tempore, quo ejus scripta philosophica composita sint.* **Altona, 1871.**

**H. Schiller,** *Geschichte des römischen Kaiserreichs unter der Regierung des Nero.* **Berlín, 1872.**

**C. Martha,** *Etudes morales sur l'antiquité.* **París, 1883.**

**Hochard,** *Etudes sur la vie de Sénèque.* **París, 1885.**

**Heikel,** *Senecas Charakter und politische Thätigkeit.* **(Acta societatis scientiarum Fennensis, XIV.) Helsingfords, año 1886.**

**Diepenbrock,** *Senecæ philosophi vita.* **Amsterdam, 1888.**

**Gercke,** *Seneca-Studien.* **(Neue Jahrbücher für classische Philologie, sup. XXII.) Leipzig, 1896.**

**L. Friedlaender,** *Der Philosoph Seneca.* **(Historiche Zeitschrift, neue Folge, XLIX.) Munich, 1900.**

**Ball,** *The Satire of Seneca on the apotheosis of Claudius.* **New-York y Londres, 1902.**

**Willrich,** *Caligula.* **(Beiträge zur alten Geschichte, III.) Leipzig, 1903.**

**Ferrero,** *Nerón.* **(Revue de Paris.) París, 1906.**

**Favel,** *Sénèque.* **Lausana, 1906.**

**C. Pascal,** *Séneca.* **Catanea, 1906.**

**Ramorino,** *Il carattere morale di Seneca.* **Atenas y Roma, año X, n. 100.) Florencia, 1907.**

**J. Martha,** *La Vie et les œuvres de Sénèque.* **(Revue des Cours et des Conférences XVImc année.) París, 1908.**

**R. Waltz,** *Vie de Sénèque.* **París, 1909.**

**Menéndez y Pelayo,** *Historia de las Ideas Estéticas* **(tomo I, 4.ª ed.). Madrid, 1929. (Sobre Séneca, filósofo y moralista, puede hallarse en esta obra una abundante y escogida bibliografía.)**

**A. Bailly,** *La Vie de Sénèque.* **París, 1929.**

* * *

**Lucio Anneo Séneca nació en Córdoba hacia el año 4 antes de J. C. Su padre fué Marco Anneo Séneca (caballero romano que ha pasado a la posteridad con el sobrenombre de "el Retórico" por haber escrito, a instancias de sus hijos, siendo anciano ya, las *Controversias* y las *Suasorias*,**

trozos de discursos oídos en su juventud, rememorados gracias a su prodigiosa memoria, a los que precedió de prólogos en los que censura vehementísimamente—con prosa tal vez la más pura de su época—los vicios literarios del nuevo tiempo); su madre, Helvia, mujer de extraordinario talento natural, armonizaba en rico consorcio la grave y severa dignidad de las antiguas matronas romanas con la audacia y los primeros atisbos de independencia femenina de la época en que vivió. Dotada de vivísima curiosidad intelectual, hubiérase dedicado ardientemente al estudio de no impedírselo su marido, que no concebía ni gustaba de la mujer sino al estilo antiguo; no obstante, sorteando como pudo la oposición marital y supliendo lo que le faltaba de instrucción propiamente dicha con esa especie de intuición admirable, con esa penetrante y rápida vivacidad de espíritu innata en ciertas mujeres, llegó a alcanzar un buen juicio y una prudencia verdaderamente viriles, que le permitieron ser durante toda su vida la consejera y confidente espiritual de su hijo. Este, por su parte, correspondió tiernamente en todo momento a lo mucho que debía a mujer tan extraordinaria. ¡Con qué conmovida admiración habla siempre de ella y cómo ensalzó en toda ocasión propicia el admirable consorcio que se daba en su madre de liberalidad y tolerancia moderna y de grave sencillez antigua, que la hacía desdeñar las joyas, los adornos y toda clase de lujos! ¡Cómo admiró y ensalzó siempre y sobre todo su pureza, en la que no pudieron hacer mella el corrompido ambiente y la degradada sociedad que la rodeaba por todas partes!

Junto a esta mujer admirable, y aún si cabe más inmediatamente unida a su vida y destino, al menos en su infancia, tuvo a su lado a una hermana menor de Helvia, amantísima y deliciosa criatura a la que Séneca amó como a una segunda madre—como lo que en realidad fué para él—y a la que su corazón agradecido supo inmortalizar con media docena de pinceladas. Por él la sabemos modesta, humilde, temerosa, entera y totalmente dedicada al bien y felicidad de aquellos a quienes amaba, y muy singularmente a él, de cuya enfermiza y atribulada infancia pareció cuidarse con especialísimo interés.

Tuvo también Séneca dos hermanos: uno mayor que él, Novato—único español de quien habla el Nuevo Testamento, ante quien compareció, según se dice, cuando era prefecto en Acaya, San Pablo—y otro menor, Mela—padre de Lucano—. Novato llegó a ser un declamador extraordinario, y, habiéndose hecho adoptar por el retórico Galión, se lanzó abiertamente, con gran alegría de su padre, a la carrera política. Mela, si cultivó la elocuencia, fué por gusto, tal vez por obedecer y complacer a su padre; pero en todo caso no aspiró a otro poderío que el que de por sí confiere la riqueza, la que consiguió, y muy considerable, primero ejerciendo las funciones de procurador imperial y luego gracias a acertadas especulaciones financieras. Uno y otro fueron víctimas también, como Séneca y después de él, de la criminal locura de Nerón.

Era muy niño aún Séneca, y de muy inestable salud por cierto, cuando su padre, celosísimo de su educación y de su porvenir, decidió trasladarse a Roma, centro de la actividad intelectual del mundo romano. Su pensamiento, fiel a la antigua tradición entre las familias ricas, era dedicar sus hijos a la elocuencia y a los *honores;* para ello, ningún lugar del Imperio más apropiado que la gran urbe donde se congregaban y tenían escuelas los mejores retóricos, oradores y maestros de su tiempo.

Sabido esto, no es difícil imaginar lo que sería la infancia y adolescencia de Séneca en Roma. Los primeros estudios los cursaría en su propia casa, según era norma en las familias acomodadas, en manos de un preceptor. De ellas saldría para ser puesto en las de un *grammaticus* que de los doce a los diez y seis años le iniciaría en el arte del estilo y en los rudimentos de la elocuencia, al tiempo que en la lengua y literatura griegas. Acabado este ciclo secundario, y conocidos Homero, Hesiodo, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Esopo y Menandro, así como Eneo, Livio Andrónico y algunos trozos escogidos de otros latinos más modernos, tales que Virgilio, Horacio, Cicerón y Tito Livio, dejaría el gramático para caer bajo la férula del *rhetor.*

¿Qué retórico fué su maestro? No se sabe. Tal vez no fuese muy aventurado opinar que su propio padre, Marco. En todo caso, lo cierto es que, más independiente que sus

hermanos, turbado por una curiosidad poco común y por un deseo de saber que no se saciaba fácilmente, harto muy pronto de la falsedad de la retórica, no tardó—con gran desesperación de su padre—en desertar de las escuelas de aquellos vanos declamadores para refugiarse en las de los filósofos.

La filosofía fué para Séneca una verdadera revelación. Como quien cae al fin en el elemento que le es indispensable, se dió a ella tan ávida, completa y enteramente, que casi a un tiempo hizo suyas todas las doctrinas en auge a la sazón.

Las interesantísimas enseñanzas de Atalo, Sotión y Fabiano, las maravillosas soluciones que ofrecían a todos los problemas humanos, soluciones tan distintas de las vacías y estúpidas fórmulas retóricas, le sedujeron inmediatamente; y ganado por sus discursos, que en vez de perderse en futilidades exponían la verdadera ciencia de la vida elevando el corazón y manteniendo siempre alerta la razón, se hizo estoico con el primero, pitagórico con el segundo y ecléctico con Fabiano. Más tarde, aún había de interesarse por el *cinismo* de Demetrio.

Y a la filosofía se lanzó con todas las fuerzas de su alma. "Quanto majore impetu ad philosophiam juvenis incesserin quam senex pergam", que dice él mismo. Asistir a las lecciones de los filósofos, pasear en su compañía escuchándolos o discutiendo con ellos; iniciarse poco a poco, hora tras hora y minuto tras minuto, en la grave doctrina estoica; meditar sus preceptos, medir sus beneficios, vislumbrar sus para él nuevos e insospechados horizontes, fué renacer a una nueva vida; y la veneración que empezó a sentir por sus nuevos maestros, por aquellos filósofos, capaces, a su juicio, de gobernar con el solo influjo de sus doctrinas a los propios reyes y de desafiar en felicidad, por la que ellas les proporcionaban, al propio Júpiter, formó en su alma una inesperada amalgama con la esperanza que empezó a germinar en su pecho de llegar a ser un aprendiz siquiera de tan maravillosa sabiduría.

De lo que fué para él aquella iniciación, del efecto que hizo en su alma la revelación de la nueva ciencia, son prueba evidente los mil detalles que dedica en sus obras a

recordar aquella felicísima y embriagadora época de su juventud en que tuvo lugar su iniciación en la filosofía. Sus más vibrantes y cálidas páginas son sin duda las destinadas a rememorar tan dulcísimos e imborrables recuerdos; "Cuando Atalo—dice años más tarde, recordando—se indignaba contra los vicios y los errores de los hombres, yo no podía menos de apiadarme de la humanidad y de considerarle a él como un ser sobrehumano. El decíase a sí mismo rey; pero para mí ¡infinitamente más que un rey era, puesto que su maravillosa virtud emplazaba continuamente a los reyes a comparecer ante el tribunal que levantaban sus doctrinas! Y cuando, luego, exaltaba la pobreza, cuando demostraba que todo aquello que sobrepasa lo estrictamente necesario es, en verdad de verdades, miserablemente superfluo, mi único, mi más ardiente deseo, era poder salir pobre de su escuela. Y si condenaba las voluptuosidades, si alababa la continencia, la sobriedad y el desprecio de los placeres, me hacía arder en impaciencia por abandonar mi glotonería y mis muchas comodidades. He aquí cómo oyéndole juré renunciar para siempre a las ostras y a las setas, alimentos en modo alguno útiles, sino simple pretexto para las voluptuosidades. Así aprendí a pasarme sin perfumes, seguro de que el mejor olor para el cuerpo es no oler a nada. Así y gracias a él, en fin, renuncié al vino y a los baños placenteros. Porque ¿qué sino un placer sensual y superfluo es cocerse en agua tibia y agotarse a fuerza de sudar?"

Pero no fué sólo el renunciar a comer ostras y setas, a beber vino, a tomar baños calientes, y el negarse a reposar sobre colchones excesivamente blandos y suaves, todo ello bajo la influencia de Atalo; sino que influído también por Soción, que enseñaba en Roma las doctrinas pitagóricas, se hizo vegetariano. Porque Soción, pitagórico ferviente, predicaba y enseñaba el vegetalismo no solamente basándose en razones de higiene, sino en aún más elevadas y desinteresadas razones metafísicas.

"¿No crees, me decía—escribe Sócrates—que las almas pasan de un cuerpo a otro y que la muerte no es sino una metamorfosis? ¿No crees que en las bestias salvajes, en los pescados y en los carneros palpitan almas que en otro

tiempo fueron humanas? ¿No admites que nada en el Universo se destruye, que los seres no hacen sino cambiar de morada y que si las estrellas gozan de revoluciones perfectamente regulares, animales y almas giran asimismo en un círculo inmutable semejante?... Y aunque alguien dude de esto, ¿debe esta duda detenernos?... En todo caso, de ser fundada mi opinión, debemos abstenernos por humanidad. De ser falsa, abstengámonos por frugalidad. ¿En qué puede perjudicarte el obrar como te digo?... ¿Qué te privo?... ¿De qué?... ¡En todo caso, de lo que devoran buitres y leones!"

Aún había de dejarse seducir por el desprecio a todos los bienes pasajeros que esclavizan a los hombres, por la vida voluntaria indigente y por la simplicidad rudimentaria de gustos y necesidades de Demetrio el cínico. "Dejo con gusto los grandes personajes vestidos de púrpura y vengo a entretenerme con este ser medio desnudo", había de escribir Séneca bajo su influencia.

Todo ello disgustaba y preocupaba profundamente al viejo Séneca, que, aferrado a lo antiguo, no comprendía ni trataba siquiera de comprender lo que para él no eran sino condenables extravagancias. Doblemente condenables por cuanto atentaban, a su juicio, primero contra la salud de su hijo (que en modo alguno podía creerle cuando afirmaba que con el régimen vegetariano sentía su espíritu más activo, más claro, más dispuesto); en segundo lugar, contra las creencias establecidas, y, por lo tanto, contra los propios dioses romanos.

En estas circunstancias, un decreto de Tiberio, aprobado por el Senado, ordenó la persecución de los sectarios de todas las religiones extranjeras y la expulsión de la ciudad de toda clase de cultos ajenos a ella. El atribulado padre se aprovechó de la ocasión que la casualidad le deparaba, y no sin mucho esfuerzo consiguió que su hijo, al menos en lo que a la vida exterior respecta, volviese a sus antiguas costumbres. "A instancias de mi padre—confiesa él mismo—, a quien la filosofía horrorizaba, volví a mis antiguos hábitos."

Por entonces—rondaba los veinte años—entraría seguramente en las filas del vigintivirato. ¿Qué función ejerció de

aquellas imprescindibles para que los jóvenes caballeros que salían de las escuelas adquiriesen en ellas el conocimiento práctico de los asuntos públicos que habían de servirles de preparación para las magistraturas superiores? No lo sabemos. También haría por entonces su servicio militar, y aunque tampoco sabemos en qué condiciones, sí podemos conjeturar que no fué para él un acontecimiento capital; sus gustos, por otra parte, no le inclinaban a ello.

* * *

Pero antes de pasar adelante es preciso exponer, siquiera sea brevísimamente, el cuadro político que ofrecía Roma a la sazón, pues sin ello no es fácil comprender los acontecimientos posteriores y la relación que Séneca tuvo con ellos.

El final del reinado de Augusto había transcurrido durante la infancia y adolescencia de Séneca: murió este emperador en el año 14. Las intrigas y crímenes encaminados a procurarle un sucesor llenaron de angustia y entenebrecieron este período. Precisamente Augusto, adivinando tal vez la tormenta que se cernía para después de su muerte, había tratado de atajar el daño asegurándose descendencia. Para ello tomó por yerno a Agripa, cuyas glorias militares y cuya devoción a su persona le hacían acreedor, pese a su oscuro nacimiento, a todos los honores. El nacimiento de sus nietos Cayo y Lucio debió de tranquilizar un instante al anciano Augusto. Entre los dos jóvenes príncipes, o tal vez entre Tiberio Nerón y Claudio Druso, hijos de su mujer Livia Drusila, ¿no había de sobresalir uno y hacerse digno de sucederle en la más alta magistratura del Imperio? Pero Druso murió, y poco después le siguieron Cayo y Lucio. Entonces, mientras los cortesanos volvían sus ojos hacia Tiberio haciéndole objeto de todas las esperanzas y adulaciones, el pueblo empezó a murmurar si Livia, su madre, no habría imaginado y dispuesto la muerte de los dos nietos del anciano emperador para asegurar la candidatura de su hijo. En todo caso, le iba dominando más y más, y de tal modo llegó a apoderarse de su voluntad que Augusto, por complacerla, deste-

rró a la isla de Planasia al último y único ya de sus nietos, a Agripa Postumus. Poco después moría Augusto, Tiberio era llamado a toda prisa (estaba en Iliria) y exaltado al trono. Una serie de crímenes, ya interminables durante varios reinados, ensombreció el Imperio.

Abrió esta larga serie de crímenes y atentados el desdichado Agripa Postumus; le siguió Julia, la propia hija de Augusto y primera mujer de Tiberio, desterrada en Reggio a causa de su desordenada conducta: de hambre y de miseria murió poco después hacia Tiberio asesinar a Sempronio Graco, antiguo amante de Julia, que desde hacía catorce años vivía en la isla de Cercina. Y a partir de este instante las víctimas se sucedieron sin interrupción: la delación se instauró en Roma; el restablecimiento de la ley de majestad *(lex majestatis)*, ley que permitía al capricho imperial alcanzar a todas partes al amparo de la más simple sospecha, acabó de sembrar el espanto. Fué una época angustiosísima en que todo pareció coaligarse para volver el cuadro más siniestro: desbordóse el Tíber deshaciendo la parte baja de la ciudad y causando infinidad de víctimas; estallaron revueltas populares que ocasionaron nuevas víctimas (entre ellas varios soldados y un centurión); sobrevino la impostura de Clemens, esclavo de Agripa Postumus, que se hizo pasar por éste... La muerte por envenenamiento de Germánico, que hacía muchos años venía sosteniendo, gracias a su genio militar y a su altísimo valor moral, el prestigio del Imperio allá en las fronteras, muerte atribuída a envidias de Pisón, su rival, hizo entrever un instante a Tiberio lo efímero de su poder ante el pueblo revolucionado. Pero calmado el populacho con el proceso de Pisón (proceso largo y trágico que determinó su suicidio) y a fuerza de *panen et circensis* volvió a acallarse, y mientras Tiberio se entregaba en Caprea a las más inconcebibles bacanales y a los estupros más insensatos, las ejecuciones y toda clase de atropellos infames y arbitrarios siguieron siendo el pan de cada día.

La podredumbre de una sociedad que sólo de nombre era grande se evidenciaba por todas partes. De la anti-

gua austeridad de costumbres, ni el recuerdo; todo sentido moral fué abolido; el único apetito de aquel puñado de almas que tenían al mundo bajo su férula, era el goce. Para conseguirlo, todos los caminos eran buenos. Se había llegado a despreciar la vida a fuerza de humillarla y denigrarla. El patriciado, en otros tiempos venerable, ahora deshonrado, en franca ruina, comido de deudas y de vicios e indiferente a su propia vergüenza, se humillaba por conservar de su antigua grandeza la parte más vil y miserable: el lujo desenfrenado, ante los poderosos de un momento, ante los enriquecidos, ante los libertos fastuosos, amigos y bienquistos del príncipe, cuyo lujo bárbaro y cuyos crímenes eran como el cortejo de los vicios más increíbles y desatinados y de las lacras morales más atroces e inconfesables.

Si alguna casa se salvó en Roma de tanta ignominia fué la casa de Séneca. Si alguna mujer escapó a aquella vorágine de lujuria y de vicio fué su madre, y con ella aquella otra dulcísima criatura, su hermana, a la sazón en Egipto, país adonde había ido en seguimiento de su marido, Cayo Galerio, nombrado gobernador de la región del Nilo. El anciano retórico debió cerrar las puertas de su morada para que no se contaminase con tanta infamia, y allí, aquella media docena de seres tan estrechamente unidos se esforzarían por mantenerse alejados del malsano contacto exterior.

Lógicamente, Séneca debió apartarse con horror en aquella época de los cargos con que había iniciado su carrera política. La más elemental prudencia le aconsejaba a ello, por una parte, por cuanto no había seguridad posible en aquel miserable ambiente de envidias y delaciones; de otra, su poca salud le empujaría también a tan acertada determinación.

Víctima, en efecto, de toda clase de enfermedades—como él mismo confiesa—, escapó de Roma camino de Campania, para más tarde refugiarse en Pompeya, donde el aire balsámico, puro y saludable de su maravilloso golfo ayudaría a sus pulmones a respirar con menos dificultad. Era víctima, en efecto, de una especie de asma: "Es un mal

violento; especie de tormenta que, como ellas, por fortuna pasa pronto. Los ataques no me suelen durar más de una hora. ¡Cómo podrían durarme más sin acabar conmigo! Pero son una verdadera agonía. Un verdadero caminar hacia la muerte."

Ya en Campania, sus ahogos disminuyeron y se sintió revivir. "Sufrí toda clase de enfermedades, y toda especie de fiebres hicieron presa en mí. De muy joven, aun pude resistirlas; pero luego fuerza me fué sucumbir ante ellas. De tal manera me ganaron que quedé enteramente deshecho. Mi delgadez y mi debilidad llegaron a ser tales, que a punto estuve muchas veces de quitarme la vida. Si me contuve fué por respeto a la ancianidad de mi padre; por él me impuse la obligación de vivir."

De Pompeya pasó a Egipto. Le atrajo a este país no tan sólo la fama de su excelente clima para las afecciones del pecho, sino la presencia en él, como indicado queda, de aquella tierna criatura a quien tanto quería y por quien era adorado. Años más tarde, su hermano Galión, tuberculoso también, había de hacer el mismo viaje para combatir su mal.

Fruto literario de este viaje fueron dos obras que desgraciadamente no han llegado a nuestras manos: *De situ et sacris ægyptiorum* y *De situ Indiæ*.

El año 31 y curado ya, estaba de nuevo en Roma. Las dos largas travesías por mar, el clima suave de aquel lejano país y los cuidados de su tía (que volvió con él), habían hecho el milagro. De esta época son los primeros libros de *Controversias* de su padre. Por entonces se dispuso también a obtener la cuestura.

Seyan, el último de los favoritos de Tiberio, acababa de morir, y a este hecho esperado sucedió un engañoso período de calma. Creyendo que una era mejor advenía, la familia de Séneca aprovechó la ocasión para que éste alcanzase el puesto que para él tanto codiciaba su padre. Libre ya de dolores físicos y en la plenitud de la vida (treinta y cinco años), era el momento de conquistar la primera magistratura senatorial en la que su hermano Novato debía haberle ya precedido. En esta empresa (nada sencilla, pues toda persona que aspiraba a entrar en el

Senado debía, además de reunir determinadas condiciones de nacimiento y educación, ser apoyado por personas influyentes—suffragatores—que depusiesen en su favor), le ayudó nuevamente su tía. La dulce, tímida y admirable criatura hizo una vez más por él lo que ni por ella misma hubiese hecho. Aprovechando hasta la reciente muerte de su marido y las influencias que el luctuoso hecho la deparaban, visitó, rogó, se interesó por su sobrino. "Se hizo intrigante—dice el mismo Séneca—de tanto como me quería", hasta que vió sus deseos colmados.

Rota entretanto la engañosa tregua, volvieron a sucederse los crímenes y los escándalos sin interrupción. Los inocentes hijos de Seyan pagaron sin culpa y de modo atroz los crímenes de su padre. De boca en boca corrió durante muchos días su suplicio: las angustias del niño que preveía su destino; el terror de la muchachita que incesantemente preguntaba por qué se la tenía encarcelada; la lasciva maldad del verdugo que, por no infligir a una virgen el castigo reservado a los peores criminales, empezó por violarla, tras lo cual la estranguló, y luego a su hermano.

Los horrores siguieron a los horrores. Sexto Mario, por el hecho de poseer ricas minas de oro que envidiaba Tiberio, fué acusado de incesto con su propia hija y arrojado desde lo alto de la roca Tarpeya; la carestía de víveres ocasionó violentas sediciones cruelmente reprimidas; un incendio destruyó un barrio entero de Roma; Druso, hijo de Germánico, fué encerrado en su palacio, donde murió de hambre tras larga y cruelísima agonía, en la que para luchar en vano contra su avidez de alimento royó el propio colchón en que se acostaba. Se supo, en fin, con horror, que Tiberio dejaba Campania y volvió hacia Roma. Y se supo, en fin, ¡y con qué alegría!, la muerte del tirano ahogado bajo un montón de ropas por Macrón, su liberto.

Con ello dió principio el reinado de Calígula.

Los primeros meses de este reinado hicieron creer que las antiguas virtudes que parecían perdidas para siempre habían vuelto a florecer en Roma. Fueron meses de paz, de seguridad, de alegría. Acabaron las delaciones y las sentencias arbitrarias; la libertad individual fué respetada;

volvieron los desterrados; abriéronse las puertas de las cárceles; el Senado volvió a ser lo que siempre debía haber sido: el más alto y noble tribunal; la más libre y poderosa magistratura. Mas por desdicha, esta brevísima tregua de paz y de felicidad duró poco. Víctima súbitamente Calígula de extraña enfermedad, quedó, al sanar físicamente, poseído de indecible locura, locura que durante tres largos años hundió a Roma en la más desatinada y atroz tiranía que imaginarse puede; que no era ya un déspota, un tirano cruel y malvado quien ejerció el poder, sino un demente, un loco que sin mesura ni razón sometió todo a su bárbara férula, que volvió a esclavizar, ¡y de qué modo!, al Senado; loco, se hizo llamar *dominus*, y no contento con exigir este titulillo tan humillante para quienes veíanse obligados a prodigárselo, aun exigió que se le rindieran los mismos homenajes que al propio Júpiter.

No pasó Séneca inadvertido a los ojos del monstruo. No podía pasar, que sobradamente conocido era ya como escritor, como abogado y como orador; pero no fué un motivo político propiamente dicho lo que le hizo incurrir en el enojo del déspota. Después de la cuestura, seguramente ejercería Séneca el cargo de edil o de tribuno del pueblo —segundo grado de los *honores* desde Augusto—, pero estas funciones, como la cuestura misma, en un Senado de tal modo sometido y esclavizado a la voluntad del príncipe, ¿qué podían ser sino atributos puramente nominales, o poco menos? No fué, pues, como digo, con motivo de sus funciones por lo que incurrió en el enojo de Calígula, sino por la influencia que su pluma y su palabra ejercían ya en el público. El pseudo-Júpiter tenía, entre otras manías, las más orgullosas pretensiones literarias y oratorias y, a creer a Tácito, no le faltaba elocuencia a pesar de la afición que, según Quintiliano, sentía por los giros raros y expresiones arcaicas. Sobresalía, sobre todo, en las invectivas, y cuando se dejaba llevar por la cólera, cosa harto frecuente por cierto, sabía encontrar acentos terribles, doblemente terribles por cuanto iban seguidos de implacables castigos. ¿Cómo, pues, aquel hombre que se creía un dios iba a tolerar que nadie le superase en cuestiones que tanto le afectaban? ¿Qué otra cosa sino la envidia que sentía ha-

cia los probados talentos filosóficos y oratorios del senador Julio Gracinus fué causa de la muerte de este hombre intachable? ¿Qué salvó, por el contrario, al tan elocuente cuanto inmoral Domicio Afer sino el haberse arrojado a sus plantas al verse perdido, clamando entre lágrimas que se reconocía deshecho y humillado ante su sublime elocuencia?

* * *

El caso de Séneca fué un caso más de envidia; Calígula se burlaba y despreciaba sus escritos, a los que calificaba de *mortero sin cemento*, pero no podía perdonar su admirable elocuencia. Habiendo pronunciado un día Séneca, en el Senado, un discurso celebradísimo, ordenó que se le hiciera morir. Si salvó Séneca la vida fué gracias a una de las concubinas del príncipe que, ora por salvarle, ora por burla, se le ocurrió que no valía la pena de hacerle morir cuando muy pronto acabaría con él la propia tuberculosis que le minaba. El emperador, que solía decir a los verdugos de sus víctimas: "Arréglatelas para que muera lentamente...", le pareció mejor dejarle que se consumiese poco a poco, y a ello debió su salvación. Se salvó, pero no olvidó la advertencia, y abandonó el oficio de abogado. Ayudaría seguramente a esta resolución la muerte de su padre, y probablemente también su matrimonio. Escarmentado, sin la presión que aquél ejercía sobre él, y hasta tal vez enamorado, abandonó los asuntos públicos y se dió enteramente a las dulzuras de la vida privada y de la filosofía.

Por esta época debió empezar su tratado *De la Cólera* (1), que destila odio contra Calígula. Por esta época también empezó a rodearse de un grupo de espíritus selectos, algunos de los cuales—Lucilio y Sereno especialmente—fueron verdaderamente, si no discípulos propiamente dichos, sí amigos fidelísimos y fidelísimos compañeros a los que recibía con exquisita delicadeza y con los que, lejos de las furias y tempestades palaciegas y políticas, discutía las

(1) Este, y todos los escritos principales de Séneca, se publicarán en esta misma Colección.

admirables cuestiones que en tiempos había ya discutido con Atalo: el alma, la divinidad, la verdadera dicha, la postura del filósofo ante la vida. Estas y otras nobles y elevadas cuestiones eran motivo de gratísimas conversaciones y entretenimientos en el refugio y asilo que gustosa y voluntariamente había buscado para apartarse de la pestilencia y crimen de corte y política.

Nada se sabe de su primer matrimonio, acaecido, como dicho queda, por esta misma época, sino que su mujer—que murió al cabo de muy pocos años—le dió dos hijos, a los que amó tiernamente y de cuya crianza se ocupó con gran celo, al tiempo que de la educación de Novatila, su sobrina.

En esta vida apartada y tranquila conoció días de felicidad...

De pronto, el 24 de enero del año 41, cuando Roma en fiesta celebraba los Juegos Palatinos, empezó a correr el rumor de que Calígula había sido asesinado. Era verdad. Durante dos días silbaron por la capital aires de revolución. Al restablecerse la calma, un viejo quincuagenario, estúpido, balbuciente, tembloroso, embobado y juguete del primero que se le acercaba, ocupaba el trono: Claudio. La reputación del nuevo *dominus* no era nada halagadora. Su imbecilidad era proverbial; la vergüenza y repugnancia que inspiraba a sus familiares llegaba hasta empujarles al odio. Augusto, pese al estrecho parentesco que le ligaba a él, desconfiando valiese para algo y reconociendo su inferioridad, no le dió otra dignidad que la de augur (1). Tiberio, por hacer algo de él, le dió, como se da un juguete a un niño, las insignias consulares. Calígula le hizo cónsul, dignidad que no le sirvió sino para ser motivo continuo de burlas y afrentas crueles. Pues bien, este hombre tembloroso y balbuciente de quien hasta su misma madre decía, cuando quería ofender gravemente a alguien: "Es más estúpido que mi hijo", fué el elegido para ocupar el ensangrentado trono de Calígula.

No voy a entrar en detalles sobre el gobierno de esta

(1) Los augures eran los sacerdotes encargados de dictar los presagios luego de examinar los vuelos y el canto de las aves y las entrañas de las víctimas.

miserable criatura (1), esclavo de la tristemente célebre Mesalina. Roma cayó de una tiranía personal malvada e insoportable, en un estado de anarquía que no valía mucho más. Y entre las víctimas innumerables del nuevo estado de cosas, una de las primeras fué Séneca, pese a seguir practicando su vida de familia y de recogimiento (apenas cortado por las pocas expansiones mundanas que se permitía entre lo escogido de la sociedad romana), recogimiento aumentado por la muerte de dos de sus sobrinos y uno de sus propios hijos.

Habíase ausentado su madre de Roma luego de estas desgracias, tal vez por no atristarle más su propio dolor, cuando súbitamente vióse Séneca complicado en un asunto escandaloso. Se vió acusado de adulterio con Julia, nieta del emperador, hija de Germánico y hermana de Calígula y de Agripina, acusación formulada por la propia Mesalina. El caso no era sino una de tantas injusticias como el capricho de Mesalina tornaba ley; tan injusto que el propio Claudio aconsejó a los envilecidos senadores que se habían inclinado sin pruebas por la pena de muerte, que la conmutasen por la de destierro; pero de éste no pudo librarse y tuvo que partir para Córcega—lugar que le fué designado—sin tener siquiera tiempo de ver a su madre, que corría hacia Roma al saber la suerte que había cabido a su hijo.

Empezó entonces para el filósofo un larguísimo período de ocho años, que, de no haber sobrevenido la muerte de Mesalina, quién sabe cuánto hubiese durado. En efecto, la orden de relegación no fijaba plazo. Aparentemente, el castigo que implicaba era leve. Ir a Córcega era menguada empresa. Del puerto de Populonium a ella apenas había ochenta kilómetros. Los días despejados distinguíase perfectamente entre los dos azules, agua y cielo, la silueta de la patria cercana. A juzgar solamente por la distancia, aquel destierro era un dulce destierro. Pero esta dulzura era más aparente que real. "¿Habrá medio de imaginar—se lamentaba el infeliz desterrado—paisaje más desnudo y es-

(1) Quien guste de detalles sobre el particular lea a Suetonio. (Su "Vida de los doce primeros Césares" será publicada esmeradamente traducida en esta misma colección.)

carpado que éste? ¿Habrá una tierra más miserable? ¿Una población más salvaje? ¿Un clima más malsano?"

Toda la vida romana reducíase en la inhóspita isla a dos colonias militares: la de Aleria—ciudad de unos veinte mil habitantes, situada en la desembocadura del río llamado hoy Tavignano y entonces Rhotanus—y la de Mariana—del mismo número poco más o menos de habitantes, situada en la del Golo—. Mas ¿qué recursos podía ofrecer para un hombre como Séneca la sociedad de aquellos provincianos rudos y sin otras preocupaciones, gustos y aficiones que las que les daban el cuidado de sus intereses de pequeños propietarios rurales, es decir, lo más distantes que imaginarse puede de toda espiritualidad? ¿Puede sorprender que, colmada al fin su paciencia, exclamase tal vez viéndolo todo ya peor que era: "¡Esta tierra no da ni frutos, ni tan siquiera sombra! ¡Nada hay en ella que tiente al comercio! ¡Con dificultad sostiene a quienes la moran! ¡Ni canteras de mármol, ni minas de oro o plata; nada, nada de valor hay en ella!", y que se lamentase amargamente de no poder ni hablar en buen latín con aquellos sus naturales bárbaros y groseros?

Entre las aldeas de Pino y de Luri se levanta hoy a unos cuatrocientos metros sobre el mar una vieja torre en ruinas, llamada "torre de Séneca". Es indudable que esta torre, vestigio de un antiguo castillo medieval, no fué construída en época romana; pero el lugar es tan maravilloso—una pequeña península esmaltada de verdes prados y rodeada de un mar ideal sembrado de islas—que no es difícil que en él escribiese o al menos meditase Séneca las obras que le sirvieron de solaz y entretenimiento en su destierro y soledad: *De la constancia del sabio*, *De la Providencia*, la *Consolación a Helvia*, y, finalmente, cuando ya no podía soportar más su abandono y alejamiento de los suyos, la tan censurada *Consolación a Polibio*, enderezada a obtener gracia y conseguir la libertad. ¿Por qué censurar demasiado que pidiese gracia, aun a un miserable de la categoría del tal Polibio, si los días, los meses, ¡los años!, pasaban interminables lejos de las personas queridas, que en la cercana Italia se consumían también de angustia y de dolor pensando en él: la desesperada madre,

la amantísima tía, Novatila; la adorada sobrina, el pequeño Marco cada vez más amado...?

Mídase su profunda desesperación por las siguientes palabras: "¡Insensato, a qué gemir? ¿Qué esperas? ¿Tal vez que la casualidad venga a poner fin a tus males? Pero ¿es que no se te ofrecen por todas partes medios de escapar a la tortura que te consume? Contempla ese mar, ese río, este pozo ¡en sus aguas está la libertad! Ese otro precipicio, ¡sitio es también para ello! Este árbol te lo ofrece, asimismo, con cada una de sus ramas. Y tu garganta y tu corazón, ¿no te ofrecen medios igualmente de librarse de esta insoportable servidumbre? ¿Acaso cualquiera de tus venas no puede ser también camino libre a tu desgracia?

* * *

Entretanto, en Roma, Claudio seguía reinando en medio de la más absurda y cruel anarquía; es decir, reinaban las infames intrigas de Mesalina y de Narciso. Las ejecuciones habían vuelto a estar a la orden del día desde el año 42. Abrió el camino, quitando toda esperanza al pueblo de una era mejor, la de Apio Silano, que recibió muerte arbitraria e injustamente. A ella siguieron otras muchas, y claro, a los asesinatos las confabulaciones sanguinariamente reprimidas. El de Anio Viniciano suscitó represalias tan terribles, que las ejecuciones se sucedieran sin interrupción. Julia, hija de Druso Tiberio, fué alcanzada por la envidia de Mesalina; un caballero romano de los más prestigiosos, acusado de intentar contra la vida de Claudio, fué arrojado por la roca Tarpeya; Valerio Asiático, cuyos maravillosos jardines envidiaba la regia meretriz, fué condenado a muerte tras un escandaloso proceso; poco después el propio Polibio, que embriagado por su poderío parecía desafiarla—como embriagado por su poderío había desdeñado la súplica de Séneca—, se vió perdido. Y así cien más; tantos, que no creyéndose ya nadie seguro ante la perfidia infernal de aquella mujer, surgió en secreto entre los propios libertos, sus cómplices, una conspiración capitaneada por Narciso, el más encanallado y el más audaz de todos. Entonces, y aprovechando un escándalo superior aún a todos los pre-

cedentes, un escándalo verdaderamente inaudito—el matrimonio de Mesalina, celebrado con todo rito y pompa, con el hermoso Silio, matrimonio que, ¡vergüenza de las vergüenzas!, firmó el propio Claudio—, y con el pretexto de que Mesalina quería poner en el trono a su flamante marido, Narciso y sus cómplices se atrevieron a abrir los ojos a Claudio, que indignado por el propio espanto que le produjo el peligro que creía correr, ordenó la muerte de la emperatriz. Poco después se casaba con su nieta Agripina, matrona hermosísima, rica y todavía joven—treinta y dos años—. Agripina pertenecía por sangre y por adopción a la familia de los Césares. La elección de esta princesa para compartir los destinos del trono fué bien acogida. No hay que olvidar que era hija de Germánico—y hermana de Julia, a quien Mesalina había hecho asesinar—, cuyo prestigio era lo único tal vez que permanecía intacto y admirado en medio de la general corrupción de Germánico, cuya pérdida aún se deploraba y cuyo inmortal renombre parecía envolver y dignificar a cuanto con él se relacionaba. Era, además, la única que quedaba de los nueve hijos que había tenido Germánico, y el que a ella le había nacido de su primer matrimonio con Domicio Ahenobarbo, a la sazón de once años, era el único descendiente varón del inolvidado vencedor de Arminio. Tal vez había sido, como Julia, querida de Calígula, su hermano; sabíase también que casada con Pasieno Crispo, había sostenido relaciones incestuosas con su cuñado Lepido; no obstante, Roma entera vió con satisfacción aquel matrimonio que parecía elevar al trono algo de su orgullo pasado y de sus esperanzas venideras, y ni que decir tiene que aunque hasta entonces no se había consentido la unión de tíos y sobrinas, el Senado dió por bueno el propósito y se apresuró a legalizar el matrimonio.

A principios del año 49 celebrábase éste. Días después un propio llevó a Séneca la buena nueva de que su destierro había terminado, de que se le llamaba a Roma y de que le esperaba el cargo de pretor. La ciudad estaba una vez más en manos de una mujer. A Mesalina sucedía Agripina. La ambición insaciable a la insaciable lujuria. ¿Qué sería peor?

Una ambición insaciable, sí; ambición desmedida de ri-

quezas y no menos desmedida de poder; ambición servida por una gran dosis de sentido práctico, por una audacia sin límites y por un espíritu de intriga sin igual aun en aquel ambiente tejido de intrigas. Tal era moralmente Agripina. No infinitamente viciosa ni cruel, como Mesalina, pero sí infinitamente atrevida, infinitamente altiva, infinitamente audaz y capaz de considerar legítimo cualquier medio de aumentar su fortuna o influencia. Tal era la mujer que llegaba dispuesta a reinar y a preparar el terreno para que un día reinase su hijo, es decir, para seguir reinando ella.

Decidida a asegurarse ambas cosas, empezó por hacerse un partido frente al de su mayor enemigo: Narciso. Para ello acabó de atraerse enteramente al opulento Palante, que tanto la había ayudado a derrotar a Elia Petina, por quien abogaba Narciso cuando se trató de dar nueva mujer a Claudio, lo que consiguió enamorándole y entregándose a él; y al inmoral y sutilísimo Lucio Vitelio (uno de los personajes más interesantes de esta interesantísima época y que ya se había puesto de su parte con motivo del proceso de Valerio Asiático, como asimismo había decidido al Senado y al pueblo mismo a que sancionasen su matrimonio), a Turanio y a otros varios de reconocida influencia en la Corte. A los que, como Volusio Saturnino, prefecto de la policía, no era fácil corromper a causa de su inatacable honradez, les invitó tácitamente a no salirse de una prudente neutralidad. En fin, segura de que el mejor medio de dar prestigio a un Palante y a un Vitelio, si ello era posible, era colocar a su lado una figura tan admirada y respetada como la de Séneca, hizo que le fuese levantado el destierro, le reintegró a sus funciones senatoriales, medió para que le fuese conferida la pretura, y aun le llamó junto a su hijo, a quien destinaba a suceder a Claudio, para que fuese su inspirador, su guía, su mentor, su maestro.

Preparado de este modo el terreno de la lucha, tendidas así las redes, se dispuso a combatir a Británico, único hijo de Claudio, pues Druso, el que le había dado su primera mujer, Plaucia Urganila, había muerto hacía mucho tiempo. Tenía Británico a la sazón ocho años.

Era preciso ante todo poner a Domicio, su hijo, al mismo nivel que Británico. Para ello, lo primero que consiguió,

gracias a los buenos oficios de Palante, fué que Claudio consintiese en los esponsales de Domicio con Octavia, hija de Mesalina. Ambos eran niños, pero ¡qué buen jalón para el porvenir! Entrar Domicio en la "gens" Claudia era igualarle a Británico. Con ello, y al tiempo que Domicio recibía el nombre de Nerón con que ha pasado a la historia, su madre era investida del título supremo: el de Augusta. No mucho después, apenas cumplidos los trece años, fué investido Nerón de la toga virili, honrado con el título de *Príncipe de la juventud*, y quedó asimismo acordado que, cónsul desde aquel instante, pudiese tomar las funciones de su nuevo cargo apenas cumpliese los veinte años. Seguidamente se le concedió el "imperium proconsulare extra urbem" que le daba, con título idéntico al mismo emperador, el mando en jefe de las tropas romanas, a excepción de las que tenían sus cuarteles fuera de la capital. Aun, para hacer suyo al pueblo, que por otra parte siempre había mostrado hacia él, en recuerdo a las virtudes de su abuelo, una predilección muy significativa, acordó, en su nombre, fastuosas liberalidades, tanto a la plebe como a los soldados. En fin, para acabar de combatir la influencia que pudiese quedarle a Germánico entre el ejército, hizo que con el pretexto de empleos o funciones honoríficas, fuesen alejados de Roma cuantos oficiales demostraban simpatías hacia él; que fuesen destituídos los prefectos pretorianos Lusio Geta y Rufio Crispino, y al frente de este cuerpo, el más poderoso e importante, puso a Afranio Burrho.

El infeliz Británico quedó así sin protectores, como había quedado ya sin servidores (que sus esclavos habían sido invitados a dispersarse, los libertos que habían intentado serle fieles habían sido diezmados, y su propio preceptor, Sosibio, degollado) y privado de instrucción, cuando, por el contrario, su rival, Nerón, era confiado al mayor prestigio de su época, Séneca; y, materialmente secuestrado, empezó a llevar por obra de Agripina una vida tan miserable, que incluso la gente empezó a creer que había perdido la razón.

Agripina parecía con todo esto haber llegado a la cúspide de su apogeo. Además del título de Augusta, que ni la misma Mesalina había podido ostentar, y que igualaba a quien la recibía con el príncipe que la otorgaba, se senta-

ba en público junto a Claudio y recibía los mismos honores que él; hizo acuñar monedas con ambos bustos, el suyo y el de su marido; sometió sus recepciones matinales a las mismas ceremonias que las del emperador; presidía con él todas las ceremonias solemnes y las audiencias de los embajadores; en todas las inscripciones figuraba su nombre junto al suyo; se arrogó el derecho de subir los días de fiesta al Capitolio con *carpentum* (privilegio del que tan sólo Livia había gozado); en fin, hasta se hizo divinizar, y algunas ciudades de Asia la rendían culto como a una diosa. No obstante todo ello, ciertos síntomas amenazadores la inquietaban. Las audacias del Senado con motivo del asunto de Estatilio Tauro y, sobre todo, la ininterrumpida presencia de su mortal enemigo, Narciso, al frente de la secretaría imperial, era para ella un continuo motivo de desasosiego; más que de desasosiego, de amenaza. Que Narciso no era un enemigo vulgar, sino peligrosísimo y poderosísimo, por cuanto Claudio estaba enteramente entregado a él y por él sentía una especie de miedosa veneración.

Cierto que Narciso no tenía de su parte, como ella, un partido; pero su crédito y sus formidables riquezas valían bien por el partido suyo. En este estado las cosas, Agripina se dispuso a jugarse el todo por el todo, y con motivo del fracaso de la canalización del largo Fucin, creyendo encontrar en ello un pretexto adecuado, le acusó de haber malversado los caudales públicos. Pero en vez de encontrarse ante un enemigo temeroso, topóse, por el contrario, con uno audacísimo, que, revolviéndose contra ella, no solamente aceptó el combate, sino que la atacó abiertamente denunciando en alta voz sus violencias, sus altanerías y los mil siniestros proyectos concebidos tan sólo por saciar su desmedida ambición.

Y que el duelo entablado era a muerte, pronto se echó de ver; es más, que en él Agripina llevaba la peor parte, pues Claudio, poco a poco, iba volviéndose contra ella instigado sin cesar por su favorito. No solamente su matrimonio con ella, sino el haber adoptado a Nerón, pareció pesarle, y frases muy significativas y aun amenazadoras empezaron a salir de su boca. ("Si está escrito, decía, que todas mis mujeres me han de deshonrar, también está escrito que a to-

das he de castigarlas.") Asimismo empezó a lamentarse de su conducta con Británico, y, arrepentido, dejó saber su propósito, propósito que Narciso le alentaba sin cesar, de elegirle por sucesor.

La situación llegó a ser crítica para Agripina. Pensar en atraerse a Narciso aun empleando los mismos procedimientos que hasta entonces no la habían fallado y que tan pronto sedujeron a Palante, era inútil; Narciso sabía de sobra que de subir Nerón al trono su pérdida era segura, y cada vez sus instancias eran más apremiantes y su inclinación a la causa de Británico más decidida y manifiesta. Entonces Agripina trató de atajar la partida sin reparar en medios. Lo primero que hizo fué desembarazarse de su cuñada Domicia Lepida. El ascendiente que esta mujer tenía sobre Nerón, a quien había criado en su primera infancia, la perjudicaba. Domicia se vió de pronto acusada de conspiración, de mantener sus numerosos esclavos de Calabria en estado de perpetua insurrección. El propio Nerón, seducido por su madre, no tuvo inconveniente en deponer contra aquella mujer a quien tanto debía, y Domicia, pese a cuanto hizo por impedirlo Narciso, fué condenada a muerte.

Dado el primer paso no tardaría el segundo. Agripina, aprovechando el alejamiento de Narciso de junto a Claudio (enfermo, reumático había partido para las aguas de Sinuesa, en Campania), envenenó a Claudio en complicidad con el propio médico del príncipe. Una tal Locusta, que acababa de ser condenada por envenenadora, suministró la pócima fatal. Luego, y haciendo como Livia había hecho con Augusto, ocultó la muerte de su marido hasta el momento propicio, hasta haber conseguido que Nerón fuese nombrado emperador. Burrho, prefecto de los pretorianos, presentó Nerón a sus hombres como su nuevo señor y dió órdenes para que empezasen las primeras aclamaciones. Nerón mismo, luego de una breve arenga, les ofreció un espléndido *donativum*, y no hizo falta más: los soldados a una le proclamaron *imperator;* si alguno de ellos preguntó por Británico, no se le hizo caso. La formalidad de leer en el Senado el testamento de Claudio fué también suprimida. Es decir, que la tremenda usurpación se llevó a cabo con la apariencia de un hecho normal, sin que ni en Roma ni en

las provincias se levantase una voz de protesta. De este modo, a partir del 13 de octubre del año 54, Nerón vióse a la cabeza de los destinos del imperio.

Agripina había triunfado. El santo y seña que dió Nerón a su tribuno de guardia el día de su advenimiento al trono no daba lugar a dudas: "Optima matrum", ¡la mejor de las madres! Pronto la dirección de los asuntos estuvo enteramente en sus manos. Ella ejercía todas las funciones imperiales; ella redactaba y firmaba la correspondencia oficial; ella negociaba con las embajadas. Lo único que no se atrevió fué a asistir a las reuniones del Senado, pero se las arregló para que sus sesiones tuviesen lugar en el palacio imperial, y oculta por una cortina escuchaba desde una habitación inmediata. Ayudada siempre por Palante, que volvía dinero cuanto caía en sus manos, no hubo un detalle, por costoso que fuera, de cuantos pudieran contribuir a su poder y prestigio que fuese olvidado. Hizo, tan sólo por que recayesen en provecho suyo, ofrecer a Claudio unos funerales cuya magnificencia rememoró los celebrados con motivo de la muerte de Augusto. Hizo que el Senado la instituyera sacerdotisa del nuevo dios, y con pretexto de ello, que dos lictores fuesen adscritos al servicio y cuidado exclusivo de su persona. Ahora bien, como este derecho a los lictores llevaba anejo el *imperium*, puso con ello en sus manos la autoridad más absoluta y extensa; es decir, la plena soberanía, con cuanto ello traía aparejado en el triple orden administrativo, judicial y militar. Para colmo de audacia, hizo acuñar moneda en cuyo anverso figuraba únicamente su nombre y tan sólo en el reverso el de Nerón.

Y ya en poder y dominio de la autoridad, lo primero que hizo fué tratar de afirmársela con una serie de crímenes, de los cuales los dos primeros fueron el asesinato de Junio Silano, procónsul de Asia, envenenado en su propia provincia por hombres de la confianza de Agripina, y Narciso, su odiado rival, que, encarcelado, vióse forzado a darse muerte por no sufrir la miseria a que se redujo.

Aquello era demasiado. Erigir como principio de gobierno la crueldad y toda suerte de arbitrariedades prevaliéndose de que Nerón era aún un niño (diecisiete años), no

podía ser visto por Séneca, preceptor de éste, con indiferencia. No oponerse a los manejos de la terrible mujer era entregar nuevamente Roma al despotismo; era consentir el reparto oficial del imperio, fin último de las intrigas de Agripina; era el naufragio de todas sus esperanzas de filósofo y de educador, y de sus esperanzas de enderezar el gobierno por las vías de la verdadera autoridad y de la justicia. No podía consentirlo quien continuamente repetía al príncipe: "Más que hombre alguno, un príncipe debe ser misericordioso. Su poder únicamente es honroso si lo ejerce para hacer la felicidad de los demás... Tan sólo aquel que de este modo obra posee verdadera y sólida grandeza, grandeza perdurable; tan sólo es reconocido como verdadero defensor y amo, ya que su vigilancia, siempre alerta, se erige, día tras día, en salvaguardia de cada uno y de todos; tan sólo él inspira confianza a sus súbditos y no los hace huir a semejanza de la fiera fuera de su guarida; por el contrario, los atrae a sí semejante a claridad de astro bienhechor. Entonces, para protegerle, ofrecerán si preciso es sus corazones al puñal asesino, y con sus propios cuerpos le harán un camino, si precisa para salvar su vida hallar una senda entre cadáveres; porque con tal de protegerle, no dudarán en oponer a toda suerte de peligros el muro vivo de sus propios cuerpos."

De acuerdo, pues, con Burrho, se dispuso a usar de la influencia que tenía con su discípulo para reducir a la usurpadora al papel que la correspondía como mujer y como madre del príncipe. Y el primer golpe, golpe que no daba lugar a dudas sobre sus propósitos, fué componer el discurso que Nerón pronunció en el Senado con motivo de los funerales de Claudio. Discurso cuyo análisis nos ha dejado Tácito, y en el que luego de recordar que si tenía el poder era por sufragio del Senado y voto unánime de sus soldados, y que para gobernar no le faltarían, dada su temprana edad, ni consejo ni ejemplos, expuso que en adelante no sustanciaría con su voluntad todos los procesos, ni los debates senatoriales tendrían lugar en el recinto del palacio, ni las sentencias que de él proviniesen saldrían de manos de los favoritos. Aseguró que la venalidad y la desvergüenza no seguirían anidando en la corte, y que entre

la casa privada del príncipe y el Estado habría separación completa. Afirmó que el Senado volvería a ejercer sus antiguas funciones; que la Italia y provincias senatoriales quedarían de hecho bajo la jurisdicción consular y senatorial; que el emperador se contentaría con la administración de las regiones ocupadas militarmente, regiones cuya custodia le incumbía como jefe del ejército; y, en fin, que se conformaría en todo a las instrucciones que Augusto había dictado a su sucesor en el testamento que de su propia mano dejó, al efecto, redactado; instrucciones que tan desconocidas y olvidadas habían sido. Menos Agripina (que no era nombrada en este verdadero manifiesto, en este verdadero programa de gobierno, y en el que, por el contrario, se la invitaba claramente en determinados pasajes a no salirse de la esfera y papel que la correspondía), todo lo demás, Senado, cónsules, Italia, las provincias, recibieron su parte de promesas y aprendieron con entusiasmo vivísimo que sus derechos y privilegios iban a ser de nuevo reconocidos y respetados. Poco después Séneca escribía la célebre *Apokolokyntose*, o metamorfosis de la calabaza, destinada a ridiculizar a Claudio con motivo de sus funerales y transformación en dios, y por ende a Agripina que los había ordenado. El éxito de esta sátira fué enorme. En seguida, haciendo realidades las promesas, empezó el Senado a deliberar con plena autoridad, a no inquietarse por el espionaje de la emperatriz y a combatir abiertamente, incluso, sus disposiciones. Una serie de medidas de justicia y de absoluta necesidad dejáronse sentir al punto: fué atajada la venalidad de los abogados y canalla de la curia; fueron eximidos los cuestores de dar a sus expensas juegos de gladiadores; fué declarada la cuestura, pese a la tenaz oposición de Agripina, gratuita; en fin, todo fué entrando poco a poco en la normalidad gracias a la justicia y previsión de Séneca. Las delaciones dejaron de escucharse; de acogerse las acusaciones que no fuesen seguidas de pruebas; Plauto Laterano, excluído del Senado por su amistad con Mesalina, fué restituído en sus funciones; en fin, en la recepción que hubo con motivo de la llegada a Roma de una embajada armenia, que llegó a pedir a Nerón que les protegiese contra los partos, Nerón, por consejo de su maes-

tro, detuvo a su madre, que avanzaba resueltamente a ponerse a su lado en el estrado y la obligó, entre caricias, a volverse.

Ciega de cólera, Agripina se revolvió contra su propio hijo que de aquel modo se la rebelaba y contra sus consejeros (Séneca y Burrho), y dispuesta incluso a perder a aquél si era preciso, se sumó a los partidarios de Germánico, proclamando a los cuatro vientos que Nerón era un usurpador y un intruso y que todos los derechos estaban de parte de aquel niño, a la sazón de catorce años. Ello no hizo sino acarrear de momento la pérdida de este desdichado príncipe y la suya, acaecida tiempo después. Nerón, temeroso—la cobardía fué siempre uno de sus defectos capitales y una de las causas capitales también de sus actos más siniestros—ante los nuevos planes y propósitos de su madre se acordó del ejemplo que ésta misma habíale dado y acudió a Locusta, que seguía encarcelada. Un veneno fulminante preparado por ésta acabó con Germánico, que murió cuando comía ante los ojos de su verdugo y rodeado de numerosa asistencia.

El estupor de Roma fué grande; el miedo de Agripina, mayor. Nerón, tratándola como a una verdadera facciosa, seguro de que la que había asesinado a su marido no tendría escrúpulos en hacer otro tanto con él si era preciso, empezó a despojarla abiertamente de todo poder y autoridad. Empezó por retirarla la guardia de soldados pretorianos y la escolta de germanos que ella misma se había atribuído; la alejó del Palacio y la designó por residencia la de su abuela Antonia; empezó a no ir a visitarla sino de tarde en tarde, y para ello rodeado de centuriones armados; y, en fin, dejó ver tan claramente que su madre había caído en desgracia, que pronto se vió ésta sola y sin otra compañía que la de algunas amigas fieles. No contento con ello, consintió en que se urdiese un complot en torno a ella, que, acusada, sufrió la humillación de verse sometida a un proceso, y aunque pudo salir libre de él, como su perdición estaba decretada ya tal vez en el alma cobarde y perversa de su hijo, sólo faltó para que estos propósitos se realizasen la entrada en escena de un nuevo personaje: Sabina Popea.

Tácito ha trazado de esta criatura—mujer sin duda la más seductora e irresistible de su época—un retrato inolvidable. Fué, en pocas palabras, la encarnación, en una envoltura física de maravillosa hermosura, del vicio y de la coquetería. Si Mesalina había sido superada en hermosura y siniestros talentos por Agripina, ésta lo fué a su vez por Sabina Popea. Rica y de familia nobilísima, había nacido de una mujer reputada como la más bella de su generación. Honrando su raza, Popea, cuando llegó a la adolescencia, realizó lo que parecía imposible: fué más hermosa aún que su madre. Pero no era solamente hermosa de cuerpo, sino de inteligencia, bien que no de sentimientos. Instruída, sensible a las artes, de vivísimo ingenio, capaz de sostener con elegancia una conversación filosófica y política, sabía además, lo que la volvía doblemente atrayente, ocultar sus pensamientos y deseos bajo un falso velo de pudor y de aparente severa y a la vez graciosa dignidad, que la volvía mucho más deseada al añadir a sus infinitos encantos el incomparable de la virginidad de intenciones y pensamientos. "Segura de su raza y de su hermosura—dice Tácito—, llena de ambición y de astucia, capaz de todas las audacias, acostumbrada a todos los triunfos, rica, espiritual, perita en el arte de hacer apreciar y desear sus encantos, de excitar todos los deseos más y más a fuerza de contenerlos, segura de su carne, provocadora de toda clase de celos y pasiones, exquisita de gracia y de falsa e ingenua picardía, nada la faltaba—dice el historiador—a no ser un alma honrada y virtuosa."

Tal fué la mujer que se propuso apoderarse de la voluntad de Nerón; ¿cómo no había de conseguirlo? Casada legítimamente, empezó por divorciarse para unirse de nuevo a Otón, uno de los favoritos del emperador. Una vez cerca de él, tendió en torno suyo sus irresistibles redes, y cuando ya le tuvo seguro por haber obtenido de Otón cuanto deseaba, que era que la aproximase a Nerón para poder enamorarle, un nuevo divorcio la puso en condiciones de que quedase el camino expedito para conseguir la realización de sus planes.

Lo que más podía retardar estos planes, que en definitiva no eran otra cosa que llegar a ser emperatriz, era la pre-

sencia alrededor de Nerón de tres mujeres: Actea, la dulce liberta, querida olvidada ya de Nerón—la única mujer que debió amarle sincera y tiernamente—; Octavia, su mujer legítima, aún más olvidada y que llevaba, separada corporalmente de Nerón, una existencia irreprochable; y Agripina, que, aunque apartada del mando desde hacía cuatro años, no dejaba de aparecer en público de vez en cuando y de inquietar a Nerón con sus amenazas. Entablóse, pues, entre ambas mujeres, Popea y Agripina, una lucha callada pero implacable. Lucha terrible en cuyo éxito todo recurso era bueno; lucha de mujer a mujer; de hermosa a hermosa. Lucha en la que para triunfar, Agripina no vaciló ni ante algo tan monstruoso como el incesto con su propio hijo, lo que a punto estuvo de conseguir. Pero fué vencida, y el precio de su derrota fué su propia vida (1).

Seducido Nerón por Popea, ya no se trató sino del medio más práctico, es decir, más seguro y discreto de hacer morir a Agripina. El veneno, tan a propósito en otras ocasiones, en aquélla no dió resultado (2); otros medios imaginados al punto, no fueron puestos en práctica, tal vez por precisar gran número de cómplices y ser cosa fácil de descubrir el asesinato; por fin, Tigelino (que había de suceder a Burrho cerca de Nerón), el miserable Tigelino, y Aniceto

(1) "Escribe Cluvio—dice Tácito—que Agripina, con el ardiente deseo que tenía de conservar su grandeza, llegó a tal término que, cuando pasado mediodía, se hallaba Nerón más encendido con las viandas y el vino, y, finalmente, borracho, visitóle muchas veces ofreciéndosele compuesta y aparejada para cometer con él abominable incesto, y que echaron de ver los que estaban cerca, por los besos deshonestos y caricias lascivas, los mensajeros de tan feo delito. Séneca, contra los regalos mujeriles, había buscado remedios que lo fueren también, haciendo que la liberta Actea, mostrándose acongojada, no menos de la infamia de Nerón que de su propio peligro, le dijese "que estaba ya muy divulgado el incesto, que se alababa de ello su madre y que los soldados no estaban dispuestos a sufrir un príncipe menospreciado de la religión". Sabiendo esto (¡siempre el miedo motivando o deteniendo sus actos!), Nerón apartó de sí a su madre."

(2) "...vivía tan advertida contra cualquier asechanza, que usando de remedios preservativos, tenía ya hecho el cuerpo a prueba de cualquier ponzoña." (Tácito: *Anales*, XIV.)

(otro liberto que en la infancia había sido amigo del monstruo y a la sazón capitán de la armada que residía en Misano) imaginaron algo verdaderamente teatral y que da idea del grado de corrupción y de insensibilidad a que había llegado aquella corte. El asesinato de Agripina tendría lugar con motivo de las fiestas que anualmente se celebraban con extraordinaria brillantez en honor de Minerva, en los bordes del golfo de Nápoles. La fiesta empezaba el 19 de marzo y duraba cinco días, días que Nerón pasaba en Bayas. Se convino en que invitaría a las fiestas a su madre, y que en una de las excursiones de Bayas a Baulo, lugar en donde sería alojada, el barco encargado de transportarla, barco construido expresamente para consumar el parricidio, se abriría, hundiéndose en las aguas con su preciosa carga. ¿Quién se preocuparía del asesinato, decía Aniceto, no habiendo cosa tan sujeta a casos fortuitos como el mar?

En efecto, a instancias de Nerón dejó Agripina su retiro de Ancium, y embarcando en una de esas galeras ligeras y afiladas que los romanos llamaban *liburniques*, se trasladó a Bayas. Nerón salió afectuosísimo a su encuentro y él mismo la condujo a Baulo. Aquella noche el oficioso Otón ofreció un banquete de gala al que concurrieron madre e hijo. Duró hasta muy cerca de la mañana, y al acabar, Agripina subió sin desconfianza sobre la suntuosa trirreme que la ofreció Nerón para que volviese a Baulo. Era el barco que debía hundirse y hacerla perecer. Pero funcionó mal el mecanismo, y Aniceto, que lo guiaba, tan sólo consiguió, luego de grandes esfuerzos, que los que le tripulaban fuesen precipitados al agua. Entonces, y mientras una de las mujeres del séquito de Agripina, Aceronia, por salvarse, atraía sobre ella a gritos, tomando el nombre de la madre de Nerón, la atención de los asesinos, que la hundieron en el agua a golpes de remo y batayola, Agripina ganaba a nado la costa, aunque herida en un hombro, y enviaba un propio a su hijo anunciándole su buena suerte, y que "difiriese el viistarla por entonces, pues necesitaba mucho reposo".

Nerón, al saber la verdad de lo ocurrido, quedó espantado. Conocía y temía a su madre y ya veía la verdad en mar-

cha, y al Senado, al pueblo, a los soldados levantándose contra el parricida. ¿Qué hacer? Acabar con ella, fuese como fuese. Aniceto, que había empezado la aventura, debía terminarla a su satisfacción. Corrió, pues, Aniceto a Baulo con un grupo de hombres armados, dispersó a la multitud que rodeaba el palacio, cercó éste, irrumpió en la estancia de Agripina, y poco después caía ésta acribillada.

Nerón había superado en infamia y crueldad a todos los monstruos anteriores.

* * *

¿Era éste el Nerón que poco antes lloraba cuando tuvo que firmar la primera sentencia de muerte? ¿El de las arengas y promesas preñadas de nobles, sanos y virtuosos propósitos?

No hay que engañarse: Nerón no había más que uno. Lo que ocurrió fué que mientras en la alianza Nerón-Séneca éste tuvo influencia sobre su discípulo, sus virtudes sobrenadaron, ocultando la maldad innata de aquél, maldad que salió a flote y lo llenó al fin luego de haber apartado de un zarpazo al atribulado maestro.

Nerón había nacido para el mal. No se engañó, no podía engañarse su padre cuando profetizó sobre su cuna: "De Agripina y de mí sólo puede nacer un monstruo." Y no podía engañarse porque sabía muy bien que era muy difícil que dejase de heredar la ininterrumpida maldad de toda su progenie. Ultimo vástago de una raza siniestra en que la crueldad, la perfidia, la vanidad y el loco despilfarro iban en aumento de generación en generación, hubiera sido realmente milagroso que no se hubiera inclinado forzosamente al mal. Su abuelo había dado combates de gladiadores tan salvajes, al decir de Suetonio, que Augusto, luego de advertirle y amonestarle varias veces, tuvo que prohibírselo mediante un edicto. Su padre era un verdadero bandido; sus costumbres y sentimientos, los del más inclemente y refinado de los malvados. Los únicos títulos de gloria de este hombre tan poderoso como perverso fueron sus rapiñas, sus crueldades, sus asesinatos, sus bacanales y orgías bárbaras y feroces. Su bestialidad rayaba en la demencia. Re-

fiere Suetonio que un día, en la propia Vía Apia, se había entretenido en aplastar a un niño. La sangre de esta miserable familia de Ahenobarbos era la que corría por las venas de Nerón. ¡Y si al menos por el lado materno hubiese podido ser corregida con un soplo de virtud! Pero, ¿era acaso menos funesta y corrompida la que le llegaba por vía materna? ¿Estaba acaso menos saturada de vicio y de locura? ¿Qué podía heredar de su madre sino instintos infinitamente ambiciosos y dominadores? ¿No había tenido por tío a Calígula? ¿Qué podía esperarse, pues, del nieto de un desalmado, del sobrino de un furioso demente, del hijo de un bandido cruel y de una mujer ambiciosa y prostituta?

Difícil es siempre, ardua tarea y de dudoso resultado el hacer que la educación consiga dominar a la naturaleza y vencer o deformar los instintos heredados y naturales. Para ello son precisos muchos años de labor severa, ininterrumpida, constante, y que esta labor vaya secundada por todo un ambiente de virtud y honradez que, rodeando continuamente al niño, aprisione fuertemente, si es que no logra ahogar del todo, sus inclinaciones congénitas. Pero ¿cuál fué la educación de Nerón hasta caer bajo la dulce férula de Séneca y qué atmósfera respiró antes y siguió respirando después? Sus primeros pasos no pudieron ser más descuidados y miserables. A los dos años perdió a su padre. Poco después, desterrada Agripina, cayó en manos de su tía Domicia Lépida, mujer de costumbres nada recomendables, altanera, violenta y no menos ambiciosa y audaz que Agripina. Esta fué la mujer que recogió a Nerón del abandono y de la miseria; ella la que proveyó sus necesidades y su educación; ella quien, para este fin, le dió como maestros un bailarín y un barbero. Vuelta Agripina del destierro y de nuevo en posesión de sus bienes, Nerón quedó en manos de uno de los hombres más viles de la época, del tal Aniceto, que había de ser más tarde cómplice de sus crímenes más abominables; del que, como acaba de verse, dió muerte con sus propias manos a Agripina. Por si fuese poco todo esto, casada Agripina con Claudio y elevado Nerón por obra de las intrigas de aquélla a los mayores honores cuando aún era un niño, vióse rodeado por todas partes de tan baja e insistente adulación, que di-

fácilmente hubiera podido dejar de imaginarse, ante los aplausos y felicitaciones que seguían a todos sus movimientos y actos, que era no solamente superior a quienes se los tributaban, sino a los humanos todos y sólo comparable a los dioses. Consejos viles, ejemplos miserables, adulaciones infames, todo, todo le empujaba al egoísmo, a la vanidad, a la inconsciencia. Su popularidad precoz, las adulaciones del Senado, las bajezas de la corrompida corte, las aclamaciones del populacho, las leyendas mismas que sobre él circulaban, el papel a que se le destinaba y el que ya desde niño se le hacía representar, todo contribuyó—hubiera contribuído incluso en otro cualquiera de mejor herencia moral que la suya—a desarrollar en él un prodigioso amor de sí mismo. Rico, poderoso, destinado a ser obedecido y creído, viendo que su propia madre por servirle no se detenía ante vilezas, intrigas, miserias y crímenes de toda clase, ¿tiene mucho de particular que acabase por creerse una especie de ser sobrenatural, algo como un joven dios ante quien el mundo entero debía prosternarse?

¿Extrañará después de esto que Séneca no pudiese vencer aquella herencia implacable de su discípulo, ni desarraigar la funestísima influencia de su educación primera e inclinarle verdaderamente hacia la virtud? Si nos damos cuenta que la labor para enderezar a una criatura semejante era más propia de médico que de pedagogo, se comprenderá cómo Séneca no pudo hacer otra cosa que lo que hizo: retardar el estallido de la maldad que su discípulo llevaba dentro y tratar de dulcificarla con el ejemplo de los beneficios de la virtud. Dulcificar sus costumbres a fuerza de saludables ejemplos, ver de destruir en él, poco a poco, dulcemente, pacientemente, los viles hábitos adquiridos con anterioridad, elevar con prudencia y discreción ciertos gustos más o menos perversos de aquella naturaleza congénitamente pervertida, ver de sacudir y vencer aquella indolencia nativa del príncipe, esto era cuanto podía hacer y cuanto hizo Séneca. Y si consiguió lo que consiguió, si durante ocho años, del 54 al 62, o poco más, pudo dirigir el espíritu del monarca, administrar por él, dictarle la conducta pública a seguir y los discursos a pronunciar en todas las ocasiones importantes, apresurarse a reparar las

faltas del rebelde discípulo que no podía impedir—¡incluso cuando estas faltas eran crímenes!—, y hacer, como reconocía el emperador Trajano, que los primeros años del reinado de su discípulo constituyesen la época más hermosa y feliz del imperio—homenaje que rindió asimismo San Pablo en su *Epistola a los romanos* el año 58—, fué debido a una sola cosa (aparte, claro está, al celo y virtudes de Sócrates): a la cobardía de Nerón. Cobardía, sí, pues tan sólo por miedo a su madre consintió que Séneca, apoyado por Burrho, gobernasen con tal de que lucharan contra ella y la venciesen. Asustado, se hundió en los vicios y en la molicie y dejó hacer a su maestro. Pero el día que se vió libre de ella, arrastrado por otros consejeros, los Anicetos y Tigelinos, que sabían hablar mejor a sus gustos, naturaleza e instintos, ya no pensó sino en librarse también, primero, de la presencia de su maestro, apartándole de su lado; luego, de su sombra moral que le inquietaba continuamente con el espejo de sus virtudes, dándole muerte.

Pero se dirá: ¿no pudo Séneca, precisamente aprovechando su cobardía y su inclinación a la molicie, luchar abiertamente con él desde el primer instante de su tutela y constreñirle al bien a fuerza de energía? ¡Vana quimera! Hubiera de haber sido Séneca el hombre de más firme voluntad del mundo, y sólo hubiese conseguido hacerse odiar desde el primer día y anticipar su muerte, privando sin fruto alguno al mundo de sus enseñanzas, a Roma de unos años de felicidad y buen gobierno, a varios emperadores posteriores de un sabio ejemplo a imitar en el arte de conducir Estados, y a su propio discípulo del único ejemplo tal vez de sabiduría y de virtud en el que pudo ver retratado lo que era, considerando precisamente cuanto le faltaba. Cuanto se podía conseguir en aquellas circunstancias había de conseguirlo, no una voluntad de hierro, que se hubiese estrellado rápida y fatalmente contra aquella otra viciada que no admitía diques, sino una prudente y sabia tolerancia como la de Séneca, que a fuerza de paciencia y sufrimiento fuese sorteando el mayor tiempo posible una naturaleza torcida en medio de circunstancias y tiempos no menos torcidos.

¡Cuánto debió sufrir el alma generosa del filósofo duran-

te aquellos ocho años de tutela continuamente amenazada, viendo día tras día la inutilidad de sus esfuerzos y ejemplos, y cómo poco a poco se distanciaba de él, es decir, de la virtud, aquella alma corrompida e indómita! ¡Qué pronto debió advertir que traerla al camino de la justicia y de la razón era inútil, y que sólo conseguiría estar a su lado lo que tardasen en despertar enteramente sus verdaderas inclinaciones! Porque, ciertamente, mientras Séneca gobernaba en nombre de su discípulo el universo, Nerón lo único que hizo fué lanzarse, desoyendo sus consejos, por la pendiente de sus instintos. Uno de sus primeros cuidados apenas subió al trono fué llamar a su lado al famoso cantor Terpino, y aprendida de él la música y el canto, dedicarse a dejarse oír y a hacerse aplaudir, primero en privado y luego en público; es decir, dar alas a su instinto de histrión. Pronto dejó ver también sus vivísimas inclinaciones hacia los espectáculos sangrientos y aparatosos; hacia aquellos espectáculos en que se sacrificaban cientos de animales o luchaban batallones enteros de hombres unos contra otros; es decir, sus instintos crueles. Pronto su amistad con Otón y Seneción le indujo a nuevas ideas de vicio y a nuevos desenfrenos: las fiestas, banquetes y orgías de toda especie se sucedieron sin interrupción, y en ellas, poco a poco, el joven emperador fué perdiendo sus timideces de niño. Entonces empezó la triste época de sus audacias, de sus lujos, de sus prodigalidades, de sus vicios sin norma ni límite. Entonces sus correrías de noche por la ciudad en compañía de sus favoritos y amigos, correrías en que ni hombres ni mujeres eran respetados, y en las que ¡ay del que se atrevía a resistirse o a reconocerlos! Entonces sus apariciones en el teatro o en el circo y sus excitaciones a los partidos, que originaron tantos y tan graves desórdenes que por mano de Séneca se vió obligado él mismo a reprimir...

A qué continuar: la aparición de Popea, el asesinato de Agripina, nuevos asesinatos y cada vez mayor corrupción en el palacio... Nerón, no contento con rebajarse él haciendo de histrión y de luchador, obligó a envilecerse, mostrándose en escena, a infinidad de personajes de las más nobles familias. Explotando la pobreza de los hombres y

hasta de las mujeres que llevaban en Roma los nombres más venerados, les hizo figurar en los coros, bailar y tañer la flauta o la lira, y a muchos hacer también papeles en comedias y tragedias. Muchos caballeros romanos tuvieron asimismo que pisar las arenas por oro o por miedo; uno de ellos fué obligado a bailar sobre un elefante amaestrado...

De fiesta en fiesta y de orgía en orgía, diríase que el único propósito del tirano era sumir a Roma entera en la voluptuosidad y en el olvido de sus crímenes. Los famosos *Juegos de la Juventud*, que instituyó con motivo de su primera barba, transformaron su palacio y sus dominios privados en un inmenso antro de desenfreno.

Poco después la *ies majestatis* era puesta en vigor; y con motivo de la acusación ante el Senado del pretor Antiscio por Cosuciano Capito, yerno de Tigelino y no menos miserable y corrompido que éste, acusación que fué rechazada, se abrió un abismo entre el alto cuerpo y Nerón y empezó un período de horror: el Senado fué diezmado, los supervivientes fueron víctimas de toda clase de afrentas; en fin, toda la política de Séneca quedó deshecha en un instante y empezó una reacción furiosa contra sus principios de libertad y de concordia, reacción que determinó la exclusión definitiva del filósofo de junto a su discípulo y la instauración en pleno apogeo del despotismo. Tigelino ocupó el puesto de Burrho, recién muerto, y desde él empezó a ser el verdadero tirano, la verdadera calamidad del Senado, del pueblo y del mundo entero.

* * *

La muerte de Burrho marca el principio de la decadencia política primero y tras ella de la perdición de Séneca. Mientras vivió aquél pudo hacer frente a los ataques de sus enemigos—los nuevos favoritos de Nerón y aquellos a quienes éstos o la envidia lanzaba contra él—; pero llegó un momento en que comprendió que tras aquellos ataques estaba, en realidad, la voluntad de Nerón de deshacerse de una tutela, que no por ser puramente moral dejaba de molestarle menos. Entonces decidió adelantarse a los deseos

de sus enemigos y dar por terminada su misión; y como todas las inculpaciones que se le hacían eran tomando como base sus riquezas, asqueado y lleno de amargura, solicitó de su discípulo autorización para retirarse, dejándolas en sus manos. Pedida y obtenida audiencia, se expresó, según Tácito, del modo siguiente:

"Catorce años hace, César, que fuí unido a tus destinos y ocho que reinas. Desde entonces has acumulado sobre mí tantos honores y riquezas que lo único que me falta ya para ser feliz es que pongas límite a tu generosidad. Para ello invocaré el ejemplo de personajes eminentes, no ya de mi alcurnia, sino de la tuya. Tu trisabuelo Augusto permitió a Agripina retirarse a Mitilene, y a Mecenas que, sin salir de Roma, gozase de la misma paz que si estuviese en extranjero país. Compañero el uno de sus guerras, el otro habiendo conllevado en Roma innúmeros trabajos, habían recibido ambos recompensas considerables en pago a sus inmensos servicios. En cuanto a mí, ¿qué otro título podía ofrecer a tu munificencia que aquellos mis estudios en la sombra, por decirlo así, estudios que sólo alcanzaron esplendor desde que empecé a pasar por auxiliar de los comienzos de tu juventud, precio excesivamente grande ya para mérito tan modesto? Pero tú me has investido de un crédito sin límites y de tantísimas riquezas, que muchas veces me digo a mí mismo: ¿cómo es posible que siendo nacido de una familia ecuestre y provinciana sea hoy de los grandes de la ciudad? ¿Cómo, que entre tanto noble, ejemplos de ilustrísimas ascendencias, mi nombre desconocido haya podido salir de la nada? ¿Qué justifica estas grandezas en aquel a quien toda mediocridad es suficiente? ¿Quién ha hecho nacer esos magníficos jardines? ¿Por qué puede discurrir a través de sus suntuosos dominios suburbanos? ¿Por qué explotar tan vastísimas tierras y hacer ostentación de sus inmensos capitales? A todo esto, tan sólo una excusa veo: que no he tenido el derecho de rechazar los beneficios de que has querido colmarme.

"Pero tú y yo, los dos, hemos saturado ya la medida: tú, de lo que un príncipe puede dar a un amigo; yo, de lo que un amigo puede recibir de un príncipe. Lo en exceso tan sólo a envidias da lugar. Contra ti nada puede, pues, como

todas las cosas mortales, queda muy por debajo de tu inmarcesible grandeza; pero en lo que a mí respecta, yo me curvo ya bajo su peso, y de tal modo, que siento ya la necesidad de verme aliviado. Si en guerra o en viaje me sorprendiese la fatiga, imploraría apoyo; igualmente en este camino de la vida, viejo ya e incapaz de conllevar nuevas cargas, imposible me es soportar por más tiempo el peso de mis riquezas y pido ayuda. Ordena, pues, que sean administradas por tus procuradores y que vuelvan a tu poder. No quiero decir con esto que quiera quedar en la indigencia; pero cuando consiga verme libre de estos bienes, cuyo mismo esplendor me aturde ya, todo el tiempo que me roba ahora el cuidado de mis jardines y villas podré emplearlo en el cuidado de mi alma. Tú, en cambio, tienes más fuerza en ti de la que necesitas y llevas muchos años de aprendizaje en esto de soportar el supremo poder; deja, pues, que gocen del reposo aquellos de tus amigos a quienes la edad agobia. Será para ti una gloria más el haber librado de la grandeza a hombres capaces de soportar la mediocridad."

Séneca, como se ve, ofrecía por salvarse cuanto le era posible ofrecer: su puesto y su fortuna. Nerón no aceptó ésta ni le consintió alejarse de Roma. Entonces Séneca cambió de vida. Aunque obligado a permanecer en la corte, se abstuvo de concurrir a ella; compelido a conservar sus riquezas, redujo, no obstante, el fausto de su antigua vida suprimiendo las recepciones y las visitas de clientes y cortesanos: tan sólo un corto número de amigos siguió frecuentando su casa, de la que salía raramente y ya sin escolta ni boato alguno; se encerró, en fin, en la meditación y en el estudio, mientras Tigelino, libre ya, empezó, no atreviéndose aún a hacerlo con Séneca abiertamente, a atacar a sus amigos y a todos cuantos eran tildados de estoicismo, doctrina que declaró peligrosa para el Estado.

La primera víctima de su odio fué Fenio Rufo, que, aunque prefecto del pretorio, se vió apartado de los consejos y tratado como subalterno; luego Sila y Plauto, que fueron asesinados; en seguida le tocó el turno a la propia Octavia, que fué desterrada a la isla de Pandataria, en donde era asesinada pocos días después (Popea contempló con frui-

ción su cabeza cortada que la presentaron sus propios verdugos); siguieron Doriforo, enemigo declarado de Popea, y Palante, cuyas enormes riquezas eran demasiado codiciadas; luego fué Timarco, con cuya condena puede decirse que volvió a huir la justicia de Roma cediendo el paso al más desenfrenado despotismo. Nerón, cada vez más envilecido, cada vez más manchado de toda clase de corrupciones, llegó a la meta de la infamia celebrando sus monstruosas bodas con un liberto: Pitágoras. Sus señales de desequilibrio mental eran cada vez más manifiestas. El incendio de Roma marcó el colmo de su locura.

Entonces sobrevino la conjuración de Pisón. ¿Podían seguir Roma y el mundo entero gimiendo bajo el yugo de aquel monstruo atacado de frecuentes crisis de enajenación mental y a quien el remordimiento de los asesinatos cometidos, especialmente el de su madre, tenía en continua tortura, no dejándole momento de reposo, nublando sus noches con pesadillas y fantasmas y haciendo de sus días una insoportable tortura, de la que por librarse se entregaba frenética y criminalmente a las más inconcebibles y vergonzosas bacanales? ¿Podían seguir aquel verdadero caos social que ya llegaba al más desatinado grado de disolución? Sin autoridad, sin orden, ausentes los más elementales principios de justicia, hundida toda moral, la capital del imperio, y a su ejemplo las ciudades más importantes, no eran sino un hacinamiento de criaturas frenéticas que, bajo la continua amenaza de nuevas catástrofes, vivían en dilatada agonía. Propiedad, honor, riquezas, vida, todo podía desaparecer en un instante sin que en su defensa pudiese levantarse nada ni nadie. En tan ardiente estado de inquietud bastaba el más leve rumor para que el populacho febril fuese poseído del miedo más indecible y sintiese el estremecimiento de todas las inquietudes. Y el propio miedo, cual suele ocurrir en todas las conjuraciones, fuente de súbito, de desesperado valor, dió origen a la de Pisón. En torno de él, futuro emperador si el éxito les acompañaba, se agruparon de un lado cuantos temían, de otro cuantos esperaban: los descontentos, los que temblaban por sus personas o sus bienes, los que no pertenecían al número de los favorecidos, quienes esperaban de un cambio de ré-

gimen ora tranquilidad, ora justicia, ya honores o riquezas, se afiliaron a la conspiración. Senadores, caballeros, soldados, hasta mujeres. El tribuno Subrio Flavio, el centurión Sulpicio Aspro, Plaucio Laterano, el cónsul; Lucano, el poeta, sobrino de Séneca; Tulio Seneción, Cerrario Próculo, Vulcacio Araico, Julio Tugurino, Munacio Grato, Marcio Festo, caballeros romanos; Natal, el antiguo favorito de Nerón, entonces amigo y confidente de Pisón; Fenio Rufo, prefecto del pretorio; se dice, no hay certeza alguna, aunque ¿qué tendría de extraño?, que el propio Séneca...

Se pensó en que Pisón invitase a Nerón a ir a su maravillosa villa de Bayas; pero aquél, observador escrupuloso de las leyes de la hospitalidad, se negó a que fuese asesinado en su casa. Entonces se convino en que sería apuñalado en el Circo, durante los juegos con motivo de la fiesta de Ceres. Se calculó todo, se meditó todo, mas Escevino, que había de ser quien diese al monstruo el primer golpe, hizo con sus nerviosidades e imprudencias fracasar todo lo urdido.

Turbado, sin duda, ante el peligro que corría, no fué capaz de disimular la inquietud febril que le dominaba. Poseído de ella, abrió su testamento, libertó esclavos, mandó afilar el puñal que había de servirle para consumar el hecho a que habíase comprometido... Melico corrió a denunciar a Nerón cuanto había observado y las deducciones que de ello podían hacerse, máxime uniéndolas a las sospechas recaídas sobre la valerosa Epicaris, a quien en vano se había tratado que confesase lo que se sospechaba, abrieron el camino de la verdadera pista, y Nerón, espantado, mandó detener a Escevino y a cuantos habíanse visto aquellos días en su compañía. Entre ellos estaba Natal. Este, amenazado de tortura, declaró todo cuanto sabía, y tal vez más, por obtener gracia. Los primeros nombres que salieron de su boca fueron los de Pisón, Laterano y Séneca.

Sobrevino un terror pánico. Nerón se rodeó de guardias, puso a Roma en estado de sitio y cubrió de soldados los accesos a su palacio y de galeras el Tíber. Mercenarios germanos se echaron a buscar por casas y palacios, y rebaños de sospechosos fueron amontonados en las ergástu-

las. Empezó la carnicería; empezaron los suicidios. Pisón se abrió las venas; Laterano fué degollado; Séneca...

Sin embargo, Séneca, luego de su famosa entrevista con Nerón (cuando en vano le ofreció en cambio de ser olvidado, sus riquezas), vivía sin ruido, apartado, aunque cerca de la corte y entregado al estudio, a la lectura y a la meditación. La redacción de su gran obra de moral y de sus *Cuestiones naturales* ocupaba la casi totalidad de su tiempo. Si le dejaba algunos instantes libres los dedicaba, ora a escribir largamente a su inolvidable Lucilio, procurador a la sazón en Sicilia, ora a los graves y sustanciosos coloquios que de cuando en cuando solía permitirse con sus íntimos, ya a gozar de la dulce presencia de su segunda mujer, Paulina, que tan tierna y solícitamente le amaba, pese a la diferencia de edad que había entre ellos. Es más, deseando alejarse de aquella corte, de la cual el eco de los escándalos que hasta él llegaban le producía infinita repugnancia, cuando al fin el año 63 fueron oídas sus repetidas instancias y autorizado a ella, escapó a Campania, y durante toda la buena estación vagó a lo largo de las alegres y felices riberas de Cumas y Pompeya. Esta primavera del año 63 fué una de las más felices de su vida. Nápoles, Bayas, Puzole, gozaron la dicha de tenerle, de oírle discurrir, de sentirle pensar bajo su cielo sereno. Con el invierno, volvió a Roma y a sus trabajos ya empezados. Luego, cuando llegó de nuevo la primavera del 64, vióse obligado a seguir a Nerón a Nápoles; mas separándose de la corte, vuelve a pasar varios meses en la riente Campania en compañía de Caesonio Máximo, el más querido de sus amigos desde que había perdido a Sereno. Allí, disfrutando de una salud cada vez más excelente, emprende, como el año anterior, una serie de deliciosas peregrinaciones: visita otra vez Pompeya, va y viene a lo largo de la maravillosa costa, sigue en Nápoles las lecciones de Metronax, el filósofo; presencia en Puzole la llegada de la flota de Alejandría, que le hace gozar de un espectáculo incomparable; visita en Literna la villa de Escipión "el Africano"; se interesa por todo, sobre todo discurre, a propósito de todo razona, se alegra de no disponer de su acostumbrado fausto, de acostarse en lechos duros, de comer la frugal comi-

da de los campesinos... Los días de reposo los distribuye entre el lecho (pues necesita estar mucho tiempo echado) y la lectura. Duerme poco, come frugalísimamente, hace, cuando puede, un ejercicio moderado, tras el cual se hunde en dulcísimo baño tibio al sol... ¡Es feliz!

¿Tomó parte Séneca en la conspiración de Pisón? Moralmente, de corazón, tal vez; de otro modo es improbable. Si supo algo, seguramente no fué porque él diera un paso por saberlo. Pero era igual: su muerte estaba decretada hacía mucho tiempo, y lo único que necesitaba el Monstruo era un pretexto que le permitiese conseguir lo que por medio de Cleónico (liberto de Séneca, a quien había comprado para que le envenenase) no había conseguido.

Pero que Tácito refiere este sucedido abominable: "Siguió a esta muerte (la de Plaucio Laterano) la de Anneo Séneca, muy agradable al príncipe (1); no porque se hallase contra él culpa alguna en la conjuración, sino por ejecutar con hierro lo que no había podido con veneno; porque hasta entonces no había sido nombrado más que por Natal solo, de que Pisón le había enviado a visitar a Séneca estando enfermo, y a dolerse con él de que no consentía que le visitase, añadiendo que era mejor poner nuevas raíces a su amistad, tratándose y comunicándose familiarmente, y que Séneca había respondido "que el conversar entre sí y verse a menudo no era conveniente a ninguno de los dos; pero que su salud pendía de la salud y seguridad de Pisón." Estas palabras mandó el príncipe que refiriese a Séneca Gravino Silvano, tribuno de una cohorte pretoriana, y que le preguntase si era verdad que hubiese pasado aquel coloquio entre él y Natal. Había casualmente Séneca (otros dicen que de industria) vuelto aquel día de Campania, y alojádose en una quinta suya una legua de la ciudad, donde cerca de la noche llegó el tribuno, y después de haber hecho cercar la quinta de escuadras de soldados, hallando a Séneca cenando con Pompea Paulina, su mujer, y dos amigos, le notificó las comisiones que llevaba del emperador.

Respondió Séneca: "Que era verdad que había venido a él Natal de parte de Pisón, quejándose de que queriendo

(1) Traducción de Carlos Coloma.

visitarle se le había negado la entrada; que a esto se había excusado con su enfermedad y con el deseo que tenía de quietud; y que en lo demás nunca había tenido causa para anteponer a su propia salud la de un hombre particular; ni él de su naturaleza era inclinado a lisonjas, como mejor que otro alguno lo sabía el mismo Nerón; el cual había hecho más veces experiencia de la libertad de Séneca que de su servil adulación." Referida por el tribuno esta respuesta al príncipe en presencia de Popea y de Tigelino, que era el consejo secreto con quien resolvía el modo de ejercitar su crueldad, le preguntó si Séneca se preparaba para tomar una muerte voluntaria, y afirmando el tribuno que no había conocido en él señal alguna de temor ni de tristeza en palabras ni en rostro, se le manda que vuelva y que le notifique la muerte. Escribe Fabio Rústico que no volviendo el tribuno por el mismo camino por donde había venido, torció por casa del prefecto Fenio, y que dándole cuenta de la orden que llevaba de César, y preguntándole si la obedecería, con vileza y cobardía fatal de todos, le respondió que la obedeciese; porque también Silvano era de los conjurados, aunque ahora acrecentaba aquellas maldades, en cuya venganza había consentido con los demás. Con todo esto no quiso ver ni hablar a Séneca; antes envió en su lugar a un centurión que le notificase la última necesidad.

Séneca, sin temor alguno, pidió recado para hacer testamento, y negándoselo el centurión, vuelto a sus amigos les dice "que pues se le impedía el reconocer y gratificar sus merecimientos, les dejaba una sola recompensa, aunque la mejor y más noble que les podía dar: que era el espejo y ejemplo de su vida, del cual, si tenían memoria, sacarían una honrada reputación y el loor de haber conservado y sabídose aprovechar del fruto de tan constante amistad". Y juntamente, ya con amorosas palabras, ya con severidad a manera de corrección, les hacía dejar el llanto y los procuraba reducir a su primera firmeza de ánimo, preguntándoles que "¿dónde estaban los preceptos de la sabiduría, dónde la disposición preparada con el discurso de tantos años, para oponerse a cualquier accidente y eminente peligro? Porque a todos era notoria la crueldad de Nerón, a

quien no quedaba ya otra maldad por hacer, después de haber muerto a su madre y hermano, sino quitar la vida a su ayo y maestro".

Después de haber dicho en general estas y semejantes cosas abraza a su mujer, y habiéndole mitigado algún tanto la fuerza del temor presente, la exhorta y la ruega que trate de templar y no de eternizar su dolor, procurando con la contemplación de su vida pasada virtuosamente tomar algún honesto consuelo y en su manera olvidar la memoria de su marido. Ella, en contrario, afirmando que también tenía hecha resolución de morir entonces, pide con gran instancia la mano del matador. Con esto, Séneca, no queriendo impedirle su gloria, y juntamente amándola con ternura, por no dejar a tan caras prendas en poder de tantas injurias y tan crueles destrozos, le dijo: "Yo te había mostrado los consuelos que había menester para entretener la vida; mas veo que tú escoges la gloria de la muerte. No pienso mostrar que te tengo envidia al ejemplo que has de dar de ti, ni estorbarte esa honra. Sea igual entre nosotros dos la constancia de nuestro generoso fin; aunque es cierto que el tuyo resplandecerá con mayor excelencia." Después de esto se cortaron a un mismo tiempo las venas de los brazos. Séneca, porque siendo ya muy viejo y teniendo el cuerpo muy enflaquecido con la larga abstinencia despedía muy lentamente la sangre, se hace cortar también las venas de las piernas y tobillos. Y cansado de la crueldad de aquellos tormentos, por no quebrantar con las muestras de su dolor el ánimo de su mujer, y por no deslizarse él en alguna impaciencia viendo los que ella padecía, la persuade a que se retire a otro aposento. Y sirviéndose de su elocuencia hasta en aquel último momento de su vida, llamando quien le escribiese, dictó muchas cosas que, por haber quedado en el vulgo con las mismas palabras, excusaré referirlas.

Mas Nerón, no teniendo odio particular contra Paulina, y por no hacer más aborrecible su crueldad, mandó que se la estorbase la muerte. Y así, a persuasión de los soldados, sus propios esclavos y libertos la vendan las incisiones de las venas y le restañan la sangre, no se sabe si con su consentimiento, porque como quiera que el vulgo se inclina

siempre a los peores juicios, no faltó quien creyese que mientras juzgó por implacable a la ira de Nerón, deseó la fama de imitar y acompañar en la muerte a su marido; mas que habiéndosele ofrecido después más blandas esperanzas, se dejó vencer de la dulzura de la vida, a la cual añadió después bien pocos años, con una loable memoria de su marido y con un color pálido en el rostro y miembros, que se mostraba bien haber perdido mucha parte del espíritu vital. Séneca, entretanto, durándole todavía el espacio y dilación de la muerte, rogó a Statio Aneo, en quien tenía experimentada y no menor ciencia en la Medicina, que le trajese el veneno ya de antes prevenido, que era el que solían dar por público juicio los atenienses a sus condenados, y habiéndosele traído, le tomó, aunque sin algún efecto, por habérsele ya resfriado los miembros y cerrado las vías por donde pudiese penetrar la violencia de él. A lo último, haciéndose meter en el aposento donde había un baño de agua caliente, y rociando con ella a sus criados que le estaban más cerca, añadió estas palabrass "Este licor consagro a Júpiter librador." Metido de allí en el baño, y rindiendo el espíritu con aquel vapor, fué quemado su cuerpo sin pompa y solemnidad alguna, como antes lo había ordenado en su codicilo, mientras hallándose todavía rico y poderoso iba pensando en lo que se había de hacer después de sus días."

* * *

Séneca ha pasado a la posteridad como literato, como filósofo y como moralista.

Como literato es como su importancia es menos considerable. Si poeta, imposible juzgarle debidamente a través de los escasos y excesivamente atildados versos suyos que han llegado hasta nosotros (a no atribuirle buen número de epigramas de la *Anthologia Satirica*, que bien pudieran ser suyos, no sólo por su fondo, sino por su pulida forma, hechos a imitación de Ovidio, de quien tanto gustaba). Si de enjuiciarle como dramaturgo se trata, fuerza será reconocer que sus tragedias no son sino amplificaciones retóricas en que la acción suele ser sustituída por discursos decla-

matorios y pinturas patéticas, truculentas muchas veces. Estas tragedias son enmiendas tan discursivas cuan inferiores de las grandes producciones griegas. Hay que salvar, no obstante, la única en que Séneca trabajó exclusivamente por su cuenta, *Octavia*, tragedia de contenido puramente romano, en la que invención y construcción son puramente suyos, y que, por ser la mejor, ensalza grandemente su talento poético. No obstante, ellas solas no hubiesen bastado en modo alguno para asegurarle su imperecedera fama.

Otra cosa es si se le juzga como filósofo, y aún mayor su excelencia si se le considera como moralista.

Como filósofo es, tal vez, el más independiente y brillante de los estoicos, ya que no el más original. A través de sus *Tratados*, de sus *Consolaciones*, de sus *Diálogos* y, sobre todo de sus *Cartas a Lucilo*, el estoicismo pierde su sequedad y su rigidez, se depura y se humaniza; se convierte en el puro y abierto raudal en que había de saciarse el cristianismo.

He aquí los principios generales de este sistema filosófico extraídos de sus *Tratados*, principios que luego él mismo había de suavizar y magnificar hermosísimamente en sus últimos escritos:

Aunque la experiencia sea la causa y origen de toda ciencia, en nosotros existe un principio superior que la rige, principio que lleva el nombre de razón. Esta razón, consciente de sí misma, se reconoce, se aprueba y, por su propia esencia, busca su plena afirmación y su realización total y completa. Por lo demás, trátase de una tendencia común a todos los seres. Por el solo hecho de ser y de tener conciencia del yo, una fuerza interna empuja y lleva a adquirir lo que es conforme a la propia constitución y a rechazar lo que es extraño a ella. Y puesto que lo que nos distingue de las bestias es precisamente esta razón, nos vemos conducidos por ella a buscar aquello que exclusivamente la pertenece, es decir, a satisfacer apetitos espirituales a los cuales los animales en modo alguno están sometidos. El fin supremo de la razón será, pues, la conquista del bien soberano, bien al cual llegaremos siguiendo los caminos que ella nos traza: por la templanza, por la sabiduría, por el valor, por la justicia. Este bien al cual nos

conducen tan hermosos caminos puede definirse con una palabra: la virtud. He aquí lo que es propiamente nuestro, he aquí nuestro destino, el fin de nuestra naturaleza, nuestra eterna misión. Lo demás—todo lo demás—, común nos es con los animales y no nos permite distinguirnos de ellos. Ser hombre, por tanto, no es sino realizar este ideal humano, despreciando cuanto no sea estrictamente él. No vacilemos, pues, en afirmar la falta de interés, la vanidad, la inexistencia misma de cuanto es incapaz de conducirnos a nuestro fin espiritual: la virtud. Por lo tanto, ¿qué importa el dolor?..., ¿qué importan los acontecimientos fortuitos?..., ¿qué le importa a nuestra razón cuanto es extraño a su propia esencia?... El sabio deberá, por consiguiente, desligarse de cuanto no está sometido a su voluntad, de cuanto no sirva para dar cima a su necesidad de virtud. Riquezas, empleos, afectos son cosas exteriores a nosotros y de las que debemos liberarnos. ¿Quiere esto decir que nos veamos obligados a rechazar toda simpatía humana? En modo alguno; pero sí habremos de depurarlas y colocar antes que toda otra cosa aquello en lo que está la verdadera nobleza del hombre: la virtud. Igualmente capaces de razón y, si somos instruídos, igualmente capaces de elevarnos hasta el bien, somos en principio todos iguales; he aquí por qué la ley primordial de la vida debe ser la caridad universal.

A esta doctrina tan hermosa no había sino añadirla un poco de amor para que se transformase en el anhelo de caridad y de redención que había de cristalizar poco después con el nombre de cristianismo. Séneca lo hizo; lo hizo, porque criado entre amor y a fuerza de amor por dos mujeres exquisitas, supo amar por haber sido muy amado.

Escuchemos lo que piensa su gran inteligencia, de la mano siempre de su gran corazón, sobre la vida y sobre la muerte, sobre el alma, sobre Dios y sobre la amistad:

"Te aconsejo que evites las multitudes y que te aisles, que te refires, que te limites al testimonio de tu conciencia, y tú me replicas: ¿Qué hago entonces de esa máxima estoica según la cual el sabio, aun en sus últimos instantes, debe aún obrar?... ¿Que qué haces de ella? ¿Pero es que me

crees a mí sumido en la pereza?... Si me obstino, si cierro la puerta a muchos es, precisamente, por ser útil a todos. Ni uno tan siquiera de mis días transcurre sin trabajo. Una parte de mis noches, incluso, se la tengo consagrada. No me abandono al sueño sino cuando ya me hace sucumbir. De otro modo, mi vista rendida, fatigada, se empeña obstinadamente en la tarea. A los hombres y a los negocios, empezando por los míos propios, he renunciado ya. Trabajo y escribo para la posteridad... Muestro a los demás el camino de la felicidad, que harto de errores y ya tarde he conseguido conocer. Les grito: "Huid de los gustos del vulgo y de los dones de la casualidad. Deteneos temerosos ante un bien fortuito. ¿Presentes de la fortuna decís? ¡Cuidado, que no son sino lazos!... No tengáis, pues, para el cuerpo, sino aquellos cuidados que la conservación de la salud prescribe; pensad que si no se le trata duramente se revolverá victorioso contra el espíritu. No olvidéis que nada hay en vosotros admirable fuera de vuestra alma. ¿Es esta alma grande? ¡Ah, entonces nada habrá grande para ella!" ...

"El sabio debe alejarse de todos aquellos cuyo poder pueda perjudicarle, pero con tal precaución que parezca que no lo hace. Una parte de su seguridad está en no mostrar que huye: que huir es desaprobar."

"¿Cómo garantizarse de las acometidas del vulgo? Nada más sencillo. No desees nada de cuanto pueda ponerte en concurrencia con otro. No poseas aquello que pueda enriquecer a quien te lo arrebatase. Haz que los despojos que hayas de dejar sean ínfimos. Raramente se vierte sangre por el simple placer de verterla: menos debemos temer el odio que las ambiciones... ¡Que la filosofía sea nuestro refugio!... Sí, porque la filosofía es un sacerdocio respetado aun de aquellos que sólo a medias son malos. La elocuencia y todos los talentos hechos para conmover o seducir al pueblo engendran rivalidades. La filosofía, en cambio, en el seno de su reposo y solamente a ella entregada, no tiene por qué temer competencias ni desprecios. La depravación

jamás será tan poderosa como para arrancarla su velo de santidad."

"No incurras, como ciertos filósofos demasiado ávidos de lo espectacular, en afectaciones, ora en tu manera pública de comportarte, ora en tu género de vida, en singularidades que atraigan sobre ti las miradas. Un modo de vestir impropio, una cabellera erizada, una barba desaliñada y sucia, un mal lecho sobre la tierra desnuda y otras cien maneras que hay de atraer la atención de las gentes, he aquí lo que se ha de evitar con el mayor cuidado. Si el simple título de filósofo es ya demasiado sospechoso por sí mismo, aunque se le ostente con la mayor modestia y recato, ¿qué ocurrirá si le enfrentamos con el común vivir de las gentes?... Distingámonos, sí, de ellas, pero por nuestro interior solamente. Exteriormente, seamos como los demás. No busquemos el contrariar al vulgo, sino en obrar mejor que suele obrarse generalmente. De no hacerlo así, alejaríamos de nosotros precisamente lo que más nos interesa conquistar y corregir. Como la filosofía lo que se propone es unir los hombres mediante un mutuo comercio de ideas, de simpatías y de ayudas recíprocas, si exteriormente nos diferenciamos de los demás en extremo, ello mismo bastará para que nos veamos apartados de la vida social... Y aunque ciertamente nuestro mejor guía ha de ser la naturaleza, tengamos presente que esta naturaleza condena todas las torturas voluntarias, la aversión hacia el vestir corriente y sencillo, la afición a la suciedad y la predilección por los alimentos repugnantes... ¿Qué mejor signo de la debilidad del alma que no ser capaz de soportar las riquezas?"

"Dos días hace que Máximo y yo vivimos felices sin más esclavos que los que un mal coche puede albergar, y sin otro equipaje que los vestidos que nos cubren. La tierra es el asiento de mi colchón, y éste el mío. De dos prendas de vestir que llevo, una hace el oficio de sábana y la otra de manta. De nuestra comida, imposible suprimir nada,

pues se compone de higos secos y, sobre todo, ¡de mis tabletas de escribir! Ellas hacen el oficio de postre, cuando tengo pan, y de pan caso de faltarme. Nada más rústico que el coche que me conduce: las mulas que tiran de él están tan delgadas, que pregonan que su vida entera la han pasado por los caminos; en cuanto al que las conduce, ni calzado lleva; trabajo me cuesta no gritar a todo el mundo que semejante artefacto me pertenezca; cuando se cruza con nosotros un cortejo lujoso, me avergüenzo, pese a cuanto hago por evitarlo. Y es que, ¡ay!, las virtudes que tanto alabo aún no han echado raíces en mi alma... Quien se avergüenza de un pobre carricoche miserable dispuesto está a vanagloriarse neciamente de otro lujoso... ¡Qué lejos estoy de la perfección cuando aún me inquieto por la opinión de los que pasan!..."

"He llegado tarde y ya de noche a mi villa de Albania, más fatigado de las incomodidades del camino que de su duración. Y claro, fuera de mí mismo, ¡nada he encontrado preparado! Me he echado sobre el lecho, pues, con ánimo de reposar, esperando pacientemente que llegasen mi cocinero y mi panadero. Una y otra vez me he repetido que nada hay que no podamos soportar fácilmente y que no debemos incomodarnos por nada. ¿Que mi panadero no ha cocido pan? El portero y el hortelano tendrán. ¿Que será malo?... Esperaré y acabaré por encontrarlo delicioso. Dejemos que llegue el hambre, que lo mismo es comer cuando se tiene buen pan que cuando encontramos el malo exquisito."

"Doblada nuestra alma bajo un peso aplastante, quisiera enderezarse y volver hacia los lugares que habitó otras veces. Este cuerpo es un pesado fardo, un suplicio para ella: la molesta, la oprime, la encadena, a menos que la sabiduría venga en su socorro, la ofrezca, para aliviarla, el espectáculo de la naturaleza y la transporte de la tierra al cielo. Estos viajes intelectuales son los únicos medios de liberación de que goza; por ellos escapa un instante de su prisión y corre a encontrar en los cielos nuevas fuerzas."

"Nunca mal alguno es grande si es el último. ¿Avanza la muerte? No importa; sería de temer si fuese a agarrarse de tu brazo. Mas es preciso, o que no llegue hasta ti, o que pase de largo. ¿Que es difícil, dices, enseñar al alma a que desprecie la muerte? ¿Es que acaso no ves las futilísimas razones que empujan en su busca a diario? Un amante se ahorca a la puerta de su amada, un esclavo se arroja desde lo alto de un tejado por escapar a los rigores de su amo, un fugitivo se atraviesa el pecho por miedo a ser encadenado... ¿Y lo que hace el exceso de miedo no sería capaz de hacerlo el valor? ¿Por qué haberte engañado tanto tiempo? ¿Por qué no ver desde hoy la espada suspendida sobre tu cabeza? A la muerte vas, vuelvo a repetírtelo. Vas a ella desde el día mismo en que naciste. Estos son los pensamientos a que hay que acostumbrarse con objeto de esperar con tranquilidad esta última hora, cuyo temor envenena a todos los demás..."

"Créeme, Lucilio, la muerte, lejos de ser cosa temible, procura el mayor de los beneficios. Que las amenazas de un enemigo, por lo tanto, no inquieten tu seguridad... Tu conciencia debe darte ánimos. Mas como los juicios están determinados frecuentemente por condiciones extranjeras a nosotros, mientras esperas un fallo equitativo, dispónte a las mayores injusticias. No olvides, sobre todo, de despojar a las cosas de su apariencia exterior, de verlas tales cuales son, y verás cómo adviertes que no tiene de terrible sino el temor que las precede. Quitemos la máscara a cosas y hombres. ¿A qué mostrarme esa cuchilla, esas cadenas, ese fuego, esa pandilla de verdugos que se agitan a tu alrededor? ¡Aparta, oh muerte, ese cortejo de que te rodeas para espantar a los débiles, que al fin no eres otra cosa que esto, muerte!... Muerte a quien mi criada y mi esclavo desafiaban hace pocos días. ¿Qué significan esos látigos, esos potros levantados con tanta ostentación? ¿Y todos esos otros instrumentos inventados para desmenuzar cada parte, cada fibra del cuerpo humano? ¡No te preocupes de tan vanos espantajos!... Acalla los gemidos, los gritos, los acen-

tos plañideros que arranca la tortura: ¡todo ello no es sino simple dolor! Dolor que lo soportamos nada es, y que si no, dura poco..."

"Aceptando la muerte se olvida la esclavitud. Sólo la conformidad con ella nos pone al abrigo del poder de los tiranos. ¿Qué importan entonces las prisiones, cadenas y carceleros, si nos abren una puerta admirable? La única cosa que verdaderamente nos ata es el amor a la vida. Aprendamos, sin destruirla, a moderar su férula. De este modo, llegada la ocasión, nada será obstáculo a nuestro valor y sabremos hacer en cada instante lo que forzoso es que hagamos más pronto o más tarde."

"La hora fatal no ha de espantarme; bien preparado me encontrará, pues no es de ahora en mí el pensar en ella. Y lo más hermoso es no temer la muerte cuando encontramos precisamente la vida grata; porque de otro modo, ¿qué mérito tiene el escapar cuando por la fuerza nos echan? No obstante, puede haberle. Me echan, sí, pero por mi parte me voy de buen grado. Mejor dicho, no me echan, al sabio no se le echa. Ser echado es salir en contra de nuestra voluntad, y el sabio no hace nada a pesar suyo. Se sustrae a la necesidad, puesto que quiere siempre lo que ésta le obligaría a hacer."

"Según te estoy escribiendo, pienso que la muerte puede llamarme según lo estoy haciendo... ¡Haga como quiera!... Dispuesto estoy... Antes de ser viejo no pensaba sino en vivir bien; hoy mi único y constante pensamiento es bien morir. Más importante es prepararse para la muerte que para la vida.

"Impedid que los hombres testimonien a los dioses esa pleitesía cortesana y que se apretujen por las mañanas en las puertas de los templos. Para honrar a Dios, nada mejor que conocerle... No hay culto comparable a creer en Dios, a proclamar siempre su poder y sobre todo sus divi-

nas bondades; a saber que la divinidad rige el mundo, gobierna el universo como dominio suyo propio que es, vela por la conservación del género humano y se interesa frecuentemente por los individuos."

"Nada está oculto a Dios: lee en nuestras almas y está presente en nuestros pensamientos."

"El hombre virtuoso se iguala a la divinidad. Va siempre hacia el cielo, de donde recuerda haber descendido... Este universo que nos contiene es un todo con Dios, de quien somos parte y compañeros. Nuestra alma es tan vasta, que puede contenerle; sus impulsos ascenderían hasta el cielo si los vicios no la encadenasen a la tierra. Debemos dar, pues, a nuestra alma el imperio universal; debemos ponerla en plena posesión de la naturaleza cual bien que la pertenece. Que no tenga otros límites que el Oriente y el Occidente; que, semejante a los dioses, lo posea todo; que, desde la inmarcesible altura de su grandeza, desprecie a los ricos y a sus riquezas... Esta alma divina, dispuesta siempre a salir del hombre, se inquieta poco de lo que habrá de suceder a su envoltura carnal. Sabe que la naturaleza ha determinado que ningún cuerpo carezca de sepultura; que el tiempo se encargará de cubrir a aquellos a quienes la barbarie no dé tumba."

"Acabado el día, Sexto, antes de entregarse al reposo, interrogaba a su alma: "¿De qué defecto te has curado hoy? ¿Qué pasión has combatido? ¿En qué te has vuelto mejor?" ¿Habrá nada mejor que pedirse cuentas a sí de la jornada que ha transcurrido? ¡Oh dulcísimo sueño el que sigue a este examen de los propios actos! ¡Qué tranquilo, qué profundo, qué dulce y libre cuando el alma ha recibido el elogio o la censura merecidos y cuando, sometida a su propia vigilancia, a su propia férula, informa en secreto contra sí misma! Así hago yo también. Llenando para conmigo mismo las funciones de juez, me cito ante mi propio

tribunal. Cuando han sacado la luz del cuarto y mi mujer, respetando mi costumbre, enmudece, empiezo a repasar cuanto hice en el día, cuanto dije, cuanto pensé. ¿Por qué voy a tener miedo de encararme con mis faltas puesto que puedo decirme: "Cuidado, no caigas de nuevo!... Por hoy te perdono?"

"¿Olvidas que este hombre a quien llamas tu esclavo está formado de los mismos elementos que tú, que ve el mismo cielo, respira el mismo aire, que vive y muere como tú? Sé, pues, dulce y afable con él. Admítele en tu conversación, en tus secretos, en tu mesa... ¿Cómo podemos ser más exigentes que Dios, que sólo con amor y respeto se contenta?"

"Aunque el sabio se basta a sí propio, gusta de un amigo, siquiera sea por cultivar la amistad para que no decaiga tan hermosa virtud. No buscará, pues, uno que le asista si cae enfermo, o que le socorra si cae en prisión o en pobreza, sino al contrario, a quien consolar y defender..."

"Yo tengo algunos derechos respecto a las futuras razas: yo puedo salvar con mi nombre algunos otros y compartir con un amigo mi inmortalidad..."

* * *

No han llegado a nosotros todas las obras que escribió Séneca; ni siquiera todas aquellas de que se tiene noticia, tales, por ejemplo: *De Situ et sacris Ægyptiorum*, *De Situ Indiæ*, el tratado moral *De Matrimonium* (una obra de San Jerónimo nos permite, por fortuna, conocer las principales ideas que en él exponía), etc. Pero queda aún lo siguiente, aparte de los epigramas citados:

Estudios físicos.—Las *Naturales Quæstiones*, en ocho libros (alterados en la versión manuscrita que ha llegado a nosotros).

Dramas.—Nueve, a saber: *Hércules Furens*, *Troades*, *Me-*

*dea, Phaedra, Oedipus, Agamemnon, Thyestes, Hércules Oetaeus*, tres fragmentos de cierta extensión pertenecientes, tal vez, a la tragedia *Phoenissae*, y la pretexta *Octavia*.

Tratados filosófico-morales.—Anteriores al destierro: *De la Cólera* (contra Calígula, del cual el primer libro—tipo execrado del tirano bestial y furioso—es un vivo retrato). Escritos en el destierro: *De consolación a Marcia* (hija del historiador Cremucio Cordo), *De consolación a Helvia* (su madre) y *De Consolac... a Polibio* (administrador de la casa imperial de Claudio, con cuyo emperador, de quien era liberto, tenía un gran ascendiente; un bribón no desprovisto, por cierto de algunos atisbos literarios). Posteriores al destierro: *De los beneficios* (en siete libros), *De la Providencia, De la constancia del sabio, De la vida feliz, Del ocio, De la tranquilidad de ánimo* (en forma dialogada), *De la brevedad de la vida, De la clemencia* (dedicado a Nerón a poco de haber sido ascendido al trono), las *Cartas a Novato* (cuya autenticidad ha sido puesta en duda, tal vez sin gran fundamento), y las *Cartas morales a Lucilio*, las más importantes de todas (124 verdaderos ensayos filosófico-morales).

Aparte de lo anterior, los discursos.

En fin, la sátira menipea (en prosa y verso) titulada *Apokolokyntosis* (*metamorfosis en calabaza*), enderezada contra el emperador Claudio, deificado a su muerte por voluntad de Agripina, y casi más especialmente contra ésta, tratando de ridiculizarla por tan injustificado hecho.

No se suele hablar de él, en cambio, como orador, y mucho menos como político. Sin embargo, como orador, tal vez merezca ser citado inmediatamente después de Cicerón, y su actuación como político ha quedado como un modelo vivo en este tan importante cuan difícil arte.

De su fina, admirable, rica y persuasiva elocuencia sabemos por Quintiliano, que le cita entre los primeros oradores de su tiempo y como el más exuberante de todos (*Inst. or.*, XII, x, 11); por Suetonio, que bien claramente habla (*Cal.*, 53) de la mucha influencia que sus escritos y su palabra ejercían en las ideas y gustos de su época; por Tácito, que alaba en varias ocasiones su proverbial elocuencia ("Y sirviéndose de su elocuencia hasta en aquel último momento de su vida...", dice refiriéndose a su muerte),

y por otros varios escritores romanos. Por si todo ello no fuese prueba suficiente de su pericia en este nobilísimo arte, recuérdese que a punto estuvo de costarle la vida, en tiempo de Calígula, una de sus magníficas alocuciones al Senado. No me he de detener, pues, en este punto, suficientemente demostrado. En cambio, sí dedicaré unas líneas a su faceta menos conocida: a Séneca gobernante. Porque en efecto, desde el año 54 en que Nerón, apenas de diecisiete años, es proclamado emperador, hasta el 63 en que nuestro filósofo cae en desgracia, transcurre un lapso de tiempo de unos ocho años, durante los cuales Séneca gobierna, bien que oculto por prudencia y por modestia tras de su egregio discípulo; años que, como dicho queda, fueron los más venturosos y felices del imperio. Siete u ocho años durante los cuales dirige el espíritu del joven monarca, administra por él, ordena en su nombre aunque por cuenta propia, le dicta la conducta que debe seguir y los discursos que debe pronunciar; es el alma de sus buenas obras y propósitos y el reparo, cuando cabe, de las malas, y, en fin, hace el oficio de verdadero ministro, hasta que poco a poco su tutela se debilita, su autoridad decrece al independizarse el Ahenobarbo, para caer, en fin, en desgracia, desgracia que no acabará sino con su muerte.

Séneca, con la honradez y nobleza que le caracterizaba, expuso su programa de gobierno en la primera ocasión que se le deparó, es decir, en el discurso de presentación de Nerón al Senado con motivo de los funerales de Claudio, apenas elegido emperador. Tácito nos ha legado el análisis de este discurso; sus líneas generales son las siguientes: Puesto en el trono por voluntad del Senado y voto unánime de sus soldados, había llegado a tan alto puesto sin odios, rencores ni deseo alguno de venganza. En él procuraría mantenerse teniendo por norma dos puntos capitalísimos: el mayor respeto a la justicia (nada de arbitrariedades; nada de centralizar en sus manos todos los juicios; nada de ahogar la publicidad inherente a la justicia en sesiones a puerta cerrada en su palacio, cual había hecho su antecesor; nada de entregar esta altísima función en manos de favoritos ineptos o inmorales; nada de intervención de éstos en los asuntos públicos: una cosa sería su

palacio como morada particular y otra los intereses públicos) y la restitución al Senado, es decir, la máxima garantía de que serían respetadas todas las libertades y derechos de los ciudadanos, de sus antiguas funciones (o sea que Italia y las provincias senatoriales habrían de quedar sometidas única y exclusivamente a la jurisdicción de cónsules y senadores, y que él, el emperador, se contentaría con la administración de las regiones ocupadas militarmente, en las cuales, como jefe supremo del ejército, tenía la máxima autoridad).

Justicia y libertad; equidad y respeto de todos los derechos bien adquiridos. ¿Cabe mejor programa de gobierno? De entonces acá, cuantos han sido tildados de buenos gobernantes, ¿han hecho otra cosa que respetar y afianzar estos insustituibles postulados de gobierno?

La prudencia, justicia y sabiduría de Séneca brillaba en estos postulados. Todos los males padecidos en los reinados que siguieron al de Augusto provenían precisamente de dos fuentes capitales: confusión de la vida política con la privada del príncipe (lo que, entre otros innumerables males, traía ajarejado la ingerencia abusiva de los familiares del príncipe—parientes, favoritos, libertos—en los asuntos públicos), absorción por el príncipe de todos los poderes, incluso los de la exclusiva competencia del Senado. El primer cuidado, pues, de Séneca, fué evitar ambos males. Uno significaba la anarquía; el otro la autocracia. Era preciso barrerlos en nombre de la justicia y de los derechos del pueblo, y Séneca los barrió desde el primer instante con mano rápida y certera.

Pero algo había que importaba tanto a Séneca enderezar como los torcidos asuntos públicos, y este algo era el alma de su ministrado y discípulo: de Nerón. Sabía muy bien que todos sus esfuerzos serían echados por tierra, como lo fueron, el día que olvidándose de sus ejemplos y consejos se dejase llevar por sus malos instintos, y, maestro al fin, maestro siempre y por excelencia, quiso estampar en un libro, para que le sirviese en todo momento de espejo y referencia, los sanos y democráticos principios en que se inspiraba aquel su modo y arte de gobernar, y este libro, que

para la mayor fuerza le dedicó, fué su tratado *De la Clemencia*.

Este tratado, en efecto, iba encaminado a excitar a Nerón a perseverar en sus hábitos de tolerancia y de dulzura, y, en general, a recordarle continuamente sus deberes esenciales como conductor de hombres y jefe del Estado. En él le ofreció, bajo la forma más grata y amable, toda suerte de consejos sanos y acertados preceptos, haciendo resaltar muy particularmente la gloria y felicidad que se adquiere siendo bueno e ingeniándoselas para hacer sentir al príncipe la grandeza y hermosura de la misión que le había sido encomendada por los dioses. En este libro, pues, es preciso buscar los elementos fundamentales de su filosofía política, cuyo substractum, es decir, cuya doctrina es poco más o menos la siguiente:

La naturaleza crea a todos los hombres iguales; las diferencias entre ellos son establecidas posteriormente por los accidentes de la fortuna y las necesidades de la vida. También los crea la naturaleza solidarios unos de otros ("inter homines consortium") y los empuja, con invencible instinto, a escoger un jefe. En consecuencia, en virtud de una especie de contrato natural, confieren a uno de entre ellos, que recibe el nombre de rey o de príncipe, el cuidado de dirigir la colectividad y de velar por los intereses comunes. Someterse, pues, al gobierno de un rey es un acto de prudencia que en modo alguno atenta contra la independencia moral de quienes le eligen. La soberanía, en efecto, sólo, siempre y únicamente reside en el pueblo ("inguli quibus potestas populi et in populum data est"), y si bien el pueblo puede cederla o encomendarla a quien mejor le parezca, esto quiere decir que alguien pueda despojarle de ella. Que el pueblo es quien hace al príncipe y no el príncipe al pueblo ("non rem publicam suam esse, sed se rei publicæ"); o sea, que la razón de su poder no es otra que el bienestar y utilidad pública. Debe, pues, considerarse el príncipe no como amo, sino como tutor de sus electores ("quem omnes non tam supra se esse quem pro se sciunt"). El príncipe es a la masa de quienes le eligen lo que el alma es a las diferentes partes del cuerpo. El imperio del príncipe sobre los demás mortales es análogo al de los dioses sobre el género

humano; es, incluso, el vicario de los dioses en la tierra; por lo que, cuando los hombres elevan al trono a uno de sus semejantes, no hacen sino cumplir un mandato del destino. Mas esto no quiere decir que el poder así sancionado sea un poder de derecho divino, pues, sea cual sea la extensión de este poder, la monarquía no es, en principio, sino la encarnación del poder de las naciones que la obedecen. No es, por tanto, el rey o el príncipe, el representante de los dioses, como enviado e impuesto por ellos a los pueblos, sino el representante de los pueblos escogido por estos pueblos para poder cumplir en la tierra la voluntad de la divinidad. La función que el príncipe ejerce ("officium erat imperare, non regnum") es idéntica, en su esencia, a las funciones más eminentes del magistrado o del sacerdote. Del mismo modo que el sacerdote adscrito por los hombres al cuidado del culto goza del privilegio de que su boca sea el portavoz de los oráculos de los dioses, así el príncipe llega a ser, gracias al hecho de haber sido elegido por sus semejantes, el ministro y el portavoz del destino ("quid cuique mortalium fortuna datum velit meo ore pronuntiat"). Como los magistrados, es simplemente el servidor y el intérprete de las leyes. Pues no está por encima de ella como no está por encima de la humanidad: en un principio fué encarnación de la ley ("primi mortalium... eymdem habebant et ducem et legem"); luego, y una vez escritas las leyes, él es el primero en quedar sujeto a ellas.

* * *

Tales son los principios de su admirable teoría del poder. ¿Quién que no sea ciego dejará de ver en las líneas que anteceden muchos de los postulados de que se enorgullecen hoy, cual si se tratase de conquistas recientes, las más audaces de las democracias modernas?; ¿quién el origen de ciertos postulados sociales y políticos atribuídos o de los que se enorgullecen otros escritores posteriores? Elegir un hombre (que esta elección sea justa, es decir, acertada, prudente y sabia) y que este hombre (el mejor por el hecho de haber sido elegido imparcialmente) sea el que gobierne en nombre del pueblo que le ha elegido, sin creerse

superior a él, sino simplemente su mandatario, y el primero en quedar obligado a cumplir las leyes: ¿habrá nada más hermoso, conveniente y lógico como forma de gobierno?

Séneca veía, como buen estoico ortodoxo, el ideal del régimen gubernamental en el gobierno de un buen monarca; monarca elegido en todo caso por el pueblo entre sus individuos como el mejor de ellos; en modo alguno pensaba que la transmisión hereditaria bastase ni pudiese justificar cargo tan importante; es decir, que este monarca era para él algo más semejante a un presidente de república moderno (sobre todo al tipo americano, o sea con reales y efectivas facultades de gobierno compatibles con el Senado, bien que cuyo mandato durase de por vida, o al menos mientras cumpliese su misión a satisfacción de sus electores) que a un rey, mera figura decorativa si puramente constitucional e inadmisible de todo punto si absoluto.

Los resultados prácticos de tan admirables teorías no podían menos de ser sorprendentes, y lo fueron. Dios Casio resume del modo siguiente la obra de Séneca y de Burrho al frente del Gobierno (1): "Modificaron en gran parte ciertas cosas establecidas, otras las abolieron totalmente instituyendo en su lugar otras nuevas." En efecto, si de la hacienda se trata, desterraron de la corte el despilfarro y el mercantilismo con los destinos públicos, de que eran prueba elocuente las enormes fortunas de los libertos favoritos; despidieron, en bien del fisco imperial, a Palante; en lo que al erario público respecta, crearon para su custodia prefectos del tesoro, que el príncipe elegía y que desempeñaban su función durante tres años; centralizaron, por decirlo así, la contabilidad del Estado, limitando en este sentido, para unificar la labor financiera y hacerla más perfecta, las atribuciones del Senado en estas materias; aumentaron prudentemente los ingresos sin salirse nunca de los límites de lo justo ni atentar abiertamente contra las fuen-

(1) "Estos ayos y guías de la juventud del príncipe—dice Tácito—, conformes entre sí en la participación de la autoridad, eran por diversos caminos igualmente grandes. Burrho le instruía en los cuidados militares, severidad y gravedad de costumbres; Séneca, en los preceptos de la elocuencia y en una cortés y honesta humanidad." (*Anales*, XIII.)

tes de riqueza, y, sobre todo, disminuyeron gastos inútiles, prodigalidades, caños sueltos—suprimiendo enchufes y prebendas—y cuanto se oponía a un prudente régimen de economías. En una palabra, cesaron casi todos los abusos, y el Tesoro volvió a sus antiguas costumbres de ahorro, ahorro del que, aun en desgracia Séneca, Nerón se sentía muy orgulloso.

Supresión o atenuación de los abusos, mejoramiento de la situación de los particulares frente a los representantes del poder central y frente a los adjudicatarios de las granjas rurales, estrecha vigilancia de los agentes fiscales y de las operaciones de esta índole: ésta fué en esencia la obra depuradora de Séneca en la hacienda. Nada de impuestos nuevos; mientras hubo manera de pasarse sin ellos, el Estado siguió extrayendo sus recursos de las fuentes habituales. Es más, no se trató ni de aumentar los rendimientos salvo, tal vez, a expensas de los delatores. Con régimen tan prudente, pudo alabarse Nerón de hacer que bajo su mano el Estado ahorrase anualmente 60 millones de sestercios.

En lo que a la justicia atañe, sus desvelos no fueron menos inmediatos. Convencido de que no hay bien para los ciudadanos ni estabilidad para las instituciones públicas sin justicia, santa palabra que todo lo protege y defiende y cuya ausencia es causa y principio de todos los males, se dispuso en seguida a llevar a cabo la urgentísima reforma de las instituciones y procedimientos judiciales, cuya necesidad no admitía demora. Bajo la férula de los príncipes anteriores, el desorden más absoluto había invadido poco a poco todo lo relativo a esta cuestión de interés tan vital para los pueblos. Así se había llegado a un caótico estado de cosas en que los emperadores juzgaban por sí y ante sí toda clase de asuntos, sin otra ley que su capricho o el de sus favoritos, quienes, con harta frecuencia, incluso casaban las sentencias a espaldas de ellos, y en que los delatores ejercían en los tribunales un poder que nada podía contrarrestar. Séneca, pues, puso la mayor diligencia en asegurar el buen funcionamiento de los tribunales, es más, en imprimir a estos tribunales un carácter manifiestamente liberal e independiente de la férula imperial. Su plan,

puede reasumirse en una palabra: hacer que la ley recuperase su perdido imperio. Esto es, dejar que cada uno de los distintos engranajes de la máquina judicial, jueces, magistrados y Senado, pudiese cumplir su misión particular sin intervención de la potestad inatacable e inapelable del emperador.

Empezaron, pues, a funcionar normalmente los antiguos jurados republicanos, y hasta vieron su autoridad fortificada, pues Séneca en modo alguno trató de disminuirlos, sino, por el contrario, procuró que se atendiesen cuanto era posible.

En lo que a los magistrados respecta, no gozaron de menor libertad en el ejercicio de sus atribuciones judiciales. Ello no impidió que, para garantizar precisamente la pureza de su función, fuesen estrechamente vigilados por el Senado, que, además, fué el encargado asimismo de escogerlos. Al mismo tiempo, fueron reprimidos con mano vigorosa los abusos a que solían entregarse los tribunos de la plebe, que habían llegado hasta a subrogarse atribuciones que las leyes vinculaban en pretores y cónsules. Así, solía ocurrir que intervenían en los asuntos antes que el magistrado encargado de sustanciarlos hubiese emitido su juicio. Es más, incluso citaban para que compareciesen ante ellos, en contra de toda legalidad, a los litigantes que primeramente debían comparecer ante los pretores, en apelación a los cónsules y sólo a los tribunos en último término. Pues bien, un senado-consulto del año 56 les prohibió obrar de este modo, así como el administrar justicia en su propia casa en lugar de hacerlo en el Foro.

Augusto había instituído, por encima de todos los tribunales ordinarios, dos tribunales supremos y, por decirlo así, gemelos; tribunales que, tanto en lo civil como en lo criminal, juzgaban siempre en última e inapelable instancia. Estos tribunales los constituían, uno el emperador, otro el Senado, bien organizado en sala de justicia y presidido o simplemente representado por los cónsules. Pues bien, Séneca hizo que, como en un principio, ambos tribunales funcionasen paralelamente y con absoluta independencia. Desapareció la presión política que sobre el Senado habían ejercido los príncipes anteriores. En su tiempo, si alguna

vez Nerón influyó sobre los senadores mediante súplicas o amenazas, fué para atenuar el rigor de ciertas persecuciones o para exigir una aplicación más humana de las leyes. La misma cordialidad, el mismo espíritu de orden, de conciliación y de equilibrio presidió los repartos de asuntos, especialmente las apelaciones civiles entre el Senado y el príncipe. En fin, la mejor prueba de lo que fué la justicia bajo la mano de Séneca es que durante todo el tiempo que duró su privanza, ni una vez tan siquiera se hizo uso de la "ley de majestad". Cuando se aplicó por primera vez desde el advenimiento de Nerón al poder, fué el año 62, es decir, cuando ya la desgracia de Séneca era un hecho y cuando Tigelino se había adueñado de la voluntad del emperador. Y si aun este hecho no parece bastante elocuente en favor del espíritu de tolerancia que animó la justicia por obra de Séneca, aún citaré el caso de Pomponia Gracina, la nobilísima dama mujer del cónsul Aulo Plaucio. Acusada de *superstición extranjera*, es decir, del crimen más grave, de apostasía religiosa, crimen castigado, por atentar contra la seguridad del Estado, con pena capital, el Senado, en vez de aplicar la ley, se desentendió del asunto espontáneamente, contentándose con poner a Pomponia, siguiendo una ya olvidada regla de derecho patriarcal (*mos majorum*), en manos y juicio de su marido y parientes mayores, quienes la declararon inocente.

Si todos estos hechos son prueba del orden, equidad e integridad que presidía al espíritu de justicia en general, en particular, en lo que a la justicia vinculada en el propio emperador respecta, la mano y voluntad de Séneca no dejó de mostrarse, como es lógico, menos virtuosa y providente. Bien conocidos son los preceptos que repetidamente se esforzó por inculcar a su poderoso discípulo: Sé bueno, sé siempre dueño de ti mismo, desconfía de los impulsos propios de tu edad y de la impaciencia hija de tu temperamento; ten bien sujeta de la brida a la severidad y no seas pronto sino a la clemencia. No absuelvas atolondradamente; ahora bien, no temas el pasar por débil si te inclinas al perdón: el equilibrio perfecto es muy difícil de guardar, y como la balanza forzosamente se ha de inclinar hacia un lado, que sea hacia el lado de la indulgencia. El príncipe

debe, al castigar, proponerse un triple fin: ante todo, corregir al culpable; en seguida, volver a los otros mejores por el ejemplo del castigo; por fin, permitir que las gentes honradas puedan vivir seguras y en paz. Ahora bien, las penas más a propósito para corregir a los culpables son las penas moderadas, como las raras son las indicadas para mejorar las costumbres públicas. Con estas palabras: "Que tu justicia sea siempre humana", acaba Séneca todas sus lecciones de derecho a su discípulo.

Sería largo el enumerar todas las prudentes medidas que introdujo Séneca en la administración particular de la justicia imperial; largo e impropio de este lugar. Baste, pues, lo dicho para formarse una idea de la influencia de nuestro filósofo en tan capitalísima función; y de que esta influencia fué una nueva aurora, consta por más de un testimonio que comprueban unánimemente que sus conciudadanos no tuvieron sino alabanzas para el modo en que fué administrada la justicia mientras duró la influencia de Séneca.

Y como la justicia y la administración, la legislación y la policía dejaron sentir pronto la influencia de la mano sabia y bienhechora que había empuñado sus riendas. Esclavos y libertos fueron objeto más de una vez de sus cuidados y liberalidades; la garantía de que la voluntad de los muertos sería cumplida, quedó implantada mediante dos senado-consultos célebres, uno de los cuales lleva el nombre del propio Nerón, y al tiempo que dulcificaba las penas en relación a toda clase de delitos, se ocupaba también de las cuestiones de policía. Se acabaron por su orden las persecuciones contra los adoradores de divinidades extranjeras, de modo que todos los cultos no reconocidos por el Estado pudieron ser practicados libremente; se acabaron los escándalos que en los teatros solían producirse por los partidarios de tal o cual histrión, escándalos que con frecuencia originaban heridos y muertos, y contra los cuales la cohorte de guardia nada podía; se acabaron los abusos de los conductores de carros, héroes populares no menos despuntados que los histriones, y cuyas querellas daban continuo lugar a riñas y desafueros violentísimos. Y al lado de estas medidas otras no menos dignas de alabanza, como fueron las establecidas para los combates de gladiadores,

hacia los cuales sentía Séneca repugnancia invencible, y las encaminadas a que las tabernas no expendiesen determinadas clases de bebidas ni otros alimentos que frutas y productos hortícolas.

En fin, en lo que al ejército, a la guerra y a los asuntos extranjeros se refiere, su sabiduría, prudencia y previsión no se quedaron más cortas que en las demás cuestiones. Las victorias, tanto guerreras como diplomáticas, llenan el período de su influencia. Lo que forzosamente tenía que ocurrir, pues al ejemplo de Séneca y de Burrho surgieron toda una pléyade de hombres eminentes que, aplicados con sabiduría y sin envidia en los puestos adecuados, contribuyeron con sus esfuerzos a la paz y a la prosperidad del imperio.

Entre estos celosísimos colaboradores vienen a la memoria los nombres de Volusio, el irreprochable prefecto de Roma; Sereno, el dócil comandante de los vigiles; Fenio Rufo, el íntegro y popular prefecto de la anona (1); los senadores Trasea, Helvidio Prisco, Antiscio Veto, Rubello Plauto, Casio Longino, Plaucio Laterano, L. Silano, Memmio Régulo y otros muchos. Las provincias fueron puestas en manos de hombres eminentes también. Claudio Balbilo en Egipto, Ummidio Quadratus en Siria, Corbulón en Asia Menor, Plaucio Eliano en la provincia de Asia, Didio Galo, Quinto Veranio y Suetonio Paulino en Bretaña, sucesivamente; Pompeyo Paulino, Antiscio Vero y Dubio Avito en Germania; Flabio Sabino en Mesia, Galión en Acaya, Otón en Lusitania, Galba en la Tarraconense, y tantos otros que sería prolijo nombrar.

En fin, tan admirable fué la labor de Séneca (secundada por Burrho y toda esta pléyade de hombres eminentes) al frente de los negocios públicos, que sus contemporáneos, todos a una, alabaron sin restricciones su gestión, reconociéndole haber restablecido el imperio del derecho, de las leyes y de la libertad, y el haber conseguido que por todas partes renaciese la seguridad personal y volviese a surgir la vida con una confianza y una paz desde muchos años

(1) Provisión de víveres y comestibles para un año. Prefecto de cosecha.

atrás deshabituada. Y no sólo entre los contemporáneos, sino entre los que sobrevivieron perduró el buen recuerdo de aquellos años de felicidad y de justicia, de tal modo que un hombre tan poco sospechoso de parcialidad como el emperador Trajano, y tan maravilloso administrador como él fué, acostumbraba a repetir, como dicho queda en otro lugar, que los primeros años del reinado de Nerón, es decir, aquellos durante los cuales gobernó modestamente oculto tras su persona Séneca, habían constituído, sin disputa, el período más bello y envidiable del imperio.

* * *

Hora es ya de cerrar este prólogo que, pese a la importancia de todo punto extraordinaria de la figura que le ha motivado, va pecando de excesivamente largo. Para ello, ¿qué mejor broche que las siguientes admirables palabras del propio filósofo cordobés?:

"UN ESPIRITU SAGRADO MORA EN NUESTRAS ALMAS: EL OBSERVA DESDE ELLA NUESTROS VICIOS, EL SOSTIENE DESDE ELLA NUESTRAS VIRTUDES, EL REGULA SU CONDUCTA RESPECTO A NOSOTROS SEGUN NOSOTROS REGULAMOS LA NUESTRA RESPECTO A EL... ASI COMO LOS RAYOS DEL SOL, SIN DEJAR DE PERTENECER AL ASTRO QUE LOS PRODIGA, ACARICIAN LA TIERRA, ASI UN ALMA NOBLE Y SANTA ENVIADA AQUI ABAJO PARA ACERCARNOS LA DIVINIDAD, VIVE ENTRE NOSOTROS SIN ABANDONAR EL LUGAR DE DONDE PARTIO."

"EL ESPIRITU HUMANO NO ADMITE OTROS LIMITES QUE AQUELLOS QUE LE IMPONE SU ANALOGIA CON LA DIVINIDAD. PARA EL NO HAY OTRA PATRIA QUE ESTA BOVEDA ETEREA QUE ENVUELVE CON SU INMENSIDAD INFINITA EL UNIVERSO."

"EL DIA QUE TOMAS POR EL ULTIMO DE TU EXISTENCIA ES, PRECISAMENTE, EL QUE MARCA TU PRIMER PASO HACIA LA ETERNIDAD."

"LA VIDA MORTAL NO ES SINO LA PREPARACION PARA OTRA VIDA MAS LARGA Y FELIZ"

¿Quién que no supiese que estas palabras eran de Séne-

ca dejaría de afirmar que pertenecían a alguno de los discípulos del llamado profeta de Galilea? ¿Expresaron jamás éstos de una manera más fiel y ardiente su creencia en la inmortalidad del alma y su esperanza en una vida mejor?

Y al llegar a este punto surge, sin poderla evitar, la siguiente duda: ¿cómo un espíritu tan ávido de todo lo nuevo como el de Séneca, y tan afín a las ideas cristianas, no tuvo la menor idea ni noticia de Cristo, y eso que precisamente en la época de su muerte estaba en un lugar tan próximo (Egipto) al en que ésta aseguran que tuvo lugar? ¿Cómo no hay en toda su obra la menor alusión a los cristianos, a los que incluso parece no haber distinguido de los judíos, y cómo éstos (y aquéllos, por tanto, si nos empeñamos en separarlos) no le merecieron, ¡a él, que escribió lo que acabo de transcribir!, sino el calificativo de *sceleratissima gens*? ¿No viene a ser ello una prueba más, prueba que viene a unirse a las ya suficientes e irrefutables de aquellos que, como los Brandés, los Bauer, los Robertson, los Smith, los Rolland, los Kalthoff y los Drews (1), por no citar sino los principales, niegan la existencia personal del profeta de Galilea, y explican, citando datos y pruebas imposibles de rebatir con otras de igual valor, cómo se formó este mito más entre los muchos que la humanidad conserva y acaricia, y de dónde y cómo fueron tomadas una a una las admirables doctrinas que aún le sostienen—¡cuántas de las máximas estoicas!—y contribuyen a hacer de él una figura divina, de tal modo están distantes de la barbarie y egoísmo humano? (2).

(1) Las obras principales de estos eximios filósofos y orientalistas irán apareciendo en esta "Biblioteca de bolsillo".

(2) Testimonio de lo que el cristianismo debe al estoicismo, y particularmente a Séneca, lo tenemos en Lactancio, que decía que el gran moralista hablaba de Dios en cristiano; en San Jerónimo, que le incluye en el número de los escritores cristianos y le llama *nuestro* Séneca; en San Agustín, que se asombra de la semejanza de sus enseñanzas con las de Cristo; en Tertuliano, que se pregunta, y con razón, qué novedad encontrarían quienes hubiesen leído o escuchado a Séneca con las predicaciones de los Apóstoles...; en el Concilio de Trento, en fin, que le cita (¡si hubiera podido sumirle en el olvido y atribuir sus enseñanzas a algún filósofo cristiano!) con el mayor respeto.

Y es que, de acuerdo con esta inmutable ley de *necesidad*, hermana gemela de la ley de *existencia*, que llena con su presencia, tan inconsciente como inexplicable, los espacios inmensos, ley que necesariamente hace aparecer con biológica fatalidad la vida siempre que las condiciones del medio son adecuadas para ello, las ideas, forma la más sutil y poderosa de la materia, cuya simiente ha sido esparcida por esos admirables sembradores del pensamiento cuyos nombres conserva y conservará la humanidad a través de los siglos, se condensan, se concretan, germinan, florecen con vida al parecer nueva y propia, cuando las circunstancias son adecuadas para ello. Entonces los hombres, aún en la infancia de la inteligencia y para quienes la verdad es aún (salvo esas luminosas excepciones mencionadas) extraña y oscura, las unen a la fábula, inventan un mito (porque les es más fácil creer que pensar, y más cómoda y hasta consoladora la fe que la razón) y siguen su camino a ciegas y esclavos de sus quimeras (dioses), hasta que nuevamente la necesidad hace surgir otra ráfaga de luz que los ciega con su verdad y a la que, asustados y vanidosos, se apresuran a enlodar y cubrir de patrañas y tinieblas.

JUAN B. BERGUA

# EL LIBRO DE ORO

Una mitad aproximadamente de los «Aforismos» que van a continuación (bellísimas sentencias morales tan perfectas de fondo como de forma, entretejidas por doquier cual fulgurantes gemas en la rica trama de la obra del filósofo cordobés), fueron publicadas por primera vez en castellano en el año 1555 por Juan Alvarez, «impresor del Rey nuestro Señor», en la ciudad de Coimbra. Muy buscada y agotadísima la edición fué, cerca de tres siglos después reimpresa en Valencia (1831) por el editor Cabrerizo, «con las mejoras que ha juzgado convenientes en la traducción»; mejoras, en verdad, difíciles de estimar por cuanto su texto es positivamente inferior—por desarticulado y borroso—al de Juan Alvarez. Aun, no ha muchos años, la «Biblioteca Estrella» recogió en uno de sus minúsculos tomitos y con el título, si mal no recuerdo, de «El libro de oro de Séneca» (no tengo esta edición a la vista, por hallarse también agotada), lo mejor, sin duda, de la reimpresión de Valencia. No conozco otras ediciones en castellano.

Con objeto de hacer esta bellísima colección de sentencias lo más amplia y completa posible, he reunido, además de lo anterior, cuanto me ha sido posible espigar en una escrupulosa rebusca a través de los escritos del gran moralista. Y lo que con el mayor celo he conseguido allegar, es lo que ofrezco a los lectores, seguro de que tanto el joven que, con los ojos cegados por las ilusiones, empieza a subir la cuesta de la vida, como el hombre ya maduro que se ha ido hiriendo el alma a lo largo de su camino, encontrarán en estas máximas ora ricas enseñanzas, ora suave y elevado consuelo.

*J. B. B.*

# AFORISMOS MORALES

Un solo bien puede haber en el mal: la vergüenza de haberlo hecho.

Bastará por remedio ser mejores que malos.

No es muy grande el ánimo de aquel a quien deleitan cosas terrenas.

Procuremos olvidar lo que traído a la memoria nos entristece.

Necesarios son nuevos favores de la fortuna para conservar la felicidad.

Con facilidad se adquiere lo preciso para la vida.

Doloroso es que comencemos a vivir cuando morimos.

Necesaria es la experiencia para saber cualquier cosa.

El valor es siempre ambicioso de peligros.

Pequeño aparato basta para vivir bien.

Todos están corformes contra los maleficios.

Argumento es de ser casta el ser fea.

No hay nadie tan humilde que no tenga poder para dañar.

Prueba es de virtud el desagradar a los malvados.

Demasiado pronto muere el hombre para llegar a conocer las cosas inmortales.

Tenemos en mucho precio los beneficios que hacemos.

Industria es la aparente simpleza.

Ajeno es todo lo que nos viene en deseo.

El que sólo busca grandezas alguna vez las encuentra.

Amarga es la pena que nace de vergüenza.

Mozos fueron primero los que ahora son hombres.

Dañosa es la abundancia que trae la mucha codicia.

Reino en lugar ajeno no está seguro.

Más dura la memoria de las injurias recibidas que de los beneficios.

Extremadísima crueldad es dilatar el castigo.

Para bien obrar, el que da debe olvidar pronto, y el que recibe nunca.

Un amor apaga otro amor y un temor otro temor.

No es necesaria la fortuna para sólo subsistir.

Desde la infancia da señales el ingenio.

Aunque amor sea virtud, algunas veces perjudica.

Los demasiados frutos no llegan a madurar.

Sé útil a los demás si quieres ser útil a tí propio.

La sencillez y la claridad distinguen el lenguaje del hombre de bien.

Muy pocos aciertan antes de errar.

Espera que te hagan a ti lo que tú haces a otro.

Amor, por nuestra voluntad se toma, mas no por voluntad nuestra se deja.

Debe amarse al padre si es bueno y sufrirle si es malo.

Tuyo haces el vicio que a tu amigo disimulas.

El que disputa con un beodo, disputa con un hombre ausente.

La mala nueva luego se cree.

Buena es la mujer cuando abiertamente es mala.

El avaro nunca hace cosa acertada sino cuando muere.

Más se descubre la edad cuando se disimula con artes.

Tan útil es al joven amar como indecoroso al viejo.

La llaga del amor la sana quien la hace.

El que súbito se determina, súbito se arrepiente.

La ambición de honores nunca mira obstáculos.

Muchas veces es valor el conservar la vida.

Las injurias y los beneficios penden de la voluntad.

Recibe beneficios quien lo hace a aquel que lo merece.

Con buena suerte hemos nacido si no la malogramos.

El beneficio que a todos se hace, a ninguno se hace.

Siempre el esperar, aunque sea el bien, da cuidado.

Feliz quien desprecia la fortuna.

Desdichado quien por tal se tiene.

La inconstancia acorta los días de nuestra vida.

Las buenas costumbres se conforman más con otras y por eso duran.

Doble valor tendrá el beneficio que otorgamos sin que nos lo hayan pedido.

Vende su propia voluntad el que recibe ajeno beneficio.

Dos veces muere quien a voluntad de otro muere.
Pide ajeno beneficio el que refiere el suyo.
Bueno es tener fama, pero más seguro es tener en qué apoyarla.
Dos veces vence quien en la victoria se vence.
El liberal, aun para dar busca ocasión.
Pesado sueño tiene el que siente cómo duerme.
Lo que a fondo se aprende, nunca del todo se olvida.
Ofensa hace a los buenos el que a los malos perdona.
Buena es la riqueza si la manda la razón.
Quien puede ser injusto, quiere serlo.
Alivia el trabajo del camino el compañero elocuente.
El buen éxito disculpa la temeridad.
Es morir bien morir voluntariamente.
La desgracia es algunas veces ocasión de virtud.
A veces la casualidad es favorable.
Causa es de obrar mal el haber obrado.
Curioso es naturalmente nuestro ingenio.
En obligación de dar nos pone el haber dado.
Despreciable cosa es el hombre cuando no se levanta sobre su esfera.
Tanto más crece el esfuerzo cuanto más consideramos la grandeza de lo emprendido.
Ninguna esperanza queda de virtud cuando no solamente deleitan los vicios, sino que se aprueban.
No hay cosa que mucho agrade al que en ninguna tiene asiento.
Debe tomarse consejo conforme al día y, si es posible, conforme a la hora.
Cruel es quien al afligido reprende.
La poca templanza del enfermo hace al médico ser cruel.
El peligro que no se teme, más pronto viene.
La virtuosa mujer manda a su marido obedeciéndole.
Manchada deja su vida él que procura su muerte.
Merece ser engañado el que, al hacer un beneficio, cuenta con la recompensa.
Difícil es retratar con palabras las grandes desdichas.
Obedecer a Dios es libertad.

Deberíamos recibir bien los trabajos sabiendo que vienen de la Providencia.

Cuando alguna parte del todo cae, lo que queda no está seguro.

La diversidad de libros distrae el entendimiento.

El que desee vencer prepárese para la guerra de mucho tiempo.

Consuelo es en las grandes desgracias el que no pueda sobrevenir otra mayor.

Determínese despacio lo que para siempre se resuelve.

Para morir, el mejor de los tiempos es el próspero.

No perdemos lo que ignoramos haber perdido.

Arrojo nos da la ira.

No todas las cosas sientan bien a todos.

Los males dudosos atormentan más.

El que promete dudosa salud al afligido, se la niega.

Tarde se olvida lo que en mucho tiempo se aprende.

Las lágrimas del heredero son risas encubiertas.

Ha de llevarse con paciencia la voluntad del príncipe en lo justo y en lo injusto.

Conceder los ruegos que son en daño del rogador, bondad cruel es.

Hasta el que se aparta de la virtud la reconoce.

La amistad y la enemistad proceden de la voluntad.

La carencia de una cosa le da precio.

Muchos deleites afeminan el espíritu.

Hasta de males hay ambición.

Debe esperarse la muerte que la Naturaleza ordena.

Muchas veces, por dolor, la inocencia se hace culpable.

La diligencia nos parece tardanza cuando deseamos una cosa.

Por el vicio ajeno enmienda el sabio el suyo.

Al infeliz, sóbranle y fáltanle pensamientos.

Por demás se impide la muerte al que está determinado a morir.

La virtud impide a los valientes llorar, y a los débiles lo manda.

Súfrase y no se reprenda lo que escuchar no se puede.

Paciencia muchas veces ofendida trastorna el juicio.

El miedo se pinta en el rostro.

Más continua es la fortuna adversa que próspera.

Haz lo que debes y no lo que puedes.

Menos camino hay de la virtud al vicio que de los vicios a la virtud.

Mejor sufre el mal quien siempre le teme.

No hay manjar caro para el glotón.

La frugalidad es una pobreza voluntaria.

Poco importa carecer de sepultura.

Dichoso el que no lo parece a los otros, sino a sí.

La felicidad no mira de dónde nace, sino de dónde puede llegar.

Venturoso premio de la virtud es ser aborrecido de los vicios.

Más seguro está en la virtud el que ya pasó por los vicios.

La confianza produce muchas veces la lealtad

Para mayores desgracias guarda la fortuna a quien favorece.

Tolerable es el infortunio que es común a muchos.

La fortuna puede robarnos la hacienda; pero no el valor.

La fortuna teme a los valientes y avasalla a los cobardes.

Hasta le desgracia se cansa.

En los ancianos es ocasión de más constancia el estar cerca de su libertad.

El fin de un trabajo es principio de otro.

Tiénese por virtud la maldad que sucede al bien.

Mejor es la salud que nunca se perdió.

No hay mejor recomendación que un rostro hermoso.

El que recibe lo que no puede pagar, engaña.

Confiesa el delito el que huye del juicio.

Cosas fingidas pronto vuelven a su natural.

El que una vez perdió el crédito, nada le queda que perder.

No se contenta la fortuna con hacer un solo daño.

Lleva bien pequeño trabajo el que pasó por otros mayores.

Más fácilmente se entiende lo que por partes se propone.

Con más dificultad comienzan los honores que prosiguen.

En poco aprecio se tiene lo adquirido de gracia.

El que esgrime, en el mismo ejercicio aprende las reglas.

El trabajo sirve de nutrimiento a los pechos generosos.

Más grata es la virtud en una persona hermosa.

Despreciable honra es la que en la ociosidad se granjea.

Desgracia imprevista nos hiere más fuertemente.

El peor enemigo es el traidor.

Feas palabras, aun levemente dichas, ofenden.

Para venir a mucho no se debía comenzar por poco.

En ninguna parte se siente más la pobreza que en el destierro.

El piloto muestra en la tempestad su saber y su valor.

Mucho se siente quedar atrás en honores a aquellos a quienes en virtud precedemos.

Sólo es loable la ambición por no perder el tiempo.

Honra es la alegre pobreza.

El que no obtiene cargos públicos no se tiene por honrado.

Los placeres, aun después de haber pasado, recrean.

Halla en la desgracia consuelo quien lo prodiga en la prosperidad.

La pobreza se ve obligada a tentar todos los caminos.

La ponzoña tiene las palabras blandas.

Honrosamente sirve el que, conforme a las circunstancias, sirve.

Mejor es hacer a otros herederos que buscar a quien heredar.

De vivir y de morir nos pesa.

Sin razón se queja del mar el que otra vez navega.

Presume de tu amigo, que puede ser en algún tiempo tu enemigo.

Muchas veces las ofensas son incentivo del valor.

La furia del mancebo súbito se enciende y fácilmente se apaga.

Gravísima caída es de señor a esclavo.

No tiene seguro el cetro un príncipe aborrecido.

En las grandes desgracias faltan las lágrimas.

Víspera es de una desgracia otra desgracia.

El ánimo inconstante, cuanto más procura saber, menos sabe.

Hasta los vicios de quien mucho amamos, nos placen.

De los males posibles, ninguno peor que la opinión del vulgo.

Débese guardar con más cuidado lo que no se sabe cuando ha de faltar.

No tiene la fortuna poder en el tiempo que pasa.

Maldad es no dejar el beneficio a merced de quien lo hace.

Justa causa de alegría es ver alegre a un amigo.

Ingrato es el que sólo en secreto es agradecido.

Muchas cosas hay que todavía carecen de nombre.

El que desea hacer una injuria, ya la hizo.

El que airado procura hacer daño, no se guarda de lo que le puede suceder.

En el pecho del sabio, aun sanada la herida, queda señal.

En lo mal comenzado, por más honrosa se tiene la porfía que el arrepentimiento.

El mayor mal que en los vicios puede haber es convertirse los unos en los otros.

Ingrato es el que por miedo es agradecido.

Propio de un hombre débil es no saber usar de las riquezas.

Más alegre es granjearse un amigo que tenerle.

De torpes deleites no queda sino el arrepentimiento.

El conocimiento del vicio es principio de virtud.

Se puede llamar verdaderamente felicidad la que con nuestros deseos se miden.

La fortuna no tiene poder en nuestras costumbres.

Flaqueza es temer lo que nunca experimentamos.

Débil es el que por evitar la desgracia abraza la muerte, y necio el que vive para ellas solas.

En convites no hay plática que llegue a cabo.

Estar en el ocio muy sosegados no es reposo, sino pereza.

Especie de vanagloria es mucho recogimiento.

Injusto es hacer mal al que menos veces te lo hizo.

Espera vencer a la desgracia el que se muestra inocente.

Virtuosa cosa es perdonar a quien se arrepiente.

Llamas a la desdicha cuando dichoso te haces.

Mal se vive entre gentes sospechosas.

Desgraciado es el que, agradeciendo, tiene ojo a otro segundo beneficio.

Desgraciado es el que, con igual beneficio, agradece.

Sufrible es todo lo pasado; lo que se teme da mayor cuidado.

Muchas veces la ley se somete a la utilidad.

Bien se sufre una sola muerte.

Mejor se guarda lo que con trabajo se gana.

No es grave el mal que admite consejo.

Menos teme el que de cerca teme.

El miedo hace a los hombres pecheros.

Si a las lágrimas no vence la razón, la suerte las aumenta.

Mejor puede usar de sus apetitos el que mejor los puede encubrir.

Menos duran los deleites que su memoria.

Ligera es la desgracia que puede sufrirse; la que no, breve.

Todo es posible a quien no teme los trabajos.

Lloren los ojos, mas no el alma.

Nadie puede ganar sin que otro pierda.

Llevadero sería todo trabajo si no lo acrecentase la opinión de las gentes.

La mujer no admite medio: ama mucho o aborrece mucho.

La buena memoria es principio de la sabiduría.

No tiene perfecto amor el que sufre ver morir.

Hasta la muerte huye de los desgraciados.

Fácilmente cae el desdichado.

El mal consejo, para el que lo da es peor.

Mucho falta al que mucho tiene.

Malo es el consejo que no se puede mudar.

Más agradable es dar que recibir.

Grande remedio es la demencia para los que temen.

La virtud aborrece a los espíritus bajos.

Poco bien alegra al pobre.
Alivio es de trabajos el reposo.
Mucho descubre en su rostro el temeroso.
Mayor trabajo es venir a miseria que temerla.
El desdichado no cree a la prosperidad cuando viene.
Las cosas que mucho suben, a lo mejor caen.
El mayor castigo de la injuria es haberla hecho.
La enfermedad que sobreviene al convaleciente es más peligrosa.
Muy poco nos es absolutamente necesario.
Ninguno es de otro menospreciado si no lo es antes de sí.
Los afligidos se apartan de lo que aman mucho.
Más ama el que con mayor peligro se pone a menos provecho.
Mal se agradece lo que mal se dió.
Muchos son desgraciados; pero los más por nuestra culpa.
Más se agradece lo que con fácil que lo que con larga mano se da.
Pesada y molesta palabra es ruego.
Especie de misericordia es matar de súbito.
Menos se siente perder lo que nunca pudo alegrar.
Mejor es tener bienes, aunque sea para dejarlos, que no tenerlos.
Mal consuelo es tener compañeros en desgracia.
Pierde la virtud sus fuerzas si le falta oposición.
No hay grandes ejemplos sino de mala fortuna.
Más siente los trabajos el que de ellos no tiene experiencia.
Más se estima el beneficio que dió principio a la amistad.
Mejor es tener a la verdad obligada que confiar en ella.
Mala salud es la que por otra enfermedad se alcanza.
Dar consejo es virtud de segundo orden.
No se debe poner la espada en manos del desesperado.
Muchas cosas tienen reputación, no por su valor, sino por flaqueza nuestra
Mejor debe ser nuestra vida que la del pueblo; mas no contraria.

De muchos riesgos nos excusaríamos si tuviésemos siempre testigos.

Más no se aumenta el valor en competencia.

A muchos fué causa de temer poder ser temidos.

Trabajosa cosa es comenzar siempre la vida.

Miéntese muchas veces tan sólo por costumbre.

Mucho puede la casualidad en nuestra vida, porque vivimos por casualidad.

Con grande espíritu, se deben determinar cosas grandes.

Mucho camino tiene andado para mejorar las costumbres el que desea mejorarlas.

Las desgracias casi nos fuerzan a ser duros e insensibles.

No es buena la causa que tiene necesidad de compasión.

Malo se puede llamar al que solamente por su provecho es bueno.

Con gran peligro se guarda lo que a muchos agrada.

Menos agravio se hace al que presto se niega lo que pidió.

A los que poca experiencia tienen, mucho les acrecienta su mal pensar que no tiene semejante.

Sepultura es de ingenios la sensualidad.

Más cuenta tiene con Dios el desdichado que el feliz.

Grande es la clemencia que place al que oye contra su voluntad.

No hay mal que no haga una mujer airada.

Nunca un peligro sin otro se vence.

En grandes porfías la verdad se pierde.

Más difícil es vencernos a nosotros mismos que a nuestros enemigos.

No es vileza lo que se hace por no poder más.

Ninguno si no se compara es desdichado.

No hay cosa, por chica que sea, en que no quepa la virtud.

Para hacer mal, poco tiempo basta.

No se puede, sin peligro, acometer a los poderosos.

No hay felicidad que dure mucho.

No es blando el camino del cielo.

No hay cosa más fuerte que el verdadero amor.

Cuanto mayor es la prosperidad, tanto menos se debe confiar en ella.

No bastan en una nación las fuerzas sin la unión, ni la unión sin las fuerzas.

Es cobarde menospreciar la vida, y esfuerzo resistir a grandes desgracias.

Nunca te rindas a la fortuna.

No hay cosa honesta que no sea útil.

No tiene la felicidad cosa semejante a lo que muestra.

No hay soledad en que alguno no viva por pasatiempo.

No hizo Naturaleza cosa dificultosa de las que al hombre son necesarias.

Lo necesario no falta en destierro, y para lo superfluo no bastan reinos.

De hombres es sentir los males y flaqueza es no sufrirlos.

La razón no vence por sí a cada vicio ; más juntamente, a todos.

El que verdaderamente ama nunca mira su provecho.

Solamente pueden consolar al triste la razón y el trabajo honesto.

No se confiesa obligado quien no recibió.

No hay cosa tan cara como la que con ruegos se compra.

Insufrible cosa es haber de rogar por lo que ya se concedió.

Doloroso es el tiempo que entre dudas se pasa.

Carecemos de libertad para nacer a nuestro arbitrio.

De ninguna suerte debemos fiarnos menos que de la buena.

No hay cosa perpetua, y aun son muchas las que poco duran.

La prosperidad que más dura es la que vino despacio.

No hay desgraciado que no halle consuelo con la vista de otro aún más desgraciado.

Ninguno nace para pasar la vida sin trabajos.

No es ofensa partir por medio con el más poderoso.

De nuestras cosas, la que perdemos nos parece la mejor.

Muy sentida es la muerte en que el padre queda vivo.

No murió temprano el que no había de vivir más que vivió.

Lo que más se ama más veces corre peligro.

Nadie aceptaría la vida si al tiempo de recibirla tuviese entendimiento.

No se acomete la muerte con tanto ánimo la primera vez como la segunda.

El que sin peligro vence no consigue la gloria.

Felicidad es no necesitar de ella.

Ninguno vive tan pobre que más no naciese.

A hombre muerto toda tierra es natural.

Ningún trabajo que una sola vez se ha de pasar es grande.

No se debe adquirir el amigo en la mesa.

No es beneficio el que nos obliga a recibir.

Nadie se cree culpado si es él su mismo juez.

No puede el codicioso ser agradecido.

No hay contentamiento más cierto que el que no se puede quitar.

No hay desgracia igual a la execración pública.

No tiene bajo espíritu el que por hacer cosas grandes se infama.

Menos se debe al que menos se conoce.

Ninguno hay tan bajo que no pueda esperar venganza de otro mayor.

Fácil se nos hace la cura, por grande que sea, si se siente provecho de ella.

En ninguno es la ira más peligrosa que en el que a otros castiga.

El sabio no castiga por venganza de lo pasado, sino por remedio de lo venidero.

No hace beneficio quien mira a la prosperidad del que lo recibe.

Ninguno yerra por sí solo.

No hagas juez de la vida a la opinión popular, sino a tu propia conciencia.

Toda virtud se adquiere con trabajo.

No es deshonor no alcanzar una cosa, sino cesar de poner los medios.

Nunca hubo muerte de que no hubiese queja.

No hace buenas obras el que contra su voluntad es útil.
Solamente sabe mucho el que sabe lo bastante para vencer.
Para grandes cosas mucho se requiere.
No es destierro el sitio en que estamos seguros.
No hay desgracia a la que falte remedio.
En ninguna parte está en que en todas está.
Ninguna desgracia es grande si es la última.
Nunca mucho costó poco.
No puede el médico curar bien sin tener presente al enfermo.
Nunca es demasía publicar lo que es necesario se sepa.
No se debe hablar sino al que con voluntad escucha.
Alguna cosa sucede bien al que muchas prueba.
No es industria la que por acaso llegó a su efecto.
Poco tiene que esperar aquel a quien la vejez hizo vecino de la muerte.
Ningún descubrimiento se haría ya si nos contentásemos con lo que sabemos.
No tiene el valor en su punto aquel cuyas obras no son conformes.
No puede haber orden cuando hay mucha prisa.
Hónrese cada uno con lo que le pertenece.
No interesa leer muchos libros, sino que sean buenos los que se léan.
No hay esclavitud más vergonzosa que la voluntaria.
Quien mucho ama no teme.
Todo lo vence la porfiada diligencia.
Sirven de impedimento para la felicidad las muchas ocupaciones.
Ninguno desea darse tristeza a sí mismo.
No hay cosa que más presto aborrezcamos que lo que nos incomoda.
Ninguno ama a su patria porque es grande, sino porque es suya.
No hay cosa que más pronto torne que el amor.
Ninguno muere sino a su tiempo.
No consiste la felicidad de nuestra vida en vivir, sino en vivir bien.
No hay determinación tan general que en parte no falle.

Al desdichado, no hacer nada es lo mejor.
No hay felicidad tan perfecta que carezca de todo sinsabor.
Nunca falta al avariento razón para negar.
No debes exigir lo que tú habrías de negar.
El delito lleva consigo mismo el castigo.
No hay camino que no tenga fin.
No hay desgracia grande que dure mucho.
Naturalmente nos alegra el fin de nuestras desgracias.
No es bueno el que es mejor que el malvado.
La virtud no permanece oculta.
Si algún animal tiene paz, la debe a nuestro hartamiento.
Para el hombre ocupado no hay día largo.
No se debe imitar a uno solo, aunque sea el más sabio.
Pocas veces el discípulo iguala al maestro.
No hay mejor causa para llorar que no poder llorar.
Con dificultad se cree lo que después de creído ha de dar pena.
El que sin fundamento empieza una cosa, nunca tiene acierto en lo que hace.
Ama como que has de aborrecer, y aborrece como que has de amar.
Triste cosa es no saber morir.
El verdadero amor no sufre dilaciones.
No sabe ser rey el que teme mucho el odio ajeno.
Natural es de mujeres deleitarse con atavíos.
La obediencia del vasallo hace pacífico al señor.
Contumaz es toda pasión y mala de despedir.
Toda vida es tormento.
Bien acaba la virtud si acaba primero la vida.
Toda virtud es difícil de seguir, y aun lo que se acerca a la virtud.
El sabio, en la virtud debe siempre hacer fundamento
La dificultad de los tiempos es ley de la naturaleza.
Virtud es sufrir al ingrato hasta que sea agradecido
Todo lo vence el hombre menos el hambre.
Todo arte es imitación de la Naturaleza.
Todo lo puede esperar el hombre mientras vive.

Ningún vicio hay al que no pueda encontrársele disculpa.

En toda represión debe entrar la blandura.

Todo es incierto aun al dichoso.

Parte es de beneficio negar con buena disculpa.

Del tormento se libra el que fácilmente lo sufre.

Doloroso es perder la patria; más doloroso temer esta desgracia, y, dolorosísimo, los dos infortunios juntos.

No sabe tornar a su dueño la vergüenza que se fué.

Al que va de prisa se le hace grande un pequeño estorbo.

Mejor parece a los mozos el peor consejo.

Más que a sus hijos debe amar el príncipe a su nación.

Obedezca la nobleza a las fuerzas de la fortuna, principalmente si es oprimida en justa guerra.

Pierde su gracia lo que muchas veces se mira.

No sirven de nada las desgracias a aquel que no aprende en ellas.

Pocas veces las leyes del pueblo suelen estar conformes a la sabiduría.

El pobre contra su voluntad se harta.

Acrecienta el valor de los mantenimientos la dificultad con que se alcanzan.

Nada se logra con restituir al pródigo lo que perdió.

No es pesada la pobreza sino para aquel que por pesada la tiene.

Vicio grande es en el deudor hacer a su acreedor ofensa.

Por patria reputamos la tierra donde felizmente vivimos.

Parte de inocencia es la ceguedad.

Quítanos la vergüenza de pecar la multitud de los que pecan.

Ahógase el principio cuando se sigue grandeza.

Poco nos hubiera dado naturaleza si más que a sí no nos diera.

Alguna cosa pide sobrenatural el que pregunta por qué se debe seguir la virtud.

El primer grado de las riquezas es tener lo preciso, y el segundo, lo que basta.

Perdiéronse las buenas costumbres desde que a los vicios se les dió el nombre de virtud.

En poca costa nos mete el hambre y en mucha el hastío.

Virtuosa cosa es haber acabado de vivir antes de acabar la muerte.

Natural es de pobres contar muchas veces el caudal.

La presencia y la conversación de una persona amada tiene vivísimo deleite.

Antes de ofrecer debemos detenernos; pero después de haber ofrecido, cumplirlo.

Engaño hay cuando se concede lo que primero se negó.

Lo segundo después de errar, es la vergüenza de haber errado.

Voluntad de condenar muestra el que fácilmente condena.

Más daño hace el enemigo al que huye.

Las pasiones aguzan el ingenio.

¿Qué no vence la virtud?

La verdadera virtud debe ser natural, no fingida.

Quien no tiene que esperar, de nada debe desesperar.

A quien la razón no pudo dar remedio, muchas veces se lo dió la paciencia.

Da causa para negar el que pide con temor.

Sufra trabajos aquel al que la suerte los da.

El afligido cree con más facilidad lo que desea.

Cosa ajena alaba quien su prosapia alaba.

La desgracia no llega al hombre valeroso.

No es alegre el recuerdo de las desgracias pasadas.

Cada uno sufre o goza según sus obras.

No se puede asegurar la existencia de un solo día.

El príncipe que desee sostenerse en el trono gobierne con clemencia.

El que en sí reconoce algún vicio, presume que de él se habla cuando se nombra aquel vicio.

Lo más perfecto que hay en el hombre está libre del poder de los hombres.

El que tarde dió, por mucho tiempo no quiso dar.

No satisface el beneficio recibido el que no lo paga con usura.

Si alguna cosa deseas de mucho valor, procura que haya pocas como ella.

El que pudiendo no evita el delito, lo consiente.

Todo es lícito al vencedor.

Cosas hay en que la ley nos da lugar y vergüenza le quita.

Afición es todo lo que vence a la razón.

Lo que nunca se hizo se puede hacer.

La mayor parte del tormento es el tiempo que le precede.

Vicios hay que, como señales de felicidad, deleitan.

La cosa que Naturaleza hizo más grave, común la hizo.

Lo que a lo más alto llega, cerca está de caer.

Menos venganza quiere el padre de la que quiere la ley.

Pide el beneficio el que a la memoria lo trae.

Muchos hay que, amando, matan.

El que de buena voluntad recibió algún beneficio, pagó la primera parte de su obligación.

Poco se estima lo que se estima en casa.

Cosas hay que para saberlas no basta haberlas aprendido.

No guardes mezquinamente tus bienes ni los derrames con prodigalidad.

El que de nuevo no quiere recibir, de lo recibido le pesa.

Si de alguna cosa tuvieres necesidad, a ti mismo pídela prestada.

Cumple religiosamente tus obligaciones del mismo modo que las contrayeres.

Hay casos tan feos que ofenden al mismo que los castiga.

Mejor es precaver lo venidero que disputar sobre lo pasado.

Ejercítese antes de la obra el que en ella quisiere verse expedito.

Muchos acabaron la vida antes de empezar a vivir.

No consiente que le reprendan el que no reconoce haber errado.

Debemos considerar quiénes somos y no la reputación en que estamos.

Siempre es peor el día siguiente.

Menos dolor produce el que de antemano se teme.
Muchas sutilezas despojan de sus bienes a la razón.
No tiene que subir el que a lo más alto llegó.
Pocos hay viejos y dichosos.
Pocas veces tiene el súbdito licencia contra el señor.
Grosero es el tirano que con muerte castiga.
Siempre los descendientes tornan a la raíz.
Rey se puede llamar el que nada teme.
El amor natural, si una vez falta, luego vuelve.
Guarda es de reinos el miedo.
Cosas grandes no se pueden restituir.
El precio de la virtud es ella misma.
Género de desechar es dar luego otro tanto.
Desasosegada cosa es la propiedad.
Poco más o menos, en todo es igual la razón.
Yerra el que por odio del malo pone su inocencia en peligro.
El que pudiendo no favorece al que está en peligro, ayuda a matarle.
Vilmente vive el que conforme a las costumbres del vulgo vive.
El bien se conoce más tarde que el mal.
Buen juicio y mucha plática pocas veces se juntan.
Uso y memoria engendran sabiduría.
Nunca es tarde para vivir bien.
Algunas veces se encubre con una maldad, otra.
Alegre cosa es llegar al logro de nuestro deseo.
Muchas veces la pasión nos ata la lengua.
No hay cosa que más abata los espíritus que la pobreza.
A nuestra diligencia debemos lo que contra voluntad de otro alcanzamos.
Asaz agradecimiento es para el que da de mala gana no recibir beneficio.
Las esperanzas se encadenan.
Otra muerte es no poder llorar en la muerte.
La parte de nuestro cuerpo más sana es la que más se ejercita.
Los estudios, aunque no tengan efecto, son dignos de alabanza.

BIBLIOT... PÚBLIC... PORTU...

Más virtud es favorecer al malo por razón del bueno, que por causa del malo no ayudar al bueno.

Si no hay diferencia en las costumbres, todos son iguales.

Poco remedio queda al que tarde se pone en regla.

Si deseas ser amado, ama.

Esperanza, nombre es de un día dudoso.

Más pena nos da la opinión del trabajo que el trabajo mismo.

La ignorancia en las gentes siempre está en su principio.

Muy severo es el verdadero contentamiento.

Yerra el que se aflige porque algún tiempo ha de tener aflicción.

No hay lugar tan estrecho donde no se pueda elevar el pensamiento.

Simpleza es loar en los hombres cosas ajenas a ellos..

Trata a tu inferior como deseas ser tratado de tu superior.

La inexperiencia destruye e inutiliza muchas ocasiones buenas.

El que no quiera vivir sino entre justos, viva en el desierto.

Pierde su autoridad la gravedad continua.

Yerra el que no principia a aprender por parecerle que ya es tarde.

Muchas veces es poco lo que se da y mucho lo que de darlo se sigue.

Mejor es saber cosas excusadas que no saber ninguna.

Sencillos son los cuidados del bueno y doblados los del malo.

Muchas veces lo que no se halla cuando se busca, sale al encuentro cuando no se busca.

Más apocado queda el que es fríamente alabado que el que es ásperamente reprendido.

No se puede formar de los mozos un juicio exacto.

El que más experiencia tiene, teme más los peligros.

El tiempo hace llevaderas las desgracias.

Llevadera sería la pobreza si no trajese consigo deshonra.

Tanto pierde la buena obra de valor, cuando tuvo de tardanza.

No quiere el que tarde quiere.

Más seguro está contra fortuna aquel a quien después de la fortuna le queda alguna cosa.

Trabajo es deber a quien no querrías deber.

Más se teme lo que más veces acontece.

En tanto tiene la razón poder en cuanto está libre de pasión.

No se da como se debe dar lo que sin pensarlo se da.

Apocado es el que consiente ser en beneficios vencido.

Torpe pérdida es la que por negligencia se hace.

Vergüenza es en el viejo no saber más de lo que lee.

El que callar no puede, hablar no sabe.

Conviértanse en voluntad las palabras de que se usa.

Así es crueldad perdonar a todos como a ninguno.

En tanto se debe aprender en cuanto no se sabe y mientras se vive.

Tierras fértiles, afortunados hombres producen.

En todas partes se muere.

Querer y no querer morir, uno y otro es cobardía.

Mucha parte de la verdad se encubre a los que vista no tienen.

Vergüenza tenemos de ser con vergonzosa medicina curados.

Furiosos son los primeros ímpetus del vencedor.

Vencedora de leyes es la osadía.

Afeminados espíritus engendra la avaricia.

Amor de mujer casta perpetuo es.

Refiérense las leves pasiones, y las muy grandes no se pueden referir.

Crédulos son todos los que temen.

Si quieres no temer ni esperar, da por pasada la vida.

Peor se sufre el menosprecio que el cautiverio.

Pequeños son los deseos de nuestro cuerpo.

Para nuestra avaricia lo mucho es poco, y para nuestra necesidad lo poco es mucho.

Lo que a uno puede acontecer puede acontecer a todos.

Por rico se puede tener al que con la pobreza bien se aviene.

La aflicción de nuestros enemigos nos induce a amarlos más.

No son propios para gobernar los ánimos humildes.

Los últimos males, en alguna manera nos descansan.

Algunas veces debemos desechar los grandes pensamientos y seguir los que las circunstancias nos inspiran.

Todo lo que de nuestra edad queda atrás, la muerte lo tiene.

En lo hondo, no solamente está lo poco, sino también lo peor.

Propio de un ánimo enfermo es el mudar de domicilio.

Prueba es de buen espíritu tener firmeza.

Nada ofende tanto a nuestra salud como la mudanza de remedios.

El árbol que muchas veces se trasplanta, no crece.

No hay cosa tan útil que después de pasada aproveche.

Todo lo debemos consultar con el amigo; mas primero debemos consultar que lo es.

Tomado un amigo, debe dársele crédito; antes de tomarle, se le debe juzgar.

No hay bien alguno que nos deleite si no lo comunicamos.

Largo es el camino de los preceptos para llegar a la sabiduría; corto el de los ejemplos.

Enseñando aprendemos.

Debemos ponernos por modelo algún varón virtuoso y pensar que asiste de continuo a nuestras obras.

Todo lo honesto tiene por bajeza el que a su cuerpo ama demasiado.

El sabio nunca provoca la ira del más poderoso; al contrario, procura evitarla.

En muchos no fué fin de trabajos conseguir riquezas, sino mudanza de ellos.

Mejor es acabar una vez que ser atormentado muchas.

Con más seguridad seríamos ricos si conociésemos el poco trabajo que hay en ser pobres.

El sabio debe caminar siempre por un sendero, mas no a un paso.

Grande se puede llamar el que en las riquezas es pobre.

Difícilmente se tiene templanza en lo que se presume ser bueno.

Segura es la condición del bueno.

El sabio no debe huir de la vida, sino apartarse de ella.

Aun los muy cobardes hablan con osodía.

El que aconseja que se piense en la muerte, la libertad aconseja.

A unos basta mostrar el remedio; a otros es necesario buscarlo.

En todo lugar se puede vivir virtuosamente.

Ningún virtuoso puede aplacar al pueblo.

Mucha parte de la verdad está por descubrir.

Todo hombre se somete a la doctrina de sus naturales.

No podemos evitar las pasiones, pero sí vencerlas.

De grande ánimo es menospreciar grandezas y querer antes la medianía que la sublimidad.

No queda esperanza de remedio cuando los vicios se mudan en costumbres.

La buena conciencia, entre muchos, está segura; la mala, aun estando sola, se teme.

De ningún testigo debiéramos hacer más caso que de nosotros mismos.

Noble se puede llamar el que por naturaleza es inclinado a la virtud.

No se debe menospreciar la fortuna de alguno cuando el que la menosprecia puede descender de ella.

Más sutileza es dejar ciertas cuestiones que desatarlas.

La virtud que por mucho tiempo se ejercita, persevera.

Obliguemos a nuestra alma a que principie a vivir bien, que después pequeños remedios bastan.

Débese elegir un buen domicilio, útil no sólo para el cuerpo, sino también para las buenas costumbres.

A los que con armas vencen, son vencidos muchas veces por los vicios.

Ausentes están algunos, aunque presentes parezcan.

Más seguro es el camino de que se duda.

No puede la fortuna quitar lo que no dió.

No sólo nos inquieta el golpe, sino también el sonido.

El rico que sin tener cuenta lo es, poco tiempo es rico.

No quiere el enfermo médico elocuente, sino que le sane.

No hay maldad tan grande que carezca de ejemplos.

La verdad, en todas sus partes lo es.

Para pocos nació el que solamente es útil a las gentes de su tiempo.

Quien de verdad quier ser bueno, lo será.

No se alaban las riquezas porque se codician, sino que se codician porque se alaban.

Muchos dejan de pecar más por vergüenza que por voluntad.

Aun los deleites son penosos cuando sin moderación se gozan.

Inútilmente se previene lo que no se puede evitar.

Poco importa que seamos acreedores de la fortuna o de los hombres, pues lo uno y lo otro nos es ajeno.

Parte de intemperancia es querer saber más de lo necesario.

Procura en tus estudios no saber más que los otros, sino saberlo mejor.

Imperar es oficio y no reino.

Por humilde se tiene ya el que con lo necesario se contenta.

Mucha diferencia hay de no querer pecar a no saber.

En menos tiempo se deshacen las cosas que se restauran.

Aunque la edad de algunos fué imperfecta, su vida perfecta fué.

El mayor espacio de la vida es vivir hasta saber.

Siempre podremos aprender del hombre eminente; aun cuando calla.

No conocerás cuándo el sabio te es útil, y lo conocerás cuando te haya sido útil.

Una parte de la virtud consiste en la teoría y otra en la práctica.

A vicios leves, pequeños remedios bastan.

Nunca se tiene un vicio solo.

Castigo es la maldad de sí misma.

El que decimos muerto no murió, sino que partió primero.

Menos nos duele la desgracia cuando testigos no hay.

Cada día debemos juzgar una nueva vida.

En los hombres grandes no es menos provechosa la memoria que la presencia.

Un perverso perjudica a otro perverso, y los buenos son útiles a los buenos.

Con mayor tormento se conserva la hacienda que se adquiere.

Trabajos nos da quien grandezas nos promete.

En poco se tine, después de alcanzado, lo que antes se estimaba mucho.

A todos la hacienda más codicia de sí; y la causa es porque empieza a poder más el que más tiene.

Todo lo que por arte se hace es más incierto y desigual que lo que naturaleza reparte.

No queda al enfermo esperanza de salud cuando el médico le aconseja intemperancia.

En ninguno puede haber vicio sino en el que puede haber virtud.

No hay hombre más desdichado que el que nunca probó la adversidad.

Menos teme los peligros el que más veces los venció.

Natural es en todo hombre la piedad; mas en el príncipe es más hermosa.

No está el rey seguro donde no hay cosa segura del rey.

Muy amable es la vida cuando todos la desean.

Más veces se comete lo que más veces se castiga.

Así infaman al príncipe muchos castigos, como muchas muertes al médico.

La naturaleza humana más sufre imitación que violencia.

Vívese por imitación más que por razón.

No va en más nuestro acertar que en no imitar al pueblo.

Igual es el número de los envidiosos que el de los aduladores.

La virtud no causa hastío ni arrepentimiento.

El deleite no es premio ni causa de virtud, sino accesorio provecho suyo.

El sabio no tiene afición a las riquezas, mas querríalas antes tener que dejar de tener.

El buen capitán no ha de confiar tanto en la paz que no se ejercite para la guerra.

No hace solamente la guerra el que se halla en el campo.

Nunca nos avergüence el autor si la obra es buena.

Solamente del tiempo es loable la avaricia.

Si te sabes aprovechar de la vida, larga es.

Antes nos faltarán lágrimas que causas para verterlas.

Por venganza tiene el magnánimo haber podido vengarse.

Lo que hay después de la muerte, vida es.

Nadie piensa en contemplar el sol hasta que sobreviene el eclipse.

Tienta más a la admiración lo nuevo que lo grande.

Nada hay en Dios fuera del alma: Dios es todo inteligencia.

Dos cosas hacen al más debil de los animales, el hombre, el más fuerte: la razón y la sociabilidad.

El hombre ha sido criado sociable para que contribuya al bien de la sociedad.

No es valor el despreciar la vida, sino el hacerla frente sin retroceder.

Trabajo es comenzar la vida cuando ella se acaba.

Muchas veces es valentía querer vivir.

Una sola base tiene medicina y moral: el reconocimiento de la naturaleza humana.

Cómo no sabes dónde la muerte te espera, espérala tú en todo lugar.

Es más deseable una hermosa muerte que una larga vida.

La vida creciendo decrece.

Dejar la vida no es morir, sino acabar de morir.

La muerte no es sino el término de un camino tiempo ha emprendido.

No pudiendo ser nuestro lo que fué antes de nosotros, nadie pudo vivir para nuestra gloria.

Nada tan vil como ser altivo con el humilde.

Podrá ser justa una sentencia dictada sobre el juicio de una sola de las partes, pero no el juez que la dicta.

A veces, la mucha cuantía del mal es su propia excu-

sa: castigamos al hombre que violenta a otro; glorificamos al pueblo que a otro subyuga.

Guerra, es la herencia que con mayor frecuencia transmiten los padres a sus hijos.

A la virtud no es posible que le pueda faltar lugar.

La virtud se ha de honrar dondequiera que se hallare.

La virtud está en hacer beneficios que de cierto no se han de corresponder.

La virtud ni causa hastío ni arrepentimiento.

No hay arma alguna tan poderosa como la virtud.

Codiciosa es siempre de peligros la virtud.

La virtud no es fruto de la naturaleza ni de la ciencia, sino don de la Divinidad.

Nacemos para la virtud, pero sin ella.

No hay hombre virtuoso sin Dios.

La virtud es un arte que debe aprenderse por principios.

La virtud constituye al hombre.

Cuatro son los puntos cardinales de la verdadera nobleza: recta razón, alma justa, sabiduría y virtud.

El camino más breve para enriquecer es menospreciar las riquezas.

Nunca es pobre quien vive conforme a la naturaleza, ni rico quien lo hace conforme a las opiniones.

Fuerte alma es preciso para sostener el peso de la opulencia.

Ni muy cerca ni muy lejos de la pobreza: he aquí en qué consiste ser verdaderamente rico.

Feliz quien desprecia la fortuna.

La riqueza suele privarnos del sabor de las cosas mejores.

El oro nos ha hecho cambiar la utilidad de las cosas por su provecho.

La codicia nos ciega de tal modo que nos hace maldecir lo que debiera sernos más deseable: la pobreza.

¿Quieres cultivar tu alma? Vive pobre o como si lo fueses.

Ama la pobreza siquiera porque ella te hace demostración de los que te aman.

Acomodarse con la pobreza es ser rico.

No es pobre el que tiene poco, sino el que mucho desea.

Tiene todo lo que quiere aquel que no quiere sino lo preciso.

Siempre se aleja el placer de quien insistentemente le busca.

Pequeño es el ánimo de quien deléitase con cosas terrenas.

Para el libertino, siempre el placer hállase donde él no se encuentra.

Si queréis vivir libre de vicios, huíd de los que dan mal ejemplo.

Propios son los vicios de los hombres, no de los tiempos.

Por el vicio ajeno enmienda el sabio el suyo.

Sólo en un trabajo se emplea el vicioso : en el de su ruina y perdición.

No hay día ni noche sin tormenta para los perversos.

Buena es la muerte si nos ayuda a conservar la libertad.

Más fácil es el conocimiento ajeno que el propio.

Todo depende de la opinión.

Para poco que se nazca, siempre para más que para ser esclavo de la carne.

La verdadera tranquilidad es la buena conciencia.

No hay día ni noche sin tormenta para los perversos.

El alma del malo no está tranquila ni aun cuando duerme.

La alegría continua del sabio procede de su limpia conciencia.

La buena conciencia admite testigos ; la malvada, hasta de la soledad se conturba.

¿Qué es razón? La imitación de la naturaleza.

Si quieres esperar, deja de temer.

El miedo se pinta en el rostro.

Un gran dolor nunca es largo.

Tan de prudencia es guardarse de tener enemigos, como muchos amigos.

Quien quiera ser amado, ame.

Cuando la injuria no te depare enemigos, te los deparará la envidia.

Peor enemigo es el encubierto.

Ama a los demás quien se ama mucho a sí propio.

Pocos tienen valor para decirse la verdad.

Se adula a sí mismo quien escucha las alabanzas.
Nada nos es tan grato como aquello que nos atañe.
Mal puede juzgarse quien mucho se estima.
Nunca es tarde para aprender.
No peca más quien no hace el bien que quien no corresponde al recibido.
La verdad es el único bien del hombre.
Necesaria es la experiencia para cualquier cosa.
Sin experiencia no hay conocimiento seguro.
Enseña cómo se ha de vivir aunque no vivas como enseñas.
No siempre las costumbres de los filósofos van hermanas de sus preceptos.
No leas demasiado si quieres empaparte bien de lo que lees.
El viajar hace conocer muchos hombres, pero pocos amigos.
Los alimentos del espíritu, como los del cuerpo, han de digerirse si quiérese que aprovechen.
No leáis sino los libros generalmente estimados.
Los muchos libros, como los muchos manjares, debilitan en vez de aprovechar.
No es preciso tener muchos libros, sino tenerlos buenos.
No des consejo a quien no te lo pida.
Donde haya un hombre, ocasión hay de hacer un beneficio.
Beneficencia es dar placer y recibirlo.
Para el hombre ocupado no hay día largo.
No está en tu mano ser rico, pero sí el ser feliz.
Sólo consigue ser rico y feliz a un tiempo el virtuoso.
Será bueno quien de verdad se proponga serlo.
Prudencia, constancia, serenidad, alegría: he aquí los escalones y sostenes de la verdadera felicidad.
Paciencia muchas veces ofendida trastorna el juicio.
Mejor sufre el mal quien siempre lo espera.
Ninguno, si se compara, es desdichado.
Desdichado es el que por tal se tiene.
La avaricia arrebata a los demás lo que se niega a sí misma.
El que asiste a un moribundo con la esperanza de he-

redarle, es un buitre que vuela alrededor de un cadáver.

Del sabio debe bastar el arrepentimiento si ofende; con el necio es peor la venganza que la ofensa.

Sepulcro y muerte del hombre es el descanso sin el estudio.

Pereza, no descanso, es el excesivo sosiego en el ocio.

Nada afemina como el ocio.

Al cuerpo, como a las agujas, corrómpelo la quietud.

Tan difícil le es al trabajador ser pobre como rico al ocioso.

Vivir ocioso es morir en vida.

# INTRODUCCION

*Antes de leer a Séneca, es decir, de adentrarnos en su exquisita sensibilidad, es preciso retrotraernos a Grecia, mirar con los ojos del alma, fragmentariamente, lo que fué la cuna, perdónese la impropiedad de nuestra generalización, de la filosofía pagana, de la poesía épica, de la tragedia lírica, de la prosa inmortal, de las bellas artes... y del heroísmo. Como el nombre de Séneca es sinónimo del espíritu griego, acomodado a la belleza del pensar y a lo sublime de la doctrina estoica, no huelga que diseñemos las escuelas filosóficas de Grecia.*

*¿Cómo nació la filosofía griega? ¿Cuánto tiempo duró? A todos los sistemas filosóficos de Asia y Europa suministró un material inmenso de principios y de doctrinas la ciencia de la India girando en torno de aciertos y de errores. Los filósofos griegos siguieron sus huellas. La filosofía griega nació entre tribus de diverso origen y procedencia, con un idioma ramificado en dialectos abundantes, con multitud de cultos locales, con sacerdotes venerados no pertenecientes al sacerdocio, sin libros religiosos y siendo Orfeo el Teólogo, el fundador de los misterios. Nació seis siglos antes de la era cristiana y se prolongó otros seis siglos después.*

*La primera escuela filosófica de Grecia fué la Jónica, fundada por Tales. La segunda es la Pitagórica, de cuyo seno surgió la Eleática. Representaban dos principios diametralmente opuestos. El espíritu jonio era el sensualis-*

*mo en todo; su filosofía fué, por consiguiente, el empirismo. Esta raza de carácter voltario, vehemente, imperioso y exaltado, predispuesta a recibir todas las sensaciones del mundo, se ocupó especialmente de los fenómenos sensibles, y pretendió explicar la naturaleza de las cosas desde el punto de vista del materialismo; sus principios eran el agua, el aire y el fuego. En cambio, la tendencia pitagórica, en que encarnaba el espíritu lírico, propendía hacia las investigaciones morales. La escuela eleática fué la transición de lo sensible a lo ideal, pero inspirando a Platón, su mantenedor, el buscar la esencia de las cosas en las ideas puras de la razón, reveladas por la intuición interior. El sistema de Jenofanes no es más que un conglomerado en el cual armonizan la filosofía jónica y la pitagórica, sin confundirse; su física es de la primera; su teología es la de la segunda. Las ideas acerca del mundo y de Dios, a pesar de su armonía, el tiempo las disgregó.*

*¿Cómo se formó el mundo? Tal fué el punto de partida. La escuela jónica lo resolvía por medio de la experiencia y la reflexión aplicadas a la materia de la sensación; según la escuela pitagórica, a su forma, y según la eleática, con el contraste de la experiencia y de la razón.*

*El agua, según Tales de Mileto, primer investigador y uno de los siete sabios de Grecia, fué el principio de donde proceden todas las cosas. A Tales atribúyesele el precepto «Conócete a ti mismo». Anaximandro tomó por primer principio lo infinito, que contiene todo en sí, y le dió el nombre de Ser Divino; pero considerando a lo infinito como cosa intermedia entre el agua y el aire.*

*Según Aristóteles, no tuvo su origen el mundo en la gran idea de poder y grandeza que concebimos ante la inmensidad del Océano, sino en la presencia de la humedad en todas las producciones de la naturaleza, humedad que en sí misma es cosa más elevada.*

*Para Anaxímenes, el principio regulador del universo era el aire, espíritu invisible en el orden físico, como el alma lo es para el hombre en el orden moral, combinando la antigua creencia en la divinidad con el estudio de los fenómenos naturales. Charondas y Selenco, que alcanzaron gran fama por su espíritu de orden y de legislación, abra-*

*zaron la opinión de Tales, muy difusa por ser sus antecesores.*

*El último y el más importante de los filósofos jónicos fué Heráclito de Efeso. Conoció que abrigaba en su interior una vida que no era suya propia; una vida universal, común con la de todos los hombres y con la fuente original de la vida. Para él no existía en acto, sino en potencia cuando se comunicaba con la vida universal. Separada, se aletarga y pierde la inteligencia, como el carbón encendido pierde la brillantez del alma cuando se separa de la llama. Esta comunión de la vida producía la comunión de la razón, del criterio de la verdad, no creída si procede del individuo aislado. El principio de las cosas psicológicamente era el fuego, que anima y destruye; era la esencia del movimiento, y el movimiento es la variedad. Por ser así todas las cosas pasan, cambian y se transforman.*

*Pitágoras admitía la unidad absoluta primordial, un alma presente en todas partes, y de la cual salen todas las demás. Parménides, filósofo de la escuela eleática, decía que la divinidad es un círculo luminoso, y confesaba que, según la razón, no existe más que un ser único, inmutable, infinito; que son imposibles la diversidad, el cambio y la pluralidad. Todos estos filósofos y otros comprendían, guiados por la naturaleza, la existencia de Dios, pero no estaban acordes sobre lo que este Dios podía ser.*

*Asimismo comprendía la grandeza del Ser Supremo, y Jamblico, filósofo neoplatónico, en su carta sobre los misterios de los egipcios, capítulo XVIII, la explica en estos términos: «No podemos expresarnos dignamente sobre la divinidad, a no ser iluminados por su luz; porque la divinidad es la fuente de toda luz, así como lo es de toda bondad».*

*Simónides, al ser preguntado por el tirano Hierón sobre lo que era Dios, titubeó y solicitó un día de término para contestar. Al día siguiente suplicó dos más de prórroga. Y así fué duplicando los nuevos plazos que pretendía necesitar, hasta que sorprendido Hierón, quiso conocer cuál era la causa de tales evasivas, y Simónides, como hombre sabio que era, le contestó de esta manera lapidaria: «Por-*

*que cuanto más examino esta materia, tanto más ardua y oscura la considero.»*

*Séneca, imbuído por estas palabras, al través de sus obras, especialmente en el* Ideario, *como en estos siete libros titulados* De Beneficios, *refleja hasta razonamientos, no solamente de los filósofos más eminentes de estas dos escuelas de Grecia, sino de los que ramificaron aquellas escuelas con el platonismo o epicureísmo, con el aristotelismo, con el pirronismo, con el escepticismo, con el cinismo, con el cosmopolitismo, con el peripatetismo, con el estoicismo..., además del materialismo, del empirismo y del atomismo sustentado por Leucipo y por Demócrito.*

*Veamos lo que dijeron algunos, ante el espectáculo de la naturaleza y con la luz de la razón : «Que tus primeros respetos sean para los dioses», decía Focílides, confesando que Dios es simple, eterno, inmenso, infinito, omnipotente y bueno, como declaraba Séneca. El mismo Focílides decía que sólo Dios es sabio, rico y poderoso, con lo cual convenía el filósofo romano. Pitágoras, por su parte, en sus* Versos dorados *escribe : «Reverencia a los dioses inmortales. Tal es tu primer deber : honrarles como ordena la ley.» El sabio, dice Demófilo, honra a la divinidad aun en el silencio; y la agrada no por sus palabras, sino por sus acciones. Platón, en su* Nerón, *dice que todo viene de Dios; que la misma virtud no es fruto de la naturaleza, ni de la ciencia, que es un don de la* divinidad.

*Según Terencio refirió de Esquinio, éste exhortaba a su padre para que rogara a Dios, puesto que le consideraba mucho mejor al autor de sus días. Los filósofos paganos creían que Dios no oía a los impíos y sí que atendía a los varones más virtuosos. Cuenta Diógenes Laercio que Blas iba embarcado con unos descreídos. Una tempestad imprevista puso varias veces en peligro de zozobrar a la frágil nave. Aterrados los libertinos pretendieron invocar a Dios; pero Blas no consintió aquel escarnio diciéndoles: «Callad, no sea que oigan los dioses que navegáis en esta nave.»*

*No cabe sorprenderse de que Séneca coincidiera con aquellas escuelas filosóficas en varios aspectos, en el destino, en el fin del mundo, en la muerte, en el suicidio... y en la divinidad, si toda Roma, infestada de templos, no sola-*

*mente revelaba el carácter supersticioso de los romanos, sino que demuestra la suma deferencia con que trataban a las divinidades de los pueblos conquistados, cuyo poder temían. Siempre que sitiaban una ciudad, tenían cuidado de invocar a sus dioses; si se apoderaban de esta ciudad o sometían un pueblo, llevaban, por decirlo así, sus dioses con los demás despojos de la victoria, transportando a sus casas los simulacros, los ritos, los utensilios y los instrumentos del culto, y establecían dentro de sus murallas sacerdotes encargados de honrar a las divinidades así importadas.*

*Pero a todos estos dioses anteponían uno, llamárasele o no Júpiter tonante (como cuando Augusto al ir a España y caer en día de tempestad fragorosa un rayo a los pies de su litera, mandó erigirle un templo en Roma), y lo conceptuaban con un poder omnímodo. Como justificante de ello, Cicerón decía: «Debemos creer que todos los que son hombres de bien no lo serían si Dios no los ayudara, pues no ha existido hombre de mentalidad ilustre sin alguna inspiración divina.»*

*Esta extremada reverencia del príncipe de la oratoria romana se transmitió a España, cuyo lenguaje anterior a la dominación romana conservaba tantos sedimentos del griego por el apego con las colonias griegas. Como el latín tenía mucho de griego, pronto se afianzó la civilización romana en nuestra patria, particularmente desde el tiempo de Sertorio. España llegó a ser la provincia más floreciente y más ilustrada del imperio romano. Así se explica que Marco Anneo Séneca, retórico y admirador del estilo de Cicerón, confiando en su cultura y en la omnipotencia divina, se decidiera a calir de Córdoba, su patria, con sus hijos, para ir a pie hasta Roma, según una leyenda, y asentar sus reales en ella.*

*Y además debemos tener en cuenta lo que dicen los catedráticos señores don Juan Hurtado y don Angel González Palencia en su* Historia de la Literatura Española: *«uno de los hijos de Séneca, nuestro Lucio Anneo, creó un nuevo estilo, el de las frases breves y cortadas, frente al estilo oratorio del siglo de oro, que Calígula motejara por ello, acaso, al autor «arena sin cal». Marcial hace inmortal su nombre por medio de los epigramas picantes e in-*

*tencionados. Lucano compone uno de los últimos poemas históricos notables en lengua latina. Quintiliano trata de reaccionar contra el nuevo estilo, para volver a los modelos de Cicerón, aunque sin lograrlo. Pomponio Mela y Columela se especializan en una clase de conocimientos. Los escritores hispánicos tienen el mismo carácter general de la literatura latina de la edad de plata: profundidad de pensamiento, tendencia a lo artificial, deseo insaciable de inmortalidad, estilo en que se busca lo brillante, lo picante, el interés, la retórica, las citas eruditas, la perfección en la forma poética, la corrección en la construcción y en el vocabulario.»*

*Y debemos recordar que también nacieron en España, o fueron oriundos de ella, estos emperadores romanos, que honraron y enaltecieron el solio imperial: Trajano el Magnífico, Adriano el Ilustre, Teodosio el Grande fueron españoles. Marco Aurelio el Filósofo era un vástago de familia española Como dijo un sabio escritor, «la virtud del último era más severa y menos instintiva que la de sus predecesores: era la bien acopiada cosecha de mucha lectura, de muchas conferencias y de mucha meditación. A la edad de doce años abrazó la rígida secta de los estoicos, que le enseñó a someter el hombre exterior (como años antes había infiltrado el misticismo en Séneca), al dominio del espíritu, y las pasiones a la razón; a considerar la virtud como el único bien, el vicio como el único mal, y todas las cosas externas como indiferentes. Ya revestido de la púrpura dió lecciones públicas de filosofía ante el pueblo romano, y lo mismo hizo en muchas ciudades de provincia.*

*Existen su meditaciones, redactadas en medio del bullicio de los campamentos; pero su vida fué el más noble comentario de Zenón: «Tuvo una verdadera pesadumbre cuando supo que Ovidio Casio, que excitó una revolución en Siria, se había dado muerte al verse abandonado por las tropas, porque decía que lo había privado de la satisfacción de convertir en amigo un adversario, y justificó la sinceridad de aquel sentimiento, moderando el celo del Senado cuando quiso proceder rigurosamente contra los cómplices de aquel traidor. Es indudable que Séneca influyó*

*con sus obras en el espíritu de Marco Aurelio, así como las altas cumbres del Estado ejercerían sobre Séneca, cuando empuñó las riendas del poder en unión del otro preceptor de Nerón, tanta presión como las obras del príncipe de la oratoria romana, Cicerón. Hay que advertir, aparte del entusiasmo paterno por tan egregio varón, que comentó de modo admirable las doctrinas de Zenón y sus adeptos.*

* * *

*Hecho el bosquejo de la filosofía originaria de Roma, cómo se cobijó bajo la púrpura imperial y trascendió en las costumbres hispanorromanas, fáltanos decir unas cuantas generalidades acerca del patriarca, digámoslo así, del estoicismo. En Atenas existía un lugar adornado con las obras de los pintores de más nombradía. Se le conocía con el nombre de* El Pórtico. *Era por el año 640 antes de Jesucristo. Allí peroraba doctrinalmente Zenón de Cilio, en la isla de Chipre. Puso en juego todos los recursos de su brillante dialéctica para establecer las bases de sus tesis.*

*¿A qué aspiraban? El epicureísmo acababa de introducir tal desorden y relajación en las costumbres de Grecia, que nada bastaba a contrarrestar su poderosa influencia; los ataques del escepticismo habían ido conduciendo la razón paulatinamente a un estado muy próximo al desaliento, cuando Zenón concibió la idea de establecer una asociación íntima entre la verdad y la virtud, que en una de las notas de la presente obra indicamos ligeramente, con objeto de sostener una con otra estas dos autoridades por entonces desconocidas.*

*Lo que Sócrates había descuidado, lo que no había podido conseguir Platón con toda su elocuencia, la unión de la conciencia a una teoría general de la inteligencia que diese a conocer en el sentimiento moral interior la fuente de reglas obligatorias para el nuevo arbitrio, resolvió llevarlo a cabo Zenón, estableciendo un sistema que a su juicio encaminaba a un solo principio al hombre moral y al hombre intelectual, manifestándose tan pronto bajo una forma como bajo otra.*

*Dicho plan debía necesariamente conducirle a combinar unidas la lógica, la física y la moral. Por lo que toca a su*

*ejecución, ya sea que la naturaleza no le hubiera dotado de un gran genio de invención, ya que los recursos de este género empezaron a agotarse, lo cierto es que estableció un sistema de que hasta entonces no había ejemplo, y tomó sin ningún escrúpulo todo cuanto le pareció verdadero de las doctrinas de sus antecesores, particularmente de Heráclito, Pitágoras, Platón, Sócrates y Aristóteles, reservándose llenar ciertos vacíos conforme a su propia observación y reflexión.*

*Pero lo que caracteriza su eclecticismo es aquel sello de originalidad que supo imprimir en él, y haber permanecido siempre fiel a sus propias inspiraciones, a pesar de lo mucho que tomó de los que le habían precedido en la carrera de la filosofía, a quienes profesó siempre una grande admiración.*

*El primer paso del estoicismo fué fijar el sentido exacto que debe darse a la palabra filosofía, como mucho más tarde lo dió Séneca, según veremos en una de las notas que a esta obra ponemos. En la doctrina de Zenón el objeto de la filosofía es el estudio de la virtud o de la perfección humana; pero la perfección del hombre comprende la del pensamiento, la del conocimiento de las cosas y la de la conducta o las acciones; es decir, que la filosofía abraza tres partes distintas: la lógica, la física y la ética.*

*Respecto al origen de nuestros conocimientos, los estoicos no concedían otro más que el empirismo. Todas nuestras ideas, sin excepción alguna, las hacían proceder de los sentidos. El alma humana se mantenía, según ellos, pasiva respecto a las sensaciones que se imprimen, más o menos, en nuestros órganos y producen acto seguido en ellos las imágenes. Cuando se han reunido cierto número de imágenes, el alma, en virtud de su propia actividad, les presenta cierta resistencia, las compara, las clasifica, las combina y hace de esta manera que principien las nociones generales.*

*¿Qué nociones? Las en que están conformes todos los hombres, son verdaderas e indudables, y las diferencias que las distintas opiniones presentan acerca de ellas, dependen menos de ellas mismas que de su aplicación a casos y circunstancias particulares. Constituye aquellas el sentido*

*común, que es una de las piedras de toque de la verdad.*

*Ahora bien: el dogma que más importaba a los estoicos establecer concrétase al de la certeza absoluta de una parte, a lo menos, de nuestros conocimientos, puesto que en esto querían que se fundase su moral, sostenían que, a pesar de la actividad propia de que está dotada nuestra alma, no tiene poder para rehusar su asentimiento a la evidencia, esto es, a una perfecta armonía o concordancia entre la percepción y su objeto, y esta precisión constituía, según dichos filósofos, una segunda circunstancias para distinguir lo falso de lo verdadero, no menos infalible que la anterior.*

*En cuanto a la física, Zenón, que vivía en un siglo en que no se creía existir más que un mundo sensible, se vió en la precisión de echar mano del panteísmo de los antiguos filósofos. Sólo la materia, decía, existe eternamente; y fuera de ella no existe cosa alguna. Está sometida a dos principios, el uno pasivo y el otro activo. Este último, que es una especie de fuego o un ser muy sutil, no constituye más que uno solo con ella, y es, por decirlo así su genio plástico.*

*Es quien lo engendra y lo penetra todo con arreglo a leyes infusas y eternas, en los gérmenes de la materia que está a su cargo desarrollar. Es la razón universal que gobierna la materia pasiva, la ley de toda la naturaleza, la divinidad misma. Nada de cuanto en el mundo sucede es accidental, y todo en él obedece a esa unión entre las causas y los efectos, con la cual sólo Dios, atendiendo a los dogmas cristianos sin conocerlos, ha podido conciliar la libertad del hombre.*

*De este modo, Zenón admitía a un mismo tiempo una providencia y un destino. Según esto, consideraba las almas humanas como productos del principio activo y del principio pasivo de la materia, como fracciones del alma del mundo y de la Divinidad, en la cual vuelven a entrar después de haber cumplido su carrera, circunstancia muy en conformidad con las ideas de Séneca.*

*La consecuencia de estos principios cosmológicos era que puesto que el hombre procede de Dios y se reúne a él después que concluye su muerte, debe, durante su corta sepa-*

*ración del alma divina, vivir conforme a la naturaleza que ofrece una revelación perpetua de las perfecciones de esta última. La naturaleza obedece a leyes que le han sido impuestas por el principio activo de la materia. Estas leyes en todo manifiestan de continuo la sabiduría y perfección de su origen divino y dan por resultado la armonía que reina en el universo. La razón humana debe, pues, imponer al cuerpo de que está rodeada las mismas leyes que el alma del mundo impone a la materia general, que es asimismo su cuerpo. En su cualidad de emanación de la razón divina, desea naturalmente el bien, el orden y las leyes que le recuerdan su noble origen; pero se aparta de éstas por la influencia del cuerpo que le arrastra al desorden y a violar sus propias leyes.*

*Para salir de tal desorden, origen de todo mal, es preciso que la razón se atenga a sus propias luces, razonamiento al que se adaptaba Séneca; que aparte el velo que producen las nubes de la materia, y sobre todo que se fortifique con las luces de la razón divina, que con tanto resplandor se irradian sobre el espectáculo magnífico de la naturaleza, porque su destino, su dignidad moral, su felicidad, consiste siempre en no apartarse de su origen.*

*¿Cómo lograban los estoicos este resultado? De modo que la razón ejerciera un imperio absoluto, y que todo cuanto procede o dimana de los sentidos y de la materia, los deseos, las inclinaciones, las pasiones se desarraigaran completamente de nosotros. El hombre que llega a conseguirlo es feliz, porque la felicidad consiste en que cada individuo llegue a su fin, y el del sabio es contribuir a que reine el orden general; consiste en la paz del alma y sólo el sabio es dueño absoluto de sus pasiones; consiste en el conocimiento que se tiene de la excelencia de su ser, la armonía perfecta en que vivimos con nosotros mismos, y solamente de ella dispone el sabio, y así lo reconoce Séneca, al paso que el hombre vicioso conoce que está constantemente en contradicción consigo propio.*

*¿Qué consecuencias deducía Zenón de estos principios? Su inflexible lógica no retrocedía, como tampoco la de sus continuadores, ante ninguna deducción. Juzgaban, como Séneca después, que la virtud es un valor absoluto que*

*debe cultivarse por sí mismo, y no por la esperanza de una recompensa, sino únicamente por gozar del placer que proporciona una conducta arreglada. Al juzgar que la bondad es beneficiosa y el vicio perjudicial, les resultaba indiferente todo lo que no fuera moral o inmoral, como la fortuna, la salud, los honores, los placeres, el dolor, la enfermedad. Es más: Séneca, condenado a muerte por Nerón y obligado a abrirse una vena, murió con el mayor estoicismo, así como tiempo antes quiso regalarle al mismo emperador sus cuantiosos caudales con el fin de retirarse a vivir agrestemente o bucólicamente en una quinta suya de campo.*

*Para los estoicos no existía libertad absoluta en la voluntad, sino en la razón. A ésta hacían responsable de sus errores, de sus equivocados juicios acerca de los objetos exteriores sobre los bienes o los males aparentes de este mundo; la atribuían no sólo las consecuencias criminales de nuestras pasiones, sino también la existencia u origen mismo de estas pasiones, impulsadas por juicios erróneos. La conciencia de los pueblos clama para justificar que el error no es vicio. Pero Zenón lo sofocaba para engrandecer la esfera de nuestra culpabilidad, bastante extensa por sí misma.*

*¿Eran o no insensibles los estoicos? En su mano nunca podría estar la facultad de repeler las sensaciones, pero sabían contenerlas e incubar en la inflexible autocracia de la razón el germen soberano del poder intelectual. En consecuencia, con aquella libertad absoluta, a este imperio del sabio sobre la sensibilidad, y a la opinión de que la felicidad en este mundo no puede ser mayor con el transcurso del tiempo, los estoicos permitían al hombre cortar el hilo de su vida cuando lo tuviere por conveniente, siempre que este acto fuese efecto de un espíritu tranquilo y de una reflexión serena y meditada. El mismo Zenón dió el ejemplo suicidándose. Séneca también lo hubiera hecho en la juventud para sustraerse a la fiebre horrorosa que la enfermedad del pecho le producía. No lo hizo para no herir a su padre con tal amargura.*

*En síntesis, el estoicismo contrarrestó las influencias de las escuelas filosóficas, cuyos dogmas tendían a la disolu-*

*ción y corrupción de la sociedad; influyó en la educación de los más nobles caracteres, luchó sin descanso contra los vicios y el despotismo, mereció ser adoptado con entusiasmo entre los romanos y nimbó con los laureles de la posteridad a sus educadores Cicerón, Epicteto, Séneca y Marco Aurelio.*

* * *

*Estos siete libros,* De Beneficios, *acreditan que Séneca, como gran observador de las costumbres de su época, rayó a una altura extraordinaria y, como en todas sus obras, puso de manifiesto el interés que atesoran bajo el aspecto histórico, filosófico y literario.*

*¿En qué época se hizo esta obra? Tal vez la fecha que se le debe achacar sea más precisa de la que se ha supuesto. Es indudable que el posterior a la muerte del emperador Claudio, ocurrida el año 54, por mencionarse el formulismo legal de una carta de pago que el derecho romano estableció aquel año; por deducirse legítimamente que Séneca trazó de aquel príncipe, tanto en lo físico como en lo moral, una semblanza injuriosa, y por aludir a los muebles de conchas de tortuga, pintadas, cuya invención proviene del reinado del sucesor de Claudio.*

*Es de suponer que Séneca ya había llegado a las postrimerías de su vida, como lo prueban sus reflexiones, bien de la juventud y madurez de la vida, bien de la vejez, el nombre de la persona a quien dedicó la obra, uno de los amigos de sus últimos años; el cinismo filosófico de ciertos pasajes, que recuerdan el matiz espiritual* De la tranquilidad del ánimo; *de la tardía intimidad de Séneca con Demetrio, y, por último, la glorificación perpetua de la bondad divina y de la Providencia, esbozadas y columbradas en las* Cuestiones naturales *y en la* De Providencia.

*Están lejanos los tiempos en que Séneca escribió* De Clemencia, *puesto que por entonces no se ponía freno a los atropellos contra los esclavos, y, en cambio, al escribir la obra* De Beneficios *imponíanse sanciones legales contra los dueños inhumanos por una autoridad recientemente establecida. Ya debía de haber escrito* De Vida Bienaventurada, *porque en esta obra Séneca concedía el honor o pri-*

*macia al epicúreo Diodoro de una fórmula virgiliana de resignación ante la muerte, y en esta obra la fórmula está tomada sin referencia, pues Séneca la había tomado como suya; pero el* De Providencia, *que es el mismo, existía probablemente también, porque al escribirlo Séneca declaraba haber reservado estrictamente el núcleo y conjunto de los temas relativos a la Providencia, puesto que estos cuestionarios se abordaron y trataron en muchos pasajes de esta obra* De Beneficios.

*Lo que resalta por doquiera, singularmente en los cuatro primeros libros, que contienen un carácter esencialmente técnico, es el descontento. Nos pinta Séneca a los poderosos de la tierra, a los nobles, a los soberanos con ridículas pretensiones, como reyes arrebatados por locas ambiciones, parecidos a los bandidos y a los piratas, o como animales feroces, a veces impotentes de reinar y no debiendo más que a una casualidad propicia el ser reyes; como despreciables personajes de boca infamante, a quienes rechaza como amigos y bienhechores. Los príncipes no se preocupan, ellos y sus ministros, más que de hacernos humillar; su generosidad es enorme, declamatoria y sin mérito, y nos esclavizan no consintiéndonos el repudiar sus mercedes. En final de cuentas, la virtud con ostentación y estrépito, dice Séneca, ofusca a los tiranos. ¡Y aunque esté destinado su trabajo al público en general, por término medio se lo asigna a los hombres! Nerón fué abrumado con estas generalizaciones hechas por Séneca. Tanto más que los beneficios del consejero o del preceptor parecen puestos en la balanza de la justicia con los que el consejero o el preceptor obtuvieron del poder. Séneca, verdaderamente, usó su acostumbrado lenguaje de sinceridad con Nerón desde el año 59; pero esto debió de ser en la intimidad o ante algunos testigos; ahora lo lleva a efecto delante de todo el mundo. En efecto, el año* 59 *Nerón desprecia las acusaciones terribles del vulgo, y sólo las de Traseas, en pleno Senado, son una excepción. El año* 62, *Burrho; el* 65, *el filósofo Cornutos, emplean un lenguaje parecido ante la corte imperial. Cornutos lo expía con el destierro; Burrho lo paga con la vida.*

*Por otra parte, el mismo Séneca nos declara que un*

*ministro no puede expresar la verdad. ¿Podía, por tanto, tomarse la libertad de hacer alusiones o cosa que tuviera tal apariencia? El año 39, Galus, el modelo de Nerón, condenó al destierro a Carrinas Secundus, profesor de retórica, por haber pronunciado un discurso contra los tiranos, en donde no se proponía otra cosa que dar al público pruebas de su talento. El año 65 Nerón hizo ejecutar a C. Casius por tener en su casa la estatua de Casius, el asesino de César. Asimismo demostró a Vestinus que no permitía en casa de «su amigo» ni la «fiereza de las actitudes», ni la «mordacidad de las alusiones.»*

*Y cómo Séneca traza el retrato del ingrato, «el que ha ultrajado a sus padres, a sus maestros», deshónrase como el hombre que es nuestro enemigo, a causa de nuestros beneficios, y cuya ingratitud resulta monstruosa, o la que se torna en punzantes remordimientos; como un príncipe supersticioso que se llena de pavor ante un eclipse de sol. Séneca juzga severamente todo fratricidio inspirado por el odio y declara terminantemente que un sabio consejero nunca podrá suscribirlo. No parece sea posible que Séneca hablara de este modo en público antes del momento de su retirada definitiva, aunque se arguya, según algunos, que él parece expresarse algunas veces como un hombre en el poder que se ve con frecuencia solicitado y que puede repartir con esplendidez a muchos sus beneficios.*

*En el interregno que estuvo en el poder y el día mismo en que pretendía abandonarle, velaba su lenguaje y se humillaba, él, hombre sin tacha y tan distinto de los demás hombres, ante el príncipe que le había colmado de honores. Así es que cuando escribía sobre los beneficios antes de la retirada, se expresaba con un tono muy diferente, con calma, con generosidad, con optimismo. Limitábase, pues, a responder a sus detractores. Ahora, en esta obra, responde al tirano.*

*Ciertamente que los hechos históricos que en aquélla se transparentan no son todos posteriores al año 62. Varios tienen su origen poco después en que el crédito de Séneca, quebrantado por Suilius, empieza a declinar. Corría el año 58 cuando Nerón merece quizás, por su generosidad con los grandes personajes arruinados, el ser comparado con*

*Tiberio, menos grande que él, cuando mandaba que a los senadores se les pagaran sus deudas.*

*¿Pero es cierto que Séneca establecía una comparación cuando saca a plaza aquel rasgo de carácter de Tiberio? La moda de estos «despilfarros escandalosos» que, inaugurados el año 58, causaron graves quebrantos públicos y privados es quizá señalado por Séneca en esta mujer que no distingue para su vida marital entre el esposo y los amantes: podría ser Popea, en este hombre que toma la mujer de otro y presta la suya: Otón; en este ruin derrochador zarandeado por sus «damas», porque no tiene dueñas y corre a las sirvientes, Nerón estuvo en un principio supeditado a Acte y tratado por Popea de «ancillariolus» o sea, embaucador de criadas.*

*La moral de estas historias, deducida por Séneca (amilanándose la vergüenza, repartiéndose la falta entre muchos), reuníanse o amalgamábase con una máxima de Nerón. Pero estas alusiones nos conducirían mucho mejor si nos situamos en el año 62 o en los alrededores de esta fecha. En tal año 62 es cuando Sabina (Popea) se ofrece en público como la «concubina» con título. El virulento calumniador de un sabio que, fortalecido con su buena conciencia, desafía la acusación de ingratitud, puede ser Suillius, cuyo proceso se desenvolvió el año 58; pero también puede ser uno de tantos hombres que acriminan la conducta de Séneca el año 62 y que han causado ya la pérdida de Burrho.*

*Los hombres poderosos, pero obscenos, con la boca infame, representaban quizás para el autor de esta obra al joven príncipe, o acaso a Tigelino, así calificado el año 62 por el esclavo Pitias. Las reflexiones filosóficas sobre la suerte privilegiada de los que tienen un nombre ilustre, pueden estar inspiradas por Asinius Marcelo, quien, el año 61, falsificó impunemente, «porque era noble», el testamento del rico Balbas. Era precisamente de los que «temían a la pobreza más que a todo en el mundo.»*

*Estamos, pues, en el año 58, tal vez en sus proximidades.*

*Decimos lo mismo después del año 59, año en que fué herido el poder de Séneca con la muerte de Burrho. Res-*

*pecto a que el filósofo hubiese inútilmente ultrajado a Agripina por esta mención dsdeñosa de Claudio, en otra ocasión deificado por ella y privado por él públicamente, como en la Apocolokintase, del título de* Divino ; *peor aún por el encomio público de Crisipo Passenius, su primer marido, muerto a merced a sus instigaciones porque era rico. Agripina debía estar muerta ya, como lo deja vislumbrar el capítulo en que le habla de las prodigalidades sin freno en adelante. Desde entonces la crítica severa de los beneficios «sembrados» entre la muchedumbre fiscaliza este rocío esparcido a manos llenas, pues hubo quien recibió una ínsula urbana o todo un territorio.*

*Esta cronología se puntualiza si se examinan los capítulos que tratan sobre los esclavos y sobre el delito de ingratitud.*

*Séneca, indudablemente al principio del reinado de Nerón, hubo de merecer las alabanzas de los esclavos asegurándoles un poderoso protector con el cuestor de la ciudad. Por esta razón el año 61, el personaje que estaba revestido de estas atribuciones, Pedanius Secundus, fué muerto por uno de sus servidores, sin ser socorrido por el resto de la familia. El Senado, tomando a chacota el voto en contra del jurisconsulto C. Cassius, impuso al matador la pena de muerte, a pesar de la protesta de algunos senadores y a pesar de tener en contra a la opinión pública, sublevada de modo manifiesto.*

*Ahora bien : Cassius había aprobado expresamente la desconfianza de los viejos romanos hacia todos los esclavos, lo mismo con respecto a los más fieles, y declarado que por entonces aquellas familias inmensas, formadas de elementos heterogéneos, no podían ser más tiempo mantenidas sino por el temor de hollar el deber de asistencia. Este les privaba la facultad de hacer el bien.*

*El desenvolvimiento de Séneca sobre la inminente dignidad de los esclavos tiene una elocuencia y está revestido con tal acento de sinceridad, que nos conmueven aún en la actualidad. Hecatón, que había tratado el mismo tema, parece ser que estuvo menos noblemente inspirado. En estos elevados términos, después, Séneca respondió a Cassius. Esto sucedía estando de lleno en el año 61. Aca-*

*so, al elogiar y ponderar la virtud de los esclavos. Séneca pensó en este heroico Pitias, quien, aun con sus torturas y horribles suplicios, permaneció fiel, ya entrado el año 62, a su ama Octavia.*

*El tercer libro de Séneca contiene otra protesta. El año 56, en una asamblea o consejo celebrado en la corte, se examinó el tema de averiguar si la libertad sería en adelante retirada, de derecho, a los manumitidos que fueran reconocidos culpables de fechorías o de ingratitud para con sus dueños. Este propósito fué rechazado, merced, sin duda, a Séneca y a sus amigos, porque las objeciones que se pusieron por delante se encuentran en esta obra* De Beneficios. *Pero Nerón, que defendió el año 56 a los manumitidos contra sus dueños privados, golpeó el 65 a todos, manumitidos o no, con que eran ingratos para con el príncipe, aumentando el fisco con sus sucesiones.*

*Con ello se procuró un medio fácil, cómodo y tentador de acrecer sus recursos. De los predecesores, uno de ellos, Galba, su modelo, usáronlo con provecho. Séneca debió prever que obtendría recursos también, tanto más necesarios conociendo la enormidad de cosas superfluas exigidas por una corte que dirigía Tigelino. Por esta razón hubo de insistir en los inconvenientes de la «actio ingrati», pues dijo que encolerizaría a los espíritus codiciosos y les impulsaría a hechos que debían antes que nada ponerse en claro, precisamente los de los principales manumitidos: Doriforo, que había deplorado por entonces el matrimonio con Popea; Palas, cuya vejez decrépita pero interminable privaba al príncipe de una inmensa fortuna (Palas, el autor de la separación decisiva del fisco imperial y erario), fueron sentenciados a muerte en el invierno del año 62, casi en el mismo instante en que Séneca fué acusado por Romanos de ser para el emperador un amigo dudoso.*

*Todas las apariencias nos inducen a creer que finalizaba el año 62 o daba principio el 63, pues la conferencia célebre, que tuvo lugar en el primer semestre del año 62 y señaló para Séneca el comienzo de la desgracia y de la retirada, debió de ser anterior. Además, cuando esto sucedía, Séneca, figura, según su propia declaración, como uno de los usureros notorios. No era así. Como hombre acauda-*

*lado, sacaba utilidad al dinero y lo prestaba para cosas útiles y, por tanto, en esta obra suya, como en otras, no encuentra frases bastante despreciativas para caracterizar tan innoble oficio.*

*Aquella conferencia humillante, impuesta por la ley del más fuerte, probó, según algunos, que Séneca no podría jamás «devolver» el bien que se le había hecho. Está probado con la elocuencia de los hechos que Roma se engrandeció y restauró las heridas abiertas en las arcas imperiales por Calígula y Claudio con el gobierno de Burrho y Séneca. ¿Cómo sufrir en silencio tal baldón? Por esto precisamente se indigna en esta obra Séneca. El recuerdo de los regalos que recibiera lo lleva punzante en su espíritu; la comparación, aun con ser discreta, concerniente a los manumitidos, resulta hiriente y alarmante a la vez.*

*Replicó, pues, por escrito indicando a media voz el precio de sus consejos como letrado y como gobernante, recordando que la antífona de nuestros obligados no es siempre por completo la gratitud. ¿Podremos reconocer al Nerón del año 62 en esta alma que ha amado y admirado como su bienhechor, que ha proclamado solemnemente su deuda y, olvidado por otros beneficios, habló, para agradecer al amigo de otras veces, el lenguaje de la hipocresía?*

*Los nuevos consejeros de Nerón han inspirado al príncipe practicar acto seguido el ejemplo de sus famosos antepasados y no las lecciones de su sabio preceptor. Con tal motivo, Séneca traza de los antepasados «reales» una semblanza poco aduladora, reduce a sus proporciones verdaderas el mérito de los favoritos de la Fortuna y coloca en adecuados lugares a los ministros y a los aduladores de los «reyes». Al mismo tiempo, contrasta sin piedad a los soberanos vulgares o viles con los aguerridos y justos de la familia neroniana, que hicieron cosas dignas de loa mientras que los otros recogían la recompensa. ¡Téngase presente que Nerón se llamaba Nerón Claudio Druso Germánico César!*

*Por la fecha del año 63 nos damos cuenta de los puntos de contacto de esta obra con la* De la tranquilidad del ánimo, *la* De Providencia *y la de las* Cuestiones naturales,

*aparecidos por los años 62 y 63. El segundo de estos tratados parece ser, en opinión de los humanistas, un capítulo desglosado de la* Filosofía moral, *que anuncia, según se ha dicho, el tratado* De Beneficios. *El interés de las «cuestiones naturales» aparece de manifiesto por lo menos dos veces en esta obra que comentamos y, como en las* Cuestiones naturales, *anúnciase la* Filosofía moral.

*Más bien por la fecha se explica la intrepidez de las invectivas contra Alejandro Magno que escalonan este tratado. Por los años 64 y 65 Lucarno se expresaba en términos análogos sobre el monarca macedonio para que Nerón lo interpretara como alusión. Séneca menciona con intención al prestigioso modelo contra quien había puesto en guardia en otras ocasiones al joven monarca, y que éste imitaba, sin embargo.*

*Las cartas a Lucilio nos proporcionan un límite cronológico y una confirmación. En la carta 81, escrita durante la primavera del año 64, Séneca nos aporta un complemento para su libro VI* De Beneficios, *en donde nos dice no quedó suficientemente dilucidado este problema: «¿Estamos obligados hacia quien nos ha causado un perjuicio después de haberle servido?» En la acasión de replicar con la solución definitiva y explícita, todavía nos parece más imbuído con su propósito. En efecto, reprende con otras frases y desenvuelve los razonamientos principales.*

*Hojeemos las cartas anteriores. Son, por lo regular, citas, metáforas, términos análogos a las ideas accesorias de este tratado. Asimismo son los temas principales: virtud asequible o cuidados debidos a los esclavos; la verdadera nobleza, la multitud de los pretendientes y la indignación de los amigos asediando al hombre poderoso abrumado de trabajo, de espíritu generoso; el respeto a la gratitud consiguientes para el buen maestro, la necesidad de elegir cuando quien a uno le obliga se quiere granjear nuestra amistad; la esencia del sentimiento de la gratitud incompatible con el interés y con el temor, las condiciones morales de este sentimiento, las causas habituales de la ingratitud, la idea de que un beneficio dividido no es un beneficio nulo, la indicación de los servicios desde los más elevados dentro de la jerarquía, como la enseñan-*

*za de la sabiduría; la idea del bien provechoso, de la bondad del Creador; la gratitud que debemos a Dios; la ingratitud humana hacia sus altos designios, etc.*

*Además de esto, en tres cartas, oímos a Séneca leer, le vemos con la pluma en la mano, siendo Hecatón la inspiración de su obra. Es cierto que en dos citas no se revela bien el propósito; pero el inspirador era tan rico y copioso de materia, que pudo suministrar la* De Beneficios, *de Séneca, y una parte de la obra* De Oficios, *de Cicerón. La tercera cita nos forja la idea que está latente en todo el tratado de Séneca: «ama si quieres ser amado»* (Si suis amari, ama) *y la que los modernos reconocemos: «La veneración a los demás la debemos practicar como si se tratara de respetarnos a nosotros mismos».*

*Volvamos a precisar fechas. Allá por la primavera del año 64, Séneca debió dar la mano, por lo menos, a los seis primeros libros de esta obra* De Beneficios. *Sin embargo, es preciso admitir un intervalo entre los libros 1.º al 4.º y 5.º al 6.º Los prefacios nos obligan a ello como el tono ciertamente más amargo y más severo de los libros últimamente citados; como los cumplimientos que el autor dirige a Ebucio Liberal por la primera vez al frente del segundo grupo de sus libros, y que encierran una verdadera exposición, reanudada, de sus ideas. El conjunto se coloca entre las postrimerías del año 62 y los primeros meses del año 64.*

*Si esta obra contiene audacias tan desaforadas, no es de sorprender que en las* Epístolas a Lucilio *guardase precauciones propias para evitar el peligro. ¿No predica Séneca a Lucilio la prudencia? En ocasiones habla con ambages y rodeos. En términos generales defiéndese contra el calificativo de ingrato, que sus enemigos le formulan como represalia bien humana después de sus reproches multiplicados y públicos al ingrato Nerón: «Dícese que los filósofos son poco respetuosos para con los gobernantes, ingratos con el jefe del Estado; pero cuando se ha quitado la curia y el tribunal de justicia para concedérselo a la sabiduría, son precisamente los más reverentes de todos los individuos.»*

*Una o dos veces quizá habla de sí mismo en esta obra:*

*cuando Séneca se pregunta qué debe al bienhechor que ha intentado perjudicarle después de haberle servido. Ebucio, su amigo íntimo y su confidente, detiene con un fruncimiento de cejas el relato de la solución. Por otra parte, tal juicio severo acerca del régimen está presentodo como un lugar común.*

* * *

*También está incompleto el tratado que sigue al libro VI, porque el complemento, según dijimos más arriba, figura en la epístola 81, dirigida a Lucilio. ¿Recibió Ebucio algo equivalente en compensación? Justamente, en el libro VII Séneca espiga y recoge y examina si no ha dejado nada en el tintero. Acompaña, en efecto, para su amigo, no la solución exactamente desenvuelta en la epístola 81, sino la resolución de un problema aún más general: ¿Qué debemos a nuestro bienhecho si se ha transformado en un malvado? Es quizá el complemento esperado.*

*Por otra parte, la indulgente magnanimidad que la carta refleja inspira igualmente, en el libro VII, la respuesta a una cuestión algo diferente: ¿cómo conducirnos con los ingratos? Esta idea está en oposición con la de los primeros libros, en donde el ingrato, frecuentemente, estaba excluído de nuestros beneficios: démonos al ingrato, dice, sin embargo, Séneca; démonos como pura pérdida. De la misma forma, las máximas con las cuales finaliza la carta 81 dan la sensación de ser un programa de predicación moral, que está desenvuelto en el libro VII (y que allí mismo está adelantado). En la carta se impone la pena del Talión para los que nos perjudican; en el libro VII el ingrato está recomendado para nuestros beneficios.*

*Acerca de la posibilidad de acrecer o disminuir un beneficio, Séneca, en la carta 81, como en la primera parte del tratado (lib. III, cap. VIII), se expresa afirmativamente y designa la oportunidad, el momento, como el factor de este aumento o de esta disminución; en el libro VII niega formalmente que el beneficio pueda hacerse más grande o más pequeño. Hay quien cree que este pasaje está mutilado a quien piensa que Séneca se propuso examinar la posibilidad de comparar; en cuanto al volumen*

*grande de los beneficios diferentes, la oposición entre las dos tesis de filosofía es no menos flagrante. Aquí afirma que esta posibilidad no existe; en la primera parte, expresamente hacía la misma comparación.*

*Hay más: tal expresión, condenada en la carta, está en los libros precedentes y no está una sola vez en el último, en donde está repetidas veces, como digna de volver a ocuparse de ella. Tales capítulos IX y siguientes del libro VII en donde el capitalismo queda humillado con placer y sistemáticamente, integran el desenvolvimiento de un programa esbozado en la carta 87. Finalmente, ciertas afirmaciones contenidas en los libros precedentes hállanse en éste, pero modificadas de tal suerte, que las circunstancias a muchos parecen cambiadas o agraviadas.*

*Posterior a la primavera del año 64, el libro VII promueve una cuestión, que es a saber: ¿la* Filosofía moral, *que Séneca puso en vigor durante el otoño de este año, es anterior o posterior a este libro?*

*Observamos, en principio, que después de la carta 81, Séneca juzga y piensa siempre en los beneficios. No son solamente volanderas (o complacientes) alusiones a los puntos tratados, sino también, como en la epístola 109, la indicación de este problema: ¿El sabio puede ser útil al sabio, puesto que posee en grado superior todos los bienes? En el libro VII se ofrece una cuestión análoga: puesto que el sabio todo lo posee, ¿se l puede dar alguna cosa? El enunciado está, sin embargo, con expresión algo diferente de la carta y Séneca subraya los términos. Además de esto, retorna a Lucilio para la solución que estará contenida en la* Filosofía moral *y no en la de esta obra* De Beneficios. *Pero no sabríamos deducir que esta obra esté concluída, sobre todo si se considera que Séneca pudo quizá recurrir a la misma fuente para escribir ambos tratados.*

*¿Sabemos únicamente lo que entendía por* Filosofía moral? *¿Es una obra distinta, a la cual parecía remitirnos en el cap. XX de su libro II y en el V del libro VII, y que preparaba ya cuando escribía la epístola 106? Así se ha creído. Pero las referencias de los antiguos relativas a esta obra pueden referirse o a todo un conjunto o a una*

*obra distinta, porque si la filosofía moral consiste especialmente en la doctrina de los beneficios, si nuestro primer deber es el amor mutuo y recíproco, ¿la obra* De Beneficios *no sería parte integrante de la* Filosofía moral?

*Hay quien piensa: «puesto que una obra de Hecatón ha proporcionando los materiales para la* De Beneficios, *de Séneca, y una parte de la* De Oficios, *de Cicerón, pudo haber suministrado a Séneca un tratado sobre los beneficios y un tratado sobre los deberes, entrambos formando parte de una misma y única obra sistemática. El tratado al cual Séneca nos remite en* De Beneficios *podría, pues, muy bien ser la sección de los deberes que aparecía concluso desde la carta 120».*

*Pero, se dirá, en* De Beneficios *habla de cierta sección en lo futuro, así como en las* Cuestinose naturales; *por tanto, ella es posterior a una y otra obra. Nos remite al futuro igualmente en* De Clemencia, *¿y se dirá por esto que es posterior? En verdad que M. Préchac, de quien traducimos estas consideraciones, opina que deben reunirse con agrado la obra* De Clemencia *en el mismo conglomerado de esta obra* De Beneficios, *y especialmente con el tratado de los* Deberes.

*Entre aquellas dos obras se observa más de un lugar doctrinal, sin contar la tradición común. ¿Es preciso agregar que la* De Providencia *debió formar parte del mismo grupo, cuyo bloque debía oponerse a una* Filosofía natural, *en la que las «cuestiones naturales» parecían haber sido el principal núcleo? Por último haremos notar que Séneca, fuera de las epístolas 108 y 109, no acaba o no escribe su* Filosofía moral, *sino que bajo este título abraza diversas cuestiones y que trabaja en «agrupar siguiendo un plan» los diferentes «considerandos».*

*¿Se sigue de aquí que todos los «considerandos» de la obra* De Beneficios *sean precedentes a esta* Filosofía moral *con la cual parecen haber formado parte? La composición del libro VII bien podría ser posterior al trabajo de agrupación y acoplamiento. Porque si Séneca, aquí, como en otros capítulos de* Filosofía moral, *examina problemas que son una «gimnástica para su espíritu», anuncia, por otra parte, para las cuestiones naturales un des-*

*dén que contrasta con los elogios contenidos en las cartas 110 y 117.*

*Por último, el libro VII* De Beneficios *lleva bastantes índices de composición tardía. Séneca está bajo la influencia de Demetrio (el compañero de aquellos que fueron a la muerte estoicamente); y lo está más que nunca, puesto que por entonces daba de mano a su obra* De Providencia *o a las* Cuestiones naturales. *Acerca de la voluptuosidad y de la muerte, acerca del lujo de los encumbrados, acerca del emperador, su lenguaje le es dictado por Demetrio, y véase como él se expresa en sus últimas cartas.*

*A veces, en el tratado y en la correspondencia sobre un tema muy parecido, escuchamos la voz y reconocemos las frases del inspirador. Del capitalismo en general y de sus propias riquezas, Séneca habla con tal despego y desprecio, con tal tono de sinceridad y cinismo filosófico, que aun en el tiempo de las primeras epístolas hubiese sido condenado. ¿No ensayó vanamente, en el otoño del año 64, de retirarse, atemorizado de parecer cómplice de los sacrilegios cometidos por orden del César? Un sacrilegio, dice puntualmente, es siempre un crimen.*

*En su fuero interno debe pensar que será bien pronto despojado. A lo menos, afirma, su reino le quedará. El soberano puede tomar todo al sabio. Este, en un sentido, es y será siempre dueño del Universo, como Dios mismo. Esto no impide que él tome lo que tiene, esto es, lo bello y el bien del volar. Séneca, poco ha, minaba con sus razonamientos el derecho de propiedad individual; después lo defendía contra los latrocinios del rey. Antes menospreciaba el importe del fisco, considerándolo realidad bien ficticia; después aboga por los bienes materiales y del sabio en contra del fisco. Nerón hizo por este tiempo un arrasamiento de las riquezas de los particulares, de las ciudades y de los dioses, hasta que llegó a proclamarse oficialmente que poseía el mundo a título privado. Fué condenado por Séneca, quien hubo de sufrir las amenazas de aquél.*

*El autor del libro VII no cesa de infamar la dureza de los reyes que, habiendo repartido el trono con varios, acaban por reprochar este beneficio; de replicar quizá a la*

*desgracia que le ha herido con una ruptura altanera, con una renunciación amistosa, que al sabio le significaría a su vez que cualquiera es un extranjero para la sabiduría; de burlarse como de pasada de Nerón artista, hasta quizá del mismo Nerón incendiario y del fantástico constructor de la Casa de oro. Acaso como Hecatón, sin duda como Bruto, pero ciertamente como Cicerón después de la muerte de Julio César, declara solemnemente que ya no hay más vínculo ni leyes comunes entre él y «Falaris» Fabricio da la vida a Pirro, enemigo de la patria: generosa máxima antes aprobada por Séneca (y que no está más admisible ahora: yo mataré, dice, al enemigo de la patria— y del género humano—, al perseguidor, al incendiario de los hombres).*

*Se dirá que es un lugar común. Este tono de jactancia y de amenaza no es menos enérgico que el de los conjurados en el mes de abril del año 65, y Séneca es nombrado por Dion como uno de los principales; y en todo fué en un principio el tono de Lucano, uno de los abanderados, digámoslo así.*

*En efecto, si Séneca enlaza con una comparación a los «tiranicidas» cuando a él mismo le ha fallado el golpe, en una afirmación explícita y solemne se sirve de la fórmula textual que pronunciaron iracundamente los conjurados: «él quiere remediar el estado del tirano y la desdicha del universo»; y lo que no ha sido señalado, declara, como ellos, que este acto es «un beneficio» para el tirano.*

*Se objetará, ciertamente, que el remedio en cuestión se encuentra ya indicado en el tratado* De Ira *por Galo, y que el nombre de* Filaris *está dado en el* De tranquilidad de ánimo, *del mismo Galo. En principio, en todo se designa a Calígula, y Séneca podría aquí, en el* De tranquilidad de ánimo, *pensar en Nerón, su émulo. Además de esto la sorprendente conformidad que presenta el lenguaje de Séneca en* De Beneficios *con el de los cómplices de Pisón no existe más que en el* De Ira, *en donde el autor habla simplemente de un criminal cualquiera cuyo caso particular realza a quien tiene por misión corregir o castigar un azote social, que el jefe del Estado tiene el deber de exterminar; de un loco que pide la muerte. Esta no*

*existe más que en el discurso de Quereas contra Calígula.*

*Esto no es todo. Aparece una coincidencia significativa entre la continuación complaciente, con amplitud, del tema de moral política explotado en otro tiempo por Bruto y por Cicerón, y la inquietud del príncipe en el año 65, que fué notada por el destierro de C. Cassio, poseedor de una estatua del regicida Cassius; entre este mismo desenvolvimiento sobre Falaris-Nerón y el hecho será puesto expresamente por Marco Aurelio al lado de Falaris como el tipo de la crueldad monstruosa y de la intemperancia infame.*

*Nerón no lo fué hasta que aquellos vergeles de placer, aquellas prostitutas, aquellos tapices de lujo, aquellos artistas dramáticos nos recuerdan las fiestas voluptuosas de la corte neroniana; hasta los mármoles dados que no recuerdan los donativos que Séneca, después de Dion Cassius, hizo hacia fines de su vida al constructor de la Casa de oro. Y este recurso, probado por el sabio para «dulcificar al tirano», fué inspirado por la ferocidad de Nerón, que, al decir de San Agustín, esta ferocidad natural fué experimentada precisamente por ser inútiles tales recursos.*

*¿Este libro VII puede, pues, ser el volumen que Séneca retocaba todavía a última hora, sondeando siempre en la ingratitud de su discípulo y en sus propias máximas sobre el deber de beneficencia? No necesitamos afirmarlo. La huella de los retoques atendidos no falla. Sin hablar del flagrante contraste que existe entre el tono vehemente de los veinte primeros capítulos y de los últimos, tan serenados, casi enternecidos por la bondad apacible del corazón, hay en la primera parte paréntesis enormes, continuaciones chocantes, una disertación exhumada y mal recordada sobre el caso excepcional de Falaris; hay unas enmiendas equivocadas en el libro III del tratado, como en otras obras, por ejemplo, en la* De tranquilidad del ánimo. *Estas enmiendas parecen tener el sello personal de Séneca; y nos parecen haberse deslizado a lo largo del margen de copia en copia. ¿Esto nos indica que hacia el fin de su vida hizo una revisión de su obra, como algunos senequistas han supuesto? ¿Cuando trazó la terrible lección diri-*

*gida a Nerón-Falaris, era el original, la copia o el eco de la que había entusiasmado al pequeño grupo de Pisón, antes del frustrado tiranicidio? Lo que puede asegurarse es que los diversos puntos tratados en la obra* De Beneficios *nos permiten asociarla a una época dramática, y tal vez a un momento determinado del reinado de Nerón y de la vida de Séneca.*

* * *

*El interés histórico de esta obra no debe poner en olvido su importancia filosófica y sus efectivos méritos literarios. Para la historia de la moral antigua es un documento decisivo. A los ojos de Séneca pasaba la teoría de los beneficios por la parte principal de la ética, debido a que el cambio de los beneficios le parecía propiamente el fundamento del orden social. También le debemos a Séneca toda una filosofía y toda una casuística de la bondad. Pero esta teoría, como ya hemos señalado en un principio, fué elaborada al correr de las centurias en Grecia, si bien se preguntara Platón mirando al Oriente, a la verdadera cuna de la filosofía griega: ¿no es una reminiscencia toda ciencia?*

*Mas viniera de donde viniere toda filosofía pagana, encontramos ya sus componentes de mitos y leyendas en Homero, Hesiodo y los elegíacos, y quizá en aquella civilización local; después, en los sistemas de Pitágoras, Demócrito, Platón y Aristóteles, en los poetas de la época clásica y en los adagios de los escritores; finalmente, en Epicuro y sobre todo en Crisipo, pero también los hallamos en los rectores.*

*¿Redundó en honra de la Roma antigua, de la de Catón el censor? ¡Quién podría afirmarlo! Lo que sí cabe asegurar es que cuando el helenismo hubo de arraigarse en Italia, las bellas máximas sobre los beneficios se hicieron populares. La poesía nacional, la mímica, la comedia, a la par que la elocuencia, la historia edificante, la conversación y la correspondencia de las cartas, juntamente con la declamación, hicieron revivir a más y mejor las máximas de los griegos sobre la generosidad y la gratitud. Los tratados filosóficos de Cicerón sobre la amistad, sobre los deberes, más especialmente el último, dieron el*

*distintivo romano a las ideas de Teofrasto y de Panecios. Los maestros de Séneca, uno de ellos estoico, y los profesores de su tiempo analizaban con gran delicadeza de sentimientos el placer «artístico» del bienhechor y las consecuencias desastrosas de la ingratitud. El mismo Séneca procuró adoctrinar a sus protectores, a su familia, a sus amigos y acaso al mismo Nerón antes de escribir esta obra De Beneficios. La linda obra* Los Estoicos, *Epicteto,* Máximas ; *Marco Aurelio,* Pensamientos ; *Boecio,* De la Consolación por la Filosofía, *de la* Biblioteca de Bolsillo, *del señor Bergua, justifican que la moral de sus autores emulaba la de Séneca con un refulgir deslumbrante de ideas predicadoras con el ejemplo y con un mosaico primoroso de bellezas morales y literarias.*

*Hemos dicho ya que Hecatón de Rodas fué la fuente principal de este tratado del filósofo cordobés. Aquél compuso, entre otras obras, los* Cries *y seis libros, a lo menos, acerca del deber. Hecatón fué discípulo de Panecios. Su adoctrinamiento se caracterizó por una concepción más rigurosa de la moral estoica («La virtud—decía—es suficiente al hombre bondadoso, pues para éste no existe mayor bien que la honradez») y por tener un gusto preferente y señalado por la casuística.*

*En* De Beneficios *más de una anécdota griega pudo ser copiada de sus* Cries ; *el plan general y el conjunto del desarrollo de los cuatro primeros libros parece venir de un pasaje de la misma obra. Además de que se realza una idea bastante coherente, el concepto refleja o la doctrina del Pórtico o la del maestro Panecios, o la de su discípulo Hecatón, o ella misma interpreta acá o acullá una mención o ilustración expresa. Es cierto que Séneca agrega a su modelo, sea para juzgar a las autoridades de Hecatón, o a Hecatón mismo, o a ciertos filósofos contemporáneos, serviles imitadores de los griegos, sea para enriquecer el desarrollo de las ideas y de los hechos colocados en la obra del modelo y dentro de su experiencia de la vida y dentro de sus cuadernos de anécdotas.*

*En los libros VI y VII examina varias cuestiones o materias especiales que nos traen a la memoria aquella sutilidad puntillosa de Hecatón: «¿Puede ser a la par, cual-*

*quiera, su propio bienhechor y testificarse a sí mismo el reconocimiento? ¿Qué debemos a otro por un beneficio involuntario?» Y además de esto, el tema de la gratitud que nosotros debemos a los dioses o a la naturaleza reaparece aquí. La fuente podría, pues, ser la misma: es, por otra parte, nombrada una vez. Agreguemos que la graciosa comparación crisipiana con el juego de la pelota, prosiguiendo de un libro a otro, enlaza con los dos y descubre discretamente la unidad inspiradora. Con ella surge otra fuente apropiada, la de Cleantes.*

*La doctrina cínico-estoica inspira los preliminares del último libro. Bion de Boristena queda citado, pero particularmente Demetrio el Cínico. En lo restante del libro retornan los temas esbozados o desenvueltos en los libros precedentes; cuando se ha esforzado de hacer el bien por el bien, ¿está dispensado tal individuo si no lo ha logrado?; los numerosos y diversos grados de la ingratitud humana hacia los dioses; la máxima generosa; continúa, no obstante, las decepciones sufridas, haciendo el bien al ingrato.*

*Ciertas reflexiones de Séneca sobre el tirano Falaris nos parecen ciceronianas, pero son dignas de Panecios, y podrían, por consiguiente, venir de Hecatón. Alguna otra es un argumento de Crisipo. Por último, el símil del juego de la pelota tiende a generalizarse una vez más. Sin embargo, como este libro VII es un apéndice, el origen permanece problemático, y además, en los capítulos relativos al tirano debemos dejar una gran parte a la inspiración personal de Séneca.*

*En síntesis, no juzgamos que haya nada cercenado de su origen ni que haya sensiblemente modificado la disposición de las partes. Como mucho, aquí, un desenvolvimiento que la simetría parecía exigir ha cedido su puesto a una digresión de propia minerva; acullá, la prudencia ordenaba, según opiniones, un acortamiento. Pero la urdimbre general de los seis primeros libros ha podido subsistir tal como era, y no es cierto, como ingeniosamente se ha sostenido, que el tratado de Hecatón haya sido aligerado de algunos desenvolvimientos para suministrar materia al apéndice con que termina el de Séneca.*

BIBLIO PÚBL SOR

*La teoría del beneficio, la narración de sus condiciones y de sus leyes o normas esenciales (¿cómo dar?, ¿cómo recibir?, ¿cómo devolver?), las consideraciones sobre su alcance social, vienen de Hecatón, y, dentro de este cuadro escolástico, Séneca habrá introducido sus adiciones, anécdotas o digresiones filosóficas, numerosas y a veces fáciles de reconecer. En particular las anécdotas exhumadas de la historia nacional llevan su sello de origen (no olvidemos que siempre esta historia—que no es mas que la literatura latina—no dejaba indiferentes a los filósofos griegos de aquélla época o de los primeros siglos antes de Jesucristo, y que un tratado de generosidad o de ingratitud romana puede venir de Panecio).*

*Las digresiones filosóficas de Séneca son, principalmente, sus ideas políticas en materia de gobierno o del fisco; sus ideas sociales sobre la nobleza, la esclavitud, el capitalismo, la guerra; sus ideas morales (sobre el despilfarro, el lujo, la ruindad de los hombres en su trato social); sus ideas religiosas (sobre la Providencia, sobre los dioses y sobre el esplendor del universo). Esta aportación o trabazón filosófica, en donde además se adivina en ocasiones la huella de las ideas griegas, es más difícil de precisar en ausencia de la fuente principal del tratado. De Hecatón la mejor parte, la más original, sin duda, concierne a los esclavos. El conjunto de la obra constituye una doctrina de bondad, en la que el racionalismo estoico es su más integrante compañero, y en la que el conocimiento del corazón humano se afirma con brillantez, sea para corregir algunas quimeras humanitarias con el sentimiento de nuestra imperfección, sea para atenuar las consecuencias de la antigua pena del Talión con el «filtro del amor» (más arriba dijimos: «ama, si quieres ser amado»), sea para dictarnos la egregia norma en moral: hagamos el bien infatigablemente.*

*Esta alteza de ideas contribuye en gran modo al interés literario de la obra. Al través de sus páginas se revela a nosotros el alma bella del pensador y del sociólogo, de quien adivinamos toda su delicadeza quintaesenciada y escrupulosa, la simpatía por los humildes, la verdadera filantropía, en la que parecen revivir horas aciagas que este*

*amplio tratado consuela. ¡Es admirable Séneca! Caído en desgracia, próximo al peligro de que el monstruo coronado saciara en él sus instintos sanguinarios, filosofaba sobre lo que más impreso tenía en su alma: los beneficios, el reconocimiento a la ingratitud. Su pensar no podía desaparecer tan de prisa y la aplicación del remedio debía prolongarse. Y la cuestión palpitante se cifraba en avizorar todos sus aspectos y, agotado el tema, retornar a él una vez más, y alcanzar la satisfacción de encontrar en sus cuadernos de filosofía y de retórica, si no la curación, a lo menos «la fórmula de su caso».*

*¡Bella y noble meditación del sabio apartado del poder! Dió un poco de su ciencia y de su sabiduría, de su corazón. Un beneficio, hasta mal pagado, permanece siempre ante los ojos del alma. Hasta hay veces, repite indefinidamente, en que tiene razón la ingratitud humana. Bella y altanera o arrogante meditación. Según M. Préchac, el sabio separado del poder tiene para consolarse otro reino: el de su grandeza de alma.*

*El juego de su inspiración, desgraciadamente, deja subsistir algunas fábulas literarias, cuya gravedad está en la falta de un plan riguroso. Para algunos exigentes, los detalles de la composición son endebles o flojos; tas transiciones forzados; las digresiones, continuas. A veces el plan existe, y el progreso de la crítica ha consistido, para una buena parte de los críticos, en señalar las divisiones. Nos referimos a las críticas de fuera de España. En la primera edición crítica, la de Erasmo, consagró sus esfuezos al intento de distinguir los capítulos. Greuter y sus modernos continuadores han proseguido este trabajo. Pedemos observar en Echanz, mejor aún, en Albertini, este ensayo de distribución, puesta, con éxito, hasta en los detalles. Préchac ha indicado las divisiones principales, no sin separarse, en algunos pasajes, de sus antecesores, cuando indicaron tres lagunas inexactamente, de las cuales, dos por lo menos no aparecen fundamentadas. Varios pasajes los conservó su ilación, como acaso los escribiera Séneca (lo cual he comprobado, por mi parte, con la traducción de Pedro Fernández Navarrete), enemigo del estilo pomposo, desaliñado y retocador sobre las «pruebas» En efec-*

*to, las obras maestras, los paréntesis, las sutilidades dialécticas, especialmente desde el libro V, pululan. Y si, a este respecto, el último libro puede tener una excusa, los demás no la tienen.*

*Pero con frecuencia esta difusión, felizmente, nos revela una sensibilidad vibrante, enriquecida con infinidad de impresiones y recuerdos personales, que engalanan al modelo griego. Sin contar que el mayor encanto estriba en el reflejo atornasolado de los colores griegos y romanos, y quien dice colores, dice ideas, pensamientos y máximas, más tarde encumbradas por Epicteto y Marco Aurelio a las más altas cimas del altruismo, como en su tiempo hicieron en Grecia Pitágoras, Sócrates, Aristóteles, Platón, Epicuro, Pirro y varios más no tan famosos y virtuosos como aquéllos.*

*Había metáforas y comparaciones comunes a las dos lenguas, griega y romana. Esta era técnica, pero aquélla opulenta. Coincidían en alternar los términos del derecho griego con los del romano, en asociar la poesía helénica con la romana, sin que ésta dejara de predominar. En general, era variado, a capricho para Séneca, el estilo: árido, técnico, pintoresco, sobriamente descriptivo, magníficamente evocador, patético, declamatorio. Desplegaba tres características admirables: la de la serenidad filosófica, la de una predicación arrebatada y la del orgullo estoico. De esta manera, decía Séneca, se derrochaba elocuencia. Este estilo y este tono respondían, a lo menos en los períodos de heroísmo, a una fórmula que él mismo trazara en aquella época. Lo que es preciso para convertir a las almas, dice, es algo de oratoria y de energía que abra surco, que penetre, que muerda: espolazos, cintarazos. En ocasiones un numen cómico y rastrero; en otros momentos, una altivez insultante de sublimes y teatrales incrementos.*

*Aunque Séneca tuviera incógnita la sencillez y fuera ante todo entusiasta de la sinceridad, hubo de acomodarse al gusto de su tiempo (como lo prueba el enigma con que caracterizó la trágica fatalidad del protagonista de su tragedia* Edipo) *y multiplicó cuantos alardes retóricos le prestaba el arsenal de sus profundos conocimientos. Observe-*

*mos con qué habilidad manejaba los antítesis para encubrir sus sarcasmos. Don Eduardo Juliá y Martínez, de pasada en su excelente obra* La frase literaria, *recientemente aparecida, trata de Séneca, y en verdad que en este magistral estudio se analizan todas las dicciones antiguas o figuras retóricas de los mejores prosistas y poetas españoles, tan necesarias de conocer para, como en el caso que nos ocupa, poder contrastar que «el estilo es el hombre».*

*El efecto de esta oratoria persuasiva y predicadora debió lograr grandes triunfos. Es de presumir que Ebucio Liberal, a quien se dirige, debió de ser el amigo con quien Séneca deplora la desgracia, después del incendio de Lyon en la epístola 91 a Lucilo. Ebudio debió de ser lyonense, pero muy ligado a su patria y se le supone que fué caballero acaudalado. Quizá fuera jurisconsulto. Lo que era, sin duda, letrado de espíritu, algo escolástico, a quien evidentemenete le sabían a mieles las insistencias del maestro, fuera Séneca o fuera Hecatón, con las sutilidades o las consideraciones casi ociosas, inherentes a la manera de hacer de los filósofos griegos. Era, desde luego, un espíritu radiante de luz, de generosidad y delicadeza, algo timorato y que merecía el honor insigne de ser elegido por Séneca, entre los muchos amigos a quienes podía dedicarles su obra, para participar con Lucilo de sus lecciones y de su amistad.*

*Si después del año 64 Séneca continuó su obra, era en justa correspondencia al talento, virtudes y conocimientos de su amigo Ebucio. De esta manera, en apariencia, sin hacer aprecio de ello, Séneca volvía «estos servicios» que el sabio devuelve al sabio. Como capitalista, nadie mejor para predicar con el ejemplo las máximas de la beneficencia estóica. Como jurisconsulto pudo contribuir a hacerla penetrar en el derecho romano. Bien por sí o por otros, en efecto, penetraron.*

*El interés del legislador estaba reconcentrado en los esclavos y habló de ellos como había hablado Zenón. Los paganos Tito, Epicteto y Marco Aurelio, como Marcial, Plinio y Apuleyo, como Teomistios y Juliano fueron el eco de aquella predicación. Colaboraron, sin saberlo, en la difusión de las ideas cristianes. ¿No eran más que nada*

*«el don de sí» y el amor de los humildes? M. Préchac corrobora que en la obra de San Ambrosio* De Oficios *unas veces en ella nos habla Cicerón, otras veces Séneca, otras conjuntamente el uno y el otro.*

*El libro* De Beneficios, *si no recordáis los elogios que Bonilla y San Martín le consagran, fué leído con avidez en la Edad Media por todas partes. Abelardo, Vicente de Beauvais y Dante le intercalaron en los florilegios de literatura. Santo Tomás incorporó muchas máximas de Séneca a su moral. Petrarca reprodujo en una obra suya uno de los más bellos capítulos de otra obra del filósofo cordobés. La Bruyère tomó también de la* De Beneficios. *Diderot ha sido su mejor panegirista.*

* * *

*¿Puntos de contacto de Séneca con los filósofos más significados de Grecia? ¿Discrepancias de criterio que unas veces coincidían en la base fundamental y otras veces en deducciones prácticas aconsejadas por la moralidad de los individuos?*

*Seamos breves. Aristóteles, de quien tanto han parafraseado los Santos Padres, decía: «La pasión no escucha al raciocinio y sólo cede a la fuerza. Si se quiere que nazca la virtud en el corazón del hombre, es preciso que le preceda el amor a lo bueno y el horror a lo malo, sin cuya preparación es difícil que la buena educación llegue a su término, aun cuando se empiece desde muy temprano».*

*Epicuro, que desdeñó la dialéctica porque de nada podía servirle la ciencia que distingue lo verdadereo de lo falso al hacer una distinción entre el placer y la felicidad, convenía: «el placer puede existir sin hacer feliz al que lo disfruta; luego es preciso combatirlo cuando se opone a esa calma, a ese reposo, que es la perfección verdadera, el más alto punto a que puede llegar la naturaleza. Lo que conviene, pues, lo que constituye el deber del verdadero filósofo, y en esto Séneca hizo hincapié n sus obras, es oponer a los alicientes del placer la razón que calcula, no sólo su intensidad, sino su duración y sus consecuencias. La aplicación de la razón al manejo de las pasiones, da paso a la moral, a la virtud, a la sabiduría».*

*Sócrates, que cimentó las ideas del deber y de la virtud en la base inconmovible del raciocinio, baste decir que fué el primero que consideró al hombre moral como objeto de la filosofía, y creó de este modo la ética, a la que consagró Séneca sus más nobles afanes. Sócrates con el término que puso al imperio del sofisma, y Platón despojando a la razón humana (léase el tomo II de la* Biblioteca de Bolsillo, *del señor Bergua, que trata de los* Diálogos *platonianos, de la* Apología de Sócrates *y de muchas e interesantes noticias socráticas) del privilegio de crear las nociones de lo bueno y de lo bello y descubrió estas dos esencias en la Divinidad, sacaron al saber humano de la infancia, lo apartaron de sus extravíos, trazaron el camino recto y legítimo de la psicología, dieron un carácter de elevación que la filosofía no había tenido hasta entonces, y ocasionaron una revolución en las ideas filisóficas de los griegos.*

*¡Qué transformación se operó en Grecia desde que el año 500 antes de Jesucristo Pisistrato fundó una biblioteca en Grecia, Senarión representó por primera vez en Atenas una comedia, Anaximandro inventó las cartas geográficas, Anaxímenes introdujo el uso de los cuadrantes solares, Simónides, Safo y Anacreonte adquieren justa celebridad por sus poesías; Pitágoras, al par que filósofo, como sabemos, da impulso a las ciencias matemáticas y astronómicas, y los siete sabios, Bias, Eolón, Thales, Pita, Cleobulo, Chilón y Misón, fundan las primeras escuelas de filosofía!...*

*Sócrates no fundó ningún sistema. Sólo vislumbró el derecho natural y sentó sus bases. Hizo de su vida, como Platón, como Epicuro, como Aristóteles, como después Séneca, una obra moral, una obra de arte. Y fué preceptor de los hombres, soldado intrépido, magistrado firme y animoso. Tuvo encarnizados enemigos. Se ensañaron en su honra y se le acusó de corromper a la juventud, de menospreciar a los dioses de su patria y de introducir nuevas divinidades. Aunque los cargos fueron distintos, sufrió la misma triste suerte de Séneca. Este se abrió las venas; Sócrates bebió la cicuta. La condena a muerte y el trance fatal del uno y del otro son casos idénticos: fieles consigo mismo, dieron el aliento postrero con la sorprendente*

*calma y las dulces y santas esperanzas de dos filósofos mártires.*

*Y si Séneca, como Platón, en cuanto escribió, derramó las sales de la elocuencia o aglomeró raciocinios, en cambio empuñó las riendas del imperio romano, dió a la escena sus tragedias, abrió bufete de letrado fogoso y tribunicio... y murió muy distintamente que Nerón.*

*De modo distinto pensó Séneca a como pensara Aristóteles acerca de los esclavos. Nerón parecía inspirarse en las ideas del filósofo griego «de que hay nombres nacidos para ser libres y mandar, y otros para ser esclavos y obedecer». Aristóteles pensaba en Alejandro Magno, y Nerón en sus prodigalidades. ¿Qué se podía esperar de un insensato furioso? Ensanchar desmesuradamente su palacio desde el Palatino hasta el Esquilino, quemar a Roma para reedificarla y construirse aquella* Casa de Oro, *en cuyo vestíbulo mandó poner su estatua colosal, que tenía 120 pies de altura; veíanse además en esa casa pórticos de tres filas de columnas y mil pasos de longitud. Allí había también un lago que imitaba al mar, con edificios en la orilla, los cuales daban la sensación de una gran ciudad; allí se extendían llanuras, campos de trigo, viñedos, pastos y bosques, animados por rebaños o poblados de fieras; allí los dorados, las gemas, el nácar de perla adornaban lo interior de todas las habitaciones; allí el techo de los comedores era de marfil cortado en tablitas móviles, de donde salían lluvias de perfumes y de flores. Aquella casa, descrita por Suetonio en su obra* Nerón, *mereció que se dijera de ella: «Roma no es ya más que un palacio. Romanos, corred a Veyes, a menos que Veyes no esté ya comprendida en su recinto».*

*¿Para qué le sirvió todo a Nerón? Ni aun las coronas de oro que obtuvo en Grecia con los músicos y representantes que llevó allá le valieron de nada. Con la tiranía, las coronas de oro se truecan en coronas de espinas. En cambio, las de Séneca, en vida, dieron lugar a que se tornaran en coronas de rosas para poder impregnar de fragancias filosóficas las bellas páginas de los siete libros* De Beneficios. *Y hoy aquellas rosas, regadas con la propia sangre, son laureles inmarcesibles.*

*AURELIO BAIG BAÑOS*

# IDEARIO

## LA FILOSOFIA

¿Queréis saber en qué se ocupa la filosofía? En aconsejar a los hombres.

Este se ve perseguido por la indigencia, el otro atormentado por las riquezas que posee o codiciaba, estotro teme las asechanzas de la fortuna adversa, aquél los lazos de la prosperidad. El desvalido es perseguido por los hombres; el poderoso, por los dioses. No se trata, pues, de chanzas: infinitos desgraciados se han invocado y vosotros habéis prometido socorrerlos.

Mientras que el náufrago, el cautivo, el enfermo y el desvalido por los hachazos de la fatalidad ven amenazadas sus vidas, los altos magistrados charlan indiferentes. ¿Pero en qué pensáis? ¡A vosotros aquel espectáculo os divierte, a mí me angustia y aterroriza!

¡Oh, hombre elocuente, seas quien seas, alivia la pesadumbre de los moribundos, atiende a la multitud que hacia ti extiende los brazos implorando consuelo para sus aflicciones, para sus zozobras de espíritu! Eres su única esperanza, su consuelo único. Ten presente que puedes sacarlos del abismo por donde se precipitan. Errantes y disgregados, ondean el estandarte de la verdad. Enséñales a separar lo superfluo de lo necesario. Diles que las leyes de la Naturaleza son de fácil aplicación, que con ellas la vida es dulce y sencilla, desventurada y amarga cuando

nos importa más la opinión. Hazles saber que aprendan de ti a desterrar sus pasiones; a lo menos moderarlas.

* * *

Es evidente que cuando las faltas se ignoran no se procure corregirlas. Si empezamos por descubrir el mal, indefectiblemente se pensará en el remedio. El individuo que glorifica sus vicios, está bien distante de pensar en desarraigarlos al juzgarlos como virtudes. Hay que sorprender el vicio *in fraganti*, informar contra él, ser uno mismo primero el propio acusador, después el juez, por último el defensor, y si fuera preciso el sentenciador y castigador.

* * *

La filosofía no es un arte popular ni una ciencia de exhibición. Su contenido y *substractum* está en las acciones, no en las palabras. Su cometido, polo opuesto del ayudar a pasar agradablemente los días y curar el fastidio de la ociosidad, es el de ser forja educadora de los espíritus, norma de la voluntad, espejo de las acciones, enseñanza del hombre en lo que debe hacer o rechazar, piloto y guía de sí mismo para sortear los escollos de la navegación por los mares de la vida. Sin filosofía no existe seguridad alguna. Y para cuantos contratiempos reclaman consejos y madurez de juicios, la filosofía es quien puede proporcionarlos.

* * *

Entre otros muchos, un beneficio, acaso el mayor de todos, acarrea la filosofía: el que nunca nos podamos arrepentir de sus especulaciones. No estriban en hacer gala ni ostentación de frases bien construídas y discursos bien pulidos, pues que la fortaleza filosófica ninguna tempestad puede quebrantarla. Cualquier lenguaje es elevado con tal que el espíritu sea tan armonioso como excelso y satisfecho de sí mismo, aun corriendo el riesgo de molestar y desagradar al de los demás. El alma juzga de sus progre-

sos por su propia conducta, pues nos ofrece toda su ciencia con no desear nada y con no temer a nada.

* * *

Fijémonos en que si nuestra filosofía, en vez de encerrarnos dentro de una sola ciudad, nos ha franqueado el acceso al comercio del mundo entero, dándonos el universo por patria, ha sido con el propósito de que nuestra virtud tuviese un radio de acción más dilatado. ¿Qué se cierran los tribunales?; ¿que se destierran de tribunas y asambleas fogosas arengas? En cambio, inmensidad de regiones nos acogen, así como compacta muchedumbre de pueblos están pronto a favorecernos. Tan extensa como sea la parte de la tierra que se nos prohiba, de mayor extensión resulta la en que tenemos hospitalidad.

* * *

La filosofía es autoritaria. Impone la hora en que debe mostrarse, no la que otros quieran. Rechaza ocupar sitio secundario, sino el adecuado a su objeto, esencial y soberano. Requiere, tan pronto como surge, ser obedecida. Los habitantes de una ciudad ofrecieron a Alejandro una parte de su territorio y la mitad de sus haciendas. «No vine al Asia—díjoles—para recibir lo que me deis, sino para dejar en vuestro poder lo que tenga a bien». La filosofía, como Alejandro, nos dice: «No pretendo hacerme cargo del tiempo que tengáis sobrante. Conformaros con el que yo quiero señalaros.»

* * *

¿Por qué no convenimos al punto con nuestros vicios? Por el hecho de tenerlos. Necesitamos estar despiertos para referir cuál ha sido nuestro sueño, así como estar curado de los vicios para confesarlos. Despertémonos, pues, si queremos condenar nuestros errores. La filosofía es quien nos despertará, pues podrá por sí disipar nuestro sueño letárgico.

* * *

¿De qué sirve ocultarse, rehuir la presencia de los demás y esquivar el trato con las gentes? La conciencia sin reproche demanda testigos; la de mala condición, dentro de un desierto, temblará como un azogado. Si nuestras acciones son honrosas, ¿por qué ocultarlas? Si no lo son, ¿qué importa de que sean ignoradas? Si nosotros las conocemos y la desventura es para nosotros, ¿cómo arrostrar nuestros propios testimonios?

* * *

El verdadero juez de nuestras acciones no es el pueblo, somos nosotros mismos. No se intima con hombres corrompidos más que estando en contacto con la corrupción. ¿Qué beneficio proporciona esta filosofía tan alabada, este arte superior a todas las artes? Nada menos que la ventaja de preferir su sentencia a la de otro, de pesar los sufragios en lugar de contarlos, de hollar con sus pies el temor a los hombres y a los dioses, de vencer al dolor o de saber ponerle fin.

* * *

Es permanente la sabiduría adquirida. De ésta no se desarraiga la virtud. Dentro del alma, es el vicio una planta exótica que perece fácilmente; mas la virtud se desenvuelve en campo abonado y fructifica gradualmente. Está en el orden de la naturaleza. Su enemigo es el vicio.

* * *

Cuando la filosofía penetre en lo recóndito de nuestro corazón, no deduzcáis que son vuestros progresos consecuencia directa de vuestros discursos y vuestros escritos. La firmeza en la voluntad y la disminución en los deseos lo son todo. Vuestros preceptos establecerlos con las acciones. De nada valen los aplausos a los discursos de una asamblea o la atención de jóvenes ociosos a la variedad y brillo de las declamaciones. La filosofía no enseña a hablar, pero sí a obrar. Exige o prescribe que cada cual se ajuste a sus normas, que las acciones no desmientan a los

discursos y que el coro mundanal guarde el mismo diapasón, sin discordancia. El mayor esfuerzo, la mayor prueba de sabiduría está en poner al unísono la conducta con el lenguaje y de presentar al hombre como un conjunto armonioso. ¿Quién podrá lograrlo? Pocas gentes, pero algunas indudablemente con trabajo. ¿No tengo advertido también que el sabio caminará siempre al mismo paso y compás, pero que él seguiría siempre la misma senda?

* * *

Preservémonos por todas partes y desconfiemos asimismo de excitar el desprecio o la admiración. Sea nuestro refugio la filosofía. Esta es un sacerdocio respetado por las gentes honradas y por quienes no son malvados más que a medias. La elocuencia del foro, las otras mentalidades adiestradas para conmover al pueblo, engendran rivalidades. En el regazo del reposo y la tranquilidad, únicamente consagrada a su objeto, la filosofía no teme al desprecio: todas las artes, todos los hombres, hasta los perversos, le rinden homenaje. Nunca el vicio se mostrará tan fuerte, ni el odio a la virtud tan poderoso, como para impedir a la filosofía de ser venerable y sagrada.

* * *

Tanto como nos sea posible, retirémonos al asilo de la filosofía: su seno nos servirá de escudo protector. En aquel santuario estaremos a cubierto de todo desmán y en seguridad, o menos expuestos, porque no se choca violentamente más que por entre la multitud. No hagamos un alto y punto de parada en la filosofía. Es una vanidad que ha costado caro a muchas personas. Aunque la sabiduría nos corrige se declara ostensiblemente contra las costumbres públicas. Al observar cuál es la trayectoria de su conducta, parécenos que no condena todo lo que ella no hace. Se puede ser sabio sin luminarias ni antorchas irradiantes de claridad y destellos y sin malquistarse con nadie.

## EL ALMA VIRTUOSA

Nuestra alma, encerrada en su prisión tenebrosa, remóntase con toda su potencia hacia el cielo y se infiltra en el seno de la naturaleza. El sabio, el amante de la sabiduría, quedan opresos y encadenados por el cuerpo; mas la más noble parte de aquellos varones despréndese a veces de lo corpóreo y elévase con el pensamiento hasta los dominios etéreos.

* * *

Nuestra dicha no debe cimentarse sobre la fuerza y la belleza del cuerpo, puesto que se truncan al paso de los años. Necesitamos los seres humanos un bien que nunca se quebrante y degenere: un bien invencible a todos los obstáculos, superior a todos los demás bienes. ¿Cuál será? Nuestra alma; pero un alma rectilínea, derecha, inconmensurable y virtuosa. Tal espíritu o alma es la emanación de Dios dentro de un cuerpo humano, que puede ser el patrimonio de un esclavo, de un liberto, de un caballero romano.

* * *

He aquí, ¡mortales!, una materia que vosotros sondeáis y combatís; un punto sobre el que se sustentan imperios siempre imperceptibles, en el mismo instante que el mar océano les baña de una parte a otra. Es por encima de vuestras cabezas adonde precisa buscar esos espacios inmensos, cuya posesión no está reservada más que a los espíritus, y especialmente a los que están desprovistos de toda mezcla con la materia terrenal, purificados de toda impureza, y bastante ligeros y libres de cuidados para elevarse a extraordinaria altura.

* * *

Cuando los sarmientos de una viña están cargados de racimos y sus tutores sucumben al peso, los admiramos y

la preferimos a estotros árboles de hojas y frutos de oro. ¿Razón de ello? El que, en una viña, el principal mérito es la fertilidad. Alabemos, pues, además, dentro del hombre lo que le pertenece esencialmente. Tiene bellos esclavos, un rico palacio, cosechas abundantes, rentas cuantiosas... Todo esto no está en él, sino alrededor suyo. Reservadle vuestros elogios para los bienes que no pueden ser arrebatados o cedidos, es decir: para su alma, y, dentro de ella, la sabiduría.

* * *

El manantial de nuestros errores y de nuestras ilusiones dimana en juzgar siempre al hombre no como él mismo es: le juzgamos constantemente con los ornamentos de que está revestido. Cuando queráis conocer la justa medida y las proporciones verdaderas de un hombre, miradle desnudo. Cuando se despoje de su patrimonio, de sus dignidades, de todas las ilusiones de la fortuna, y al despojarse de su cuerpo mismo. Sólo su alma es conveniente examinar, sus dimensiones reales y efectivas para no confundirse con las características que no sean propiamente suyas.

* * *

Reflexiona sobre tu edad y te sonrojarás de tener todavía los caprichos y los proyectos de tu infancia. Antes de morir, haz que mueran tus vicios. Renuncia a los placeres tumultuosos, que cuestan caro, y que ocasionan tantos perjuicios después como antes de haberlos disfrutado. De la misma forma que la inquietud no acaba con el crimen, aun perpetrado en secreto, así las voluptuosidades pasan y el arrepentirse permanece. No tienen solidez ni consistencia, y cuando no perjudican se desvanecen por sí solas. Pretende más que nada a una dicha durable, porque no la tendrás si el alma no la obtiene por sí misma. La virtud sólo produce pura y constante alegría. Si surgen obstáculos, como nubes que se formaran por encima de aquélla, nunca eclipsan su luz.

* * *

Todo el firmamento puede retumbar horrísono alrededor de mí con tal que siempre dentro de mi alma no haya resquicio para el tumulto, motivo de querella entre el deseo y el temor, pretexto de discordia entre la avaricia y la incontinencia, origen de combates entre tantos egoísmos diversos. Un silencio sepulcral reina en toda la comarca. ¿Qué me puede importar si mis pasiones gritan tumultuosamente? Al poeta le inculparemos cuando diga que *la naturaleza ha extendido la calma por toda la naturaleza.* No habrá tranquilidad mientras que la razón no la fructifique.

* * *

El hombre está en igualdad perfecta con los dioses: su propensión es elevarse hacia los altos cielos, de los cuales hubo de salir y descender. No le debemos vituperar por los esfuerzos tenaces que realice con el fin de retornar al punto de origen. ¿Quién nos impedirá reconocer una divina esencia dentro de lo corpóreo humano como parte integrante de la divinidad? Esta gran masa, en la cual estamos comprendidos, se confunde e integra con Dios, de quien somos compañeros y miembros. Nuestra alma es tan dilatada para contenerlos, que su vuelo podría elevarse al cielo si los vicios no la retuvieran en la tierra. La naturaleza, dotando al hombre de una talla erguida y derecha, un semblante susceptible de mirar al cielo, le ha proporcionado asimismo un alma capaz de extenderse sin límites, de pretender acercarse a la divinidad, de utilizar sus fuerzas como ella, de ocupar todo el espacio del que para conseguir todo ello tiene necesidad. Si precisara una virtud extraña para elevarse, le resultaría insufrible el ir al cielo; pero, en realidad, no hace otra cosa que regresar allí. Retorna, una vez encontrada la ruta, con tal seguridad que desprecia todo lo que le sale al encuentro y no hace más que lanzar una mirada desdeñosa al oro, a la plata, a los metales dignos de las tinieblas en donde la naturaleza los había ocultado. Ese vano vislumbre que ciega los ojos de los ignorantes en nada es de apreciar sabiéndose que esas riquezas han sido halladas en el fango, donde nuestra ava-

ricia las ha desenfangado y desentenebrecido al desenterrarlas. El hombre sabe también que tal tesoro reside, por otra parte, en los lugares en que se depositan, que es el alma, no las arcas de caudales, quien las recibe verdaderamente. A ella únicamente se la reviste de autoridad universal, y por esto debe quedar en posesión de la naturaleza, considerándola como un bien que la pertenece. Sírvenle de límites el Oriente y el Occidente. Parécese a los dioses porque todo lo posee. Desde su altura y elevación de miras desprecia a los opulentos con todas sus riquezas, puesto que ninguno es tan feliz con lo que tiene como el desdichado con lo que no tiene.

* * *

Si pudiéramos adentrarnos en el alma de un hombre de bien, ¡qué belleza descubriríamos en ella! Divisaríamos que a la tranquilidad se une la majestad. La veríamos alumbrada y enaltecida por la justicia, la fuerza, la templanza y la prudencia. En ella encontraríamos la frugalidad, la moderación, la indulgencia, la comodidad, la cortesía y hasta la humanidad que, en contra de lo que debía suponerse, tan contadas veces hállase en el hombre. ¡Cómo la previsión, el buen gusto, la elegancia y la alteza de alma en dulce consorcio se revisten de brillo y autoridad! Nada podría ser tan amable como lo que es digno de veneración. Ante la presencia de una fisonomía más augusta y más radiante que los rostros humanos, ¿quién no se ve obligado a detenerse con respeto, como si hubiera encontrado un dios, y dirigirle votos secretos? Aproximándonos aún más e impulsados por la bondad de su fisonomía, ¿no trataremos de adorarle y ofrecerle plegarias? Después de haberle contemplado largamente, reconociendo que es un ser tan elevado por encima del nivel corriente, un ser cuyas miradas están impregnadas a la par de dulzura y vivacidad, cómo no proferir las frases de Virgilio: ¿Con qué nombre te invocaremos, Virgen sagrada?... Tus facciones no son las humanas, tu voz no es la de los mortales... ¡Sé bendita, oh misteriosa, y confórtanos en nuestras aflicciones!

* * *

Nunca a este hombre, lleno de perfecciones y virtudes, le ha agradado la fortuna. Nunca se ha entristecido por los azares de la vida. Se ha considerado un ciudadano del universo y un soldado cuyas tristezas y trabajos son una prolongación de sus deberes. Al ocurrirle cualquier desgracia no la miró como un mal o como un efecto de la casualidad, sino como un mandato que se le hacía: —Es—dice—para mí esta orden. Es dura y rigurosa, pero es necesario cumplimentarla.—Estamos necesariamente obligados a buscar el hombre extraordinario a quien las tribulaciones no arranquen gemidos, quien nunca se lamente de su suerte, quien se haga siempre notar como una antorcha entre las tinieblas, quien atraiga las miradas de todos por su tranquilidad, dulzura y equidad al practicar sus deberes para con los dioses y para con los hombres. Su alma esté adornada de toda la perfección de que sea susceptible, sin ver sobre ella más que la inteligencia divina, cuya emanación haya pasado a la suya. Nuestra alma no se muestra nunca más divina que cuando llama al hombre a su condición mortal y le convence de que ha nacido para morir.

* * *

El espíritu es tan grande como altivo: no admite otras limitaciones que las señaladas por la divinidad. No reconoce por su patria ningún lugar determinado, ni Efeso, ni Alejandría, ni ninguna otra ciudad más rica y populosa. No reconoce por su patria más que esta bóveda etérea que abraza toda la inmensidad del universo; esta dilatada concavidad por el centro de la cual se extienden los mares, las tierras, el aire que separa y reúne el cielo y la tierra, y por cuyo cerco tantas divinidades, colocadas en lugares oportunos, desempeñan sin descanso sus graves ocupaciones.

* * *

La relación de los individuos está en la guarda nocturna que vela por el sueño del príncipe. Alrededor de su persona forman una muralla humana, como un muro interpuesto entre aquél y el peligro. No es sin razón justificada

cómo los pueblos y las ciudades acordaron proteger y amar a sus reyes, sacrificar personas y bienes todas las veces que lo exijan las circunstancias. No es por bajeza, o por locura, el que tantos millares de almas se expongan por una sola, el que tantas muertes rescaten una sola vida, algunas veces la de un viejo moribundo. El cuerpo está al servicio del alma, y aunque prevalece para la masa y la apariencia, en tanto que la substancia inmaterial del alma queda oculta en un lugar que se ignora, sin embargo las manos, los pies, los ojos trabajan para ella. Es por ella como esta epidermis extiende su envoltura. Es por su mandato como gustamos del reposo y por el que corremos de un lado a otro. Es por su ascendencia, siendo ávida, como surcamos los mares para enriquecernos. Nos seduce con la ambición para que empuñemos las antorchas y nos precipitemos voluntariamente a los grandes combates. Ella, el alma, se declara en esta muchedumbre que es, por decirlo así, la envoltura de una sola alma, gobernada por su inspiración, gobernada por su sabiduría, pues sucumbirían y perecerían las gentes aplastadas con sus propias fuerzas si no velara, por su parte, la razón de su jefe.

* * *

¿No creéis, decía Sotión, que las almas pasan sin cesar de un cuerpo a otro, y que lo que se llama la muerte no es más que una metamorfosis? ¿No creéis que en estos rebaños, en estos animales salvajes, en estos habitantes de las aguas, residen almas que antes fueron humanas? ¿No créeis que nada muere en el mundo, que los seres no hacen más que cambiar de residencia, que los cuerpos celestes no son los únicos que tengan una revolución fija, recorriendo el mismo círculo animales y almas? Esta fué la opinión de muchos hombres famosos, pero no partidos de ligero. Suponed la cuestión indecisa. De tener fundamento, la humanidad querría que nos abstuviéramos de la caza de los animales; de ser falsa la hipótesis, la frugalidad la prescribiría. ¿Qué perjuicio hago a vuestra crueldad? Son los manjares de leones y buitres los que yo os quito.

* * *

Si los dioses inmortales, formados al mismo tiempo que el gran todo, no hubiesen nunca aprendido la virtud, y si la bondad formase parte de su esencia, se encontrarían también hombres dotados de un dichoso temperamento, quienes, sin largos estudios, ellos por sí mismos alcanzarían un estado que, ordinariamente, no es más que el resultado del trabajo, y que interpretarían la virtud desde el primer momento que la tuvieran presente. Estas almas codiciosas de virtud se fecundarían, por decirlo así, ellas mismas; pero las que son más débiles y menos activas, o que largo tiempo hubiesen estado en contacto con ejemplares contagiosos, se han cubierto de tanta herrumbre que no puede desaparecer más que con un largo frotamiento. Los dogmas filosóficos pueden llevar a los anteriores individuos más prontamente a la perfección, y desembarazar de obstáculos el camino a los más débiles, desligándoles de sus opiniones depravadas. Para penetraros de la necesidad de estos dogmas, considerad que hay dentro de nuestras almas principios que nos tornan lentos para ciertas acciones, temerarios para otras. Esta audacia no puede ser contenida, ni esta pereza despertada más que destruyendo sus causas: la falsa admiración y el falso temor.

* * *

El alma aumenta el precio de las cosas menores, ennoblece las más viles, rebaja a su verdadero nivel las más grandes y estimadas. En cuanto a los objetos de nuestros deseos, por sí mismos no son buenos ni malos: su valor está fijado por el alma que lo regula y que da a las cosas su forma exacta.

* * *

Es preciso un alma muy grande para juzgar las cosas de importancia sin que las atribuyamos vicios que provienen de nosotros. Los objetos más rectos, por bajo de la superficie del agua, reflejan en nuestra retina una imagen corva y que parece doblada en dos partes. Es necesario considerar el objeto divisado, sino al propio tiempo, la

manera como se divisa. Nuestra alma es así: no discierne la verdad más que al través de una niebla.

* * *

¿En qué consiste la verdadera grandeza? En cerrar su alma a los pensamientos criminales; en elevar al cielo las manos puras; en no demandar nunca más bienes que los que se puedan obtener sin que un hombre los dé o los pierda; en no desear lo que se desea sin rival, quiero decir un alma virtuosa; en contemplar los otros bienes, tan estimados por los mortales, cuando la misma suerte nos los procurase, como destinados a marcharse por donde vinieron.

¿En qué consiste la verdadera grandeza? En elevarse valientemente por encima de la suerte; en no olvidar nunca que uno mismo es un hombre, con el fin de saber, cuando sea dichoso, que no lo será mucho tiempo, y, cuando sea desgraciado, que no lo será más que cuando se crea no serlo.

* * *

Las almas grandes elévanse por encima de las injurias. La manera más impresionante de vengarse es la de no mancharse al hacerlo. ¿Cuántas gentes, al vengarse de una injuria insignificante, no hacen más que devolverla más señaladamente? El hombre noble y enérgico se asemeja, digámoslo así, a los perrazos que escuchan sin conmoverse los ladridos de los falderos. Para vengarse, me diréis, se previene el desprecio. En este caso si el castigo es un remedio, es preciso emplearlo sin cólera, por su utilidad, no por su aprobación, aunque con frecuencia es mejor disimular que vengarse.

* * *

No ir corriendo al sepulcro de vuestro hijo. Esa tumba no encierra más que un despojo grosero que en vida le pesaba. Sus huesos y cenizas no son mayor parte que su toga y sus vestidos. Vuestro hijo marchó todo entero sin

dejar nada en la tierra. Todo su ser está separado de vosotros. Después de algún tiempo de residencia por encima de nosotros, purificado de vicios y pecados inherentes a la naturaleza humana, hasta los cielos se ha elevado para igualarse con las almas felices. Allí ha sido acogido dentro de la augusta asamblea de los Scipiones, los Catones, de estos héroes que han despreciado la vida y comprado la libertad con una muerte voluntaria.

* * *

Nuestra alma, en su curso incesante, no se detiene o reposa jamás. Va por todas partes, disgrega sus ideas por todos los lugares conocidos o desconocidos, siempre errante, siempre enemiga del descanso, siempre amante de la novedad. Ello no nos sorprenderá si pensamos en su origen. Unida a un cuerpo terrestre y pesado, es la forma de la pura sustancia celeste, porque el movimiento perpetuo está con la esencia de los cuerpos celestes; sin cesar son impulsados a un impetuoso esfuerzo. Contemplad los astros que alumbran el mundo. Ninguno de ellos permanece en reposo. Ruedan incesantemente y son llevados al través del espacio. El sol, aunque se mueve con el universo, retrocede llevando una dirección opuesta a la del mundo. Recorre sucesivamente todo el séquito de los signos (del Zodíaco). Su movimiento continuo le conduce siempre a nuevos puntos del éter. Así todos los orbes celestes, sometidos a una revolución y traslación perpetuas, no cesan de desplazarse, siguiendo el orden eternal y necesario de la naturaleza. Después de haber recorrido durante un cierto número de años sus órbitas enteras, recomenzarán de nuevo su ruta primitiva.

Se comprende, pues, que el alma humana, formada de los mismos elementos que los cuerpos divinos, busque perpetuamente el cambio y las emigraciones, puesto que un cambio rápido y perpetuo constituye el placer o la conservación misma de Dios.

* * *

La cólera nace de una estimación excesiva de sí mismo, lo que le imprime como un aspecto de nobleza; pero, en el fondo, es la más vil y denigrante de todas las pasiones. ¿Al suponerse despreciado por otro, no es reconocerse inferior a él? Por el contrario, un alma grande, que sabe apreciar lo que ella vale, no se venga de injurias, porque éstas no le causan sensación alguna.

* * *

De la misma forma que los cuerpos duros devuelven los golpes que reciben y hieren la mano que les golpea, lo mismo sucede al alma del sabio, siempre más fuerte que la ofensa, al no experimentar tribulación por ello. ¡Cuán bello es el estar inmune a las injurias y a los ultrajes! Vengarse es confesar el dolor que nos causan: uno mismo se rebaja cuando se doblega al peso de la injuria. Quien nos ofende, o es más fuerte o es más débil; en este caso, seamos indulgentes con él; en el caso anterior, seamos indulgentes con nosotros mismos.

* * *

La señal de fortaleza más incontrastable es la de estar a cubierto de todos los accidentes capaces de conmovernos. El más alto de los cuatro elementos, el más armonioso, el más próximo a los astros, nunca se condensa en nubes, ni estalla en tormentas, ni se desencadena en huracanes; y, por el contrario, el rayo se forma en la región inferior del mundo. Aquello es lo que le ocurre a un alma fuerte: siempre tranquila, siempre estable, pues ahoga en sí misma todas las características de la cólera y se mantiene impasible, en un estado inalterable de orden y de moderación.

* * *

Igualmente que las acciones de cada individuo están conformes con sus discursos, y el estilo y el lenguaje son la pintura de las costumbres públicas, ocurre que, cuando las costumbres de la sociedad están corrompidas y enervadas,

un lenguaje poco pulido es el signo de la depravación pública, especialmente cuando este defecto no se revela en uno o dos individuos, sino que merece la aprobación general. El espíritu no puede tener otra tintura que la del alma: al ser sana, bien ponderada, grave y contenida, el espíritu tendrá las mismas cualidades. ¿Es viciosa? Experimentará el contagio. Cuando el alma languidece, ¿no vemos que los miembros se debilitan, que los pies se mueven con trabajo? Cuando el alma está enervada, la marcha del cuerpo anuncia su flojedad; cuando es activa, nos impone un paso más acelerado. ¿Está delirando o animada por la cólera que tanto se asemeja al delirio? Entonces los movimientos del cuerpo son desordenados y, más bien que andar, es la cólera quien nos empuja. Este desorden se transmite más fuertemente en el espíritu, íntimamente unido con el alma, que por ella está modificado, subordinado y sometido a sus leyes.

* * *

¿En qué consiste la virtud del sabio? En que, indudablemente, recibe golpes, pero los resiste, amortigua y cura. Respecto a las heridas leves, ni se apercibe de ellas. Sólo utiliza la virtud de la resignación para soportar hondas tribulaciones, a las cuales no presta atención alguna, si no es para desdeñarlas en son de mofa. Además de esto, como la mayor parte de los insultos y de las afrentas no parten más que de hombres orgullosos, insolentes y que no saben usar de la prosperidad, el sabio dispone para repeler aquel orgullo de la más sublime de todas las virtudes: un espíritu recto, un juicio sano, un alma elevada. Aquellas pequeñeces no son ante su consideración más que vanos sueños, fantasmas nocturnos desprovistos de realidad.

* * *

Solamente es la virtud quien conoce la moderación: las enfermedades del alma no le son inherentes, pues las destruye más fácilmente que las atempera o modifica. ¿Titubeáis de que estos vicios inveterados y endurecidos que se

llaman enfermedades, como la crueldad, el arrebato, la cólera, no sean inmoderados? Las pasiones lo son igualmente puesto que nos las transmitimos de unos a otros. Además, a poco que reprimamos el imperio de la tristeza, el del temor, el de la avaricia, el de otras afecciones depravadas, no permanecen más en vuestro poder. ¿La razón de ello? Porque los motivos que las inflaman son exteriores al hombre y, por consiguiente, crecen o disminuyen según la fuerza o la debilidad de las causas que las excitan. El temor se acrecentará cuando se miren más próximos a nosotros casos de terror más graves; la avaricia se intensificará cuando se vea iluminada por la esperanza de una mayor recompensa. Si no está en nosotros el quedar exentos de pasiones, obedece a que de antemano rehuímos moderarlas. Si las dejamos el paso franco, crecerán y con ellas las causas que las hicieron nacer. Por débiles que sean, prontamente se fortalecerán, pues el mal no se amolda jamás a limitaciones precisas. En principio las enfermedades nimias no tienen importancia al parecer, pero bien pronto se agravan, y a veces la menor recaída es suficiente para abatir un cuerpo ya enfermo. ¡Es una locura creer que una cosa no depende de nosotros en su principio, sino en su fin! ¿Cómo tendré yo la fuerza suficiente para detener lo que no pude impedir que comenzara? Más sencillo es cerrar la puerta a los vicios que contenerlos cuando se les ha permitido entrar.

* * *

Todo cuanto concierne a la virtud toma su imagen y semejanza. Las acciones que inspira, las amistades que crea, las casas mismas en donde penetra, participan de su belleza. La menor cosa, cuando ella la lleva de la mano, tórnase amable, radiante, admirable asimismo.

* * *

No alaba cuantos objetos relativamente le destinaron, ni la calidad que les sea propia. Por esta circunstancia del hombre le es indiferente que siembre grande extensión de

tierras, que goce rentas considerables, que reciba homenajes de una corte numerosa, que duerma sobre un lecho precioso, que beba en vasos deslumbrantes... El ser virtuoso es lo que no le es indiferente, porque la virtud es una razón detallada, recta, conforme al voto de la naturaleza. También es conocida la virtud con el nombre de *honestidad,* y constituye el único bien del hombre, puesto que la razón sola constituye al hombre y perfeccionada puede hacerle dichoso. Asimismo damos el nombre de bienes a todo lo que nace de la virtud o la lleva impresa, es decir, a las acciones virtuosas. La verdadera razón por la cual la virtud es el único bien, consiste en que no existe sin ella. En efecto: si todos los bienes del hombre residen dentro de su alma, todo lo que la fortalece eleva y enaltece es un bien: porque la virtud reviste el alma de mayor grandeza. Por el contrario, todos los objetos que irritan nuestras pasiones la rebajan y la hacen dar de bruces, pues, al parecer engrandecerse, fijándonos bien, vemos que es una hinchazón engañosa, una vana ilusión. Por consiguiente, no hay bien que no vuelva al alma mejor.

* * *

La virtud sería bien feliz si la razón nunca tuviera necesidad de socorrer a los vicios.

* * *

Como el sol oscurece el brillo de las antorchas, las señales del dolor, del pesar, de las injusticias, son borradas por el esplendor de la virtud, porque al brillar ella, y todo lo que no haya desaparecido, el dolor le causa menos efecto que una nube que caiga sobre la mar.

* * *

Los viajes no forman al médico ni al orador: no hay nada de arte en que el cambio de lugar pueda instruirnos. En tal caso la sabiduría, la más importante de todas las artes, podríase adquirir viajando. Creedme, no hay ningún

camino que pueda conduciros mucho más allá los deseos, la cólera, el temor. Si lo hubiese, todo el género humano se volvería loco. Recorred tierras y mares, los males de que vosotros os lamentáis no cesarán de atormentaros y perseguiros mientras que vosotros los llevéis interiormente en principio. ¿Estáis sorprendidos de que la fuga no os salve, si en realidad los males huyen dentro de vosotros? Comenzad por corregirlos; libraos de ese bagaje: contened a lo menos vuestros deseos dentro de estrechos límites; desprended de vuestra alma la perversidad que la empuerca y mancilla. Si queréis viajar agradablemente, comenzad por curar a vuestro compañero de viaje. La codicia permanecerá con vosotros tanto tiempo como viváis con un huésped avaro y sórdido; el orgullo permanecerá tanto como vosotros estéis ligados con un huésped orgulloso; no denunciaréis nunca a la crueldad estando en sociedad con un verdugo de la humanidad; el trato de un adúltero no hará más que inflamar vuestro gusto por la intemperancia. Para poderse desprender de los vicios, es preciso huir de sus torpes enseñanzas. Pero el avaro, el corruptor, el criminal, el traidor, cuyo trato es contagioso, dentro de vosotros los encontraréis. Buscad, pues, una sociedad más virtuosa; vivid con los Catones, con los Lelius, con los Tuberones, y, si el trato con los griegos paréceos bien, con Sócrates y con Zenón. Del uno aprenderéis a morir cuando sea preciso; del otro, antes de caer en falta.

* * *

Tan pronto como el alma queda quebrantada y fuera de su asiento conviértese en esclava de la pasión que la mueve. Hay vicios cuyos comienzos dependen de nosotros, aunque, después del primer paso, nos arrastren, nos martiricen, nos impidan volvernos atrás. El cuerpo humano, abandonado a sí mismo, no es ya dueño de su dirección, ni puede suspender o retardar su caída, pues la irrevocable ley física de la gravedad hace inútiles la prudencia y el arrepentimiento. Es preciso elevarse al término donde se esté libre de aquel influjo. ¿En dónde está? En el alma misma. Si se deja dominar por la cólera, el amor y las

demás pasiones, no le es posible reprimir su impetuosidad : es arrastrada y, por su propio peso, por la pendiente natural de los vicios se precipita hasta el fondo del abismo.

* * *

La característica de un hombre generoso es la de entusiasmarse por las cosas honestas : un alma pulcra raras veces apasiónase por objetos viles y groseros, pues el pensamiento de una empresa de importancia le exalta y le subyuga. Si la llama que se eleva en línea recta no puede descender ni detenerse, de la misma forma, siempre en movimiento, es tanto más activa cuanto más vigorosa. Feliz el hombre que dirige su esfuerzo hacia el bien, pues nunca dependerá del factor suerte. La prosperidad no podrá enorgullecerle ni la adversidad abatirle. Lo que otros admiran, él lo desdeña. Reconoce que un alma grande está por encima de las grandezas, y que la medianía es preferible a la opulencia. La medianía proporciona la dicha ; la opulencia daña por su exceso mismo. Las espigas demasiado granadas se desgranan, las ramas de los árboles frutales desgájanse con el peso de los frutos y la excesiva fecundidad perjudica a la madurez. El alma igualmente sucumbe bajo la carga de la felicidad, que lo mismo engaña a los demás que, muy especialmente, se engaña a sí misma.

* * *

Las cosas mortales tienen altas y bajas, disminuciones y aumentos, pérdidas y reparaciones. Siempre diferentes de ellas mismas, ¿podrían ser entre ellas iguales? Pero las cosas divinas son esencialmente invariables, porque la razón no es más que una parte del alma divina colocada en un cuerpo humano.

* * *

Todos hemos cometido faltas : los unos más graves, los otros más ligeras ; aquéllos por designio premeditado, éstos por impulso de la casualidad o la sugestión de los malvados ; algunos, finalmente, por defecto de firmeza en

las buenas resoluciones, han perdido su inocencia mal de su grado y no obstante su resistencia. No solamente somos culpables, sino que lo seremos hasta el fin de nuestra vida. Los últimamente citados, cuya alma está de sobra purificada por no tener más temor al desorden y al error, no son conducidos ante la inocencia más que por sendero de las faltas.

---

## LA DICHA DEL SABIO

¿No sois vosotros asequibles a la tristeza? ¿La esperanza no os ha causado nunca los tormentos de la ansiedad? ¿Vuestra alma permanece noche y día en una igualdad perfecta, siempre elevada, siempre contenta de sí misma? En caso tal, habéis logrado de hecho la dicha humana. Pero si vosotros buscáis el placer por todas partes, sea como sea, sabed que se frustra con la sabiduría todo cuanto se malogra con la felicidad.

* * *

La satisfacción del sabio no le impulsa a tener la firmeza del héroe que, aquejado de torturas, reprime y sofoca sus gemidos. Envidio la dicha del primero y admiro el valor del segundo, si bien la virtud es la misma en los dos casos. Quien recapacita y juzga estas virtudes innegables, pierde la noción de lo profundo para detenerse sobre la superficie. Todos los verdaderos bienes tienen el mismo peso y el mismo volumen; los falsos están vacíos y, pareciéndonos inmensos a la vista, puestos en la balanza nos desengañan totalmente.

* * *

Los pretendidos bienes que el vulgo admira inflaman por un momento el corazón de una falsa alegría; los pretendidos males que exageradamente inspiran un horror in-

consciente, como el miedo de las bestias ante la apariencia de un peligro. En tales circunstancias el alma se expansiona o se comprime sin saber la causa, pues no tiene otros fundamentos que el temor o la alegría. Sólo la razón es inmutable y la que siempre tenemos a nuestro alcance, porque no es la esclava de los sentidos, sino su maestra.

* * *

Que todas vuestras preocupaciones, todos vuestros cuidados, todos vuestros deseos se reducen a vivir contentos de vosotros mismos y de los bienes que nacen de vosotros. Exceptuad de esta plegaria el devolver a los dioses lo de todos los demás. No existe otro estado más próximo a la felicidad divina. Descended muy bajo para que no tengáis temor a la caída.

* * *

Todos los acontecimientos que la muchedumbre considera como males se dulcificarán y se convertirán prontamente en bienes, si vosotros conseguís elevaros por encima de ellos. Tened la convicción de que no hay otro bien que el de la honestidad, y todos los disgustos y zozobras de la vida merecerán el nombre de bienes al estar dotados constantemente por la virtud de las características que imprime a la honestidad. Hay hombres a quienes nos guardamos de prometer más de lo que permita la humanidad, puesto que no miran más que al cuerpo, pero cuando penetren hasta el alma, y ésta llega hasta Dios, entonces el hombre guardará sus proporciones.

* * *

No creáis que se aparta el sabio del común de las gentes y que separa de sí el dolor como si fuera un pedrusco insensible. El sabio está compuesto de dos sustancias: la insensata, que sufre las mordeduras, las quemaduras, las aflicciones; la razonadora, con su manera de pensar constante e inquebrantable, animosa, invencible, que reside en el bien soberano, ante cuya plenitud el alma queda

flotante, irresoluta y perpleja hasta que su perfección la fija e inmoviliza.

* * *

¿En qué consiste la dicha? En tener una seguridad y una tranquilidad inalterables. ¿Quién puede procurárnosla? La grandeza de alma, la firmeza para ejecutar las decisiones de un juicio sano. ¿Cómo lograremos estas virtudes? Al contemplar la verdad sin nubes; al observar una conducta ordenada, comedida y decente; al regular nuestros propósitos con el temor de perjudicar y el designio de practicar el bien; al escuchar la voz de la razón; al no poner en olvido sus normas; al conquistarnos el amor a la estimación de nuestros semejantes. Finalmente, trazando la semblanza del sabio con dos palabras, su alma debe parecerse a la divinidad.

* * *

Cuando el hombre desafía los azares de la fortuna; cuando se eleva por encima del temor y no abraza al infinito con su esperanza codiciosa, sino que busca las verdaderas riquezas en sí mismo; cuando ha excluído el terror a los dioses y a los hombres, persuadido de que nada hemos de temer de aquéllos y de éstos; cuando, insensible a todos los placeres, más bien el tormento que el atractivo de la vida, ha llegado a comprender que la muerte no le produce ningún perjuicio, sino que da fin de todos; cuando se ha consagrado a la virtud y se le allanan todos los caminos por donde ella le llama; cuando se juzga un animal sociable nacido para el bien general, juzgando a su vez al mundo como la patria común del género humano; cuando descubre a los dioses su conciencia, vive siempre como en público y se respeta a sí mismo más que a los demás; cuando, finalmente, retirado de las tempestades, permanece fijo dentro de una tranquilidad inalterable. Con todo esto ha agotado y puesto en práctica toda la ciencia realmente útil y necesaria; todo lo demás no es más que la diversión de sus ocios.

* * *

BIBLIOTECA PÚBLICA SORIA

Nunca está contento con su suerte, cuando se juzga en relación con los demás. De aquí que se ofusque contra los dioses mismos cuando alguien nos sobrepuje, porque nosotros no nos preocupamos de la muchedumbre de desgraciados que se arrastran tras de nosotros y que envidian nuestra ventura.

* * *

Si el sabio, sin amigos que le consuelen, es encerrado en un calabozo, abandonado en una región desconocida, sujeto a una larga navegación, arrojado a una isla desierta, ¿cómo vivirá? De tal modo fué la de Júpiter después de la disolución del mundo, cuando todos los dioses confundiéronse en una sola masa y la marcha de la Naturaleza permaneció algún tiempo en suspenso. Júpiter se reconcentró en sí mismo y reflexionó largamente. ¿Cómo él, siendo un sabio, se encerraba dentro de su alma y vive consigo mismo? Cuando consigue disponer de una oportunidad se basta a sí mismo y toma una mujer; se basta a sí mismo y da la vida a sus hijos; se basta a sí mismo y no vivía más que para vivir solo. No es el interés, sino una consecuencia natural la que le lleva a la amistad. El deseo de amar, como los demás deseos, es inherente al hombre; huye de la soledad y gusta de los encantos de la sociedad; su benevolencia natural para sus semejantes es el estímulo que le impulsa a la amistad. El sabio, como es consiguiente, está muy enlazado con sus amigos. Los iguala con él y con frecuencia los prefiere a sí mismo, pero no por esto su felicidad será menos estrecha con su alma.

* * *

Tened el convencimiento, por más que nuestros entusiasmos sean para los que amamos, la mayor parte de ellos viven con nosotros. El tiempo pasado nos pertenece, y nada está en lugar más seguro que lo que fué. Es la esperanza del porvenir la que nos hace ingratos para el pasado, como si este porvenir mismo, suponiendo que llega

hasta nosotros, no debiera en poco tiempo convertirse en tiempo pasado. Esto es encerrar en límites muy estrechos las ventajas que los objetos procuran al limitarnos al goce de lo presente. El porvenir y el pasado nos proporcionan los placeres de la previsión y del recuerdo, aunque aquélla sea incierta y no pueda realizarse, y el otro quede borroso entre otros muchos. ¿Cuál es nuestra locura? ¿La de permitir que se escape lo más seguro? Saborearemos holgadamente todos nuestros juicios pasados con tal de que nuestra alma no haya sido un vaso sin fondo en donde todos los placeres fueran derramados.

* * *

Al mismo tiempo que los dioses inmortales gobiernan sin armas su imperio y conservan la posesión tranquilos en lo alto de los cielos, asimismo el sabio llena sin espanto sus deberes, por dilatados que sean, y ve a sus pies el género humano, del cual es el factor más poderoso y más virtuoso. No es para que cause regocijo sino gran veneración cuando el alma, para la cual no hay distancia ni soledad inaccesible, recorriendo dentro de sí misma el Oriente y el Occidente, y contemple este enjambre de animales y tantos bienes como la Naturalza nos prodiga, no encuentre nada más sublime para poderlo expresar que decir como un dios: ¡Todo esto me pertenece! ¿Qué más podemos desear? ¿Qué hay más allá de todo esto?

* * *

Somos viajeros que hemos naufragado en el imperio absoluto y tiránico de la fortuna. Esta, a su capricho, nos otorga los beneficios y perjuicios. Soberana y dueña de nuestros cuerpos, nos infligirá toda clase de ultrajes y crueldades. Empleará el fuego bien como suplicio, bien como remedio. Encadenará de manos y pies al enemigo como al ciudadano. Arrojará completamente desnudos a los mares tempestuosos a quienes le plazca y, después que hayan luchado largo tiempo con las olas, en lugar de que descansen sobre la arena o las orillas, los amortajará obli-

gándoles a que los devore algún monstruo marino. A los enfermos a quienes haya hecho enfermar tiempo y tiempo, los suspenderá entre la vida y la muerte. En síntesis: la fortuna se revelará como matrona inconstante, caprichosa, indiferente con la suerte de sus esclavos, entre quienes distribuirá al azar castigos y recompensas.

* * *

El derrumbamiento de la grandeza es asimismo el término de todo. La virtud se hurta de nuestra vista, realizando su cometido; los frutos se pudren cuando aguardan al fin de la estación, al madurar en sus principios. Primeramente el fuego arde con intensas llamaradas, pero prontamente se apagan. El rescoldo se aviva cuando prende en una materia combustible, decrece con la que no lo es, y, casi sofocado por la humareda, no da más que una luz oscura, pues la dificultad misma que encuentra para alimentarse es la causa de su duración. Esto mismo sucede con los hombres: los de más brillante ingenio viven menos que los demás. Cuando ya nos les queda por realizar más progresos, su muerte se avecina.

* * *

El hombre superior abraza y estrecha, por decirlo así, las injurias con el soberano bien. No solamente hace frente a los hombre, sino a la fortuna misma: «Tu bella mentalidad—dícela—, es demasiado débil para truncar mi serenidad. Como la razón me defiende, es a la que ajusto la conducta de mi vida. Con la cólera se trocaría en la más torpe de todas las injurias. ¿Por qué? Bien sencillo: la injuria tiene su medida señalada; ignoro, en cambio, adónde me conduciría la cólera».

* * *

El sabio es invulnerable a las enfermedades del alma. Su corazón está sereno y nunca se ve envuelto con los velos de la tristeza. Nada más útil para el hombre que la

grandeza del alma, porque es incompatible con el temor y el pesar, que la ofuscan y retraen. El sabio no mostrará esta debilidad en sus propios males; antes bien, rechazará e inutilizará todos los tiros de la fortuna irritada.

* * *

Ya se manifieste, ya se procure el botín de la fortuna, está más seguro de no intentarlo, de no pensar siempre en ella y por nada aguardarla. Yo me embarcaría si no hubiera impedimentos; yo me haría prestamista si no surgieran obstáculos; tal empresa la lograría si nada se opusiese a ello. He aquí en qué sentido decimos nada llega al sabio de contraria manera a su previsión. No pretendemos sustraerle a los accidentes, sino a los errores humanos. No aseguramos que los acontecimientos tomen el giro que él quisiera, sino el que preveía, porque él preveía obstáculos para sus proyectos. La falta del éxito es menos afligible cuando uno no se alaba de conseguirlo.

* * *

No se requieren grandes proezas para demostrar pujanza en la prosperidad, cuando nuestros días se deslizan según nuestros deseos: el arte del piloto con la mar en calma y el viento bonancible no brilla sino cuando las adversidades ponen a prueba su alma.

* * *

¿Puédese dudar de que el sabio no encuentra más oportunidad al desplegar las virtudes de su alma en la opulencia como en la pobreza? Con ésta no muestra más que una especie de virtud, la que consiste en no dejarse abatir ni aterrorizar. Por el contrario, con las riquezas, encuentran un campo libre para ejercitarse la temperancia, la liberalidad, la economía, la distribución de los beneficios y la magnificencia. El sabio no se menosprecia por ser de corta estatura, pero preferiría alta talla. No será menos sabio por ser flaco y tuerto, pero le satisfará mejor un

cuerpo robusto. No olvidará nunca por esto que lleva consigo mismo el bien más estimable. Soportará la quebrantada salud, pero deseará la buena. Existen, como vemos, beneficios que, por insignificantes que sean en sí mismos, y sin influir sobre el bien principal, agregan, sin embargo, alguna cosa a la satisfacción perpetua nacida con la virtud. Las riquezas causan al sabio la misma satisfacción que al navegante un viento feliz y favorable, que a todos los hombres un cielo deslumbrante y una residencia preservadora de los fríos invernales.

* * *

Coloquemos a la felicidad en un asilo en donde la violencia no pueda arrancarla; en un lugar inaccesible al dolor, a la esperanza, al temor, a todo lo que la pueda trastornar. Sólo la virtud puede elevarse a esta altura, sólo ella puede franquear esta montaña escarpada. Ella sabrá resistir todos los ataques, soportar todos los acontecimientos, no solamente con paciencia, sino hasta con placer. Ella sabrá que todas las penalidades angustiosas son leyes de la Naturaleza. Parécese a un soldado intrépido que se resigna con sus heridas, cuenta sus cicatrices, y, acribillado de balas, todavía moribundo, bese las manos a su general, por quien muere, pues la virtud siempre tendrá presente el antiguo precepto: *Seguid a Dios.*

* * *

Dejadme libre; devolvedme mis riquezas; mi imperio es inmenso y pacífico: es el de la sabiduría. Yo soy el dueño de todos los bienes, porque yo los abandono en manos de los demás humanos.

* * *

La suerte del hombre no es terrible cuando no se sale de su estado. La Naturaleza nos ha conformado de manera de no tener necesidad de gran cosa para vivir felices. Los objetos exteriores tienen poco poder sobre nosotros,

sea en bien, sea en mal. La prosperidad no puede exaltar al sabio, ni el infortunio abatirle. No ha trabajado toda su vida más que para establecer su bienestar en sí mismo y sacar de su alma toda su alegría. ¿Queréis escuchar cómo por eso soy sabio? De ninguna manera. Si yo pudiese pretenderlo, sostendría que no solamente no soy desgraciado, sino que soy el más afortunado de los mortales, el rival de los dioses. Me basta, para endulzar todas las amarguras de la vida, inspirarme en la conducta de los sabios; demasiado débil para mi propia defensa, estoy refugiado en un campamento de héroes. Estos son quienes ordénanme vigilar siempre como un centinela, y de prever todos los contratiempos de la suerte mucho tiempo antes de ser acometido. La fortuna no es peligrosa más que cuando nos coge de sorpresa, pues cuando se les aguarda los asaltos no se sostienen fácilmente.

* * *

Tenemos la costumbre de decir que no está en nuestra mano elegir a nuestros padres, los que el destino nos ha dado. Sin embargo, hay un nacimiento que depende de nosotros. Entre las familias de los mayores genios, a vosotros se os permite en cuál queréis entrar, no solamente para llevar el nombre de ella, sino también para gozar de sus bienes. No será necesario conservarlos como un avaro, se aumentarán a medida que los distribuyáis a un mayor número. Estos mostrarán a vuestros ojos la ruta que conduce a la eternidad y os colocarán sobre una altura de donde nadie os hará descender. He aquí el único medio de entender vuestra vida mortal y hasta de inmortalizarla.

* * *

Catón no combatió con bestias feroces; oficio de cazador o de palurdo de los bosques; no acometió monstruos con el hierro y el fuego; no vivió en un tiempo donde creíase que las espaldas de un hombre podían sostener el cielo; vivía en un siglo exento de prejuicios, y en el que

los espíritus estaban iluminados. Luchando sólo contra la ambición, azote multiforme; contra el deseo desenfrenado del poder, que no podía saciar el Universo, dividido en tres partes; contra los vicios de una ciudad degenerada, desplomándose bajo el peso de su misma mole, sostuvo la república en su caída, tanto como podía ser sostenida por una sola mano, hasta que, empujado o arrastrado por él mismo, fué amortajado sobre las ruinas. Se le vió perecer junto con lo que no había podido separarse sin un crimen. Catón no pudo sobrevivir a la libertad, ni la libertad sobrevivir a Catón. ¿Suponéis, como es consiguiente, que el pueblo haya podido inferir agravio a tal hombre, bien despojándole de la pretura o de su toga, bien cubriendo de ultrajes su cabeza venerada y sagrada? No; el sabio está al abrigo de las injurias y de las ignominias.

* * *

Todos los males son menos enfadosos para éstos que se mantienen firmes en ellos. Cuanto más un hombre es distinguido por su nacimiento, su reputación, sus riquezas, mayor energía debe desplegar, y acordarse que ocupa el primer puesto en el ejército formado por los mejores soldados; debe considerar las afrentas, los ultrajes, el oprobio y toda clase de insultos como grito de los enemigos, como los tiros que vienen de lejos, como piedras que no hacen vano ruido cuando vienen a chocar en los cascos. En cuanto a las injurias, debe soportarlas sin abandonar su cargo, sin estar en él abatido, como los golpes que se estrellan en el escudo, o acertaran a darle en el cuerpo. Es vergonzoso ceder en el mismo momento que seáis vejados y que una fuerza enemiga os abrume. Conservad, pues, siempre el puesto donde las circunstancias os han colocado. Vosotros me preguntaréis: ¿Cuál es? Es el de un hombre.

* * *

¡Oh! ¡Parecía increíble que una gran prosperidad extienda tinieblas sobre el espíritu de los hombres! Pompeyo

se creyó fuerte por encima de las cosas humanas cuando exponía tantos desgraciados a las fieras nacidas en otros climas, cuando mantenía una guerra entre animales tan desproporcionados, cuando vertía tanta sangre a la vista de un pueblo que pronto debía forzar a extenderse más. Pero este mismo hombre, víctima de la perfidia de los egipcios, fué, por último, degollado por un vil esclavo, ¡y reconoció entonces la vanidad del sobrenombre que celebraba su fama!

* * *

La ceguedad del alma es un mal inherente a la naturaleza humana; no tan sólo es necesario desengañarse, sino también amar sus engaños. Para no irritaros contra los individuos, perdonad a la especie; ¡acordad su gracia al género humano, pues si os encolerizáis contra los jóvenes y los viejos a causa de sus pecados, encolerizaos también contra los niños, porque llegará un día que pequen! Sin embargo, no os irritéis contra ellos; sabed que su edad les impide reflexionar sanamente. ¡Pues bien: el título de hombres es una excusa todavía más valedera que el de niño! Nacemos para vernos víctimas de un gran número de vicios, así como de enfermedades, no porque nuestros espíritus sean pesados y obtusos, sino porque usamos mal de nuestra penetración al no escarmentar recíprocamente con el ejemplo del vicio y dejándonos conducir por él, que nos precede y que se equivoca de camino. ¿No es de excusarse cuando se engaña con respecto al gran camino?

* * *

La naturaleza, que nos ha hecho nacer para la virtud, secundará nuestros esfuerzos si nosotros queremos reformarlos. El camino de la virtud no es, como se ha dicho, rudo y escarpado, sino llanura sin asperezas. Esto que formulo no son ganas de prodigaros vanas esperanzas. ¡Sí, el camino de la dicha es fácil, en el que solamente el favor de los dioses puede influir para que entremos en él!

* * *

Es preciso conformarse con la suerte, dolerse lo menos posible, obtener todas las ventajas que puedan acompañarle. no brinda condición alguna que sea tan inflexible en que la razón no encuentre cierto lenitivo. Con modo industrioso el más pequeño espacio ha sido acomodado para varios usos ; por estrecho que sea el terreno. el arte consigue hacerle habitable. La razón arrolla todas las dificultades ; para ella nada hay arriesgado ni estrecho. Sabe extenderlo y desembarazarlo : un fardo pesa menos cuando se sabe manejarlo.

* * *

No permitimos que nuestros deseos se alejen demasiado lejos ; no les dejamos extenderse más que a las proximidades, y esto porque no podemos cerrarles la puerta. Renunciamos a todo lo que no se pueda alcanzar sin molestia, rebuscamos solamente los que están a nuestro alcance y que acaban, por decirlo así, de solicitar nuestra esperanza ; pero de antemano sabemos que todos son igualmente frívolos, y que, con exterioridades diferentes, en el fondo no son todos más que vanidad.

* * *

Dentro de estas alternativas continuas de elevaciones y descensos, al no mirar como inevitable todo cuanto es posibl,e armaos contra la adversidad : de ella se triunfa cuando se la ve llegar.

* * *

Suponed revoluciones continuas, no en casas particulares, en donde la menor impulsión determina la tragedia, sino en los Estados más florecientes. Hemos visto reinos, salidos de cenagales, aplastar a los que les dictaban la ley, así como a viejos imperios desplomarse en medio de sus prosperidades. Actualmente la divinidad se complace en elevar a unos, en abatir a otros, no haciéndoles descender insensiblemente, sino precipitándolos desde la cumbre de

su grandeza, sin dejar huellas de ésta. Nos parecen grandes dichos acontecimientos porque somos unos pigmeos. ¡Cuántas cosas deben su elevación a nuestra bajeza!

* * *

Ninguno de mis días se desliza sin que trabaje. Una parte de las noches las consagro al estudio. No me entrego al sueño sino cuando estoy rendido, pues tercamente retengo sobre mi obra la vista cansada y desfallecida. El trabajo me obliga a renunciar a todo. He renunciado a los asuntos ajenos, empezando por los míos. El cuidado de la posteridad me ocupa enteramente, y por esto escribo, recojo enseñanzas saludables, conocimientos útiles, recetas provechosas, con las cuales mis propios achaques, aun sin quedar del todo curados, han quedado estacionados. La ruta de la felicidad, que he conocido tarde, y la de mis extravíos, se la muestro a los demás gritándoles: «Huíd de todos los gustos del vulgo, de todos los dones del azar. Ante un bien fortuito, deteneos con temor y desconfianza. Los pescados y la caza son, como vosotros, seducidos por un cebo, por un engaño. Los obsequios de la fortuna os engañan: son trampas y lazos que os tienden. ¿Queréis tener una vida tranquila? Defendeos de esos beneficios captadores, con los cuales, ¡oh funesto error!, en vez de tomar, seréis presos. ¡Desgraciados, esta carrera vertiginosa os conduce al precipicio! ¡El final de vuestra elevación no puede ser otra cosa que un derrumbamiento!

* * *

Amad la razón, que os servirá de escudo contra las agresiones más desagradables. Las fieras, en defensa de sus hijuelos, se lanzan contra las picas de los cazadores, pues no son indomables más que por su ferocidad y su ímpetu temerario. Algunas veces la pasión de la gloria arrastra a un corazón joven al peligro del hierro y de las llamas. Algunas veces hasta la sola apariencia o la sombra de la virtud conduce a una muerte voluntaria. Si la razón tiene más valor y constancia que estos movimientos

pasajeros, ¿no debe lanzarse también con mayor impetuosidad en medio de los peligros y de las alarmas?

* * *

Reconcentraos, tanto como podáis, dentro de vosotros mismos; escudriñad a los que pueden volveros mejor; acoged a los que pudierais mejorar. ¿Que el deseo de reflejar vuestro talento no os conduce a las asambleas para leer o disertar con provecho? Acaso pudierais hacerlo si el alma popular estaba en unión con la vuestra, aunque no os entendiesen quizás más que una o dos personas, a quienes tenéis el deber de instruirles seriamente hasta elevarles a la comprensión de vuestros pensamientos. ¿Por qué he aprendido tanto?—me diréis—. No preocuparos, vuestro trabajo no es en balde, pues aprendéis para vosotros.

* * *

¿Para qué sirve la retirada? ¿No nos persiguen lo mismo allende los mares nuestras inquietudes? ¿Existe allá un antro tan oculto que no penetra en él ni el temor de la muerte? ¿Es un refugio tan ignorado y tan fortificado en donde el dolor no insinúe algunas veces sus alarmas? Cualquiera que sea el lugar en que os escondáis, escucharéis las desdichas de la humanidad rugir alrededor de vosotros. Por fuera, estamos cercados de enemigos que tratan de sorprendernos y aplastarnos. Por dentro, están las pasiones que hierven dentro de la misma calma de la soledad.

Es preciso fortificarnos con la muralla de la filosofía, muro impenetrable en el que la fortuna, con las máquinas que ponen sus malas artes en juego, no puede abrir brecha. Con esto ganamos el puerto de la seguridad sólo con haber renunciado a los objetos exteriores, y quedamos a cubierto dentro de la fortaleza del alma, desde la que vemos entonces caer todos los tiros a sus pies.

* * *

Impongamos la calma dentro de nuestra alma. Para lograrlo, entreguémonos a meditaciones edificantes y acciones virtuosas, de tal modo que todas nuestras facultades vayan dirigidas hacia la honradez; estemos en paz con nosotros mismos, sin manchar nuestra reputación, consintiendo que sea mal interpretada con tal que la merezcamos buena.

* * *

La casa del sabio es pequeña, desprovista de ornamentos, libre de ruido, sin pompa alguna. No está guardada por porteros, cuyo mirar desdeñoso y venal elige, entre la muchedumbre de visitantes que les importunan, a quienes deben dejar los primeros. Y aunque el umbral de dicha casa está libre y sin defensa, no brinda el paso a la fortuna quien sabe que para ella no hay lugar alguno porque nada tiene sometido a su imperio.

* * *

La retirada proporciona a nuestra vida este curso igual y uniforme que interrumpe sin cesar la multiplicidad de nuestros proyectos. En efecto, de todos nuestros males, el más grande es el de cambiar de vicios; nosotros no tenemos la triste ventaja de persistir con aquel con el cual estamos familiarizados; nos seducen todos, los unos tras de los otros. Aparte de esa ligereza, nos encontramos con que lo más grave es la perversidad en nuestros juicios, pues la inconstancia y la fluctuación continua nos obligan a desistir de lo que deseamos y censurar lo que habíamos abandonado. De esta manera, nuestra vida no es más que una alternativa de deseos y arrepentimientos.

* * *

Huíd de las asambleas, de los círculos, de las visitas. No veo a nadie con quien pueda permitiros el trato, lo cual justifica la idea que tengo de vosotros, que me aventuro a confiarme a vosotros como si fuerais yo mismo. El discípulo de Stilpon, Crates, al ver a un joven que se pa-

seaba sin compañía, le preguntó qué hacía así tan solo. «Me distraigo conmigo mismo»—respondió. «¡Tened cuidado—replicó el filósofo—, podría ocurrir muy bien que os entretuvierais con un hombre malvado!...»

* * *

Me preguntáis lo que debéis especialmente evitar. El mundo. No podéis todavía exponeros a él. Confieso mi debilidad; conmigo nunca vuelven las costumbres que he llevado. Aquel orden que yo había establecido, está cambiado; aquel vicio que expulsé, ya está de regreso. Es lo de ciertos convalecientes que están realmente tan debilitados por su padecimiento que no pueden tomar el aire sin accidente. Nosotros somos semejantes cuando nuestras almas se reponen a duras penas de una prolongada enfermedad. El mundo es bien nocivo para nuestro estado: sin saberlo le devuelve la apetencia, la impresión y el barniz de algún vicio. Además, la muchedumbre es numerosa; luego el peligro es grande.

* * *

¡Cuántos hombres habrían sido filósofos sin el obstáculo de las riquezas! El pobre no tiene ningún cuidado, ninguna traba. Cuando la trompeta suena está cerciorado que a él no se le quiere. Cuando la alarma toma incremento, sueña con evadirse, nunca en mudar de casa. Al ir a embarcarse, el puerto no lo turban los gritos, pues el cortejo de un hombre solo no altera la tranquilidad de sus riberas. Nada de multitud de esclavas alrededor del filósofo. Nada le importa la fertilidad de las regiones de ultramar. Sin trabajo puede saciar algunos criados sobrios por costumbres, cuyo único deseo es el de tener bastante. El hambre es poco costosa; el apetito estragado es el que arruina. Le es suficiente a la pobreza satisfacer las necesidades urgentes. ¿Y vosotros rehusaríais una compañera cuyas costumbres son el modelo del rico, pero si es sabio? ¿Queréis cultivar vuestra alma? Vivid pobres o como pobres.

* * *

Ved la idea que me ocupa hoy día. Está cogida de los jardines de Epicuro. «La verdadera riqueza es la pobreza ajustada a las necesidades de la naturaleza.» ¿Y sabéis vosotros lo que exige la naturaleza? No tener hambre, ni sed, ni frío. Para apagar el hambre y la sed no es necesario helarse de frío a la puerta de los ricos, soportar las miradas desdeñosas o su cortesía ultrajante, ni es necesario exponer la vida en las flotas o en los campos. Lo que la naturaleza pide está a nuestro alcance, se adquiere fácilmente. Es lo superfluo lo que nos atormenta, nos hace vestir la toga, envejecer bajo las tiendas, naufragar en las costas extranjeras. Lo necesario lo tenemos a la mano.

* * *

Estos pretendidos bienes, que deslumbran al vulgo por el atractivo de la felicidad, los han desdeñado frecuentemente muchos sabios. Fabricius rechazó las riquezas durante su consulado y las infamó y anatematizó con su censura; Tuberón juzgó la pobreza digna de él y del Capitolio, y en una comida pública usó vasos de barro, para enseñar que los hombres debían contentarse con ellos, puesto que los dioses mismos los utilizaban todavía. Sextius rehusó los honores, aunque por su nacimiento se le imponía el deber de participar en las cargas de la administración pública; no quiso recibir el impuesto que le ofrecía Julio César, persuadido de que podía quitarle lo que le podía dar. Ejercitémonos, pues, en mostrarnos tan altruístas hasta que, por nuestra parte, consigamos ser otros modelos. ¿Por qué perder los ánimos? ¿Por qué desesperar? Lo que se pudo hacer, todavía puede hacerse; no soñemos que al purificar nuestras almas ha de seguir la naturaleza en donde no se pueda separar sin volver a ser el juguete de los deseos y de los temores y retornar a la esclavitud de la fortuna. Aun podemos reingresar en la ruta y adquirir de nuevo los derechos que perdimos. Y en caso tal estaremos en el caso de soportar el dolor, cualquiera que sea la forma con que venga revestida para atacarnos el cuerpo, pudiendo decir a la fortuna: «Tú

tienes un lance de honor con un hombre de corazón, busca otro enemigo a quien vencer.»

* * *

El hombre feliz no es el hombre que ríe, sino aquel cuya alma, llena de alegría y confianza, se sobrepone y es superior a los acontecimientos. Creedme, esto es una cosa seria, más que la verdadera alegría. No está con una frente despejada ni con ojos reidores, que a la misma muerte desprecie y burle cuando abra su puerta a la pobreza, que reprime sus pasiones bajo el yugo y se adapta al dolor. Ocupado de estos penosos trabajos, reconcéntrase en una alegría extraordinaria, aunque la muestre poco al exterior. De esta alegría es de la que yo pretendo poneros en posesión. Nunca se agotará cuando hayáis descubierto el manantial.

* * *

Procuremos conservar nuestra igualdad de alma; paguemos sin murmurar los tributos de nuestra mortalidad. ¿El invierno es conductor del frío? Pues resistamos el frío. ¿El verano es una hoguera de calor? Soportémosle. ¿La intemperie del aire daña a la salud? Esperemos sobrellevarla. ¿Una bestia feroz vendrá a atacarnos, o el hombre, más sanguinario y peligroso que todas las bestias feroces? ¿El agua nos arrebatará una cosa y el fuego otra? Aunque no podemos cambiar la faz del mundo y el orden natural, sí podemos prevenirnos de sentimientos animosos, propios de un hombre intachable, para soportar con firmeza los embates de la suerte, y ponernos de acuerdo con la naturaleza, porque la naturaleza es la que gobierno este imperio que veis con sucesivas transformaciones. La serenidad sigue a la tormenta; la mar se altera después de estar en calma; los vientos soplan alternativamente; el día sucede a la noche; una parte del cielo se eleva sobre nuestras cabezas y otra parte desciende hasta nuestros pies; la eternidad, en resumen, está compuesta por elementos contrarios.

* * *

El sabio se resignará a todo, como se resigna a las crudezas del invierno, a los ardores del verano, a las enfermedades y a todos los percances de la vida. No dispensará al malvado el honor de atribuirle que haya consultado a la razón para perpetrar sus delitos. La razón no se encuentra más que en el sabio, pues todos los demás no tienen ni razón ni prudencia. En ellos no se descubren más que emboscadas, fraudes y otros movimientos tumultuosos, a los que el sabio coloca entre los accidentes fortuitos. En efecto, todo lo que es fortuito ejerce sus estragos fuera de nosotros. Observamos además pueden perjudicarnos los malvados y exponernos al peligro de mil maneras distintas, sea erigiéndose en acusadores, sea suponiéndonos criminales, sea azuzando contra nosotros la cólera de los poderosos, o por otros latrocinios, o por algunas exacciones como las que se cometen dentro de los tribunales. Una injusticia, o una injuria vulgarísima consiste en privar a cualquiera del salario o provecho, de la recompensa que por largo espacio de tiempo se le ha impedido obtener, de la sucesión merecida por largos trabajos, o de la protección de una familia opulenta. El sabio escapa a todos estos accidentes, porque no sabe vivir ni con la esperanza ni con el temor.

* * *

No vive en paz el hombre que se preocupa del porvenir, que se hace desgraciado él mismo ante la desgracia, que pretende asegurar hasta el fin de su vida la posesión de los objetos en los cuales cifra su felicidad. Para él no existe la tranquilidad: la zozobra ante el porvenir le arrebatará el presente con el que podría estar ufano. El pesar y el temor de perder lo que disfruta son dos estados igualmente dolorosos para el alma. No es que yo quiera recomendar una indiferencia absoluta; pero es preciso ponerse en guardia contra el temor, y prever todo lo que la sabiduría humana puede prever. Hay que adiestrarse en descubrir y apartar los acontecimientos que nos fueran perjudiciales mucho antes que sucedan. Para ello hallaréis recursos en vuestra firmeza y en la sumisión ciega a

cuanto tengamos que soportar. Es sinónimo ponerse en guardia contra la fortuna y tenerla que soportar. Así no se promueven tempestades en el seno de la tranquilidad de espíritu. Nada más triste e insensato que temblar por todo a cada momento. ¡Qué demencia anticiparse a los males! Finalmente, para decir en pocas palabras lo que yo pienso de estos hombres timoratos, por sí mismos molestados, que no saben moderarse antes de que la desgracia llegue, aflígense más por lo que no les atañe que por lo que tuvieran necesidad de afligirse. La misma debilidad que les privara de prever su infortunio les imposibilita para justipreciarlo. La misma falta de moderación nos persuade que nuestra dicha se consolidará, se acrecentará por sí misma, y nos despreocupará de la fatalidad que gobierna las cosas humanas. Metrodoro empleó con su hermana esta razón para consolarla de la muerte de un hijo virtuoso: «Todos los bienes de los mortales son mortales como ellos.»

* * *

Si no disponemos de suficientes razonamientos, no nos molestemos por cosas superfluas ni por trabajos inútiles. No deseemos lo que no podamos conseguir, por el miedo de que, después de haberlo obtenido, lo reconoceríamos demasiado tarde, avergonzándonos la vanidad. Pues de la misma conformidad evitaríamos o trabajar sin fruto o almacenar frutos indignos de nuestros trabajos.

* * *

Cómo admiro la contestación de Panecius a un joven que le interrogó si el sabio podía estar enamorado. «Para el sabio—díjole—es distinto; pero tú y yo, que estamos bien lejos de serlo, no nos debemos exponer a una pasión impetuosa y arrebatadora, que esclaviza al hombre y le envilece ante sus propios ojos. Si el amor es favorable, sus favores no hacen más que irritarnos; si es despreciativo, sus desdenes nos enloquecen. Tan perniciosas son las facilidades como los obstáculos. Nos dejamos avasallar por los unos y luchamos contra los otros. Vivamos, pues,

tranquilos; no aventuremos la flaqueza de nuestra alma ni al vino, ni a la belleza, ni a la adulación; guardémonos de estas asechanzas seductoras.

* * *

No es para el día quimérico, que una esperanza codiciosa me ha mostrado, para el que yo estoy preparado, pues he ajustado cada uno de mis instantes como si fueran el último de mi vida. ¿Para qué preguntar mi edad si todavía soy joven? Yo he echado mis cuentas: un hombre puede estar constituído con una talla pequeña; la vida puede ser perfecta con una duración módica. La edad es una ventaja exterior del hombre: la duración de mi vida no depende de mí; la duración de mi virtud, sí. Exigidme que no me lance entre las tinieblas a una carrera vertiginosa, que viva y que no haga más que atravesar la vida. Si queréis saber cuál es el término más prolongado, llegad hasta la sabiduría. Cuando se ha logrado, llegamos al fin, que si no es el más alabado es al menos el más glorioso. Entonces puede glorificarse, atribuirse a sí propio y a la naturaleza la gloria del vencimiento, del que no tendrá presunción alguna. Se devuelve a los dioses una vida mejor que la recibida: en la tierra ha quedado el modelo de un hombre de bien, del que se han trazado todas las dimensiones Los días que hubiese vivido para acrecentarlo habrán sido necesariamente parecidos a los que transcurren.

* * *

Nada más apremiante que la prosperidad: sin interrupción atormenta, turba los espíritus, nos excita a la ambición, nos pervierte, alimenta en nuestros corazones mil deseos, nos exalta, nos enerva. Sin embargo, me diréis: ¿hay muchas gentes que la sostienen? Sí, como se ve la embriaguez que arrastra consigo al vino.

* * *

Ved esta bella máxima, digna del escritor Publius: «Lo que sucede a uno puede suceder a cualquiera.» Un individuo ha perdido sus hijos; vosotros podéis perder los

vuestros. Otro individuo ha sido condenado: la espada de la justicia queda ya suspendida sobre vuestras cabezas inocentes. ¿Y de qué dimana nuestra debilidad en las adversidades? En no haber sospechado como posibles los infortunios que sufrimos. Para despojar a los males presentes toda su energía, sepamos prevenir los males futuros.

* * *

Lo que proporciona la felicidad humana es el verdadero bien, toda vez que no puede corromperse. ¿Dónde está el error? Se quiere ser feliz; pero se toma el medio por el fin, y, por correr tras de la dicha, se le vuelven las espaldas. En lugar de la paz sólida, de la seguridad inquebrantable, que constituyen la felicidad, no se recogen más que motivos de inquietud. En la ruta tan penosa de la vida, no es bastante que lleve y arrastre el fardo pesado que ella representa, pues cada vez más se aleja de su propósito. Todos sus esfuerzos son dogales para su garganta, todos sus pasos resbaladizos. De este modo, dentro de un laberinto, más se extravía cuanto más corre precipitadamente.

* * *

La vida se divide en tres partes: presente, pasado y porvenir. El presente es breve, el porvenir incierto, el pasado es lo único seguro. La fortuna ha perdido sus derechos sobre él, porque no está a la disposición de nadie. He aquí lo que pierden los que están ocupados en los negocios: no tienen vagar para volver los ojos al pasado, y si lo tuvieran, una añoranza, acompañada del arrepentimiento, no podría más que fastidiarles. A pesar de ello, su espíritu hace memoria del tiempo mal empleado y no tiene fuerza de voluntad para acordarse de las faltas que les sedujeron por el placer fugitivo que les procuraron, placer que en lo sucesivo se mostrará con todos sus rasgos verdaderos. El hombre cuya conciencia, juez siempre infalible, censura sus propias acciones, sólo puede evocar con placer el pasado. En cambio, aquel cuya ambición desordenada, cuyo orgulloso menosprecio dilatado, cuya insolencia por sus triunfos, logrados con rapacerías, sien-

do reo de su avaricia y bellaquería, y que ha dilapidado todos sus bienes, debe temblar necesariamente con el recuerdo de lo pasado. En la memoria del hombre bueno está la porción más sagrada de nuestro tiempo; está fuera del alcance de los accidentes humanos; se sustrae al imperio de la fortuna; no peligra más que ante las flechas de la indigencia, de los temores, de las enfermedades... No puede ser turbada ni arrebatada: su posesión está asegurada para siempre.

* * *

Consideráis como un mal la desaparición de la vida de cuantos seres os aman, aunque haya tanta inconsecuencia en llorarlos como en gemir cuando caen las hojas de estos árboles deliciosos que adornan vuestras casas. Todos los seres que améis no son más que árboles en plena verdura, a los cuales la suerte, más o menos pronto, más o menos tarde, hace caer las hojas. Pero si se soporta sin pena que sean arrebatadas, porque renacerán un día no lejano, no debemos entregarnos a la desesperación por la pérdida de seres queridos, encanto de nuestra existencia, porque los volveremos a encontrar, aunque no se renueven como las hojas.

* * *

El mayor de todos los servicios que la naturaleza nos ha prestado es el de que sabiendo por qué penas nos hacía pasar, ha imaginado ser una costumbre en nosotros, por la cual se calman nuestros pesares y nos familiarizamos tan pronto con los males, aun los más graves. Si la persistencia de la dolencia hubiera sido tan sensible como su primera acometida, nadie podría resistirlo.

* * *

Amemos a la vejez. Echémosla los brazos al cuello. Dejémonos abrazar por ella: tiene tales dulzores para quien sabe apreciarlos bien... Los frutos son más preferidos al pasarse de maduros, y la infancia es más bella cuando ella se termina; asimismo, los bebedores encuentran más

encantos con las últimas copas de vino, no con las consumidas y que acaban de embriagarles. Lo que el placer tiene de más provocativo, lo reserva para el final. En efecto, la vejez tiene encantos hasta al llegar a la caducidad. Creo que, al mismo borde de la tumba, hay placeres que gustan, o al menos (lo que se sustituye con los placeres), por ellos no tenemos ya necesidad.

* * *

Un gran número de disparos se dirigen contra nosotros. Los unos nos han herido ya; los otros son ajustados y prontos a partir; los otros nos rozan al paso para ir a golpear en otra parte. No seamos sorprendidos por los acontecimientos para los cuales hemos nacido, no doliéndonos de los que son comunes a todo el género humano. Digo que son comunes porque el que hemos escapado de él podríamos sufrirle. Es así que las leyes son justas, no cuando son observadas por todos, sino cuando se hicieron para todos.

* * *

¿Quién es el hombre tan vano y presuntuoso para suponerse el único exceptuado de las leyes de una necesidad por la cual la naturaleza conduce todo al mismo fin? ¿Quién pretenderá sustraer el hogar propio cuando el mundo entero está amenazado por el mismo peligro? Gran lenitivo es pensar el que nada es para nosotros únicamente funesto, sin que todos los hombres no lo hayan experimentado antes que nosotros, y que todos experimentarán después de nosotros. Por tanto, considero que la naturaleza ha hecho común para todos el mayor de sus males, con el propósito de que la igualdad nos dulcificase el rigor del destino.

* * *

El soberano bien es inmortal e indestructible, pues no engendra la saciedad ni el arrepentimiento. Un alma recta no cambia jamás, ni puede disgustarse a sí misma, ni encontrar mejoramiento por hacer, puesto que ella ha seguido siempre el camino mejor. La voluptuosidad, por el

contrario, se desvanece en el instante mismo en que ella está más penetrante. Como está muy limitada, prontamente acaba. Quita las motas y, una vez pasada la primera impresión, nos causa languidez. Además, ¿qué vigor puede tener una cosa cuya esencia es el movimiento, que viene y pasa en un abrir y cerrar de ojos, y cuya alegría misma la obliga a perecer? La alegría es el término de la voluptuosidad; su comienzo es el principio de su fin.

* * *

La facultad del alma y del cuerpo concurren para formar esta razón siempre segura, siempre armoniosa, que jamás vacila en sus opiniones, en sus ideas, en sus juicios. Con este bello orden, con esta unanimidad de todas las partes del hombre, con esta especie de concentración, forma el verdadero carácter del hombre feliz. No hay entonces en él más engaños, más traspiés, más escollos, más caídas; ningún otro maestro que él mismo, ningún acontecimiento que no sea previsto, ningún extravío, ningún obstáculo, ninguna incertidumbre. Podéis afirmar resueltamente que el soberano bien es la concordia del alma. Las virtudes deben hallarse donde reinan la armonía y la unidad, pues los vicios están siempre en estado de guerra.

* * *

Una voluptuosidad siempre igual, siempre libre de temor, jamás aburrida de sí misma, es la parte del sabio que, instruída de sus deberes para con los dioses y los hombres, goza del presente sin depender del porvenir. No es la estabilidad para quien se deje llevar hacia ese porvenir incierto. ¡Así, quien se entrega a preocupaciones vergonzosas que desgarran el alma, no hay para él ni esperanzas ni deseos; ni se pone en manos de la inconstancia de la suerte; vive contento de sí mismo, y no creáis que se contenta con poco! La naturaleza entera está con él.

## EL SABIO ENTRE LOS HOMBRES

Este universo que veis, comprendidos en él cielo y tierra, no es más que un todo, un inmenso cuerpo del cual somos los miembros. La naturaleza, al formarnos con los mismos principios y para el mismo fin, nos ha hecho hermanos; por esto nos ha inspirado una benevolencia mutua, con la cual demostramos nuestra sociabilidad. Es quien ha establecido la justicia y la equidad, pues en virtud de sus leyes, más desgraciado resultará hacer el mal que recibirlo; quien nos ha dado brazos para ayudar a nuestros semejantes. Tengamos, pues, en el corazón y en la boca este verso de Terencio: «Yo soy hombre, y nada de lo que concierne al hombre me es indiferente.»

* * *

Nada más propio para purificar un alma, para fijar sus incertidumbres, para corregir el declive de sus vicios, que el trato de las personas de bien. Estas, con sus discursos, con sus simples acciones, ejercen decisiva influencia hasta el punto de transmitirla hasta el fondo de nuestros corazones y de perpetuarla en preceptos. Para nosotros el encontrarnos con esas personas es un beneficio: siempre hay algo que aprovechar aunque sólo sea con su conversación. Me sería difícil explicar por qué mecanismo logro ser mejor; pero yo noto que lo consigo. Hay animales, dijo Platón en el *Phedon*, cuya mordedura es insensible: tal es la fineza de su dardo que disimula el perjuicio; pero la hinchazón, sin embargo, no nos permite poner en duda la picadura, aunque en ella no veamos huella alguna de la herida. Pues lo mismo pasa con la amistad de los sabios: no distinguiréis cómo ni cuando resultan, en modo inverso, útiles; pero vosotros mismos lo comprobaréis.

* * *

Necesitamos ser aleccionados, tener un consejero virtuoso y escuchar por lo menos una voz autorizada en me-

dio del tumulto y del fragor ensordecedor que nos rodea. ¿Cuál será esta voz? La que deslizará palabras seráficas en vuestros oídos, aturdidos por los clamores de la ambición, y la que os advertirá: «No envidiar la suerte de los hombres a quienes el pueblo juzga poderosos y felices. Prevenís para que los aplausos de la multitud no desgarren el equilibrio de vuestra alma y no enturbien la paz que gozáis, pues la púrpura y el estruendo militar no deben desviaros de vuestra tranquilidad. No creáis que sea más venturoso quien distribuye los cargos que aquel que se ve alineado y mandado por el lictor. ¿Queréis disponer de gran favor y utilidad beneficiosos para vosotros, sin que sea en detrimento de los demás? Desterrad vuestros vicios.

* * *

Todas las virtudes tienen unas con otras el vínculo cariñoso de la amistad y, por consecuencia, nos es muy agradable y de gran utilidad amar de otro las virtudes en conformidad con las nuestras y, recíprocamente, que otras nuestras ejerzan el mismo ascendiente con las que él tenga. Queremos todo lo que se nos parezca, especialmente cuando son cosas honradas y dignas de mutua aprobación. Decimos más: no hay sabio alguno en el mundo que pueda causar impresión por su sabiduría en el alma de otro sabio, como no hay hombre que pueda por la razón impresionar en el alma de otro hombre. De la misma forma que, para influir en la razón, es preciso razonar, para obrar sobre la razón perfecta es menester un razonamiento perfecto. Ser útil se dice de los que nos proporcionan ventajas materiales, como la plata, el crédito, la seguridad y todo lo que es agradable y necesario en la práctica de la vida, y, en este sentido, podemos decir asimismo del insensato que es útil al sabio. Pero ser útil en el sentido como nosotros lo entendemos, es conmover un alma, o por nuestra propia energía o por la de la persona de la cual se trata. Esto no se puede practicar sin provecho para el mismo a quien es útil, pues resultaría imposible practicar la virtud con otro sin ejecutar también la nuestra.

* * *

El mejor medio para eludir la esperanza de los malvados es no poseer nada que excite su codicia y no tener nada que nos haga señalar; todo cuanto sobresale se hace desear, hasta sin ser bien conocido.

Para esquivar a la envidia, conviene no atraer su atención, ni nunca hacer ostentación de los bienes y saber disfrutar la felicidad interiormente.

El odio es el fruto de las ofensas, y debemos evitarlo no atacando a nadie con propósito deliberado, injusticia contra la cual el buen sentido es suficiente para ponernos en guardia, puesto que sus consecuencias han sido tan perjudiciales para el bien de las gentes. Hay casos en que nos atraemos el odio sin haber tenido enemigos. La medianía de nuestra fortuna y la dulzura de nuestro carácter impedirán que se desconfíe de nosotros, y nadie nos tendrá miedo cuando sepa que nos puede ofender sin peligro.

Además, es conveniente que nuestra reconciliación con cualquiera sea fácil y segura. Tanto en la casa como fuera de ella, es bien triste hacerse temer de los esclavos y de los hombres libres. No hay enemigo pequeño, ni que deje de tener bastante fuerza para perjudicar. Agregad a esto que nadie se puede hacer temer sin temerse a sí mismo ni ser terrible con seguridad.

Queda el desprecio, el cual puede extenderse o encerrarse en sus límites, cuando le es menospreciado por quien lo ha querido así y no por quien lo mereciera. Se nos preserva de estos inconvenientes por el estudio de las letras y por la amistad de quienes siguen las inspiraciones de los hombres famosos; pero es preciso interesarse, y no encadenarse, de miedo a que el remedio no resulte más costoso que la enfermedad.

Nada más eficaz que mantenerse tranquilo y entretenerse algo con el trato de los demás y mucho consigo mismo. La conversación tiene atractivos halagüeños, pero que insensiblemente descubren los secretos, como la embriaguez y el amor: repite lo que ha oído decir y no se limita a lo que ha oído. El que no calla una habladuría, tampoco calla quién es el autor del sucedido. No hay persona que no tenga un amigo de toda su confianza, en

quien depositarla. Prudentemente ha contenido el prurito de hablar y se ha limitado a franquearse con una sola persona. De boca en boca, por toda la ciudad tendrá de ello conocimiento, y lo que era un secreto será muy pronto un rumor público.

El fundamento de la seguridad está en no cometer injusticia alguna. El hombre que no sabe contenerse pasa su existencia con la turbación y la confusión. Teme proporcionalmente al mal que hace. Nunca está sin angustia, pues las alarmas siguen al delito, fijándose tales inquietudes en el alma. El testimonio de su conciencia no permite a los malhechores en pensar con otra cosa, pues les conduce siempre a ellos mismos: de súbito, al castigo cuando lo aguardan, y lo aguardan cuando lo temen. Con una conciencia depravada, el hombre puede encontrar la seguridad, pero no sentirse nunca en seguridad. Aunque oculta, le cree descubierto. Aun durmiendo está intranquilo. Al hablarse de un crimen cualquiera, se piensa en el propio delito, nunca borrado y disimulado. Un criminal tiene momentos de dicha, pero nunca la certidumbre de no ser descubierto.

* * *

Nada es más delicioso que una amistad dulce y fiel. ¡Qué dicha disponer de un hombre en cuyo seno podamos depositar con seguridad todos nuestros secretos, sobre cuya discreción contamos aún más que con la nuestra! ¡Un hombre cuya conversación soslaye nuestras inquietudes, cuyos consejos nos deciden por el partido más prudente, cuya alegría disipe nuestra tristeza y, finalmente, cuya vida sola nos dé gozo!

* * *

¿Cuál es mi objeto al contraer una amistad? Es el de tener un amigo por quien morir, alguien a quien acompañar en el destierro, una persona a quien salvar a costa de nuestra propia vida.

* * *

«He aquí—dijo Hécaton—un filtro sin hierbas, sin drogas, sin encantamiento: amad, y se os amará.» El há-

bito de una amistad antigua y sólida tiene dulzores; los primeros momentos de una amistad naciente no los tiene menos. Sembrar y cosechar son dos placeres para el labrador: adquirir y poseer un amigo son también dos regocijos para el sabio. El filósofo Attalus no prefería el amigo antiguo al amigo moderno, como un pintor concede su predilección al acto de componer que al de haber compuesto su cuadro. La inquietud y los cuidados de la composición inspiran una dulce alegría en plena efervescencia del trabajo. El placer no es el mismo cuando la obra ha recibido la última mano. No se goza más que con los frutos del arte sino puliendo y saboreando con el trabajo el arte mismo.

* * *

Al considerar a alguien como un amigo y no tener en él la misma confianza que consigo mismo, es por demás engañarse e ignorar la extensión de la verdadera amistad. Que vuestro amigo sea el confidente de todas vuestras deliberaciones, pero que antes haya sido él objeto de ellas. Objeto de la confianza, después de formada; del discernimiento, antes de formarla. Es confundir los deberes, violar la regla de Teofrasto, comprometerle sin conocer y romper cuando se conozca. Reflexionad largo tiempo sobre la elección de un amigo: una vez decididos, abridle de par en par todas las puertas de vuestra alma.

* * *

Es sabio conservar siempre al ingrato la apariencia de la amistad o la misma amistad si él retorna a la virtud. La perseverancia en la bondad triunfa de los malvados. ¿Dónde está el hombre por demás insensible, y asimismo enemigo de toda virtud, que no quiera a la larga un beneficio más poderoso que el ultraje? La impunidad de la ingratitud llegaría a ser una obligación nueva.

* * *

¿Por qué no buscar un amigo más que en el senado o en el foro? Puédese encontrar sin salir de vuestra casa. Frecuentemente los mejores materiales se pierden por falta de obreros, y no se trata más que de hacer un ensayo. ¿Qué pensaríais de un hombre que, deseando comprar un caballo, no mirara más que la montura y el freno, sin pensar en el animal? No hay mayor locura que la de no juzgar al hombre más que por los vestidos o por la profesión, que es, por decirlo así, el hábito del hombre moral. ¿Es un esclavo? Pues quizá tiene un alma libre. ¿Es que ha hecho un crimen? ¿Es que todos los hombres no lo son?

* * *

Un hombre es verdaderamente grande y verdaderamente justo si estima a sus mismos enemigos cuando revelan heroicidad, cuando mueren abnegadamente por la libertad y la salud de su patria, pues desea para la suya parecidos ciudadanos y semejantes soldados. Es vergonzoso odiar a un hombre que se estima. Nunca hay razón poderosa para odiar a quien debería excitar la compasión. Será, por ejemplo, un esclavo reducido de improviso a la esclavitud quien conserva todavía vestigios de libertad, quien no se presta con solicitud a las funciones viles y penosas de su nuevo estado. Acostumbrado a una vida sedentaria, no puede seguir a la carrera al caballo o al carro de su amo; rendido por las vigilias jornaleras, quedará vencido por el sueño; transportado de la ociosidad de la ciudad a una de vuestras tierras, rehusará los trabajos demasiado rudos, o no los ejecutará más que débilmente. Distingamos, pues, entre la impotencia y la dañina voluntad, pues encontraremos bastantes inocentes si los juzgamos con frialdad antes que cegarnos por la cólera.

* * *

Se ama cuando se es amigo, pero cuando se ama y no es amigo para esto, el amigo es siempre útil; el que ama puede algunas veces perjudicar. Trabajar, pues, aunque no sea más que para aprender a ser amigo. Sin embargo,

apresuraos; podéis todavía obtener provechos; más tarde, vuestro aprendizaje sería para otro. Es cierto que gozo de antemano soñando que formaremos una sola alma; que, a pesar de la poca diferencia de nuestras edades, a la caducidad de la mía suplirá el vigor de la vuestra. Pero yo quiero una dicha más real. Indudablemente, un amigo, aunque apartado de nosotros, causa alegría, pero una alegría débil y pasajera. La vista, la presencia, los cuidados dan más vida a la alegría, sobre todo si el amigo que se desea comparece tal como le deseamos. Presentadme el más bello de los regalos, vuestra persona; y, para ser más diligentes, soñad que sois viejos, que vosotros sois mortales. Aprovechaos, antes que nada, de la ciencia de vuestro maestro, de acuerdo con vosotros mismos. Es la prueba más segura de vuestros progresos; hela aquí: examinad lo que hoy queréis y lo que ayer quisisteis. El cambio de voluntades anuncia un alma flotante, conducida para acá y para allá, de un lado a otro, según la intensidad del viento. Quedaría inmóvil si tuviera una base fija y asegurada; pero tal felicidad no pertenece más que al sabio o al que va a serlo. ¿Cuál entre ellos la diferencia? El segundo recibe una sacudida, pero sin quedar desplazado; el primero no la experimenta nunca.

* * *

Con el tiempo el dolor se desvanece; no queda, en el fondo del alma, más que una dulce voluptuosidad. Según Attalus, «la idea de nuestros amigos es dulce como la miel, cuando viven; mezclada de amargura, cuando mueren; se sabe que las amarguras son buenas para el estómago». Yo no pienso lo mismo. El recuerdo de un amigo me place siempre, lo mismo después de su muerte. Cuando vivía, yo esperaba a perderle; después de haberle perdido, yo creo poseerle todavía.

* * *

¿Creéis que yo predico la insensibilidad? ¿Que os exhorto a seguir, con la cabeza erguida, el cortejo fúnebre de vuestro hijo? ¿Que yo no permito a vuestro corazón su-

frir? De ninguna manera : sería inhumanidad, y no valor, el ver los funerales de sus deudos con los mismos ojos que si los viera vivos, y sin dejar de conmoverse en el primer momento de la separación. Y aun cuando yo lo prohibiera, hay movimientos independientes de la voluntad : las lágrimas derrámanlas los mismos que se esfuerzan en retenerlas ; su efusión es un alivio para el alma. Permitámoslas aparecer, pero no las forcemos : que corran tanto como nuestro sentimiento las imponga, sin que el deseo de imitar a otros las contraiga. No aumentemos nada al dolor ni le acrecentemos como modelo de otros dolores. La ostentación es así más exigente que el dolor mismo.

* * *

Con frecuencia el sabio puede llorar sin comprometer su dignidad ; pero contiene su dolor dentro de límites tan justos, que dejando ver su sensibilidad no se envilece. Yo lo repito : puede abandonarse a los movimientos de la naturaleza sin disminuir su buena fama. Yo he visto hombres respetables asistir a los funerales de sus hijos. Sus semblantes llevaban impresa la ternura paternal, sin poner de manifiesto un dolor afeminado : en ellos no se observaba otra alteración que la producida por sentimientos sinceros e irreprimibles. El dolor tiene su decencia que el sabio debe observar ; en las lágrimas, como en todo lo demás, hay un término, en el que es preciso detenerse. Sólo, pues, los ignorantes se entregan a transportes, tanto en la alegría como en el dolor.

* * *

Si los gemidos no resucitan a los muertos ; si el destino es inmutable y sus juicios son irrevocables, no enterneciéndose por las estadísticas del infortunio, si nunca la muerte abandona su presa, pongamos término a un dolor vano, sepamos regular su curso, y no nos dejemos nunca arrebatar por su violencia.

* * *

Convengo en ello; el hombre quiere naturalmente su cuerpo; convengo en ello, es su tutor, pero aunque le asiste no le sirve. ¡Cuando se ha hecho su dueño es mientras le ha esclavizado, mientras tiembla por él, mientras le rinde todo! Tratámosle como no pudiendo vivir sin él y no como debiendo vivir para él. ¿Le amamos demasiado? Más calma, más de reposo, más de seguridad; siempre temores, cuidados y sufrimientos. La virtud no vale nada cuando el cuerpo vale demasiado. Cuidemos al cuerpo, pero sin inclinarnos a arrojarle a las llamas a la primera señal de la razón, del honor, del deber. Mientras tanto que está con nosotros, salvémosle, sin embargo, de los males ante la más fuerte razón del peligro. Para ponerle en seguridad, pensemos de vez en cuando en los medios de rechazar los ataques peligrosos. Dichos medios se reducen a tres: a temer la pobreza, las enfermedades y la violencia. De estos tres temores, el último no proporciona al alma las mayores seguridades, porque la tiranía se anuncia con el ruido y el fracaso. Los males naturales, la indigencia y las enfermedades, deslízanse silenciosamente, no asustan a los oídos ni a las miradas. El aparato de la tiranía es más imponente: marcha cercada y escoltada con hierros, con fuegos, con armas, con cadenas, con bestias feroces prontas a despedazarnos. Imaginaos que sufrís los calabozos, las cruces, los caballetes, las agujas de hierro, los instrumentos que atraviesan de parte a parte, los carros que, conducidos en dirección contraria, desgarran los miembros, las túnicas impregnadas de materias inflamables; imaginaos, en una palabra, todas las invenciones de la barbarie, y quedaréis menos admirados que con todos estos suplicios tan diversos, con una exterioridad tan terrible, y comprenderéis cómo la tiranía causa tanto terror. Si la tortura es tanto más eficaz cuanto más instrumentos de martirio utiliza, del mismo modo el hombre invencible al dolor se deja vencer y doblegar por la vista, pues entre tantos motivos que nos aterrorizan, el más poderoso es el que ante nuestros ojos dispone de mayor número de suplicios. El hambre, la sed, la pulmonía, la fiebre abrasadora son padecimientos muy graves; pero no se les ve, llegan sin cortejo, sin escolta, mientras que aque-

llos instrumentos son como los ejércitos formidables ante cuya vista se llena de pavor el enemigo y depone las armas.

* * *

Hay hombres que propalan en las encrucijadas lo que no debe confiarse más que a un amigo, y descargar sobre el primer viandante el secreto que les pesa. Hay otros hombres que temen confiarse a sus amigos más íntimos, y encierran su secreto en el fondo del alma y, a ser posible, se lo ocultarían a sí mismos. Evitemos estos dos defectos. Confiarse a todo el mundo y no fiarse de nadie, son dos excesos: mayor generosidad en el primero, mayor seguridad en el segundo.

* * *

Si la gloria es la recompensa de la virtud, debe como ella no perecer nunca. Los elogios de la posteridad no nos enternecerán, sin duda; pero, a pesar de nuestra insensibilidad, ella no nos dirigirá menos felicitaciones. Hay hombres a quienes la virtud ha testimoniado su gratitud durante su vida y después de su muerte. Estos son los que la han seguido de buena fe, sin disfrazarse ni encubrirse, siendo siempre lo que fueron, sea porque pretendieron alcanzarla, sea porque se les entrara de rondón en sus casas. La hipocresía sirve para pocos, el tinte ligero de un barniz superficial sólo seduce a contadas personas. La verdad, por cualquier lado que se la mire, es siempre la misma. La falsedad no tiene consistencia; la mentira es transparente, pues con alguna atención se la puede ver al trasluz.

* * *

Un crimen es perjudicar a la patria y, por consecuencia, a un ciudadano, quien forma parte de aquélla, tan sagrada dicha parte como las demás cuando el todo es respetable. Por tanto, es todavía mayor crimen perjudicar a un hombre que es vuestro conciudadano en una sociedad mucho más dilatada. ¿Está la mano dispuesta a perjudicar

al pie, y el ojo a la mano? No, sin duda; todos los miembros están de acuerdo para que la conservación del todo dependa de las partes. Por la misma razón, los hombres se perdonan los unos a los otros; han nacido para la sociedad y la sociedad no puede subsistir sin la unión y la identificación de sus componentes.

* * *

Es fácil impulsar a los oyentes al amor de la virtud, puesto que la naturaleza ha impreso los fundamentos en todas las almas, y nosotros tenemos todos los gérmenes y estamos predispuestos para las más sublimes acciones. Las exhortaciones de un filósofo despiertan dos fuegos adormecidos en nuestras almas. ¿No recordáis cómo los aplausos retumban en los teatros cuando se relatan máximas que el pueblo siente y que toma por verdades? Escuchad éstas:

«De muchas cosas está falta la indigencia; pero de todas lo está la avaricia, pues un avaro no es bueno para nadie, y menos aún para sí mismo». Hasta el hombre más vil aplaude, encantado de ver cómo en el teatro se anatematiza sus vicios. ¡Cuánto mayor no será el efecto causado cuando sea un filósofo quien interprete dichas máximas!

* * *

No hay hombres, a mi juicio, que hagan más daño al género humano que los que han tomado la filosofía como un oficio lucrativo, y que viven de otro modo que no enseña a vivir, pues ofrécense ellos mismos por ejemplo de la inutilidad de la ciencia, como esclavos de todos los vicios contra los cuales se encolerizan. Un maestro de este temple no puede ser más útil que un piloto que, al surgir la tempestad, se hubiese mareado. ¿Cómo gobernaría el timón; cómo lucharía contra las montañas y los abismos de las olas; cómo desplegar las velas con el furor de los vientos? ¿Para qué servirá un piloto que vomita? ¿La vida no está, de la misma manera, expuesta a las tempestades mucho más temibles que las de bajel alguno? No

se trata, pues, de charlar, sino de gobernar. Todo lo que ellos dicen, todo lo que narran a la multitud que aplaude, no es suyo: es lo que dijeron Platón, Zenón, Crisipo, Posidonius y la muchedumbre inmensa de filósofos. ¿Cómo probarán ellos que los dogmas de aquéllos les pertenecen? Yo quiero que los aprendan a ejecutar tal como lo dicen.

* * *

Es más honroso, me diréis vosotros, gastar el dinero en libros que emplearlo en comprar velas de Corinto y en pinturas. Todo exceso es un vicio. ¡El medio de perdonar a un hombre es el de que, después de mandar construir a sus expensas armarios de cedro y de ébano, después de haber juntado las obras de autores desconocidos o menospreciados, entre tantos libros no asegure que lo único bello que tienen son los títulos y las encuadernaciones! En las casas de los hombres más desocupados hallaréis la colección completa de los oradores e historiadores, y cuadros al óleo por todas las habitaciones, hasta llegar a la techumbre de la casa. En la actualidad, en los mismos baños y termas se coloca una biblioteca como ornamento preciso. Yo disculparía este delirio al provenir de un exceso de amor por el estudio; pero no si se buscan con tanto cuidado las obras y los retratos de los hombres más famosos para adornar paredes y murallas.

* * *

Aseguramos que cumplen con sus verdaderos deberes los que a diario conversan con Zenón, Pitágoras, Demócrito, Aristóteles, Teofrasto y los demás instructores y guías de las costumbres y las ciencias. Ninguno de estos hombres famosos dejará de recibiros bien, pues cuantos llegan a sus escuelas no las abandonarán sin encontrarse más dichosos, sin amarlos más cada día y sin irse con las manos vacías. Por estas circunstancias cada cual los puede abordar a su manera, lo mismo de noche como de día; ninguno de ellos mandará que muráis, sino que os enseñarán a morir bien; ninguno de ellos será la causa de que

perdáis el tiempo, sino que os dará el suyo; ninguno de sus discursos acarreará desgracias sobre vosotros, puesto que su amistad no entrañará vuestra pérdida ni nada os costará el obtener sus favores.

* * *

Para curarnos, es conveniente separarnos de la muchedumbre, pues el vulgo combate siempre contra la razón en favor de sus males. De este modo llega a ocurrir lo que vemos en las asambleas del pueblo, o, cuando el compadrazgo ha terminado de intrigar, que se erigen, para escándalo y sorpresa nuestra, como pretores los mismos que nos dieron nuestros sufragios.

* * *

Yo no aproximo nunca ante mis ojos cuanto corcierne a los hombres. Dispongo de otra luz más fiel y más segura. En el alma nuestra está. Con ella deben descubrirse las buenas cualidades de las almas.

* * *

Fabio pretendía que la disculpa más vergonzosa para un general era decir: «Yo no había pensado en ello.» Está mismo excusa es la más vengonzosa para todos los hombres. Pensad en todo, esperadlo todo, pues encontraréis alguna rudeza en las costumbres mismas por muy agradables que sean. La naturaleza humana produce amigos insidiosos, ingratos, avaros, impíos. No juzgad a los individuos más que después de la especie. Hasta en el seno mismo de la alegría encontraréis muchos motivos de temor; bajo una calma aparente están ocultos mil principios de turbación que no están aún descubiertos. Aguardad siempre mil obstáculos imprevistos. Un sabio piloto, al desplegar las velas, tiene siempre las jarcias prontas para arriarlas en caso de necesidad.

* * *

No se está oprimido por la mala suerte cuando nos engaña la buena. Los que están a merced de sus regalos, considerándolos durables y personales; los que se han inflado de vanidad, están llorosos, abatidos, porque sus almas frívolas y pueriles, insensibles a todo placer sólido, se ven privadas de estas diversiones engañosas y momentáneas; pero el hombre a quien la prosperidad no ha enorgullecido no queda consternado por ninguna revolución: como ya probó su firmeza, se muestra invencible en todos los estados y, en el seno mismo de la felicidad, se estuvo preparando contra el infortunio.

* * *

Pensad, dentro de vuestros males, en no entregar al dolor más tributo que el que pide, y no el que prescribe la costumbre. La mayor parte de los hombres derraman lágrimas por hacer de ellas alarde, pues tienen los lagrimales secos cuando no tienen espectadores. En cambio, se considerarían deshonrados con no llorar cuando todo el mundo llora.

* * *

Para juzgar los acontecimientos con equidad, es preciso examinar la condición de las cosas humanas: nada más injusto que hacer a los individuos responsables de los vicios de la especie. Un cutis negro pasa desapercibido entre los etíopes, así como los cabellos rubios entre los germanos; una cabellera trenzada no es cosa indecente en un hombre perteneciente al último pueblo. En una palabra, no achacaréis ningún crimen a un particular con atribuirle lo que es común a todos los de su nación. Los ejemplos que acabo de presentar no están autorizados más que por el uso de un solo país, de un rincón del mundo, ¿pero cuánta mayor razón no habrá para hacer gracia a los vicios comunes con el género humano? Todos nosotros somos inconsiderados, imprudentes, inconstantes, camorristas, ambiciosos por demás, y para no disfrazar con términos más melifluos nuestro padecimiento general, somo todos nosotros unos malvados. De esta ma-

nera todos los vicios que se reprochan a los demás, cada uno los lleva dentro de su propio seno. ¿Por qué señalar la palidez de uno, la grosería del otro? ¡La peste epidémica es general!

* * *

La ingratitud es el crimen de las sociedades como de los individuos. Que cada uno se reconcentre en sí mismo; que no haya nadie de dolerse de un ingrato. Si todo el mundo se duele es que todo el mundo tiene el derecho de dolerse. Así todos los hombres son ingratos. ¿Pero no son más que ingratos? Son todos codiciosos, envidiosos, holgazanes, y especialmente los que parecen más audaces. Agregad que son todos unos ambiciosos y todos unos impíos. Sin embargo, no los aborrezcáis por eso. Perdonadlos: son todos unos insensatos.

* * *

Mientras que respiremos, mientras que vivamos entre los hombres, cultivemos la humanidad, no seamos temibles ni peligrosos para nadie. Pongámonos muy por encima de las pérdidas, de las injurias, de los ultrajes, de las burlas, de los sarcasmos. Sobrellevemos con valor estos inconvenientes que deben durar tan poco. En tanto que miramos hacia atrás y que nos detenemos, la muerte se presenta ante nosotros.

* * *

El sobrenombre de «padre de la patria» no ha sido otorgado a los príncipes más que para hacerles conocer que se les ha conferido el poder paternal, el más moderado de todos: no velar más que por el bien de sus hijos y sacrificar su interés por el de ellos. Un padre no consiente, sino lo más tarde posible, en cercenar uno de sus miembros; y hasta después de la amputación querría ponerse en su lugar; gime durante la operación, a la que se determinó después de haberla diferido por largo tiempo. Quien condena prontamente está bien cerca de condenar con gusto: el exceso de severidad se parece mucho a la

injusticia. En nuestro tiempo se ha visto al pueblo en la plaza pública acribillar a golpes de estilete a Erisón, caballero romano, por haber hecho sucumbir a su hijo a fustazos y latigazos. La autoridad de Augusto no pudo arrancarle más que con pena a las manos crueles de padres e hijos.

* * *

¿Cuál es el deber primordial de un rey? El de un padre que dirige a sus hijos ora reproches, ora amenazas y alguna vez se ve forzado a golpearle. ¿Qué hombre razonable deshereda a su hijo desde la primera ofensa? Si la importancia y el número de las injurias no hacen perder la paciencia, si las faltas que teme no alcanzan hasta el grado de imponerle una condena, no debe apelar a los medios extremos; se ensayan todas las prácticas de atraer a la virtud una voluntad indecisa o que se inclina hacia el mal. Sólo pone en ejercicio la severidad al no haber otro remedio, pues, perdida toda esperanza, acaba por aplicar el castigo riguroso. La clemencia viene en socorro no solamente de la inocencia, sino también con frecuencia de la misma virtud, porque las circunstancias truecan algunas en punibles las acciones más laudatorias.

* * *

El rayo al caer no hiere más que a pocos hombres, y les sobrecoge a todos. Lo mismo sucede con los castigos de la suprema potencia, que producen menos daños que terror. Es con razón: en el hombre que lo puede todo, se considera menos lo que hace que lo que hubiese podido hacer.

* * *

El poder de salvar es la más poderosa prerrogativa de una alta potencia, nunca tan digna de envidia cuando ella comparte el poder con los dioses, para el beneficio de los cuales, buenos o malos, gozamos de la luz. ¿Que un príncipe, pues, a ejemplo de la divinidad, considera con amor a los súbditos que son virtuosos y útiles?; ¿que conserva

a los que no lo son por hacer número? Es que deseará la existencia de los primeros y tolerará la existencia de los segundos.

* * *

Nada más dulce que vivir en medio de los votos públicos y de los votos que no sean nunca dictados por el temor de la delación, o dictados a la menor sospecha de enfermedad, no de la esperanza, sino de la angustia. El estar rodeado de sujetos dispuestos a dar lo que tengan más precioso para rescatar la vida de su jefe, ¡y mirando como personales los bienes y los males que le acaecieran! Para estos radiantes testimonios de su bondad, el soberano hace comprender que la república no es para él, pero que él se la república. ¿Quién osará de que caiga en alguna emboscada? ¿Quién no querría detener por sí mismo los golpes de la fatalidad asestados a la cabeza de un monarca bajo cuyo imperio la justicia, la paz, el pudor, la seguridad, el mérito son su timbre de gloria, pues merced a su celo el Estado enriquecido está superabundante en todos los bienes? Todos los sujetos contemplan a su maestro con la misma veneración que ellos rendirían a los dioses, si éstos se mostraran a los mortales. ¿No es, en efecto, tener el primer rango después de éstos, de obrar conforme a su naturaleza, y de ser como ellos, bienhechor, liberal, poderoso para labrar la dicha de los hombres? Esta es la perfección a la cual es preciso aspirar; éste es el modelo que es preciso presentar: no ser el más grande más que por ser el más virtuoso.

* * *

¿Por qué razón los rayos que Júpiter lanza sólo son favorables, y los que lanza a instancia de los demás dioses dañosos y destructores? Es que Júpiter, es decir, los reyes, no tienen necesidad más que de ellos mismos para hacer el bien, pero tienen necesidad de consejo para hacer el mal. ¡Oh, vosotros a quienes los hombres han confiado el soberano poder, aprended de que el rayo mismo no es lanzado sino después de una deliberación!; ¡implorad

los consejos, reflexionad bien sus advertencias y recapacitad que Júpiter, para herir, no tiene bastante con sus propias inspiraciones!

* * *

El oído cauteloso del tirano está abierto a todas las delaciones; parece que teme a la vez a los dioses y a los hombres testigos y vengadores de sus delitos, especialmente cuando ha llegado a tal punto de perversidad que no puede ya cambiar de conducta. En efecto, la crueldad, entre otros males, tiene el de exigir la perseverancia y el de impedir la vuelta a la virtud. Es preciso sostener los crímenes anteriores con otros nuevos. ¿Quién más desgraciado que el hombre compelido a ser un infame? Y es que un tirano es digno de compasión (me refiero a la suya, porque de la de los demás sería un crimen), cuando no ejerce su poder más que para los asesinatos y las rapiñas; cuando todo alrededor suyo le es sospechoso, tanto dentro como fuera de su palacio; cuando no le queda más recurso que las armas, a las que tiene verdadero cariño; cuando desafía el afecto de la amistad y la ternura de sus hijos; cuando recapacita en los crímenes que ha cometido y en los que le quedan por cometer; cuando descubre su conciencia manchada por las crueldades y desgarrada por los remordimientos. Si con frecuencia teme la muerte, con más frecuencia la desea, odioso a sí mismo, más todavía que a sus esclavos.

* * *

No hay animal más propenso a encabritarse que el hombre, y por esto su conducta reclama una maestría especial, y los defectos de aquél más indulgencia. ¡Qué locura es la de avergonzarse por montar en cólera contra las fieras del monte, y por hacer sentir al hombre el yugo del hombre mismo! Deben tratarse las enfermedades sin cólera: porque los vicios son enfermedades del alma que solicitan un tratamiento dulce y un médico sin arrebatos.

Solamente el ignorante es quien desespera para dispensarse de curar.

De aquella manera es como debe conducirse el soberano encargado de la salud común: que no desespere demasiado tarde, que no se apresure a decir que la enfermedad es mortal; que luche contra los vicios y los resista; que avergüence a los unos de su dolencia; que distraiga a los otros con lenitivos. Así la cura será eficaz y rápida. El príncipe debe no solamente curar, sino procurar que no queden cicatrices infamantes. ¿Qué gloria alcanza un soberano con un castigo cruel que obliga a poner en duda su poderío? Pero si colma de elogios, si pone un freno a las pasiones, si libra muchas víctimas de la cólera de los demás, y no inmola a nadie con la suya, ¿quién no le proclamará como verdadero príncipe?

* * *

¡Yo te lo demando, oh Alejandro! ¿Qué diferencia existía entre el hecho de exponer a Lisímaco a luchar con un león y el de desgarrarle con tus pobres dientes? ¡Sus garras eran tu boca; su ferocidad, la tuya! Tú habrías deseado, sin duda, estar armado de zarpas, de colmillos tan punzantes como para devorar a un hombre. Yo no hubiera exigido de ti que tu brazo, fatal a tus amigos más queridos, hubiese sido caritativo a nadie; que tu alma feroz, azote de las naciones, se hubiera de saciar sin homicidios y sin efusión de sangre. Por el contrario, yo hubiera apelado clemencia ante ti para que eligieran tus amigos un verdugo.

He aquí lo que la crueldad tiene de más abominable: primeramente pasa de los límites de las leyes; después, los de la humanidad; procura aplicar nuevos suplicios; llama a la industria en su socorro; imagina instrumentos para variar y prolongar el dolor; el espectáculo de las torturas es para ella un regocijo. Esta horrible enfermedad del alma llega a su colmo con la demencia, cuando la crueldad convertida en placer y la destrucción del hombre en pasatiempo no tienen miramiento alguno. Semejante monstruo está abocado a la ruina, al odio, al ve-

neno, al acero vengador; tiene tantos peligros porque temer que, a su vez, se hace temer de todos.

* * *

Las penalidades de un buen ciudadano no son baldías: sus discursos, su presencia, su aspecto, sus modales, su firmeza muda, su misma diligencia son útiles. Así como existen remedios cuyo olor solo resulta eficaz, independientemente del sabor y del contacto, lo mismo sucede con la virtud, pues, alejada y oculta, extiende a lo lejos su influencia beneficiosa, bien porque tenga la libertad de extenderse y usar de los derechos, bien porqu se la coarte y restrinja al mínimo y que se la fuerce a plegar sus veles. Esté ociosa, muda, limitada o dueña de mostrarse a toda luz, nunca deja de ser muy útil. Y bien: ¿miráis como inútil el ejemplo de un hombre que sabe sosegarse?

* * *

Se engaña quien crea que el dar sea una cosa fácil. Se encuentran más dificultades de las que se piensan cuando se quiere consultar a la razón, para no repartir beneficios a la casualidad y a ciegas. Yo me anticipo con uno; cumplo con otro; socorro a un tercero; me compadezco de aquél; atiendo a las necesidades de éste, para que la pobreza no le extravíe y consuma. Desde luego que habrá personas a quienes no daré nada, aunque lo necesiten, porque siempre serán pobres dándoseles lo que se les dé. En cambio, también habrá a quienes ofreceré mi dinero y les forzaré a recibirlo. No puedo estar impasible ante un asunto de tanta importancia, y, por consiguiente, no colocaré nunca mejor mi dinero que cuando lo dé.

* * *

No se enriquece más que por la ruina de otro. Se odia a las gentes afortunadas y se desprecia a los desdichados. Estos, oprimidos por los poderosos, se vengan en los débiles. El alma misma es la presa de mil pasiones diver-

sas. Sacrificaríase al Estado entero al menor provecho y por el placer más nimio. La sociedad se semeja a una escuela de gladiadores: unos con otros luchamos y todos tenemos que pasar juntos la vida; pero como una asociación de bestias feroces. ¡Peor que éstas, porque viven unas con otras apaciblemente y respetan a sus semejantes! Los hombres se complacen al despedazarse mutuamente. Las fieras se domestican con los que las dan de comer; la rabia de los hombres devora al mismo pecho que los amamanta.

* * *

Descartémonos de la doctrina de Epicuro, cuando dice: «No hay justicia absoluta nunca. No precisa evitar las malas acciones puesto que no se puede evitar el temor consiguiente.» Pero creamos con el filósofo que la conciencia se encarga del castigo de los crímenes, pues ella siembra en el malvado inquietudes eternas y le imposibilita confiarse a las mismas garantías de su seguridad.

* * *

La demencia no reina solamente entre los particulares, sino que también ha extendido sus dominios sobre naciones enteras. Castigamos a los homicidas y a los asesinos; pero las guerras, las matanzas de los pueblos, ¡son atentados gloriosos! La codicia y la crueldad no conocen barreras, pues cuando estas pasiones se encuentran entre los individuos y no se ejercen más que en secreto, son menos fatales y menos monstruosas. Pero aquellos crímenes son autorizados por decretos del Senado y por las voluntades del pueblo. A la nación se demanda lo que se prohibe a los ciudadanos: acciones punibles cuando se realizan secretamente, pero que obtienen aplausos cuando se realizan públicamente. Los hombres, los más dulces de los animales, complácense en degollarse recíprocamente, en hacerse guerras, en transmitirlas como herencia a sus hijos, mientras que la paz reina entre las bestias feroces, privadas del don de la palabra.

* * *

Si nosotros no sabemos soportar las injurias, arreglémonos de manera que no las recibamos, tratemos con personas de condición dulce y fácil; evitemos a los hombres irascibles y molestos. Insensiblemente se adquieren los defectos de las personas que nos rodean, y las afecciones del alma, lo mismo que ciertas enfermedades del cuerpo, se transmiten por contagio. Un borracho nos hace amar el vino; la sociedad de los pervertidos enerva, a la larga, al hombre más firme, y la ponzoña de la avaricia se comunica a todo el que se aproxima a ella.

Las virtudes, por el contrario, producen el mismo efecto: reparten su dulzura a quien se les acerca. La salubridad del clima es menos beneficiosa a los enfermos que el trato de las personas virtuosas a las almas todavía vacilantes. Os convenceréis de ello viendo a las mismas fieras amansarse entre nosotros. Las más bravías se despojan de su ferocidad viviendo con los hombres y, poco a poco, olvidan su natural sanguinario. Agregad a todo esto que no tan sólo con el trato de las personas pacíficas os beneficiáis con ejemplos edificantes, sino que también estáis imposibilitados para molestaros y para ejercer vuestro vicio dominante.

* * *

Es preciso abstenerse de la cólera, ya sea con los iguales, ya sea con los superiores, ya sea con los inferiores. Con los iguales la venganza es incierta; con los superiores es una locura; con los inferiores, una bajeza. No hay hombre débil y desdichado que no devuelva el mal con el mal. Las ratas y las hormigas muerden la mano que les ataca; los animales sin fuerza se creen heridos desde que se les toca. Nosotros estamos en el deber de apaciguarnos pensando en los servicios que nos ha prestado el que promueve nuestra cólera, y comparando estos beneficios con su ofensa.

Más aún: representémonos la gloria que procura la reputación de clemencia, y cuánto ha contribuído el perdón de las injurias a hacer amigos útiles. Ni extendamos nunca nuestra cólera a los hijos de nuestros enemigos públi-

cos o particulares. Una de las mayores crueldades de Sila fué la de haber desterrado a los hijos de los proscriptos. ¡Qué injusticia hacer heredar a un hijo el odio que se tenía al padre!

* * *

El aspecto de un imperio pacífico y gobernado con moderación es el del cielo puro y radiante. Dentro de la tiranía reina el desorden, las tinieblas, la oscuridad; un temblor frío y general se extiende a todos con el menor ruido, hasta el punto de que el mismo promotor no se ve exento de dichas sacudidas. El encarnizamiento de la venganza es más disculpable a los particulares: se les ha podido ofender y su resentimiento está fundado en una injuria. Además, temen al desprecio y el perdón de las injurias podría parecer en ellos demasiada debilidad y no clemencia. Pero cuando la venganza es fácil, quien se abstiene puede estar seguro de ser estimado por su dulzura. Dentro de una condición privada, sin embargo, los ademanes amenazadores, las reyertas, las disputas, los arrebatos de la cólera están más tolerados, puesto que entre personas de la misma fuerza los golpes son ligeros. Pero para un príncipe el hablar demasiado alto, el servirse de expresiones poco mesuradas, son cosas indignas de la majestad de su condición.

* * *

Es preciso desterrar las sospechas y las conjeturas que con frecuencia nos irritan y nos engañan. Tal hombre no me ha saludado con la debida cortesía; tal otro no me ha abrazado; estotro me cortó la palabra; aquél no me invitó a comer; yo he observado cierta aversión en el semblante de otro individuo... y mil otras sospechas para las que nunca faltarán pretextos. Pongamos en ello menos delicadeza y tomemos siempre las cosas por donde hemos de tomarlas, por su lado bueno; no creamos que lo que nos ofende la vista es lo evidente, y todas las veces que nuestras sorpresas resulten falsas, reprendámonos nuestra cre-

dulidad. Estos reproches nos habituarán a no darnos crédito tan de ligero.

* * *

Cuando una discusión se prolonga y acalora, deteneos: la disputa se alimenta por sí misma, no se sale de ella sino cuando se ha avanzado demasiado. Es más fácil abstenerse del combate que abandonarle.

* * *

Pirro, maestro de gimnasia, recomendaba especialmente a los atletas el no enfadarse nunca: «La cólera —decía él—hace inútil la destreza, porque no piensa más que en golpear, no en parar».

* * *

La severidad de un general no se ejerce más que con las faltas de los particulares, pues la clemencia se impone cuando todo el ejército es el culpable. ¿Cuál es el motivo que reprime la cólera del sabio? Lo es la multitud de los culpables. De sobra conoce él que sería injusto y peligroso ofuscarse contra los vicios generales.

* * *

¿Por qué—diréis vosotros—no monto yo en cólera contra un ladrón? ¿Por qué no me enfureceré contra un envenenador? No; no montaré en cólera al hacérseme una sangría. Los castigos no son a mis ojos más que remedios; vuestros extravíos ahora dan principio; vuestras caídas no son graves sino frecuentes; ensayaré en un principio con vosotros reprimendas particulares, seguidas después de reproches públicos. Pero vuestro mal es demasiado inveterado para ser curado con discursos. La ignominia misma os atacará. Precisáis un castigo más fuerte y más sensible. Seréis desterrados a lugares desconocidos. Vuestra perversidad empedernida pide remedios más fuertes.

Se emplearán contra vosotros las cadenas y la prisión. Vuestra alma es incurable, vuestra vida no es más que un tejido de crímenes. No son otros motivos (y ellos no os faltan nunca) los que os determinan a pecar; vuestra única razón de hacer el mal es el placer de hacerlo; vosotros habéis bebido hasta las heces en la copa de la maldad y la corrupción, y así es que se ha arraigado en vosotros y no puede salir sin vosotros Hace mucho tiempo, desgraciados, que buscáis parecer. Pues bien: yo os prestaré ese servicio; yo condescenderé con la locura que os atormenta; después de haber causado la desgracia de los demás y la vuestra, obtendréis de mí la muerte y lograréis el único bien que os queda por esperar. ¿Por qué encolerizarme en el momento mismo que os presto este servicio? Matar a un desgraciado es, en ocasiones, la mayor muestra de piedad que se le puede dispensar.

* * *

El gran vicio de la cólera es el de no conocer freno; se desata contra la misma verdad al mostrarse en contra suya, aunque no sea más que por los gritos, tumultos, convulsiones, injurias y ultrajes, que así es como persigue su venganza. La razón no obra de este modo: si la necesidad lo ordena, destruye apaciblemente y en silencio casas enteras; lo hace extensivo a familias contagiosas para el Estado, con las mujeres y los niños, derrumba y arrasa los edificios mismos; aniquila numerosos enemigos de la libertad. Todo esto lo hace sin rechinar los dientes, sin menear la cabeza, sin herir la dignidad del juez, cuyo rostro no debe nunca tener más calma que cuando pronuncia una sentencia terrible.

* * *

Las fuerzas que la enfermedad o la exaltación febril dan a los pacientes son pasajeras, funestas y mortales para ellos mismos. No creáis, pues, que yo pierdo mi tiempo atacando a la cólera, puesto que se encuentran todavía personas que la creen útil, y que un filósofo ilustre la

reserva un papel, la mira como un principio de energía en los combates, en los detalles de la administración, en todas las circunstancias, en una palabra, que demandan algún calor. Porque no se engaña, porque no presume más que en algún tiempo, en algún lugar, sirve bien a quienquiera que sea, exponiéndonos su rabia, su locura, sus arrebatos; entregándonos todo su aparato, sus caballetes, sus cuerdas, sus calabozos, sus cruces, sus llamas, con que alumbra, alrededor de los desgraciados, que manda enterrar a medias dentro de una fosa; los garfios, con los cuales arrastra los cadáveres; las especies innumerables de trampas, suplicios, torturas, marcas que imprime sobre las frentes, las cavernas, en donde alimenta a los animales feroces destinados para desgarrar a las víctimas de sus furores... He aquí el cortejo en medio del cual es preciso colocar a la cólera lanzando silbidos agudos y horribles, más espantosos mil veces que todos los instrumentos que sirven para su furor.

* * *

¿Qué—diréis vosotros—, los castigos no son algunas veces necesarios? Sí, sin duda; pero es preciso que sean infligidos por la razón y por la ocasión. Entonces no son males, no tienen más que la apariencia, sino verdaderos remedios. Lo mismo que se introduce en el fuego un bastón torcido, con el fin de enderezarlo, para extenderlo y no para hendirlo, lo mismo es preciso corregir, con el dolor físico y el moral, las almas que el vicio ha depravado.

* * *

La cólera está ávida de venganza, disposición poco conforme a la naturaleza pacífica del corazón humano. Los beneficios y la concordia son la base de la vida humana. No es el terror, sino el afecto y las ayudas recíprocas los que forman las asociaciones humanas.

* * *

Las bestias no saben que al montar en cólera hay que

perdonar. Todas las pasiones humanas les son desconocidas. No tienen más que impulsos, que se asemejan a aquéllas, sin las cuales no podrían conocer el amor sin conocer también el odio; la amistad sin la enemistad; la discordia sin la concordia. Se encuentran bien entre los animales irracionales algunas huellas de estas afecciones; pero ellas son propias del alma humana, con las cuales constituyen la dicha o la desgracia. La previsión, el discernimiento, las ideas, han sido concedidas sólo al hombre. Los animales están privados no solamente de las virtudes, sino hasta de los vicios de la humanidad.

* * *

Es preciso corregir al que peca, sea por exhortaciones, sea por la fuerza, sea con la dureza, sea con la severidad. Es preciso hacerle más útil para él y para los demás, no digo sin castigo, pero sin enojo. Un médico ¿se encoleriza contra su enfermo?

* * *

La razón no llamará en su auxilio a los impulsos ciegos y fogosos sobre los cuales no podría nunca sustentarse un imperio, y que ella no podría reprimir más que oponiéndole pasiones de igual fuerza, como el temor a la cólera, la cólera a la pereza y el deseo al temor.

* * *

Es imposible—dijo Teofrasto—que el hombre de bien no se encolerice contra los malvados. Así debería ser tanto más irritable cuanto fuera más virtuoso. Sin embargo, vemos que, por el contrario, el hombre virtuoso es el más calmoso, el más enajenado de las pasiones. Sin odiar a nadie, ¿por qué aborrecer a los que hacen el mal? El error a éstos les arrastra al vicio. Sería no ser sabio aborrecer a los que están en el error. Si tal hiciera, se aborrecería a sí mismo, recordando cuántas veces habríase despreocupado de las reglas morales, cómo nuestras pro-

pias acciones tienen necesidad de indulgencia. Entonces acabaría por montar en cólera contra sí mismo; porque un juez equitativo no tiene dos balanzas: una para sí y otra para los demás.

* * *

¿Pero —diréis vosotros— qué determinación tomará el sabio si recibe un bofetón? Hará como Catón, quien, después de ser golpeado en la cara, no se encolerizó ni vengó y hasta no creyó tener que perdonar este insulto, asegurando que no lo había recibido. Tuvo mayor grandeza de alma al negarlo que al perdonarlo. Pero nosotros no dominaremos los nervios hasta ese punto. ¿Quién ignora que el sabio no ve con los mismos ojos que los demás hombres las cosas que se llaman bienes o males? No se preocupa con lo que el vulgo mira como vergonzoso o funesto. Se parece a los astros, cuya marcha está en oposición a la de nuestro mundo, pues él toma el camino contrario al de los demás.

* * *

El escandaloso podrá ser temible, escandaloso y perjudicial; pero nunca tendrá la verdadera grandeza de alma, porque ésta sólo tiene por apoyo y sostén a la fuerza y a la virtud.

* * *

Hay personas—dice Sextius—a las cuales convendría mirarse encolerizadas ante un espejo, pues entonces sorprenderíase extraordinariamente con darse cuenta de la alteración horrorosa de su fisonomía hasta el punto de reconocerse en delito *in fraganti*. ¡Sin embargo de esto, cuán pequeña porción de su deformidad reflejaría la imagen representada en el espejo! Si el alma se mostrase en descubierto, si algún cuerpo bruñido pudiese reflejarla, su aspecto en mayor grado nos confundiría; la veríamos tenebrosa, manchada, excitada, contrahecha e hinchada. Si

al través de los huesos y de la carne y de mil otros obstáculos ofrece tanta fealdad, ¿cómo se mostraría desnuda?

* * *

Cuéntase de Vatinio, hombre nacido para ser objeto de la befa y del ridículo, que fué un bufón agradable por sus ocurrencias. Burlábase de sí mismo por sus pies gotosos y las cicatrices escrofulosas de su garganta. Debido a esto supo resguardarse de las burlas de sus enemigos, en mayor número que sus achaques, y, sobre todo, de las mordacidades de Cicerón. Si un descarado, después de haber perdido la vergüenza, pudo extralimitarse así, ¿por qué el que está consagrado a la sabiduría no ha de alcanzar para sí las mismas ventajas? Juntad a esto que es una especie de venganza, de arrebatar o privar a los que se proponían insultar, el placer de hacerlo. En efecto, se les oye decir: «¡Qué desgraciado soy! ¡Nadie me comprende!» Tan cierto es que el fruto de un insulto consiste en el sentimiento que excita en quien lo experimente. Por otra parte, quien insulta, tarde o temprano no puede dejar de encontrar que alguien os vengue de él.

* * *

Platón, irritado contra uno de sus esclavos, no pudo dominarse lo bastante para retardar el enojo y ordenó al culpable que se despojara de la túnica para brearle el cuerpo a golpes. Por su propia mano se los iba a aplicar y ya levantaba el brazo con tal objeto. Pero en aquel mismo instante se dió cuenta perfecta de que estaba dominado por la cólera y quedóse inmóvil, permaneciendo en la actitud de tener el brazo levantado y dispuesto a golpear. Uno de sus amigos que lo presenciaba, preguntóle cuál era la causa de aquella irresolución. «Yo castigo—dijo el filósofo—a un insensato.» Estupefacto del estado en que acababa de sorprenderse a sí mismo, se proponía conservar esta continencia amenazadora, tan poco digna de un sabio, pues habíase olvidado de su esclavo, puesto que otro, su conciencia, reclamaba castigo más urgente.

* * *

Por toda señal, Sócrates revelaba su cólera al bajar la voz y al hablar menos. Veíasele claramente que luchaba entonces contra él mismo. Sus familiares le cogían *in fraganti* y le hacían convenir en ello; pero los reproches que le dirigían nada tenían de desagradables para él. Por el contrario, ¿no debía aplaudirse de que todo el mundo notase su cólera sin que nadie la experimentase? Al haberla experimentado, él no hubiese concedido a sus amigos este derecho de reprimenda que utilizaba para sí mismo. ¿Con cuánta mayor razón no debemos nosotros prescribirnos la misma conducta? Supliquemos a nuestros amigos que usen con nosotros de franqueza, especialmente en los momentos menos indicados para sufrirla, exigiéndoles que nunca se presten a disculpar nuestra cólera. Cuando nosotros estamos con la razón fría y dueños de nosotros mismos, imploramos su socorro contra un mal, tanto más perjudicial cuanto más nos agrade.

* * *

¿Qué representa un beneficio? Es la representación de un acto de benevolencia que proporciona la alegría a quien es objeto de aquélla y al mismo que la procura, como acto voluntario y espontáneo. No está, pues, en relación con la cosa hecha o dada, sino con la intención que es preciso apreciar, puesto que el beneficio no consiste en el don o en la acción, sino en la disposición de ánimo del que hace o da.

* * *

No es preciso que el beneficio vaya acompañado del ultraje, pues la impresión de las injurias es más profunda que la de los servicios, toda vez que éstos se borran pronto, mientras que la memoria conserva fielmente aquéllas. ¿Qué puede aguardarse de un hombre que nos ofende para obligarnos? Sería bastante con reconocer y proporcionar semejante beneficio, y con perdonarle al beneficiado.

* * *

Recibid el beneficio con alegría, queredle, estad satisfechos de no recibirle, sino de que os lo quiten y de ser el deudor, pues en tal caso no tendríais el temor de que la suerte os volviese ingratos. Yo no os propongo obstáculos insuperables. No os desaniméis, ni os dejéis asustar por la perspectiva de los trabajos de prolongada servidumbre. No os concedo plazo alguno : pagad acto seguido. Nunca seréis agradecidos si no mostráis vuestra gratitud inmediatamente. Y para esto ¿qué tenéis que hacer? Yo no os aconsejo que toméis las armas, que acaso un día las necesitéis ; de que recorráis los mares, sin que tal vez os halléis obligados a embarcaros con un viento tempestuoso. ¿Queréis renunciar a vuestro beneficio? Recibidle con alegría y, ya cedido, no os creáis haber pagado sino porque hallaréis mayor tranquilidad con vuestra deuda de gratitud.

* * *

Cuando creamos poder aceptar, hagamos expresión de nuestra gratitud ; atestigüemos nuestra satisfacción ; mostrémosla a nuestro bienhechor con el fin de que recoja inmediatamente el fruto de su beneficio. Si la vista de un amigo dichoso es un motivo legítimo de alegría, lo es en mayor grado cuando uno es el autor de esa dicha. Mostrémonos sensibles al beneficio por la efusión de nuestros sentimientos, no solamente con él, sino en todas las ocasiones. Aceptar un beneficio con placer es como hacer un primer pago de intereses.

* * *

¿Podemos dudar, después de tantos ejemplos, que un dueño no reciba algunas veces beneficios de su esclavo? ¿Por qué será la persona quien envilecerá la acción y no la acción quien ennoblecerá a la persona? Todos estamos formados de los mismos principios, todos descendemos de un origen común. Nadie es más noble que otro si no cuando le supera en virtudes y talentos.

* * *

Es preciso hacer justicia a Epicuro al convenir que se dolía sin interrupción de nuestra gratitud para el pasado. Nos reprochaba de no recordarlo con frecuencia y de poner en el número de las voluptuosidades los bienes de que hemos gozado, sin que al arrebatársenos las experimentáramos: la voluptuosidad, en caso contrario, está asegurada. Pero los bienes presentes no son enteramente de nosotros y la casualidad los ha tasado; pero los bienes pasados son un tesoro que no puede faltarnos. ¿Qué reconocimiento espera de un hombre que no ha hecho más que volar del presente al futuro? Es la memoria quien otorga el reconocimiento y todo lo que da a la esperanza es hurtado a la memoria.

* * *

El hombre agradecido saborea una voluptuosidad constante y estable, pues se ofrece todavía más sensible a la intención del bienhechor que a la cosa misma recibida. El ingrato no goza más que una sola vez con el beneficio; el hombre agradecido goza siempre.

* * *

El agradecimiento es tanto mayor cuanto menos se espere el beneficio, pues la espera del bien está mezclada con inquietudes, y como un beneficio es ordinariamente un remedio de cualquier necesidad, permitir sufrir a un hombre que se puede aliviar en seguida, el diferir su alegría es matar su propio beneficio. La benevolencia es siempre diligente, pues se obliga con prontitud cuando se conduce generosamente. Cuando no es así, que difiere, retarda y deja para un día o para otro, o largo plazo, es que la inclinación falta. Con lo cual se comprueba que con esto se malogran dos grandes méritos; prontitud y beneficio de la benevolencia. Querer demasiado tarde es no querer.

## EL SABIO ANTE LA MUERTE

La muerte se aproxima. Sería de temer si viniera a sentar sus reales sobre nosotros. Pero es preciso que no llegue hasta nosotros o que pase de largo. Es difícil—diréis vosotros—de conducir el alma al desprecio de la muerte. ¡Eh! ¿No véis vosotros que motivos frívolos la hacen despreciable a diario? Un amante que se ahorca a la puerta de su querida; un esclavo que se arroja desde un tejado para librarse de los malos tratos de su amo; un fugitivo que se apuñala de miedo a veces otra vez entre los hierros de la cárcel. ¿Dudáis vosotros de que el valor pueda realizar lo que ha hecho el exceso del temor?

* * *

Se debería despreciar a la muerte, pero este desprecio no está generalizado, se le cargan en cuenta demasiadas faltas. Parece que los hombres más famosos, verdaderos genios, hayan querido sobrepujarse para aumentar el horror de la muerte, ofreciéndola metafóricamente como una prisión subterránea, una región amortajada y sepultada en una noche eterna, en la cual, siguiendo al poeta, «el guardián de los Infiernos, encumbrado dentro de aquel antro sobre un montón de osamentas ensangrentadas, empavoriza a las sombras de los que fueron con ladridos eternales.»

* * *

La muerte no es dolorosa. Para sentirla es preciso vivir todavía. Si, no obstante, una larga vida tiene para vosotros tantos encantos, pensad que de esta gran amalgama de sustancias que desaparecen de nuestros ojos para entrar de nuevo en el seno de la Naturaleza, de donde ellas salieron y saldrán todavía, ninguna es aniquilada. Todo cesa, nada perece. Esta muerte que rechazamos con espanto no quita la vida, y lo que hace es suspenderla. Llegará el día en que el hombre restablecerá la luz: día fatal, negado quizá, si no fuese acompañado de un profundo olvido.

* * *

La muerte es el no ser lo que era antes. Yo conozco este estado: después de mí, será como antes. Si se sufre después de la muerte, se habría sufrido antes de nacer; pero nosotros no sentimos ningún mal. Decidme, ¿no es preciso ser un insensato para encontrar más infausta una lámpara cuando está apagada que cuando está encendida? Pues bien: nosotros somos lámparas: la Naturaleza nos alumbra y nos sopla. Durante el intervalo hay algunos males que sufrir; más acá y más allá, una seguridad profunda.

* * *

El hombre es una imagen del mundo: Dios es su alma; la materia es su cuerpo. ¡Qué la menos noble sustancia obedece, pues, a la otra! Desafiemos los golpes de la suerte; no temamos ni los ultrajes, ni las heridas, ni las cadenas, ni la miseria. ¿Qué es la muerte? Es un término o un tránsito. Yo no temo acabarlo. Es como si yo no lo hubiese comenzado. Ni temo pasarlo, porque yo no estaría en ninguna parte tan estrecho como en el cuerpo.

* * *

Algunas veces un viento imperceptible pone en tensión la impaciencia de los pasajeros, y les cansa por el fastidio de una calma chicha, mientras que otras veces una brisa regular les conduce raudos a su destino. Tal es el emblema de nuestra vida; ella lleva a los unos temprano allí donde es preciso llegar demasiado pronto o tarde; ella atormenta y abruma a los otros por su lentitud; pero sabed vosotros que no se está forzado de guardarla, y que la dicha no es para vivirla, sino para bien vivirla.

* * *

Al fin de nuestra vida, cuando regulamos nuestras disposiciones testamentarias, ¿hacemos nosotros otra cosa que distribuir beneficios inútiles para los nuestros? Sin embargo de esto, ¿cuánto tiempo empleado, cuántas dis-

cusiones secretas para fijar las sumas y los legatarios? ¿Qué nos importan los motivos de nuestra beneficencia, puesto que nada podemos esperar de ellos? A pesar de ello, nunca estamos más reflexivos ni nos juzgaremos más profundamente que, cuando despojados de todo interés personal, la honestidad únicamente se muestra a nuestros ojos. Nunca, por el contrario, nosotros no podemos juzgar de nuestros deberes tanto como sean desfigurados por la esperanza, el temor y la voluptuosidad, vicios de los cobardes. Cuando la muerte hace callar todas las pasiones, cuando ella envía un juez incorruptible para distribuir las herencias, elegimos los más dignos para transmitir nuestros bienes. Nunca arreglaremos mejor nuestros asuntos que cuando ellos no nos importen más.

* * *

Es un error temer nuestro fin, puesto que cada uno de nosotros camina hacia la muerte. Este es el punto en que nosotros caemos, que causa nuestra laxitud, y no hace más que declararla. El último de nuestros días nos hace llegar a la muerte, pero todos los anteriores nos han aproximado. Ella nos conduce con dulzura y no nos empuja con violencia.

* * *

Contra las injurias de esta vida yo tengo el recurso de la muerte.

* * *

Miremos a los muertos como ausentes, y no nos engañaremos. Esto no es más que una separación momentánea, pues ellos van por delante y nosotros iremos bien pronto a seguirlos.

* * *

El hombre que a diario ha dado la postrera mano a su

vida no tiene necesidad del tiempo, que éste lo precisa quien se entrega al temor: esta sed del porvenir que desea nuestra alma. No hay estado más angustioso que la incertidumbre del porvenir. ¿Qué tiempo nos queda por vivir? ¿Será feliz o desgraciado? Estos son los dos puntos en los cuales el alma se concentra; éstas son las alarmas para las cuales, sin tregua, sirve de juguete, y de las cuales nunca puede desembarazarse. ¿Qué medios tiene para evitar estos estados de angustia? Nada más que uno, y es que nuestra vida no tenga relieve, que esté toda ensimismada en sí misma. No se depende del porvenir más que cuando se deja escapar el presente; pero cuando yo estoy libre de todo lo que yo me debía librar, cuando mi alma, sólidamente asentada, sabe que no hay punto de diferencia entre un día y un siglo, entonces, desde lo alto de su superioridad, ve llegar de lejos los días y los acontecimientos y no puede pensar en serio en la continuación de los tiempos. ¿Qué turbación pueden causar a un hombre la variedad, la movilidad y la mudanza de las cosas al estar asegurado en lo incierto?

* * *

Todo aquí en este bajo mundo es fugitivo, ilusorio y más inconstante que la tempestad; porque es una agitación continua, un pasaje incesante de un estado a otro estado. Dentro de este prodigioso desenvolvimiento de las cosas humanas, nada está asegurado más que la muerte; ¡y todo el mundo se duele del único acontecimiento que no engaña! Pero—diréis vosotros—, ¿y el morir en la más tierna infancia? Yo no os aseguro todavía que el que está despojado de la vida tiene el don de volver a la Naturaleza. Consideremos al hombre que alcanzó una edad avanzada ¿en cuánto habrá superado al niño que acaba de nacer? Representaos la eternidad de este abismo inconmensurable; comparad lo infinito de los tiempos con lo que nosotros llamamos la edad de un hombre, y veréis cómo es imperceptible este punto de la duración que nosotros deseamos, el de prolongar la vida cuanto sea posible. ¡De tan miserable espacio de tiempo, qué porción nos está sus-

traída por las lágrimas, por la desesperación que hace desearnos la muerte antes que venga, por las enfermedades, por las zozobras del espíritu, por los años de abatimiento, por la ignorancia o por la inutilidad!

* * *

¡Ay de mí! ¡Cuán poco conoce sus males el hombre si no mira a la muerte como a la más bella invención de la Naturaleza! Ella fija para siempre la dicha, rechaza al infortunio, da fin del cansancio y saciedad del anciano, y si ella siega en flor la juventud en la edad feliz de la esperanza, en cambio, impide a la infancia el recorrer las etapas más penosas de la vida, siendo un término para todos, un remedio para muchos, un voto de algunos, y no mostrándose nunca más útil que cuando viene sin ser llamada. Manumite al esclavo a pesar de su amo; rompe las cadenas de los prisioneros; libra de la prisión a los que en ella estaban recluídos por la tiranía. Demuestran al desterrado, cuyos pensamientos y miradas se encaminan y dirigen siempre hacia la patria, que importa poco en qué región sea enterrado. Cuando la fortuna reparte injustamente sus dones y somete y esclaviza a un dueño a hombres nacidos con los mismos derechos, la muerte a todos nos iguala. Es la verdadera enemiga de toda autoridad, la que salva al hombre de la humillación, la que no reconoce soberanía.

Gracias a ella, el nacimiento no es un suplicio; gracias a ella, yo no sucumbo ante las amenazas de la suerte y conservo mi alma para siempre jamás como dueña de sí misma.

* * *

La Naturaleza paga a cada cual lo que le ha prometido; el destino sigue su marcha sin nunca agregar o cercenar nada a la suma prescrita; los votos y los deseos son, por lo tanto, inútiles. Cada cual tendrá lo que le ha sido asignado desde el primer día: desde el instante en que sus ojos se abrieron a la luz, ha penetrado por el ca-

mino de la muerte y se va acercando a su término; y los años agregados a su adolescencia son otros tantos años que cercenamos a la vida.

* * *

Nuestro error general está en no creer aproximarse la muerte hasta la vejez y el declive de la edad, exceptuando la infancia, la juventud y los otros períodos de la vida que vemos conducen al mismo fin. En todas las edades el destino nos acosa, pero nos disimula el sentimiento de nuestra disolución. Así, la muerte, para introducirse más fácilmente, se oculta bajo el nombre mismo de la vida: la primera infancia es engullida o devorada por la edad pueril, ésta por la adolescencia, la adolescencia por la juventud, la juventud por la vejez. Calculad bien, y veréis que nuestros progresos no son más que pérdidas.

* * *

Pensad que los muertos no experimentan ningún dolor y que lo que nos lleva a los Infiernos tan terribles no es más que pura fábula; que no se tiene nada que temer después de la muerte, ni tinieblas, ni calabozos, ni ríos de llamas o de olvido, ni tribunales, ni acusaciones, ni nuevos tiranos. La muerte es el imperio de la libertad. Los poetas nos han divertido poniendo en juego vanos terrores. La muerte es la exención y el término de todos los dolores; nuestros males no van más lejos que ella, y nos remite a la tranquilidad en que reposábamos antes de nacer.

* * *

A estos odios tan implacables bien pronto un acceso de fiebre o cualquier otra enfermedad os obligará a renunciar a ellos con la muerte, que pone término al combate interponiéndose entre los combatientes. ¿Por qué turbar nuestra vida con discusiones sempiternas? El destino amenaza nuestras cabezas; todos los días que nosotros perdemos no nos son descontados y la muerte se aproxima

despiadadamente. Este tiempo que destináis para la muerte de otro es quizá el de la vuestra.

* * *

Yo no veo en este mundo nada más bello ni nada mejor dicho para atraer la atención de Júpiter que lo que dijo Catón después de la derrota de su partido, en pie, en medio de las ruinas del mundo: «Que el imperio—dijo—quede sometido a un hombre; que la tierra quede subyugada por legiones y la mar por flotas; que el soldado de César asalte nuestros puertos, Catón sabe por dónde salir, pues mi brazo es suficiente para abrirme paso tras de la libertad. Este acero, que nunca se ha manchado con sangre romana, va a señalarse al fin por una hazaña gloriosa: ya que no pudo devolver a Roma su libertad, sabrá devolvérsela a Catón.»

* * *

Despreciad a la pobreza; nunca vi otro tan pobre como el estado en que nacemos. Despreciad al dolor; cesará en cuanto muráis. Despreciad a la fortuna; ella no dispone de mejor flecha que la que penetra hasta el alma. Despreciad a la muerte; ella no es más que un término o un pasaje.

* * *

¿De qué sirve huir de sí mismo, si el hombre no puede evitarlo? Sabemos, pues, que no está en otros lugares, pero a nosotros no es preciso tomarlo. Demasiado débiles para soportar las penas y el placer, lo somos igualmente con la carga de los otros y la de nosotros mismos. Por esto también algunos han tomado el partido de morir, viendo que a fuerza de cambiar no hacían otra cosa que volver a comenzar el mismo ciclo, sin esperanza alguna de encontrar nada nuevo. ¿Por qué siempre la misma cosa? Esta frase, que proclama la desesperación de los voluptuosos, con frecuencia les ha disgustado con la vida y hasta con el mundo.

* * *

Jamás hombre alguno me producirá el llanto cuando ríe o llore. En el primer caso, enjuga por sí mismo mis lágrimas; en el segundo, sus lágrimas le hacen indigno de las mías. ¿Lloraría yo a Hércules por ser quemado vivo?; ¿a Régulo, por haber sido atravesado con clavos?; a Catón, por haberse herido a sí mismo? Algunos instantes de dolor han procurado a estos grandes hombre el medio de vivir eternamente: la muerte les ha conducido a la inmortalidad.

* * *

Es preciso combatir a la celeridad del tiempo con la prontitud en utilizarlo y considerarlo como un torrente rápido cuyas aguas no correrán siempre. El poeta parece reprocharnos admirablemente la extensión infinita de nuestras ideas, al decirnos que no es la más bella edad que fué la primera, sino únicamente el mejor día. ¿Cómo, pues, podéis vosotros conservar calma y tranquilidad viendo al tiempo huir con tanta rapidez? ¿Con qué derecho, prolongando vuestra duración en lo por venir, os prometéis, a medida de vuestros deseos, meses, años y hasta una existencia dilatada? El poeta no os habla más que de un día, incluso un día que se escapa. No está, pues, dudoso que el mejor de los días es el primero que huye y se aleja de los mortales desdichados, es decir, de estos que están preocupados, de los que marchan a la vejez sin preparación, de los que se verían abrumados con su peso cuando el espíritu está todavía como en una especie de infancia. En efecto, nada tienen previsto para cuando se vean asaltados, y en el instante en que menos lo piensen. No están asimismo compenetrados de que la muerte nos amenaza a diario. Una conversación, una lectura, una meditación profunda hacen olvidar a los viajeros la duración del camino. Encuéntranse al final antes de haber pensado que se aproximaban al término. Lo mismo es el viaje continuo y rápido de la vida, que realizamos con paso igual, ya despiertos, ya adormilados, los hombres preocupados de sus asuntos no apercibiéndose hasta el fin.

* * *

Nacido para estas sublimes investigaciones, juzgad cómo el hombre dispone de poco tiempo, aun cuando lo manejara con la mayor economía. Al suponer asimismo que nada se debe robar de su tiempo por falta de carácter, no pierda nada por negligencia, que economice todas sus horas, que alcance hasta el último término de la vida humana, y que la fortuna no le arrebate nada de lo que le diera, el hombre será siempre demasiado mortal para adquirir el conocimiento de las cosas inmortales.

* * *

¿Por qué reunir tantos pueblos bajo el dominio de las armas? ¿Por qué reclutar sus ejércitos, sus cohortes, alineados en batalla en medio de las flotas? ¿Por qué turbar el reposo de los mares? ¿La tierra no es ya bastante grande para nuestra destrucción? ¿Sin duda la fortuna nos trata con demasiada bondad? ¿Nos ha proporcionado cuerpos vigorosos por demás y una salud a toda prueba? ¿Nunca somos nosotros las víctimas de desgracias imprevistas? ¿Cada cual tiene a su disposición la medida exacta de lo que ha de vivir? ¿Es el dueño de alcanzar prolongada vejez? ¡Desafiemos, pues, a las flotas del océano, llamemos en nuestra ayuda una muerte demasiado tardía! Desdichados, ¿qué buscáis? ¿La muerte? Ella está por todas partes; ella os atacará en vuestro lecho mismo. Pero, ¡inocentes!, al menos dejadla que ella os ataque. Ella os sorprenderá en vuestra misma casa; pero que no os sorprenda ocupados en proyectos criminales. ¿Cuál otro nombre que el de la locura debemos dar a esta necesidad cruel de llevar a lo lejos el espanto, de esquilmar a los seres desconocidos, de dar rienda suelta al furor sin recibir ofensa alguna, de arruinar todo lo que se presente y de matar sin odio? Por lo menos, entre animales feroces, la venganza o el hambre es quien excita sus instintos sanguinarios. ¡Nosotros, sin ahorrar nuestra sangre, ni la de otros, agitamos la mar con nuestros remos, la cargamos de flotas, exponemos nuestra vida a merced de la olas, imploramos el favor de los vientos, y

los vientos favorables son los que nos conducen a la matanza!

* * *

Un hombre díjole a Lelius: «Yo tengo sesenta años.» «¿Habláis—le respondió el sabio—de los sesenta años que no tenéis ya?» Esta necesidad de no calcular los años perdidos por nosotros, ¿no debía hacernos comprender de que la vida es cosa inasequible, y que el tiempo nos es extraño? Grabemos profundamente en el alma y repitamos sin cesar estas palabras: ¡Es preciso morir! ¿Cuándo? ¿Qué os importa? La muerte es la ley de la naturaleza, el tributo y el deber de los mortales, remedio de todos los males, pues quienquiera que la tema acabará por desearla. Renunciad a todo por aprender una sola cosa: a no temer el nombre de la muerte. Familiarizaos con su pensamiento a fin de que, exigido por la necesidad, estéis prontos a marchar por delante.

* * *

A cualquier parte que dirijas la vista, allí encontrarás el fin de tus males. ¿Ves tú este precipicio? Es para que desciendas por la libertad. ¿Ves tú este mar, este río, este pozo? En el fondo de sus aguas está oculta la libertad. ¿Ves tú este árbol achaparrado, deforme y estéril? En él está suspendida la libertad. ¿Ves tu garganta, tu tragadero, tu corazón? Son otras tantas salidas para huir de la servidumbre. Pero todos los recursos que yo te señalo son demasiado penosos: exigen demasiado valor y fuerza de voluntad. ¿Quieres tú saber qué camino conduce a la libertad? Todas las venas de tu cuerpo pueden llevarte a ella.

* * *

Es duro vivir bajo el yugo de la necesidad; pero no somos forzados a vivir así. ¿Y por qué? Es que uno se puede evadir de ella, pues mil caminos llevan a la libertad: son rápidas y son fáciles. Demos gracias a los dioses porque a la fuerza no retienen a nadie dentro de la vida. A la misma necesidad se la puede hollar con los pies.

* * *

La muerte, bien lejos de ser temible, procura el mayor de los beneficios: que las amenazas de un enemigo no turben, por tanto, vuestra seguridad. Vuestra conciencia debe tranquilizaros; pero como las sentencias son determinadas algunas veces por consideraciones extrañas, aun esperando una detención equitativa, preparaos a las mayores injusticias. No olvidad, especialmente, de quitar a las cosas su aparato, de verlas en su esencia que no tienen de terrible más que el temor que las precede. Somos niños grandes, casi en todo parecidos a los pequeños, que tienen miedo de sus padres, de sus conocidos, de sus camaradas cuando los ven disfrazados. Sepamos arrancar la máscara a las cosas como a las personas; contemplémosles con sus fisonomías naturales. ¿Por qué mostrarme estos garfios, estos fuegos, este conjunto de verdugos que bullen alrededor de ti? Aparta, oh muerte, este cortejo con que tú te rodeas para asustar a los timoratos. Mi criada, mi esclavo, te desafían hace ya algunos días. ¿Qué significan estos látigos, estos caballetes presentados con ostentación? ¿Esta multitud de instrumentos dispuestos a despedazar cada fibra del cuerpo humano? Dejad esos vanos espantajos. Haced callar los gemidos, los gritos, los ayes dolorosos que arranca la tortura, pues no es más que el dolor. Yo he visto al goloso menospreciarle, al libertino agotado sostenerle a pesar de su molicie, a mujeres jóvenes resistirla en el alumbramiento. Si yo puedo soportarla, no es nada; si no, dura poco.

* * *

No es una cosa indiferente, ni que se aprenda en un momento, el partir sin murmurar cuando llegue la hora inevitable. Los otros géneros de muerte dejan al menos alguna esperanza: una enfermedad puede curarse, un incendio apagarse, una caída puede arrojarnos dulcemente en tierra, sin aplastarnos; se ha visto también a la misma ola tragarse a un desgraciado y retornarle vivo sobre la costa; se ha visto asimismo al soldado retirar de repente la espada pronta a degollar. Pero cuando la vejez conduce a la muerte, no hay esperanza. Si bien es sorda

a la súplica, es la manera de morir más dulcemente, pero también de modo más despacioso.

* * *

Persuadido que yo toco ya el momento de la prueba, que se aproxima el día que va a juzgar de todos mis días, yo me estudio y me tengo este lenguaje: «Hasta este instante tus palabras nada han probado ni fueron seguros intérpretes del alma. Sólo la muerte puede reconocer tus progresos. Disponte para este trance fatal donde sin fardo, y la máscara quitada, pronunciarás tú mismo si el valor está en tu corazón o sobre tus labios; si tantas palabras lanzadas furiosamente contra la fortuna no duran en tu boca más que la declamación de un comediante. No te has conquistado la estimación de los hombres; concertado con el vicio como con la virtud, no has experimentado nada; abandona estos estudios cultivados durante tu vida entera; la muerte, sólo la muerte, será tu verdadero juez. Yo lo repito, estas disputas sabias, estos pasatiempos filosóficos, estas máximas tomadas de los libros de los sabios, estas doctas disquisiciones no prueban el valor. ¡Cuántos pusilánimes hablan como héroes! El camino que has recorrido no será conocido más que al fin de tu carrera. Pues bien: ¿aceptas tú este llamamiento? ¿No temes tú al tribunal de la muerte?» Estos discursos que yo me pronuncio, los miro como si os fueran dirigidos. ¿Sois más jóvenes? ¿Y qué importa? La muerte no cuenta los años: vosotros ignoráis en qué lugar os aguarda; esperadla, pues, en todas partes.

* * *

La rapidez del tiempo es increíble; pero para darse cuenta es preciso mirar atrás. Escapa a la vista si se limita al presente, porque una marcha tan ligera nunca deja huellas. Amigo mío, todos los tiempos pasados se reconcentran en un mismo espacio, confundidos en una sola masa, divididos por la misma mirada. En un lado está el depósito de la memoria; en otro lado, un abismo en donde todo está absorbido. ¿Cuando está en sitio tan corto, las partes pueden ser bien largas? Nuestra vida no

es más que un punto, y menos aún; pero este punto la naturaleza lo ha dividido para darle una apariencia de extensión, porque distingue en él la infancia, la adolescencia, la juventud, la edad madura, la vejez. ¡Qué de partes dentro de un átomo!

* * *

Antes de la vejez, yo pensaba en el buen vivir; hoy no pienso más que en el bien morir, es decir, con resignación. Procuremos no hacer nada que nos apesadumbre. Lo que debe llegar, llegará cuando se haga: la necesidad no es más que para los rebeldes, y no la tienen cuando se someten. El esclavo que recibe sin murmurar las órdenes de su amo, se evita el mayor sufrimiento de la servidumbre, y no hace más que lo que él quiere. La desgracia no está sujeta sino con repugnancia. Sabemos, pues, plegar nuestra voluntad a todos los acontecimientos y especialmente examinar sin tristeza el término de nuestra carrera. Es más importante prepararse para la muerte que para la vida. Tenemos para vivir bastantes provisiones; pero la codicia no está nunca contenta, pues le falta y le faltará siempre alguna cosa. Esto no es ni los días ni los años: es el alma quien devuelve la vida, corta o larga. Yo tengo de la mía lo que yo quiero de ella. Encuéntrome saciado. La muerte puede venir cuando ella quiera.

* * *

Es difícil establecer una regla general, y de estatuir si es preciso prevenir o aguardar la muerte de que se está amenazado por una violencia extraña. Se pueden alegar muchas razones en pro y en contra. Si una de las dos muertes resulta dolorosa y la otra sencilla y dulce, ¿por qué no decidirse por la última? Si elijo el navío en el que deseo embarcarme, la casa en que he de habitar, de la misma forma elegiré la muerte con que me despida de la vida.

* * *

Nada me parece más vergonzoso que el desearse la muerte. ¿Queréis vosotros vivir? Entonces ¿por qué de-

seáis moriros? ¿No queréis vivir? Entonces ¿por qué pedís a los dioses lo que os tienen otorgado desde vuestro nacimiento? Está decidido que, aun a despecho de vosotros, moriréis un día; pero lo que no está acordado es el que muráis cuando queráis: lo primero es necesario; lo último depende de vosotros.

* * *

Considerad, con toda la atención de que sois susceptibles, los acontecimientos de esta vida en sí mismos, y no con el nombre que se les da, y veréis que los pretendidos males son en su mayoría combinaciones dichosas más que accidentes desagradables. ¡Cuántas veces un acontecimiento al cual se le da el nombre de calamidad ha sido la fuente y el instante de la dicha! ¡Cuántas veces otro acontecimiento, recibido con agrado, ha abierto un precipicio, y cuando ha elevado a un hombre a gran altura ha sido con el fin de hacerle caer desde más alto! Pero esta caída misma no es un mal, cuando se considera el término más allá del cual la naturaleza no hace caer a nadie. ¡Tocamos este término y lo tocamos aquí en este mundo! El hombre afortunado se verá arrancado de lo que él quiera, y el desgraciado quedará libre de sus cadenas. Comprendamos el bien y el mal, no le prolonguemos por la esperanza y por el temor. Por vosotros mismos, si sois sabios, medid los bienes y los males con la condición humana; comprimíos en vuestras alegrías y temores. Vale más tener una alegría menos larga y temores más cortos.

* * *

Seremos sabios cuando seamos previsores para desear poco, calcular por nosotros mismos, medir nuestro cuerpo, reconocer que ni poco ni mucho puede contener ni conservar largo tiempo. Pero nada contribuirá tanto a volveros temperantes y moderados en todas las cosas como la idea frecuente en la brevedad de la vida y la incertidumbre de su duración, pues en cualquiera que hagáis no perdáis nunca de vista la muerte.

* * *

No hay derecho a dolerse de la vida. No retiene a nadie: la naturaleza ha dispuesto muy bien las cosas, ningún hombre es desgraciado más que por su causa. ¿Estáis bien? Vivid. ¿La vida os desagrada? Quedáis libres de volveros a los lugares de donde vinisteis.

* * *

Todo es incierto hasta para las mismas gentes más afortunadas, puesto que lo que nosotros tenemos se nos va de entre las manos, y la felicidad a la cual tocamos se nos arrebata por la suerte. El tiempo corre según leyes fijas, pero impenetrables; ¿qué me importa que lo incierto para mí sea cierto para la naturaleza? Nos proponemos prolongadas navegaciones y un regreso tardío a la patria, después de haber recorrido naciones del extranjero o prestado en los campos funciones penosas, seguidas de recompensas y de empleos que se hacen largo tiempo esperar, es decir, de cadenas incesantemente multiplicadas. La muerte está, sin embargo, a nuestro lado, y no pensamos más que en la de los demás; ejemplos permanentes de la mortalidad de los hombres se presentan a nuestros ojos, y nosotros no nos detenemos en ellos más que un instante para asombrarnos. ¿Hay nada más insensato que sorprenderse de ver llegar un día lo que puede llegar a diario? Sin duda nuestro término está fijado por el inexorable destino; pero nadie sabe a qué distancia está de nosotros. Conduzcámonos como si hubiésemos llegado al fin de nuestra carrera; no olvidemos nada; estemos todos los días exentos para todo lo que es la vida.

* * *

Yo exclamaría de buena gana como aquel hombre salvado por un amigo de César de la proscripción de los triunviros, y que, henchido de arrogancia, le decía: «¡Me someto a César! ¿Hasta cuándo me repetirás: Yo te he salvado, yo te he librado de la muerte?... Yo te debo la vida, si yo la recuerdo, y la muerte, si tú me la recuerdas. Yo no te debo nada si tú no me salvaste más que para hacer alarde de tu beneficio. ¿No cesarás de arras-

trarme con tu carro? ¿No me dejarás nunca olvidar mi desgracia? Sin ti, yo no habría sido llevado como trofeo de triunfo más que una sola vez.»

* * *

Todos los días reprochamos al destino diciéndole: «¿Por qué éste ha sido arrebatado en medio de su carrera?; ¿por qué aquél no lo ha sido?; ¿por qué alarga una vejez tan penosa para otros y para sí misma?» ¿Cuál de estos casos, yo os lo suplico, es por consiguiente el más justo: obedecer a la naturaleza o que la naturaleza os obedezca? ¿Qué importa que salgáis pronto o tarde de un mundo del que es preciso salir, hagáis lo que hagáis? Pensemos en vivir bastante, no en vivir mucho tiempo. Para vivir de esta manera, tenéis necesidad del destino; para vivir bastante, no tenéis necesidad más que de vosotros mismos. La vida es larga cuando ella está colmada, y lo está cuando el alma se ha procurado el único bien que la conviene: tener asegurado el derecho exclusivo de dominarse. ¿Para qué le sirven a este hombre ochenta años de inacción? Esto no es haber vivido, sino haber permanecido en la vida; ni es haber muerto tarde, sino haber estado muerto por largo tiempo. Dicho individuo ha vivido ochenta años; pero es preciso averiguar desde qué día data su muerte. Estotro ha sucumbido en la flor de la edad; pero ha llenado los deberes de un buen ciudadano, de un buen hijo, de un buen amigo; nada puso en olvido; aunque su edad haya sido imperfecta, su vida fué perfecta. ¿Este ha vivido ochenta años? Diréis que ha existido por espacio de ochenta años, a menos que vosotros no penséis que ha vivido, como se dice, más que los árboles viven.

* * *

Yo no abandonaría nunca a la vejez, si ella me deja dedicado enteramente a mí mismo, es decir, la mejor parte de mi ser; pero si ella se presta a quebrantar mi alma, a turbar sus funciones, si yo no soy un hombre vivo, sino una máquina animada, yo me arrojaré fuera de un edificio pronto a derrumbarse. No atentaría contra mí, duran-

te la enfermedad, a menos que no fuera incurable y perjudicial para mi alma, ni durante los dolores que proporcionara: matarse es sucumbir aquí. Pero si yo estuviese convencido que la enfermedad no debiese nunca terminar, la abandonaría, no a causa de ella, sino porque yo no podría más tiempo llevar los deberes por los cuales vivo. Si es una debilidad morir porque se sufre, es una locura vivir para sufrir.

* * *

La vida es un drama; y no es por su duración, sino por la manera como se representa, por lo que nos interesa. La dificultad no está en saber en qué lugar lo acabaréis. Acabadlo donde queráis: haced de modo que solamente el desenlace sea bueno.

* * *

Ningún hombre es tan ignorante como para no saber que debe morir un día; sin embargo de esto, cuando el momento se aproxima, retrocede, tiembla y llora. ¿No miraríais como el más loco de los locos al que se lamentara de no haber nacido mil años antes? No sería menor locura gemir porque no se viva mil años después. No ser más y no haber sido, son la misma cosa: son dos tiempos que no nos pertenecen.

* * *

El gran hombre debe obedecer a Dios, y someterse sin murmurar a la ley universal. No sale de esta vida más que para pasar a una vida mejor, y para habitar con las divinidades en el seno de la gloria y de la paz, o, al menos, al abrigo del dolor, y será devuelto a la naturaleza que le ha producido, entremezclado entre los elementos del inmenso universo.

* * *

Todo tiene su vejez: los términos pueden diferir, pero el fin es el mismo. Todo lo que es cesará de ser, y se descompondrá sin destrucción; para nosotros, la descomposición es un verdadero aniquilamiento, porque no miramos lo que está después de nosotros, y que nuestras al-

mas consagradas a los cuerpos no osan lanzar allá sus miradas obtusas. Se soportaría con más valor la muerte y la de los nuestros si se estuviera persuadido de que la naturaleza no es más que una sucesión continua de nacimientos y de muertes; que los cuerpos compuestos se disuelven, y que en este círculo infinito se desenvuelve el genio del Arquitecto universal.

* * *

El sabio no quiere que se prescriban límites a su duración. «Todos los años son para mí—dice—; no hay siglos cerrados e impenetrables al genio; no existe tiempo alguno en donde no penetre el pensamiento. Cuando haya de llegar el día que deba separar esta mezcla de divinidad y de humanidad, yo dejaré este cuerpo donde yo le he encontrado, y me volveré con los dioses.»

* * *

Si queremos ser felices, no estar atormentados por el temor de los hombres, de los dioses, de las cosas, desafiar las promesas inútiles y las vanas amenazas de la fortuna, y, finalmente, pasar días tranquilos y disputar su felicidad a los mismos dioses, necesitamos tener nuestra alma siempre pronta a partir: cuando sea atacada por emboscadas o por enfermedad, por la espalda del enemigo o por la destrucción de una isla entera, por la ruina del globo mismo, por un fuego que envuelva ciudades y campiñas en un incendio general, es preciso recibir la muerte cuando le plazca venir. Todo lo que yo debo a mi alma es convencerla para la partida y confortarla con votos favorables.» ¡Marcha con valor, que la dicha te acompañe; no vaciles en devolver tu depósito. Esto no es del objeto mismo, sino del tiempo de que se trata. Haz lo que pronto o tarde es preciso hacer; no ruegues, no te alarmes, no retrocedas como si fueras a caer en un precipicio. La naturaleza, madre a quien debes tus días, te aguarda; una residencia más virtuosa y más segura tendrás: en este asilo dichoso, la tierra no tiembla; los vientos no comba-

ten rodeados de nubes que hacen retumbar; los incendios no devoran ciudades y naciones; ya no son de temer ni los naufragios que se tragan flotas enteras, ni los ejércitos en batalla, ni estos millares de hombres enfrascados en sus matanzas, ni la peste, cuyos estragos confunden y juntan en uno solo a los devastadores de los pueblos aniquilados!»

---

## LA DIVINIDAD

Llegará un día en que los secretos de la naturaleza rompan los velos que los encubren; toda la niebla que nos rodea quede disipada, y una luz radiante venga a alumbrarnos por todas partes. ¡Imaginaos cómo brillaría esa luz que debe surgir con los fulgores de tantos astros! Ninguna sombra empañará tal pureza, pues todos los ámbitos del cielo resplandecerán. La sucesión del día y de la noche está hecha por el viento grosero de nuestro sistema actual. Vosotros comprenderéis que pasasteis vuestra vida en las tinieblas cuando todo vuestro ser vea la luz total, que divisáis confusamente hoy en día por los pasajes reducidos de vuestros ojos, y que admiráis, no obstante, a una distancia inconmensurable. ¿Qué pensaréis de la luz divina cuando la veáis en su foco deslumbrador?... Estas ideas no permitirán aposentarse en vuestra alma ninguna idea baja, sórdida y cruel. Os dirán que los dioses son testigos de todas las cosas. Os exhortarán a conduciros de una manera digna de ellos. A prepararos para su trato. A representaros sin cesar la eternidad.

* * *

Es a la naturaleza, diréis vosotros, a la que yo soy deudor de todos estos bienes. ¿No veis que hablando de este modo no hacéis más que cambiar el nombre de Dios? ¿La naturaleza es otra cosa que el mismo Dios, que la inteligencia divina repartida por el universo entero y en todas sus diversas partes? Vosotros mismos podéis, si

queréis, darle otros nombres a este omnipotente Autor del universo: podéis llamarle el gran Júpiter, el Maestro del Rayo, el Regulador Soberano (no porque él detenga, siguiendo a los historiadores romanos, a ruego de Rómulo, la armada fugitiva de los hijos del Lacio, sino porque su beneficencia mantiene el orden de la naturaleza); vosotros podéis todavía darle el nombre de Fatalidad, porque la Fatalidad no es más que el encadenamiento complicado de las causas, y Dios es la primera de las causas, de la cual dependen todas las demás. Podéis, en una palabra, darle todos los nombres que queráis con tal que designe algunos de sus atributos o de los efectos de los cuerpos celestes. Todos los beneficios que nos prodiga forman otros tantos calificativos como se le pueden otorgar.

* * *

Aun tengo presente una palabra atrevida del célebre Demetrio: «¡Dioses inmortales!—decía—, yo no tengo más que un motivo de queja contra vosotros: es el de no haberme hecho conocer demasiado pronto vuestra voluntad. Habría tenido el mérito de prevenir vuestras órdenes; yo no tengo más que el de haberlas obedecido. ¿Queréis vosotros mis hijos? Es para vosotros el que yo les haya educado. ¿Queréis alguna parte de mi cuerpo? Elegid; yo no me engaño en nada... dentro de un momento me será preciso abandonarlo todo. ¿Queréis mi vida? No titubeo en devolveros lo que vosotros me habéis dado; pero yo hubiera querido mejor ofrecérosla. ¿Por qué arrancarme lo que vosotros podéis pedir?... Sin embargo, vosotros no me quitáis nada, pues no se arrebata más que a quien se opone a ello. Contra mí no ejercéis coacción ni violencia: yo obedezco a Dios, acato sus designios. Además de esto, sé que todos los acontecimientos son ciertos, que su curso está regulado por una ley inmutable.»

* * *

Un árbol no es sólido y vigoroso más que después de haber sostenido los asaltos del viento, pues tal agitación

le proporciona asiento y le fortifica sus raíces. En cambio, no adquiere fuerza cuando crece en un valle abrigado. Es, por tanto, para provecho de las gentes de bien, el que Dios las exponga en medio de los peligros, con el objeto de volverlas intrépidas y capaces de resistir a los males que no lo son más que para quien no los pueda soportar.

* * *

Dios se complace el endurecer y adiestrar a quienes quiere. Por el contrario, a los que parece tratar con más dulzura y miramientos parecen hechos inevitablemente para doblegarse ante los males. En efecto: no creáis que pueden estar exentos. Este hombre por tanto tiempo feliz tendrá su derrumbamiento: os parecía olvidado, y su desgracia no estaba más que diferida.

* * *

Los dioses no son coaccionados por nada exterior a ellos. Su eterna voluntad les sirve de ley, porque han establecido normas que no pueden cambiar.

* * *

Algunos otros dioses no pueden hacer mal y no poseen más que cualidades benéficas y saludables. Tales son los dioses inmortales, que no tienen voluntad ni poder de perjudicar. Su naturaleza es tranquila y apacible, tan alejada de infligir como de sufrir la injuria. Los insensatos e ignorantes les atribuyen las tempestades, las lluvias, el rigor de los inviernos, mientras tanto que nosotros no estamos apuntados por algunos de estos fenómenos útiles o dañosos para nosotros. No es más que en nuestro favor por lo que el mundo conduce de nuevo todos los años los inviernos y los veranos. Todos estos movimientos tienen leyes invariables, a las cuales los cuerpos celestes se hallan sometidos. ¡Qué ridícula presunción juzgarnos de tanta importancia como para ser los objetos de estas revoluciones universales! Los dioses poco ha citados

no están, por consiguiente, elegidos para perjudicarnos, sino para atender sobre todo a nuestra conservación.

* * *

Parecidos a los padres tiernos que sonríen al ver cómo se encolerizan sus hijos, los dioses no cesan de acumular beneficios sobre aquellos mismos que no los reconocen como autores.

* * *

¿Se preguntará siempre por qué Dios permite que lleguen los males a las personas de bien? No lo permite. Ha alejado de ellos todos los males, ha separado de ellos los crímenes, los delitos, los malos pensamientos, los proyectos ambiciosos, el libertinaje ciego, la codicia ávida del bien de otro. Los hombres virtuosos están bajo la guarda y protección de Dios. ¿Exigís vosotros que él guarde hasta su bagaje?

* * *

Existe entre Dios y los hombres buenos una amistad cuyo lugar es la virtud. ¿He dicho una amistad? Es más aún: una afinidad, una semejanza perfecta. El hombre de bien no difiere de Dios más que en la duración. Es su discípulo, su émulo, su verdadero hijo.

* * *

¡Existen filósofos que no dudan de la existencia de sus almas, que reconocen dentro de sí mismos una previsión capaz de armonizar sus propios asuntos con los de los demás; pero que rechazan a la inteligencia de este gran todo del cual somos las partes, y la suponen o arrastrado por una impulsión ciega o conducida por una naturaleza que no sabe lo que hace!

* * *

No tan sólo me someto a Dios, sino que también estoy supeditado a su voluntad, y lo es por inclinación, no por necesidad, como yo le obedezco. Nunca recibiré con tristeza ni pesaroso acontecimiento alguno; nunca pagaré con rebeldía mi parte del tributo común, pues todos estos pretendidos males que nos hacen gemir y temblar son los tributos de la vida.

* * *

La noche de los libertinos no les brinda más que con falsas alegrías semejantes a la última de las noches; pero la alegría de los dioses y de sus iguales nunca se interrumpe. Acabaría si viniese de fuera; pero no depende de nadie, porque a nadie es debida. La fortuna no puede quitar lo que ella no ha dado.

* * *

El camino hacia los dioses resulta más fácil a las almas que han abandonado pronto el trato de los hombres, evitándose muchos suspiros y pesadumbres. Viéronse libres antes de estar sometidos y, por decirlo así, envueltos de materia, estando más ligeros y aptos para volar al lugar de su origen y flotar sin obstáculo sobre el flúido etéreo. También la permanencia del cuerpo nunca parece muy deseable a los grandes genios: arden de deseos por salir de aquella materia y elevarse. Acostumbrados a recorrer la inmensidad de los cielos y a cernerse por encima de la tierra, se hallan embarazados en esta prisión estrecha. Esta es la razón por que Platón se lamenta de que el alma del sabio se esfuerce en correr a la muerte, único objeto de sus deseos y pensamientos, único fin hacia el cual marcha sin dilación.

* * *

Creedme: el fundador de este universo, sea quien fuere, o un Dios dueño de la naturaleza entera, o una razón incorpórea susceptible de producir los más grandes efec-

tos, o un soplo divino infiltrado con igual energía en los más pequeños cuerpos como en los más grandes, o un destino y encadenamiento inmutable de causas ligadas entre sí..., este agente soberano no ha querido dejarnos depender de los demás más que por los objetos de poca importancia. Lo que el hombre tiene de más excelente y por encima de la potencia humana no puede ser donado ni arrebatado: yo hablo de este mundo, el más grande y el más magnífico de todas las obras de la naturaleza; hablo de nuestra alma, hecha para contemplar y admirar al mundo, del cual es la más noble parte, del alma que nos pertenece en propiedad y para siempre, y que debe subsistir con nosotros también tan largo tiempo como nosotros mismos subsistiremos. Vamos, pues, resueltamente, con paso intrépido y seguro, por todas las partes donde el ir sea preciso.

* * *

¿Qué es el destino? Es la necesidad insuperable de las cosas y de los acontecimientos. El pretender que pueda ser aplacado con sacrificios, inmolado un cordero blanco, es desconocer la divinidad. Si el sabio, y todo hombre como él, no puede cambiar de opinión, ¿qué será de Dios? La sabiduría no revela al hombre los recursos y resoluciones más que para el momento presente; la divinidad revela a Dios todos los tiempos a la vez.

* * *

Podemos acusar al destino de inflexible, porque no logramos hacerle cambiar de propósitos: es inexorable. Insensible a nuestras injurias, a nuestras lágrimas, a nuestros razonamientos, no perdona ni restituye nada a nadie. Economicemos, pues, lágrimas inútiles: nuestro dolor antes alegraría a quien le lloremos, que a consolarnos y no atormentarnos. Es necesario, pues, reanimarnos prontamente y librar nuestra alma de consuelos baldíos y del amargo placer que toma con afligirse.

* * *

¿De qué sirve el esconderse a los ojos de los hombres? No hay nada oculto para Dios. Está presente en nuestras almas; interviene eficazmente en nuestros pensamientos. Digo que interviene, porque algunas veces se aparta. Vuelvo, pues, a vuestra pregunta: ¡yo os indicaré voluntariamente el orden y los detalles de mi conducta; todas las tardes pasaré revista a mis pensamientos, práctica la más útil para llegar a Dios! Lo que hace más empedernidos nuestros vicios, es el que nunca llevemos nuestras miradas a las acciones pasadas. Sólo se piensa en lo que haremos, y esto en contadas ocasiones, pues nadie se preocupa de lo que ha hecho. Es, por tanto, el pasado quien nos enseña cómo es la misma vida con lo que precisa hacerse en el porvenir.

* * *

Inútilmente elevaremos nuestras manos al cielo. En vano conseguiremos del custodio y guardián de los altares que nos aproxime el oído al simulacro para que escuchemos mejor. Ese Dios que nosotros imploramos está cerca de nosotros, con nosotros y en nosotros. Un Dios, un indefinible, un incomprensible. Dios reside en el corazón del hombre virtuoso. ¿Entráis en un bosque sagrado? El aspecto vetusto de sus árboles carcomidos, de ramas entrelazadas; el espesor de sus copas que, confundiéndose, nos ocultan el cielo; la altura del bosque y la soledad; el terror que inspira esta sombra densa y profunda, todo nos persuade de la existencia de una divinidad. Lo mismo ocurre con las grutas que, descarnando la roca, dejan una montaña como suspendida en el espacio, y cuya naturaleza, sin el socorro de los hombres, ha creado la inmensidad. Nuestro ánimo, ante su contemplación, se siente sobrecogido por un sentimiento religioso. Veneramos los manantiales de los grandes ríos. Y si las aguas, al salir a tierra, surgen con súbita y fragorosa violencia, les erigimos altares. Las fuentes termales son objeto del culto. Algunos estanques han sido consagrados por la profundidad de sus abismos o por sus tinieblas impene-

trables. Un hombre a quien los peligros no pueden quebrantar, ni las pasiones sobrecoger, ni la adversidad impedirle de ser dichoso, que vive sereno en medio de las tempestades, se eleva por encima de los humanos y camina a la par con los dioses, ¿no atraerá vuestros homenajes? ¿No diréis: Es imposible que el principio de tantas grandezas y de tantas virtudes sea semejante al miserable cuerpo que le anima? Esa elevación de espíritu no puede provenir sino de las alturas celestes. La omnipotencia divina es la única capaz de formar y sostener un alma tan noble, tan dueña de sí, que se ría de nuestros temores y de nuestros deseos. Así como los rayos del sol llenan de efluvios la tierra, aunque pertenezcan al astro que nos los envía, lo mismo el alma noble y santa, enviada al mundo para aproximarnos a la divinidad, permanece con nosotros sin abandonar el lugar de su origen.

* * *

Conducíos, pues, ¡oh Marcia!, como al tener por testigos a vuestro padre y a vuestro hijo, no a quienes conocisteis, sino a otros de naturaleza más alta, habitantes del cielo. Avergonzaos de toda conducta innoble y grosera; guardaos de llorar una metamorfosis tan bella. Reunidos en el seno eternal de la naturaleza, en esos espacios inmensos y libres, no están ya separados por los mares, por la altura de las montañas, por los valles profundos, por los bancos de arena peligrosa. Para ellos todos los caminos están unidos, fáciles, abiertos, sembrados de astros que los iluminan.

* * *

Cuando llegue la hora en que el mundo se extinga para renovarse, toda la naturaleza sucumbirá bajo la acción de sus propias fuerzas: los astros chocarán entre sí, la materia se abrasará y los cuerpos celestes, que brillan actualmente con tanta armonía, no formarán más que un vasto incendio. Nosotros mismos, almas felices, habitantes de la mansión eternal, cuando Dios juzgue oportuno

comenzar de nuevo su obra, en medio de la ruina universal, suministraremos una débil adición a la masa enorme de escombros, y retornaremos a nuestros antiguos elementos.

* * *

He encontrado en Atenedoro un pensamiento bien exacto: «Estamos verdaderamente libres de las pasiones cuando se ha conseguido no pedir a los dioses más que lo que se puede pedir en voz alta.» Hoy en día, ¿cuál es la locura de los hombres? Murmuran, en voz baja, votos infames al oído de los dioses. Si se les oyese, se callarían; porque no se atreverían a decir a los hombres lo que dicen a los dioses. Podéis, pues, amigo mío, no estar exento de este consejo: «Vivid con los hombres como si Dios os viera. Hablad a Dios como si los hombres os oyeran.»

FIN DEL IDEARIO

# LOS BENEFICIOS

TRADUCIDOS DEL FRANCÉS AL CASTELLANO Y ADAPTADOS A LA VERSIÓN ESPAÑOLA DE 1629, DE PEDRO FERNÁNDEZ DE NAVARRETE

*Breve introducción y notas ilustradoras acerca de la época romana, por Aurelio Báig Baños*

## LIBRO PRIMERO (1)

### CAPÍTULO PRIMERO

Entre los muchos y diversos errores de los que viven descuidadamente, tal vez ninguno es más perjudicial, ¡oh varón bueno y liberal! (2), como el ignorar en qué forma hemos de dar y recibir los beneficios (3). Por esta razón resulta que por haber sido mal colocados, vengan a ser mal debidos, doliéndonos tarde de no hallar equivalente recompensa de ellos; porque estos beneficios, desde el mismo punto que se dieron, fueron perdidos.

No nos debemos maravillar, pues, de que entre los vicios de los hombres, ninguno sea más frecuente que el de la ingratitud (4). Como es fácil de ver, es la resultante de muchas causas.

La primera es que para hacer beneficios no elegimos personas dignas de ellos; y con tener tanta vigilancia para inquirir y averiguar el patrimonio y hacienda de los que por alguna deuda se nos han de obligar; y cuidando

tanto de no esparcir las semillas en tierras estériles o cansadas, no sólo damos los beneficios sin elección, sino que los desperdiciamos.

No me resuelvo a determinar con facilidad si hay mayor culpa en negar los beneficios recibidos o en pedir la devolución de los dados, porque la naturaleza de esta obra es de tal calidad, que solamente se ha de esperar de ella lo que voluntariamente se devolviese, siendo feísima acción el dar quejas, puesto que para salir de deuda el que recibió el beneficio, no es necesario que intervenga hacienda, basta que tenga ánimo agradecido: que el que con voluntad se confiesa deudor, paga suficientemente la deuda (5).

Pero así como hay culpa en los que no quieren ser agradecidos, confesando por lo menos que son deudores, la hay también por nuestra parte: porque aunque es verdad que hay muchos ingratos, son muchos más los que hacemos que lo sean. Unas veces somos fastidiosos, zaheridores y rigurosos cobradores; otras somos inconstantes, arrepintiéndonos con facilidad y con rapidez de la buena obra que hicimos; otras veces nos mostramos quejosos sin tiempo, recriminando los brevísimos instantes de la detención, con lo cual destruimos no sólo la buena obra, ya hecha, sino también las que estamos haciendo, porque ¿quién de nosotros se satisfizo, si los ruegos que se le interpusieron fueron poco afectuosos o si se hicieron sólo una vez?

¿Quién, el que teniendo sospechas de que le querían pedir alguna cosa, no arrugó la frente o avinagró el rostro y, fingiendo ocupaciones, no utilizó largas pláticas, con el fin de que no se les hallase remate y con el único propósito de impedir a los que venían de pedirle alguna cosa, rechazando con distintos pretextos las urgentes y apremiantes necesidades de los otros? ¿Quién, el que, cogido en aprieto, ya que no pudo negar la dádiva, no la dilató; y si la prometió, no lo hizo con dificultad? ¿Quién, el que, si no puso ceño, dejó de proferir palabras desagradables o por lo menos mal concertadas?

Ninguno es, por tanto, deudor de lo que no le fué dado con voluntad o si antes lo sacó por fuerza. ¿Quién ha de

ser agradecido al que, o con soberbia, le arrojó la dádiva o se la tiró con ira; o si ya que la hizo, fué por librarse de la importunidad de que se hallaba acongojado?

Yerra el que tiene esperanza de que le ha de ser agradecido aquel a quien cansó con dilaciones y atormentó con esperanzas, porque la buena obra se debe con el mismo afecto con que se hizo; y por esta circunstancia no ha de haber tibieza en el dar, porque cada uno se deberá a sí y no al otro, lo que consiguió de quien no tuvo voluntad de dar.

Conviene asimismo no haya dilaciones en los beneficios, porque como en cualquiera buena obra se hace aprecio de la voluntad de quien la hace, parece que quien tardó en hacerla estuvo mucho tiempo sin quererla hacer.

Tampoco se ha hacer el beneficio avergonzando al que lo recibe, porque siendo cosa innata en la naturaleza que las injurias echan más hondas las raíces que los beneficios, y que éstos se olvidan prontamente, y de aquéllas queda una tenaz memoria, ¿qué retorno puede esperar el que ofende cuando obliga? Por demás muéstrase agradecido si perdona semejante beneficio.

Mas no porque haya muchos ingratos se ha de acobardar la inclinación de hacer bien. Lo primero porque, como queda dicho, nosotros somos los que aumentamos el número de los ingratos. Lo segundo, porque el haber en el mundo tantos sacrilegios y tantos despreciadores de la DIVINIDAD no retarda la corriente de la inmensa benignidad de los dioses, los cuales ayudan siempre a todas las cosas y, entre ellas, a los mismos que usan mal de sus dones (6).

Tomémoslos por nuestros capitanes, imitándolos en cuanto alcanzara la humana imbecilidad. Hagamos beneficios sin darlos a logro, porque el que cuando hizo el beneficio puso el pensamiento en la recompensa, merece ser engañado. Si dijeres que te salió mal la buena obra, también las mujeres y los hijos engañan las esperanzas, y no por eso dejamos de juntarnos en matrimonio y de criar los hijos. Y de tal modo somos pertinaces contra las experiencias que, después de haber sido vencidos o pasado al-

gún naufragio, volvemos a las batallas y a las navegaciones.

¿Cuánto, pues, será más decente el perseverar en hacer beneficios? Porque quien cesa en ellos, si no se los pagan, da a entender que los que hizo fueron con la intención de volverlos a recobrar; y con eso justifica la causa de los que le han salido ingratos, siendo (cuando falta esta disculpa y hay posibilidad) una muy grave torpeza el no pagar.

¿Cuántos hombres hay indignos de la luz y, con todo eso, para ellos sale también el sol? ¿Cuántos se quejan de que nacieron y, esto no obstante, la naturaleza produce a diario nuevas generaciones, consintiendo que vivan aquellos mismos que afirman tienen deseos de no vivir?

El proseguir en hacer beneficios, sin ir en seguimiento del retorno, buscando personas dignas en quien emplearlos, es acción de ánimo heroico y bueno. Esto se debe hacer aun después de haber hallado muchos hombres malos. ¿Qué bizarría o magnificencia tendría el hacer bien a muchos si ninguno engañara? Por consiguiente, es acto de virtud el hacer beneficios cuando no se hacen para recobrarlos, puesto que el varón bueno al tiempo mismo que los hace coge el fruto de ellos.

De tal manera no nos ha de apartar ni detener en tan ilustre acción la ingratitud de muchos, pues si a mí se me quitase de todo punto la esperanza de poder encontrar algún agradecido, escogería antes el no recibir el retorno de los beneficios que el dejar de hacerlos, porque quien deja de dar hace que su culpa sea anterior a la del ingrato, y, si he de manifestar mi parecer, aunque peca más el que no paga el beneficio, peca primero el que no le hace.

## CAPÍTULO II

«Si al vulgo intentas prodigar tus dones,
muchos has de perder por ganar uno» (7).

En el primer verso hay dos cosas dignas de reprensión: porque ni los beneficios se han de prodigar al vulgo ni es buena la dádiva de cualquier cosa que sea, si abstraes de ella el juicio y la razón. Donde esto falta, dejan de ser

beneficios, y pasan a tener otro nombre. El segundo verso es maravilloso, porque un beneficio bien logrado mitiga los daños de muchos que se hayan perdido. Pero suplícote consideres si será más acertado y más glorioso a la grandeza del que da, aconsejarle que dé, aunque haya de tener mala recompensa de todas sus dádivas: porque aquellas palabras *muchos has de perder,* son falsas; porque ningún beneficio se pierda, puesto que aquel que juzga que le pierda, ya había hecho cargo de él, siendo la naturaleza del dar tan sencilla que no admite otro fin que el mismo dar.

Si al beneficio le sucediere algún retorno, estímese por ganancia; pero si no le tuviere, no se debe juzgar como pérdida. Cuando yo hice alguna buena obra, hícela sólo por hacerla, en atención a que nadie escribe en el libro de cuentas las dádivas que hace, ni el acreedor avariento pone demanda al deudor el mismo día que se cumplió el plazo.

El varón bueno nunca se acuerda de los beneficios que hizo sino es cuando el que se los agradece se los trae a la memoria: porque de otra manera no fueran beneficios, sino empréstitos, siendo torpe usura la que se espera del beneficio. De cualquier modo que te haya sucedido con los primeros beneficios, debes proseguir en el empeño de hacer otros. Mejor es que estén olvidados en la memoria de los ingratos que dejar tú de hacerlos; pues tal vez la vergüenza, la ocasión o el ejemplo, podrán hacer que sean agradecidos los que ahora te son ingratos.

No ceses en hacer bien; persevera en tan heroica acción; cumple con las obligaciones del hombre de bien; ayuda a unos con hacienda, a otros con crédito, a otros con buenos consejos, y a todos con saludable doctrina.

## CAPÍTULO III

Aun los animales brutos reconocen los beneficios, sin haber ninguno tan indómito a quien no amanse el regalo, obligándole a que tenga amor. Las bocas de los leones se dejan manejar sin peligro de sus domadores. El sustento sujeta la fiereza de los elefantes, obligándoles a una servil obediencia, siendo esto tan cierto que, aun los que no son

capaces de entendimiento para saber ponderar los beneficios, se dejan amaestrar y obligar con la continua perseverancia de ellos. Si alguno te ha salido ingrato al primer beneficio, quizá no lo será al segundo. Si se ha olvidado del segundo, será posible que el tercero le traiga a la memoria los que de ella se le habían pasado.

El que, poco después de haber hecho el beneficio, juzga que le tiene ya perdido, ése es el que le pierde; pero el que persevera, agregando unos beneficios a otros, sacará agradecimiento del más duro y olvidadizo pecho, pues a éste le faltará ánimo para alzar los ojos contra tantos beneficios. Procura que a cualquier parte que el ingrato fuere huyendo de su memoria, se encuentre contigo; cércalo con buenas obras, cuya fuerza y cuya propiedad te diré, si me permitieres primero discurrir en algunas cosas, aunque ajenas de nuestro propósito.

Yo he de tratar, por ventura, en este libro, de la razón por qué las *Gracias* son tres, por qué son hermanas, por qué doncellas, por qué traen los vestidos desceñidos y transparentes. Algunos quieren que sea una la que da los beneficios, otra la que los recibe y otra la que los retorna. Otros dicen que hay tres géneros de beneficios: unos de los que se dan, otros de los que se reciben, y otros de los que juntamente los dan y los reciben (8).

Pero ¿qué fruto alcanzaré al hacer yo juicio en esto, no siendo de alguna importancia el saberlo? ¿Qué significa aquel coro que le cercan las *Gracias* enlazadas de las manos?

Significa el orden con que los beneficios vuelven de las manos de los que los reciben a las de los que los dan, y si éstos se interrumpen en alguna parte, se viene a perder la hermosura del todo, que es bellísimo si en él se conserva la trabazón y se guarda la alternada correspondencia.

Pintan a las *Gracias* risueñas, porque las caras de los que hacen los beneficios y las de los que los reciben se han de mostrar alegres. Son de tierna edad para que se entienda que la memoria de los beneficios que se reciben nunca se han de envejecer. Píntanlas doncellas porque los beneficios han de ser para todos sinceros, incorruptos y santos, sin que sea decente haber en ellos cosa estrecha ni

apretada. Y pintanlas con vestiduras desceñidas y transparentes porque se han de ofrecer a la vista.

Aunque hay algunas personas tan inclinadas a las fábulas y ficciones de los griegos, que juzgan ser necesaria la noticia de estas cosas, no habrá quien diga que es importante saber los nombres que las puso Hesiodo, llamando *Aglaé* a la primera (9), *Eufrosina* a la segunda (10), y *Talía* a la tercera (11); y cada uno arrastra y violenta la interpretación de estos nombres a su propio dictamen, procurando hallar razón de ellos, siendo cierto que el ponerlos Hesiodo fué por sólo su antojo: y así Homero mudó el nombre a una llamándola *Pasithea* (12), y la hizo casada para que entiendan no eran vírgenes *Vestales* (13); y yo hallaré otro poeta que las ciña los vestidos, y se los dé tupidos y de lana (14). El estar Mercurio (15) en su compañía, no es porque la razón y las buenas razones hacen recomendables los beneficios, sino porque se le antojó así al pintor.

Hasta Crisipo (cuya sutil agudeza penetra la más escondida verdad, y cuyas razones se encaminan a sólo el obrar, sin usar de más palabras de las que son bastantes a la inteligencia de lo que se dice) hincha de tal manera su libro con estas impertinencias, que viene a ser muy poco lo que discurre en los motivos que deben obligar al hacer las buenas obras y al agradecerlas; y debiendo acomodar las fábulas a las doctrinas, acomoda las doctrinas a las fábulas, porque, además de lo que escribe Hecatón, añade Crisipo que las tres *Gracias* son hijas de Júpiter y de Eurinoma, y que aunque son de menos edad que las *Horas* (16), son algún tanto más hermosas, y por esta razón las hicieron compañeras de Venus (17).

También quieren haya misterio en el nombre de la madre, diciendo que se llamó Eurinoma, por ser propio de quien tiene grande y extendido patrimonio el hacer mercedes como si fuera estilo poner primero nombre a las hijas que a las madres, o como si los poetas dieran verdaderos nombres a las cosas. Del mismo procedimiento que emplean los muñidores o porteros, que tienen por oficio llamar a los ciudadanos para algunas juntas, suplen con audacia lo que les falta de memoria llamando

con diferentes nombres a los que se les olvida: así los poetas hacen poca estima de decir verdad; antes bien, o compelidos de la necesidad o llevados de la apariencia, quieren que cada cosa se llame con el nombre que mejor les viene a sus versos, sin que se les impute a hurto el aumentar algo a su caudal. Y luego el poeta que los sigue quiere que se les confirme aquel mismo nombre. Y para que conozcas que esto es así, advierte que cuando Hesiodo y Homero hablan con más cuidado de Talía (18), la pone el uno entre las *Gracias* y el otro entre las *Musas* (19).

## CAPÍTULO IV

Pero por no incurrir en la misma culpa que reprendo, quiero dejar todas estas cosas, que de tal manera no pertenecen a la sustancia de la materia, que ni aun se le acercan. A ti incumbe el tomar a tu cargo mi defensa, si alguno me objetare que he forzado a Crisipo a entrar en orden, siendo sin duda gran razón, mas al fin griego, cuya agudeza es tan sutil que con facilidad se embota y muchas veces se tuerce: y cuando trata alguna materia, pica, pero no ahonda. El inventar estas cosas, ¿qué tiene de agudeza?

Nuestro discurso ha de ser el tratar de los beneficios, dando forma a la cosa con que más se eslabona la compañía y amistad de los hombres (20). Justo es dar ley a la vida para que ni con capa de benignidad se deje llevar de una inconsiderada facilidad; y para que la detención (mientras se encamina a templar la liberalidad) no la estreche; siendo comúnmente que ni sea sobrada ni disminuída.

Conviene enseñar que los beneficios se reciban con voluntad y que se retornen con la misma, haciendo competencia, no sólo de igualar, sino de vencer en ánimo y en obras a aquellos de quienes se recibieron; porque el que debe gratificar la buena obra recibida no llega a conseguirlo si no se aventaja. Se ha de enseñar a los que dan que no zahieran lo que dieren; y a los que reciben, que se juzguen siempre deudores de mayor cantidad.

De tal manera nos exhorta Crisipo a esta honestísima competencia de vencer los beneficios con otros beneficios, que dice debemos recelar que siendo las Gracias hijas de Júpiter (21), sería no pequeño sacrilegio hacer ofensa a tan hermosas damas. Dame tú alguna doctrina por la cual me vuelva yo más bienhechor y más agradable para con las personas dignas; y por la cual compitan los ánimos de los que quedan y de los que reciben, de tal modo que los bienhechores se olviden de los beneficios y haya en los que recibieron una eterna memoria (22): que esotras impertinencias deben dejarse a los poetas cuyo intento es deleitar las orejas tejiendo dulces fábulas.

Los que tienen por fin el sanar los entendimientos y conservar la fe en las cosas humanas y asentar en los corazones las memoria de las buenas obras, deben hablar con mucha autoridad, poniendo en ello todas sus fuerzas, si no es que los inventores de estas impertinencias piensan que con livianas y fabulosas razones y con cuentos de viejas, se podrá prohibir una cosa tan perniciosa como sería presentar nuevas escrituras en contracambio de los beneficios.

## CAPÍTULO V

Mas al mismo tiempo que tengo intento de abandonar lo que no fuere necesario, conviene declarar que lo primero que se debe aprender es el saber qué cosa sea aquello que debemos, cuando hemos recibido algún beneficio: porque unos dicen que deben el dinero que recibieron, otros el Consulado, otros la dignidad, otros el sacerdocio, y otros el gobierno de algunas provincias.

Estas cosas son señal de la buena obra; pero no son la misma buena obra, que no consiste en lo que se toca con la mano, sino en lo que se ve en el ánimo. Mucha diferencia hay de la materia del beneficio al mismo beneficio: porque el oro y la plata y todos los demás regalos que se reciben de los amigos, no forman el beneficio; porque éste sólo consiste en la voluntad del que da. Los ignorantes reparan solamente en lo que se les ofrece a la vista, en lo que se les entrega y en lo que poseen, y al contrario

de eso estiman lo que con verdad es de estimación y precioso.

Estas cosas que tenemos, que estimamos y en que hacemos reparo nuestra codicia, son caducas, que nos las pueden quitar la fortuna y el agravio; pero el beneficio permanece aún después de perdido lo que se nos dió, puesto que no hay fuerza que pueda hacer vano lo que una vez fué bien hecho (23).

Rescaté a mi amigo, que estaba en poder de los piratas. Dió después en manos de otro corsario, que le metió en la mazmorra; no le quitó el beneficio que yo le había hecho, si bien le quitó el uso de él.

Saqué libres del naufragio o incendio a algunos, que murieron después de alguna grave enfermedad o de alguna accidental injuria. Aunque no vivan, queda vivo lo que se les dió.

De modo que todas las cosas que usurpan el nombre de beneficios son solamente unos instrumentos por los cuales se manifiestan la amigable voluntad. Esto mismo sucede también con otras muchas cosas, en las cuales se halla en una parte la apariencia y en otra la misma cosa.

Premia el Emperador a un soldado dándole un collar, una corona cívica o una mural. ¿Qué tiene en sí de precioso la corona? (24); ¿qué la garnacha? (25); ¿qué la vara? (26); ¿qué el tribunal? (27); ¿qué la licencia de andar en coche? (28). Ninguna de estas cosas es honor (29), pero cada una de ellas es señal de honor: de la misma suerte lo que se ofrece a la vista no es el beneficio, sino señal del beneficio.

## CAPÍTULO VI

¿Qué cosa es beneficio? Es una acción benévola que da gozo recibiéndola y que está con pronta y dispuesta voluntad a lo que hace. De modo que lo que se hace, o lo que se da, no es de tanta consideración como el ánimo con que se da y se hace; porque el beneficio no consiste en lo que se hace o se da, sino en la voluntad del que lo da o lo hace, y de sólo esto podrás echar de ver que hay en ello grande diferencia que el beneficio es siempre bueno, y lo que se hace o se da no es en sí bueno o malo.

El animal es el que da estimación a las cosas pequeñas, y el que da lustre a las abatidas; y él mismo es quien deslustra las grandes y quita el valor a las tenidas en precio. Las mismas cosas a las que encaminamos nuestros deseos son indiferentes, sin tener naturaleza del bien o del mal. Lo que importa es que siendo el ánimo el que da forma a las cosas, las guíe y encamine, según lo cual no es beneficio aquello que se cuenta y se da.

A la usanza que en los sacrificios no consiste el culto de los dioses en que las víctimas sean muy abundantes, ni en que vayan adornadas de oro, sino en la recta y devota voluntad de los que veneran su deidad, porque los varones justos con un poco de farro (30) y con humildes vasos de tierra muestran su religión, y, al contrario, los malos no purifican su impiedad aunque llenen los altares de mucha sangre.

## CAPÍTULO VII

Si los beneficios consistieran en las cosas y no en la voluntad, llegarían a ser mayores cuando lo fueran las cosas que recibimos, pero esto es falso porque muchas veces nos obliga más el que con magnificencia nos da alguna cosa pequeña (31); y el que, igualándose en el ánimo a las riquezas reales, nos ofrece poco, pero con mucha voluntad; y el que, olvidado de su pobreza, pone los ojos en la nuestra; el que no sólo tuvo intentos, sino ansias de ayudarnos; el que, cuando nos dió los beneficios, los dió como si él los recibiera; el que nos dió sin pensar en el retorno, y, cuando lo recibió, no se acordó del que él hubiese dado; y el que buscó la ocasión y se aprovechó de ella para beneficiarme.

Por el contrario, como tengo dicho, no son agradables las dádivas, aunque en la misma cosa y en su hermosura parezcan grandes, cuando se sacan por fuerza al que las da, o se le caen sin gusto; siendo mucho más agradable, como es consiguiente, lo que se da con mano apacible que lo que se arroja con mano rica. Lo que me dió Fulano es cosa pequeña—nos decimos—; pero no tuvo más que darme. Dióme Mengano una cosa grande, pero dudó en

dármela ; dilatóla y suspiró cuando me la daba, y anduvo buscando excusas.

Este, cuando me hizo el beneficio, no tuvo voluntad de agradarme y, por ello, no juzgo que me dió cosa alguna, porque la dió a su ambición.

### CAPÍTULO VIII

Ofreciendo muchas personas a Sócrates (32) muchas dádivas, cada uno según su posibilidad, Asquines, un pobre discípulo suyo, le dijo : «Yo no hallo cosa que poderte dar que sea digna de ti, y con esto confieso mi pobreza ; y así, te doy lo que solamente tengo, que es a mí mismo. Suplícote que admitas con gusto esta dádiva, aunque es tan pequeña, advirtiendo el que por mucho que los demás te hayan dado han reservado mucho para sí.»

A lo cual respondió Sócrates : «¿Por qué no has de juzgar tú que me has hecho grande dádiva, si no es que te estimas en poco? Por cuenta mía queda el volverte a ti mismo mejorado de como a mí te entregas.»

Venció, sin duda, Asquines, con esta dádiva, el ánimo de Sócrates, aunque le tenía igual a sus riquezas, y adelantóse a la munificencia de todos los demás mancebos ricos.

### CAPÍTULO IX

¿No ves cómo el ánimo, aun estando metido entre los aprietos de la pobreza, halla materia para la liberalidad? Paréceme que dijo Asquines : «Poco te aprovecha, oh fortuna, el haberme hecho pobre que, sin embargo de serlo, he de componer un presente digno de Sócrates ; y, pues no puedo darle de tu caudal, daréle del mío» ; y no quiero pienses que Asquines se desestimó habiéndose hecho precio de sí mismo (33), antes bien, este ingenioso mancebo halló modo de adquirir para sí a Sócrates.

No hemos de poner los ojos en lo que vale lo que se da, sino en la bondad de quien lo da. El caviloso y astuto no da difícil entrada a los que pretenden cosas desordenadas ; y no habiéndolos de ayudarlos con obras, los alienta con palabras, enredándolos más en sus vanas esperan-

zas; y aunque esto es malo, tengo por peor la condición de aquellos que, siendo desabridos en la lengua y encapotados en el rostro, dan a conocer su fortuna por medio de la envidia, porque al que es dichoso todos, a un mismo tiempo, le reverencian y abominan, aborreciendo al que hace lo que ellos mismos hicieran si se hallaran en el mismo estado.

Hay algunos que murmurando, no sólo en secreto, sino en público, de las mujeres ajenas, permiten que las suyas se entreguen a otros. Hay, asimismo, algunas matronas que a los maridos que no consienten que sus mujeres salgan a diario en sillas o coches, llevándolas adonde muchos las vean descubiertas, los llaman hombres rústicos, inhumanos, malévolos y de perversa condición (34). Y si hay alguno que no se haga conocer por la amiga que tiene y que no dé anillos a la mujer ajena, dicen de él que es de abatida y humilde sensualidad, llamándole amigo de fregonas.

De todo lo cual resulta asimismo los viudos celibatos, por apartarse y divorciarse muchos casados de común consentimiento, y que ninguno lleve a su casa si no es la que sacó de la ajena. Ya se compite en disipar lo hurtado (35), y en volverlo a restaurar con igual avaricia; ya en no hacer estimación de los otros; ya en despreciar la ajena pobreza y en temer la propia, sin juzgar hay otra cosa que sea mal sino el tenerla; ya el perturbar la paz con injurias; ya en afligir con violencias y temores a los más flacos, porque ya no causa maravilla el despojar las provincias y el ser vendibles los gobiernos; el publicarse almoneda de la justicia, vendiéndola a entrambas partes y arrimándose después a una de ellas, puesto que dicen es derecho de las gentes (36) el poderse vender lo que se compró.

## CAPÍTULO X

Mas provocados de la materia nos ha llevado el ímpetu muy lejos del asunto. Para que no se cargue toda la culpa a nuestro siglo, se debe advertir que de esto mismo se quejaron nuestros antepasados, y de esto nos quejamos nosotros, y de ello se quejarán los que vinieren, ponde-

rando siempre que están perdidas las costumbres; que reina la maldad; que las cosas humanas van declinando a lo peor y despeñándose a todo género de pecados.

Todas estas culpas estuvieron, están y estarán siempre en el mismo lugar, mudándose algún tanto ya a una, ya a otra provincia, lo mismo que las olas, a las cuales el flujo y reflujo del Océano levanta más cuando baja; así, unas veces crecen más las culpas, ya rompiendo la del adulterio el freno de la honestidad, ya teniendo grande estimación la locura de los convites, haciéndose celebrar la cocina feísima, destruidora de haciendas (37).

Otras veces se cuida con demasía del exquisito adorno de los cuerpos, atendiendo mucho a la hermosura de los mismos, en los que muchas veces se descubre más la fealdad del ánimo (38). Otras veces la mal permitida libertad brota en desvergüenza y descaro (39). Otras se introduce la crueldad particular y pública (40). Otras la locura de guerras civiles con que viene a profanarse todo lo santo y sagrado (41).

Tal vez se usará dar honor a la embriaguez, teniéndose por valor el beber mucho vino (42). Los vicios no están siempre firmes en un lugar; antes bien, siendo movibles y encontrándose entre sí, andan alborotando, y unos hacen huir a otros; pero siempre hemos de confesar que somos malos y que lo fuimos; y bien contra mi voluntad añadiré que lo hemos de ser; siempre habrá homicidas (43), tiranos (44), ladrones (45), adúlteros (46), estafadores (47), sacrílegos (48) y traidores (49); y aunque la culpa del ingrato es menor que la de todos estos vicios, todos ellos nacen de la ingratitud del ánimo, sin la cual apenas se comete delito grave.

Procura tú no incurrir en este crimen, juzgándolo por gravísimo; pero si lo cometiere otro, perdónalo como culpa ligera, porque si todo el peso de esta injuria viene a parar en que perdiste la buena obra, ya lograste lo mejor de ella, que es haberla hecho. Mas de la misma forma que debemos cuidar de colocar los beneficios en aquellos que han de responder con agradecimiento, hemos también de hacer algunos aunque tengamos malas esperanzas del retorno; y no sólo teniendo sospechas de que han de ser

ingratos, sino aun teniendo certeza de que lo han sido; como si sucediese poder yo restituir a alguien sus hijos, librándolos de algún gran peligro sin pérdida mía, no dudaré de hacerlo.

Al que me fuere benemérito lo defenderé aunque sea con riesgo de mi sangre, y entraré con él a la parte del peligro; mas al indigno, si le pudiere librar de los ladrones con sólo dar un grito, no rehusaré el darle saludables voces.

## CAPÍTULO XI

Lo que resta saber ahora es qué beneficios son los que se deben dar y el modo que ha de haber en darlos. En primer lugar, ponemos los necesarios; en el segundo, los útiles, y en el último, los deleitables; y en todos hemos de procurar sean de calidad, que duren siempre.

El comenzar por los necesarios es porque de diferente modo obliga al ánimo lo que conserva la vida que lo que la ilustra y adorna; porque sucede algunas veces haber algunos tan fastidiosos despreciadores de aquello que se les da, siendo tal que pueden carecer de ello, sin que les haga falta, que te dirán: «Quédate con lo que me das, porque estoy contento con lo que yo tengo»; siendo éstos de tal condición que no sólo tienen gusto de no agradecer el beneficio, sino de despreciarlo.

Entre los beneficios necesarios tienen el primer lugar aquellos sin los cuales no podemos vivir; el segundo, aquellos sin los cuales no debemos vivir; el tercero, aquellos sin los cuales no queremos vivir. Los primeros de esta primera clase son el sacaros del poder de los enemigos, de la indignación de los tiranos (50) y de otros muchos e inciertos peligros que tienen sitiada la humana vida. En cualquiera de estos peligros que se discurra, será mayor la buena obra al paso que ellos hubieren sido mayores, porque el pensamiento encuentra luego con la cantidad y calidad de los males de que nos libraron, haciendo recomendación del beneficio el miedo antecedente; pero no hemos de dilatar el socorrer al necesitado con el fin de que el temor haga más estimable nuestro socorro.

En segundo lugar están aquellos beneficios sin los cuales pudiéramos tener vida, pero tal que tuviéramos por mejor la muerte, como son la libertad, la honra y la buena conciencia.

En tercer lugar entran aquellas cosas que son amables por la cercanía, por la sangre y por el uso de la costumbre, como lo son los hijos, las mujeres, y los apesadumbrados con otras cosas, que de tal manera las arrimó a sí la voluntad, que tiene por más acerbo el apartarse de ellas que de la vida.

Tras estas cosas necesarias se siguen las útiles, cuya materia es varia, dilatada y extendida. En éstas entra el dinero, no el superfluo, sino el adquirido para un ajustado modo de vivir. Entra también la honra y los acrecentamientos de los que aspiran a puestos más altos, porque ninguna cosa es más útil que serlo cada uno para sí.

Con estas cosas útiles vienen aquellas que, procediendo de la abundancia, hacen afeminados a los que las poseen. Hemos de procurar que las dádivas de estas cosas sean agradables por la razón en que se dan o por no ser vulgares, sino tales que las hayan tenido pocos, o que sean pocos los que en nuestros tiempos las tengan, o que al menos sean tales que, si por su naturaleza no fueren precisas, lo vengan a ser por el tiempo o por el lugar.

Atendamos a cuál dádiva será más deleitable, y cuál la que ha de estar más frecuente a la vista del que la recibe para que siempre que esté con ella esté con nosotros. También se ha de poner cuidado en no enviar presentes descabellados, como sería presentar instrumentos de caza a una mujer o a un viejo; el enviar libros a un rústico labrador o, al contrario, enviar redes de caza o pesca al que de todo punto es dado a los estudios y letras.

Débese asimismo advertir que, cuando queremos hacer agradables nuestros presentes, no sean de calidad que con ellos zahiramos los defectos de las personas a quienes los enviamos, como sería enviando vino a un borracho, o medicamentos a un enfermizo, porque la dádiva que descubre el vicio de quien lo recibe, deja de ser beneficio y es quemazón.

## CAPÍTULO XII

Cuando tengamos posibilidad de elegir lo que hemos de dar, busquemos en primer lugar tales cosas que sean permanentes y no fáciles de consumirse. Hay pocos hombres tan agradecidos que sin tener a la vista lo que recibieron, se acuerden de ello. A los ingratos viéneles la memoria de la dádiva mientras la tienen en su presencia, sin que ésta les dé lugar a que se olviden de lo que recibieron, antes bien, los representa y mete en el corazón al autor del beneficio; y además de esto no nos es decente estar haciendo recuerdos de lo que dimos.

Busquemos para dar tales cosas que, siendo durables, despierten la memoria cuando se fuere enflaqueciendo. De mejor gana daría yo plata labrada que acuñada, y mejor estatuas y pinturas que vestidos ni otras cosas que el uso las consume brevemente.

Hay pocas personas en quien dure el agradecimiento; en consumiéndose la cosa que recibieron, y son muchas más las que no les dura en el ánimo más tiempo del que dura el uso, y así cuanto fuera posible querría yo que no se consumiese mi dádiva. Dure, pues, y ande siempre asida a mi amigo, y viva con él.

Ninguno es tan ignorante que sea necesario advertirle que no envíe después de pasadas las fiestas de los gladiadores (51), y que no presente en verano las vestiduras de invierno, ni en esta estación las que han de servir en canícula. Así que el común sentir ha de hacer observación en las dádivas, atendiendo al tiempo, al lugar y a las personas, porque hay algunas cosas que en una hora son agradables y dejan de serlo en otra.

¿Cuánto más agradable y gustoso será aquello que nadie lo tiene, que lo otro de que hay mucha abundancia? ¿Y cuánto más lo que se ha buscado muchos días que lo que en cualquiera parte se halla?

Sean, pues, las dádivas no tan preciosas como raras y exquisitas, que éstas, aun en las casas de los poderosos, se hacen lugar, como sería enviar unas manzanas ordinarias que hubiesen madurado anticipadamente aunque sean de las que dentro de pocos días han de causar hastío.

Tampoco carecerán de estimación aquellas cosas que ninguno otro las haya dado, o nosotros no las hayamos dado a otro.

## CAPÍTULO XIII

Siendo Alejandro el Macedonio vencedor de todo el Oriente, y habiendo levantado el ánimo sobre las cosas humanas, le enviaron los corintios por sus embajadores el parabién, ofreciéndole admitirle por ciudadano de Corintio; y habiéndose reído Alejandro de la oferta, le dijo uno de los embajadores: «A ninguno, sino a ti y a Hércules (52), hemos admitido para ser nuestro ciudadano.»

Oyendo esto Alejandro admitió con gusto el honor que se le ofrecía, y habiendo festejado a los embajadores con humanidad y convites, puso la estimación, no en los que daban el honor de ciudadano, sino en aquellos a quienes antes lo habían dado; y aquel varón, entregado a la vana gloria, cuya medida y cuya naturaleza ignoraba, siguiendo las pisadas de Hércules y Baco (53), sin parar donde ellos pararon, pasó la vista de aquellos que le hacían el honor y púsola en los que le habían sido en él compañeros, juzgando que, pues le igualaban a Hércules, era ya poseedor de la divinidad, a que con vanísimos pensamientos aspiraba.

¿Qué cosa tenía semejante a Hércules aquel loco mancebo, a quien en lugar de la virtud favorecía una dichosa temeridad? Hércules no venció cosa alguna que la apropiase para sí. Atravesó por todo el orbe, no codiciando, sino castigando. ¿Qué, por tanto, no había de vencer el que era enemigo de los malos? ¿El que era vengador de los buenos? ¿El que era el pacificador de mar y tierra?

Mas esotro que desde su niñez fué ladrón y destructor de las gentes, ruina no sólo de los enemigos, sino también de los amigos, juzgaba que el sumo bien consistía en ser el terror de los mortales, sin considerar que no sólo los animales ferocísimos, sino también los más flacos, se duelen y deben temer por su mala ponzoña (54).

## CAPÍTULO XIV

Volvamos ahora a nuestro propósito. El beneficio que sin elección se da a cualesquiera persona, a ninguna es grato. Ninguna se juzga por huésped del mesonero y ninguno por convidado del que hace convite general, por donde se puede decir: «¿Qué es lo que me dió a mí? ¿No es lo mismo que dió a los que apenas conocía? ¿No es lo que dió a sus mismos enemigos? ¿Lo que dió a los más bajos hombres? ¿Juzgóme en esto digno de su convite? No lo hizo sino por obedecer a su ambición.»

Lo que quisieres que se te agradezca haz que sea raro, porque ¿quién permite se le haga cargo de lo que se le da al vulgo? Pero tras eso nadie juzgue de esta doctrina, que no es mi intento estrechar la liberalidad, ni enfrenarla con más apretadas leyes: espacíese y salga por donde ella quisiere, vaya por donde gustare, pero sea sin errar el camino.

Hay algunos modos de dar con los cuales el que recibió, aunque haya sido en compañía de otros muchos, no se cuenta entre los populares, porque ninguno deja de tener alguna particular señal de familiaridad con que juzga fué admitido más interiormente en la voluntad. Diga, pues, éste: «Aunque yo recibí lo mismo que Fulano, dióseme con mayor voluntad y con mayor brevedad; a él le costó mucho tiempo la pretensión.»

De la misma manera que las rameras se dividen entre muchos (55), de suerte que ninguna queda sin alguna particular señal de ánimo aficionado, así el que quiere que sus beneficios sean amables, debiera en la forma con que siendo muchos los que pretenden obligar, tenga cada uno una particular seña con que se juzgue preferido a los demás.

Yo no pondré estorbos a los beneficios, porque cuantos más y mayores fueron tendrán más de alabanza; pero conviene intervenga en ellos el juicio y la razón, porque ninguno hace aprecio de lo que se le dió acaso y sin preceder deliberación. Por lo cual el que pensare que cuando decimos esto queremos estrechar los términos de la liberalidad señalándole menos extendidos límites, le diré que

no oiga con malignidad nuestras amonestaciones, ¿porque a cuál de las virtudes veneramos y a cuál exhortamos más? ¿Y a quién conviene más que a vosotros el persuadirla, siendo nuestro intento establecer en el mundo la amistad del linaje humano? (56).

## CAPÍTULO XV

¿Qué es lo que de esto infieres?

He de responder que infiero no hay fuerza alguna en el ánimo que llegue a ser honesta, aunque se origine de voluntad justa, sino aquella a la cual el modo hizo que fuese virtud, y así, prohibo que la liberalidad no se convierta en prodigalidad (57).

Aquellos beneficios que encamina la razón para que se coloquen en personas dignas serán agradables y se recibirán con manos abiertas, y no será así en los que acarrea el caso o el ímpetu, que son faltos de consejo.

Aquéllos serán gustosos de que puede hacer ostentación el que los da, preciándose de haberlos hecho. ¿Llamarás tú beneficios aquellos en que te avergüenzas de nombrar al que los hace o al que los recibe? ¡Oh, cómo son más gustosos y cómo penetran más a lo interior del ánimo, para nunca ausentarse de él aquellos que, cuando piensas en el autor de ellos, te deleita más su memoria que de lo que de él recibiste! Crisipo Pasieno (58) solía decir que de algunas personas quería más el juicio que el beneficio; y daba de ellos ejemplos diciendo: «Del divino Augusto (59) quiero más el juicio, y de Claudio (60) el beneficio.»

Pero yo digo que no se ha de codiciar el beneficio de aquel cuyo juicio es vil. Pues ¿qué se había de hacer? ¿No se había de recibir el beneficio que daba Claudio? Sí, se había de recibir; pero como la dádiva se recibe de la fortuna, ya sabes que en un instante se podrá volver contraria.

¿Por qué, pues, separamos estas cosas que entre sí están mezcladas? Porque no es beneficio aquel al cual le falta la mejor parte, que es el haberse dado procediendo nuestro juicio; y así una grande cantidad de moneda dada

sin discurso no será beneficio, será tesoro: con lo cual decimos que hay muchos beneficios, que conviene recibirlos y que no queda obligación de deberlos.

---

# LIBRO SEGUNDO

## CAPÍTULO PRIMERO

Veamos, amigo Liberal, el mejor de los hombres, aquello que de la primera parte nos resta por tratar. Esto es, saber la forma que se debe guardar para hacer los beneficios, de lo cual me parece podré mostrarte un fácil camino, que es los demos de la misma forma que quisiéramos recibirlos.

Lo primero es que el dar sea con voluntad y que sea rápidamente, sin poner dudas ni dilaciones, porque no pueden ser agradables los beneficios que estuvieron mucho tiempo pegados y desunidos en las manos del que los da, mostrando que se dan con disgusto y como sacados por fuerza. En caso de que en ellos haya alguna dilación procuremos no sea perceptible y que no se conozca si fué por estarlo deliberando, porque quien duda está muy próximo de quien niega, con que viene a no merecer agradecimiento, pues siendo lo más agradable de los beneficios la voluntad del que los hace, no se podrá decir que dió con ella el que con la detención testifica que no la tuvo, sino que le faltó brío para negar lo que dió, y para resistir al que se lo pedía, porque hay muchos a quienes el poco valor de su frente los hace liberales.

Los beneficios que previenen a la necesidad y con la facilidad salen al encuentro sin que en ellos haya otra detención más que la que causó el empacho de quien los pide, son agradabilísimos, realzándolos el ir ellos delante y seguirles después el deseo (61). Egregia acción es prevenir con los beneficios antes de que se interpongan los ruegos, porque siendo ordinario en los hombres de bien cuando quieren pedir alguna cosa turbárseles la lengua, y no tardan en salirles colores al rostro. El que los libra de este

tormento multiplica su dádiva, porque quien recibió rogando no llevó de balde el beneficio, pues, como dijeron nuestros mayores, ninguna cosa cuesta más cara que la que se compra a precio de ruegos.

Con más distinción y menos voces hicieran los hombres sus plegarias a los dioses, si las hubieran de hacer con publicidad, porque aun a ellos, a quienes decentísimamente suplicamos, queremos pedir interiormente y con secreto.

## CAPÍTULO II

Esta palabra ruego es molestísima y pesada y pronúnciase con rostro humillado; y así se debe hacer gracia y remisión de ella, así al amigo como a otro cualquiera a quien con los beneficios quisiéramos hacer que lo sea. Conviene, pues, que el beneficio se dé con toda brevedad, porque cuando se da al que ruega, ya viene a darse tarde y así será bien adivinar los deseos de cada uno y, después de conocidos, eximirlos de la pesadísima molestia de pedir.

Ten por cierto que será agradabilísimo y que vivirá siempre en la memoria el beneficio que salió al encuentro; y si no pudiéramos prevenirlo, cortemos al menos los largos razonamientos del que ruega, porque no parezca que el hacerle el beneficio dependió de sus ruegos, sino que al instante que tuvimos noticia de la necesidad hicimos la promesa; y entonces la pronta presteza haga fe de que hubiéramos hecho lo mismo sin que se hubieran interpuesto los ruegos.

Al modo que al enfermo es saludable la comida dada con oportunidad y el agua ofrecida en sazón suele servirle de medicamento, así también cualquier ligero y vulgar beneficio dado con prontitud se realza mucho, venciendo la estimación del más precioso si fué tardío y pensado mucho tiempo.

No se puede dudar que el que dió prontamente dió con voluntad, y, consiguientemente, con alegría, mostrando en ella la cara del ánimo.

CAPÍTULO III

El silencio o la tardanza en hablar que imitan la gravedad y tristeza, desfloran las dádivas de algunos, porque las hacen con la cara de los que niegan. Cuánto mejor es adornar con buenas palabras las buenas obras, recomendándolas con la humana benignidad, reprendiendo al que te pide porque tardó en hacerlo, y para esto convendría que le des alguna amigable y familiar queja, diciéndole: «Enojado estoy contigo, porque deseando alguna cosa de mí no diste orden de que yo lo supiese antes de que llegases a rogármelo con tanto afecto, y de que para ello te hayas valido de intercesiones; pero tras esto me doy el parabién de que hayas querido hacer experiencia de mi ánimo. Lo que de aquí en adelante hubieres menester tómalo como derecho tuyo, que yo sólo esta vez te perdono la grosería de haberme rogado.»

Con estas razones le obligarás a que haga mayor estimación de tu ánimo que de la dádiva de aquello que vino a pedirte, aunque sea de gran valor. Conócese la benignidad y grande virtud del que da cuando el que se aparta de su presencia sale diciendo: «Grande es la ganancia que hoy he tenido. Más estimo el haber hallado apacible a Fulano que si por otros medios hubiera recibido duplicado lo que me dió; y así jamás podré dar equivalente recompensa a su ánimo.»

CAPITULO IV

Hay muchos que con las asperezas de las palabras y con el encapotamiento del rostro, convierten en odio los beneficios, usando de tal lenguaje y soberbia que, al que pidió, le queda arrepentimiento de haber conseguido lo que pedía. Suele también haber, después de hecha la promesa, unas y otras dilaciones, no habiendo cosa más acerba que el volver a rogar después de alcanzada la gracia.

Los beneficios han de estar patentes, porque hay algunas personas de quienes con más dificultad se recibe que se impetra, siendo necesario tener unos que lo acuerden y otros que lo reciban; con lo cual, pasando las dádivas por tantas manos, vienen a desflorarse; siendo pequeña parte

de agradecimiento la que corresponde al que prometió el beneficio, porque cada uno de los que fueron rogados para que intercediesen, cercena algo de la gracia al que la hizo.

Así que, si quieres que se estime con agradecimiento los beneficios que hicieres, has de procurar que lleguen intactos, enteros y sin disminución a las manos de aquellos a quienes los prometiste. No permitas que alguno los entresaque o los detenga, porque con lo que tú das ninguno pueda ganar gracias sin disminuir la tuya.

## CAPÍTULO V

No hay cosa tan amarga como una prolija suspensión, y así con mayor ánimo se sufre el cortar las esperanzas que el alargarlas. Muchos hay que tienen por vicio dilatar con perversa ambición lo que prometieron, porque no venga a ser menor el concurso de los pretendientes; y de esta calidad son los ministros reales, a quienes agrada ver delante un extendido espectáculo de su soberbia, juzgando que pueden menos si no ostentan su poderío mucho tiempo y a muchos (62). Ninguna cosa despachan acto seguido y ninguna totalmente. Las injurias que hacen son aceleradas y los beneficios despaciosos, por lo cual puedes tener por verdaderísimo el dicho del cómico: «¿Por qué no acabas de entender que quitas otro tanto de gracia cuanto añades de dilación?»

De estos agravios se originan aquellas voces que pronuncia el ingenuo dolor: «Si has de hacer algo, hazlo luego, que ninguna cosa estimo tanto; más quiero que me lo niegues que no que me lo dilates», pues cuando llega a cansarse el ánimo comienza a tomar odio al beneficio que espera, y por sola esta causa se justifica el ser ingrato. Al modo que se tiene por acertadísima crueldad la que prorroga y alarga la pena (63), siendo cierto género de piedad matar con presteza, porque el último tormento trae consigo el fin del dolor, y el tiempo que le antecede es gran parte del castigo que se espera; así, es mayor la gracia de la dádiva cuando menos tiempo estuvo suspensa, pues aun en las cosas buenas es penoso el esperar.

Y siendo muchos los beneficios que acarrean remedio a las necesidades, quien consiente que aquel a quien puede librar luego se atormente mucho tiempo o se alegre más tarde, destruye sus buenas obras. Toda benignidad camina con paso veloz, siendo propio del que socorre con voluntad el hacerlo luego.

El que dió tarde y alargándolo de día en día, aunque aprovechó con el beneficio, no lo hizo con ánimo; y así perdió dos cosas muy grandes que fueron: el tiempo y la muestra de voluntad amiga, toda vez que el querer tarde es acción de los que no quieren.

## CAPÍTULO VI

En cualquier negocio, ¡oh amigo Liberal!, no es pequeña parte el modo con que se hace o se dice. La presteza en el dar hace que lo que se da parezca mucho, y, al contrario, la detención lo disminuye.

Al modo que en las flechas, siendo una misma la fuerza del hierro, es mucha la diferencia de dispararse con brazo gallardo o en salir de mano flaca y débil; al modo que una misma espada unas veces hace pequeñas heridas y otras penetra hasta lo interior, conociéndose que el golpe viene de brazo fuerte, lo mismo sucede en lo que se da, en que viene a ser de importancia el modo.

¡Qué dulce y qué precioso es el don de que aun no se consiente el dar gracias; y aquel de que se olvida el que le da, aun cuando le está dando! Porque el reprender al que se da y mezclar contumelias en las buenas obras, es locura. Y así, no conviene exasperar los beneficios injiriendo en ellos cosa triste y, aun en caso que haya algo que convenga amonestarle, estará bien se reserve para otra ocasión.

## CAPÍTULO VII

Fabio Verrusco llamaba pan de piedras al beneficio que se daba con aspereza y por mano de hombre áspero y rudo; y ponderaba que aun al hambriento era cosa acerba la necesidad de tenerlo que recibir. Marco Elío, que había sido Pretor, rogó a Tiberio César, su tío, le socorrie-

se para pagar sus deudas. César le mandó diese memoria de ellas.

Esto no fué hacerle buena obra, sino convocar sus acreedores. Y, después de haberle dado el memorial, escribió Tiberio a su sobrino que ya había mandado se pagasen sus deudas y, juntamente, le envió una áspera reprensión con que hizo que, aunque quedó sin deudas, quedase sin haber recibido beneficio, y aunque le libró de los acreedores no le dejó obligado.

No hizo esto Tiberio sin algún fin y pienso debió ser por impedir no hubiese muchos que acudiesen a fatigarle con la misma pretensión. Este medio podrá ser eficaz para reprimir las pretensiones desordenadas con avergonzar a los que las intentan, pero el que ha de hacer los beneficios debe seguir otro camino.

### CAPÍTULO VIII

Conviene que, de todo punto, adornes lo que hubieres de dar para que sea más aceptable, porque lo demás no es hacer beneficio, es dar una reprensión. Y para decirte lo que siento, aunque sea de paso, ni aun al príncipe es decente el hacer mercedes afrentando.

Ni Tiberio pudo por el medio que tomó librarse de las importunidades de muchos, pues poco después hubo algunos que le suplicaron lo mismo, a todos los cuales mandó representasen en el Senado las causas de su empeño, y, mandado esto, les dió algunas cantidades.

Aquello no fué liberalidad, fué corrección; socorro y dádiva fué de príncipe, pero no fué beneficio, pues de él no pudieron tener memoria los que recibían sin avergonzarse. Esto es enviarme al juez a que confiese mis culpas; ya dije las que tenía.

### CAPÍTULO IX

Todos los maestros de la sabiduría enseñan que unos beneficios se han de hacer en público y otros en secreto. Se han de hacer en público aquellos que es glorioso el conseguirlo, como lo son las dádivas y honores militares, y todo lo demás con que se aumenta la estimación y auto-

ridad. Al contrario, se han de hacer en secreto los que no levantan ni hacen más honrado al que los recibe, aunque con ellos se socorra a su necesidad, a su enfermedad y a su ignominia, de modo que solamente han de ser notorios a los que los reciben el útil; y aún, tal vez, ha de ser engañado el mismo que recibe el beneficio de modo que le consiga sin saber quién se lo hizo.

## CAPÍTULO X

De Argesilao se refiere que estando determinado socorrer a un amigo quien, con estar pobre y enfermo, disimulaba su pobreza sin confesar le faltaba lo necesario, para los gastos de la enfermedad, le puso un bolsín de dinero debajo de la almohada, sin que el enfermo lo entendiese, para que aquel hombre, inútilmente vergonzoso, hallase lo que deseaba o necesitaba sin llegar a pedirlo.

¿Esto qué quiere decir? ¿Está bien que no se conozca de quién se recibe el beneficio?

Lo primero, digo, que es bien no lo sepa, si el no saberlo puede ser parte del beneficio, porque después con otros muchos que le haré vendrá a conocer quién fué el autor de los primeros, y, finalmente, sin que él sepa que ha recibido, sabré yo que he dado.

Me dirás que esto es de poca importancia. Yo te lo confieso, si es que llevas la mira en dar a logro, con provecho; pero si solamente pones el pensamiento en dar, ha de ser en la forma que sea más provechosa al que recibe; y así te debes contentar con ser tú solo el testigo de la dádiva, porque lo demás sería el deleitarte, no del bien que haces, sino de que se vea que lo haces.

No me dirás que quieres que él lo sepa. Eso es buscar deudor. Y si me replicas que, con todo eso, quieres que lo sepa, te vuelvo a decir que para qué fin quieres que lo sepa, y te pregunto: ¿y si mudaras de parecer, si vieras que le es más útil, más honesto y más agradable el no saberlo?

Contestas que quieres que lo sepa.

Según esto, a ningún hombre librarás de peligro estando a oscuras. Yo no prohibo, cuando la materia lo con-

sintiere, no se reciba gozo en ver la voluntad del que recibe el beneficio; pero cuando conviene que uno sea socorrido, y tras eso se avergüenza de serlo, y cuando lo que le damos le ofende no dándoselo en secreto. En tal caso yo no recibo esta dádiva en mi libro de cuentas.

¿Para qué, pues, le he de declarar que fuí yo quien le hizo el beneficio, siendo uno de los principales defectos no sólo no zaherir las dádivas, pero ni aun hacer recuerdos? Porque la ley de los beneficios es que el que los dé se olvide de ellos al instante, y el que los recibe, nunca, porque los frecuentes recuerdos afligen y quebrantan el ánimo del que recibió.

## CAPÍTULO XI

Tengo deseos de dar voces como las dió aquel que, habiendo sido librado por un amigo de César en la crueldad y confiscación triunviral, no pudiendo sufrir su soberbia le dijo: «Vuelve a entregarme a César. ¿Hasta cuándo me has de decir *yo te libraré de la muerte?* El acordarme yo, de mi voluntad, es vida; el hacerlo por la tuya, es muerte. Nada te debo si el librarme fué para tener a quién señalar con el dedo. ¿Hasta cuándo me has de traer en todas las conversaciones? ¿Hasta cuándo me has de impedir que me olvide de mi fortuna? Pues sola una vez hubiera sido el llevarme al suplicio.»

No hemos de decir lo que dimos, porque el que recuerda lo que dió vuelve a pedirlo. Tampoco has de apretar al que recibió ni has de traer a tu memoria lo que diste, si no fuere para con nuevos beneficios hacerle recuerdo de los primeros.

Asimismo no es bien referirlos a otros. El que hizo la buena obra, cállela; dígala el que la recibió, porque de otra manera se le podrá decir lo que se dijo de uno que en todas partes se jactaba de un beneficio que había hecho: «¿Podrás negarme que te está pagado?» Y preguntando él que cuando se lo había pagado, se le respondió: «Que muchas veces y en muchos lugares. Esto es, en las muchas veces y los muchos lugares donde tú lo contaste. ¿Qué necesidad hay de que tú lo digas? ¿Para qué tomas

el oficio ajeno? Otro hay que podrás hacer con más decencia ; y contándolo, él se alabará que tú no lo cuentes. Júzgame ingrato si piensas que porque tú lo calles no se ha de saber el beneficio.»

Y esta culpa, de tal modo no se ha de cometer, que si en presencia nuestra hubiere alguno que cuente nuestros beneficios, le hemos de decir : «Por cierto que Fulano es merecedor de que se le hagan otras mayores amistades ; y yo confieso que tengo menor posibilidad que voluntad de hacérselas.»

Y estas razones no se han de manifestar con falsedad ni con el modo que algunos desechan lo que más desean. Ha de acompañar a los beneficios toda humanidad. Perdería el labrador todo lo que sembró si, en haciendo la sementera, dejase de cultivar la heredad ; porque los sembrados, con el cuidado y trabajo, llegan a la cosecha ; y ninguna cosa en que no se continúa la cultura desde el principio hasta el fin da perfecto fruto ; y los beneficios son de esta misma calidad.

¿Pueden, por ventura, haber otros beneficios mayores que los que hacen las madres a los hijos? Y, con todo eso, no son seguros si los desamparamos en la niñez y si no crían un largo y continuado amor. Lo mismo sucede en los demás beneficios, que si no los continuares los perderás.

No basta en haber dado ; conviene que prosigas en dar. Si pretendes que los que quieres obligar con beneficios te sean agradecidos, no basta que les des, necesario es también que les ames.

Conviene, principalmente, como tengo dicho, que perdonemos a las orejas, porque el recordar las buenas obras engendra fastidio, y el zaherirlas aborrecimiento ; y ninguna cosa se ha de evitar tanto en el hacer bien como la soberbia. ¿De qué sirve en los beneficios la arrogancia del rostro? ¿De qué la hinchazón de las palabras? La misma buena obra es la que te engrandece. Quítale la vana alabanza, que cuando callamos nosotros hablarán los beneficios. El dado con soberbia no sólo no es agradable, sino aborrecible.

## CAPÍTULO XII

Dió César la vida a Pompeyo, si es que la da el que no la quita, y, después de haberle absuelto, al tiempo que le daba las gracias, alargó el pie izquierdo para que se lo besase. Los que pretenden disculpar al César dicen que no lo hizo por insolencia, sino por mostrarle el borceguí dorado, o, por mejor decir, de oro adornado de perlas.

¿Qué tuvo de afrenta el dar a besar el oro y las perlas a un varón consular, si en todo su cuerpo no pudo escoger otra parte más limpia que darle a besar? Este hombre, nacido para trastornar las costumbres de una ciudad libre, trocándola en una servidumbre persiana, juzgó ser poco que un viejo senador, que había tenido los supremos honores, se le mostrase humilde en presencia de los demás príncipes en la forma que delante de los vencedores se suelen postrar los enemigos vencidos; y así halló algo debajo de sus rodillas con que derribar la libertad.

¿No fué esto hollar la república? Y no faltará quien pondere el haber sido el hollarla con el pie izquierdo. Y puede ser que no carezca de misterio, porque fuera menos fea y menos furiosa insolencia el juzgar la causa de un varón consular, estando con traje indecente, si el Emperador no le metiera en la boca sus juanetes.

## CAPÍTULO XIII

¡Oh soberbia de la grande fortuna! (64). ¡Oh ignorantísimo mal! ¡Oh, cómo no es de provecho el recibir alguna cosa de tu mano, porque luego conviertes en injurias tus dádivas! ¡Oh, cómo te deleitan todas las demasías! ¡Oh, cómo todo te es indecente y, cuanto más allá te levantas quedas más abatida, dando a entender que aun no conoces estos bienes de que te muestras tan hinchada!

Todo lo que das lo maleas, por lo cual te quiero preguntar qué cosa es la que te hace levantar tanto el cuello, cuál la que te muda la forma y compostura del rostro, gustando más de andar con máscara que de mostrar la cara. Los beneficios que se dan con humana, suave y apacible frente, son agradables; y lo son también aque-

llos que, cuando me los dió el que era superior a mí, no se me empinó, sino que, en cuanto le fué posible, se mostró benigno, humillándose a lo justo y quitando a sus dádivas la pompa, buscó para ellas tiempo sazonado, socorriendo en la ocasión sin aguardar al aprieto.

Con sólo este medio persuadiremos a éstos que no destruyan sus beneficios, probándoles que no por darlos con más estruendo han de parecer mayores; y que es vana la grandeza que estriba en la soberbia, siendo ocasión a que las cosas que de suyo son amables, vengan a ser aborrecibles (65).

## CAPÍTULO XIV

Hay algunas dádivas que han de ser dañosas a los que las consiguieren, y el no dárselas es beneficioso; y para éstas conviene poner más los ojos en la utilidad que en la voluntad de quien las pide, porque muchas veces deseamos cosas perniciosas, sin conocer los daños que nos han de causar. El afecto ofusca el juicio; pero después, cuando ya se han aquietado los deseos y se ha pacificado el ímpetu del ánimo encendido que desecha los sanos consejos, entonces abominamos de los que nos fueron autores de dádivas malas.

Al modo que negamos el agua fría a los enfermos, el cuchillo a los que se lamentan airados contra sí y a los enamorados lo que les pide el ardor, que después les ha de ser dañoso, así hemos de estar firmes en no conceder las cosas dañosas a los que con ansias, con sumisión y aun tal vez con bajeza, nos ruegan. Entonces conviene poner los ojos en los principios y fines de las dádivas y dar tales cosas que no sólo deleiten al tiempo que se reciben, sino también después.

Hay muchos que dicen: «Bien sé que esto no le ha de ser provechoso; ¿pero qué puedo hacer si me está rogando y no puedo resistir a sus ruegos? Mire lo que le está bien y no se queje de mí.» Engáñase en esto, que antes se quejará de ellos cuando se les resfríe aquel ardor que le inflamaba el ánimo y esté desapasionado; y se quejará con razón aborreciendo a quienes le dieron ayuda para daño suyo y para su peligro.

Cruel apacibilidad es dejarse vencer de ruegos que han de resultar en detrimento de los que ruegan. Lo mismo que es obra egregia librar de daño aun a los que no quieren que los libren, así también es un blando y apacible aborrecimiento el dar cosas pestíferas a los que ruegan.

Demos tales beneficios que agraden más y más con el uso sin que jamás se convierta en mal. Yo no daré dineros a aquel de quien tengo indicios los ha de dar luego a la adúltera, porque no quiero ser cómplice en hecho o consejo torpe. Si pudiere apartarle de la culpa, lo haré; pero si no pudiere, no le ayudaré a ella. Si alguno, impelido de la ira, fuese adonde no le conviene o el calor de la ambición le distrajere del camino seguro, no le ayudaré en nada o en cosa por la cual llegara un día en que yo me dijera que amándole fuí ocasión de su ruina.

Muchas veces se diferencian poco las dádivas que hacen los amigos de los deseos que tienen los enemigos, porque a todo lo que éstos quieren te suceda, te lleva la intempestiva dádiva de los otros. ¿Qué cosa, pues, puede haber más torpe que la que sucede cada día, que es la de no haber diferencia del beneficio al aborrecimiento?

## CAPÍTULO XV

Nunca hemos de dar cosa que pueda convertirse en vergüenza nuestra, porque siendo lo sumo de la amistad igualar con nosotros a nuestros amigos, conviene que juntamente se mire por entrambos. Daré al necesitado, pero de tal modo que yo no me ponga en necesidad. Socorreré al que está en peligro, pero de suerte que yo no perezca, salvo si fuese queriendo darme en precio de alguna grande hazaña o para librar algún insigne varón.

Yo no daré beneficio alguno al que lo pidiere con torpeza. No tendré dilación en dar, ni haré que lo que de suyo es poco se repute por mucho, porque al modo que el que engrandece lo que da destruye la dádiva, así el que la ostenta, zahiriéndola, la hace menos agradable.

Cada uno haga cómputo de su hacienda y de sus fuerzas, para no dar más ni menos de lo que puede. Debemos asimismo considerar la calidad de la persona a quien da-

mos, porque hay cosas que son pequeñas para dadas por varones grandes, y otras que son pequeñas para los que las han de recibir. Discurre, pues, contigo mismo en las calidades del que da y del que recibe, y examina en ellas si lo que pretendes dar te ha de ser grave o ligero, y asimismo si la persona a quien lo quieres dar lo ha de despreciar o dejarlo de admitir.

## CAPÍTULO XVI

Queriendo Alejandro, persona de corto juicio y que no concebía en su ánimo cosa que no fuese grande, dar una ciudad a un hombre particular, como la persona a quien se hacía la dádiva, conociendo su corta calidad y deseando librarse de la envidia que de tan gran dádiva recelaba, le dijese que era superior a su estado, le replicó Alejandro: «Yo no te pregunto lo que es conveniente para que tú lo recibas, sino lo que es decente para darlo.»

Esta razón parece magnífica y real, pero no es sino muy necia, porque no hay cosa que igualmente sea por sí sin desdoro a cada uno (66). Conviene examinar lo que se da, a quién se da, cuándo se da, por qué se da y dónde se da, con otras muchas circunstancias, sin las cuales no se puede calificar la justificación de lo que se da.

¿No consideras, animal hinchado, que si no es decente que ese hombre reciba tu don, tampoco lo es que tú se lo hagas? Mírese a la proporción de las personas y dignidades, porque habiendo de tener todas las virtudes su medida, viene a pecarse igualmente en lo que excede como en lo que falta. Pongámonos en el caso de que la fortuna te haya levantado tanto que tus dádivas sean ciudades, dejando aparte que es mayor ánimo no admitirlas que el darlas, y algunos hombres tan pequeños que sus senos no son tan capaces para poner en ellos una ciudad.

## CAPÍTULO XVII

Pidió un cínico al rey Antígono un talento. Le respondió el rey que era mayor cantidad de la que debiera pedir un cínico. Viéndose repelido de su demanda, pidió un real. Volvióle a responder Antígono que era menos de lo

decente para dádiva de un rey. Esta cavilación es torpísima, porque con ella halló modo para no darle lo uno ni lo otro.

Para no darle el real tuvo consideración a su grandeza y para no darle el talento atendió a la pequeñez del cínico. Pudo darle el real como a cínico y el talento como rey, porque aunque hay algunas cosas mayores de las que debe recibir un cínico, ninguna es tan pequeña que no la pueda entregar sin nota la humanidad real. Si me preguntas mi opinión, digo que me arrimo a la tuya, teniendo por intolerable acción pedir dineros y despreciarlos. Si tú, ¡oh cínico!, has publicado aborrecimiento al dinero y has hecho profesión de no tenerlo, ya que te encargaste de representar la figura de pobre, represéntala bien; porque es cosa injustísima que, con capa y pretexto de gozar la gloria de profesar pobreza, quieras adquirir riquezas (67).

Así que no menos debe cada uno atender a la calidad de su persona que a la de aquel a quien pretende beneficiar. Quiero valerme de la comparación que pone Crisipo del juego de la pelota, en el cual no se duda que el dejarla caer en el suelo es por culpa del que saca o del que la vuelve, y que se conserva en el aire cuando anda arrojada con destreza de las manos del uno a las del otro; y así conviene que el buen jugador saque de una manera para que el que ha de volver de cerca, y de otra para el de lejos (68). La misma razón hay en los beneficios, que si no se ajustan a entrambas personas del que da y del que recibe, no saldrán de las manos del uno como conviene ni llegarán a las del otro como es razón. Cuando jugamos con algún jugador ejercitado y diestro, despedimos la pelota con mayor esfuerzo, porque dondequiera que ella llegare, la devolverá su mano ágil y desenvuelta. Pero cuando se juega con jugador novicio y bisoño, no sacamos con tanto ahinco ni con tanto denuedo, sino más débil y flacamente y, habiendo echado a sus manos la pelota, salimos más remisamente a rebatirla.

Lo mismo debemos hacer en los beneficios: a unos hemos de enseñar juzgando de ellos que hacen harto si quieren y procuran ser agradecidos. Muchas veces hacemos

que haya ingratos y ayudamos a que lo sean, como si la grandeza de nuestros beneficios consistiese en no poder ser gratificados. Al modo que los cavilosos jugadores, con daño del mismo juego, que no puede entretenerse, en ellos no hay conformidad, engañan al que ha de volver la pelota; así hay muchos de tan depravada naturaleza, que quieren más perder con soberbia los beneficios que hicieron, que no se vea se los han gratificado.

¿Cuánto mayor y más humana acción es dar lugar a que los que los recibieron cumplan también con sus obligaciones, ayudándolos a que puedan ser agradecidos y echando a buena parte todas sus cosas, y oyendo con apacibilidad al que diere gracias, como si recompensara el beneficio? Y esto sea a fin de que, el que te está obligado, salga de la deuda.

Mala opinión adquieren los usureros cuando cobran con rigor, y lo mismo les sucede cuando son tardíos y buscan dilaciones para no recibir las pagas (69). La que se hace del beneficio, aunque no se ha de pedir, se ha de recibir. Debe de ser tenido por varón grande el que dió con facilidad y no volvió a pedir el beneficio; pero si se le retornó, lo admitió con alegría y, olvidado de los que hizo, recibe los que le hacen, sin ponerlos en cuenta de paga, sino de nueva dádiva.

## CAPÍTULO XVIII

Hay algunos que, no sólo en el dar, sino también en el recibir, muestran soberbia, culpa indigna de cometerse. Pasemos, pues, a la segunda parte, en que se trata del modo con que deben portarse los hombres en recibir los beneficios.

Cualquier oficio que se compone de dos partes, las requiere entrambas. En habiendo considerado cuál debe ser un padre, conocerás que te queda igual estudio en inquirir cuál debe ser un hijo. Hay algunas calidades que son propias de los maridos, pero no son menos de las mujeres. Estas cosas dan alternadamente lo mismo que piden, deseando que sea igual la regla, la cual, como dijo Hecatón, es muy dificultosa, porque todo lo grande tiene

su asiento en lo arduo y difícil, no consistiendo la monta (70) en que se haga la cosa, sino en que se haga con razón.

Esta es la que se ha de llevar por guía en todo el viaje, y por su consejo se han de hacer las cosas grandes y pequeñas; y así en el dar se ha de guardar la forma que ella diere y el primer consejo será que no se reciba de todos.

¿De quiénes, pues, se ha de recibir?

Para responderte con brevedad, digo que se ha de recibir de aquellos a quienes quisiéramos haber dado; y así con mayor vigilancia se ha de buscar la persona de quien hemos de recibir que la de aquel a quien hemos de dar, porque cuando de errar en esto no se siguiesen otras incomodidades, siendo cierto que se siguen muchas, es grande tormento el estar con obligaciones a quien no quisieras ser acreedor, y, al contrario, es gran deleite haber recibido beneficios de aquel a quien tuvieras amor, aunque te hubiera hecho algunas injurias.

No hay para el hombre de bien cosa tan penosa como hallarse necesitado a tener voluntad al que no tiene inclinación. Necesario es que yo vuelva a decir que no hablo ahora de los sabios, que los que lo son sólo se agradan de lo que les fuere decente, porque tienen el ánimo en su potestad, poniéndose las leyes que quieren y guardando las que se pusieron.

Hablo ahora de los hombres imperfectos que, deseando seguir lo honesto, les obedecen sus afectos con rebeldía. Así que hemos de hacer elección de aquellos de quienes hemos de recibir los beneficios, poniendo más cuidado en elegir el que me haya de ser acreedor de buenas obras, que el que lo ha de ser de dineros; porque en pagando a éste lo que me dió, quedo libre de la deuda (71); pero al otro he de pagarle más de lo que me dió y, aun después de gratificada la buena obra, queda trabada la amistad. Después de haberle pagado, he de comenzar a pagarle de nuevo, y así el derecho de los beneficios, de que se origina la amistad, es una cosa sagrada (72).

Dirás que no siempre puedes excusarte de recibir la dádiva, la cual tal vez convendrá recibirla contra voluntad. Si me da alguna cosa un tirano que es cruel y airado y

que ha de reputar por injuria el no recibir su dádiva, ¿cómo podré dejar de recibirla? (73). Y en el mismo lugar que pones al pirata y al ladrón, debes poner al rey que tuviere ánimo de ladrón y de pirata. ¿Qué tengo y qué puedo hacer para excusarme de recibir de éstos, aunque conozco no ser personas dignas de que yo les sea deudor?

Cuando te digo que has de elegir, exceptúo las ocasiones donde interviene fuerza y miedo (74), porque donde ellos tienen autoridad perece la elección. Tú considerarás si te queda libertad para querer o dejar de querer. Cuando la necesidad te quitare el albedrío, harás cuenta que no recibes, sino que obedeces; y ninguno queda obligado cuando recibe aquello que no le fué lícito desecharlo. ¿Quieres averiguar si lo quiero?, pues déjame libertad para no querer. Entonces dirás tú: «Dióme la vida.»

No está la monta en lo que se da, sino en lo que se dé el que lo quiere dar al que lo quiere recibir. Si me libraste de la muerte, no por eso fuiste mi libertador, que tal vez el veneno sirve de medicamento y no por eso se cuenta entre las cosas saludables, porque hay algunas que, aunque aprovechan, no obligan.

## CAPÍTULO XIX

Queriendo uno matar a un tirano, le abrió con la espada una hinchazón que tenía; y no le dió gracias el tirano de que, deseando matarle, curóle la enfermedad, a que no se atrevían las manos de los cirujanos (75). ¿No miras que la mayor importancia no consiste en la misma cosa? Porque el que teniendo mal ánimo causó provecho, no hizo beneficio; que éste lo dió el suceso, habiendo hecho la injuria el hombre. En el anfiteatro vimos un león que, habiendo reconocido a un hombre de los echados a las bestias, el cual en otro tiempo había sido su domador, le defendió de las demás fieras (76). ¿Será, por ventura, beneficio el haberle socorrido?

No, por cierto, porque ni el león tuvo libertad ni lo hizo con ánimo de hacerle beneficio. Pon tú al tirano en el lugar en que yo puse la fiera (77): que si éste te dió la vida, también el león la dió al otro; pero ni el uno ni el

otro dieron beneficio, porque no lo es el forzar a recibir ni se tiene por buena obra el promover a que deba al que no tiene gusto de ser deudor. Ante todas las cosas, conviene me dejes en mi albedrío; después me podrás hacer el beneficio.

CAPÍTULO XX

Suélese disputar si debiera Marco Bruto recibir la vida que el divino Julio le daba después de haberle juzgado digno de muerte. En otra ocasión trataremos de los motivos que siguió para matarle, porque, para mí, habiendo sido en todas las demás acciones un gran varón, parece que en ésta erró grandemente y que no se portó como estoico, porque o temió el nombre de rey, siendo el estado mejor que puede tener una ciudad si vive debajo el imperio de un rey justo, o juzgó que podría haber libertad en pueblo donde el premio del mandar y el de obedecer era cosa tan grande, o pensó que la ciudad que había perdido sus antiguas costumbres podría volver a ponerse en su primera forma, o que habría de haber igualdad en el derecho de los ciudadanos, o que habían de estar las leyes en observancia en un pueblo donde había tantos millares de hombres que peleaban, no para averiguar si habrían de servir, sino para determinar a quiénes habrían de servir (78).

Grande fué el olvido que tuvo de la naturaleza o el que tuvo de su ciudad; pues creyó que, muerto uno, faltaran otros que quisieran lo mismo, no habiendo faltado un Tarquino después de haber muerto tantos reyes a hierro y flechas. Digo, pues, que debió aceptar la vida; pero no por ella debió tener en lugar de padre al que por medio de la injuria vino a tener autoridad para hacerle semejante beneficio. No se debe decir que, el que no mató, dió la vida ni que le dió beneficio, sino soltura (79).

CAPÍTULO XXI

¿Lo mejor que puede disputarse es qué ha de hacer el cautivo, a quien un hombre de costumbres deshonestas y de infame opinión le ofrece el precio de su rescate, si es

que ha de consentir alcanzar libertad por mano de un hombre de manchada vida? ¿Y qué agradecimiento le debe dar después de verse en libertad? Y si supuesto que estando esclavo tenía obligación a vivir en servicio de un dueño deshonesto, si la tendrá de vivir con quien le rescató.

Te diré lo que siento. De un hombre como ése recibiré yo dineros para dar por el rescate de mi vida; pero los recibiré como en crédito, no como beneficio, y le pagaré su dinero; y, si se me ofreciere ocasión de librarle de algún peligro, lo haré, pero no me abatiré o doblegaré hasta su amistad: porque el oficio de ésta es juntar en amor a los que son semejantes en costumbres, y tampoco le pondré en el número de los libertadores, sino en el de los acreedores, sabiendo que he de pagarle lo que de él recibí.

Ofrécese haber alguno digno de que de él pueda yo recibir beneficio; pero, de hacérmele, puédele resultar daño. Por la misma razón que él está pronto a hacerme el beneficio con daño o peligro suyo, estoy yo obligado a no recibirlo. Quiero yo defenderme siendo acusado; pero con defenderme se ha de hacer uno enemigo del rey. En admitir yo que me defienda, muestro que soy su enemigo; pues cuando él se pone por mí a peligro, no hago yo lo que es más fácil, que es peligrar sin que él también peligre.

Hecatón pone un frívolo y desproporcionado ejemplo de Argesilao, de quien refiere que no aceptó el dinero que un hijo de familia le ofrecía, porque no quiso que ofendiese a su padre, que era un hombre humilde. Dime qué cosa hizo en esto que fuese digna de alabanza. ¿Fué el no admitir un hurto? ¿Y en querer más dejar de recibir, que haber de restituir? ¿Qué templanza fué no admitir lo que no era de quien lo daba? Si es que se ha de poner algún ejemplo de ánimo heroico, digamos el de Graciano Julio (80), varón egregio, a quien mató Cayo César sólo porque era mejor hombre de lo que convenía a su despotismo tiránico. Este, pues, recibiendo de sus amigos algunos dineros para los gastos de unas fiestas públicas, desechó una gran cantidad que le enviaba Fabio Pérsico; y riñéndose los que no hacían aprecio del que enviaba, si-

no de lo que, siendo enviado, se desechaba, respondió: «Yo, por ventura, ¿he de recibir dineros de persona a quien no he de consentir que me brinde?» (81).

Y habiéndole enviado otra mayor suma Rabisio, varón consular (82), aunque notado de la misma infamia que el otro, y haciéndole instancia en que mandase recibirlos, le dijo: «Ruégote que me perdones, pues tampoco recibí lo que me envió Pérsico.»

## CAPÍTULO XXII

¿El recibir las dádivas, es como elegir senadores? (83). Cuando juzgáramos ser conveniente el recibir, se ha de hacer con alegría, mostrándola y manifestándosela al que da, para que con eso reciba de contado el fruto de la dádiva, por ser justa causa para alegrarnos el ver alegre a nuestro amigo; y más justa el hacer que lo esté.

Demos señales, con extendidos afectos, de que la dádiva vino gratamente a nuestras manos; y no sólo testifiquémoslo cuando lo oye el que la hizo, sino en todas partes, porque quien recibe el beneficio con agrado, hace con eso la primera paga de su pensión.

## CAPÍTULO XXIII

Hay algunas personas que no admiten las dádivas si no se las hacen en secreto, huyendo de que haya testigos y sabedores del beneficio. Lícito es hacer mal concepto de éstos: al modo que, al que da, no le es permitido extender la noticia de lo que da más de hasta donde ha de ser deleitable al que recibe, así al que recibe le incumbe el juntar el pueblo para que vea lo que le dan.

No recibas tú aquello de que te avergüences ser deudor. Hay algunos que dan las gracias como a hurto, apartándose a un rincón y hablando al oído. El hacer esto no es vergüenza, sino un cierto género de negar la obligación. Ingrato es el que, para dar gracias, aparta los testigos. Otros hay que no quieren que con ellos se hagan las escrituras, ni que se interpongan medianeros (84), ni que haya testigos que firmen, ni quieran dar resguardos. Recelan el recibirlos en público, porque se entienda lo al-

canzaron por su virtud y no por ajeno socorro; y por esto se muestran menos continuos al servicio de aquellos a quienes deben la vida y la honra; y mientras, rehusan el nombre de paniaguados.

## CAPÍTULO XXIV

Hay otros que hablan pésimamente de sus bienhechores, con que viene en ellos a ser más seguro el ofenderlos que el beneficiarlos. Estos con aborrecimiento procuran dar indicios de que no son deudores, así que en ninguna cosa se ha de poner mayor cuidado que en procurar se nos arraigue la memoria de las buenas obras que recibimos y de irla renovando, porque quien olvida el beneficio no puede ser agradecido y, por el contrario, el que se acuerda paga al menos con eso.

Tampoco se ha de recibir con melindre ni humilde y abatidamente, porque quien se muestra apático cuando recibe, siendo de suyo agradables los beneficios presentes, ¿qué hará cuando se le resfríe aquella primera voluntad?

Algunos reciben con fastidio, diciendo: «Yo no tengo necesidad de lo que me das; pero, porque no me importunes tanto, quiero complacerte.» Otros reciben sin advertencia, que dejan dudoso al que da si echaron de ver la dádiva. Otros apenas abren los labios, siendo con eso más ingratos que si callaran. Justo es hablar y que sea afectuosamente en proporción a lo que se da, añadiendo esta razón: «Mucho más de lo que piensas me has obligado»; porque todos se huelgan de que sus dádivas se extiendan y estimen, estimulándoles a decir por su parte: «No sabes lo que me has dado y conviene conozcas que es mucho más de lo que tú lo estimas.» El que se hiciere este cargo, saldrá diciendo: «Nunca podré pagarte lo que por mí has hecho; pero dondequiera que me hallare confesaré que falta posibilidad para satisfacerte», que es como hacerse cuenta que desde el mismo punto paga.

## CAPÍTULO XXV

Con ninguna cosa obligó tanto Furnio a César Augusto, haciendo le fuese fácil en la concesión de otras mer-

cedes, como con haberle dicho, cuando alcanzó perdón para su padre, que había seguido la parcialidad antoniana: «Sola esta injuria he recibido de ti, ¡oh César!; y es que, con este gran beneficio, has hecho que yo viva y muera ingrato» (85).

¿Qué cosa hay tan propia de un ánimo agradecido como no satisfacerse de lo que hace, ni llegar a concebir siquiera esperanza de poder jamás igualar el beneficio recibido? Con estas y semejantes razones hagamos que no se esconda nuestra voluntad, sino que antes se manifieste y luzca; y aunque cesen las palabras, si nuestros afectos fueren como es justo, se reconocerá en el rostro nuestro agradecimiento.

El que ha de ser agradecido, al mismo instante que recibe el beneficio ha de estar aprestado como lo estan los que esperan para partir en la carrera (86), en que han de correr a porfía, o como los que están encerrados en la cárcel, que parten al instante que oyen la señal; siendo conveniente a los primeros tener gran celeridad para en la competencia alcanzar a los que les van delante.

## CAPÍTULO XXVI

Veamos ahora: ¿qué cosa es la que principalmente hace que haya ingratos?

O es el amor propio o un vicio arraigado en la inmortalidad, que es el hacer cada uno admiración de sí y de sus cosas. O es la codicia o la envidia (87). Comencemos por el primer vicio, considerando que apenas se halla un hombre que deje de ser benigno juez de sí mismo, de que resulta el juzgarse merecedor de todas las cosas, creyendo que todo lo que recibe es paga de sus méritos, sin jamás parecerle que llegan a estimarle en su justo valor; y así para no agradecer dice: «Esta amistad me hizo Fulano; pero ¡qué tarde la hizo y después de haber yo pasado muchos trabajos! ¿Cuántos más hubiera yo alcanzado si hubiera querido servir a Fulano y a Mengano o a mí mismo? No era éste el premio que yo esperaba; he sido confundido con el vulgo. Parecióle que con tan corta merced me había premiado suficientemente. Mejor fuera que no se hubiera acordado de mí.»

## CAPÍTULO XXVII

Geneyo Léntulo, augur, ejemplo de grandes riquezas, antes que sus libertinos le hubiesen hecho pobre, vió suyos cuatro mil sestercios (88) (y con propiedad dije que los vió, porque de ello no tuvo otro uso que la vista), fué un hombre de ingenio tan estéril como de ánimo corto, porque con ser avarientísimo, daba con más presteza dineros que palabras. Tan grande era en él la falta de lenguaje.

Este, pues, debiendo al divino Augusto todos sus acrecentamientos, por no haber tenido a su servicio más que una abatida pobreza, debajo del honor de que era noble; hecho ya uno de los príncipes de la ciudad, así en riqueza como en autoridad, se solía quejar de que César le había apartado de cuanto lo que él había perdido, por haber dejado la profesión de la elocuencia, siendo cierto que entre las demás dádivas que el divino Augusto le había hecho, era una, y no pequeña, el haberle librado del vano trabajo y de la mofa y risa que con sus estudios hubiera causado.

La codicia a nadie permite ser agradecido, porque lo que se da nunca es suficiente a las desordenadas esperanzas, deseándose siempre cosas mayores, al paso que lo son las que hemos conseguido. Y al modo que la llama da mayor resplandor cuanto es mayor el fuego de que sale, así la avaricia (89) es más ardiente cuanto son mayores las riquezas en que puso el deseo. Asimismo la ambición no consiente que alguno se aquiete en aquella medida de honor, que en otro tiempo se atrevió a desear con desvergüenza.

No hay quien dé gracias de que le han hecho tribuno, porque quiere quejarse de que no le han hecho pretor; y aun con este oficio no está contento, porque no ha llegado a ser cónsul; y tampoco le será agradable el consulado si hay algún otro que le preceda.

Ensánchase el deseo y no se reconoce su felicidad, porque no pone los ojos en el lugar de donde partió, sino en aquel adonde camina. La envidia es el más vehemente e importuno de estos vicios, porque sólo en hacer compara-

ciones nos inquieta. Decimos: Esta merced me hizo Fulano, pero mayor la hizo a otros y con más presteza.» Finalmente, sin hacer jamás el negocio de los demás, tratamos solamente del nuestro, siendo contrarios a todos.

CAPÍTULO XXVIII

¡Cuánto más justa y honesta acción es engrandecer el beneficio y saber que ninguna persona llega a ser tan estimada de los otros como lo es de sí misma! Diga, pues: «Aunque fuera justo que yo recibiera más, quizá el que me dió esto no tuvo comodidad de darme más por tener muchos en quien repartir su liberalidad. Echémoslo a buena parte, y, recibiendo gratamente lo que nos da, despertemos su ánimo. Poco fué lo que esta vez hizo, pero lo hará otras muchas. Y si hizo más por Fulano, también me antepuso a mí a otros muchos. Si aquél no me es igual en virtudes ni en puestos, tuvo mejor dicha. Yo con quejarme no me hago digno de mayores dádivas, antes indigno de las recibidas. Ya sé que se acostumbra hacer mayores mercedes a los de costumbres manchadas.»

¿Pues a qué propósito se pondera eso? A que raras veces hace la fortuna juicio recto. A diario nos quejamos de que los malos son dichosos; que la piedra y la tempestad destruyó la heredad de los varones justos, pasando sin hacer daño en las de los malos. En las amistades cada uno tiene su suerte, como en las demás cosas.

No hay beneficio alguno tan cumplido que no pueda desacreditarle la malignidad; y ninguno hay tan corto que no lo engrandezca el que le interpreta bien. Jamás nos faltarán causas de quejas, si miramos los beneficios por la peor parte.

CAPÍTULO XXIX

Considera cuán injustos estimadores son los hombres de las dádivas divinas, pues aun algunos de los que profesan sabiduría, se quejan de que no igualamos en la grandeza de cuerpo a los elefantes, en velocidad a los ciervos, en ligereza a las aves y en fortaleza a los toros. Quéjanse asimismo de que el pellejo de las fieras es más fuerte y el de las cabras monteses más vistoso: el de los

osos más espeso y más delicado el de los castores; que los perros nos vencen en olfato, las águilas en la vista, los cuervos en la vida y muchos animales en la destreza de nadar.

No advierten que algunas de estas cosas no son compatibles en la naturaleza, como decir que nosotros hayamos de tener la velocidad y fuerzas iguales a los animales. Tenemos por injuria que el hombre no sea compuesto de varias y encontradas calidades; dando por esto quejas de los dioses y culpándolos de que fueron descuidados con nosotros, pues dejaron de darnos una salud y una fortaleza inexpugnables, y de que no nos dieron sabiduría de lo futuro. Y los que esto dicen apenas se abstienen de llegar con sus blasfemias a término de aborrecer la naturaleza, por ver que somos inferiores a los dioses y no iguales a ellos.

¡Cuánta mayor cordura fuere volver los ojos a la contemplación de tantos y tan grandes beneficios recibidos, dándoles las gracias de que quisieron pasásemos nuestra vida en este hermoso palacio, habiéndonos hecho superiores a todas las cosas terrenas! ¿Hay alguien tan falto de juicio que compare con nosotros a los animales que están debajo de nuestra potestad? Todo aquello que se nos negó, no convino se nos diese. Por tanto tú, quienquiera que seas, injusto apreciador de la humana fuerza, considera cuántas cosas nos dió nuestro Criador y a cuántos animales de mayores fuerzas ponemos debajo del yugo y a cuántos de mayor velocidad alcanzamos.

Atiende que no hay cosa mortal que no esté sujeta a nuestra herida y que hemos recibido tantas virtudes y tantas artes, y, finalmente, un entendimiento capaz de llegar en un instante a la parte adonde se encamina, siendo más veloz que las estrellas y antecediendo el curso que ellas han de hacer muchos años después; y que así hemos recibido tanta variedad de semillas, tanta de riquezas y tanta de otras innumerables cosas, amontonadas unas en otras.

Te doy licencia que recurras a todas las cosas, y porque en ellas no hallarás alguna cuyo todo quieras ser, te permito que de cada una escojas la parte que holgaras te

hubiera sido dada; que, con todo eso, haciendo estimación de lo que la naturaleza te dió, será forzoso confieses que has sido el objeto en quien ella más se esmeró.

Lo cierto es que los dioses inmortales nos tuvieron y nos tienen por la cosa más amada, dándonos el mayor honor que se pudo, que fué colocarnos cerca de ellos. Así que las cosas que hemos recibido son muy grandes y no convino fuesen mayores.

### CAPÍTULO XXX

Tuve por cosa conveniente, Liberal mío, decir esto, por serlo el tratar algo de los grandes beneficios, ya que habíamos hablado de los pequeños; y porque el detestable vicio de la ingratitud se origina entre otras causas de ésta, porque quien desprecia los divinos beneficios, ¿a quiénes será agradecido?, ¿o cuál dádiva tendrá por grande y por digna de ser retornada? ¿A quién confesará deber la salud y el espíritu el que niega haber recibido la vida de mano de los dioses, a quienes cada día ruego por su conservación?

Cualquiera, pues, que enseña a los hombres cómo han de ser agradecidos, hace juntamente la causa de los dioses, a quienes podemos ser agradecidos, no obstante que ellos no necesitan de cosa alguna, por estar puestos en parte donde no hay deseos. No es justo que alguno libre la disculpa de su ingrata voluntad, en su cortedad y pobreza, diciendo: «¿Qué puedo yo hacer? ¿De qué modo y con qué caudal puedo yo ser agradecido a los dioses, siendo ellos señores de todas las cosas?»

Fácil te será el ser agradecido, porque si eres avariento podrás ser grato sin que gastes tu hacienda; si eres perezoso (90) sin que trabajes: que en tu mano está el ser agradecido, pues, al mismo punto que con voluntad entraste a darte por obligado, hiciste recompensa equivalente a cualquier beneficio, puesto que el que lo recibe con alegría, con eso solo lo gratifica.

### CAPÍTULO XXXI

Esta doctrina que quien recibe con gusto el beneficio, lo

paga con eso, aunque está sacada de las Paradojas de la doctrina estoica, no es, según mi opinión, increíble ni aun digna de admiración, porque refiriéndose todas las cosas al ánimo, hemos de juzgar que cada uno hizo todo aquello que tuvo voluntad de hacer. Y como la piedad, la fe, la justicia y, finalmente, cualquier otra virtud son dentro de sí perfectas, así el hombre puede ser agradecido con sola la voluntad, cuando le falta otro caudal en que ejercitar las manos. Todas las veces que uno consigue lo que propuso, coge el fruto de su trabajo.

¿Pues qué es lo que propone el que hace el beneficio? Propone el hacer bien a la persona a quien da, y justamente deleitarse en dar. Pues si él consiguió lo que pretendía, y conociendo yo su ánimo, nos hemos alegrado los dos con recíproco gozo, ya lleva él lo que pedía, pues no tuvo intento de que se le gratificase la buena obra, porque de otra suerte el dar hubiera sido mercancía y no beneficio.

El que llegó al puerto, adonde había destinado su viaje, buena navegación hizo; y el golpe de la flecha cumplió la obligación de la mano que la disparó, si dió en la parte donde fué asestada. El que da el beneficio quiere que se reciba gratamente. Si se recibió así, ya consiguió lo que deseaba.

Lo confieso, pero tras eso esperaba alguna ganancia. Si la esperó, no hizo beneficio, cuya calidad es no poner la mira en el retorno. Si recibí lo que se me dió con el mismo ánimo con que se me daba, con sólo eso lo pagué, porque fuera infeliz estado si para ser agradecido me hubieran de remitir a la fortuna y que no pudiera pagar sin que ella viniera en ello. Para una cosa tan buena, como es el agradecimiento, suficiente paga el dar el ánimo por el ánimo.

Según esto, ¿no he de hacer todo cuanto pudiere, buscando para pagar las ocasiones de las cosas y de los tiempos en que poder llenar el seno de aquel de quien recibí alguna buena obra?

Sí has de hacer, pero tras eso estuvieron en muy mal lugar los beneficios, si con manos vacías no pudiéramos ser agradecidos.

## CAPÍTULO XXXII

El que recibe el beneficio, aunque lo reciba con ánimo benignísimo, no ha dado perfección a su deuda, pues le falta la parte del pagarla, al modo que en el juego de la pelota, aunque es destreza el recibirla bien, no se dice buen jugador sino de aquel que, con arte y con expedición, la vuelve después de recibida.

Este ejemplo no es semejante a lo que hemos dicho, porque la alabanza del jugador consiste en el movimiento y agilidad del cuerpo; y todo aquello en que han de hacer juicio los ojos es necesario desenvolverlo de todo punto, y aunque no diré yo que es mal jugador el que recibió bien la pelota, si la dilación en volverla no fué culpa suya ni en cosa alguna faltó su industria, diré tras eso que el juego quedó imperfecto, pues consiste su perfección en la alternada industria del que saca y del que vuelve.

No quiero detenerme más en refutar estas cosas: demos caso que sean así y que falte algo al juego, ya que no faltó al jugador. Lo mismo es en el caso de que disputamos. Faltó algo al beneficio, al cual, y no al ánimo, se debe alguna otra cosa. El que halló ánimo igual que el suyo, consiguió ya lo que quiso en cuanto estuvo en su mano.

## CAPÍTULO XXXIII

Hízome un hombre una buena obra. Yo la recibí en la misma forma que él quiso. Ya él consiguió lo que pretendía; con eso quedo yo por agradecido; pero después queda al bienhechor aptitud de poderse valer de mí y sacar alguna comodidad de mi agradecimiento. Pero esto no es la parte que faltaba a la perfección del beneficio, si bien es una añadidura a la parte que estaba ya perfecta.

Al hacer Fidias una estatua, una cosa es el fruto del arte y otra el del artificio. El fruto del arte es el hacerla; el del artificio, el haberla hecho en orden a utilidad suya. Y aunque Fidias no venda su estatua, la perfeccionó. En hacerla tuvo tres frutos: uno el de su satisfacción, y de éste gozó en acabando la obra; otro el de la fama que

ganó con ella; otro el de la utilidad que ha de sacar en venderla o donarla.

Así también el primer fruto de la buena obra es la conciencia, y de éste gozó ya el que encaminó su dádiva adonde tuvo intento de encaminarla. El segundo es de la fama y el tercero es el que espera de aquellas cosas que alternadamente se pueden dar. Así que cuando el beneficio se recibió con afabilidad, ya el que le dió recibió el agradecimiento, aunque no la paga. Según eso, lo que restó debiendo es fuerza del beneficio, porque éste ya le satisface con recibirle en la forma que era justo.

## CAPÍTULO XXXIV

Me dirás que ¿cómo paga el beneficio el que no ha hecho cosa alguna? Te respondo que hizo mucho cuando en pago de un buen ánimo dió otro buen ánimo, que es lo que principalmente se requiere en las buenas amistades, porque por diferente modo se paga el beneficio que el depósito, y no es justo esperes que yo te haga demostración de la paga del beneficio, porque ésta sólo pasa entre los ánimos.

Si me prestares atención y te persuadieres de que hay más cosas que palabras, no te parecerá duro lo que digo, aunque al principio haga renuncia a tu opinión. Mucha es la cantidad de cosas a las que no se les ha puesto nombres; y así las significamos, no con propios, sino con ajenos y prestados vocablos. Llamamos pie al nuestro, al de la cama, al del monte y al de los versos. Llamamos perro al de caza, al marino y a la estrella; y por no ser suficientes a dar a cada cosa nombres particulares, los tomamos prestados.

La fortaleza es una virtud que desprecia los justos peligros y es una ciencia que sabe cuándo se han de repeler, cuándo se han de admitir y cuándo se han de desafiar; y, con faltar al gladiador todas estas cualidades, le llamamos varón fuerte; y, al contrario, llamamos malo y cobarde al esclavo, a quien la temeridad obligó a despreciar la muérte.

La templanza es una ciencia que enseña a excusar gas-

tos superfluos y es arte de usar con moderación de la hacienda; y también al hombre de ánimo encogido y corto le llamamos parquísimo, siendo infinita la distancia que hay de la templanza a la miseria (91).

Estas cosas son diversas por naturaleza, pero la falta de palabras obliga a que llamemos parco a éste y a aquél, y que digamos fuerte al que, guiado de la razón, despreció los sucesos fortuitos, y al otro que, sin discurso, se arrojó en los peligros. De este mismo modo decimos que el beneficio es una acción bienhechora; y así llamamos beneficio a la misma dádiva, como son el dinero, la casa y la ropa. Uno es el nombre, pero muy diversas la fuerza y la significación.

## CAPÍTULO XXXV

Atiende, y conocerás finalmente que yo no digo cosa que contradiga a tu opinión. El beneficio, a quien perfecciona sola la intención, se gratifica al mismo tiempo que le recibimos benévolamente; pero en el otro beneficio, que consiste en la cosa que se da, aunque tengamos intención de gratificar, aunque hemos satisfecho con voluntad a la voluntad, quedamos deudores de gratificar la cosa recibida con otra cosa equivalente. Así, cuando decimos que benévolamente quien recibió el beneficio lo pagó con solo eso, no dejamos de enseñar que se retorna otra cosa semejante a la recibida.

Parece que muchas cosas de las que decimos son fuera de la común costumbre, pero después por otro modo vuelven a recaer en ella. Decimos que el sabio no puede recibir injuria y, con todo ello, el que le diere de mojicones será condenado por injuriador. Decimos que la hacienda del ignorante no es suya, y, con todo eso, el que se la hurta será condenado por ladrón. Decimos que todos los hombres son locos, y, con todo eso, no curamos a todos con eléboro (92); antes bien, a los mismos que llamamos locos nos sometemos en las elecciones y en la jurisdicción de justicia (93). De este mismo modo decimos que quien recibió con buena voluntad el beneficio, lo gratificó cuando lo recibió, y, esto no obstante, le dejamos deudor, y

decimos que lo ha de ser aun después de haber pagado. De modo que lo que decimos no es pagar el beneficio, sino exhortar a él para que no temamos ni desmayemos, juzgándonos oprimidos con grave carga.

Diéronme muchos bienes y defendieron mi fama; sacáronme de pobreza, diéronme la vida y la libertad, que ésta en algunos es más estimable que la misma vida; ¿cómo podré yo ser agradecido?

Dígote que lo muestras al mismo tiempo que dices lo dicho. Recibe, pues, el beneficio, abrázalo, alégrate con él y no sea la alegría porque le recibes, sino porque quedas deudor aun después de haberlo pagado. Con lo cual no entrarás en el grande peligro de que la corta fortuna te pueda hacer ingrato. No trato de proponerte para ser agradecido cosas dificultosas, porque no venga a faltarte el ánimo ni desmayes juzgando que, para agradecer, has de padecer grandes trabajos o larga esclavitud.

No te pido paga prolongada, pues la puedes hacer con lo que de presente tienes, porque si desde luego no eres agradecido, jamás lo serás. Me dirás: ¿qué es lo que debo hacer? Respondo que no te obligo a que tomes las armas ni a que navegues en remotos y no conocidos mares, si bien será alguna vez contingente el tener que levar anclas la nave, aunque sean contrarios los vientos.

Si quieres pagar el beneficio, recíbele con agrado, que, con solo eso, lo pagas, sin que te sirva de ocasión a que juzgues que has salido de la deuda, sino que para el quedar deudor sea con mayor quietud y con menos congojas.

## LIBRO TERCERO

### CAPÍTULO PRIMERO

El no agradecer los beneficios, Ebucio Liberal, es cosa torpe y tenida por tal entre todas las personas. De esto nace que, aun los mismos ingratos, se quejan de los ingratos; y, estando en todos arraigada esta culpa, desagrada a todos; y es de tal modo el inclinarnos a lo injusto, que a muchos tenemos por enemigos, no sólo des-

pués que nos hicieron buenas obras, sino porque no nos las hicieron.

No niego que el suceder esto en algunos es por su depravada naturaleza; pero en muchos sucede, porque el tiempo les ha borrado de la memoria el beneficio, que, mientras estuvo reciente, tuvo algún vigor y vino en enflaquecerse o debilitarse en habiéndose interpuesto algún espacio de tiempo. Acuérdome que tuve contigo disputa cuando defendías que éstos no eran ingratos, sino faltos de memoria, como si con esto se excusaran de la ingratitud, siendo ello lo que la causa. ¿El suceder esto a alguno, podrá por ventura librarle de la nota de ingrato, no siendo cosa que sucede sino a los que lo son?

Hay muchos géneros de ingratos, como los hay de ladrones y homicidas (94); y aunque la culpa es una, es grande la variedad en los modos. Ingrato es el que niega haber recibido el beneficio; ingrato el que le disimula; ingrato el que no le retorna; pero el más ingrato de todos es quien le olvida, porque los otros si no pagan, por lo menos deben, y, sin duda, queda en ellos algún indicio de la buena intención, si bien encerrado en su mala conciencia; y podrán alguna vez y por alguna causa reducirse a gratificar el beneficio, si se lo aconsejare la vergüenza o si en él se despertare algún repentino deseo de virtud, como algunas veces sucede en los más depravados pechos, o, si acaso, la fácil ocasión de poder ser agradecido le convidare a serlo; pero aquel a quien de todo punto se le fué la memoria del beneficio, jamás podrá ser agradecido.

Dime tu: ¿a quién llamarás peor, al que olvida la estimación del beneficio o al que de todo punto se olvidó de él? Los ojos que temen la luz están enfermos; los que no la ven están ciegos. No amar a los padres es impiedad; no reconocerlos es locura. ¿Quién es tan ingrato como aquel que de tal manera aparta y desecha de sí lo que debiera tener depositado en la mejor y más interior parte de su ánimo, que viene a ignorarlo? Conócese bien cuán pocas veces pensó en la paga del beneficio el que dió lugar a que se lo llevase el olvido.

CAPÍTULO II

Para recompensar el beneficio son necesarias virtud, sazón, posibilidad y próspera fortuna. El que se acuerda del beneficio, viene a ser agradecido sin costa; pero el que no paga lo que aún no le cuesta trabajo, ni ha menester riquezas ni felicidad; éste no tiene disculpa alguna de qué valerse, porque se conoce de que nunca trató de ser agradecido, pues apartó tanto de sí el beneficio que vino a perderle de vista, al modo que aquellas cosas de que usamos a diario y a cada hora las manejamos, no tienen peligro de enmohecerse; y, por el contrario, las que no vienen a nuestra vista, antes bien, se hallan apartadas de ella, están como desechadas y superfluas, vienen a criar, por no estar usadas, mil inmundicias. Igualmente lo que renueva el frecuente pensamiento, jamás se cae de la memoria, que ésta no pierde jamás cosa alguna de las que se le ponen delante de los ojos.

CAPÍTULO III

Además de estas causas y de otras, hay también las que nos echan algunas veces un velo que encubre las grandes buenas obras. La primera y principal es el estar ocupado en nuevos deseos, con lo cual no miramos a lo que poseemos, sino a lo que pedimos, atendiendo no a lo que se tiene, sino a lo que se apetece. Con lo cual todo aquello que está en nuestro poder nos parece cosa vil. De que se sigue que todas las veces que las nuevas pretensiones hicieren parecer pequeñas las mercedes recibidas, se destinarán, y justamente, al que las hizo. Amamos y reverenciamos a alguno, confesando que le debemos el puesto en que nos hallamos; y esta confesión dura el tiempo que estamos agradecidos de lo que hemos conseguido; pero cuando después nos asalta el deseo y admiración de otras cosas, abalanzándonos con ímpetu a ellas (por ser costumbre de todos los mortales, al verse con cosas grandes, apetecer otras mayores), luego olvidamos todo aquello que antes tuvimos por beneficio; y no ponemos los ojos en lo que hace que seamos preferidos a otros, sino en lo que ostenta la fortuna de los que nos prefieren.

No es compatible el envidiar y el dar gracias, porque lo primero es acción de quejosos y tristes; y el dar gracias es de personas alegres. Además de esto, como ninguno de nosotros conoce sino el tiempo presente, y éste pasa en un instante, hay pocos que vuelvan el ánimo a lo pasado, y de esto nace el olvido que, en saliendo de la niñez, tenemos de nuestros maestros y de los beneficios que de ellos recibimos: porque como de todo punto desechamos la niñez y ella no puede volver atrás, parecen todas las buenas obras que en la niñez se nos hicieron.

Ninguno cuenta lo que está pasando entre las cosas que fueron, sino entre las que perdió, con lo cual viene a ser caduca la memoria de aquellos que anhelan por lo futuro.

## CAPÍTULO IV

En esta parte nos hemos de conformar con Epicuro (95), quien se lamenta continuamente de que somos ingratos con las cosas pasadas. La causa es porque nunca reducimos a la memoria los bienes que hemos recibido ni los computamos entre los deleites, siendo evidente que ningún gusto es más cierto que aquel que ya no se nos puede quitar.

Los bienes presentes aún no están en lugar seguro, porque los podrá interrumpir algún accidente. Los futuros están pendientes de la incertidumbre, mas los pasados están ya puestos y asentados entre las cosas seguras. ¿Cómo, pues, será agradecido a los beneficios aquel que va siempre anticipando la vida? Lo que hace agradecido es la vista de lo presente y la memoria de lo pasado. El que da mucho a la esperanza, da poco a la memoria.

## CAPÍTULO V

Al modo, ¡oh Liberal mío!, que hay unas cosas que, aprendidas una vez, se adhieren y arraigan; y otras, para saberlas, no basta haberlas aprendido, porque la ciencia de ellas se nos va si no las continuamos. Hablo de la geometría y del curso de los ciclos y de las demás cosas que, por ser tan sutiles, son deslizaderas. Así hay

beneficios cuya grandeza no consiente olvido; otros que, por ser menores, aunque en mayor número y diversos en tiempo, se deslizan de la memoria, porque, como tengo dicho, no los traemos de continuo en las manos ni reconocemos con gusto lo que a cada uno debemos.

Atiende a las palabras de los que piden y no hallarás quien deje de decir que vivirá eternamente en su ánimo la memoria del beneficio; y ninguno hay que no haga profesión y protestación de que ha de estar siempre obligado y dedicado. Y si halla otra más humilde palabra, usa de ella para mostrar su empeño; pero en pasándole un breve término, huyen estos mismos de aquellas primeras razones, juzgándolas por abatidas y por indignas de un hombre libre y noble; y poco después caminan a lo que, como yo pienso, llegaron los peores y los más ingratos, que es al olvido. Porque de tal manera es ingrato el que olvida el beneficio, que hace aparecer agradecido al que tiene memoria de lo que recibió.

## CAPÍTULO VI

Pregúntase si este tan aborrecible vicio de la ingratitud se ha de quedar sin castigo. Y si la ley que se lee en las escuelas, por lo cual se da acción contra los ingratos y todos la tienen por justa, se debe practicar también en las ciudades. Me dirás que por qué no, puesto que unas ciudades zahieren a otras lo que por ellas hicieron, pidiendo a los sucesores lo que dieron a sus antecesores.

Nuestros antepasados, que fueron grandes varones, cobraban de sus enemigos las cosas, pero no los beneficios; que ellos los daban con grande ánimo y los perdían con el mismo. Sólo entre los macedonios, y no en otra alguna nación, se usó poner demanda contra los ingratos; y esto es grande argumento de que no se debe dar acción contra este vicio, porque en todos los demás delitos estamos de común acuerdo todas las demás naciones; y aunque en diversas provincias es diverso el castigo del homicidio, de los hechizos, del parricidio y del violar la religión, en todas es alguna la pena; mas este frecuentísimo

crimen, aunque en todas partes se abomina, en ninguna se castiga.

No le absolvemos; pero por ser difícil el aprecio y estimación de cosa tan incierta, le condenamos sólo a pena de aborrecimiento, dejándolo entre aquellas cosas cuyo castigo remitimos a los dioses.

## CAPÍTULO VII

Muchas cosas se me ofrecen con que probar que el delito de la ingratitud no cae debajo de ninguna disposición de ley. Lo primero, porque se perdiera lo mejor que en sí tiene la buena obra, si se permitiera poner demanda por ella, como se permite por el dinero prestado o por los arrendamientos; porque lo más realzado que hay en los beneficios es el hacerlos, aunque sea con riesgo de perderlos, dejándolo de todo punto en el albedrío de quien los recibe.

Si yo le pongo demanda y le cito ante el juez, ya comienza a dejar de ser beneficio y se convierte en crédito. Además de esto, siendo tan honesta acción el ser agradecidos a los beneficios, dejaría de ser buena en siendo precisa, porque entonces ninguno dará mayor alabanza al hombre agradecido de la que da al que restituye el depósito o al que paga la deuda sin pleito. Con lo cual vendríamos a quitar el valor al ánimo agradecido y al beneficio, que son las dos cosas más hermosas de la vida humana: ¿qué tendrá de magnífico si el beneficio se presta y no se da?

Y en el que gratifica la buena obra que recibió, ¿qué habrá de honesto si lo hace, no porque quiere, sino porque le es forzoso? No será acción gloriosa el ser agradecido, sino el que sea cosa segura el poder ser ingrato. Añade que para sólo castigar este delito de la ingratitud no serían suficientes todos los tribunales. ¿Quién sería que no pusiese demanda?; ¿quién contra el cual no se pusiese? Todos disminuyen los grandes beneficios que reciben, y todos engrandecen las mínimas dádivas que hacen. Además de esto, las cosas que han de caer debajo de conocimiento de causa han de ser comprensibles, sin

que al juez le quede licencia abierta para arbitrar; y de esto nace que, al que tiene justicia, le está mejor ser remitido a un juez que no a un árbitro, porque aquél está atacado con el rigor del derecho, que no le permite salir de sus términos, y estotro tiene libre la determinación, sin estar ligado con algunos lazos. Y así puede añadir y quitar, disponiendo su sentencia, no como lo ordenan las leyes y el rigor de la justicia, sino en la forma a que le impele la misericordia.

El haber demanda contra el ingrato, no fuera atar al juez a la disposición de las leyes, sino darle un imperio absoluto, porque no constando qué cosa sea beneficio ni la cantidad que ha de tener, vendría a consistir en la interpretación que el juez le quisiese dar. Ninguna ley declara qué cosa es el ser ingrato, porque muchas veces lo será el que pagó el beneficio y muchas será agradecido el que no le ha recompensado.

De algunas cosas podrá pronunciar sentencia un juez, aunque no sea docto; como sería el declarar si se hizo o no se hizo alguna cosa, o cuando el pleito consistiese en presentarse algunas escrituras. Pero donde ha de ser la razón la que ha de dar el derecho entre los litigantes, y donde se ha de conjeturar el ánimo, y donde la controversia es sobre cosa que solamente puede determinar la sabiduría, no se puede elegir para juez cualquiera de la turba de los que están metidos en suerte o insaculados, a quienes la riqueza o la herencia (que fueron suficientes a ponerles en el estado de los caballeros) les metieron en el tribunal.

## CAPÍTULO VIII

Así que la ingratitud no se tuvo por cosa poco idónea para citarla ante el juez; pero juzgóse que para esta culpa no se hallaría juez que fuese idóneo. Y no te admirarás de esto si hicieres examen de la mucha dificultad que cualquiera juez, a quien tocase la suerte de castigar a semejante reo, había de tener en hacerlo. Dió uno a otro una gran suma de dinero, pero el que lo dió era tan rico, que con la dádiva no sintió daño. Dió otro la mis-

ma cantidad, pero con pérdida de todo su patrimonio. Una es la suma, pero el beneficio no es el mismo. Añade también ahora: dió el rico este dinero para librar a uno que estaba condenado a muerte; pero sacólo de su escritorio. Dió la misma cantidad, pero para sacarla la buscó prestada, interponiendo ruegos y sujetándose a entrar en grandes obligaciones. ¿Pondrás tú en el mismo lugar al que hizo el beneficio sin costarle dificultad, con el que para hacerlo se humilló a recibirlo de otro?

Algunas cosas se hacen grandes más por la razón que por la cantidad. Beneficio es dar una posesión, cuya fertilidad sea suficiente para hacer abaratar el trigo, y también es beneficio dar un pan al que tiene hambre. Beneficio es dar provincias por las cuales corran ríos navegables, y es también beneficio enseñar una fuente a los que, pereciendo de sed, apenas pueden respirar por las secas gargantas.

¿Quién, pues, habrá que coteje y compare estos beneficios? Difícil cosa es hacer juicio donde no se busca la misma cosa, sino la fuerza de ella. Unas mismas cosas dadas de diferentes modos no tienen el mismo peso. Hízome Fulano un beneficio, pero no lo hizo con voluntad, antes se quejó de haberlo hecho, y me miró con más soberbia de lo que solía; y diómelo tan tarde, que hubiera sido mejor negármelo. ¿Qué aprecio podrá hacer el juez de estas circunstancias, donde las palabras, la detención y el encapotamiento del rostro quitaron la gracia al beneficio?

## CAPÍTULO IX

¿Qué diremos de aquellas cosas a que llamamos beneficios sólo porque se desearon con afecto, con haber otras que no son de vulgar clase, sino mayores, aunque se manifiestan menos?

Si tú llamas beneficio el haber admitido a uno por ciudadano de alguna poderosa ciudad y el haberle dado asiento en el banco de caballeros; en el haberle defendido estando condenado a muerte, ¿qué llamarás al haberle aconsejado lo útil, el haberle detenido para que no

cayese en algún delito? ¿Qué el haber quitado la espada al que iba a matarse con ella? ¿Qué el haber consolado con eficaces razones al que estaba afligido? ¿Qué el haber reducido al amor de la vida a los que, en seguimiento de sus difuntos, deseaban perderla?

¿Qué el haber asistido a un enfermo, y consistiendo su convalecencia en instantes, haber observado los tiempos sazonados para darle la comida? ¿Qué el haber reparado con delicado vino las desmayadas venas? ¿Qué el haber traído médico al que estaba muriendo?

¿Cuál juez será suficiente para ajustar el precio a estas cosas? ¿Quién el que mande que estos beneficios se recompensen con otros equivalentes? Dióte aquél hacienda; yo te di una tabla en que escapaste del naufragio. Aquél, peleando por ti, recibió algunas heridas; yo, con sólo callar, te di la vida. Mira cómo por ser tan varios y diversos los modos de hacer beneficios viene a ser muy difícil el ajustarlos.

## CAPÍTULO X

Además de esto, como para la paga de los beneficios no se pone plazo en la forma que se pone para la moneda que se presta, el que ahora no ha pagado, podrá pagar después. Dime tú: ¿después de qué tiempo le condenarás por ingrato? Los grandes beneficios no tienen comprobación, porque de ordinario están escondidos dentro de las conciencias de solas dos personas. ¿Hemos, por ventura, de introducir que las buenas obras no se hagan sin testigos? Además de esto, ¿qué pena hemos de constituir para el ingrato? ¿Ha de ser una para todos, siendo tan desiguales los beneficios? ¿O ha de ser desigual, mayor o menor, según la calidad de la dádiva?

Demos que en los beneficios que consisten en dinero hay pena equivalente, ¿qué se hará en aquellos donde se da la vida y tal vez cosa mayor que la vida? En éstos, ¿qué pena se pronunciará contra el ingrato? Si fuere menor que el beneficio, será injusta; si igual, habrá de ser de muerte, pues ¿qué cosa hay tan inhumana como hacer sangrientos los remates de los beneficios?

## CAPÍTULO XI

Me dirás que a los padres se concedieron algunos privilegios y que como el conocimiento de los beneficios que ellos hacen es fuera del común estilo, así debe ser en lo demás. Hicimos sacrosanto el nombre de padres, porque siendo tan necesario el criar los hijos, fué también conveniente el alentar a los padres para los trabajos de su crianza; porque, siéndoles forzoso el esperar los inciertos sucesos de la fortuna, no se les pudo decir lo que a los demás que hacen beneficios: «Elige la persona a quien hayas de dar; y si alguna vez fuiste engañado, busca otra que sea digna, y ayúdala.»

El criar los hijos no depende de nuestra elección: pende de la voluntad de Dios; y así para que los padres entrasen con mayor gusto en aquel peligro, convino que se les diese alguna potestad. Además de esto, es diverso el estado de los padres, los cualen hacen y harán los beneficios a los mismos a quienes los hicieron, no obstante que les hayan sido ingratos; porque en éstos no hay peligro de que puedan negar el haberlos recibido.

En las demás personas puédase preguntar si los unos hicieron los beneficios y los otros los recibieron; pero los beneficios de los padres siempre están de manifiesto, porque, siendo utilidad para la juventud el ser gobernada, se le pusieron unos como domésticos maestros, con cuya custodia se enfrenase. Además de esto, siendo uno mismo el beneficio que los padres hacen, pudo de una vez apreciarse. Pero los demás beneficios, como son tan diversos y por tan varios modos diferentes, no pudieron caer debajo de alguna regla; y así es más justo que todos los ingratos queden sin castigo, que el igualarlos a todos con la pena.

## CAPÍTULO XII

Hay algunas cosas que cuestan mucho a los que las dan; y otras que, siendo grandes para los que las reciben, no costaron cosa a los que las dieron. Unas se dan a los amigos y otras aun a los que no son conocidos.

Aunque lo que se da sea lo mismo, se reputa por más cuando se da a aquel a quien por la dádiva que le hacemos le comenzamos a conocer. Uno da socorros, otro alhajas y otro consuelos. Hallarás algunos que juzguen no hay cosa mayor ni más deleitable que el darles algún aliento en sus calamidades; otros que quieren se ampare su reputación más que su vida; otros que juzgan deben más al que fué causa de su seguridad que al que lo fué de su virtud; y así, estos beneficios se tendrán por mayores o menores según fuere inclinado el ánimo del juez, o ya a éstos o ya a aquéllos.

Además de esto, el hacerme yo acreedor podrá sujetarse a mi elección; pero muchas veces recibo beneficio de quien yo no lo quiero, y aun otras quedo obligado, ignorando yo mi obligación. ¿Qué dirás tú en este caso? ¿Llamarás ingrato al que se le hizo beneficio sin que lo supiere? ¿Y al que si lo supiere no lo aceptara? ¿Y no dirás que lo es el que no le recompensó, de cualquier modo que lo haya recibido?

## CAPITULO XIII

Hízome uno un beneficio y este mismo individuo hízome después una injuria. Dime si por sólo aquel beneficio recibido estoy obligado a tener paciencia en todas las injurias que me hiciere. O si con haberle sufrido la que me hizo le he sido agradecido, porque parece que con la injuria que después me hizo canceló la obligación del beneficio. Dime en qué forma discernirías si era más lo que recibí que la injuria que me hizo.

Faltaráme el día si intentara proponerte todas las dificultades. Me dirás que con no castigar los ingratos ni dar pena a los que niegan los beneficios hacemos que los hombres sean más detenidos en hacer las buenas obras que desean.

Por el contrario, también es justo consideres que asimismo serían muchos más los detenidos en recibirlos si entendiesen han de pasar por el riesgo de ser llamados al tribunal donde vean puesta su inocencia en lugar congojoso. A lo que se seguiría que, por la misma causa, ven-

dríamos nosotros a ser más perezosos y detenidos en dar, porque ninguno da con gusto al que recibe forzado; antes bien, todos los que movidos de su propia bondad y de la hermosura que en sí mismo tiene el hacer bien se inclinaren a dar, darán con mayor gusto a los que no les han de deber más de lo que ellos quisieren, porque la gloria de la buena obra se desflora y disminuye cuando se cautela el pago con demasiada diligencia.

## CAPÍTULO XIV

Si fueren menos los beneficios serán por lo menos más verdaderos; y así, ¿qué tiene de malo el enfrenar la temeridad en los beneficios? El intento de los que no pusieron ley para el ingrato fué querer que tuviésemos más circunspección en el dar y que con mayor vigilancia hiciésemos elección de aquellos en quienes hubiésemos de colocar nuestras dádivas. Mira, pues, una y otra vez a quién das, porque de lo que dieres no te queda acción para repetirlo; y vas errado si piensas que contra el ingrato has de hallar favor en el juez.

No ha de haber ley que restituya y reintegre en lo que diste, ni has de esperar recobrarlo; sólo has de poner los ojos y la esperanza en la buena correspondencia del que recibe. Los beneficios dados de este modo son magníficos y conservan su autoridad; pero los mancharás si los hiciste materia de pleitos. Esta voz «págame lo que me debes» es utilísima y emana del derecho de las gentes, pero en los beneficios es torpísima, porque ¿qué has de pagar? Dices que te debo la vida, la honra, la seguridad y la salud; ¿cómo te he de pagar cosas tan grandes?

Dirás que te dé, en recompensa, otras que sean de igual valor. Esto es lo que tengo dicho que se desdora una cosa tan noble como es el hacer beneficios si tratamos de convertirlos en mercancía. No se ha de incitar el ánimo a la avaricia, a las quejas ni a la discordia; que él, por su misma propensión, corre a estos vicios. Resistamos todo lo que fuere posible y quitemos las ocasiones a los que las buscan.

## CAPÍTULO XV

Ojalá pudiéramos persuadir que no se recibiera dinero prestado si no fuese de aquellos que lo dan con voluntad, y ojalá no hubiera escrituras en que el comprador se obliga al vendedor. Ojalá no hubiera registros (96) en que guardar los instrumentos de los contratos para que sola la fe y el ánimo venerador de lo justo fueran los que lo guardaran. Pero desde el tiempo que los hombres antepusieron lo útil a lo que es más noble, y quisieron más forzar la fe que confiar en ella, se ponen testigos por entrambas partes.

Este escribe en su libro de caja las obligaciones de muchos deudores, asentando los corredores que intervinieron en los contratos; el otro no está satisfecho con la promesa si no tiene en su mano prenda suficiente. ¡Oh torpe confusión del mal y engaño público introducido en el linaje humano! ¡Que venga a darse más fe a nuestras firmas que a nuestros ánimos! ¿Para qué se llaman estos honrados varones a ser testigos? ¿Para qué se firman estas escrituras? ¿Es, por ventura, para que aquél no niegue lo que recibió? ¿Juzgas tú por varones incorruptos y por defensores de la verdad a estos a quienes no darás dineros sino en esta forma?

¿No fuera más honesta cosa que hubiera algunos que faltaran a su fe que el temer ha de haber maldad en todos? Ya sólo falta a la avaricia que los beneficios no se den sin fiador. De ánimo generoso es el ayudar y aprovechar a otros; y el que da el beneficio sin poner la mira en la recompensa imita a los dioses; pero el que la pide imita a los logreros. ¿Por qué, pues, cuando tratamos de asegurar los beneficios los metemos en la soez turba de los contratos?

## CAPÍTULO XVI

Me dirás que habrá muchos ingratos si contra ellos no hay alguna acción; antes habrá menos, porque se darán los beneficios con mayor elección. Además de esto no es conveniente que todos conozcan que es grande el número de los ingratos, porque la muchedumbre de los que pecan

vendrá a quitar la vergüenza de la culpa, y dejará de tenerse por oprobio el vicio que se hubiere hecho común.

¿Hay, por ventura, alguna mujer que se avergüence de ser repudiada, después que algunas ilustres matronas han dejado de contar los años por los cónsules y los cuentan por los maridos que han tenido? Cuando salen de casa de los primeros ya van concertadas de casar con otros, entrando en el matrimonio con sólo el fin de volver a ser repudiadas. Esto temióse todo el tiempo que fué raro; pero ya que no hay instrumentos públicos de casamiento sin que intervengan divorcios, han aprendido las mujeres lo que han oído muchas veces.

¿Hay alguna, por dicha, que se avergüence de ser adúltera, después que se ha llegado a tiempo que se toman los maridos para sólo despertar el amor de los adúlteros? ¿Qué mujer hallarás tan miserable y despreciada que se contente con un par de adúlteros, diviéndoles las horas, sin que para tantos sean suficientes las del día? ¿Cuál la que, llevada a casa de uno, no se quede después en la de otro? La que el ser adúltera con uno no lo llama matrimonio es tenida por simple o por mujer de los siglos pasados. Al modo, pues, que desapareció la vergüenza que se solía tener de los vicios, después que comenzaron a extenderse así, si comenzares tú a contar los ingratos, harás que sea mayor el número de ellos.

## CAPÍTULO XVII

Pues ¿qué se ha de hacer? ¿Ha de quedar sin castigo el ingrato?

También te pregunto yo ¿qué se ha de hacer? ¿Si ha de quedar sin castigo el impío? ¿Si el maligno? ¿Si el avariento? ¿Si el que usa mal de su potencia? ¿Y si el cruel? ¿Piensas tú que las cosas aborrecidas quedan sin castigo? ¿O juzgas que hay otro mayor castigo que el aborrecimiento público?

Castigo es para el ingrato que ni él se atreva a recibir beneficios de nadie y que ninguno se atreva a hacérselos; que ande señalado de todos o que él piense que todos le señalan; que haya perdido el conocimiento de cosa tan dulce y tan buena. ¿Llamas desdichado al que

perdió la vista de los ojos y al que por alguna enfermedad se le cerraron los oídos, y no llamarás infeliz al que por su ingratitud perdió el sentido de los beneficios?

Este anda temeroso de los dioses, que son los testigos de los ingratos: y abrásale y acongójale la conciencia del mal reconocido beneficio, y, finalmente, le es suficiente pena el no coger, como dijimos, el fruto de una cosa tan agradable.

Al contrario, el que se deleita de haber recibido el beneficio goza siempre de un igual y perpetuo gusto, y poniendo los ojos en el ánimo de aquel de quien recibió y no en la cosa recibida se alegra. Al hombre agradecido siempre le causa deleite el beneficio; al ingrato sola una vez.

Hagamos comparación de la vida del uno a la del otro. El ingrato está siempre triste y congojoso, lo mismo que lo están los mentirosos y engañadores, y los que no tienen el debido respeto a sus padres, ayos y maestros. El agradecimiento está siempre regocijado y alegre esperando la ocasión de pagar el beneficio; y recibe grande gozo de sólo estar con este afecto y no andar discurriendo sobre las calidades del que le hizo el beneficio, la cantidad de lo que se le dió, ni en las causas que hubo para las dádivas; solamente trata de qué modo podrá pagar con ventajas, no sólo a sus padres y amigos, sino a las más humildes personas, pues aun cuando reciba de su esclavo algún beneficio pone la estimación en lo que recibe y no de quién lo recibe.

## CAPÍTULO XVIII

Aunque algunos, y entre ellos Hecatón, preguntan si el esclavo puede hacer beneficios a su señor, hay otros que los distinguen de esta forma, diciendo que unas cosas se deben llamar beneficios, otras obligaciones y otras ministerios (97). Lo que da el extraño, que pudo dejar de darlo, sin que por ello sea reprendido, es verdadero beneficio. Obligación es la que tienen el hijo y la mujer y demás personas a quien la propincuidad despierta y manda den ayuda. Ministerio es el del esclavo, a quien su estado le pasó en tal lugar que no puede hacer cargo

a su amo de lo que por él hace y de lo que le da; pero tras todo eso, el que niega que alguna vez puede el esclavo hacer beneficio a su señor es ignorante del derecho humano, porque para el beneficio no es necesario el estado de quien lo hace, sino el ánimo. La virtud de nadie se retira, a todos está patente, a todos admite y a todos convida: a nobles, a libertinos, a esclavos, a reyes y a desterrados. No diferencia las familias, ni riquezas, porque de solo el hombre se contenta (98).

¿Qué seguridad quedaría para los casos repentinos; y qué cosa heroica se podría prometer el ánimo si la fortuna tuviese para mudar la virtud sólida? Si no puede hacer beneficio el esclavo, tampoco el vasallo lo podría hacer a su rey, ni el soldado a su capitán, porque donde el imperio es supremo, ¿qué diferencia hay de que sea en éste o aquél? Y si al esclavo le impiden la necesidad de obedecer y el temor de sufrir, para que su dádiva no llegue al nombre de beneficio, lo mismo dificultará al vasallo, que tiene rey, y al soldado que tiene capitán, pues aunque los títulos son diferentes igual es a la potestad. De modo que si los vasallos hacen beneficios a sus reyes y los soldados a sus capitanes, ¿por qué no han de poderlos hacer los esclavos a sus dueños?

Puede un esclavo ser justo, puede ser fuerte, puede ser magnánimo; luego podrá hacer beneficios, porque esto también concierne a la virtud; y de tal manera pueden los esclavos hacer beneficios a sus señores, que muchas veces se han hecho ellos los mismos beneficios. No se duda que un esclavo pueda hacer beneficio a cualquier persona; ¿por qué, pues, no le ha de poder hacer a su señor?

## CAPÍTULO XIX

Me dirás que esto es porque aun cuando el esclavo dé dineros a su dueño no puede hacerse su acreedor, porque si esto pudiera ser le obligaría a cada hora. Síguele en sus peregrinaciones, sírvele en sus enfermedades, asístele en sus trabajos; y todas estas cosas que, hechas por otro, fueran beneficios, son ministerios cuando las hace el esclavo. Porque aquello se llama beneficio, que lo da

el que pudo dejar de darlo; pero el esclavo no tiene potestad de negar cosa alguna a su señor; y en lo que hace no da, sino obedece, y así no podrá jactarse de haber hecho lo que no pudo dejar de hacer.

Pero aun dejando esta ley en vigor he de salir con mi opinión y he de poner al esclavo en tal estado que venga a ser libre en muchas cosas. Mientras llego a la prueba, dime: ¿si yo te mostrase un esclavo que, sin atender a su propia vida, pelease por defender a su dueño y, acribillado de heridas y derramando la poca sangre que le quedaba, detuviese con su muerte a los que se la daban, porque su señor tuviese tiempo de huir, podrías decir que este valeroso esclavo dejó de hacer beneficio a su dueño?

Y si te mostrase otro que con ningunas promesas del tirano se dejó sobornar para descubrir los secretos de su amo, antes sin acobardarse con amenazas ni rendirse con tormentos deslumbró en cuanto pudo las sospechas del juez que le examinaba, dando su vida por conservar la fidelidad, ¿dirías también que éste, por ser esclavo, dejó de hacer beneficio a su dueño?

Considera cuánto mayor acción es la que acabo de citar, por ser tan raro en esclavos este ejemplo de virtud, y débese estimar en más este beneficio, porque, siendo casi siempre aborrecible el dominio y pesada la necesidad y común el odio que se tiene a la esclavitud, hubo algún esclavo en quien venciese a estas cosas el amor que tenía a su amo. Por lo cual no deja de ser beneficio, aunque le haya hecho un esclavo; antes bien, el mayor, porque ni aun la misma esclavitud no fué poderosa para acobardarle a que no lo hiciese.

## CAPÍTULO XX

Yerra el que piensa que la esclavitud se apodera de todo el hombre, porque la mejor parte de él queda libre. Los cuerpos están consignados y sujetos al dueño, pero no lo está el ánimo, que éste de tal manera es libre y vagante que, aun con la misma cárcel del cuerpo donde está encerrado, no puede ser impedido para que no use de su ímpetu, ni para que deje de hacer cosas grandes y, espaciándose por lo infinito, sea compañero de los

espíritus celestiales. Finalmente, el cuerpo del esclavo es lo que solamente entregó la fortuna al dueño: esto es lo que se compró, y esto lo que se vendió.

No se da a la esclavitud la parte interior, porque todo de ésta procede, y así, ni nosotros podemos mandar a los esclavos todas las cosas ni ellos tienen obligación de obedecernos en todas. No estarán obligados a hacer lo que les mandásemos si fuere contra la República, ni tendrán obligación a dar sus manos para la maldad.

## CAPÍTULO XXI

Hay algunas cosas que ni las leyes las mandan ni las prohiben. En ésta tienen los esclavos materia para hacer beneficios. Cuando dan lo que es costumbre, mandarles es ministerio; cuando dan más de lo que tienen obligación es beneficio, porque en pasando a tener afecto la amistad deja de llamarse ministerio.

Hay también algunas cosas que los dueños tienen obligación a darlas a sus esclavos, como son el comer y el vestir. A esto nadie lo llama beneficio; pero cuando los tratan con más liberalidad y los crían enseñándoles las artes que suelen aprender los nobles ya llega a ser beneficio.

Lo mismo, pues, será en la persona del esclavo, en el cual todo aquello que excediere la instrucción de su oficio y lo que hiciere, no por imperio, sino por su propia voluntad, será beneficio, si fuere de calidad, que se tuviera por buena obra, haciéndola otro.

## CAPÍTULO XXII

El esclavo, según dijo Crisipo, es un perpetuo jornalero; y al modo que éste hace beneficio cuando en el trabajo añade algo más de aquello para que se alquiló, así cuando el esclavo en el amor para con su dueño pasa al modo de su estado, y cuando en su servicio emprende alguna cosa más alta, tal que diera honor al que hubiere nacido en mejor fortuna, y cuando antecede a lo que de él esperaba su dueño, entonces lo que hizo se debe llamar beneficio hallado dentro de casa.

¿Parécete que sería cosa justa que, pues nos enojamos con los esclavos cuando hacen menos de lo que están obligados no les diésemos gracias cuando hacen más de lo acostumbrado y debido? ¿Quieres saber cuándo se dirá que no es beneficio lo que hace el esclavo? Se dirá cuando lo pudiéramos decir: «¿Qué fuera de ti si no hubieras hecho esto?» Pero cuando él hace lo que puede dejar de hacer merece alabanza por haber querido hacerlo.

El beneficio y la injuria son contrarios, y si el esclavo puede recibir injuria de su dueño, también él podrá hacer beneficio a su señor. Y vemos que hay juez diputado para oír las injurias que los esclavos reciben de sus amos, y para enfrenar su crueldad, su deshonestidad y su avaricia en no darles lo necesario para el sustento.

Según esto, ¿diremos que el amo recibe beneficio del esclavo?

No diremos sino que un hombre recibe beneficio de otro hombre, y, finalmente, haciendo de su parte lo que estuvo en su potestad, hizo beneficio a su señor; y si él no lo quisiere admitir, en su mano estará. ¿Pero qué persona hay tan grande a quien no obligue algunas veces la fortuna a que necesite de los más pequeños? Quiero ahora referirte algunos ejemplos; unos serán semejantes y otros contrarios: Dió un esclavo la vida a su señor; dióle otro la muerte; aquél guardó al que estaba vecino a morir; y si esto te parece poco, dió a su amo la vida perdiendo la suya; otro ayudó a la muerte de su señor, y otro lo engañó.

## CAPÍTULO XXIII

Claudio Quadrigario, en el libro dieciocho de sus Anales, dice que estando cercada la ciudad de Andrumento (99), y habiéndose llegado a suma desconfianza de poderla defender, huyeron de ella dos esclavos, pasándose al campo del enemigo, e hicieron concierto de entregar la ciudad. Después de haberla entregado y discurriendo por ella el enemigo, corrieron estos dos esclavos por las calles, que ellos tenían conocidas, y llegaron a la casa donde habían servido y, sacando delante de sí a su se-

ñora, respondían a los que les preguntaban quién era que era una cruelísima ama, a quien habían servido, y que la llevaban a matar; y después de haberla sacado fuera de los muros de la ciudad la escondieron con gran cuidado hasta que se sosegó la ira de los vencedores, y después que los soldados, cansados de hacer muertes, volvieron a las costumbres romanas, estos esclavos volvieron a las suyas, dándose ellos mismos ama a quien servir. Mas ella, al mismo instante, los dió libertad y no tuvo por cosa indigna el recibir la vida de manos de aquellos sobre quienes tenía potestad de vida y de muerte; antes tuvo más de qué alegrarse, porque si por otro modo hubiese sido librada hubiera recibido una dádiva de vulgar y ordinaria clemencia, pero el haber sido guardada de este modo fué una noble historia y ejemplo celebrado por entrambas ciudades.

En la confusión de un pueblo vencido huyeron todos, excepto estos dos esclavos, que, habiéndose pasado primero a los enemigos, se apartaron después de la parcialidad de ellos, con ser vencedores, y se volvieron a ser esclavos de su cautiva ama para con esto mostrar el intento que tuvieron en la huída y en haber sufrido la nota de que querían ser matadores de su propia señora, que esto fué lo más estimable de aquel beneficio, porque, con el fin de que no muriese su ama, quisieron padecer la infamia de haber sido los matadores.

Créeme, y vuelvo a decirte que me creas, que no es de ánimo servil el comprar una acción egregia a precio de incurrir en la infamia de malhechores. Llevaban cautivo a Cayo Vecio, pretor de los marsos, ante el emperador romano (100), y un esclavo suyo sacó la espada al soldado que le llevaba, y las primera cosa que con ella hizo fué matar a su amo, y luego después, diciendo «Ya es tiempo de que también cuide de mí, pues di libertad a mi señor», se atravesó el pecho de una mortal herida. Dame tú alguno que con mayor grandeza de ánimo haya libertado a su dueño.

## CAPÍTULO XXIV

Tenía César puesto sitio sobre Corfino (101). Estaba

dentro Demetrio, quien mandó a su médico, asimismo con su esclavo, que le diese un vaso de veneno, y viendo que dificultaba el hacerlo, le dijo: «¿Para qué te detienes, como si estuviera en tu potestad el darme o dejarme de dar el veneno? ¿No adviertes que te pido la muerte, teniendo en mi mano las armas?»

Entonces el esclavo y médico, prometiendo darle el veneno, le dió una saludable bebida con que, habiéndole adormecido, se fué a su hijo y le dijo: «Manda que yo esté en una prisión hasta que por el suceso conozcas si es veneno lo que yo di a tu padre.»

Vivió Demetrio y conservólo César; pero primero conservóle su esclavo.

## CAPÍTULO XXV

Otro esclavo escondió a su amo, que estaba condenado a muerte en la proscripción de las guerras civiles, y, habiéndose puesto sus anillos y vestidos, salió al encuentro de los que venían a buscar a su amo, y díjoles que no les pedía dejasen de hacer lo que les estaba mandado, y al punto alargó la cerviz.

¿No te parece que este hecho fué digno de un gran varón, pues voluntariosamente se ofreció a la muerte porque no muriese su dueño, siendo más de encomiar esta acción por haber sido hecha en tiempo en que se hallaba tan poca fidelidad? Gran cosa fué hallarse un esclavo piadoso en medio de la pública crueldad, y fiel en medio de la pública traición, y que cuando se proponían grandes premios para los que descubrían a otros, eligiese éste su propia muerte por premio de su fe (102).

## CAPÍTULO XXVI

No dejaré de referirte también algunos ejemplos de nuestros tiempos: Usóse en el imperio de Tiberio César una pública y frecuente rabia de fiscales y delatores, la cual, por ser más dañosa que las guerras civiles, consumió toda la gente ciudadana.

Notábanse para acusarlas no sólo las razones de los borrachos, sino también la sencillez de los que se burla-

ban, y sin que hubiese cosa alguna segura, se gozaban con toda ocasión de crueldad, y ya no se esperaba a saber cuál había de ser el suceso de los acusados, porque era siempre uno mismo el de todos.

Cenaba en un convite Paulo, que había sido pretor, y éste tenía esculpida la imagen de Tiberio César (103); sería impertinencia mía, buscando palabras con que decir que tomó un orinal, acción que lo notó Marón (104), uno de los conocidos espías de aquel tiempo. Pero viendo un esclavo de Paulo que su amo, contra quien se encaminaban las asechanzas, estaba borracho, le quitó el anillo de la mano, y queriendo Marón hacer testigos a los convidados de que Paulo había mezclado y confundido la imagen de César a las obscenidades, y estando ya disponiendo la acusación, salió el esclavo mostrando el anillo, que lo tenía en su mano. El que a éste llamare esclavo podrá también llamar convidado a Marón.

## CAPÍTULO XXVII

En tiempos del emperador Augusto no eran peligrosas las palabras a los que las decían, si bien eran ya molestas. Rufo, varón del estado de los senadores (105), estando cenando, descubrió deseos de que César no volviese con salud de una jornada que estaba aprestando, y añadió que este mismo deseo tenían hasta los toros y las terneras. Hubo algunos que con cuidado notaron estas palabras.

Luego que amaneció el día siguiente un esclavo suyo, que en la cena había asistido junto a sus pies, contó a su amo lo que, estando borracho, había dicho, y aconsejóle que ganase a César por la mano y que él mismo se delatase. Valióse Rufo de este consejo, y habiendo encontrado a César que bajaba, le juró que el día antes había estado fuera de juicio, y pidió a los dioses que todo lo que entonces había dicho cayese sobre sí y sobre sus hijos, y suplicó a César le perdonase y le volviese a su gracia.

Y habiéndole respondido César que le perdonaba, le volvió a replicar Rufo: «Nadie, ¡oh César!, creerá que he vuelto a tu gracia si, junto con perdonarme, no me

haces alguna merced.» Y pidióle una que, aun para los que estuvieran muy en su gracia, no fuera de las que se podían desechar. Y consiguióla, diciendo César: «En cuanto por mí fuere, jamás procuraré enojarme contigo.»

Gallardo anduvo César, pero esta alabanza ha de ser, en primer lugar, para el esclavo de Rufo. ¿No esperarás a que te diga que se le dió luego libertad? Diósele, pero no fué por agradecimiento de su dueño, sino porque César pagó el dinero de su rescate.

## CAPÍTULO XXVIII

Dime si, después de tantos ejemplos, dudarás que alguna vez recibe el señor beneficio de su esclavo. ¿Y por qué ha de servir la persona a la cosa y no ha de poder la cosa honestar o enaltecer a la persona? (106). Todos tuvimos unos mismos principios y uno mismo fué el origen de todos. Ninguno es más noble que otro, excepto aquel cuyo entendimiento es más recto y más apto a las buenas artes (107).

Los que exponen en sus zaguanes las estatuas de sus mayores y los nombres de todos los de sus familias, enlazadas y eslabonadas con larga trabazón y con muchas colgaduras y ramos de sus linajes, adornando con ellas las fachadas de sus casas, vienen a tener más de conocidos que de nobles (108). El mundo es un solo padre de todos y a él se reduce el origen de cada uno, ora descienda por grados ilustres, ora por plebeyos.

No es conveniente te dejes engañar de aquellos que, cuando relatan sus ascendientes, en faltándoles algún abuelo ilustre, fingen luego algún dios. A nadie desprecies, aunque su apellido sea humilde, o de aquellos a los cuales la fortuna ayudó poco, ora hayan sido vuestros padres libertinos, ora esclavos, ora hombres advenedizos. Levantad con osadía vuestros ánimos y pasad por todo aquello que en medio de vuestra estirpe, estuviera manchado, considerando que para los fines os espera una muy grande nobleza.

¿Por qué nos desvanecemos con tal soberbia, que despreciamos recibir beneficios de nuestros esclavos, poniendo los ojos en su estado y no en sus méritos? ¿Siendo tú

esclavo de la gula, de la lujuria, de la adúltera, o, por mejor decir, siervo común de todas las adúlteras, osas llamar esclavo a otro? ¿Tú te atreves a esto? Dime adónde te llevan esos tus libertinos, que van alrededor de la litera que tienes por cama. Adónde esos engabanados cocheros adornados de no vulgar traje militar (109).

Vuelvo a preguntar: ¿adónde te llevan? ¿Es, por ventura, a casa de algún esclavo portero, o a la de algún teniente de jardinero? Teniendo tú por beneficio el agasajo del esclavo ajeno, ¿niegas que puede hacértese el tuyo? ¿Qué grande es esta discordia de tu ánimo, que a un mismo tiempo desprecias y veneras los esclavos?

En tu casa eres imperioso e insufrible y fuera de ella suave y humilde, siendo con igualdad despreciado y despreciador. Porque ningunos abaten tanto sus ánimos como aquellos que los engríen sin razón, y ningunos son más prontos para hollar a otros que los que, recibiendo vilipendios y sufriendo indignidades, se enseñaron a hacerlas.

## CAPÍTULO XXIX

Convino dijésemos primero estas cosas para rechazar la insolencia de los que no miran sino a la fortuna de cada uno, y para defender el derecho que tienen los esclavos de hacer beneficios a sus amos, y el que tienen los hijos de hacerlos a los padres, porque muchas veces se ha dudado si podrán los hijos hacer alguna vez mayores beneficios a sus padres de los que ellos recibieron. En primer lugar se concede que muchos hijos han sido más poderosos que sus padres, y asimismo se concede que han sido mejores.

Asentado esto por cosa cierta, lo será también que cuando hubiere sido mejor su intención y mayor su fortuna les habrán dado cosas mayores. Me dirás que cualquier cosa que da el hijo al padre es muy inferior a lo que debía ser, puesto que aun la misma potestad para dar la debe al padre, y así nunca podrá vencer en beneficios al que es el mismo beneficio con que vence.

Muchas cosas traen sus orígenes de otras, y no obstan-

te eso son mayores sus principios, aunque no hubieran podido crecer tanto si no hubieran comenzado.

No hay cosa que, a largo andar, deje de adelantarse a sus principios. Las simientes son causa de todas las cosas y, con todo eso, son la menor parte de todo lo que se engendra. Mira al río Nilo, mira al Eufrates, y, finalmente, todos los más caudalosos, ¿qué son si pones la vista en las fuentes de donde nacen? Todo aquello por que son temidos y por que son nombrados lo adquieren en su corriente.

Quita las raíces y no habrá plantas ni se vestirán tantos montes. Mira los árboles, y ora consideres su altura, ora su espesor, ora sus extendidos ramos, verás que todo lo que esto han medrado lo comprende la raíz en delgados hilos (110). Los templos y las murallas de las ciudades estriban en sus cimientos; pero todo aquello que se puso por fundamento de la obra está encubierto. Lo mismo sucede en todas las demás cosas, que siempre la subsiguiente grandeza disminuye en sus principios.

Claro es que yo no pudiera haber adquirido cosa alguna si no hubiera precedido el beneficio de haber tenido padres; pero no por eso es menos todo lo que yo he conseguido que aquello sin lo cual no hubiera podido llegar a conseguirlo. Si cuando yo era niño no me hubiera alimentado el alma, no hubiera yo llegado a conseguir el nombre ilustre que he ganado con la industria civil y militar. Dime, pues, si por esta causa preferirás el oficio de ama a las demás acciones.

Según esto, ¿de qué importancia es el ponderar que igualmente no hubiera podido pasar adelante si me hubieran faltado los beneficios que he recibido de mis padres y de mi amo?

## CAPÍTULO XXX

Y si todo lo que ahora puedo lo debo a mi principio, advierte que ni mi padre ni aun mi abuelo fueron mi principio, porque siempre hallarás alguna cosa anterior de la cual descienda el origen de mi próximo origen; y con todo eso no hay quien diga que debo yo más a mis conocidos ascendientes, de quien aún no tengo entera memo-

ría, que a mi padre, y sin duda les había de deber más a ellos, si esta deuda que tengo a mi padre por haberme engendrado la tiene mi padre a ellos.

Todo lo que diste a tu padre, aunque sea cosa grande, es inferior a la estimación que merece el beneficio de haber sido tu padre, porque si él no te hubiera engendrado no hubieras tenido ser (111).

Según esto, tampoco podré hacer beneficio equivalente al que curó a mi padre estando enfermo y con peligro de muerte, porque si mi padre no hubiera sido curado no me hubiera engendrado. Pero advierte si con más razón debe ser estimado el hacer yo lo que de mi parte puedo, siendo mío lo que hago de mis fuerzas y de mi voluntad.

Considera lo que es por sí el haber yo nacido y echarás de ver que es una cosa pequeña e incierta y una materia común al bien y al mal.

No se puede dudar que el nacer es el primer escalón para todas las cosas; pero no por ser el primero es el mayor de todos. Guardé yo a mi padre de algún peligro y levantéle a la primera dignidad, haciéndole príncipe de su ciudad; no sólo le ennoblecí con mis hazañas, sino que le di, grande y feliz, no menos gloria que segura materia para el que las hiciese. Acumulé en él honras y riquezas, y todo aquello que arrebata los ojos de los hombres, y estando yo superior a todos, estuve inferior a mi padre.

¿Me dirás ahora que todo esto a que llegó mi poderío fué dádiva de mi padre? Te lo concediera si para hacer estas cosas fuera bastante el haber nacido; pero el nacer es muy pequeña parte para vivir bien, y ésta es la que me dió mi padre, siendo común con las fieras y con los animales rateros (112) e inmundos; y así no es justo se atribuya a su dádiva lo que no salió de ella, aunque no se pudo hacer sin ella. Imagina que por la vida que me dió le di la vida.

Con sólo esto vencí su beneficio, porque yo la di al que la conocía; y dila habiendo en mi conocimiento de que la daba, y no se la di por causa de deleite ni mediante él, siendo tanto mayor cosa el conservar la vida que el reci-

birla, cuanto es menos sensible el morir antes de poder tener miedo de la muerte.

CAPÍTULO XXXI

Yo di la vida a mi padre que había de usar al instante de ella; mi padre me la dió habiendo de vivir si naciera. Yo le di la vida cuando temía la muerte; él me dió la vida para hacerme capaz de sufrir la muerte. Yo le di la vida perfecta y consumada; él me engendró privado de discurso y para ser carga de otros.

¿Quieres saber que el darme la vida en esta forma no fué grande beneficio? Pues advierte que si cuando nací me hubiera puesto con los expósitos, no sólo no fuera beneficio el haberme engendrado, sino que antes fuera injuria, de lo cual infiero que el ayuntamiento de mi padre con mi madre hubiera sido para mí muy corto beneficio, si no se le arrimaran otros que perfeccionaran este principio haciéndole más firme con otros oficios.

El bien no consiste en vivir, sino en vivir bien; y si yo vivo bien pude vivir mal; y así, sólo es de mi padre el vivir yo. Y si me hace cargo de la vida que me dió, habiéndomela dado desnuda y falta de consejos, y engrandece esto como dádiva grande, adviértase que me hace cargo de lo que gozan asimismo las moscas y los gusanos.

Además de esto, para abreviar, en haber yo estudiado las buenas artes para enderezar mi viaje al camino derecho de la virtud, recibió mi padre más de mí de lo que con el beneficio de engendrarme me dió, porque si él me dió a mí mismo, fué dándome rudo e ignorante; pero yo le he vuelto un hijo tal que es forzado se alegre de haberle engendrado.

CAPÍTULO XXXII

Alimentóme mi padre; pero si yo hago lo mismo, vengo a pagarle más de lo que me dió: porque no sólo goza del gusto que tuvo en haberme alimentado, sino que también lo tiene de que yo le alimente, recibiendo más deleite de mi ánimo que de aquello que le doy.

Sus alimentos llegaron solamente a mi cuerpo; pero los que yo le hago llegan a su ánimo.

Si un hijo se adelantase tanto que, bien por su elocuencia, bien por sus hazañas militares, bien por su justicia fuese celebrado entre las gentes, dando con eso gran fama a sus padres, y si con claros resplandores deshicieseis las oscuras nubes de su humilde nacimiento, ¿este tal no haría a sus padres inestimable beneficio? ¿Hubiera, por ventura, quien tuviera noticia de Aristón y de Grillo, si no fuera por sus hijos Xenofonte y Platón? No consiente Sócrates que se olvide el nombre de Sofronisco; y sería cosa prolija contra otros muchos que viven en la memoria de los hombres, no por otra causa, sino porque la excelente virtud de sus hijos los encomendó a la posteridad.

¿Dió, por ventura, mayor beneficio a Marco Agripa su padre, siendo hombre aún no conocido después de Agripa? ¿O lo que a él le dió Agripa fué más, por haber sido insigne con la corona naval (113), alcanzando el único honor entre los dones militares; y habiendo levantado en la ciudad tan grandes obras que, viniendo ellas a la antigua grandeza, no han de ser vencidas de la fortuna?

¿Dió, acaso, mayor beneficio Octavio a su hijo, el divino Augusto, no obstante que la sombra del padre adoptivo le oscurezca? ¡Qué deleite hubiera recibido si hubiera llegado a verle presidiendo en la segura paz, habiendo pasado las guerras civiles! Sin duda, no creyera tanto bien ni que podía haber nacido en su casa un tan gran varón.

¿Para qué tengo de referir otros muchos a quienes hubiera ya consumido el olvido si la gloria de sus hijos no los hubiera sacado de las tinieblas conservándolos en la luz hasta el día de hoy? No preguntemos, pues, de aquí en adelante, si algún hijo ha vuelto a dar a su padre algún beneficio que sea mayor del que recibió, si no se le puede dar mayor; y cuando no satisfagan los ejemplos referidos ni se hayan hasta ahora adelantado los beneficios de los hijos a los de los padres, la Naturaleza es capaz para que adelante se vea lo que en ninguna de las edades pasadas se ha visto; y si cada beneficio de por sí no puede adelantarse a los que hicieron los padres, juntándose muchos en uno podrán ser superiores.

CAPÍTULO XXXIII

Libró Scipión a su padre en una batalla (114), y siendo aún muchacho, tuvo osadía para arremeter con su caballo a los enemigos. ¿Parécete que es pequeña acción el haber despreciado tantos peligros, tantos capitanes y tantos impedimentos como se le oponían para llegar hasta donde estaba su padre? ¿Y que un soldado bisoño, siendo aquélla la primera batalla en que se hallaba, pasase corriendo por medio de las compañías de los veteranos, excediendo en esto a las obligaciones de sus años?

Añade y supón que este mismo hubiese defendido a su padre en una acusación y que le hubiese sacado libre de la conspiración de enemigos poderosos (115). O que le hubiese hecho cónsul segunda y tercera vez, habiendo acumulado en él otros muchos honores de los que son deseables aun a los varones consulares; y que hallándolo pobre, le haya dado todas las riquezas que adquirió por derecho de la guerra, haciéndole rico con los despojos ganados a sus enemigos, que es la cosa más honrosa para varones militares; y si todavía es poco esto, añade el haberle hecho continuar en los gobiernos y en las comisiones extraordinarias.

Añade también que habiendo vencido y deshecho poderosísimas ciudades, y siendo no sólo defensor, sino propagador y fundador del Imperio romano, que jamás ha de tener competidor desde el Oriente hasta el Ocaso, acrecentó nobleza a su ilustre padre.

Dime tú alguno que haya sido igual a Scipión. No haya, pues, duda en que su egregia piedad y sus excelentes virtudes fueron superiores al vulgar y común beneficio que le dió su padre con engendrarle; y no sé si a la misma Roma acarreó mayor seguridad o mayor esplendor.

CAPÍTULO XXXIV

Finalmente, si todo lo dicho te ha parecido poco, supón que algún hijo, habiendo quitado a su padre de los tormentos, los transfirió en sí; y también tienes licencia para extender todo lo que quisieres los beneficios que los hijos hacen a sus padres, siendo el que ellos reciben con

ser engendrados uno solo y fácil, y que se puede dar sin voluntad del que le dió.

No tengo para qué alargarme en este pensamiento, pues los padres dan el beneficio de la generación sin saber a quién le dan, y para darle tienen compañía que les ayude; y quizá cuando le dieron tuvieron más atención a las leyes de la patria, que dan premios a los que son padres y a la perpetuidad de sus familias, y a otros muchos respectos que no al hijo, a quien dieron el beneficio de engendrarle.

¿Qué diríamos de un hijo que, habiendo adquirido sabiduría, la diese a su padre? ¿Disputaríamos, por ventura, si ese tal hijo dió a su padre algo más de lo que de él recibió? En dar al padre la sabiduría le da la vida dichosa, y la que él recibió fué solamente vida.

Me dirás que todo lo que el hijo hace por su padre y todo lo que le da es del caudal del mismo padre. A esto respondo que también es de mi maestro todo lo que yo me aprovecho con sus liberales preceptos, mas con todo eso se ve que venimos a adelantarnos a los mismos que nos hicieron estos beneficios, como se conoce en aquellos que nos enseñaron las primeras letras, que, aunque sin ellas no podemos conseguir otras mayores, no por eso todo lo que uno alcanza después resulta inferior a ellas. Mucha diferencia hay de ser una cosa la primera o ser la mayor, y no porque sin las primeras no puedan estar las grandes son grandes las primeras.

## CAPÍTULO XXXV

Ya es tiempo, por decirlo en este estilo, que saquemos algo de nuestro caudal (116). El que dió algún beneficio podrá ser vencido en la recompensa si hubiera otros mayores que podérsele dar. El padre dió vida a su hijo; y no dificultándose que hay otras cosas mayores y mejores que la vida, queda averiguado que el padre que dió la vida a su hijo puede ser vencido en beneficios.

De la misma manera el que una vez dió la vida a otro y el otro le libró a él de la muerte, no una sino diversas veces, evidente es que recibió mayor beneficio al paso que lo fué la necesidad mayor que de él tuvo. El que está

vivo, mayor necesidad tiene de la vida que el que aún no ha nacido, que éste de ninguna cosa necesita; luego mayor beneficio recibe el padre cuando recibe la vida de mano de su hijo que el que recibe el hijo cuando le engendra el padre.

¿Dices tú que los beneficios de los padres no pueden ser vencidos con los que ellos reciben de sus hijos, y pregúntote por qué? Respondes que porque los hijos recibieron la vida, sin la cual no hubieran ellos podido ser agradecidos.

Según esto, tampoco se podrá dar mayor beneficio al médico que suele dar la vida ni al piloto que nos sacó del naufragio, y con todo eso los beneficios de éstos y de otros que en cualquier manera nos dieron la vida podrán ser vencidos, luego también podrán ser vencidos los beneficios de los padres.

Si alguna persona me hiciese una buena obra que tuviese necesidad de ser ayudada con las de otros y yo le hiciese a él una en que no necesitase de otro algún socorro, sería sin duda más lo que yo le doy que lo que de él recibí. El padre dió a su hijo una vida que pereciera luego si no se le arrimaron muchos socorros que la defendieran; pero cuando el hijo da vida a su padre, dásela tal que para permanecer no necesita de otros socorros, y según eso el padre que recibió vida de su hijo más recibió de lo que dió.

## CAPÍTULO XXXVI

Esta doctrina no perjudica a la veneración debida a los padres ni hace que los hijos sean malos, antes los enseña a ser mejores; porque la virtud, por su naturaleza, apetece la gloria y desea adelantarse a los que van delante; y así, estará más alentado el amor de los hijos cuando se dispusiere a gratificar los beneficios paternos si tuvieren esperanzas de poder vencerlos; y esta victoria sucederá con gusto de los mismos padres y con aprobación de las leyes, porque hay muchas cosas en que somos vencidos, quedando gananciosos. Y de esto se origina una deseada y suave competencia y, junto con ella, una grande felici-

dad para los padres, que con gusto confiesan que sus beneficios no llegaron a los que reciben de sus hijos.

Si no juzgáramos estas cosas en la forma dicha, daremos excusas a los hijos cuando se mostraren más perezosos en ser agradecidos; y así conviene ponerles espuelas, diciéndoles: «Haced esto, honrados mancebos, que haya entre padres e hijos una honesta emulación sobre dar mayores beneficios de los que recibieron. Y si los padres, por haber sido primeros en el dar, os vencieron, no queráis desmayar, tomad ánimo, cual conviene para vencer a los que desean ser vencidos.»

Y para tan honradas competencias no faltarán capitanes que os animen y que os manden seguir sus pisadas para por ellas conseguir la victoria tantas veces ganada por los padres.

## CAPÍTULO XXXVII

Venció en beneficios Eneas a su padre: porque si éste lo trajo en sus brazos cuando, por ser niño, era peso ligero y seguro, aquél le llevó en los suyos (117), cuando, con la vejez, estaba muy pesado, pasando por medio del fuego y de los escuadrones enemigos, y por las ruinas de la ciudad, que cerca de él caían; y cuando por haberse abrazado el religioso viejo con las riquezas de sus dioses, hizo fuese más pesada, atravesando con su padre por medio de las llamas. ¡Qué no puede la piedad! Pásalo para que después fuese reverenciado entre los fundadores del Imperio romano.

También vencieron a sus padres los mancebos sicilianos cuando, habiendo el volcán Etna, movido de mayor fuerza, derramado su incendio en los campos y en las ciudades, y en la mayor parte de la isla, sacaron sobre sus hombros a sus padres. Tiénese por cosa cierta que se detuvo el fuego y que, dividiéndose el incendio a una y otra parte, se abrió una senda por la cual pasaron los piadosos mancebos para que, con seguridad, emprendiesen tan grande hazaña.

Venció Antígono, quien habiendo rendido a su enemigo en una grande batalla, pasó a su padre el premio de la

victoria, poniendo en su cabeza el imperio de Chipre. El verdadero reino es no querer reinar pudiendo reinar.

Venció Manlio a su imperioso padre, que le tenía desterrado, porque era mancebo rudo y de corto talento. Viendo éste que un tribuno había acusado a su padre, le pidió audiencia, y habiéndosela concedido, por juzgar sería enemigo de su padre, atento a que él no le reconocía por hijo, y asimismo por pensar el tribuno que tenía muy obligado a este mancebo por haber, entre otros delitos, imputado al padre el tener desterrado a Manlio.

Habiendo, pues, éste alcanzado audiencia escrita del tribuno, sacó un puñal que tenía escondido en el seno y díjole: «Si no juras que remitirás la acusación contra mi padre, te he de atravesar de parte a parte con esta daga. En tu potestad está que de uno de estos modos falte acusador para mi padre.»

Juró el tribuno, y no le engañó, antes dió razón al pueblo de la remitida acusación sin que a ninguno, si no fuese a Manlio, haya sido lícito tener a raya al tribuno sin haber recibido castigo por ello.

## CAPÍTULO XXXVIII

De un ejemplo salen otros muchos; así, de hijos que hayan librado a sus padres de grandes peligros como de los que los levantaron de lo ínfimo a lo supremo, y sacándolos de la clase de no conocidos plebeyos, los hicieron célebres e ilustres en todas edades.

Con ninguna fuerza de palabras y con ninguna valentía de ingenio se puede exagerar cuán grande obra, cuán digna de alabanza para no caerse de la memoria de los hombres, resulta el poder decir estas razones: «Obedecí a padres malos; rendíme a su imperio, ora fuese justo, ora injusto; mostrémeles humilde y sujeto a su voluntad y sólo tuve rebeldía para no dejarme vencer en beneficios» (118).

Ruégoos que también vosotros peleéis con valentía, y que, aun después de vencidos, volváis a rehacer el escuadrón, porque en esta batalla son igualmente dichosos los vencidos y los vencedores. ¿Qué cosa hay más excelente que el mancebo que puede decirse a sí mismo, porque

no es lícito decirlo a otro, vencí a mi padre en beneficios? ¿Y quién es más afortunado que el padre que en todas las ocasiones confiesa que ha sido vencido en beneficios por su hijo? ¿Y cuál cosa hay más feliz que el dar en esto la ventaja a los hijos?

## LIBRO CUARTO

### CAPÍTULO PRIMERO

De todo lo que hemos tratado, Ebucio Liberal, se puede conocer que ninguna cosa hay tan necesaria o, como dice Salustio, ninguna que se deba tratar con más cuidado que la que tenemos entre manos. Esto es, el averiguar si el hacer beneficios y el gratificarlos alternadamente, son cosas dignas de ser apetecidas por sí mismas.

Hay algunos que acuden a la virtud, pero hácenlo en orden a la paga, sin que les agrade aquella de que no esperan gratificación, siendo cierto que si la virtud tuviere algo de venal no lo tendrá de magnífico, porque ¿qué cosa hay más torpe que hacer cómputo del precio por que ha de ser buena una persona? Porque a la virtud ni la han de solicitar las ganancias ni la han de desterrar las pérdidas. Y de tal manera no se deja sobornar con esperanzas o promesas, que antes gasta ella mucho de su propio caudal, asistiendo de ordinario entre las dádivas gratuitas y voluntarias.

El ir a la virtud ha de ser hollando a las utilidades, acudiendo adonde nos llama y caminando adonde nos envía, sin tener atención a la hacienda, y aun tal vez sin regatear la sangre, obedeciendo en todos sus mandatos. ¿Me preguntarás qué es lo que has de conseguir si con agrado y fortaleza hicieras esto? Conseguirás el haberlo hecho, porque todo esto es lo que se te promete. Si después se le arrimare acaso alguna comodidad la habrás de contar entre las cosas accesorias. La paga de la virtud en la misma virtud consiste, pues si se debe apetecer por sí misma y el hacer beneficio es virtud, no podrá ser de diferente calidad siendo de una misma naturaleza; pues que se deba apetecer lo bueno sólo porque es bueno, ya queda probado muchas veces y con abundancia.

## CAPÍTULO II

En esta parte tenemos grande controversia con la delicada mercantil turba de los epicúreos, porque éstos, filosofando en sus convites, hacen a la virtud ministra y criada de los deleites, queriendo que les obedezca y sirva y reconozca por superiores. Dicen que no hay deleite sin virtud. Así es, pero ¿para qué ponen al deleite en mejor lugar que a la virtud? ¿Piensas tú que esto es sólo disputar de la antelación? ¿Y que debiendo tratarse de toda la esencia de la cosa se disputa de sola una parte? (119).

No es virtud la que puede ir detrás del deleite; ella es la que ha de ocupar los primeros puestos; ella la que ha de capitanear; ella la que ha de imperar y la que ha de tener superior lugar. ¿Quieres tú que la virtud pida el nombre? Si me dijeres que de qué importancia es esto, te respondería afirmando que no puede haber vida feliz sin virtud; y así repruebo y condeno el deleite que sin ella seguimos y aquel al cual sin ella nos entregamos.

El principal artículo sobre que cae esta disputa es si la virtud es causa del sumo bien o el mismo sumo bien. ¿Parécete que el averiguar esto es tratar solamente de mudar el orden? El anteponer lo postrero a lo que debía ser primero, causa una manifiesta confusión y ceguera; pero no me indigno de ver que ponen a la virtud después del deleite, sino de que quieren que de todo punto sean iguales, siendo ella despreciadora y enemiga de los deleites, retirándose muy lejos de ellos y siendo más familiar al trabajo y al dolor; y así debe tener su asiento entre las molestias e incomodidades y no en los afeminados deleites (120).

## CAPÍTULO III

Convino, ¡oh Liberal mío!, que primero dijésemos estas doctrinas: porque el dar beneficios, que es la materia de que tratamos, es acción de la virtud, siendo cosa torpísima el dar por otro algún respeto, más de por sólo dar. Porque si damos con esperanzas de recibir, daremos siempre al más rico y no al más digno; y nuestra doctrina es que se prefiera al pobre benemérito y no al rico importuno.

No hace beneficio el que pone la mira en la riqueza. Además de esto, si sola nuestra utilidad fuera la que nos hubiera de convidar a hacer beneficios, es cosa cierta que no los hicieran los ricos, los poderosos ni los reyes, porque éstos no necesitan de ajenos socorros. Tampoco los dioses distribuyeran tantos y tan grandes bienes como nos están haciendo de día y de noche y sin intervención alguna, pues su misma naturaleza les resulta suficiente para todas las cosas, estando ricos, seguros e inviolables. Con lo cual no hicieran beneficio alguno, si para hacerlos no hubiera otra causa más que la de la propia utilidad.

El poner los ojos, no en colocar bien la buena obra, sino en cómo te será más fructuosa, no es hacer beneficio, es dar a logro; y siendo este vicio tan ajeno de los dioses, se sigue que son liberales, porque si sola fuese la utilidad la causa del dar, y en Dios cesa la esperanza de poder recibir algunas utilidad de nosotros, el motivo cesaría en él que tiene para hacernos tantos bienes.

## CAPÍTULO IV

Bien alcanzo lo que a esto se suele responder, diciendo que Dios no da beneficios, sino que estando seguro y sin cuidar de nosotros y apartado del mundo, se ocupa, o en otras cosas o en ninguna, que esto es lo que Epicuro tiene por suma felicidad (121); y que así no le pertenecen los beneficios ni las injurias.

El que dice esta blasfemia, no atiende a las oraciones de los que a diario le suplican; y a las de aquellos que en todas partes, levantando al cielo las manos, hacen plegarias por el cumplimiento de sus deseos y por el remedio de las necesidades particulares y públicas. Lo cual, sin duda, no se hiciera ni hubieran convenido todos los mortales en la locura de suplicar a las deidades sordas y a los dioses, si fueran faltos de poder y no hubieran conocido que sus beneficios se dan unas veces por su mera voluntad y otras por habérselo suplicado en la oración; y que unos beneficios son muy grandes, otros dados en sazón, habiendo tal vez aplacado grandes amenazas con la eficacia de la oración.

¿Quién, pues, es tan desdichado y tan abatido, y quién

de todo punto mal afortunado y nacido para trabajos, que no haya experimentado esta inmensa liberalidad de los dioses? Pon los ojos en aquellos que se quejan y lamentan de su suerte, y hallarás que no están de todo punto sin participar de los dones del cielo, y que no hay alguno para quien deje de manar alguna parte de aquella benignísima fuente.

¿Parécete que es poco aquello que con igualdad se reparte a todos los nacidos? ¿Y que asimismo es poco lo que después se les da con desigual medida? ¿Y parécete que te dió poco la naturaleza, habiéndose dado a sí misma? (122).

## CAPÍTULO V

Si Dios no da beneficios, ¿de dónde te han venido las cosas que posees?; ¿de dónde las que das?; ¿de dónde las que guardas?; ¿de dónde las que quitas?; ¿de dónde tantas y tan innumerables cosas que deleitan tus ojos, tus oídos y tu ánimo?; ¿de dónde aquella tan grande abundancia, que sirve, no sólo al sustento, sino al antojo, estando prevenido, no sólo cuanto es preciso para nuestras necesidades, sino que aun para lo deleitable se nos dieron armas? ¿De dónde tantas arboledas por tantos modos fructíferas? ¿De dónde tantas y tan saludables hierbas? ¿De dónde tanta variedad de manjares repartidos por los tiempos del año, produciendo la tierra aun para los holgazanes frutos voluntarios? ¿De dónde tantos animales de todos géneros, unos que nacen en la tierra, otros en las aguas y otros que andan en el aire, para que no hubiese parte en la naturaleza que se eximiese de pagarnos algún tributo? (123). ¿De dónde han venido estos ríos, que con amenísimos rodeos van cercando y fertilizando los campos? ¿De dónde los otros que, para facilitar el comercio, hacen su curso con espaciosa y navegable corriente?; ¿otros que, en ciertos días del año, tienen unas maravillosas corrientes y crecientes, con cuya fuerza riegan en el estío los campos que, por estar en ardiente clima, se muestran anhelantes y sedientos? ¿Qué diremos de las venas de tantos salutíferos ríos? ¿Qué de las aguas calientes que bullen por sus riberas?

«¿Qué diremos de ti, oh gran lago Lario?
¿Y qué de ti, oh Benaco, tan undoso,
que bramas como el mar con fuertes olas?» (124).

CAPÍTULO VI

Si alguna persona te hiciese donación de algunas yugadas de tierras (125), dirías que has recibido beneficio, y tras eso niegas que lo es el haberte dado Dios tantos y tan espaciosos campos esparcidos por tantas partes. Si alguno te diese alguna cantidad de dinero y de ello te llenase las arcas, cosa que tú estimarías por grande, ¿no dirías que es beneficio? ¿Pues por qué, si Dios ha encerrado para ti en las entrañas de la tierra tantos y tan varios metales y ha hecho que corran tantos ríos con materia capaz para hacer moneda, por ser de oro sus arenas; y por qué si se ha engendrado para ti tanta cantidad de plata, de bronce y de hierro, y habiéndola encerrado en tantas partes, no sólo te dió facultad de buscarla, sino que encima de la tierra te puso señales ciertas, para que por ellas conocieses dónde estaban encerradas sus riquezas, niegas que has recibido beneficio?

Si alguno te diese alguna casa adornada de mármoles resplandecientes y de techo brillante con oro y colores, ¿no dirías que había sido una grande dádiva? ¿Cómo, pues, niegas que lo es el haberte fabricado Dios esta grande casa del mundo, sin que tengas riesgo o recelo de incendio o ruina (126), y en ella no sólo ves las cortezas de los jaspes más delgadas que la misma sierra con que se cortaron, sino unas montañas enteras de piedras preciosísimas, viendo enteras todas las cosas, que son de tan varia y distinta materia, siendo tales que los menores pedazos pudieran causarte admiración?

Hate dado el techo de esta casa con unos resplandores de día y con otros de noche (127), ¿y tras eso niegas que has recibido beneficio? Haces grande estimación de estas cosas que posees, ¿y dices que a ninguno las debes? Acción es de hombre ingrato. ¿De dónde te vino ese espíritu con que vives? ¿De dónde esa luz con que ordenas y dispones las acciones de tu vida? ¿De dónde la sangre en que se conserva el calor vital? ¿De dónde tantos man-

jares que sin consentir tengas hambre, están convidando a tu paladar con exquisitos sabores? ¿De dónde esos despertadores de tu cansado apetito? ¿De dónde ese ocio en que te dejas marchitar?

Si te preciases de agradecido, dirías con el poeta:

«Dios es quien nos dispuso este descanso,
y él será nuestro Dios eternamente;
y muchas veces sus sagradas arcas
la sangre bañará de algún cordero.
El, como ves, permite que mis vacas
anden vagando, y yo con pluma agreste
cante gustoso lo que me agradare» (128).

Advierte que el que te ha dado estas cosas es el verdadero Dios, y no lo es el que te dió unas pocas vacas, sino el que esparció para ti por todo el orbe tantos rebaños de ganadas, dándoles en todas partes el suficiente pasto; aquel que al sustento del invierno sustituye el de verano; aquel que no sólo nos enseñó a cantar con la flauta los agrestes y mal limados versos, compuestos para un limitado entretenimiento, sino que inventó tantas artes, tanta variedad de voces, tantos y tan diferentes tonos, que hiciesen sonora armonía, unos con nuestra propia voz y otros con la ajena. Porque aun estas cosas que hemos inventado no son nuestras, como no decimos que es nuestro el crecer ni el que correspondan al cuerpo en tiempo determinado sus ministerios.

Ahora se caen los dientes a los niños, después viene la juventud y de ella se pasa a más madura edad y a estado más robusto; tras esto viene el único día, que pone término a la vida fugitiva. En nosotros están las simientes de todas las edades y de todas las artes; mas Dios, que es el supremo maestro, produce nuestros ingenios de lo oculto de su sabiduría.

## CAPÍTULO VII

¿Dices tú que la naturaleza es la que te dió estas cosas? ¿No adviertes que el decir eso es mudar el nombre a Dios? Porque ¿qué cosa es la naturaleza sino el mismo Dios, que es una divina razón que tiene su asiento en to-

das partes? Licencia tienes todas las veces que quisieres para llamar con diversos nombres a este autor de todas las cosas.

Si le llamares *Júpiter*, que quiere decir *Optimo Máximo*, dirás bien; y lo mismo si le llamares *Tronador* o *Stator*. Y no se le da este apellido, como los historiadores dicen, porque después de habérsele hecho un voto, se detuvieron los escuadrones romanos, que iban huyendo, sino porque por beneficio suyo se conservan todas las cosas; y por esta causa le llaman *Stator* o *Stalio*; y no errarás si le llamares *Hado*, porque siendo el hado una eslabonada orden y disposición de las cosas, viene a ser la primera causa de las causas, de quien dependen todas las demás.

Todos los nombres que quisieres darle le vendrán bien, como signifique alguna fuerza o efecto celestial, pudiendo ser tantos sus apellidos como sus dones (129).

## CAPÍTULO VIII

Los nuestros llamaron a este dios *Libero padre*; otros le llamaron *Hércules* y otros *Mercurio* (130). Llamáronle *Libero padre*, por ser padre de todas las cosas y porque él dió fuerza a las simientes para que, mediante el deleite, nos conservasen. Llamáronle *Hércules*, porque su fuerza es invencible y porque cuando se cansare de obrar, se ha de revolver en fuego. Llamáronle *Mercurio*, porque a su lado asisten el orden y la ciencia, y a cualquier parte que te inclinares, hallarás que te sale al encuentro, porque no hay cosa en que no asista Dios; y él solo es el que hincha y perfecciona todo lo que dió.

Según esto, tú, el más ingrato de los mortales, que niegas deber algo a Dios y dices que lo debes a la naturaleza, no sabes lo que te dices, porque no hay naturaleza sin Dios ni Dios sin naturaleza, que lo mismo es lo uno que lo otro. Si lo que recibiste de Séneca dijeses que lo debes a Anneo o a Lucio, no vendrías a mudar de acreedor, aunque mudaras el nombre; porque ora le llames con el nombre, ora con el sobrenombre, ora con el apellido, siempre es el mismo Séneca. De la misma forma, ora le llames naturaleza, ora hado, ora fortuna, todos son nom-

bres de un mismo dios, que se le aplican según usa de sus potestades (131).

Al modo que la justicia, la bondad, la prudencia, la fortaleza y la templanza son virtudes que proceden de un mismo ánimo; y de cualquiera de ellas que te agrades, te agradas del ánimo.

## CAPÍTULO IX

Pero porque no me salga de través alguna otra disputa, digo que Dios confiere en nosotros muchos y muy grandes beneficios, sin que de ellos espere alguna recompensa, porque ni él necesita de lo que nos da ni nosotros le podemos dar cosa alguna que no sea suya. Según esto, el haber beneficio es cosa que por sí solo se debe apetecer, sin atender más que a la utilidad del que recibe. A ésta nos debemos arrimar, apartándonos de todas nuestras comodidades.

Me replicarás que yo te he dicho que las personas a quienes se han de hacer los beneficios se han de elegir con cuidado, pues aun los labradores le tienen de no esparcir sus semillas en la estéril arena; y siendo esto así, parece que en el dar los beneficios atendamos a nuestra utilidad, como la busca el labrador en el arar y sembrar (132), que de suyo no son apetecibles. Además de esto, me dirás que el buscar las personas a quienes dar los beneficios no se haría, si el hacerlos fuera cosa apetecible por sí misma, pues en cualquier parte y por cualquier modo que se diese sería beneficio.

Aunque no buscamos las cosas concernientes a la virtud por otra alguna causa más que por sí mismas, atendemos con todo eso a mirar cómo y cuándo las hacemos, porque la buena obra consiste en estas circunstancias. Por ello, cuando yo elijo a quien he de hacer el beneficio, escójole tal que con eso pueda llamarse beneficio, porque lo que se da al indigno, como no es dádiva justa, no puede llamarse beneficio.

## CAPÍTULO X

El restituir el depósito es acción loable por sí misma, y no por eso le volveré en todas ocasiones ni en todos 'u-

gares, porque algunas veces habrá tanta culpa de volverlo en público como hubiera en negarlo. Y por esta razón debo mirar la utilidad de aquel a quien he de restituir; y así debo negarle el depósito cuando le ha de ser dañoso. Lo mismo haré en el beneficio, considerando el tiempo sazonado para dar, la persona a quien he de dar y el modo y la causa para dar; porque ninguna cosa es justo hacer sin que vaya guiada por la razón, pues no se puede llamar beneficio al que se da sin ella, por ser la que siempre acompaña a todo lo bueno.

Qué de veces hemos oído decir a los hombres que se hallan quejosos de sus inconsideradas dádivas, que antes quisieran haberlas echado a mal que haberlas empleado en quienes las emplearon. Torpísimo modo de dar es aquel que se ejecuta sin consejo; y mucho mayor disgusto se recibe de colocar mal un beneficio que en dejar de recibirlo, porque el no recibirlo es culpa ajena, pero el no elegir a quien hayamos de dar, es delito nuestro.

Cuando yo hiciere elección para dar un beneficio, en ninguna cosa pondré menos los ojos que en lo que tú piensas, que es el cuidar de quien me lo ha de pagar, porque aunque yo busco al que me ha de ser agradecido, no busco al que me ha de retornar el beneficio; y muchas veces será agradecido el que no me le ha de recompensar y, por el contrario, será ingrato el que le retorna.

Mi estimación pone la mira en el ánimo, y en el beneficio que hago no busco ganancia, deleite ni gloria. Conténtome con agradar a uno, y cuando doy, lo hago por hacer lo justo; y esto no podrá ser si faltare la elección. Ya veo que me preguntas cuál ha de ser la elección.

## CAPÍTULO XI

Elegiré un varón entero, sencillo, memorioso y agradecido, que se abstiene de lo ajeno y no es avariento de lo propio; uno que no sea porfiado, sino apacible; y después de haber elegido persona de estas calidades (aunque no le dé caudal la fortuna para poder ser agradecido), ya conseguí yo lo que pretendía: que si sola mi propia utilidad y la torpe cuenta de la ganancia me han de hacer liberal, sin serlo más que con aquel que me ha de retornar

el beneficio, se seguirá que no lo haré al que se va a remotas provincias ni al que se ausentara para volver, ni diré cosa alguna al que estuviere tan enfermo que cesen las esperanzas de su vida, y tampoco haré yo beneficio cuando me hallare tan cercano a la muerte que me falte la confianza de haberle de recibir.

Y para que conozcas que el hacer bien es por sí mismo apetecible, advierte que por serlo socorremos a los forasteros que llegan a nuestros puertos, aunque se hayan de ir luego de ellos. Y al que padeció naufragio, aunque no le conozcamos, le aprestaremos y damos navío en que vuelva a su patria, adonde se parte conociendo apenas al autor de su socorro; y no habiendo jamás de volver a nuestra vista, sustituye a los dioses por deudores de su obligación, rogándoles gratifiquen por él la buena obra que recibe (133). Y no obstante esto, nos alegra la conciencia de aquel beneficio, empero de que sepamos nos ha de ser estéril y que no ha de retornarnos fruto alguno.

¿Qué diré de cuando, al estar en el último trance de la vida, ordenamos nuestro testamento? ¿Entonces no dividimos los beneficios, con saber que para ninguna cosa nos han de ser de provecho? ¿Cuánto tiempo se consume y cuánto se gasta en considerar a quiénes hemos de dar y cuánto hemos de dar? Pues ¿de qué importancia nos es el examinar a quienes hemos de dar, siendo cosa cierta que de ninguno de ellos hemos de recibir? Y, con todo eso, nunca damos con mayor circunspección y nunca fatigamos más nuestro juicio en la elección que, cuando apartados de las utilidades, ponemos ante los ojos lo honesto.

Nos dura el ser malos jueces de nuestros beneficios todo el tiempo que los estragan el miedo y el vicioso deleite; pero cuando la muerte cierra el paso a todas las cosas y, para pronunciar la sentencia, envía un juez insobornable, entonces buscamos los más beneméritos para darles nuestra hacienda; y ninguna cosa disponemos con más santa vigilancia que aquella de que ya no podemos esperar retorno alguno (134).

CAPÍTULO XII

Con toda verdad te digo que entonces se recrece un gran deleite, considerando que con nuestra herencia hacemos más rico a éste; y que con nuestra hacienda damos mayor esplendor a la dignidad del otro: porque si es que no hemos de hacer beneficios, si no es en orden a recobrarlos, no hay para qué hacer testamento. Decís que nosotros afirmamos que el beneficio es un cierto débito impagable, del que inferís que si es crédito, no será apetecible por sí mismo.

Cuando nosotros decimos que es crédito, usamos de figura y traslación, como cuando afirmamos que la ley es una regla de lo justo, siendo cierto que la regla no es cosa por sí misma apetecible, pero usamos después de estas palabras para declarar la cosa de que hablamos.

Cuando digo que el beneficio es un empréstito, quiero decir que es como empréstito. ¿Quieres ver cómo esto es así? Pues advierte que dije era crédito impagable, siendo cierto que no hay crédito a que no se deba la paga. De tal manera no se ha de dar el beneficio con mira de la propia utilidad, que muchas veces conviene hacerle, aunque sea con daño y con peligro nuestro, como sucederá si yo defiendo a uno que está cercado de salteadores, procurando que con seguridad pase su viaje; y cuando yo amparo a un reo necesitado de favor y, con hacerlo, vuelvo contra mí la parcialidad de algunos hombres poderosos, corriendo el riesgo de que carguen sobre mí las culpas, de las cuales yo le defiendo; y que los que eran sus acusadores lo sean míos. Y si pudiendo arrimarse al bando contrario y esperar seguro los encuentros ajenos me obligo a pagar lo juzgado y sentenciado. Y si viendo puestos carteles para vender por deudas los bienes secuestrados de mi amigo hago fianza de pagar a sus acreedores; y si por librarle de la condenación entro en los peligros de ella.

Ninguno hay que teniendo resolución de comprar los jardines Tusculano y Tibertino, por juzgarlos importantes para su salud y para pasar en ellos el verano, haga cómputo de lo que le han de tener a costa y lo que le han de rentar. Y hecha una vez la compra, conviene mantener-

los (135). La misma razón corre en los beneficios, de los cuales, si me preguntares qué rédito dan, te responderé que buena conciencia. Y si volvieres a preguntarme qué retorno da el beneficio, te preguntaré yo qué retorno dan la justicia, la inocencia, la grandeza de ánimo, la honestidad y la templanza, si es que en estas virtudes buscas algo que sea fuera de ellas.

## CAPÍTULO XIII

¿Para quién hace su curso el cielo? ¿Para quién alarga y abrevia el sol al día? ¿Dirás tú que éstos no son beneficios? Pues ten por sabido que se hacen para sólo nuestro provecho. De la misma forma que es oficio del mundo traer en torno el orden y sucesión de todas las cosas, y asimismo es oficio del sol pasar de unos lugares u otros, naciendo en éstos, cuando se pone en aquéllos, haciéndonos estos beneficios sin esperanza alguna de premio y galardón, igualmente entre las demás calidades del varón bueno, es una el hacer beneficios.

Y si me preguntas qué motivos ha de tener para hacerlos, te responderé que ninguno otro más que el no dejar de dar y el no perder ocasión alguna de hacer bien. Vosotros tenéis por deleite el acostumbrar vuestros débiles cuerpos a una holgazana ociosidad; y el conseguir un reposo semejante al que tienen los dormidos, y el encerraros en una espesa sombra, alentando la pereza del ánimo con pensamientos pueriles; y esto decís que es tranquilidad, juzgando que lo es el hartar con diversos manjares y diferentes bebidas en lo retirado de vuestros jardines esos macilentos y pálidos cuerpos.

Nosotros tenemos por deleite el hacer beneficios, aunque nos cuesten trabajo, como aliviemos con él los que padecen otros, y no reparamos en que nos sean peligrosos como saquemos a otros de peligro; ni en que sean tales que damnifiquen nuestras haciendas, como remedien las necesidades y congojas de otros.

¿De qué importancia me es el recobrar el beneficio, si aun cuando me lo estén retornando he de volver a darlo? El beneficio ha de mirar a la comodidad de aquel a quien se da y no a la del que le da; porque lo demás sería be-

neficiarnos a nosotros mismos. Así que muchas cosas, que a los otros acarrean utilidad, pierden la gracia con reducirlas a precio. Provechoso es el mercader a las ciudades y el médico a los enfermos; pero como todos estos caminan a la ajena comodidad, como el corredor para los contratos, movidos por la misma comodidad, no obligan a los que aprovechan.

CAPÍTULO XIV

No se debe llamar beneficio el que se encamina a ganancia: el decir te daré esto porque me des tal otra cosa, es hacer almoneda. Yo no llamaré casta a la mujer que despidió a su amante con el fin de encenderle más ni a la que se abstuvo del adulterio por temor de la ley o del marido, porque, como dijo Ovidio:

«Dióse la que se diera,
si hubiera hallado la ocasión de darse» (136).

Y no sin fundamento ponemos en el catálogo de las malas a las que dedicaron su honestidad al temor y no a la virtud. De la misma forma no dió beneficio el que le dió para recobrarle, porque si esto fuese beneficio, lo sería también el que hacemos a los animales que criamos para que nos sirvan; y lo sería el regar y cultivar los árboles, para que no perezcan con sed o queden con la dureza del suelo despreciados. Ninguno se pone a labrar los campos movido de la virtud; y ninguno hace cosa alguna en las que su fruto consiste fuera de ellas. Mas, al hacer beneficios, no nos ha de llevar el pensamiento codicioso y avariento, sino el humano y liberal; y aquel que aun después de haber dado queda con ganas de dar, para acrecentar los antiguos beneficios con otros modernos, sin poner los ojos en la utilidad que de la dádiva hecha le puede resultar (137). Porque el aprovechar a otros por granjería nuestra, será una acción humilde y no digna de alabanza y de gloria.

¿Qué tiene de magnífico el amarse uno a sí mismo?; ¿qué el perdonarse?, ¿y qué el adquirir para sí? El verdadero deseo de hacer beneficios aparta el pensamiento de estas cosas, y cogiéndonos de las manos, nos encami-

na a que hagamos bien a otros, y olvidado de las propias utilidades queda satisfecho con sola la acción de haber hecho bien.

CAPÍTULO XV

¿Hay, por ventura, alguno que dude que la injuria es contraria al beneficio? Pues lo mismo que el hacer injuria es cosa digna de ser evitada por sí misma, así es apetecible por sí mismo el beneficio. En la injuria, para no hacerla, tiene más fuerza el amor que todas las utilidades animadoras de que se cometa; pero para que se haga beneficio convida la hermosura de la virtud. Pienso que no mentiría si dijese que no hay quien deje de amar sus beneficios, y que ninguno es de tal manera compuesto en el ánimo que deje de mirar con mayor gusto a aquel en quien acumuló muchas mercedes, teniendo por causa suficiente para hacerle otras de nuevo el haberle hecho las primeras; y no sucedería esto si los beneficios no deleitaran por sí solos.

Qué de veces oirás a los que dicen: *No puedo admitir en mi ánimo el desamparar a Fulano, a quien ya en otra ocasión di la vida sacándole de un gran peligro. Ahora me ruegas que defienda su causa contra personas poderosas, y yo no quisiera hacerlo; ¿pero cómo podré excusarme si ya en otras ocasiones he abogado por él?* ¿No echas de ver cómo hay en esto una cierta fuerza que nos impulsa a que hagamos beneficios? Lo primero por ser justo, y lo segundo por haberlos hecho.

Tal vez damos algún beneficio sin haber nueva causa para darle, sino ya porque en otra ocasión le dimos; y de tal manera no es nuestra utilidad la que nos incita a los beneficios, que muchas veces perseveramos en defender y fomentar los que nos han de ser dañosos; y haremoslo movidos solamente por el amor de hacer beneficios, siendo tan natural el continuar en los mal colocados, como lo es el favorecer a los malos hijos.

CAPÍTULO XVI

Dicen estos filósofos (138) que cuando gratifican el beneficio no lo hacen por ser de suyo cosa honesta, sino

porque el hacerlo le es útil. Pero, sin poner en ello mucha fatiga, probaremos que no es así, porque con los mismos argumentos con que hemos probado que el hacer beneficios es por sí solo cosa apetecible, probaremos también esto. Asentada o fundamentada es aquella proposición de la que salen los demás argumentos, que por ninguna otra causa se reverencia lo honesto sino porque es honesto.

¿Quién, pues, se atreverá a poner en disputa si el ser agradecido es cosa honesta? ¿Y quién habrá que no abomine del hombre ingrato, que no tuvo utilidad en serlo? Cuando te cuentan de alguno que ha sido ingrato a muchos beneficios recibidos de su amigo, ¿preguntas luego si el haber sido ingrato lo hizo por obrar alguna cosa torpe o porque de la ingratitud sacó alguna utilidad?

Pienso yo que tendrías por mal hombre al que necesitase más de castigo que de curador. Lo cual no sería así si el ser agradecido no fuera cosa honesta y digna de ser apetecida por sí misma. Hay otras cosas que ostentan menos su dignidad, siendo necesario tengan intérprete para conocerlas por buenas; pero el ser agradecido es de suyo acción tan clara y tan hermosa, que a ninguno se muestra su luz turbia ni falta de resplandor. ¿Qué cosa hay tan digna de alabanza? ¿Cuál tan recibida en los ánimos de todos los hombres, como el ser agradecidos a los que nos han sido bienhechores?

## CAPÍTULO XVII

Dime tú qué motivos son los que nos llevan a ser agradecidos. Si es por ventura la ganancia, ¿ingrato es el que la desprecia? Si es la ambición, ¿qué jactancia puede haber en pagar lo que se debe? Si es miedo, no le tiene el ingrato, supuesto que a sola esta culpa no está promulgada ley penal, por parecernos que ya la naturaleza lo había previsto suficientemente. Del modo mismo de que no se hizo ley de que amásemos a los padres y de que cuidásemos de los hijos, porque fuera superfluo supeditar con ley positiva a la observancia del derecho natural; y del modo mismo que a ninguno se exhorta a que se ame a sí mismo, pues desde que nace se ama, así tampoco es

necesario exhortarle a que apetezca lo bueno sólo porque es bueno.

La virtud por su naturaleza es agradable y en tal forma apetecible, que aun a los malos les resulta natural el aprobar las cosas mejores. ¿Quién hay que no desee ser tenido por bienhechor? ¿Quién, entre maldades y agravios, no afecta tener opinión de bueno? ¿Quién es el que no encubra con capa de rectitud las cosas que hace de poder absoluto, queriendo que las injurias que infiere se estimen por beneficios y consintiendo que los mismos agraviados les den gracias? (139). Y ya que no aciertan a ser buenos, fingen serlo; y esto no lo hicieran si el amor de lo bueno, que por sí solo es digno de apetecerse, no les obligara a buscar y pretender opinión contraria a sus costumbres, encubriendo su maldad, en que no buscan más que su lucro, siendo ella de suyo aborrecible y afrentosa.

No hallarás alguien que tan totalmente se haya apartado de la ley natural ni haya desnudádose del ser de hombre, que guste de ser malo sólo por ser malo. Pregunta a estos que viven de robar si holgaran de conseguir por buenos medios aquellas cosas que consiguen con hurtos y latrocinios, y hallarás que, sin duda, aquel que tiene su ganancia de saltear y herir a los caminantes, quisiera mejor hallar lo que roba que robarlo. Y no hallarás alguno que no gustara más gozar los útiles de la maldad, sin cometerla, que admitiéndola. El mayor beneficio que hemos recibido de la naturaleza es que la virtud envía sus luces a los ánimos de todos, de modo que la ven aun los mismos que no la siguen.

## CAPÍTULO XVIII

Para que sepas que el afecto de un amigo agradecido es cosa apetecible por sí misma, has de considerar que el ser ingrato es cosa por sí misma digna de ser aborrecida, pues no hay vicio que desuna y deshaga, tanto como éste, la concordia del linaje humano; porque ¿cuál otro resguardo nos queda de las buenas obras que hacemos si no es la esperanza de que en nuestras necesidades seremos socorridos con recíprocos beneficios?

Con sólo el comercio de ellos está nuestra vida pertrechada y prevenida para todo lo necesario. Haz que cada uno de nosotros sea solo, y conocerás lo que somos. Seremos, sin duda, presa de los animales brutos; seremos sus víctimas; seremos para ellos una utilísima y fácil sangre. Los demás animales tienen suficientes fuerzas para su defensa; y los que nacieron para andar vagabundos y para pasar su vida sin compañía, nacen armados. Pero al hombre ceñido de imbecilidad no le hacen formidable la fuerza de las uñas o dientes, y sólo la compañía es la que le fortalece estando desnudo y sin armas.

Dos cosas dió la Divinidad al hombre, las cuales, con estar expuestos a todos los animales, le hicieron valentísimo. Estas fueron el discurso y la compañía, con las cuales el que, estando solo, no fuera igual a otro animal, viene con la compañía a ser superior a todos. La compañía es la que le dió el dominio sobre todos los animales, y ella es la ocasión de que, habiendo nacido en la tierra, extienda su imperio sobre los que son de ajena naturaleza, teniendo jurisdicción en el aire y en la mar.

La compañía repara el ímpetu de las enfermedades y previene algunos reparos para las incomodidades de la vejez y da consuelo en las aflicciones. Ella es la que nos hace de tal manera valientes que le podemos pedir socorro, aun contra los quebrantos de la fortuna. Si quitares la compañía, desataras la unión del género humano, que es sobre quien se sustenta la vida; y sin duda la quitarás todas las veces que afirmares que el ánimo ingrato no se ha de acuitar sólo porque lo es, sino por temor de algún otro daño. ¿Cuántos te parece que pueden ser ingratos sin riesgo alguno? Y finalmente yo llamo ingrato a quien sclamente por el miedo es agradecido.

## CAPÍTULO XIX

Ningún hombre mientras vive con virtud teme la ira de los dioses, porque sería locura tener recelo de lo que por su naturaleza es saludable; y ninguno ama a los que teme. Finalmente, tú, Epicuro, haces a Dios sin armas y le quitas todas las flechas y toda la potencia; y para que en ninguna cosa sea temido, le colocas en parte don-

de no pueda causar temor; y piensas que está encerrado dentro de una grande e inaccesible muralla, apartado del trato y vista de los mortales; y que así no tienes para qué reverenciarle, pues no tiene materia en que hacer bien ni mal; y que estando solitario en el intervalo de uno y otro cielo, sin animales, sin hombres y sin otra cosa alguna atiende sólo a escaparse de las ruinas de los mundos que cerca y encima de él caen, sin cuidarse de nuestros ruegos ni de nosotros: y con todo eso quieres que entendamos que reverencias a este Dios; pero que lo haces más que como a padre y, según creo, será con ánimo grato (140).

Y si no quieres aparecer como agradecido ni reconocer que hasta has recibido algún beneficio de su mano, persuadiéndote que estos átomos o estos polvos te formaron casualmente y sin preceder deliberación alguna, ¿para qué le reverencias? Me dirás que por su grande majestad y por su singular naturaleza. Quiero concederte que lo haces, no movido por esperanza ni premio, porque hay algunas cosas que por sí solas se deben apetecer, y éstas son las que se conocen por buenas.

Dime, pues: ¿cuál cosa hay mejor que el ser agradecido? La materia de esta virtud es tan grande, que viene a tener la misma latitud que la vida.

## CAPÍTULO XX

¿Me dirás que también hay en esta virtud alguna utilidad porque en cuál virtud deja de haberla? Pero nosotros decimos que llamamos apetecible a lo que, aunque fuera de sí tenga algunas utilidades, se apeteciera aunque éstas le faltaran. Tú dices que el ser agradecido es cosa muy útil; y yo digo que quiero ser agradecido aunque de ello se me siga daño.

¿Qué pretende el agradecido? Pretende granjear otros amigos y conseguir otras dádivas. Pues ¿qué hará éste cuando el mostrarse grato le hubiese de acarrear enemistades? ¿Y qué hará cuando conozca que con la ingratitud no sólo no ha de conseguir nuevos beneficios, sino que aun de los adquiridos y poseídos ha de perder mucha parte? Este tal no entrará con gusto en la pérdida.

Ingrato es aquel que, para gratificar el primer beneficio, pone los ojos en el segundo; y asimismo es ingrato el que, cuando paga, concibe esperanzas de nuevas dádivas. Ingrato llamo yo al que asiste y sirve a un enfermo, si lo hace con mira de que ha de hacer testamento, poniendo el pensamiento en la herencia o en el legado.

Este, aunque haga todo lo que debe hacer un buen amigo memorioso de sus obligaciones, si en su ánimo concibe alguna esperanza, y si es pescador de su propio interés, echando para eso el anzuelo, será como las aves que se alimentan de rapiña, que desde cerca acechan a las ovejas que por enfermedad están caídas o próximas a caer. De este modo aquel individuo está atendiendo a la muerte del enfermo y velando alrededor del cadáver.

## CAPÍTULO XXI

El ánimo agradecido se cautiva de sola la virtud del intento. ¿Quieres saber cómo esto es así y que con ninguna utilidad se corrompe? Pues advierte que hay dos géneros de hombres agradecidos. Agradecido llamamos al que retorna alguna cosa por el beneficio que recibió. ¿Este tal podrá, por ventura, hacer ostentación de sí, porque tiene algo de que poder alabarse y que poder mostrar?

Asimismo llamamos agradecido al que, habiendo recibido algún beneficio, lo reconoce con buen ánimo. Pues si lo tiene encerrado dentro de su propia conciencia, ¿qué utilidad se puede seguir del interior afecto que no llegó a manifestarse? Con todo esto decimos que es agradecido, porque si le faltó oportunidad de poder hacer más, ama por lo menos a su bienhechor, confesando su deuda y deseando pagarla. Todo lo demás que tú echas de menos en él, no le hace falta. No deja de ser artífice aquel a quien le faltan los instrumentos para el ejercicio de su arte. Ni deja de ser diestro cantor aquel cuya voz, interrumpida con el estruendo y vocerío de los que gritan, no es oída.

Tengo yo la voluntad de ser agradecido y, aunque me falta algo, no es para dejar de ser grato, sino para no quedar libre de la deuda. Muchas veces sucederá ser ingrato el que ha recompensado el beneficio, y, al contrario, no será agradecido el que no lo ha pagado; porque

del modo mismo que el ánimo es el que da valor a todas las virtudes, lo da también a la del agradecimiento. Si el ánimo hace todo lo que debe, todo lo que faltare será culpa de la fortuna. Al modo que una persona elocuente aunque esté callado y otra es fuerte aunque esté mano sobre mano o teniéndolas atadas, y otro es buen piloto aunque se halle en tierra; porque a la ciencia consumada no le falta cosa alguna, aunque haya impedimento que estorbe el obrar. Así es agradecido el que se halla sin otro caudal más que el de la voluntad y aunque no tenga algún otro testigo de ella más que a sí mismo.

Y añadiré más: que algunas veces será agradecido el que parece ingrato, porque la opinión, que suele ser errado intérprete de la voluntad, interpretó la suya al contrario de lo que debiera. Este tal, ¿qué otra cosa sigue más que su conciencia? Y aunque la ve desacreditada, le causa deleite, contradiciendo al vulgo y a la opinión y contentándose de sí mismo; y cuando ve la grande turba de los contrarios, que le tienen en diferente concepto, no cuenta los votos, porque sólo con el suyo vence (141); y aunque vea que su buena fe padece los castigos que suelen darse a la maldad, no cae de la cumbre de su grandeza, antes se muestra superior a la pena.

## CAPÍTULO XXII

Dirá alguno: «Ya tengo yo lo que quise; ya he conseguido lo que pedí. Ni me arrepiento de lo hecho, ni jamás me arrepentiré; ni podrá la fortuna con sus agravios ponerme en estado que alguno me oiga estas razones. ¿Qué es lo que quise? ¿Qué fruto saqué de mi buena voluntad?» Porque ésta siempre es de provecho, ora en el potro me atormenten, ora en el fuego (142); y aunque me le vayan aplicando a cada miembro y aunque poco a poco vayan cercando con él mi cuerpo vivo; y lleno él de buena conciencia, se vaya destilando, es cierto que se alegrará con el mismo fuego, pues a la luz de sus llamadas lucirá más su buena fe.

Volvamos ahora al argumento otra veces repetido. Cuando morimos, ¿qué motivos tenemos para ser agradecidos? ¿Qué es lo que entonces nos mueve a examinar las bue-

nas obras recibidas? ¿Qué nos obliga a recorrer con la memoria la vida pasada, para no olvidar los beneficios que con ella se nos hicieron? Ya entonces ni nos queda esperanza de algo útil ni de que la vida se alargue; y, con todo eso, puestos en aquel trance, queremos salir del mundo, dando muestras de que somos agradecidísimos: porque en la misma obra hay una grande ganancia, por ser grande la fuerza de la virtud para atraer a sí los ánimos de los hombres, cercándolos con su hermosura y acariciándolos y atrayéndolos con la admiración de su grande luz y resplandor (143).

Me dirás que de esto nacen muchas utilidades. Yo te lo confieso, y que la vida de los justos es menos peligrosa; y que según la opinión de los buenos es más segura aquella a quien acompañan la inocencia y la gratitud. Porque si esto no fuera así, fuera injustísima la naturaleza en hacer que esta tan grande virtud fuera indiferente, miserable e infructuosa; pero debes considerar si a esta virtud, a que de ordinario se va por camino seguro y llano, irías, siendo necesario, por el que fuese pedregoso y lleno de peñascos y cercado de fieras y serpientes.

## CAPÍTULO XXIII

No hemos de decir que una cosa deja de ser por sí misma apetecible por ver que de la parte de afuera se le arrima algo útil, porque de ordinario vemos que las más de las cosas virtuosas andan acompañadas de muchas adventicias comodidades; pero éstas van siempre detrás, yendo las virtudes delante. ¿Puédese, por ventura, dudar de que el circuito del sol y de la luna templan con sus alternadas vueltas este domicilio del género humano? ¿Y que con el calor del verano se crían los cuerpos y se enjugan las tierras, resecándose las demasiadas humedades, y que quebranta la tristeza del invierno, que lo encoge todo y que con la eficaz y penetrante templanza de la luna se rige y gobierna la fuerza de los sembrados, respondiendo a su curso la humana fecundidad? ¿Y que como por haber observado el que hace el sol, se hizo la repartición del año, así por el de la luna, por estar cercadas de menores espacios, se formó el mes?

Pero si tú quitases al sol estos efectos, ¿parécete que dejaría por eso de ser sol y demostrarse a los ojos un espectáculo apacible y digno de veneración? Y aunque la luna pasara su curso como estrella ociosa, sin tener influencia alguna, ¿no te parece que era digna de que pusiésemos en ella los ojos todas las veces que ese cielo esparce por la noche sus resplandecientes luces en tantas y tan innumerables estrellas? ¿Quién hay que deje de poner con atención en él la vista? ¿Y quién habrá que, al quedar admirado de su belleza, ponga el pensamiento en las utilidades que proporciona?

Mira cómo pasando estas estrellas tan quietamente por ese espacioso cielo, encubren su velocidad, pareciendo ser obra inmóvil y fija. Considera cuánto es lo que se obra en esta obra, que tú observas sólo por número y disposición del día. Considera cuán grande multitud de cosas se envuelve en este silencio; y cuán grande disposición de los hados (144) se ejecuta en aquel limitado tiempo. Sabe que todas estas cosas que miras, sin considerar en ellas más fin que el de estar esparcidas por adorno, están ocupadas cada una en su ministerio; y no es bien te persuadas que solas siete estrellas son las que hacen su curso, estando fijas las demás; porque aunque son pocas aquellas cuyo movimiento comprendemos, son innumerables las que apartadas muy lejos de nuestra vista, como verdaderos dioses, van y vienen; y aun muchas de aquellas a quienes alcanza nuestra vista, hacen su curso con paso no comprendido y por camino no oculto (145).

¿Cómo, pues, no te ha de arrebatar el ánimo la vista de tan grande máquina, aunque no corriera por su cuenta el regirte, el ampararte, el guardarte y el engendrarte?

## CAPÍTULO XXIV

Lo mismo que en estas cosas (aunque en sí tienen utilidad, y son necesarias, y dan vida) es tan sólo su grandeza y majestad la que ocupa todo nuestro entendimiento, así sucede en cualquier virtud, y especialmente en la del ánimo grato, la cual, aunque lo que da sea mucho, no quiere ser amada por ello; porque contiene en sí otra cosa de

mayor valor, la cual no conoce el que la coloca entre las cosas útiles.

El que es agradecido sólo porque el serlo le ha de acarrear algo útil, no lo será más que en la proporción a su propia comodidad. Advierte que la virtud del agradecimiento no admite por amante suyo al que es codicioso, porque a ella se ha de ir con la toga desceñida (146), sin esperanza de recoger algún interés. Suele decir el hombre ingrato: «Bien holgara yo de ser agradecido, pero temo el gasto, temo el peligro y recelo ofender a otros; y así me resuelvo a hacer lo que me es más útil.»

Una misma razón no puede hacer que uno sea ingrato y agradecido; porque lo mismo que sus obras sean encontradas, lo son las intenciones. Ingrato es el que lo que hace lo hace porque le conviene y no porque conviene. Y agradecido es aquel que lo que hace lo lleva a cabo, no porque le conviene, sino porque conviene.

## CAPÍTULO XXV

Lo que nos ha propuesto la naturaleza es que vivamos según sus preceptos, siguiendo el ejemplo de los dioses, quienes en todo lo que hacen no llevan otro fin más que el de hacer bien, sino el que tú piensas que cogen el fruto de sus beneficios en el humo de las entrañas de los animales y en el olor del incienso que les ofreces. Considera cuántas cosas ejecutan a diario, cuántas distribuyen, y la cantidad de frutos de que pueblan la tierra; y con cuántos y cuán sazonados vientos mueven los mares, haciéndolos acomodados para diversas navegaciones. Con cuántas oportunas lluvias, movidas repentinamente, ablandan y esponjan la tierra, reintegrando las secas venas de las fuentes, renovándolas con el nutrimiento que por ocultos minerales envíanlas. Y todas estas cosas hacen los dioses sin paga alguna y sin esperanza de algo útil.

Observe, pues, la razón estas cosas, si no es que intenta apartarse de su ejemplaridad; porque a las virtudes no hemos de ir alquilados por jornal. Avergoncémonos de ver de que haya algún beneficio venal, pues vemos que los dioses nos hacen tantos bienes sin pretender interés alguno.

## CAPÍTULO XXVI

Si quieres imitar a los dioses, haz beneficios aun a los que te son ingratos; porque el sol también nace con resplandores para los malos; y también están patentes los mares para los piratas y corsarios. Suélese preguntar en este lugar: ¿Si el varón sabio ha de hacer beneficio al ingrato después de haber llegado a conocer que lo es?» Permíteme que, antes de responder a la pregunta, diga algunas razons para que no me cojan en esta cavilosa pregunta. Considera que, conforme a la doctrina estoica, hay dos géneros de ingratos.

Ingrato es uno porque es ignorante, y todo ignorante es malo; y el que es malo, de ningún vicio carece: de lo cual se sigue que el ignorante es ingrato; y en este sentido decimos de quien es malo que es glotón, avarieto, lujurioso y maligno; no porque conocidamente concurran en cada hombre malo todos estos vicios, porque es contingente que, en siendo uno malo, los tenga todos, y porque quizá los tiene aunque los oculta.

Hay otros a quienes llamaremos ingratos por ser comúnmente tenidos por inclinados a este vicio. Al ingrato del primer género, de quien, por tener las demás culpas, decimos que no carece de la de ingratitud, podría hacer beneficio el varón bueno, porque si hubiese de excluir de sus buenas obras a semejantes hombres, no hallaría en quienes emplearlas. Mas al otro ingrato, que tiene por arte el ser defraudador de los beneficios, no es justo hacérselos, como no los hacemos a los que conocemos por estafadores (147). ¿Qué hombre cuerdo presta su dinero a un derrochador? ¿Quién deja el depósito al que tiene costumbre de negarlos a muchos?

Solemos llamar cobardes a los simples que, por serlo, siguen a los malos, a quienes cercan todos los vicios malos y perversos; pero con propiedad se llama cobarde por naturaleza el que de cualesquiera vanos sonidos se queda atónito. El ignorante tiene todos los vicios, pero no es inclinado a todos por naturaleza: uno es dado a la avaricia, otro a la lujuria y otro a la desvergüenza.

## CAPÍTULO XXVII

Así que yerran los que preguntan a los estoicos si Aquiles fué cobarde, y si Arístides, a quien la misma justicia le puso nombre, fué injusto; y si Fabio, que con la detención reparó la República, fué temerario; si Decio temió a muerte; si Mucio fué traidor a la patria, y si Camilo fué desamparador de ella. Nosotros no decimos que todos los vicios están en todos los hombres con la misma eminencia que están en cada uno. Tan sólo decimos que el malo e ignorante no carece de vicio alguno y, en este sentido, no absolvemos de cobardía al atrevido ni de avaricia al pródigo. Del modo mismo que teniendo cada hombre sus cinco sentidos no decimos que cada uno tiene la vista de lince; así el que es ignorante, aunque tiene todos los vicios, no es con la misma eficacia que cada uno tiene los suyos.

Todos los vicios están en todos los hombres; pero no todos están en cada uno: a éste inclina su naturaleza a ser avariento; estotro es dado a la sensualidad y al vino, y si no se ha dado de todo punto, está formado de tal manera que le inclinan a ellos sus costumbres. Así que para volver a nuestro propósito, ninguno hay que, siendo malo, no sea juntamente ingrato; porque en el que lo es se encierran todas las semillas de maldad. Mas con todo eso llamamos ingrato al que tiene inclinación de serlo, y a este tal no daré yo el beneficio.

Al modo que miraría mal por su hija el que la casase con un hombre que, por ser injuriador de sus mujeres, hubiese sido muchas veces divorciado; al modo que sería tenido por poco cuerdo el padre de familia que encargase la administración de su hacienda al que diversas veces ha sido condenado por mal administrador, y al modo que dispondría mal su testamento el que dejase por tutor de su hija al que tiene por costumbre robar la hacienda de sus menores, así diríamos que emplea muy mal sus beneficios el que elige ingratos para que colocándolos en ellos se le pierdan.

## CAPITULO XXVIII

Me dirás que también dan los dioses muchos beneficios a los ingratos. Confieso que es así, pero digo que los hicieron para los buenos, y después cayeron también en los malos, porque como no están separados de los buenos, es mucho mejor hacer bien aun a los que son malos que dejar de hacerle a los buenos. Así que las cosas que me refieres, el día, el sol, la luna, el curso del invierno y verano con los intermedios de la primavera y otoño, las lluvias, los minerales y las fuentes y los sazonados vientos, lo hicieron los dioses para todos los hombres en común, sin separar a cada uno, por ser imposible.

El rey, cuando ha de repartir honores, busca los beneméritos y dignos de ellos; mas las dádivas arrojadizas por las ventanas (148) tocan también a los indignos. Del trigo de los pósitos y alhóndigas gozan también el ladrón, el perjuro y el adúltero, sin que, para dárselo, se haga más averiguación de sus costumbres que el saber que es ciudadano; porque cuando lo que se reparte ha de ser entre los vecinos, con sólo atención de que lo sean, llevan con igualdad los malos y los buenos. Dios dió al género humano algunas cosas con generalidad, y de éstas ninguno quedó excluído, porque no pareciera conveniente que un mismo viento fuera próspero a los buenos y adverso a los malos, importando tanto al bien común que el comercio del mar fuese patente a todos para que se extendiese y propagase el imperio del género humano. Asimismo no convenía poner ley a las lluvias para que no cayesen en las heredades de los malos y perversos.

Hay algunas cosas que se ponen en medio para que todos participen de ellas. Edifícanse las ciudades para buenos y malos, y la imprenta saca en público los trabajos y estudios de los grandes ingenios para que lleguen también a manos de los indignos. La medicina socorre a los facinerosos, y ninguno esconde las recetas de los medicamentos saludables por recelar se han de curar con ellas los hombres viciosos.

En la elección de aquellas cosas que se han de dar solamente a los buenos y beneméritos, has de poner censura

pesando las calidades de las personas, y no en aquellas a que con indiferencia es admitido el vulgo. Mucha indiferencia hay en la obligación de elegir alguno, a la de no poder excluir a ninguno. El derecho del fuero a todos es común, y los mismos que robaron a otros piden lo que a ellos les han robado. El muro de la ciudad defiende de los enemigos a los que, dentro de ella, son inquietos acuchilladores.

Los que ofendieron a las leyes se valen de su amparo. Hay algunas cosas que no pudieron darse a unos sin darlas a todos, y así hay razón para disputar en estas a que somos admitidos con liberalidad; pero lo que se hubiere de distribuir por elección mía, no lo daré al que conociere que es ingrato.

## CAPÍTULO XXIX

Tú me replicarás diciéndome: Según esto, ¿tampoco darás consejo al ingrato que te le pide, ni le permitirás que saque agua de tu pozo, ni le enseñarás el camino en que está errado? Y si acaso hicieres estas cosas, ¿no le harás donación de alguna?

Quiero en esta materia hacer distinción o, por lo menos, intentaré el hacerla. El beneficio es una obra útil, pero no todo lo que es útil es beneficio, porque hay algunas obras tan pequeñas que no llegan a merecer el nombre de beneficios, porque para serlo han de concurrir dos requisitos. El primero es la grandeza de lo que se da, pues hay algunas dádivas que no llegan a merecer el nombre de beneficios. ¿Quién llamará beneficio dar un cortezón de pan, o una baja moneda de vellón, o el encender una vela? Y muchas veces suelen estas cosas sernos más provechosas que las muy grandes; pero con todo eso, en pasándose la ocasión que las hizo necesarias, les quita la estimación la misma vileza.

Lo segundo digo que es necesario se arrime al beneficio lo que en él es de mayor importancia, que es el hacerse por amor de aquel a quien tengo intento de beneficiar, y que después de juzgarle digno de la buena obra se la haga teniendo yo gozo en hacerla. Y nada de esto hay en esas cosas menudas de que hemos hablado, porque para darlas

no hicimos reparo en si los que las habían de recibir eran dignos de ellas. Antes bien, las dimos como cosas pequeñas, sin hacer estimación, y en ellas atendimos más a la humanidad en común que al hombre en particular.

## CAPÍTULO XXX

No digo yo que tal vez no daré algunas cosas al ingrato, pero el dárselas será por respeto de otros, como sucede en las pretensiones de honores, en que algunas veces nos obliga la nobleza a que antepongamos algunos ignorantes a los muy industriosos, pero de calidad moderna. No sin causa se venera como cosa sagrada la memoria de las virtudes heroicas, porque ésta ayuda a que haya muchos buenos si no es que suceda acabarse con su vida el agradecimiento que se les debía.

¿Qué cosa hizo cónsul a Cicerón el mozo (149) sino la memoria de su padre? ¿Cuál sacó a Cina de los ejércitos de los enemigos para ponerle en el consulado? ¿Cuál a Sexto Pompeyo, y los demás de este linaje, sino la grandeza de un solo varón, la cual fué tanta que aun su ruina levantó a muchos de sus parientes? A Fabio Pérsico (150), cuyo aliento aborrecían aun los más asquerosos, ¿qué le hizo sacerdote, y no sólo de un colegio, sino los de Verrua y Saboya? ¿Y aquellos trescientos varones que, por defender la República, opusieron toda su parentela a la invasión de los enemigos?

Debido es a la virtud no sólo el reverenciarla, cuando la tenemos en nuestra presencia, sino aun después de haberse apartado de ella. Lo mismo, pues, que las virtudes obraron no solamente para ser provechosas en su tiempo, sino para que también permaneciesen sus beneficios después de acabadas ellas, así nosotros debemos serles agradecidos, no sólo en un siglo, sino en todos los venideros.

Engendró un individuo grandes varones, séase él de la calidad que fuere, que al fin es merecedor de grandes honores por habernos dado sucesores dignos de ellos. Nació el otro de padres ilustres, séase quienes fueren, que al fin el árbol de su nobleza le ha de hacer sombra. Y al modo que los muladares gozan de la luz del sol y de sus res-

plandores, así los hombres de poco valor han de resplandecer con la luz de sus antepasados.

CAPÍTULO XXXI

Quiero, Liberal mío, excusar en esta parte a los dioses. Solemos preguntar muchas veces: ¿Qué motivos tuvo la divina Providencia cuando hizo rey a Arideo? (151). ¿Piensas tú que el reino se lo dió a él? No lo dió sino a su padre y a su hermano. ¿Qué movió a la divina Providencia para hacer emperador del mundo a Calígula siendo un hombre tan sediento de la sangre humana, que se alegraba de verla sacar en su presencia, no de otra manera sino como si la hubiera de beber? ¿Piensas que se dió el imperio a Calígula? No se dió sino a su padre, a su hermano, a su abuelo, a su bisabuelo y a otros antecesores suyos, que, con haber sido esclarecidos varones, pasaron la vida como personas particulares, en igualdad con sus vecinos.

¿Cuándo la divina Providencia hizo cónsul a Mamerco Escauro (152) no sabía que era tan lascivo que recibía a boca abierta el menstruo de sus esclavas?

¿Encubría, por ventura, su obscenidad? Quiero referirte un dicho deshonesto suyo que me acuerdo haber oído contar en las conversaciones, y escuché alabárselo en su presencia. Estaba Asinio Polión recostado sobre una cama, y este Mamerco llegó a decirle algunas razones deshonestas con lenguaje obsceno. Al ver que Asinio había vuelto airado el rostro le replicó: «Si yo te he propuesto alguna cosa mala, ella venga sobre mí»; y el mismo Mamerco contaba por gracia esta su desvergonzada deshonestidad.

¿Cómo, pues, la divina Providencia admitió al magistrado y al tribunal a un hombre tan públicamente deshonesto? No lo hizo, sin duda, por otra razón más de porque se acordó de aquel antiguo Scauro, príncipe del Senado, y no quiso que su generación quedase arrinconada.

CAPÍTULO XXXII

Cosa verosímil es que los dioses tratan con mayor benignidad a unos por respeto de sus padres y abuelos, y a otros por los sucesores que saben han de tener en buenos hijos, nietos o bisnietos, o en los demás de su posteridad;

porque a los dioses les está presente todo el orden sucesivo de sus obras con infalible sabiduría de todas sus cosas que han de suceder, siendo ocultas para nosotros; y las que juzgamos que son repentinas, han sido muy previstas y muy familiares a ellos.

Vengan, pues, a ser reyes estos cuyos antepasados no lo quisieron ser, juzgando por verdadero imperio el guardar justicia y templanza, aplicando, no la República a sí, sino sus personas a la República (153). Reine, pues, éste, porque uno de sus abuelos fué de tal manera varón justo, que teniendo valor sobre la fortuna quiso más en las guerras civiles ser vencido que vencedor, por conocer que convenía a la República. Y pues en tanta distancia de tiempo no se le ha podido gratificar esta valerosa acción, presida ahora al pueblo éste en contemplación de aquél; y no es porque éste es sabio y valeroso, sino porque hubo antes quien mereciese para él estos honores.

Si este a quien doy las dignidades—dice la Providencia—es un hombre mal tallado, feo de rostro y desaliñado (154), claro es que los hombres murmurarán de mí, diciendo que soy una ciega e inconsiderada y que ignoro el lugar en que debo colocar las honras debidas a los beneméritos y excelentes. Pero ella responderá:

«Ya yo sé que a unos doy las honras por sus propios méritos y que a otros pago lo que se les debe, porque hubo antes de ahora otros que los merecieron por ellos. Los que de esto murmuráis, ¿qué noticias tenéis de aquel que siendo despreciado de la gloria que se le ponía delante iba a los peligros con el mismo rostro con que otros vuelven de ellos, sin poner jamás los ojos en sus comodidades, porque los ponía en el bien público? Me diréis: ¿Quién es éste? ¿En dónde está? ¿Para qué lo queréis saber vosotros? Sólo a mí incumbe el tener libros de caja de lo que reciben y pagan los mortales. Yo soy la que sé lo que a cada uno debo y reservo a unos los premios para largo tiempo, y a otros se los doy anticipados, según que la ocasión y la posibilidad de la República lo piden.»

## CAPITULO XXXIII

Tal vez daré algo al ingrato, pero no se lo daré por él.

Me preguntará alguno: ¿Qué harás en caso de que ignores si es agradecido o ingrato? ¿Esperarás, por ventura, a saberlo? ¿Dejarás pasar la ocasión de hacerle buena obra?

El esperar a saberlo sería cosa larga, porque, como dijo Platón, es muy difícil de conocer el ánimo del hombre (155); y, por otra parte, el no esperar a saberlo es acción temeraria. Al que me hiciere esta pregunta le responderé que los hombres nunca esperamos la infalible certeza de las cosas, por ser muy ardua y muy difícil la averiguación de la verdad; y así vamos por el camino que nos lleva la verosimilitud, y todo lo que hacemos es guiados por ella. Por ella sembramos, por ella navegamos, por ella militamos, por ella nos casamos y con ella criamos a los hijos. Y aunque sabemos que los sucesos de todas las cosas son inciertos, atendemos a aquellas de las cuales probablemente creemos que se puede esperar algún bien, porque al que siembra, ¿quién le asegura la cosecha? ¿Quién el puerto al navegante? ¿Quién la victoria al soldado? ¿Quién mujer honesta al que se casa? ¿Y quién buenos hijos a los padres?

Y con todo, seguimos el camino a que nos guía, no la razón, sino la verdad. Espera tú a no hacer sino sólo aquello de que tengas certeza de que te ha de salir bien; y no te muevas sin apurar la verdad y será cierto el pasar tu vida sin acción alguna, que yo, cuando me impulsare la verosimilitud a esta acción o a aquella, no recelaré el hacer beneficio al que verosímilmente creyere que ha de ser agradecido.

## CAPÍTULO XXXIV

Dirás que puedes intervenir muchas cosas por las cuales el hombre malo nos parezca bueno y el que es bueno nos desagrade como malo, porque las apariencias de las cosas a que damos crédito son falaces.

¿Quién te lo niega? Pero yo no hallo otro medio por donde deba gobernar mis pensamientos; y así, por estas huellas he de buscar la verdad, pues no tengo otras que sean más ciertas. Yo procuraré hacer cuidadoso examen de éstas sin precipitarme a seguirlas. De esto nace ser tal

vez contingente que en la guerra, engañada mi mano con algún aparente error, encamine la flecha contra mi amigo, dejando de encaminarla a mi contrario; pero esto sucederá pocas veces, y no será por culpa mía, pues mi intento fué matar a mi enemigo y defender a mi ciudadano.

Cuando conociera a uno por ingrato no le daré el beneficio; pero cuando me engañó con ficción y disimulación, no hay culpa en mí, que hice la buena obra, porque se la hice juzgándole agradecido. ¿Pregúntote, si acaso prometiste hacer un beneficio y después te constó que aquel a quien le prometiste es hombre ingrato, si cumplirás o no la promesa? Si la cumples, pecas, pues das a quien debieras no dar; si no la cumples, pecas también en dejar de dar a quien prometiste.

En esta pregunta anda vacilando vuestra secta con aquella soberbia proposición de que el sabio jamás se ha de arrepentir de lo que una vez propusiere, y que nunca ha de enmendar lo que una vez hiciere, y que no ha de mudar de consejo. El sabio no muda el consejo mientras las cosas están en el mismo ser que tenían cuando le tomó; y así nunca se arrepiente, porque en aquella sazón no pudo hacer cosa más acertada que la que hizo, ni determinar mejor que lo que determinó; pero en todas sus acciones entrará con la excepción de si sucediere algún caso que las impida. Y por esta razón decimos que todas las cosas le suceden como pensó, porque en todas previno en su ánimo que podía suceder algún incidente que impidiese lo que tenía deliberado.

Es muy de imprudentes el vivir confiados, prometiéndose apacible la fortuna. El sabio mírala por entrambos haces, conociendo cuán anchos términos tiene el error y cuán inciertas son las cosas humanas, y cuáles estorbos se ofrecen a la ejecución de los consejos; y así sigue con suspensión la dudosa y deleznable suerte de la suerte, esperando con seguros consejos los inciertos sucesos, siendo el resguardo que le defiende la excepción, sin la cual ni emprende ni determina cosa alguna.

## CAPÍTULO XXXV

Prometí hacer algún beneficio. Entiéndase que lo he de

hacer no ofreciéndose algún incidente que me impida el hacerle, porque en caso de que la patria me mande que le dé a ella lo que a otro tenía prometido, ¿qué puedo hacer? Y si sucede promulgarse una ley que prohibe lo que yo prometí a mi amigo, ¿cómo lo podré cumplir? Ofrecí darte mi hija para esposa; súpose después que eras extranjero, con quienes está prohibido contraer matrimonio. La misma prohibición es la que me defiende.

Cuando estando las cosas en el mismo estado que tenían al tiempo que hice la promesa, no la cumpliere, podrás decir que falto a mi palabra, y que aparezco infamado por ser inconstante; mas cuando alguna cosa se muda, ella misma me da libertad para tomar nueva deliberación y me exime de la promesa. Prometí que abogaría en una causa; consta después que de ella resulta daño a mi padre. Prometí asimismo acompañar a uno en un viaje; supe después que el camino estaba infestado de ladrones. Ofrecí acudir a cierto negocio; pero me lo impide la enfermedad de un hijo o el parto de mi mujer.

Finalmente, para obligarme a que yo cumpla la promesa es necesario que las cosas estén en el mismo estado que cuando la hice. ¿Pues qué mayor mudanza puede haber que el constarme que eres hombre malo e ingrato? Y así lo que te daba como a persona digna te lo negaré como a indigno, y aun tendré razón de enojarme contigo por haberme engañado.

## CAPÍTULO XXXVI

Sin embargo de lo dicho, haré examen de la cosa prometida y la calidad de ella me aconsejará lo que debo hacer. Si fuere pequeña te la daré, no como a persona digna, sino porque la prometí; y no la daré como beneficio, sino como desempeño de mi promesa, y tirándome de las orejas castigaré con el daño la inconsideración que tuve en prometer, y me diré a mí mismo: «Atended a este dolor y, para que otra vez prometas con más acuerdo, os he de poner una mordaza.»

Si lo que prometí fuere cosa grande, no daré ocasión, como dijo Mecenas (156), a que por dar yo doscientos cincuenta mil ducados haya quien me reprenda. Pondré en un

peso entrambos intereses, considerando que si en cumplir lo que prometí hay alguna utilidad, la hay muy grande en no dar el beneficio al indigno.

Finalmente, se debe atender a la cantidad y calidad de lo prometido. Si fuere cosa ligera, cerraré los ojos; pero si me ha de ser de grande daño o gran vergüenza, más quiero excusarme de una vez, dando razón por qué lo niego, que dar muchas veces satisfacción por qué lo di. Todo el punto consiste, como tengo dicho, en lo que me ha de ser costoso el cumplimiento de mi palabra; y no sólo retendré lo que inconsideradamente prometí, sino que aun procuraré lo mal dado, porque quien da los beneficios al error que una vez hizo, es loco.

## CAPÍTULO XXXVII

Filipo, rey de los macedonios, tuvo un soldado muy valiente, de cuyo esfuerzo tenía experiencia haberle sido útil en muchas ocasiones, y en remuneración de su valentía le daba siempre alguna cosa de las presas que se hacían, y con frecuentes honores iba encendiendo el valor de aquella ánima venal (157). Habiendo, pues, dicho soldado, salido de un naufragio, llegó a la granja de un macedonio, quien, al saberlo, acudió con toda presteza a socorrerle y, llevándole a su aldea y dándole su propia cama, recreó al que estaba malparado y casi difunto. Curóle y reparóle, regalándole a su costa treinta días, proveyéndole después de todo lo necesario para el viaje. El soldado, despidiéndose de su bienhechor, le dijo: «Yo te seré agradecido en llegando a la presencia del rey.»

Llegó a ella y, habiendo contado su naufragio, calló el socorro, y luego pidió le hiciese merced de darle las heredades de cierto hombre. Este era el mismo huésped que, habiéndole recogido en su casa, le había curado y regalado. ¡Oh, cuántas veces los reyes hacen dádivas inconsideradas, particularmente cuando se hallan oprimidos con guerras, porque aun cuando sean muy justos y rectos, no es poderoso uno solo para resistir a tantas codicias armadas; y ninguno en semejantes ocasiones es bastante a cumplir juntamente las obligaciones de buen varón y las de buen capitán!

¿Cómo se podrá dar hartura a tantos millares de insaciables hombres? ¿Qué cosa se puede dar al que juzga que se le debe todo? Creíble es que Filipo diría estas mismas razones cuando mandó metiesen al soldado en la posesión de los bienes que había pedido.

Echado, pues, el huésped de su heredad, no sufrió la injuria con silencio, como suelen hacer los pobres aldeanos que se contentan de que les dejen libres las personas; antes bien, escribió a Filipo una carta con razones libres y apretadas, con la cual, de tal manera se encolerizó, que al punto mandó a Pausanias hiciese restituir aquellas heredades a su primitivo dueño, y que al malvado soldado se le pusiese en el rostro una señal con que fuese conocido por ingratísimo huésped y codiciosísimo naufragante.

Digno fué verdaderamente de que semejantes razones se esculpiesen en su frente, pues tuvo osadía de querer echar a su huésped desnudo, como el que sale del naufragio en las mismas riberas donde, habiendo sido echado, había sido socorrido; pero en este caso hallaremos el modo de castigo que a semejante culpa se debía dar (158). Convino, pues, se le quitase todo aquello que con su ingrata maldad había usurpado. ¿Quién habría que se compadeciera de la pena del usurpador, habiendo cometido tal delito, que ninguno, por piadoso que fuese, se podría compadecer de él?

## CAPÍTULO XXXVIII

¿Dime, ingrato soldado, si es justo que te dé Filipo lo que, sin debértelo, te prometió sin reparar que era mal hecho el dártelo? Y sin advertir en que con sola esta acción cerraba el hospedaje a los que de semejantes naufragios escapasen. No es liviandad retirarse del conocido y condenado error, confesando y diciendo ingenuamente: «De diferente modo lo entendí; engañado fuí.» Que la perseverancia en decir: «Lo que una vez ofrecí, séase lo que fuere, ha de ser firme», es una obstinación de soberbia ignorancia.

Dime: Si Filipo hubiera dejado al ingrato soldado en la injusta posesión de aquellas heredades, ¿no era privar

del socorro de agua y fuego a todos los desgraciados que padeciesen naufragios? Mejor es, diría Filipo, que por todos mis reinos vaya este ingrato llevando escritas en su desvergonzada frente estas letras para que, viéndolas todos, conozcan cuán digna de veneración es la mesa del hospedaje. Véase, pues, escrito en su cara este decreto, en que se asegura que a nadie ha de ser de peligro el hospedar a los desamparados; y con escribir esta ley en el rostro de este ingrato, será más firme que si con buril se esculpiera en bronce.

## CAPÍTULO XXXIX

¿Alguno me dirá que por qué habiendo nuestro Zenón prometido prestar a uno quinientos reales, perseveró en dárselos (159), después de estar enterado de que no era digno del empréstito, y persuadiéndole sus amigos que no se los diese? Lo primero que respondo es que hay muy grande diferencia del prestar al dar, porque de lo mal prestado me queda acción para repetirlo, y puedo llamar a juicio al deudor el mismo día que se cumplió el plazo; y si acaso hiciese pleito de acreedores o cesión de bienes, cobraré por lo menos alguna parte de mi deuda; mas el beneficio que se da al ingrato, piérdese todo y piérdese luego. Además de esto, hacer beneficio al indigno es culpa de mal hombre; pero el prestar al que no lo merece, es error de padre de familia poco próvido. Y si la cantidad que Zenón ofreció hubiera sido mayor, no perseverara en prestarla, porque como solemos decir: «Quinientos reales son, vayan con la mala ventura, y gástelos en una enfermedad, pues es de menor inconveniente perderlos que dejar de cumplir mi palabra.»

Prometí ir a un convite; iré porque lo prometí, aunque haga frío, pero no iré si estuviera nevando. Ofrecí madrugar para hallarme en unas bodas; iré porque lo prometí, aunque me halle indispuesto, pero no iré si me hubiere sobrevenido alguna fiebre. Prometí salir fiador, lo seré: pero no será sin saber primero la cantidad a que me obligo, y tampoco lo seré habiendo de obligarme al fisco; porque en todas estas promesas va encerrada una

tácita excepción, que es decir: «Lo cumpliré si fuere justo, y si las cosas estuvieren en el estado presente.»

Haz tú que al tiempo de pedirme lo que te prometí, tengan las cosas el mismo estado que tenían cuando hice la promesa, que cuando interviene alguna nueva causa no se debe tener por liviandad el retroceder. ¿De qué te admiras si, habiéndose mudado el estado del que prometió, o de aquel a quien se prometió, se mude el consejo? Dame tú que las cosas sean las mismas y yo seré el mismo. Prometemos el ir a defender alguna causa en juicio, y aunque no lo cumplamos no se pone demanda ni se ejerce acción de protesta contra nosotros. La obligación mayor excusa al que no cumplió la promesa.

## CAPÍTULO XL

Lo mismo has de entender en aquella pregunta que suele hacerse: ¿Si se han de dar gracias de cualquier beneficio? ¿Y si en todas ocasiones se ha de hacer recompensa de ellos? Obligación tengo a mostrar siempre ánimo agradecido; pero alguna vez mi infelicidad no me dará lugar a poder pagar, y otras lo impedirá la felicidad de aquel a quien debo la buena obra; porque a un rey, a un príncipe, a un hombre rico, ¿qué les puedo yo dar? Mayormente, habiendo algunos de ellos que tendrían por injurias el recibir beneficios de mi mano; y por eso van acumulando unas dádivas a otras.

¿Qué otra posibilidad tengo yo para con tales personas más que la voluntad? Y no porque yo haya dejado de gratificar el primer beneficio he de rechazar el que de nuevo se me hiciere. Lo recibiré con el mismo gusto con que me lo dan y me presentaré por materia capaz en que mi amigo ejecute su bondad (160). El que no acepta los nuevos beneficios da a entender que se ofendió con los primeros. Dirá alguno que no he pagado la buena obra que recibí. ¿Qué importa, si no está en ti la dilación, porque te faltó o la ocasión o la posibilidad?

Cuando Fulano me hizo el beneficio, tuvo ocasión y hacienda; y él o es hombre de bien o no. Si es hombre de bien, seguro voy a juicio; si es malo, no quiero ir a su tribunal; y tampoco soy de opinión que luego nos

apresuremos a gratificar el beneficio contra la voluntad del que le hizo, ni que instemos mucho cuando él cede y renuncia nuestra gratificación. No se debe llamar agradecimiento el volver tú, a quien no lo quiere, lo que recibiste queriéndolo.

Hay algunas personas que, apenas les han enviado algún pequeño presente, envían otro, afirmando no quedan deudores de cosa alguna. Esto parece un cierto modo de no admitirlo y de querer extinguir una dádiva con otra. Tal vez pudiendo pagar el beneficio, no lo haré, como será cuando en mí fuere más considerable la pérdida de lo que en el otro ha de ser la ganancia de lo que recibiere, y cuando con lo que yo le he de dar no ha de sentir aumento alguno en su hacienda, habiendo de recibir yo muy grande daño en la mía con lo que le quiere dar.

El que con demasía se apresura a pagar no tiene ánimo de hombre agradecido, sino de deudor; y, para decirlo muy brevemente, el que con celeridad apresurada desea pagar, da a entender que debe contra su voluntad; y el que, sin ella debe, es ingrato.

# LIBRO QUINTO

## CAPÍTULO PRIMERO

Parecíame que en los libros antecedentes había dado fin a mi intento, pues en ellos dejaba tratada la forma en que se deben dar y recibir los beneficios, porque éstos son los fines de esta virtud. Todo lo demás en que me detengo, no toca tanto a la sustancia cuanto al adorno de la materia, la cual hemos de seguir a la parte que nos guiare, porque de esto resultará el alentarse el ánimo con alguna dulzura de cosas, que si de todo punto no fueren necesarias, tampoco serán superfluas. Y pues de ello muestras voluntad, después de haber tratado lo sustancial de la materia, prosigamos en discurrir sobre las cosas que con ella tienen proximidad, pero no unión; y el que tratare de investigarlas con diligencia, ni hará cosa muy sustancial ni de todo punto dependerá del trabajo. Mas a ti,

Ebucio Liberal, que por tu inclinación eres el mejor hombre y más aficionado a hacer beneficios, ninguna alabanza que de ellos se haga te parecerá suficiente.

A nadie he conocido jamás tan benigno estimador de cualquier pequeño servicio, y tu bondad ha llegado a tal término que agradeces el beneficio que a cualquier persona se hace, como si a ti te hiciera, estando dispuesto a satisfacer por los ingratos, para que no haya quien se arrepienta de haber hecho beneficios. Y de cualquier manera estás apartado de cualquier jactancia, que quieres se entienda que todo lo que das es paga y no dádiva; y desto resulta que el retorno de todo lo que das, vuelve a ti más colmado, porque casi siempre van siguiendo los beneficios a quien no los sigue, y al modo que la gloria busca más y más a los que de ella huyen, así el fruto de los beneficios responde con más abundancia a los que no se quejan de los ingratos.

En ti, amigo Ebucio, no hay impedimento alguno para que los que han recibido unos beneficios dejen de pedir otros, sin que teman has de rehusar el concedérselos, añadiendo otros mayores a los que ellos disimulan y niegan haber recibido. El intento de un varón bueno y de un ánimo magnífico, es sufrir al ingrato hasta hacerle agradecido; y créeme que no te engañará esta razón, porque de ordinario los vicios se rendirán a la virtud; si no, nos anticiparemos nosotros a aborrecerlos con demasiada presteza.

## CAPÍTULO II

También veo que te agrada sumamente aquel magnífico dicho «Torpe cosa es dejarse vencer con beneficios»; y no sin fundamento se suele preguntar si esta proposición es verdadera, y sin duda su sentido es diferente del que tú concibes en tu ánimo, porque nunca fué cosa torpe el ser uno vencido en la competencia de actos virtuosos, con la condición de que no sólo nos arrojes voluntariamente las armas, sino que, antes bien, siendo vencido, intentes quedar vencedor. No todos van con iguales fuerzas a un buen intento, no con igual hacienda ni con igual fortuna,

que es la que acorta los sucesos de los más buenos intentos.

Alabada debe ser la voluntad que se encamina a la virtud (161), aunque haya otro que con más veloz paso se le adelante, porque en ella no es como en las fiestas y espectáculos públicos, donde la palma califica por mejor al que la lleva, siendo ordinario en ellos que algún suceso adelante al peor. Cuando se trata de buena correspondencia en beneficios, y cada uno desea por su parte que los suyos sean cumplidísimos, si el uno fué más poderoso y tuvo a la mano materia suficiente para su ánimo, y si la fortuna le permitió ejecutar todo lo que intentó, y el otro fué igual en la voluntad, aunque haya dado cosas menores de las que recibió, o de todo punto no haya dado cosa alguna, mas está con deseo de gratificar y tiene puesto en este deseo todo su ánimo, este tal no es vencido, como no lo es el que muere peleando, pues antes pudo el enemigo matarle que obligarle a que se rindiese o retirase.

No puede acontecer al hombre de bien lo que tú juzgas por torpeza, que es el ser vencido, porque nunca se rendirá ni jamás volverá las espaldas. Estará siempre firme hasta el último día de la vida, y morirá en el puesto, publicando que ha recibido muchos beneficios y que quisiera haber podido dar otros equivalentes.

## CAPÍTULO III

Los lacedemonios prohibieron a sus ciudadanos el salir a contiendas de luchar, correr, saltar y otros ejercicios en los que el vencido se hubiese de confesar inferior. El corredor que llega primero al fin de la carrera adelantóse a los demás con la velocidad y con el ánimo; el luchador tres veces derribado perdió la palma, mas no la entregó. Y como los lacedemonios hacían grande estimación de que sus ciudadanos fuesen invictos, apartábanlos de semejantes contiendas, en las cuales hacían vencedor, no el juez ni el suceso, sino la confesión del que, rindiéndose con sentencia, le entregase a su competidor el palio.

Esto que los lacedemonios conservaron en sus ciudadanos (162), los da a los buenos la virtud y la buena inten-

ción, haciendo que nunca sean vencidos, para que el ánimo esté invicto aun entre las cosas que le sobrepujan; y por esta razón ninguno dice que los trescientos Fabios fueron vencidos, sino que fueron muertos; y que Régulo fué cautivo, pero no vencido de los cartagineses; y lo mismo es en cualquiera que, hallándose oprimido con la fuerza y peso de la fortuna, no abate el ánimo.

Esto mismo sucede en los beneficios, en los cuales, aunque uno los haya recibido mayores y más frecuentes en cantidad y número, no por eso es vencido. Lo serán, por ventura, sus beneficios de otros beneficios, si hacemos cómputo de lo dado y recibido; pero si hacemos comparación entre el que da y el que recibe, hallaremos que es igual el valor de los ánimos; y así ninguno de ellos llevó la palma, porque también suele suceder que saliendo uno acribillado de heridas y el contrario con pocas, aunque parezca inferior el uno, decimos que salieron iguales de la pelea.

## CAPÍTULO IV

Según esto, no habrá quien pueda ser vencido con beneficios, porque mientras confiesa deberlos y tiene voluntad de gratificarlos, iguala con el ánimo lo que no puede con hacienda; y mientras permanece en este intento y le dura la voluntad de mostrar con indicios el ánimo agradecido, ¿qué importa que de la otra parte haya mayor número de presentes? Tú eres poderoso para dar mucho, pero yo no lo soy más que para recibir. La fortuna está contigo, y conmigo la buena voluntad; y, con todo eso, soy tu igual en comparación que lo son los desnudos, o mal armados, con los que tienen armas. Según lo cual nadie es vencido con beneficios, porque en tanto grado es uno agradecido en cuanto tiene voluntad de serlo.

Y si el ser vencido con beneficios es afrenta, no será conveniente el recibirlos de los varones poderosos a quienes no podemos dar equivalente recompensa (163). Hablo de los reyes y príncipes a quienes puso la fortuna en tan eminente lugar, en que pudiendo dar muchas y muy grandes cosas pueden recibir pocas y desiguales a las que ellos dieron. Dije que hablaba de los reyes y príncipes a

quienes podemos beneficiar con nuestro trabajo, porque toda aquella su eminente potencia estriba del común consentimiento de nuestros ánimos y del servicio que les hacemos.

Hay algunos hombres de tal manera exentos de toda codicia que apenas llegan a tocarles los deseos humanos, porque ni aun la misma fortuna tienen qué poderles dar (164). Forzoso es que yo me confiese vencido de Sócrates en beneficios, y que diga lo mismo de Diógenes, que pasó desnudo por medio de las riquezas de los macedonios hallando los tesoros reales (165). ¿No pudo éste entonces con justa razón juzgarse y ser juzgado (de aquellos a quienes se les había opuesto alguna niebla que les oscureciese la verdad) por superior y más levantado que aquel debajo de cuyo imperio estaban todas las cosas? Sin duda fué más rico y más poderoso que Alejandro, aunque éste lo poseía todo, por ser mucho más lo que Diógenes no había de querer recibir que lo que Alejandro le podía dar.

## CAPITULO V

El ser vencido de tales hombres no es afrenta, porque yo no dejaré de ser vencido si tú me pones en la pelea con el que no puede ser herido; ni el fuego pierde su ardor cuando se le pone materia en que no puedan obrar sus llamas; ni el hierro deja de tener calidad de cortar cuando le ponen para que aserre una piedra de dura, firme e insuperable naturaleza, que no se rinde a los golpes. Lo mismo te digo del hombre grato, quien no queda torpemente vencido con beneficios cuando se halla obligado a tales personas, a quienes la grandeza de su fortuna o la superior virtud han cerrado el paso a la recompensa de los beneficios. Porque todo el tiempo que los tenemos por prolijos y no conocemos los bienes que nos hacen, los aborrecemos; pero cuando ya la edad ha conseguido alguna parte de prudencia y comenzamos a conocer que les debemos amor por aquello por que los aborrecíamos, como era la buena enseñanza y los sanos consejos, la severidad y la vigilante custodia de nuestra inconsiderada juventud, entonces se nos mueren, siendo muy pocos

aquellos que llegan a coger de sus hijos el verdadero fruto; y muchos los que conocieron la carga de ellos, pero no por eso es afrenta ser vencidos de los padres en beneficios.

¿Por qué había de ser afrenta, no siéndolo el ser vencidos de otros cualesquiera, porque hay muchos hombres a quienes por una parte somos iguales y por otra desiguales? Somos iguales en el ánimo, que es lo que ellos solamente piden y lo que solamente les prometemos. Somos desiguales en la fortuna, pero no porque ella nos impida el poder pagar el beneficio hemos de avergonzarnos como vencidos. No es afrenta no alcanzar a uno si le sigues.

Muchas veces convendrá que antes de recompensar unos beneficios pidamos otros; y no dejamos de hacerlo ni hacemos cosa torpe en pedirlos; pues el deberlos no es como personas que tienen intención de no pagar; pues la tardanza en mostrarnos agradecidos no ha consistido en nuestra voluntad. Podrá intervenir algún accidente exterior que nos impida la paga, pero no somos vencidos en el ánimo ni tendremos afrenta de aquellas cosas que no penden de nuestra potestad.

## CAPÍTULO VI

Solía jactarse Alejandro, rey de Macedonia, de que ninguno le había vencido en beneficios. No hay por qué le desvanezca la grandeza de su ánimo por ver que casi sin ejército rindió a los macedonios, a los griegos, a los de Caria y a los persas, y a otras muchas naciones.

Ni hay para que crea que fué eso lo que dió el reino, ensanchándolo desde un rincón de la Tracia hasta las riberas del mar incógnito; porque también Sócrates y Diógenes se pudieran gloriar de la misma grandeza de ánimo con que vencieron al mismo Alejandro. ¿Y por qué no le habían de vencer? Pues el mismo día que estaba desvanecido, aún más de lo que en la humana soberbia cabe, ¿encontró a alguno a quien ni pudo dar ni quitar cosa alguna? El rey Arquelao (166) rogó a Sócrates que fuese a servirle; y dícese que le respondió no quería visi-

tar a persona de quien hubiese de recibir mercedes sin poder recompensarlas con igualdad.

Lo primero, digo, que en manos de Sócrates estaba el no admitir los beneficios y, lo segundo, que él era el primero que comenzaba a hacerlos, pues iba rogando a la visita y daba lo que el reino no le había de volver (167); porque lo que Arquelao le había de dar era oro y plata, y lo que de Sócrates había de recibir Arquelao era el desprecio de la plata y el oro.

¿Cómo, pues, no podía pagar Sócrates a Arquelao, no habiendo de ser tanto lo que había de recibir cuando lo que había de dar con sólo dejarse ver? Porque estaba en la ciencia de vivir y morir bien y en el conocimiento de los términos de la vida y de la muerte; y si admitía el conocimiento de la naturaleza un rey que andaba errado en medio de la luz, siendo tan ignorante de ella que, porque un día hubo un eclipse, juzgó que se había acabado el sol, y, mandando cerrar su palacio, mandó cortar el cabello a su hijo, cosa que se usaba en los casos adversos y de llanto, no fuera muy grande beneficio el que le hiciera Sócrates si, sacándole de los escondrijos donde con temor se había encerrado, le dijera que tuviese buen ánimo, haciéndole entender de que aquella oscuridad no procedía de haberse acabado el sol, sino de haberse encontrado dos planetas, y que por haber la luna, que corre por inferior cielo, opuesto su redondez al sol, le escondía y encubría, advirtiéndole de que unas veces no le encubre más que una pequeña parte, que es cuando la conjunción en un lado sólo se hace, y que cuando se le pone más enfrente hace mayor eclipse; y que cuando se opone de medio a medio entre la tierra y el sol, le encubre de todo punto. Pero que en breve término apartarían estos planetas su misma velocidad, quedando luz para la tierra por ser éste el orden que para todos los siglos dispuso la Naturaleza, habiendo determinado días ciertos en que la oposición de la luna prohiba al sol el esparcir todos sus rayos (168).

Pudiera también decirle que esperara un poco, que luego había de volver a salir el sol y que, dejando a la luna, que como nube ofuscaba sus rayos, daría con libertad su

entera luz. ¿No pudiera también Sócrates dar igual recompensa a Arquelao, enseñándole a reinar? ¿Parécete que, en caso de poder dar Arquelao algún beneficio a Sócrates, fuera pequeño el que de Sócrates podía recibir? Pues ¿qué motivo tuvo Sócrates para lo que dijo? El ser hombre donairoso y que solía hablar por metáforas, siendo mofador de todos y en particular de los poderosos, y así, queriendo más negar con astucia que con soberbia y contumacia, dijo que no quería recibir beneficios de mano de persona a quien él no podía dar igual recompensa.

¿Por ventura, temió ser forzado a recibir lo que no quería y lo que quizá no le era decente? Alguno dirá: «Si no quería recibir los beneficios, dijéralo.» Eso fuera despertar contra sí el enojo de un rey soberbio que quería se hiciese mucha estimación de todas sus cosas; y no hay diferencia de no querer dar algo a los reyes al no querer recibir lo que ellos dan, que en igual grado castigan entrambas cosas; y al hombre soberbio es cosa más acerba el despreciarle que el no temerle.

¿Quieres saber la causa por qué no fué Sócrates a entrevistarse con Arquelao? Digo, pues, que fué porque aquel cuya libertad no pudo sufrir una ciudad libre, no quiso ir a una servidumbre voluntaria.

## CAPÍTULO VII

Pienso que hemos tratado suficientemente el artículo de si es cosa torpe el ser vencido con beneficios. Y el que pregunta esto sale bien que los hombres no acostumbran a hacerse beneficios a sí mismos, por ser cosa cierta que no puede haber afrenta en ser uno vencido de sí mismo; y, con todo eso, entre algunos estoicos se disputa si puede uno hacerse beneficio y si está obligado a sacrificarse; y para venir a esta disputa aportan estas razones que algunas veces solemos emplear: «Doime las gracias. De ninguno me puedo quejar si no es de mí. Conmigo estoy enojado; yo me castigaré.» Y traen otros algunas razones en las cuales habla uno de sí como si hablara de otro, expresando: «Si me puedo hacer daño, ¿por qué no podré hacerme beneficio?» Además de esto, si aquellas cosas dadas a otros se llaman beneficios, ¿por qué no lo han de

ser cuando a mí mismo me las doy? Y si habiéndolas recibido de otro me hicieran ser deudor, ¿por qué no lo han de ser cuando a mí mismo me las doy? Y si habiéndolas recibido de otro me hicieran ser deudor, ¿por qué no lo seré, habiéndolas yo dado a mí mismo? ¿Por qué he de ser ingrato conmigo, no siendo ésta menor culpa que el ser uno sucio para sí, ser duro, cruel y descuidado? (169).

Tan mala opinión hay del que es rufián y alcahuete de su cuerpo como si lo fuera del ajeno. Finalmente, si es reprendido el adulador que se arrima siempre a los pareceres ajenos, no menos lo debe ser el que se agrada y complace de sí y, para decirlo en una palabra, el que es consejero de sí mismo. Los vicios no sólo desagradan cuando salen fuera, sino aun cuando se quedan en lo interior. ¿De quién te admirarás más, del que es vicioso, que de aquel que tenga imperio y potestad sobre sí?

Más fácil es gobernar las naciones bárbaras e impacientes de ajeno imperio que refrenar cada uno su ánimo, entregándoselo a sí mismo. Me dirás que si Platón da gracias a Sócrates porque le enseñó, ¿por qué se las ha de dar a sí mismo por lo mucho que de sí mismo aprendió? Marco Catón dice: «Pídele a ti mismo prestado lo que te faltare.» ¿Por qué, pues, no podré donarme lo que me puedo pedir prestado?

Hay muchas cosas en que la costumbre ordinaria nos divide. Solemos decir: «Dejadme, que quiero hablar conmigo, y yo me arrancaré las orejas.» Pues si este lenguaje es verdadero, según el modo con que uno puede enojarse consigo, podrá darse gracias. Y como se puede reprender, se podrá alabar; y como puede hacerse daño, también podrá hacerse provecho. La injuria y el beneficio son contrarios, y así, pues, si solemos decir de algunos que se infirieron injuria, podremos decir de otros que se hicieron beneficios.

## CAPÍTULO VIII

Pero, sin embargo de lo dicho, ninguno puede ser deudor a sí mismo, porque siendo por orden de naturaleza primero el deber que el pagar, no podrá haber deudor sin que haya acreedor, lo mismo que no puede haber marido

sin que haya mujer, ni puede haber hijo sin padre. Alguno ha de haber que dé, para que haya alguno que reciba; porque el dar y el recibir no consisten en pasar las cosas de la mano diestra a la siniestra. Al modo que aunque una persona parezca se mueva y se mude, no decimos que se lleva; y al modo que defendió su causa no decimos que le asistió, ni por ello se pone estatua como a defensor; y al modo que el enfermo, cuando convaleció por su buen regimiento, no se pide la paga de la cura, así viene a ser lo mismo en cualquier negocio en que se haya gobernado bien, que no por eso se ha de dar gracias, aunque no tenga otro a quien darlas.

¿Cómo tengo de conceder yo que uno se da beneficio si al mismo tiempo que le da le recibe? ¿Y cómo he de conceder que le recibe si cuando le recibe lo da? Esto es lo que solemos llamar andar trasteando la casa; y por ser como nombre de burlas, se pasa al instante, por no ser distinto, sino uno mismo el que da y el que recibe. Esta palabra *deber* no tiene lugar o significación sino entre dos, porque ¿cómo ha de consistir en uno, pues al tiempo que se obliga sale de la obligación? Lo mismo que en la bola, en la esfera y en la pelota, no hay parte superior ni inferior, ni primera, ni postrera, porque con el movimiento se muda el orden, y lo que estaba atrás va delante; y lo que era remate se hace principio; y de cualquier modo que las partes vayan tornan a un mismo ser. Debes juzgar lo mismo del hombre: aunque le hagas representar diferentes figuras, siempre es uno. Hiriόse uno a sí mismo, y no tiene de quién dar querella por la injuria; prendióse y echóse grillos, pero no está forzado: dióse un beneficio, y al mismo instante le volvió al que le dió.

No se puede decir que la Naturaleza pierda cosa alguna, porque lo que se la quita por una parte se le vuelve por otra, no siendo posible que se pierda lo que no tiene sitio donde caer, porque vuelve siempre a la parte de donde salió. ¿Me dirás qué semejanza tiene este ejemplo a la cuestión propuesta? Yo te lo diré. Imagínate que te eres ingrato y verás que no se perdió el beneficio, pues lo posee el mismo que le dió. Imagina asimismo que no quisiste recibirlo y verás que le tienes antes que te le res-

tituyas, y así de ninguna manera puedes perder, porque lo que te quitas te lo devuelves y la rueda anda dentro de ti, pues cuando das recibes, y cuando recibes das.

CAPÍTULO IX

Si dices que conviene que cada uno se haga beneficios a sí mismo, también convendrás que se los pague; el antecedente es falso, y así lo será la consecuencia, porque ninguno se da beneficio a sí mismo; lo que hace es obedecer a la Naturaleza que le formó con amor propio, de que le nace el cuidado de apartarse de lo que le es nocivo y apetecer lo provechoso; y así el que se da algo a sí mismo no es liberal; ni el que se perdona es clemente; ni es piadoso el que se compadece de sus propios males. Aquello que si se hiciera por otros fuera liberalidad, clemencia y misericordia, cuando se hace consigo propio es naturaleza. El beneficio es una cosa voluntaria; pero el hacerse uno bien a sí mismo es acción forzosa.

Cuantos más beneficios hace una persona es más alabada de bienhechora. ¿Cuándo, pues, ha sido alguno alabado de que se ha hecho a sí mismo buenas obras? ¿De que se haya socorrido? ¿Y de que se haya librado de los ladrones? Como no hay quien a sí mismo se dé hospedaje, así tampoco se hace dádivas. Si alguno se puede hacer beneficios a sí mismo, es cierto que siempre y sin interrupción alguna los está haciendo, sin poder formar una suma total con el número de ellos. ¿Cuándo, pues, los podrá gratificar si en la misma acción de gratificarlos se está haciendo nuevos beneficios? ¿Y cómo podrá conocerse si lo que hace es dar o recibir, pasando o ejecutando la acción un solo hombre?

Haz suposición de que yo me libré de un peligro; híceme en ello beneficio. Libréme después de otro. Dime si esto será hacerme nuevo beneficio o pagarme el primero. Además de esto, aunque conceda lo primero, confesando que podamos hacernos beneficios a nosotros mismos, no concederé lo segundo; porque aunque nos hagamos buenas obras no nos constituiremos deudores para gratificárnoslas. ¿Me dirás que por qué? Porque al mismo instante que damos recibimos. En el beneficio hay primero el re-

cibir y después el deber, y tras esto el recompensar; pero en el beneficio que nos damos a nosotros mismos no hay tiempo de deber, por ser sin dilación alguna el recibir.

Ninguno da sino a otro, y ninguno paga sino a otro; y estas acciones que de ordinario se ejecutan entre dos personas no pueden efectuarse en una sola.

## CAPÍTULO X

Beneficio se dice el dar alguna cosa que sea útil; y esta palabra *dar* tiene relación con otros. ¿No diríamos que está loco el que dijese que se ha vendido a sí mismo alguna cosa? Porque la venta es enajenación y transacción de lo que se vende, y del derecho de ello que pasa a poder de otro; y al modo que en las ventas hay que apartar algo de sí, y transferirlo en otro para que lo goce, así en las donaciones, según lo cual nadie se dió beneficio a sí mismo, porque nadie se da cosa alguna; que eso sería concurrir en un sujeto dos cosas contrarias, como son el dar y el recibir, siendo muy grande la diferencia de lo uno a lo otro. Y si alguno se pudiese dar beneficio, no vendría a haber diferencia entre el recibir y el dar.

Poco ha que dijimos que había algunas cosas que tienen relación con otras, estando formadas de tal manera que toda su significación se abstrae de nosotros. Soy hermano, pero lo soy de otro, porque nadie lo es de sí mismo. Soy igual, forzoso es que lo sea de otro, porque ¿quién hay que diga que es igual de sí mismo? Lo que se compara requiere otra cosa con que compararse, y lo que se junta pide otra cosa distinta con que juntarse; y si el dar requiere que haya otro a quien se dé, claro está que no puede consistir el beneficio sin que haya otra persona a quien se haga. Esta misma palabra *hacer bien* lo significa, porque nadie se hace bien a sí mismo, ni se favorece, ni se hace de su bando; y pudiéramos probar esta doctrina con infinitos ejemplos, porque el beneficio es de las cosas que requieren segunda persona en quien se ejecuten.

Una de las cosas más alabadas y de mayor estimación entre los bienes de que goza el género humano, es la

fidelidad. ¿Hay, pues, alguno que diga que se la ha guardado a sí mismo? (170).

CAPÍTULO XI

Quiero tratar ya de la segunda parte. El que ha de gratificar es forzoso que dispendie algo, como lo hace el que paga una deuda. El que se gratifica a sí mismo, como no consiguió cosa alguna con el beneficio, así tampoco la gasta en lo que se paga. El beneficio y la recompensa deben pasar alternativamente de uno en otro; y esta alternación no puede darse en un solo sujeto; luego el que agradece, cuando le toca hacerlo, ¿hace utilidad al otro de quien recibió el beneficio?

El que se gratifica a sí, ¿a quién aprovecha? A sí mismo. ¿Quién, pues, hay que no se separe y aparte a diferente lugar el beneficio y el agradecimiento? El que se gratifica a sí, a sí solo se aprovecha; y esto cualquier ingrato lo hace o, por mejor decir, no hay ingrato que no lo sea por esta causa. Si es que nos podemos dar gracias a nosotros mismos, también podremos pagarnos. Solemos decir: «Yo me doy gracias porque no me casé con aquella mujer y porque trabé intimidad con aquel hombre.» Cuando decimos esto no nos alabamos; y para probar nuestra acción usurpamos el estilo de los que dan gracias.

Beneficio se llama aquel que puede dejar de volverse después que se dió. El que a sí mismo se da un beneficio no puede dejar de recibir lo mismo que dió; luego no puede llamarse beneficio, porque ha de haber distintos tiempos en el hacer la buena obra y en el recibir la recompensa. Lo que en el beneficio es digno de alabanza y de estimación es que tal vez el que da se olvida de su propia utilidad porque les aproveche a otros, quitándose a sí mismo lo que a ellos les da. Y esto no sucede en el que se hace beneficio a sí mismo.

El hacer beneficio es una acción en que se contrae amistad. El que a sí se hace beneficio no granjea amigo alguno, a ninguno obliga y a ninguno pone en esperanzas para poder decir de él: «Este hombre es digno de ser reverenciado porque a Fulano hizo tal beneficio, y también me le hará a mí.» Llámase beneficio lo que se da, no en

orden a sí mismo, sino en orden a la persona a quien se da. El que se da a sí mismo la buena obra, por sí mismo la hace; luego no debe llamarse beneficio (171).

CAPÍTULO XII

¿Me dirás ahora que te mentí en lo que dije al principio? Y a mí me parece que dices que no sólo me aparto de hablar en lo substancial, sino que también pierdo todo el trabajo. Espera un poco, y lo dirás con más verdad cuando yo te meta en estos laberintos, de los cuales, cuando hayas salido, no habrás conseguido otra cosa más que escapar de aquellas dificultades en que estuvo de tu mano no entrar, porque en desatar con fatiga los nudos que tú mismo hiciste para deshacerlos, ¿qué utilidad se consigue? Pero al modo que por juego y entretenimiento se enredan algunas cosas para que sea difícil la soltura de ellas al que la ignora, siendo al que las enredó fácil el desenredarlas por saber las entradas y salidas de ellas; y con todo eso se halla en ellos algún deleite, porque se hace prueba de la agudeza de los ingenios y se despierta la atención. Así estas cosas que parecen cavilosas y sofísticas destierran la flojedad y pereza de los ingenios, a los cuales conveniente es abrirles unas veces ancho campo en que se espacíen, y otras se les han de poner caminos y sendas ásperas y pedregosas para que, trepando por ellas, asiente con cuidado las huellas.

Decimos que no hay alguno que sea ingrato, y lo probamos con este argumento. Beneficio se llama aquello que aprovecha y, según la doctrina de los estoicos, ninguno puede aprovechar al hombre malo; luego el malo no puede recibir y, por consiguiente, tampoco podrá ser ingrato. Además de esto, el beneficio es una cosa honesta y virtuosa, digna de alabanza; y en el malo no hay lugar en lo que lo honesto y loable tenga entrada; luego no le tiene el beneficio, y siendo asentado que no le puede recibir, tampoco estará obligado a pagarle, y así nunca vendrá a ser ingrato.

El bueno recibe el beneficio, el malo no lo recibe; y así ni el bueno ni el malo pueden ser ingratos, con lo cual esta palabra *ingrato* viene a ser en el mundo una voz vana

y sin substancia. En nuestra secta estoica no hay más que un bien, que es la virtud; y ésta no puede venir al malo porque al mismo instante que la virtud entrase en él, dejará de ser malo; pero todo el tiempo que perseverare en ser malo no será capaz de recibir beneficio, por tener incompatibilidad lo bueno con lo malo, sin poder concurrir en un sujeto; y así nadie aprovecha al malo, porque usando mal de todo lo que a él viene, lo estraga. De la misma forma que un estómago debilitado con enfermedad y cargado con abundancia de bilis convierte en ella todo el sustento, haciendo que en los manjares crezca la enfermedad, así todo lo que entregares al ánimo ciego, lo convierte en carga y perdición y, a veces, en su propia ruina.

De esto nace que a los muy dichosos y ricos, cuando llegan a suma prosperidad y abundancia, se les exacerba en mayor grado la codicia (172), hallándose menos bien cuanto es mayor la materia en que están metidos y en que andan fluctuando. Según esto, no puede llegar a manos de los malos cosa que les sea de provecho, antes bien no puede llegar alguna que no les sirva de daño; porque todo lo que les viene a las manos lo convierten y transforman en su propia naturaleza. Y las cosas que estando fuera de los malos, y dándose a los buenos, fueran hermosas y provechosas, son para los malos pestíferas; y por esta razón no pueden hacer beneficios, pues no pueden dar lo que no tienen, de lo que se deduce que el malo carece de la voluntad de hacer bien.

## CAPÍTULO XIII

Pero aunque sea así lo que hemos dicho, puede, sin embargo, el hombre malo recibir las cosas que tienen semejanza de beneficios; y si no los gratificare será ingrato, porque hay unos bienes del ánimo, otros del cuerpo y otros de la fortuna. Los bienes del ánimo están desterrados y separados del hombre ingrato y malo, pero puede ser admitido a los del cuerpo y a los de la fortuna; y porque los puede recibir, los debe pagar, y no pagándolos es ingrato. Y esto no es solamente según la secta estoica, que también los peripatéticos alargan a mayor latitud y

longitud los términos de la felicidad humana diciendo que a los malos pueden ir los beneficios muy pequeños, y que el que no los paga, es ingrato.

Finalmente, nosotros no tenemos por beneficios aquellos que no han de hacer que se mejore el ánimo, pero no negamos que sean comodidades y que pueden ser deseadas; y éstas bien las podrá dar el hombre malo al hombre bueno, y el bueno las podrá recibir del malo, como son el dinero, los vestidos, las honras y la vida; y si no las recompensare el que las recibe, granjeará nombre de ingrato.

Dime, pues, ¿cómo puedes llamar ingrato al que no paga lo que tú confiesas que no es beneficio? Hay algunas cosas, que aunque no son verdaderamente lo que se llaman, se comprenden con el nombre que se les da por la semejanza que tienen. En este sentido llamamos bujeta (173) no sólo a la cajita de boj, sino a la de plata y oro, y decimos que uno no es letrado, aunque tenga medianas letras, si no ha llegado a conseguir las superiores; y cuando encontramos a uno que anda mal vestido y remendado, decimos que está desnudo (174). Por este mismo modo las cosas referidas no son beneficios, aunque tienen apariencia de ellos, y lo mismo que las cosas referidas son semejantes a los beneficios, así el que no las retorna es semejante al ingrato, pero no es propiamente ingrato.

Esta doctrina es falsa, porque así el que da estas cosas como el que las recibe, las llaman beneficios, con lo cual el que en esto engaña las esperanzas del varón bueno, es ingrato, de igual modo que es hechicero el que creyendo que en la bebida mezclaba veneno, mezcló otra cosa saludable (175).

## CAPÍTULO XIV

Cleantes aprieta más este argumento diciendo que, aunque lo que se recibió no haya sido beneficio, con todo eso es ingrato el que no le paga, por haberle pasado la intención de recompensarlo, aunque fuera beneficio. Lo mismo que uno es ladrón aun antes de mancharse las manos, si estuvo predispuesto para cometer el homicidio y tuvo ánimo de robar y matar; porque la maldad, aunque se perfecciona y se descubre con la ejecución, no comienza con ésta.

Lo que se recibió llamábase beneficio aunque no lo era. Los sacrílegos se castigan aunque no hayan llegado a poner las manos en los dioses (176). ¿Me dirás que cómo puede ser uno ingrato con el hombre malo, no pudiendo el que lo es recibir beneficio? La razón de ser ingrato es porque al fin recibió algo de aquellas cosas que entre los ignorantes tienen estimación como bienes, y aunque de ellos tengan abundancia los malos, hay obligación de serles agradecidos en materia semejante, pagando como buenos aquellas cosas que recibieron por buenas. Solemos decir que debe mucho metal el que recibió prestados algunos escudos de oro, y lo mismo decimos del que recibió monedas de cuero, que entre los lacedemonios sirvió por dinero (177). Finalmente, debes hacer la recompensa en la forma que consentiste obligarte.

## CAPÍTULO XV

No nos toca a nosotros examinar la calidad de los beneficios ni el ver si la grandeza de su claro nombre puede abatirse a humilde y asquerosa materia. Eso examínenlo otros; lo que importa es que de tal manera compongamos el ánimo, que reverencie todo aquello, séase lo que fuere, que nos representare con apariencia de verdadero y con nombre de bueno. Siendo esto así, ¿cómo decís que no hay hombre ingrato? Pues antes parece que lo son todos, porque como queda dicho, todos los necios son malos; y el que tiene un vicio, los tiene todos, y al fin todos los hombres son ignorantes y malos; luego todos son ingratos.

¿Cómo se puede decir esta razón en agravio de todo el género humano? Porque oímos la queja que en todas partes se da de que se perdieron los beneficios y que son muy pocos los que no dan mal por bien, siendo esta querella pública y común. Y no pienses que es sólo murmuración nuestra y que contamos entre las cosas malas aquellas que salen algún tanto de la regla de lo justo. Escucha esta voz que sale, no de las Academias de los filósofos, sino del vulgo, en orden a condenar con ella todo género de pueblos y gentes.

«Ya no hay huésped seguro de su huésped,
ni el suegro de su yerno amor espera,
que, aun entre hermanos, es el amor raro:
pone a su esposa lazos el marido,
y ella al marido duras asechanzas» (178).

Y aun esto pasa más adelante, pues los mismos beneficios se han convertido en maldad, sin que se perdone a la sangre de aquellos por quienes debiera derramarse la sangre propia. Ya en estos tiempos gratificamos los beneficios con la espada y el veneno. Ya se tiene por grandeza y poderío el destruir la patria, oprimiéndola con la autoridad de los oficios (179).

El que no está sobre la República, se juzga estar en estado humilde y abatido. Los ejércitos que se recibieron de manos de la República, se vuelven contra ella; y los razonamientos que les hacen sus generales son los siguientes:

«—Pelead, valerosos soldados, contra vuestras mujeres. Pelead contra vuestros hijos. Pelead contra los templos. Pelead contra vuestras casas, y acometed con las armas a vuestros propios penates (180). Vosotros que, ni aun para triunfar de los enemigos, podéis entrar en la ciudad sin licencia del Senado. Vosotros, a quienes aun trayendo el ejército vencedor, se solía dar audiencia y alojamiento fuera de los muros, entrad ahora en la ciudad hiriendo a nuestros ciudadanos, manchándolos con la sangre de vuestros parientes. Enmudezca la libertad entre los estandartes militares; y aquel pueblo que fué vencedor y pacificador de tantas naciones, y con tener las guerras en remotas provincias tenía lejos de sí el temor, esté ahora encerrado dentro de sus muros y tema las águilas de sus propias banderas.»

## CAPÍTULO XVI

Ingrato fué Coriolano, porque aunque se mostró piadoso, fué tarde y después de haberse arrepentido de su maldad; y si dejó las armas, fué en medio de infinitas muertes de sus ciudadanos. Ingrato fué Catilina (181), a quien pareció poco el alzarse con su patria si no la destruía y si no metía en ella los ejércitos saboyanos, a fin de que el

enemigo, conducido de esotra parte de los Alpes, hartara sus nativos y envejecidos rencores; y a fin de que los capitanes romanos pagaran las mucho antes debidas exequias a los cuerpos muertos de los franceses. Ingrato fué Cayo Mario (182), quien, habiendo ascendido de soldado particular a ser cónsul, juzgó que su fortuna se había mejorado poco y que se estaba en su primer estado si no hacía tantas muertes de romanos cuantas había hecho de cimbrios, siendo no sólo quien levantaba bandera, sino la misma bandera para destierros y muertes de sus ciudadanos. Ingrato fué Lucio Sila (183), que curó a la patria con remedios más ásperos de lo que eran los peligros, quien no contentándose con haber venido hollando sangre humana desde el alcázar de Preneste hasta la puerta Colina, hizo dentro de la ciudad otras guerras y otras muertes, despedazando dos legiones que estaban arrinconadas en un estrecho, culpa que por haberse cometido después de conseguida la victoria, tuvo mucho de crueldad, y, por haber sido después de dada la palabra, mucho de infidelidad. Echó un bando (¡oh dioses grandes!) que cualquiera que matase un ciudadano romano no sólo fuese libre, sino que se le diese una suma de dinero, pero exceptuó que no se le diese la corona cívica (184).

Ingrato fué Gneyo Pompeyo (185), pues en recompensa de tres consulados y de tres triunfos, y tantos honores usurpados antes de tiempo, la recompensa que dió a la República fué meter a otros en la posesión de ella, como si disminuyera los recelos que se tenían de su potencia, con hacer fuese lícito a muchos lo que a ninguno lo era. Mientras éste apetecía nuevos modos de imperar y mientras distribuía las provincias, por escoger la mejor para sí, y mientras dividia a los triunviros la República, para que en su casa o bajo su dominio quedasen dos partes, la puso en tal estado, que en ella nadie tenía segura la vida sino es por beneficio y medio de la servidumbre.

Ingrato fué el mismo enemigo y vencedor de Pompeyo, pasando la guerra de Alemania y Francia a la ciudad de Roma, y aquel que se había preciado tanto de favorecedor de la plebe, afectando el nombre de popular, este mismo alojó sus ejércitos en el circo Flaminio, aún más cerca de

la ciudad de lo que habían estado los de Porsena, no obstante que el derecho templó en él la crueldad de la victoria, cumpliendo lo que de sí solía decir, que jamás mató sino al que hablaba armado. ¿Pues qué diremos de tal ingrato? Lo que de él podemos decir es que los demás ejercitaron las armas más sangrientamente, pero alguna vez las dejaron por hallarse cansados; pero éste, aunque envainó presto la espada, jamás la dejó (186).

Ingrato fué Marco Antonio para su dictador, declarando que su muerte había sido justa, y enviando a los matadores a los gobiernos de las provincias. Y después de haber hallado la patria afligida y deshecha con destierros, confiscaciones y guerras, determinó tras tantas miserias entregarla a reyes que aun no eran romanos, para que la ciudad que tantas veces había dado entero dominio, libertad y exenciones a los aqueos y rodios, y otras muchas provincias, pagase feo tributo a los eunucos.

## CAPÍTULO XVII

Faltaría tiempo al que quisiese contar los que siendo ingratos han llegado hasta la total ruina de su patria; y asimismo sería proceder *ad infinitum* si se quisiesen referir los muchos beneméritos y bien afectos a la República, con quien ella ha sido ingrata, no siendo menos veces las que ella ha cometido esta culpa, de las que han sido las que se han cometido contra ella. Ella desterró a Camilo y consintió que se ausentase Scipión; y Cicerón anduvo desterrado después de la conjuración de Catilina, derribáronle sus casas, saqueáronle su hacienda y, finalmente, se hizo con él todo aquello que hubiera hecho Catilina si hubiera sido vencedor.

El premio que por su inocencia tuvo Rutilio, fué el tener que estar escondido en Asia. A Catón negó el pueblo romano una vez el ser pretor y muchas el consulado, con lo que vengo a finalizar que todos somos públicos ingratos, y, si no, cada uno haga examen de sí y hallará que no hay quien no se queje de que alguno le ha sido ingrato; y como no puede ser que todos se quejen sin que hayan de quejarse de todos, dedúcese que todos son ingratos, todos codiciosos, todos malignos y todos cobardes, y, en particu-

lar, aquellos que ostentan valentía, y puedes añadir que todos son ambiciosos y todos faltos de piedad; pero, tras esto, no quiero te enojes con todos los hombres, sin que los perdones, porque todos andan locos.

No quiero referirte cosas inciertas. Advierte cuán ingrata es la juventud, porque, ¿qué hijo, por virtuoso que se muestre, no desea la muerte de su padre? ¿Quién, por moderado que sea, no la espera? ¿Quién, por muy piadoso que fuere, deja de pensar en ella? ¿Cuál el marido que toma de tal modo la muerte de su virtuosa mujer, que no esté haciendo cómputo de lo que con ella gasta? ¿Dime, a cuál litigante defendido le dura más de los primeros días la memoria de tan grande beneficio? Lo cierto y averiguado es que ninguno muere sin dar quejas (187), y ninguno hay que no se disponga a decir en el último día:

«Viví y pasé la carrera
que la fortuna me dió» (188).

¿Quién hay que salga de la vida sin rehusarlo? ¿Quién sin gemir? Esto, pues, el ser ingrato es, porque no se contentan con el tiempo que les fué señalado. Si te pones a contar los días, te parecerán pocos. Considera que el sumo bien no consiste en el tiempo, sea el que fuere; da gracias por él. No consiste la felicidad en que se te dilate el día de la muerte, porque aunque la dilación hace que la vida sea más larga, no hace que sea más dichosa. ¿Cuánto más acertado será mostrándote agradecido a los entretenimientos de que has gozado, no contar los años de los otros, sino haciendo agradable estimación de los tuyos, ponerlos entre las ganancias? Y decir: Dios me juzgó digno del tiempo que me dió, y esto me basta; y aunque pudo darme más, el que me dió fué beneficio suyo, no mérito mío.»

Seamos, pues, agradecidos a los dioses, seamos agradecidos a los hombres, seamos agradecidos a los que nos acorren con alguna cosa; y asimismo lo seamos con los que dieren algo a los nuestros.

## CAPÍTULO XVIII

Me dirás que el decirte que has de ser agradecido a los que hacen alguna buena obra a los tuyos, es proceder en

infinito, y que es justo poner en ello algún límite. Dices también que el que hace beneficio a un hijo, le hace a su padre, y que así deseas saber lo primero desde dónde hasta dónde ha de llegar esta obligación.

Después de esto, deseas saber que te diga si el que hace un beneficio obliga con él al hermano, al tío, al abuelo, a la mujer y al suegro de quien lo recibe; y asimismo deseas saber en dónde termina esta obligación y hasta qué grado se ha de ir siguiendo la parentela. Dices también que si cuando tú me cultivas mi heredad, apagas el fuego que abrasaba mi casa y cuando amenazaba ruina le pones apoyos para que no caiga, y cuando guardas a mi esclavo me haces beneficios, ¿por qué no lo ha de ser el haber libertado a mi hijo?

## CAPÍTULO XIX

Los ejemplos que pones son antitéticos, porque el que cultiva mi heredad, no le hace a ella el beneficio, me le hace a mí; y el que pone puntales a mi casa para que no se caiga, a mí me hace la buena obra, porque la casa como incapaz de sentido lo es de beneficio. El que hace estas obras, a mí, y no a otro, hace deudor; que el que cultivó mi heredad, a mí, y no a ella, tuvo intención de obligar; lo mismo digo de mi esclavo, que es posesión mía, y para mí se guardó. Mi hijo es capaz de beneficio, y así es el que le recibe y a quien se alegra de que él lo reciba; y aunque me toca no me obliga. Con todo eso quiero, pues tienes por opinión que no quedas obligado, me respondas a este argumento. La buena salud, la felicidad y la riqueza del hijo tocan de cerca al padre que, con vivirle el hijo, ha de ser más dichoso; y en faltarle, más desdichado.

Cómo, pues, se compagina el decir que aquel a quien yo hago más dichoso librándolo del peligro de una grande infelicidad, no recibe beneficio; y digo que no lo recibe porque hay algunas cosas que, dándose a unos, llegan a otros o a nosotros mismos. Pero la paga de ellas sólo se ha de pedir a aquel a quien se dieron, como el dinero prestado se pide al que se prestó, aunque por algún camino haya venido a nuestras manos. No hay beneficio

alguno cuya comodidad no alcance a los cercanos del que le recibe, y tal vez al que le están muy lejos. No se considera la parte adonde la transfirere el que la recibió, sino en quien la colocó primero.

Del primer obligado se debe repetir. Ruégote me respondas cómo puede ser esto. ¿Tú no me confiesas que te di a tu hijo, y que si él te hubiera faltado te hubiera faltado la vida? ¿Y tras eso dices que no me eres deudor, habiéndote yo dado la vida de aquel cuya salud prefieres a la tuya? Cuando yo libré a tu hijo, ¿no te arrodillaste a mis pies, no hiciste voto a los dioses como si tú mismo hubieras sido librado de la muerte? ¿No me dijiste estas razones?: «Lo mismo te debo que si me hubieras librado a mí. A dos libraste, y a mí más que a mi hijo.» ¿Cómo, pues, dices esto, si en librar yo a tu hijo no recibes beneficio?

Porque también si mi hijo sacare algún dinero prestado, lo pagaré yo; pero no será por ser yo el deudor. Yo confieso que te estoy obligado por mi hijo, no porque, en efecto, lo soy, sino porque tengo gusto de ofrecerme por deudor voluntario. Me dirás que de la libertad de mi hijo recibí sumo deleite y suma utilidad, y que me libré de la gravísima herida que me causara su muerte. Ahora no tratamos de la utilidad que recibí, sino si fué beneficio, porque también los animales brutos, las piedras y las plantas nos causan provecho, y no por eso nos dan beneficios, porque no los pueden dar sino aquellos en los cuales hubo voluntad de darlos.

Tu intento no fué dar este beneficio al padre, sino al hijo; y tal vez no conociste al padre. Cuando me dijeres que cómo puede ser que no hayas hecho beneficio al padre en librarle su hijo, te responderé que cómo pudiste hacer beneficio a quien no conocías y de quien no te acordabas. Y aun tal vez sucederá que, aborreciendo al padre, libres de la muerte al hijo. En tal caso, ¿dirás, por ventura, que cuando libraste a su hijo hiciste beneficio al que entrañablemente aborreces? Pero para responderte como jurisconsulto, dejando controversias diagonales, digo que se debe atender a la intención del que da el beneficio, porque sólo se da a aquel a quien se tuvo voluntad

de dar. De modo que si se dió por respeto del padre, él será el que recibió el beneficio; y así la obligación en que queda no es por beneficio conferido en el hijo, sino por el que a él se le hizo; y si por el que se hizo al hijo quisiere hacer alguna recompensa, la hará, no como obligado, sino por dar principio a la que debe hacer su hijo.

No se puede, en justicia, pedir al padre la gratificación de los beneficios que recibió el hijo; pero si él la hiciere, se llamará cortesía y no agradecimiento. El decir que cuando se hace un beneficio a un padre se hace también a la madre, al abuelo, al tío, a los hijos, a los deudos, a los amigos, a los esclavos y a la patria, es proceder en infinito. ¿Dime adónde ha de parar este beneficio? Es un montón que nunca acaba de llenarse, que va creciendo poco a poco, sin podérsele jamás hallar el fin, por lo cual suélese originar la duda siguiente. Hay dos hermanos que andan muy encontrados. Libro yo de la muerte a uno. Entonces pregúntase si obligo al otro, que ha de llevar muy mal que no haya perecido su hermano.

No se puede dudar que lo que a una persona es de provecho, aunque se le dé contra su voluntad, se le debe llamar beneficio, de igual manera que decimos que lo que uno hace contra su voluntad, aunque sea provechoso, no es beneficio.

## CAPÍTULO XX

Dices que cómo llamo beneficio a aquello con lo cual se ofende y se atormenta el que lo recibe. Hay muchos beneficios que tienen áspera y triste la apariencia, como lo es el cortar o dar cauterio de fuego a un miembro, y el atar al enfermo para darle salud. No hemos de atender a si una persona se siente del beneficio que se le hace, sino a si tiene obligación de alegrarse con él.

No es malo el dinero, y tal vez el hombre bárbaro, que no conoce el cuño público, lo arroja: así algunos aborrecen el beneficio que reciben; pero si lo que se les dió les fué de provecho, y el que lo dió tuvo ánimo de aprovechar, no importa que el que recibió la cosa que le fué útil lo haya recibido de mala gana. Ven acá, pongamos el caso al contrario. Aborrece uno a su hermano, siendo

conveniente el tenerle. Se lo maté yo. Esto no será beneficio, aunque el hermano lo tenga por tal y se alegre de él, porque aquel a quien se dan gracias por la injuria ofende cautelosamente.

Ya he comprendido lo que me dices, que es que las cosas que aprovechan son beneficio, y no lo son las que dañan. Pues atiende y verás que yo doy alguna cosa que ni daña ni aprovecha, y con todo es beneficio. Hallé muerto en un desierto al padre de uno; dile sepultura. En esto no hice cosa que fuese útil al hijo, porque de esto, ¿qué comodidad se le siguió? Diré lo que en esto consiguió, que fué el hacer por su mano el oficio necesario y debido a su padre, a quien yo di lo que él hubiera querido darle y lo que debía darle; y esta acción se debe llamar beneficio, si no es que la hice movido solamente de misercordia y humanidad, como lo hiciste con otro cualquiera no conocido cadáver. Pero si la hice conociendo el cuerpo del difunto y puse la mira en hacer amistad al hijo, no hay duda de que le hice beneficio; mas si lo sepulté como cuerpo no conocido, a ninguno hice deudor de la buena obra, habiendo sido humano en general.

Alguno me dirá: «¿Para qué investigas con tanto cuidado a quién hiciste el beneficio, como si lo hubieras de recuperar alguna vez?» Hay algunos que tienen por opinión que el beneficio nunca se ha de volver a pedir, y fundándolo en este argumento. El hombre ruin y malo no pagará el beneficio aunque se le pidan; el bueno no esperará a que se le pidan. Además de esto, si tú hiciste una buena obra a un hombre de bien, espérale; porque si le citas, le haces injuria juzgando de él que no tenía intento de pagarte voluntariamente. Si hiciste la buena obra a un hombre malo, súfrele su ingratitud, porque no destruyas el beneficio convirtiéndolo en empréstito.

Además de esto, lo que la ley no manda que se vuelva a pedir, prohibe que se pida. Mis razones son éstas: mientras que no hubiere cosa que me apriete y mientras la fortuna no me forzare, me resolveré antes a pedir beneficios que a repetir los que yo hice; pero cuando se tratare de la salud de mis hijos, cuando llegare a estar

en peligro mi mujer, cuando la salud y libertad de mi patria me enviaren a la parte adonde aun no tengo inclinación, mandaré a mi vergüenza que pierda el empacho; y protestaré que he hecho todo lo posible para no llegar a valerme de los socorros de un hombre ingrato y, finalmente, la necesidad que tendré de recibir beneficios vencerá a la vergüenza que me causará el pedir los que yo hice, porque cuando doy un beneficio a un varón bueno lo doy con intención de no volver a pedirlo sino en caso de apretada necesidad.

CAPÍTULO XXI

Has dicho que con no permitir la ley una cosa, la veda. Y yo digo que hay muchas en que ni hay ley ni se da acción; pero la costumbre de los hombres, que es más fuerte que todas las leyes, da entrada a ellas. No hay ley que permita descubrir el secreto de los amigos. Ninguna hay que mande guardar la fe aun a los enemigos. ¿Qué ley nos obliga a cumplir lo que prometimos? Y, con todo eso, me quejaré de quien descubrió mi secreto, y me indignaré contra el que no me guardó la fe prometida.

Me replicas diciendo que hago empréstito lo que era beneficio. No hago tal, porque yo no pido el beneficio que hice: pido su recompensa; y aun ésta no pido, pues sólo hago recuerdo de ella. Ni había necesidad, por apretada que sea, que me obligue a ir a la casa de aquel con quien, para sacarle algo, sea necesario luchar mucho tiempo. Al ingrato, a quien no basta amonestarlo, lo dejaré, juzgando que aun no es merecedor de que le fuercen a que sea agradecido.

De modo que el acreedor deja de poner demanda a algunos deudores de quienes sabe han desperdiciado las haciendas, sin que les haya quedado aún el caudal de la vergüenza que poder perder; así yo dejaré a los que con publicidad y pertinacia fueren conocidos por ingratos, y no pediré recompensa de los beneficios sino a aquellos de quienes sin violencia los hubiere de recobrar.

CAPÍTULO XXII

Muchos hombres hay que ni saben negar los beneficios

recibidos ni saben gratificarlos. Estos tales ni son tan buenos como los agradecidos ni tan malos como los ingratos. Son tardíos y perezosos, y aunque son espaciosos deudores, no son de todo punto malos. Yo no pondré demanda a éstos, pero los amonestaré y, viéndolos divertidos, los reduciré a su obligación, y ellos me responderán: «Perdonadme, por Dios, que no entendí deseabais esto; que si lo hubiera sabido, os lo hubiera dado voluntariamente. Ruégoos que no me tengáis por ingrato pues tengo memoria de lo que hicisteis por mí.»

¿Por qué, pues, yo he de recelar el procurar que éstos vengan a ser mejores para sí y para mí? A todos los que yo pudiere estorbaré el pecar, y mucho más a los que fueren mis amigos, y con particularidad si el pecado hubiere de ser contra mí. Al que no consiento que sea ingrato, le hago nuevo beneficio. A éste no le zaheriré con aspereza lo que di antes; con la mayor blandura que pudiere le renovaré la memoria y le pediré el beneficio dándole lugar a que sea agradecido, con lo cual entenderá que espero de él la recompensa. Tal vez usaré de más ásperas palabras si tuviere esperanza de que podré con ellas enmendarle, porque al que ya estuviere desahuciado de cura, no le acosaré más, por no hacerle ingrato enemigo.

Pero si de todo punto perdonamos a los ingratos la advertencia de su ingratitud, haremos que sean más perversos en gratificar los beneficios. Otros hombres hay más aptos para recobrar la salud, y que pueden venir a ser buenos teniendo alguna cosa que les remuerda la conciencia. ¿Cómo, pues, hemos de consentir que éstos perezcan por falta de amonestación? Con ésta, algunas veces corrigen los padres a los hijos, y los maridos reducen a las mujeres distraídas, y los amigos alientan la tibia fe de sus amigos.

## CAPÍTULO XXIII

Como hay unos hombres que para que despierten no es necesario herirlos, bastando amonestarlos, así en algunos no ha faltado la fe de gratificar; si bien la tienen resfriada, conviene alentársela, sin querer que nuestra dá-

diva se le convierta en injuria, y seríalo el no pedirle algo a fin de que se haga ingrato. Este tal dirá: «¿Qué culpa tengo en no darte lo que deseas, si lo ignoro; y si distraído con muchas ocupaciones y embarazado en otros negocios, se me pasó la ocasión de serte agradecido? Dime lo que puedo hacer por ti y lo que quieres que yo haga. ¿Por qué antes de hacerme notoria tu voluntad, desconfías de la mía? ¿Por qué te das prisa a destruir el beneficio y perder el amigo? ¿En qué has conocido si es ignorar tu deseo o no querer ejecutarlo? ¿De dónde te consta que es la voluntad, y no la posibilidad, la que me falta? Haz primero experiencia.»

Según esto, convendrá amonestarle, y no con acedía, ni en público, ni afrentándole, sino de tal modo que juzgue el que recuperó su memoria, y que no fué necesario que yo se la despertase.

## CAPÍTULO XXIV

Un soldado viejo de los ejércitos de Julio César tenía delante de él un pleito con sus vecinos, y tratábale con alguna más eficacia de lo que convenía; y, hallándose apretado en ella, dijo a César: «¿Te acuerdas, Emperador, que estando en España se torció el tobillo junto a Suerón?» (189). Habiendo respondido César que se acordaba, el soldado prosiguió diciendo: «¿Te acuerdas que queriéndote sentar debajo de un árbol, que tenía poquísima sombra, siendo abrasador el sol y el lugar asperísimo, de cuyas agudísimas y peladas peñas había salido sólo aquel árbol, y que uno de tus soldados tendió en el suelo su capa?»

Y habiéndole respondido César: «¿Por qué quieres que no me acuerde de ello? Y más me acuerdo que, estando fatigado de la sed y hallándome impedido para poder llegar a una fuente que estaba cerca, hubiera ido arrastrando si aquel fuerte y valeroso soldado no me hubiera traído el agua en su propio morrión.»

Replicóle el soldado: «¿Podrás, acaso, ¡oh César!, conocer aquel hombre y aquel morrión?»

Respondióle César que no podría conocer el morrión, pero que muy bien conocería al hombre; y pienso que,

enfadándose de que con cuentos antiguos le distraía en la determinación del pleito presente, le dijo: «Por lo menos, ¡no eres tú!»

«Con razón—replicó el soldado—no me conoces, ¡oh César!, porque cuando pasó lo que te he dicho estaba yo sano y entero; después, en la batalla de Munda, me sacaron un ojo y me desquiciaron los huesos de la cabeza; y tampoco conocerás aquel morrión, aunque le veas, porque está partido por medio con una partesana (190) española.»

Mandó César que se diera por concluso el pleito, dando al soldado unas heredades cercanas al camino que había sido ocasión de los encuentros y del pleito.

## CAPÍTULO XXV

¿No había, pues, de poder pedir este soldado la recompensa del beneficio a un emperador cuya memoria estaba confusa con la muchedumbre de negocios? ¿A un príncipe, a quien la grandeza de su fortuna y el cuidado de disponer los ejércitos no le daban lugar para acordarse de cada soldado? Esto no fué volver a pedir el beneficio, sino volver a sacarlo del buen lugar donde le había puesto en depósito, siendo necesario para tomarlo alargar las manos. Así que, en semejantes ocasiones, no dudaré de pedir la recompensa, porque o lo haré obligado de mi necesidad o por causa del mismo a quien lo pido.

Diciendo uno a Tiberio César en los principios de su imperio: «¿Te acuerdas?», y antes de que pasase adelante, descubriendo otras particularidades de su amistad, le respondió Tiberio: «No me acuerdo de lo que fué.»

A tal hombre como éste no sólo no se ha de pedir recompensa de los beneficios, antes se ha de pretender que los olvide. Tenía particular aversión a la memoria de todos los que le habían sido amigos y compañeros; y sólo quería se pusiese la vista en su presente fortuna; y que de sólo ella se hablase y se pensase; y para este efecto tenía por espía a uno de sus antiguos amigos.

Débese observar con mayor cuidado la sazón para pedir recompensa de los beneficios que para impetrar otros de nuevo. Es necesario moderación en las palabras, pero

de tal modo que el ingrato no pueda darse por desentendido, si nuestra vida fuese entre hombres sabios, y advertidos podríamos esperar con silencio; y aun con éstos tengo por demás acertado darles algunos indicios de lo que pide el estado en que nos hallamos.

A los dioses, a cuya noticia no se esconde cosa alguna, representamos también nuestros ruegos; y aunque éstos no les necesitan, sirven para significarles nuestros deseos. Aquel sacerdote Crisis que introduce Homero alega a los dioses para que le sean propicios, y le den lo que pide, que tuvo sus altares adornados curiosa y devotamente. El querer y poder ser advertido es la segunda virtud, y el ánimo del hombre se ha de gobernar a esta y a aquella parte con los frenos suavemente manejados (191), siendo pocos los que alcanzan a ser buenos gobernadores de sí mismos; y a éstos estarán cercanos aquellos que, siendo amonestados, volvieren al verdadero camino, y por esto no conviene quitarle la guía. Cuando los ojos están cerrados, falta en ellos el uso de la vista, pero no falta la vista; y a ella nos despierta la luz que los dioses nos envían, para que volvamos a nuestras ocupaciones (192).

Los instrumentos cesan de obrar mientras el artífice no los mueve para sus ministerios; así en los ánimos, aunque tal vez tenga asiento la buena voluntad, está adormecida ya con los deleites, ya con los puestos y ya por ignorar las obligaciones. Debemos, pues, hacer que la buena voluntad se reduzca a ser útil, sin que, por mostrarnos enojados, la dejemos perseverar en su culpa. Antes bien, como maestros de niños que aprenden, hemos de sufrir con paciencia los olvidos de su flaca memoria; y lo mismo que ésta se suele reducir al contexto de la oración, con sólo recordar una o dos palabras, de igual manera se ha de reducir a que sea agradecida con hacérsele alguna amonestación.

# LIBRO SEXTO

## CAPÍTULO PRIMERO

Hay algunas cosas, ¡oh Liberal, el mejor de los hombres!, que se preguntan solamente para ejercitar el ingenio, y éstas caen siempre fuera de aquello que es necesario para la vida. Otras hay que dan deleite mientras se preguntan, y son provechosas después de preguntadas. De todas te daré noticia. Tú podrás mandar como te pareciere, o que se expliquen de todo punto, o que para sola ostentación hagan presencia; y aun si a éstas les ordenares que se vayan luego, se sacará algún provecho, porque aun le hay en tener noticia de muchas cosas no necesarias. Yo estaré pendiente de tu rostro y, en conformidad con lo que en él viere, me detendré en unas más tiempo y otras las desecharé, haciéndolas señas con la cabeza para que se vayan (193).

## CAPÍTULO II

Suélese preguntar si se puede quitar el beneficio. Algunos dicen que no, porque el beneficio no es cosa, sino acción; y al modo que es distinto lo que se da de la donación, y lo es el navegante de la navegación, y el enfermo de la enfermedad, aunque sin ella no puede haber enfermo. Así tampoco es una misma cosa el beneficio y lo que mediante él se nos da. El beneficio es incorpóreo, y así no puede deshacerse; si bien su materia puede mudarse de esta a aquella parte, trocando diferente dueño. Podrás tú quitar lo que diste, pero la naturaleza de las cosas no podrá hacer que no haya sido dado lo que se dió; y así podrá interrumpir sus beneficios, pero no revocarlos. El que se muere, vivió; y el que perdió los ojos, tuvo vista; bien se podrá hacer que las cosas que vinieron a nuestro poder no estén en él, pero no se podrá hacer que no hayan venido.

Una de las más ciertas partes del beneficio es haber sido. Muchas veces se nos prohibe el largo uso del beneficio, pero no se quita el beneficio. Aunque la naturaleza

junte todas sus fuerzas, no le será posible volver atrás: podrá quitársele la casa, el dinero y el esclavo y todo aquello que cayó debajo del nombre beneficio, pero el beneficio siempre quedará estable e inmóvil, sin que fuerza alguna pueda hacer que este individuo no haya dado y aquel otro no haya recibido.

CAPÍTULO III

Paréceme egregio dicho el que de Marco Antonio refiere el poeta Rabirio, quien viendo que su fortuna se eclipsaba y que ya no disponía más que de la potestad de matarse, y que aun ésta le habría de faltar, si no la ejecutaba prontamente, comenzó a exclamar diciendo: «Sólo tengo lo que di» (194).

¡Oh, si hubiera querido, cómo hubiera sido mucho lo que pudo tener! Estas son las sólidas riquezas, que estarán permanentes en un lugar siempre que hubiere mudanza en la humana suerte, y por muy grandes que sean estarán menos sujetas a la envidia. ¿Para qué eres, pues, tan escaso de lo que tienes, guardándolo como si fuera tuyo? Advierte que eres administrador y no dueño de ello. Todas estas cosas que os tienen hinchados y soberbios más de lo que conviene al ser de hombres, os hacen olvidar de vuestra fragilidad. Así son las riquezas que, prevenidos de armas, guardáis en arcas de hierro, y habiendo sido robadas con ajena sangre, las defendéis con la vuestra.

Aquellas por causa de las cuales preparáis armadas, que han de ensangrentar los mares; aquellas por quienes batís las ciudades, sin saber las armas que contra quienes las baten tiene prevenidas la fortuna, y, finalmente, aquellas por las cuales, rotos tantas veces los vínculos de la amistad, del parentesco y de la compañía, se ha encontrado la redondez del mundo movida de dos competidores. Sabed que no son vuestras, pues sólo las tenéis en depósito, estando muy cerca de pasar a otro dueño, o las acometerá el enemigo, o vuestro sucesor, que tendrá enemigo el ánimo.

Si me preguntares qué medio tendrás para que sean tuyas, te responderé que dándolas (195). Asegura, pues,

tus cosas y prepara una inexpugnable y cierta posesión de ellas, haciéndolas con esto, no sólo mejores, sino más seguras. Todo eso en que pones los ojos, juzgándote con ello rico y poderoso, está comprendido debajo de humildes y abatidos nombres. Llámanse *casas, esclavos* y *dineros*; pero cuando das estas cosas, adquieren el ilustre nombre de beneficios.

## CAPÍTULO IV

Confiesas que tal vez dejamos de deber el beneficio a la persona de quien lo hemos recibido, según esto, si lo volvió a quitar. Hay muchas cosas por las cuales dejamos de ser deudores de los beneficios, no porque nos los quitaron, sino porque los destruyeron. Defendióme uno, estando yo acusado de un delito, pero este mismo forzó a mi mujer, no me quitó el beneficio; pero oponiéndole igual injuria (196), me sacó de la deuda; y aunque por haber sido mayor el agravio de lo que fué el provecho, no sólo se extinguió el beneficio, sino que aún me queda libertad de quejarme y vengarme, porque la injuria sobrepujó al beneficio; y así no se quita éste, pero véncese.

¿No vemos que hay algunos padres tan ásperos y malignos, que permiten el derecho y la razón de que sus hijos se aparten y huyan de ellos? ¿Quitaron, por ventura, aquéllos lo que habían dado? No, por cierto; pero la impiedad que después tuvieron canceló la escritura de las primeras obligaciones. En esto no se quitó el beneficio, sino la gratificación que se le debía; y lo que en esto se hizo, no es que yo no tenga beneficio, sino la gratificación que se le debía; y lo que en esto se hizo, no es que yo tenga el beneficio, sino que no lo deba. Si uno me hubiese prestado algunos dineros, y después pusiese fuego a mi casa, queda recompensado el empréstito con el daño; y aunque no lo pagué, no le soy deudor. De esta misma manera el que me hizo alguna buena obra con benignidad y liberalidad, y después me hizo muchos agravios con soberbia, afrenta y crueldad, púsome en estado que de tal manera quedo libre, como si

de él no hubiera recibido cosa alguna, siendo él mismo quien quitó el valor a sus beneficios.

El que holló y pisó los panes (197), y cortó los árboles de la heredad que tenía dada en arrendamiento, no podrá ejecutar al rentero; y esto no es por no haber recibido la renta concertada, sino porque él fué causa de que no se le pudiese pagar. Muchas veces viene el acreedor a ser condenado, como es cuando por otra vía cobró más de lo que suponía el crédito. El juez que se sienta a sentenciar la causa entre el acreedor y el deudor, no es sólo para decir al deudor: «Tú recibiste tanta cantidad prestada», sino también para decir al acreedor: «Tú le hurtaste su ganado; tú le mataste un esclavo; tú le tienes usurpada una heredad que no compraste. Y así, aunque te presentas ante mí como acreedor, ajustadas las cuentas, de hecho te tornas en deudor.» Porque también hay libro de caja entre los beneficios y las injurias: asimismo permanece muchas veces el beneficio, sin que la deuda quede, como es cuando el que le dió se arrepiente y se juzga por desgraciado en haberlo hecho.

Si suspiró cuando lo daba, si arrugó la frente al fruncir el entrecejo, a este tal, desde el punto que hizo el beneficio, júzgasele que lo perdía. Lo mismo es si cuando lo dió reconcentró toda su atención en su interés y no en mi utilidad. Si me lo zahirió muchas veces, sin cesar de alabarse y jactarse de ello, haciendo que su dádiva se convirtiese para mí en amargura. En estos casos queda en pie el beneficio, pero no queda la obligación de recompensarle. De igual modo que algunas deudas, aunque sean debidas, no se piden hasta que se declare el derecho del acreedor.

## CAPÍTULO V

Me hiciste una buena obra y después una injuria. Débese gratificación al beneficio y venganza a la injuria. Y, así, ni yo te debo el agradecimiento ni tú me debes la pena, porque entrambos quedamos absueltos. Cuando decimos que hemos vuelto el beneficio, no queremos decir que volvimos a dar lo mismo que habíamos recibido, sino otra cosa por ello; porque el dar una cosa por otra es

lo mismo que el volverla; pues la paga legítima no consiste en que se vuelva lo mismo, sino la misma cantidad. Y así es cuando pagamos en escudos de oro lo que recibimos en reales de plata, y aun cuando no intervino dinero, sino libranza o cesión de alguna deuda, decimos que fué paga legítima.

Paréceme que me dices que pierdo el trabajo, porque ¿qué utilidad tiene el saber si permanece el beneficio que no se debe y que estas impertinentes agudezas son propias de los jurisconsultos? Estos dicen que no se puede adquirir dominio y *usu capion* (:98) en la herencia, si bien se puede adquirir los bienes en que consiste la herencia, como si ésta fuera cosa distinta de las cosas en que ella consiste.

Lo que quiero me distingas es más importante. Un hombre me hizo una buena obra y después me hizo una injuria; ¿pregunto si tengo obligación a pagarle el beneficio y después vengarme de la injuria, como si fueran dos distintas obligaciones?, ¿o si será necesario que cada uno satisfaga al otro, sin que con la injuria quede cancelada la obligación del beneficio y con el beneficio quede borrada la memoria de la injuria? Porque lo que yo veo es que esto se usa en los Tribunales; ved vosotros lo que en vuestras Escuelas se practica. Las acciones se proponen separadas, y, al tenor de lo que pedimos, somos reconvenidos. No se confunde la acción cuando el que depositó en mí una cantidad de dinero me hizo después un hurto, porque yo le pondré la demanda del hurto y él me la pondrá del depósito (199).

## CAPÍTULO VI

Los ejemplos que has propuesto, ¡oh Liberal mío!, están debajo de las leyes ciertas, siendo forzoso seguirlas, y, para que unas no se confundan con otras, va cada una por su diferente camino. El depósito tiene su propia acción, y asimismo la tiene el hurto; pero el beneficio a ninguna ley está sujeto. Yo mismo soy el juez árbitro de él, y tengo autoridad para hacer aprecio de la buena obra y de la injuria que se me hizo, y yo he de pronunciar

sentencia declarando si es más lo que se me debe o lo que yo debo.

En aquellos ejemplos no hay cosa que dependa de nuestra voluntad, forzoso es el ir adonde las leyes nos llevan. En el beneficio toda la potestad es mía; yo soy quien le juzgo, no lo separo a diferentes tribunales, antes remito a un mismo juez los beneficios y las injurias; porque lo contrario sería mandarme que a un mismo tiempo amase y aborreciese a una misma persona, que me quejase de él y le diese gracias, que esto, naturalmente, tiene incompatibilidad; antes, haciendo comparación del beneficio y de la injuria, examinaré si se me debe algo de más a más. De igual modo que si alguna persona escribiese algunos renglones sobre los que están ya escritos, cubriría, pero no quitaría los primeros caracteres; así la injuria que sobreviene al beneficio no le permite que se descubra.

## CAPÍTULO VII

Paréceme que tu semblante, a cuya voluntad dije me entregaba, encoge la frente haciendo arrugas (200) en ella, por ver que me alargo más lejos; y juzgo que me dices:

«¿Adónde vas, ¡oh nave!, tan ligera?;
vuélvete al puerto y ama la ribera» (201).

No puedo más; y así, pues juzgas que he satisfecho en esta parte, pasemos a ver si debemos alguna recompensa al que, sin tener voluntad, nos hizo algún beneficio. Bien pudiera proponer esta duda con más claridad; pero he querido que la proposición sea confusa para que la distinción que se sigue muestre que en ella se preguntan dos cosas, que son: si debemos algo al que nos fué provechoso sin quererlo ser, y al que lo fué sin saber que lo era; porque el decir que no nos obliga el que siendo forzado nos hizo bien, es de suyo tan manifiesto que se puede excusar el gastar palabras en probarlo. Esta cuestión está resuelta fácilmente, y lo mismo diremos en cualquier otra que sea semejante, si pusiéramos el pensamiento en que no puede llamarse beneficio aquel al

que no precedió intención de quien le dió, y sin que esta intención haya sido amigable y con gana de hacer bien.

No damos gracias a los ríos por ser capaces para embarcaciones de alto bordo ni porque corriendo por ancha y continuada madre son propios para portear por ellos nuestras haciendas, ni porque pasan con abundancia de pescados por entre amenos campos; ni tampoco hay alguno que se juzgue deudor de beneficio al Nilo por su inundación, ni le tenga aborrecimiento por haberse extendido y detenido con demasía. El viento, aunque sople suave y próspero, no da beneficio ni le da el manjar útil y saludable, porque para que uno me haga beneficio no basta que me aproveche, sino que también es necesario haya tenido voluntad de aprovechar. Y por esta razón no se debe agradecimiento a los animales brutos, aunque la velocidad de los caballos ha sacado a muchos de grandes peligros. Tampoco debemos cosa alguna a los árboles, no obstante que muchas veces la opaca sombra de sus ramas nos defiende y preserva del rigor canicular cuando llegamos fatigados del calor.

Entonces, ¿qué diferencia hay del que no sabe que aprovecha al que no pudo saberlo, pues al uno y al otro les faltó voluntad? ¿Y qué diferencia hay de que tú juzgues debo reconocimiento a la nave, al coche y a la lanza que me fueron de provecho, o que le deba al que no tuvo intento de hacerme beneficio, aunque casualmente me lo hizo?

## CAPÍTULO VIII

Bien puede alguno recibir beneficio sin saberlo; pero no es beneficio el que se recibe del que ignora que lo hace. Lo mismo que a muchos da salud un caso fortuito, y no por eso se cuenta como medicamento, como si por haber caído en un río en tiempo invernal se quitase la indisposición; y como al que por haberle azotado se le quitó la cuartana; y como cuando distrayéndose el ánimo con algún repentino miedo puso en olvido las horas que le angustiaban. En realidad, ninguna de estas cosas son saludables, aunque proporcionaron la salud.

De igual modo hay algunos que sin tener voluntad,

y aun contra su voluntad, nos causan provecho, y no por eso les debemos el beneficio. ¿Qué diremos de éstos si la fortuna torció a bien sus malos intentos? ¿Juzgarás, por ventura, que debo yo algo al que queriendo poner en mí sus manos, mató a mi enemigo, y si no hubiera errado el golpe me hubiera muerto a mí? Muchas veces un testigo que se confabula conocidamente, quita la fe a los verdaderos, obligando con ello a que se tenga compasión del reo, juzgándose que está éste injustamente perseguido de la parcialidad contraria, que a muchos ha librado la misma gran potencia que los oprimía; porque si bien por los méritos de la causa los debieron condenar los jueces, no lo hicieron para que no se creyese lo hacían por contemporizar con el favor de sus contrarios (202).

Todos estos, aunque aprovecharon, no hicieron beneficio, porque no se mira adónde paró la saeta, sino adónde se encaminaba. Lo que hace diferenciar al beneficio de la injuria no es el suceso, sino el ánimo. Cuando mi contrario varía en su querella, y cuando con soberbia ofende al juez, o cuando con temeridad despide algunos de sus testigos, aunque mejora mi causa, no le agradezco que su error me haya sido provechoso, porque me consta que su intento fué hacerme daño.

## CAPÍTULO IX

Cosa cierta es que, para ser yo agradecido, he de tener intención de obrar aquello mismo que tuvo obligación a querer el que me dió el beneficio, porque ¿cuál cosa puede ser más inicua que un hombre que concibiese odio contra el que en alguna gran apretura de gente le pisó, le ensució o le empujó sin querer? Dime ya que en el hecho hubo injuria; ¿qué le exime de la queja sino el no haberlo hecho de industria? Pues la misma razón hace que ni éste haya hecho beneficio ni el otro haya hecho injuria, porque la voluntad es la que hace amigos o enemigos.

¿A cuántos ha excusado una enfermedad de ir a la guerra? ¿A cuántos ha librado el ser oprimidos en la ruina de sus casas, el haberlos tenido su contrario arres-

tados en algún pleito? ¿A cuántos ha sido ocasión el naufragio de que no hubiesen caído en manos de corsarios? (203). Y con todo eso, no debemos a estas cosas beneficio alguno, porque el suceso casual carece del conocimiento de la buena obra que tal vez acarrea.

Tampoco debemos cosa alguna al enemigo que, con vejarnos y detenernos en pleitos, nos hizo prácticos en ellos, porque no se debe llamar beneficio sino el que se origina de la voluntad, conociendo a quien se hace. Hízome alguna persona una buena obra ignorando que me la hacía, no le debo cosa alguna. Hízome bien, queriendo hacerme mal, le imitaré en la paga.

## CAPÍTULO X

Volvamos a lo primero. Dices que para que yo gratifique es necesario que haga algo de mi parte, no habiendo hecho cosa alguna de la suya el que me hizo beneficio sin quererlo hacer. Y, pasando a lo segundo, quieres que yo sea agradecido pagando con voluntad lo que recibí del que dió sin ella. Y no sé para qué he de hablar del tercer punto, que es cuando queriendo uno hacerme injuria me hizo beneficio.

Para que yo te deba una buena obra, no basta que hayas tenido voluntad de hacérmela; pero para no debértela, basta que hayas tenido intención de no hacérmela, porque la voluntad desnuda de obras no hace beneficio, pero como aquello que por falta de posibilidad, aunque haya voluntad, dejará de ser beneficio. Dejará asimismo de serlo, si a la posibilidad no precediere voluntad: porque es menester para que yo te sea deudor que me dieras alguna utilidad y que lo haya hecho así teniendo intención.

## CAPÍTULO XI

Cleantes pone un ejemplo. Envié a dos criados a buscar y llamar a Platón, en las escuelas. El uno de ellos miró con cuidado todas las aulas y recorrió todos los demás lugares donde tuvo esperanza de hallarle. Volvió a casa con mucho cansancio y poca satisfacción por no haberle hallado. El otro esclavo, que empezó por haberse

puesto a escuchar embobado a un charlatán (204), y paseándose y entreteniéndose con otros pajes, sin haber hecho diligencia alguna para buscar a Platón, le encontró. La alabanza se debe al criado que, en cuanto pudo, hizo lo que se le mandó, y reprenderemos al otro que, poltronamente, fué dichoso.

La voluntad es la que entre nosotros da estimación a la obra, y de este modo, para ponerme en obligación, has de atender a esta calidad. Poco importa que uno haya tenido voluntad de hacer algún beneficio si no lo hace. Suponte que uno tuvo intento de darme una cosa y no me la dió; de este tal tengo el ánimo, pero no el beneficio: porque para serlo ha de constar de ánimo y de cosa. Lo mismo que no tengo deuda alguna con el que tuvo intento de prestarme dinero y no me lo prestó, así al que tuvo intención de hacerme alguna buena obra y no me la hizo, le seré amigo, pero no deudor; y tendré voluntad de darle algo en recompensa de la que él tuvo de darme. Pero si sucediendo yo en mejor fortuna le diere algo, lo que le diere será beneficio y no gratificación, y él quedará con obligación de gratificarme, pues fuí yo el que di principio a las dádivas.

## CAPÍTULO XII

Ya entiendo lo que quieres preguntarme y no tienes que decírmelo, pues me lo revela tu fisonomía. Lo que preguntas es si debemos recompensa a quien por su propio interés nos hizo algún bien (205). Muchas veces te he oído dar quejas diciendo que de muchas cosas que los hombres se dan a sí mismos hacen cargo a otros.

Yo te responderé, ¡Liberal mío!; pero quiero primero dividir esta pregunta, apartando lo justo de lo injusto, porque es mucha la diferencia que hay en que uno nos haga un beneficio por su propia causa a que lo haga por la nuestra, o a que lo haga juntamente por la suya y la nuestra.

Hay quien pone toda la mira en su negocio y nos da algún provecho, porque no pudo por otro camino aprovechárselo para sí. Este, en mi opinión, es como el que alimenta bien a sus esclavos para poderlos vender me-

jor; y como el que engorda y almohaza (206) sus lucidos bueyes; y como el maestro de esgrima, que adorna y ejercita a sus gladiadores para venderlos; porque, como dice Cleantes, grande distancia y diferencia hay entre la negociación y el beneficio.

## CAPÍTULO XIII

Pero tras todo esto no soy de tan maligna condición que piense que no debo cosa alguna a quien junto con haber sido útil para mí lo fué también para sí. Porque yo no le pido que me ayude sin que atienda para sí; antes bien, deseo que la buena obra que me hace le sea también provechosa, con tal que cuando la hizo haya puesto la mira a entrambos, dividiéndola entre él y yo, y me haya admitido en su compañía, poniendo el pensamiento en los dos; pues aunque del beneficio le haya tocado a él la mayor parte, seré no sólo ingrato, sino injusto, por no tener alegría de que le haya sido provechoso lo que a mí me fué útil (207).

Suma malignidad es no llamar beneficio sino sólo a aquello que causa descomodidad a quien lo da. Así que por sólo su respeto me da el beneficio, corresponderé de diferente modo, diciéndole: «¿Por qué juzgas que me has aprovechado más a mí que yo a ti?» Pon por caso que yo no puedo llegar a ser oidor si no rescato primero diez ciudadanos de los muchos que están en esclavitud, ¿podrás decir que no me debes cosa alguna si te libro de las prisiones y saco de cautiverio?

A esto te responderé que en rescatarme hiciste algo por ti y algo por mí. El hacer el rescate lo hiciste por tu conveniencia; el elegir que fuese yo el rescatado fué por la mía, porque para que tú consiguieras tu pretensión te bastaba rescatar cualesquiera ciudadanos, y de este modo no te soy deudor de que me rescataras, sino de que me eligieras; pues con elegir a otro cualquiera podrías conseguir lo que con mi rescate conseguiste. Repartiste conmigo el fruto de esta acción, admitiéndome a la parte de este beneficio que ha de ser útil para entrambos.

Me preferiste a otros; esto lo hiciste todo por mi causa; y así, en caso de que la redención de diez cautivos

te hubiera de dar el magistrado, y no fuéramos más que diez los que estábamos en cautiverio, ninguno de nosotros te estuviera obligado, pues a ninguno podrás hacer cargo separado de tu propia utilidad; yo no he de ser justo intérprete del beneficio, ni quiero que sea para mí solamente, sino también para ti.

CAPÍTULO XIV

¿Qué dirías en el caso de que yo hubiese mandado echar en suertes vuestros nombres y hubiese salido el tuyo entre los que han de ser rescatados? Dime, ¿no me serías deudor de cosa alguna?

Sí te debería, pero muy poco, y confesaré lo que te debería. Algo es lo que por mí haces, pues me admites a las suertes del rescate, pero el haber salido mi nombre, lo debo a mi suerte, y el haberme puesto en aptitud de que pudiese salir, te lo debo a ti. Tú me diste la primera entrada a tu beneficio, cuya mayor parte debo a la fortuna; pero tras esto te debo a ti el haber podido deberlo a la fortuna.

De todo punto dejaré de hablar de aquellos cuyo beneficio es mercenario, porque éstos, cuando lo dan, no miran a quién lo dan, sino el precio por que lo dan; y este beneficio todo se convierte en utilidad de quien lo hace. Véndenme una cantidad de trigo sin el cual no pudiera yo vivir, no por eso le soy deudor de la vida, ni hago aprecio de la necesidad que tuve del trigo, sin el cual no pudiera vivir; sólo miro en que no se me dió de balde; pues no lo hubiera conseguido si no lo hubiera comprado; y el mercader, cuando lo trajo, no puso el pensamiento en el socorro que me había de hacer, sino en la ganancia que había de conseguir; y, por tal motivo, no le soy deudor de aquello que me costó el dinero.

CAPÍTULO XV

Según esto, también dirás que no debes al médico sino solamente el salario; y que tampoco eres deudor a tu maestro (208) si le pagaste algún dinero. A pesar de esto les tenemos profundo amor y reverencia. A ello puedo responder que hay algunas cosas que se estiman en más de

aquello en que se compran. Del médico compras su ciencia para una cosa inestimable, que es la vida y la buena salud; del maestro, saturado con el progreso, compras los estudios liberales y el adorno de tu inteligencia. A estos seres no se les paga el valor de la cosa, sino el de su trabajo y el servicio que nos hacen, dejando sus negocios por acudir a los nuestros; y así no llevan la paga del mérito, sino de la ocupación.

Otra razón se podrá decir aún más verdadera y yo la diré después de que haya mostrado la forma en que esta doctrina se puede refutar. Dices que hay algunas cosas que valen más de aquello en que se venden; y que por esta razón se debe por ellas más de aquello en que fueron compradas. A lo primero digo que ¿de qué importancia es averiguar su precio cuando el comprador y el vendedor están convenidos en él? A lo segundo digo que lo que se vende no tiene el precio por sí, sino por el que tú le pones, y si me dijeres que vale más de aquello en que se vendió, te responderé que no se halló más por ello y que a todas las cosas les da el precio el tiempo; y por más que las alabes, no valen más de aquello que se fija por ellas. Además de esto, el que compra conforme a la tasa, no queda en deuda al vendedor; y aunque las cosas que se vendan valgan más no te incumbe el averiguarlo.

Lo mismo que el aprecio de las subsistencias no se debe hacer por el uso de ellas, ni por el afecto de los vendedores, sino por la costumbre y común estimación. ¿Qué precio pones tú al piloto (209) que me pasa los mares y, apartado de tierra, halla camino cierto por medio de las alas; y, previniéndose de las tempestades que amenazan, manda a los que estaban seguros y descuidados que amainen las velas y echen las áncoras, advirtiéndoles que estén alerta contra los repentinos ímpetus y acontecimientos de la tormenta? Mas el precio de obra tan dificultosa es el flete acostumbrado.

¡Cuánto estimas hallar hospedaje en un desierto! ¡Cuánto hallar un cobertizo para la lluvia! ¡Cuánto una estufa o una chimenea para el frío! Y esto no obstante sabemos lo que todo esto nos ha de costar en llegando a la posada. Cosa eficaz nos da el que apuntala nuestra ca-

sa cuando amenaza ruina; y el que repara con arte maravilloso el cenador que tenía arruinados los cimientos; pero con todo eso se conciertan estos reparos por un sabido y ligero precio. Las murallas nos preservan de los enemigos y nos defienden de los repentinos asaltos de los ladrones; y, sin embargo de esto, es sabido el jornal que se debe al arquitecto o alarife que para la pública seguridad fabrica aquellas torres y baluartes.

CAPÍTULO XVI

Será proceder hasta el infinito el buscar más ejemplos con que probar que muchas cosas grandes se dan por precios moderados. ¿Cómo, pues, dirás tú que al médico y al maestro debemos dar algo más, y que no quedamos exentos de ello con pagarles su salario? Porque de médicos y maestros pasan a ser amigos, y el arte que venden no es con el que nos obligan, sino la benigna y familiar voluntad. Así es que al médico, que no hace más que tomarme el pulso, poniéndome en el número de los enfermos que visita, y de paso y sin detención y sin afecto receta lo que se ha de hacer, y lo que se debe evitar, no le debo cosa alguna más que la paga de su trabajo; porque no me vino a visitar como amigo, pues vino como llamado del estipendio. Ni aun tengo obligación de venerar al maestro que me tuvo entre la turba de los demás discípulos, sin cuidar de mí con especial y particular diligencia, sin que jamás encamine a mí su voluntad y, si derramando él en común su ciencia, la recibo sin que él en particular me la enseñase, ¿qué razón, pues, hay para que a éstos se les deba mucho?

No es porque lo que vendieron valga más de lo que les damos, sino porque ellos nos dieron alguna cosa más. Asistió aquél más de lo que un médico está obligado a asistir; no se acongojó tanto con el temor de perder su crédito cuanto por el aprieto de mi salud. No se contentó con recetar los medicamentos, sino que él mismo me los dió, y mientras los tomaba asistió cuidadoso y vino con presteza a las horas peligrosas. Ningún trabajo juzgó por molesto y ninguno le fué de fastidio; no escuchó sin sobresaltos mis gemidos, como los de los demás enfermos.

Todo su desvelo era mi enfermedad, y no acudió a las de los otros sino el tiempo que la mía la daba lugar. Claro es que a este individuo le tengo obligaciones, no por médico, sino por amigo (210).

El maestro pasó trabajo y enfado en aleccionarme, y además de lo común que enseñó a los otros discípulos, me industrió en algunas particulares doctrinas, y con sus advertencias encaminó mi buena inclinación, levantando unas veces con alabanzas mi ánimo, y despertando otras con amonestaciones mi descuidada pereza; y, digámoslo así, metió su mano en lo interior de mi pecho y sacó de él mi escondido ingenio, sin darme con escasez lo que sabía para que durase más el necesitar de su doctrina; antes bien, deseó, si le fuera posible, pasarla toda en un instante en mí. Muy ingrato sería yo si no le amase como a los más efusivos amigos.

## CAPÍTULO XVII

Solemos nosotros dar a los maestros de oficios mecánicos alguna cosa más de lo concertado cuando nos parece pusieron algún mayor cuidado en la obra; y aun al barquero y a otro cualquier artesano de alguna útil mercaduría que se alquila por su jornal, le damos algo más; y así el que piensa que le acudió en las artes aventajadas que o conservan la vida o la cultivan, no le debe más de aquello que concertó, es un ingrato.

Añade a esto que la entrega de semejantes adoctrinamientos hace mezcla y unión de los ánimos; y donde sucede esto, así en el médico como en el maestro, después que les hayas pagado el precio de su trabajo, les deberás el de su buena voluntad.

## CAPÍTULO XVIII

Platón hubo de pasar un río en un barco y, viendo que el barquero no le pedía cosa alguna, creyó que aquella cortesía la hacía a su persona; y por ello le dijo quedaba a su cargo el reconocimiento de ella; pero viendo poco después que con la misma diligencia pasaba de balde a unos y otros, volvió a decirle: «Ya no quedará tu cortesía por cuenta de Platón, porque para que yo te deba al-

guna cosa por lo que me das, no basta el dármela a mí, si no me la das como a mí. Con lo que prodigas al vulgo no puedes obligarme; pero si me dijeres, como puede ser, que no te debo cosa alguna, te respondo que no la debo como uno, y así te pagaré con todos lo que con todos te debo.»

CAPÍTULO XIX

¿Niegas tú que el que me pasó el río Po sin llevarme flete alguno no me hizo beneficio? Digo que lo niego, y la razón es porque aunque me hizo algún bien, no me hizo beneficio; lo que hizo, lo hizo por su causa, o, por lo menos, no lo hizo por la mía, de tal manera que aun él mismo no juzgó que me hacía beneficio. Porque o lo hizo en orden a la República, o por la vecindad, o por su propia ambición, y quizá espera alguna mayor utilidad de la que pudiera recibir si cada uno la pagara.

¿Qué me dirás en caso de que el emperador hiciese ciudadanos romanos a todos los franceses (211) o diese franqueza a todos los españoles, no le deberán por esta acción cosa alguna? Yo no digo que no le deberán, pero la deuda será como el beneficio propio de cada uno, sino como parte del público. Dirás tú: «Cuando el príncipe trató de hacer este beneficio a todos los franceses, no tuvo pensamiento alguno de mí, y no fué su intento hacerme a mí ciudadano, ni esforcé a ello su ánimo, ¿por qué, pues he de ser deudor a quien, cuando intentó hacer lo que hizo, no puso el pensamiento en mí?»

De lo primero le eres deudor, porque cuando se dispuso a hacer bien a todos los franceses, pensó también, como francés que eres, en hacerte este bien, y te comprendió en el beneficio, si no con particular señal, a lo menos con la pública. De lo segundo, porque si no le debieres como beneficio particular, le deberás como común; y siendo uno del pueblo, le pagarás, no por ti, sino por la patria.

CAPÍTULO XX

De igual modo que si alguno prestase dineros a mi patria, no diré yo que le soy deudor, ni por esta causa pu-

blicaré que estoy empeñado, ora siendo pretendiente, ora siendo reo; pero esto no obstante daré mi parte para pagar esta deuda. De esta misma forma niego ser deudor del honor que se dió en común; pues aunque es verdad el haberse dado, y que también se me dió a mí, no fué por mi respeto, antes se dió sin saber que me le daban; pero, sin embargo, conozco que me toca el agradecer alguna parte de la buena obra que, por largo rodeo, vino también a corresponderme.

Lo que me ha de poner en obligación ha de ser hecho por respeto mío. Según esto, no debes cosa alguna al sol ni a la luna, que no se mueven por ti. Moviéndose para conservar todas las cosas, también se mueven por mí, que soy una parte de ellas. Añade a esto que nuestro estado es muy diferente del suyo: porque quien me hace alguna obra para que por medio mío conseguir su propia utilidad, no me hizo beneficio, hízome instrumento de su provecho; mas el sol y la luna, aunque son provechosos por su misma causa, no nos aprovechan con el fin de aprovecharse a sí mismos, porque nosotros ¿qué les podemos dar?

## CAPÍTULO XXI

«Conocería yo—dirás tú—que el sol y la luna quieren hacerme beneficio si viese en ellos que pueden no querer, pero veo que no tienen licencia para dejar de moverse, y si no prueben a pararse y a cesar en su obra.» Mira por cuántas maneras se refuta esta opinión. No porque no puedan no querer dejan de querer, aun antes indicio es de voluntad firme el no poder mudarla. El hombre de bien no puede dejar de hacer lo que hace, porque si no lo hiciese, dejaría de ser hombre de bien; luego el hombre de bien no hace beneficio porque hace lo que debe, y no puede dejar de hacerlo.

A lo segundo no digo que hay mucha diferencia en decir: Fulano no puede hacer esto, porque está forzado a decir que no puede no querer. Yo no debo el beneficio al que me lo da forzado, lo debo al que le fuerza; pero el que está necesitado a querer, porque no tiene otra cosa en que poner la voluntad, él es que se fuerza a sí mismo,

con lo cual lo que no le debiera como forzado, se lo deberé como forzador.

Dirás: «Dejen de querer.» Oyeme en esta ocasión. ¿Qué persona hay tan ignorante que diga no ser voluntad aquella donde falta el riesgo de no tenerla y de mudarse a contraria parte, siendo esto tan al contrario que de ninguno con más seguridad se puede decir que quiere quede aquél cuya voluntad es de tal manera cierta que es eterna? Si decimos que quiere aquel que en un instante puede no querer, ¿por qué no se ha de decir lo mismo del otro en cuya naturaleza no cabe el no querer?

## CAPÍTULO XXII

Ea, pues—dirás tú—; si esos planetas pueden pararse, háganlo. En decir esto—dices—, que todas estas cosas que están divididas en sus proporcionados intervalos y dispuestas para la conservación del universo, desamparen sus puestos y con repentina confusión choquen unas estrellas con otras y, que rota la universal concordia de las cosas, vengan a padecer ruina las celestiales; y que la trabazón de aquella apresuradísima velocidad desampare en medio de su carrera las vueltas por tantos siglos prometidas, y que las que con iguales niveles van y vuelven para templar con igualdad el mundo, se abrasen con un incendio repentino; y que desprendiéndose de tanta variedad, se resuelvan a ser sólo una cosa; y que el fuego se apodere de todo, sucediendo después una eterna noche, sorbiéndose el profundo abismo tantas deidades.

Para que te convenzas, te aseguro que sucederá todo esto, y que los beneficios que te hacen los pueden hacer aunque sea contra tu voluntad, y aunque hacen su curso por tu causa, hay en ellos otro mayor y más antiguo motivo.

## CAPÍTULO XXIII

Añade a esto que las cosas externas no fuerzan a los dioses, a quienes su eterna voluntad les sirve de ley, habiendo determinado lo que no han de mudar. Así no se debe juzgar tiene obligación de hacer cosa alguna sin voluntad de hacerla, porque en todo aquello de que no pue-

dan desistir, tuvieron de perseverar. Por esto nunca se arrepienten de su primera determinación, ni les resulta lícito pararse ni retroceder. Mas no porque su misma naturaleza los tenga permanentes en su propósito has de entender que es falta de poder, sino que no les es posible apartarse de lo bueno, estando determinado por ellos el ir siempre por este camino. Y en aquella primera determinación, cuando estaban disponiendo todas las cosas, pusieron también los ojos en las nuestras, poniendo su atención en el hombre; así no se puede manifestar que los planetas hacen su curso y perfeccionan su ocupación por sola su causa, que también somos nosotros parte de su obra; según lo cual debemos beneficios al sol y a la luna, y a los demás astros, pues aunque las cosas para que ellos nacen son mejores para ellos, con todo eso nos ayudan mientras caminamos a cosas mayores.

Añade a esto que el ayudarnos es con deliberación, y así les estamos obligados, pues venimos a recibir beneficios, no de los que los ignoran, sino de los que supieron que no los daban; y aunque su intento sea mayor, y el fruto de sus obras mire a mayores fines que la conservación de las cosas mortales, con todo eso desde la creación del mundo pusieron su mente en nuestras utilidades; y dieron tal orden al universo que se conoce bien que el cuidado que pusieron en nuestras cosas no fué de los menores.

A nuestros padres debemos amor, y muchos de ellos, cuando nos engendraron, no tuvieron intento de engendrarnos. De los dioses no se puede sostener que ignoran lo que deseaban hacer, pues acto seguido de la creación proveyeron a todos de los alimentos y de las demás cosas necesarias; y tampoco se puede creer que engendran acaso a los hombres, por cuyo respeto engendraron todas las cosas (212). Pues Dios, mucho antes que nos criase, nos tuvo en su mente, pues no somos obra tan liviana que hubiese de caerse de sus manos acaso. Considera qué de cosas nos ha dado, y que el estado y condición del imperio humano no es para con solos los hombres. Mira en cuántas cosas pueden espaciarse nuestros cuerpos, a los cuales no los encarceló en los estrechos límites y términos

de la tierra, sino que nos admitió para posesionarnos de toda ella.

Mira a cuántas cosas aspiran nuestros ánimos, y cómo ellos solos tienen conocimiento de Dios o por lo menos le buscan, y con el entendimiento, que les fué dado para cosas altas, rastrean las divinas. No pienses que el hombre fué obra hecha por acaso y no entendida (213); porque entre las más grandes que tiene la naturaleza, con ninguna se gloria más, ni hay alguna de que se pueda gloriar más. ¿Qué locura tan grande es poner en duda que recibimos beneficios de los dioses? El que niega haberlos recibido de mano de aquellos que cuanto más le han dado le han de dar más, sin necesitar de recompensa, ¿cómo será agradecido a los que no puede pagar sin hacer pérdida? Gran maldad es dejar de ser agradecido para con alguien sólo porque es benigno, aun con los que le niegan los beneficios, haciendo argumento de que le es forzoso el hacerlos, por ver el orden con que los va continuando. Si dijeres: «No quiero sus beneficios, guárdelos para sí, quién le ruega», y juntares a todas estas sacrílegas razones todas las demás de un ánimo desvergonzado, no por eso te hará menores beneficios aquel cuya liberalidad se extiende hacia ti, aun mientras la estás negando, y cuyo mayor beneficio es darlo al que no le busca.

## CAPÍTULO XXIV

¿No consideras el modo con que los padres encaminan la tierna infancia de sus hijos al sufrimiento de las cosas saludables? Ponen mantillas con diligencia y cuidado a los cuerpecitos de los que lloran y se resisten, y para que la intempestiva libertad no les tuerza los tiernos miembros, los fajan con el propósito de que salgan derechos. Después de esto les enseñan los estudios liberales, inculcando temor a los que rehusan aprenderlos y, finalmente, aplican y ajustan la atrevida niñez a la templanza, a la vergüenza y a las buenas costumbres. Y si cuando ya son mancebos, que comienzan a gobernarse por sí, desechan los remedios, o por temerlos o por destemplanza, se añade entonces fuerza y sujeción.

Así que entre los beneficios que recibimos, los mayores

son los que nos hacen nuestros padres en sazón que o no los conocemos o no los queremos.

## CAPÍTULO XXV

A estos ingratos que desechan los beneficios, no porque no los quieren, sino por no dejarse obligar, son semejantes, aunque por diverso modo, a los demasiados agradecidos que suelen desear alguna incomodidad a aquellos a quienes se hallan obligados, con el fin de prodigar un recordatorio afectuoso del beneficio recibido. Suélese preguntar si éstos hacen lo que deben y si tienen piadosa voluntad siendo semejante su ánimo a los abrasados en amor lascivo, que desean destierro a sus amigas para acompañarlas cuando huyen desamparadas. Desean asimismo verlas en pobreza, para darles más cuanto más codician. Desean que tengan enfermedades para asistirlas en ellas y, por último, siendo sus amantes les desean lo que les desearán sus enemigos: que el complemento y fin de un loco amor es el mismo que el del odio.

Eso mismo sucede a los que desean incomodidades a sus amigos para sacarlos de ellas, que es caminar al beneficio haciendo primero injuria, siendo cosa de mayor virtud dejar de hacer amistad que buscar entrada para ella mediante la maldad. ¿Qué diríamos de un piloto que pidiese a los dioses horrorosas tempestades para que, en el mayor peligro, se apreciase más su pericia? ¿Qué juzgaríamos del capitán general que suplicase a los dioses el que una gran cantidad de enemigos cercase su campamento, y llenase con súbito acontecimiento los fosos, y que, estando atemorizados sus soldados, les deshiciesen sus alojamientos, poniéndose las banderas enemigas en las puertas de la ciudad, y desease todas estas calamidades con la idea de socorrer con mayor gloria a las caídas y malparadas?

Todos éstos encaminan sus beneficios por un procedimiento detestable y tortuoso, queriendo que los dioses sean contrarios a los que ellos pretenden favorecer, deseando que estén primero caídos que levantados. El desear mal a quien no puedes dejar de socorrer sin incurrir

en culpa es una inhumana naturaleza de ánimo perversamente agradecido.

CAPÍTULO XXVI

Dirás que tu deseo no le daña, porque al mismo tiempo le deseas el peligro y el remedio. Eso es confesar que pecasen algo, si bien sería menos de que si les desearas el peligro sin el remedio. Es bellaquería echarme otro individuo al río para sacarme, descomponerme para componerme y aprisionarme para sacarme de la cárcel. No debe llamarse beneficio lo que es remate de la injuria; ni hay mérito en sacar a uno del trabajo en que tú mismo le habías metido; más quiero que no me hieras, que no me cures habiéndome herido.

Podrás tú obligarme si me curas cuando estoy herido; pero no me obligas cuando me hieres para curarme. Nunca agradó la cicatriz sino cuando se compara con la herida. Felicitémonos de ver cerrada la herida; pero mucho mas nos holgaremos de no haberla tenido. Si desearas estas cosas al que nunca te hubiera hecho algún bien, fuera un inhumano deseo. ¿Cuánto, pues, será más inhumano el desearlas al que debes algún beneficio?

CAPÍTULO XXVII

Dices que juntamente con desearle la desgracia deseas sacarle de ella. A lo primero te respondo que, cogiéndote en la mitad de tu deseo, eres ingrato, pues yo no oigo la voluntad que tienes de socorrerle, y en cambio me consta de la que tienes de que padezca. Le deseas aflicción y temor y otro algún mayor mal, y lo deseas para que necesite de tu favor. Este deseo es contra él y en favor tuyo; porque tu intento no es socorrerle, sino pagarle, y el que en esto se apresura más trata de desligarse de toda obligación que de gratificar; con lo cual aquello que sólo podía parecer bueno en tu deseo, que era el no querer deber, es torpe ingratitud. Lo que en ello deseas no es el tener ocasión de ser agradecido, sino que el otro tenga necesidad de pedirte la gratificación.

En esto quieres hacerte superior, y con grande maldad haces que venga a tus pies el que antes fué bienhechor

tuyo. Cuánto mejor es serle deudor con buena voluntad que pagarle con mal modo. Menor culpa cometerías negando lo que habías recibido, porque el que lo dió no perdería más que la dádiva; pero ahora quieres tú que con la pérdida de su hacienda te esté sujeto, y que con la mudanza de estado venga a rendirse a sus propios beneficios.

¿Quieres que yo te tenga por agradecido? Pues publica tus deseos en presencia de aquel a quien desea aprovechar. ¿Llamas tú buen deseo al que se puede repartir entre el amigo y el enemigo? Y el que, si se calla lo último de él, ¿no se dudará de que quien le tuvo fué adversario y enemigo? También suelen los enemigos desear ganar algunas ciudades para conservarlas, y vencer a sus contrarios para perdonarlos; y no por eso dejan estos deseos de ser nacidos de enemistad, pues en ellos se manifiesta la piedad después de la crueldad. Finalmente, de qué calidad juzgas esos deseos, cuyo cumplimiento ninguno se desea menos que el mismo interesado por quien los tienes.

Muy mal te portas con éste a quien deseas maltraten los dioses (214) para socorrerle tú, y con los dioses te conduces impíamente, porque, encargándoles la parte que concierne a crueldad, reservas para ti la benignidad. Quieres que los dioses le dañen para que le aproveches tú. Si tú le pusieses un acusador, y después le librases de él, ninguno dudaría de tu malignidad, ¿pues qué diferencia hay en hacer estas cosas por fraude o por deseo?

Sólo la hay en que tú le buscas más poderosos contrarios; y no basta el que digas no le haces injuria, pues o tu deseo es superfluo o injurioso. Antes bien, aunque resultase sin efecto es injurioso, porque lo que dejas de hacer es merced de los dioses; pero todo lo que tú le deseas es injuria. Esto basta. De la misma manera nos podemos enojar contigo, como si con efecto nos hubiera hecho la injuria.

## CAPÍTULO XXVIII

Si mis deseos, dices, se consiguiesen, sin duda serían para que tú quedases seguro. A esto digo que en primer lugar me deseas un peligro cierto con resguardo de soco-

rro dudoso; y demos por hecho evidente que el peligro y el socorro sean ciertos, por lo menos es lo primero lo dañoso. Además de esto, tú conoces la calidad de tu deseo, y a mí me coge la tempestad dudoso del puerto y del amparo. ¿Piensas que es pequeño tormento el verme necesitado de favor, aunque éste se me haya de prestar? ¿Y el haber estado con sobresalto, aunque me hayas sacado de él; y el haber sido acusado, aunque me hayan absuelto?

De ningún temor es tan agradable el fin, que no sea más agradable y más sólida la no combatida seguridad. Encamina tu deseo a poder gratificarme cuando yo tenga necesidad; pero no desees que la tenga, que si estuviera en tu mano lo que deseas, sin duda lo hubieras ejecutado.

## CAPÍTULO XXIX

Cuánto más justificado deseo será decir que deseas verle en estado que pueda hacer siempre beneficios, sin que nunca necesite de ellos; y que pues usa con tanta benignidad de su caudal, dando y ayudando con él, le tenga de tal modo que jamás en los beneficios que quiera dar se conozca tiene pobreza, ni de los que hubiere hecho arrepentimiento. Exhorta y advierte su natural inclinado a humanidad, misericordia y clemencia la muchedumbre de los agradecidos; y teniendo muchos que lo sean, no tenga necesidad de experimentarlos. Que ni él sea desabrido para algunos y que no haya necesidad de aplacar a otros para con él; que la liberalidad de la fortuna sea con él tan perseverante que ninguno le pueda ser agradecido más que con sólo el ánimo.

¿Cuánto más justos son estos deseos que no te dilatan la ocasión de ser agradecido, sino que contribuyen a que lo seas incontinenti? Porque si estás en prosperidad, ¿quién te impide el ser grato? (215). Muchas cosas hay con las cuales podemos ser agradecidos, aun a los que son más dichosos, como son el dar un sano consejo, una continua asistencia, una conversación suave que sin tener adulación sea agradable; unos oídos atentos, si se tratare de comunicar algún negocio; y seguros, si se les encargare, y finalmente una familiar comunicación. A ninguno

pusieron las cosas prósperas en tan grande altura que al paso que le sobra todo no le falte un amigo.

CAPÍTULO XXX

Conviene remover de tu ánimo esta triste ocasión, y apartarla lejos de todo deseo. ¿Qué necesidad tienes para ser agradecido de que estén enojados los dioses? ¿No echas de ver que pecas en esto, pues tratas mejor al otro con quien pretendes ser ingrato? Representa en tu ánimo cárceles, cadenas, inmundicias, esclavitud, guerras y pobreza, y verás que son éstas las ocasiones de tus deseos. ¿Por entre estas dificultades quieres que camine quien tuvo amistad contigo? ¿No es mejor desear que aquel a quien debes mucho sea poderoso y bien afortunado? Como tengo, ¿qué cosa te impide el gratificar aun a los que están revestidos de suma felicidad, habiendo tanta y tan varia materia en que poderlo hacer? ¿Ignoras, por ventura, que aun a los que son ricos se pagan las deudas?

Yo no quiero traerte con violencia a mi opinión. Demos por sentado que la opulenta felicidad desprecia y desecha todas las cosas; pero con todo eso te quiero mostrar una de que carecen los grandes puestos, y les faltan a los que las poseen todas. Esta cosa es uno que les diga verdades, y que al que está atónito entre tantos que le mienten, con la misma costumbre de oír siempre lisonjas ha llegado a ignorar de todo punto la verdad, que le saque de la consonancia y armonía de tantas falsedades. ¿No echas de ver cómo la muerta libertad y la fe sometida a una servil obediencia los despeña, por no haber quien les persuada o disuada, aconsejándoles lo que sienten?

Por el contrario, hay emulación en las adulaciones, siendo el oficio y competencia de los amigos sobre quién engañará con mayor suavidad, de lo que nace que ignorando éstos sus fuerzas y creyendo que son tan grandes como les dicen, mueven guerras no necesarias, que les vienen a poner en último aprieto, rompiendo la concordia útil y necesaria; y por dar rienda suelta a su carácter iracundo, al que ninguno les fué a la mano, derramarán la sangre de muchos, habiendo por último de verter la suya. Mientras éstos castigan como ciertas las culpas

no comprobadas, tienen por igual torpeza el doblarse que el ser vencidos; y mientras creen que han de ser perpetuas aquellas felicidades que, por haber llegado a la cumbre, están bamboleándose, destruyen grandes reinos, cuyas ruinas caen sobre ellos, sin atender que en aquel teatro resplandeciente con vanos y caducos bienes no hay cosa tan contraria que no debiera haber temido desde el mismo punto que se le comenzó a encubrir la verdad.

## CAPÍTULO XXXI

Habiendo Jerjes publicado guerra contra Grecia, no hubo quien no impulsase su ánimo arrogante; y olvidado de cuán deleznables eran los fundamentos en que confiaba, uno le decía que los griegos no esperarían la intimación de la guerra, sino que con la primera fama de su vida volverían las espaldas. Otro aseguraba que no se debía poner duda en que con tan gran máquina no sólo podía ser vencida Grecia, sino destruída, que lo que se podía temer era el haber de hallar las ciudades vacías y desiertas, dejando los fugitivos enemigos unas anchas y espaciosas soledades, sin quedar contra quienes poder ejercitar tan grandes fuerzas. Otro afirmaba que apenas era capaz el mundo para su valor; que los mares eran estrechos para sus armadas; los alojamientos para sus soldados; las campiñas para su caballería; y que apenas se descubría suficiente espacio en el aire para que cada soldado pudiese disparar sus flechas. Y finalmente, como todos le dijesen muchas cosas a este tenor, con que concitaban el ánimo de aquel hombre, que con la demasiada estimación propia estaba loco.

Sólo Demorato, lacedemonio, le dijo: «Advierte, ¡oh Jerjes!, que la misma muchedumbre confusa y pesada, de que tanto te complaces, debía ser temida del mismo que la conduce: porque lo que tienes no son fuerzas, sino carga; porque las cosas en gran demasía, por lo grandes, no pueden gobernarse; y las que no pueden gobernarse, no pueden durar. En el primer monte de Grecia se te opondrán los lacedemonios, dándote muestras de su valor, y solos trescientos tendrán a raya a todos estos millares de naciones; y quedando ellos firmes en sus pues-

tos, defenderán los estrechos pasos de que se hubieren hecho cargo, cerrándolos con sus propios cuerpos, sin que sea bastante todo el Asia para desalojarlos, y siendo tan pocos serán suficientes para sostener tan grandes amenazas de guerra y el ímpetu de casi todo el género humano que contra ellos se apresura. Cuando mudándose las leyes de la naturaleza te vieres a la otra parte del monte y cuando hicieres cómputo de lo mucho que te ha costado el pasar los desfiladeros de las Termópilas, te detendrás dudoso en el camino, haciendo reflexión de los daños que te esperan ; y cuando llegares a ver que puedes ser detenido, conocerás que serán poderosos para hacer que vuelvas huyendo. Yo te confieso que en muchos lugares te dejarán el paso franco, apartándose de tu furia como de la avenida de un rápido torrente, cuya primera corriente pasa imponiendo gran terror ; pero después, resurgiendo de unas y de otras partes, te oprimirá con tus propias fuerzas. Verdad es lo que te han dicho de que el aparato y prevención de esta guerra es mayor de lo que podrán sufrir las provincias que pretendes conquistar ; pero esto mismo es contra nosotros, pues por la misma razón de que Grecia no es capaz de ti, te vencerá por no poder usar tú de todas tus fuerzas. Además de esto, no podrás concurrir a los primeros ímpetus ni dar socorro a los puestos donde comenzare a conocerse flaqueza, ni podrás reparar y alentar a los ya deshechos, por lo cual serás vencido antes que lo puedas conocer ; y no pienses que por ser tus ejércitos tan grandes (216), que aun tú no los abarcas con la vista, no los podrán esperar tus contrarios. No hay cosa tan grande que esté exenta de tener que sucumbir, porque cuando para su ruina le falta otra causa, la tendrá en su propia grandeza, siendo necesario que unas se acaben para que otras mejoren.»

Sucedió puntualmente todo lo que Demorato había pronosticado, porque trescientos soldados detuvieron al que iba atropellando las cosas divinas y humanas, amenazando a todos los que impidiesen su viaje. Y Jerjes, roto y destrozado, conoció la diferencia que hay de la muchedumbre de canallas a un ejército concertado (217). Finalmente, juzgándose más desgraciado por la vergüenza que por

el daño, dió gracias a Demorato de que él solo había dicho verdad, y ordenóle que lo que quisiese pidiese.

Pidió que se le permitiera entrar en Sardo, ciudad populosísima del Asia, en una carroza, llevando puesta en la cabeza una corona, insignias permitidas solamente a los reyes. Digno era de premio Demorato antes de haberlo pedido; y miserable fué esta nación donde no hubo quien dijese verdad al rey sino aquel que no se la supo decir a sí mismo.

CAPÍTULO XXXII

El divino Augusto desterró a su hija por ser deshonesta en grado superior a lo que llega la prohibición de este vicio. Hizo públicos los delitos de la más noble familia y los adulterios admitidos a granel: el haber andado por toda la ciudad en nocturnos convites; el haber su hija elegido por lugar acomodado para sus estupros (218) la misma plaza y el tribunal donde el padre había promulgado la ley contra los adulterios (219); el ir a diario a casa de Marfia, en donde habiendo pasado de la culpa de adúltera a la de ramera, quería con no conocido adúltero adelantarse a toda licenciosa deshonestidad (220).

Estas cosas que igualmente eran dignas de castigo y de silencio por ser de las que redundan en daño de quien las castiga, las publicó Augusto no pudiendo refrenar el enojo. Habiendo pasado después algún tiempo, y habiendo entrado la vergüenza en el lugar donde había tenido la ira, comenzó a gemir por no haber pasado en silencio aquellas culpas, de que mucho tiempo había estado ignorante, hasta que el hablar en ellas le había sido vergonzoso. Muchas veces prorrumpió diciendo: «Ninguna de estas cosas me hubiera sucedido si viviera Agripa o Mecenas.» Tan difícil era al que poseía tantos millares de hombres el recobrar únicamente dos.

Fueron deshechas sus legiones y al punto se volvieron a rehacer. Fué rota su armada y dentro de pocos días con otra surcó el mar. Anduvo cruel y voraz el fuego en los edificios públicos y rápidamente se hicieron otros mejores que los que se habían consumido. Pero el lugar que ocuparon Agripa y Mecenas siempre quedó vacío. ¿He de

pensar yo que faltaban otros semejantes para sustituirlos o que fué culpa de Augusto querer más quejarse de que no los tenía que el buscarlos para tenerlos? No hay razón por la cual creamos que Agripa y Mecenas (221) le solían decir verdades, porque también ellos, si vivieran, entrarían en el número de los que disimulan; pero es costumbre de los reyes alabar a los criados muertos para afrentar a los vivos, atribuyendo la virtud de decir verdad a aquellos de quienes no recelan el peligro de que se la diga.

## CAPÍTULO XXXIII

Mas volviendo a nuestro propósito, ¿no has conocido cuán fácil cosa es el gratificar aun a los dichosos que están puestos en la cumbre de las humanas grandezas? Dales, no aquello que desean oír, sino aquello que quisieran haber oído siempre. Entre alguna vez la verdad en las orejas llenas de adulaciones (222), dales un útil consejo. ¿Me preguntas qué puedes tú dar a un hombre que está en la cumbre de la felicidad? Persuádele que no dé crédito a su ventura para que sepa le conviene detenerla con muchas y fieles manos. ¿Parécete que le darás poco si le quitas la ignorante confianza de que su potencia siempre ha de ser permanente? ¿Y si le advirtieres que todas las dádivas de la fortuna son movibles y que su curso es más veloz en la retirada que en la venida; y que cuando huye no se marcha con el mismo caudal con que se elevó hasta la cumbre, y que hay poca distancia de la gran fortuna a la última? ¿Sin duda que ignoras el precio de la amistad, si cuando les das un amigo no juzgas que le das mucho? (223).

Esto no es sólo raro en muchas casas, sino en muchos siglos, y que en ninguna parte falta tanto como en aquella donde se piensa que está en abundancia. ¿Crees tú que estas listas que apenas las retiene la memoria o las manos del cursor (224), son nombres de amigos? No son amigos aquellos que en extendido escuadrón llegan a tu puerta, dividiéndose en primeras y segundas audiencias. Antigua costumbre ha sido de los reyes, y de los que lo quieren parecer, el tener por escrito los rasgos distintivos de las

facciones de sus amigos. Muy propio es de la soberbia el hacer grande aprecio del permitirle que entres en su casa, dándote por honor el llegar a tocar sus umbrales, y el sentarte junto a su puerta, y que seas el primero en penetrar dentro de su casa, en la cual, después de haber entrado, hallarás muchas puertas que excluyen a los que fueron admitidos.

CAPÍTULO XXXIV

Los primeros que entre nosotros acostumbraron a dividir la turba de sus paniaguados, fueron Graco y Livio Druso, metiendo a unos en su camarín, a otros oyéndolos entre muchos, y a otros con todos; y así se puede decir de ellos que tuvieron amigos primeros y segundos, pero no verdaderos. ¿Llamas amigo a aquel cuya entrada en tu casa ha de esperar la tanda de la lista? ¿Cómo te puede ser patente la fe del que no entra, sino que se desliza por las puertas escasamente abiertas? ¿Cómo le será lícito hablarte con libertad al que ni para saludarte la tiene, si no es cuando le llega su vez, siendo esta acción vulgar, pública y común aun a los no conocidos?

A cualquiera casa que vayas de estos que, para darles los buenos días, se oye por las calles de Roma tan fuerte ruido, y verás, si reparas en ello, que estando llenas las calles y cerrados los caminos por el gentío de los que van y vienen de una a otra parte, con estar todos los sitios llenos de hombres, se hallan vacíos de amigos: que éstos no se han de buscar en los zaguanes, sino en el pecho. En él se han de admitir, en él se han de conservar, encerrándolos en lo interior de los sentidos. Hazte maestro de esta doctrina, y luego te calificaré de agradecido. Bajo concepto haces de ti si juzgas que no eres útil más que para los afligidos y que para el que está próspero no eres necesario.

Del modo mismo que te portas sabiamente en tus cosas propias cuando ellas son dudosas, adversas o alegres, tratando las dudosas con prudencia, las adversas con fortaleza y las prósperas con moderación, así también podrás ser útil a tu amigo en todas, no desamparándole en las adversas ni deseándoselas; pues entre tanta variedad se te ven-

drán a las manos, sin que tú la desees, muchas cosas que te dan materia de ejercitar tu lealtad y fidelidad. Lo mismo que el que desea a uno riquezas, con el fin de que le alcance alguna parte de ellas, aunque parezca que el deseo se encaminaba al bien del otro, lo cierto es que miraba a su propia conveniencia; de esta forma el que desea ver a su amigo en alguna necesidad para sacarle de ella con su socorro y con su fidelidad se prefiere a sí mismo, y el hacerlo es acción de ingrato, porque el que hace tanta estima de querer que su amigo esté en miseria como de serle agradecido, por la misma razón es ingrato, pues trata más de exonerarse y librarse de la pesada carga de la deuda que de ser agradecido.

Mucha diferencia va cuando te apresuras a gratificar, al ver si lo haces por pagar el beneficio o por deberle. El que tiene gusto de pagar, se ajustará a la comodidad del que ha de recibir la recompensa, y aguardará tiempo conveniente para hacerla; pero el que solamente trata de librarse de la obligación, deseará llegar a conseguirlo por cualquier camino que pueda, y ésta es acción de dañada voluntad.

## CAPÍTULO XXXV

Vuelvo a decir que esta demasiada prisa es argumento de ánimo ingrato, y no puedo expresarlo con mayor claridad que con repetir lo que tengo dicho, que tu intento no es gratificar el beneficio recibido, sino huir de la obligación, y parece que con apresurarlo dices: «¿Cuándo saldré de ella? Por todos los medios he de procurar no estar obligado.»

Si tú desearas pagarle con su mismo caudal, estarías muy lejos de ser agradecido, pues lo que le deseas es aún mayor iniquidad, porque le echas una maldición y con crueles deseos quieres ver inclinada la cabeza que te fué bienhechora. Si descubiertamente le desearas pobreza, hambre, cautividad o temores, ninguno, según yo pienso, dudará de la crueldad de tu ánimo. ¿Pues qué diferencia hay en que esta voz sea de tu boca o que lo sea de tu deseo?

Deséale, pues, alguna cosa mejor, y si no, sigue tu opi-

nión, teniendo por agradecimiento lo que no hiciera un ingrato que no sólo hubiera llegado a negar el beneficio, sino también a tenerle odio.

CAPÍTULO XXXVI

¿Quién llamará piadoso a Eneas si hubiera deseado ver cautiva a su patria para librar de esclavitud a su padre? ¿Quién llamará piadosos a los mancebos sicilianos, si para dar buen ejemplo a sus hijos hubieran deseado que, ardiendo el Mongibelo más de lo acostumbrado, se les ofreciera ocasión de mostrar su piedad sacando a sus padres de en medio del incendio? No está Roma con obligaciones con Scipión, si es que tuvo deseo de que la guerra de Cartago durara para que él la diera fin. Tampoco debe cosa alguna a los Decios, aunque con su muerte libraron la patria, si es que ellos tuvieron deseos que ella llegase al último aprieto para que se les presentase la ocasión de hacer por sí tan valerosa ofrenda.

Grandísima infamia es la del médico al andar buscando que curar, habiendo habido muchos que aumentaron e hicieron volver las enfermedades con el fin de granjear de mayor opinión curándolas; y tal vez hubo casos en que no las pudieron curar, o si lo hicieron fué recibiendo primero los enfermos grandes vejaciones.

CAPÍTULO XXXVII

De Calistrato se cuenta, según refiere Hecatón, que saliendo desterrado de Atenas en compañía de otros muchos, a quienes aquella ciudad, sediciosa y destempladamente libre, había echado de sí, al decir uno de los desterrados que ojalá se ofreciese a los atenienses alguna necesidad que les obligase a levantarles el destierro, abominó Calistrato de tal vuelta a la patria.

Aun más animosamente hubo de ofrecerse nuestro Rutilio cuando consolándole uno con asegurarle que estaban muy próximas las guerras civiles, con que muy en breve tornarían a la ciudad todos los desterrados, díjole: «¿Que agravio te he inferido yo, que deseas que mi vuelta sea más penosa que mi salida? Mas quiero que mi patria se avergüence de mi destierro que no que llore mi regreso.

No se debe llamar destierro aquel con el cual otro recibe mayor vergüenza que el desterrado.»

Lo mismo, pues, que estos individuos observaron las leyes de los buenos ciudadanos, no queriendo que el volver a sus patrias fuese con ruina de la república, y juzgaron ser de menor inconveniente que dos padeciesen un injusto daño que no todo el público. Así no muestra afecto de hombre agradecido el que desea ver oprimido de trabajos o penalidades a su bienhechor, con el fin de librarles de ellos, porque aunque éste piensa bien, piensa mal. En sofocar el fuego que tú mismo prendiste, no sólo no se adquiere gloria, pero ni aun se debe llamar en socorro; y en algunas ciudades los malos deseos tuvieron el mismo castigo que los delitos.

## CAPÍTULO XXXVIII

Dimades condenó en Atenas a un hombre que vendía las cosas necesarias para los entierros, porque se le probó que había deseado tener en aquel trato grande ganancia, cosa que no podía sucederle sin que hubiese muertes de muchos. Suélese preguntar si fué condenado justamente, porque pudo ser su deseo, no el vender a muchos, sino el vender caro y comprar barato aquellas cosas en que trataba. Y si su negociación se componía de comprar y vender, ¿por qué se condena por sola una parte su deseo, consistiendo en dos la ganancia? Además de esto, sería necesario condenar a todos los de este trato, pues en su ánimo todos quieren y desean lo mismo; y también se debía condenar otros muchos hombres, ¿porque quién hay que tenga ganancia sin que otros tengan pérdida? El soldado desea guerras para conseguir honra. Al labrador le enriquece la carestía de la cosecha. El número de los pleitos saca de tasa el precio de los abogados (225). El año de enfermedades resulta ganancioso para los médicos. La distraída juventud enriquece a los tratantes en mercaderías afeminadas. Si ninguna casa se cayese, o con tempestad o con fuego, perecería el arte de los maestros de obras.

En llegando a conocer el deseo de un hombre, conocerás que son semejantes los de todos. ¿Piensas tú que Arvetio y Aterio y los demás que han hecho estudio en granjear

voluntades para los testamentos no tuvieron los mismos deseos que los muñidores y alquiladores de lutos? Estos no saben las muertes que desean, los otros desean las de sus mayores amigos, de quienes, mediante la amistad, esperan mayores intereses; a los unos ninguno les hace daño con la vida, y a los otros cualquier dilación que haya en la muerte los consume; y así no tan sólo desean recibir lo que con abatida servidumbre granjearon, sino también el librarse de un pesado tributo. Con lo cual no se puede dudar que lo que todos éstos desean es lo mismo que condenó en uno, porque la vida les quita lo que la muerte les había de acarrear, y con todo eso vemos que los deseos de éstos quedan sin castigo. Finalmente, haga cada uno examen de sí mismo, y, retirándose en lo interior de su pecho, considere lo que en secreto desea. ¡Qué de deseos hay, que cada uno se avergüenza de confesárselos a sí mismo! ¡Y cuán pocos son los que podemos ejecutar delante de testigos!

CAPÍTULO XXXIX

Pero no todo lo que es digno de represión es digno de castigo, como es el deseo del amigo que tenemos entre manos, quien, usando mal de su voluntad, cae en la misma culpa de que pretende huir, porque mientras se apresura a mostrar ánimo agradecido se hace ingrato. Dice éste en su deseo:

«Caiga mi amigo en mi potestad, necesite de mi favor; y pues sin mí no puede tener salud, honra ni seguridad, venga a tan miserable estado que estime por beneficio lo que yo le diere por gratificación.»

¿Es posible que desees lo que te están oyendo los dioses? «Cérquenle domésticas asechanzas, en que yo sólo sea poderoso para aniquilarlas; opóngasele un poderoso y pesado enemigo, séale contrario el vulgo armado, apriétenle el acreedor y el fiscal.»

CAPÍTULO XL

¿Quieres ver si en estos deseos eres justo? Pues considera que ninguno de estos trabajos le desearás si él no te hubiera hecho beneficios. Y dejando ahora otras culpas

mayores que cometes, dándole mal por bien, pecas por lo menos en que no observas cuál es el tiempo debido para cada cosa, en que igualmente delinque el que le anticipa como el que le retarda. Lo mismo que no se ha de recibir beneficio en todos los tiempos, así tampoco se ha de pagar en todos los tiempos; si me haces la paga contra mi voluntad, te muestras ingrato, ¿cuánto más lo serás forzándome a que la desee? Espera un poco, y dime qué razón tienes para no querer que mi beneficio se detenga algún tiempo en tu poder; por qué tienes por molestia el estar obligado; por qué te apresuras a hacer y ajustar las cuentas como si trataras con un riguroso logrero. ¿Para qué me deseas trabajos? ¿Para qué invocas contra mí a los dioses? ¿Cómo me pedirás otra vez si con tal presteza me devuelves lo que te di?

## CAPÍTULO XLI

Aprendamos, pues, ante todas las cosas, Liberal mío, a deber los beneficios con seguridad, especulando las ocasiones de gratificarlos, pero no las hagamos con nuestras manos. Acordémonos que es de ánimo ingrato el tener ansias de librarse con presteza de la obligación, porque ninguno que debe contra su voluntad paga con ella, juzgando por carga, y no por dádiva, lo que no quiere tener en su poder.

¿Cuánto más justo es y cuánto mejor el tener presentes las buenas obras de los amigos, gratificándoselas y no volviéndoselas a los ojos, sin juzgarte por ellas aprisionado? Porque el beneficio es un vínculo común que une y enlaza al que le da y al que le recibe. Dile a tu bienhechor: «Yo no pongo dilaciones en lo que es tuyo, quiero que vuelva a ti, pero deseo que lo recibas con alegría; y sobreviniere necesidad en alguno de nosotros, y los hados dispusieren que te halles forzado a recibir el retorno del beneficio que me diste, o que yo lo esté para recibir de ti otros de nuevo, de los que él estuviere acostumbrado a dar, que yo de mi parte estoy pronto a que entre nosotros no haya detención alguna; y al punto que llegue la ocasión daré muestra de mi ánimo, y mientras ella viene, basta que de ello sean testigos los dioses.

CAPÍTULO XLII

Muchas veces, Liberal mío, he advertido en ti y casi tocado con la mano un defecto de persona que recela y desea no ser tardía en las obras buenas. Al ánimo agradecido no le es decente la congoja en descrédito de la confianza que de sí mismo debe tener; y por esta razón ha de ser repelida toda el ansia con la certeza que hay del verdadero amor. Igual culpa hay en recibir lo que no debieras recibir, como en no dar lo que debes dar. Será la primer ley del beneficio que el tiempo para superarlo quede a elección de quien le dió.

Me dirás que temes no hablen mal de ti los hombres. El que es agradecido por la fama, y no por la conciencia, no procede bien. Dos testigos tienes de tu ánimo: el uno eres tú, a quien no puedes engañar; y el otro aquel a quien engañas. ¿Pues qué se ha de hacer, si no se me ofrece alguna ocasión? ¿He de estar debiendo siempre?

Siempre deberás, pero será publicando tu deuda, y confesándola con gusto y mirando con deleite el beneficio que está depositado en ti. El que se avergüenza de no haber retornado el beneficio, muestras da de que está pesaroso de haberlo recibido. ¿Por qué, pues, has de tener por indigno de que sea tu acreedor aquel a quien juzgaste digno para recibir de él beneficios?

CAPÍTULO XLIII

En grande error viven aquellos que juzgan ser acción de grande ánimo el hacer grandes dádivas, almacenando y abarrotando con ellas las casas y los senos de muchos; porque muchas veces sucede que no las hace el ánimo esforzado, sino la opulencia de bienes, e ignoran aquellos individuos que muchas veces mayor es y cosa más difícil el recibir los beneficios que el darlos; pero por no agraviar a ninguna de las dos cosas, pues entrambas son iguales cuando se hacen con virtud, digo que no es de menor ánimo el deber el beneficio que el darlo, si bien el deber lo tiene algo de más penoso que el darlo, sin olvidar que es necesaria mayor diligencia para guardar lo que se recibe que para darlo.

Por tal circunstancia, no hemos de andar acongojados cuidando de pagar con presteza, ni lo hemos de intentar intempestivamente, porque en igual culpa incurre el que sin tiempo se adelanta a gratificar como el que deja de hacerlo cuando llega la ocasión. En mí está depositado el beneficio, pues no tengo que temer por mi parte ni por la suya, pues suficiente resguardo tiene y no puede perderlo, si no es que juntamente me pierda a mí; y aunque me pierda a mí no puede perder el beneficio, pues ya se lo pagué cuando le di las gracias.

El que con demasía cuida de pagar el beneficio, juzga que el que se le dió trata con especial empeño de recobrarlo. Mejor es hallarse dispuesto para entrambas cosas. Si aquel individuo tuviere voluntad de recobrar el beneficio, se lo debemos devolver, recompensándoselo con alegría; y si gustare en mayor grado de que se guarde en nuestro poder, ¿por qué hemos de querer deshacerle y truncarle el arca de su tesoro? ¿Por qué hemos de rehusar el guardársele?

Merecedor es de que le sea lícito lo que más le plazca de entrambas cosas. Pongamos en tal lugar la opinión y la fama para que no pretenda llevarnos tras de sí, sino que antes ellas nos vayan siguiendo.

## LIBRO SEPTIMO

### CAPÍTULO PRIMERO

Ten buen ánimo, Liberal mío, que ya hemos tomado tierra (226). Ya no te cansaré con largas pláticas ni te detendré con prolijos rodeos y exordios (227). Este libro recoge las reliquias de los demás y, estando ya acabada la materia, voy mirando, no lo que he de decir, sino lo que dejé por decir.

Esto no obstante, atribuye a bien lo que te pareciere sobrado, pues todo ello es para ti. Si yo hubiera querido lisonjearme, hubiera ido creciendo esta obra poco a poco, y hubiera reservado para el fin aquellas cosas que cualquiera, por harto que se hallara, pudiera apetecer; pero al principio puse lo más necesario, y ahora recojo lo que

entonces se me escapó; y si vale decir verdad axiomática, juzgo que es de poca importancia atender en qué lugar se han de estampar las cosas que mejoran nuestras costumbres, prosiguiendo después en las demás que se inventaron, no para beneficio del ánimo, sino para ejercicio del ingenio.

Solía decir con agudeza nuestro Demetrio Cínico, varón a mi juicio grande aunque le comparemos con los mejores, que eran más provechosos pocos preceptos de sabiduría, si se poseían bien y estaban prontos para usar de ellos, que el haber aprendido muchos y no tenerlos a la mano. Y decía también que lo mismo que llamamos gran luchador (228), no al que tiene estudiadas muchas tretas y zancadillas raras y no sabidas de su contrario, sino al que estando bien ejercitado en una o en otra espera con atención y diligencia la oportunidad de valerse de ellas; porque no atendemos a si sabe mucho, sino a si sabe lo que le basta para conseguir la victoria. De esta manera misma hay en estos estudios muchas cosas deleitables, pero poco vencedoras. Aunque ignores la causa del flujo y reflujo del océano, y la que hay para que cada séptimo año imprima alguna señal en la edad; y aunque no sepas por qué a los que de lejos miran algunos soportales paréceles que la latitud de ellos no guarda la debida proporción, sino que los últimos están más juntos, y las últimas columnas, con ser distintas, se les muestran unidas; y aunque asimismo ignores la razón por qué concibiéndose separadamente dos hermanos en un vientre, vienen a nacer juntos, y si es que un mismo ayuntamiento se esparce en dos o si se concibe cada uno de por sí, y por qué naciendo juntos tienen distinto sino, y siendo tan corta la distancia en los nacimientos la hay tan grande en los sucesos (229).

Digo que ningún daño se te sigue de que se te pasen por alto estas cosas que ni las alcanzamos ni es de importancia el alcanzarlas. La verdad de ellas está escondida en lo profundo de la sabiduría de Dios, y no por eso nos podemos quejar de que haya sido escaso con nosotros, porque ninguna cosa hay difícil de hallarse sino tan solamente aquellas que, después de halladas, no tienen otro fruto

más que el haberlas hallado. Todo aquello que nos puede hacer bienaventurados lo puso la naturaleza muy al descubierto y muy cercano. Si el ánimo, despreciando los casos fortuitos, se elevara sobre sí mismo e hiciere superior a los temores; si no intentara con esperanzas ambiciosas comprender y abarcar las cosas infinitas; si buscare dentro de sí las riquezas; si, desechando el pavor que los malos tienen de los dioses y de los hombres, conociere que el virtuoso tiene poco que temer a los hombres y nada a los dioses; si fuere despreciador de todas aquellas cosas que, mientras adornan la vida, la atormentan; si hubiera llegado a tal estado que tenga evidente conocimiento de que la muerte no es materia de algún mal, sino fin y remate de muchos; si hubiera consagrado su voluntad a la virtud, juzgando llano cualquier camino adonde ella le llamare; si por ser animal sociable y nacido para todo el mundo considerase a éste como una casa particular; si descubriere a los dioses su conciencia, viviendo siempre como si viviera en público, teniendo mayor recelo de sí propio que de los demás; si apartado de las tormentas del mundo hubiere llegado a tomar puerto sereno y seguro, este individuo que así piense habrá conseguido la ciencia útil y necesaria.

Todo lo demás son entretenimientos del ocio; mas con todo eso, al ánimo que se halla retirado en la soledad le es lícito acaso concertarse también con estas cosas, que si no dan vigor al ingenio, le dan adorno.

## CAPÍTULO II

Estas son las doctrinas que nuestro Demetrio manda hayan de tener con entrambas manos los que van aprovechando en la virtud, sin que jamás las dejen; antes las han de fijar e incorporar consigo, llegando con la cotidiana meditación de ellas a estado que de suyo se le ofrezcan todas las doctrinas saludables, teniéndolas presente en todo tiempo y en cualquier parte para que sin detención alguna se les represente la diferencia que hay de la virtud al vicio, conociendo que no hay otro mal si no es el pecado, y ningún otro bien si no la virtud.

Esta regla de vida sea la que distribuya las obras, y por

esta ley se hagan y pidan todas las cosas y tengan por más desdichados de los nacidos a los que, por más que resplandezcan en riquezas, se dan a la gula y sensualidad, teniendo el ánimo entorpecido en un perezoso ocio (230). Cada cual debería decirse a sí mismo: El deleite es cosa frágil y breve, y prontamente experimenta fastidio y hastío hasta con aquello en que se empleó; y al paso que se codició con mayores ansias, vuélvese, por el contrario, en arrepentimiento y vergüenza, pues no hay en aquél cosa magnífica ni decente para el hombre cuya naturaleza está cercana de los dioses. El deleite es una cosa baja que, ejecutándose con el concurso de miembros torpes y viles, viene a parar en asquerosidad. El verdadero deleite digno del hombre que se preciare de varón es no llenar ni engordar el cuerpo ni incitar los deseos de las cosas, que el no tenerlas da más seguro descanso, como el carecer de toda perturbación, no sólo de la que está estimulada por la ambición de los hombres, que andan siempre en continuas querellas, sino también de la que es intolerable por venir de lo alto dando crédito a la fama en lo que nos dice de los dioses, midiendo con nuestros vicios sus costumbres.

Tal intrépido y siempre igual deleite, que jamás causa hastío, es el que percibe el varón que nosotros formamos que, por decirlo así, estando muy enterado del derecho divino y humano, se alegra con lo presente, sin estar pendiente de lo futuro, porque el inclinado a las cosas inciertas jamás está firme, y por el contrario, el que está exento de los grandes cuidados que atormentan el ánimo, ni desea ni espera cosa alguna, ni se engolfa en las dudosas, por contentarse con su propio caudal. Y no por esto pienses que se contenta con poco que, antes bien, todas las cosas son suyas, y no en la forma que lo fueron de Alejandro, a quien aunque había llegado a las riberas del mar Rojo, le faltaba por andar más que aquello por donde él había pasado. Lo que éste poseía y había vencido, aún no era suyo, pues Onosócrito, el general de su armada, habiendo sido enviado como descubridor, andaba errante por el océano buscando guerras por mares no conocidos.

¿No te parece que era indicio de pobreza el querer extender sus armas fuera de los límites de la naturaleza, y el engolfarse de todo punto en un inmenso y no descubierto piélago? ¿Qué diferencia hubo en los muchos reinos que quitó y en los muchos que dió? ¿Y en los muchos que oprimió con tributos? Pues al fin y a la postre no se puede dudar de que le faltaba todo aquello a que aspiraban sus deseos insaciables.

CAPÍTULO III

Este vicio no fué sólo de Alejandro, a quien su dichosa temeridad llevó por las huellas de Baco y de Hércules, sino también de todos aquellos a quienes lisonjeó la fortuna llenándolos de riquezas (231). Haz memoria de Ciro y Cambises, y de toda la prosapia de los reyes de Persia, y dime si hallas alguno a quien el hastío haya puesto límites en su imperio, y quien no haya acabado la vida con pensamientos de extenderle (232). Y no hemos de maravillarnos de eso, porque todo lo que acarrea la humana codicia se hunde y esconde sin que luzca cosa alguna de las que juntares a la que de suyo es insaciable.

Sólo el sabio es dueño de todas las cosas, sin tener congoja por guardarlas. No tiene para qué enviar embajadores allende los mares. No ha de alojar sus ejércitos en playas enemigas. No ha de disponer de presidios con oportunos castillos. No ha menester infantería ni caballería; porque lo mismo que los dioses inmortales gobiernan su reino y sin estar con aprestos bélicos envían desde aquel alto y tranquilo lugar amparo a todas las cosas, también el sabio cumple sin ruido con todas sus obligaciones, por muy complicadas que sean; y siendo él más poderoso que todo el género humano, le mira como a inferior suyo (233).

Por más que de esto te rías, te digo que es cosa de grande espíritu. Cuando hubieres dado una vuelta al Oriente y Occidente, mirándolos con el ánimo con que se suelen penetrar las cosas más remotas y escondidas en las soledades, y cuando hubieres visto tantos animales y tanta abundancia de cosas que para beneficio nuestro diseminó la naturaleza, pronuncia esta divina razón: «Todas estas cosas son mías», con lo cual resultará el no te-

ner codicia de alguna otra, por ser evidente que no hay otra alguna que esté fuera de todas.

CAPÍTULO IV

Tú me dirás: Esto es lo que yo pretendía. Cogido te tengo (234), y quiero ver cómo te desenredas de los lazos en que de tu voluntad te pusiste. Dime, si todas las cosas son del sabio, ¿qué modo puede haber para darle alguna, por ser suyo lo mismo que se le da? Según lo cual, no se puede dar beneficio al sabio, pues todo lo que se le diere será su propio caudal y, con todo eso, decís que se puede dar algo al sabio, y de paso digo que hago la misma pregunta de los amigos, porque si decís que todas las cosas de los amigos son comunes, forzosamente hemos de suponer que a quienes lo fueren no se les podrá dar cosa alguna, pues se les da lo que es común en ellos.

No hay prohibición para que una cosa no pueda ser del sabio y juntamente del que la posee, estándole dada y consignada. Por disposición del derecho civil son del rey todas las cosas, y contando aquellas de que él tiene universal posesión, están adjudicadas a particulares dueños, y cada una le tiene propio, con lo cual podemos dar a los reyes casas, esclavos y dineros, y no decimos que le damos lo que es suyo, porque al rey pertenece la potestad de todas las cosas, pero la propiedad de ellas a cada dueño particular (235).

Llamamos términos de los atenienses o campanos (236) a los que después diferencian y dividen los vecinos con particulares mojones. Todo el campo es de esta o de aquella república; pero cada dueño tiene su parte; y así podemos donar nuestros campos a la república, aunque se diga que son suyos, pues por diferente modo son suyos más que nuestros. ¿Puede dudarse de que el esclavo, con ser hacienda de su dueño, le puede hacer algún presente? Y no porque el esclavo no pueda tener cosa alguna, si su dueño quiere que no la tenga, deja de tenerla, y así tampoco deja de ser dádiva, habiendo sido voluntaria no obstante, que aun cuando en el esclavo no hubiera intervenido voluntad, pudo quitarse el dueño lo que le dió.

Para probar esto, supuesto que estamos de acuerdo en que todas las cosas son del sabio, se ha de averiguar primero la siguiente pregunta: ¿Cómo puede haber materia de liberalidad para con aquel de quien hemos dicho que son todas las cosas? Todo lo que poseen los hijos es de los padres; pero, tras eso, ¿quién ignora que puede el hijo dar alguna cosa a su padre? Todo lo que gozamos es de los dioses, y, a pesar de esto, les ponemos ofrendas y echamos dineros; y no porque sea tuyo lo que yo tengo, deja de ser mío, pues se compagina y subordina el ser tuyo y mío.

Me dirás que aquel a quien están sometidas las mujeres públicas es un rufián: luego si todas las cosas son del sabio, lo son también las malas mujeres; de lo que se seguirá que el sabio es otro rufián. También con este argumento quieren prohibir que el sabio no pueda comprar, porque dicen que ninguno compra lo que es suyo, debido a que si todas las cosas son del sabio no tendría necesidad de adquirirlas. Tampoco podrá tomar a censo, porque nadie paga intereses a su propio dinero. Otras innumerables cavilaciones ponen, a pesar de que entienden muy bien lo que decimos.

## CAPITULO V

De tal manera digo que todas las cosas son del sabio, que, sin embargo, cada señor particular tiene dominio propio en las que son suyas. Lo mismo que bajo el gobierno de un rey justo lo posee él todo por imperio y cada cual por dominio. Tiempo tendremos para probar esta doctrina. Baste para satisfacer esta cuestión decir que de lo que por un modo es del sabio y por otro es mío, le puedo hacer dádivas; y no debe causar maravilla que se pueda dar algo al que es dueño de todo. Yo te arrendé una casa, en ella algo hay que es tuyo y algo que es mío: tuya es la propiedad y mío es el uso, de modo que tú no puedes entremeterte en los frutos de tu heredad, aunque hayan nacido en ella, si yo, que soy tu colono, te lo prohibo; y si sucediere haber carestía o hambre

En vano mirarás la parva ajena» (237).

Aunque haya salido de tu heredad y haya de ir después a tus graneros, ni podrás entrar en lo que yo te tengo arrendado, aunque sea tuyo, ni quitarme tu esclavo si es mi jornalero; y si te alquilé un coche, habrás de tener por beneficio si te permitiere sentarte en él. Mira, pues, cómo es posible que alguno reciba beneficio en recibir lo que es suyo.

CAPÍTULO VI

En todos estos ejemplos que acabo de referir, son el uno y el otro dueños de la cosa; y si me preguntas de qué modo, yo te digo que porque el uno es dueño de la cosa y el otro del uso de ella. Llamamos libros de Cicerón los mismos que Doro, librero, llama suyos; y lo uno y lo otro es verdad: porque el uno los llama suyos, por ser autor de ellos, y el otro, porque los compró; y así, juntamente, se dice que son de entrambos porque en efecto lo son, aunque no por el mismo procedimiento; y en este mismo sentido puede Tito Libio recibir o comprar de Doro sus propios libros.

Al sabio yo puedo dar lo que especialmente es mío, aunque en general son suyas todas las cosas, porque él las posee lo mismo que los reyes; pero la propiedad está repartida singularmente en los particulares dueños; y así el sabio puede recibir y puede deber el beneficio, puede asimismo comprar y arrendar.. El emperador (238) tiene por suyas todas las cosas; pero tras esto no cobra su Fisco más que las que le tocan. Las unas y las otras, así las que son suyas propias como las que son de todos, están en su imperio; pero las que son suyas en propiedad están en su patrimonio: con lo cual hay pleitos sobre lo que es suyo, sobre lo que no lo es, sin que por esto se agravie su soberanía; y en aquello en que por ser ajeno queda condenado, le queda otro modo de dominio. De esta misma forma el sabio posee todas las cosas con el ánimo; pero las que especialmente son suyas las goza con derecho y con dominio.

CAPÍTULO VII

Bion (239), con sus cavilosos argumentos, prueba unas

veces que todos los hombres son sacrílegos, y otras veces que ninguno. Cuando quiere despeñar a todos (240) dice: Cualquiera que toma, o que usa, o que convierte en propio uso lo que es de los dioses, es sacrílego. Todas las cosas son de los dioses; luego cualquier cosa que uno toma, la toma a los dioses, y, por consiguiente, cualquiera que toma alguna cosa es sacrílego. Mas después, cuando quiere que se derriben los templos y cuando manda que sin temer castigo se robe al Capitolio (241), dice que no hay hombre que sea sacrílego, porque lo que se quita de un lugar, que es de los dioses, se transfiere en otro que asimismo es suyo, porque lo son todos.

Respóndese a esta sofistería con que todas las cosas son de los dioses, pero no todas las tienen dedicadas; y en aquellas que la Religión adjudicó a su deidad, se comete sacrilegio. También decimos que aunque todo el mundo es templo de los dioses inmortales y digno sólio de su grandeza y magnificencia, con todo y con eso se diferencian las cosas sagradas de las profanas, sin ser lícito en el corto espacio que llamamos templo lo que es a la vista del cielo y de las estrellas. El sacrílego no puede hacer injuria a Dios, a quien su misma divinidad le puso en parte adonde no alcanzan los golpes de los malos; pero esto no obstante, al que intentó hacer injuria a Dios, nuestra opinión y la suya son las que le sujetan a la pena. Lo mismo, pues, que llamamos sacrílego al que hurta alguna cosa sagrada, aunque lo que hurtó, bien lo lleve a cualquier parte, se queda en los términos del mundo, y todos son de los dioses, asimismo también se puede hacer hurto al sabio, porque se le quita algo, no de las cosas que en común posee, sino de las en que está señalado por dueño particular, y que separadamente le sirven.

El primer modo de posesión le admitirá en todas las cosas; y no la querrá en esotra forma, antes dirá aquella razón que dijo un capitán (242) romano, a quien dándole por su virtud y por haber gobernado bien la República el que gozase tanta tierra cuanta con un arado pudiese rodear en un día, hubo de hacer notar: «No necesitáis vosotros de un ciudadano que haya menester más

que otro ciudadano." ¡Cuán plausible acción fué el desechar esta dádiva, más que el haberla merecido, puesto que, habiendo muchos que han despojado a otros de sus términos, ninguno se los ha puesto así!

CAPÍTULO VIII

De esto nace que cuando vemos que el ánimo del sabio es poderoso y esparcido en todas las cosas, decimos que son todas suyas; pero cuando atendemos al tributo cotidiano, si es que ha de pasar así, mírase tan sólo a la hacienda que posee, porque hay grande diferencia en tasarla, por la grandeza de su ánimo o por la renta que tiene. Este sabio abominará tener las cosas de que tú hablas, y para esto no te traeré a la memoria a Sócrates, Crisipo y Zenón (243) y los demás varones, sin duda grandes, y aun puedo decir mayores, porque la envidia no se opone a las alabanzas de los antiguos.

Poco ha que te referí a Demetrio, a quien me parece produjo la naturaleza en nuestros tiempos, para mostrar que ni nosotros pudimos estragar las costumbres ni el enmendar las nuestras. Varón, aunque él lo niegue, de consumada sabiduría y de firme constancia, en las cosas que proponía estaba dotado de elocuencia, moral en las materias graves, no repulida ni afectada en las palabras, sino de tal índole, que con vigor de ánimo proseguía las cosas donde le obligaba el ímpetu. Yo no dudo que la divina Providencia le dió tal vida y tal fuerza en el decir, para que no faltase en nuestros tiempos quien con sus costumbres nos diese ejemplo y con sus reprensiones vergüenza.

CAPÍTULO IX

Osaré afirmar que, si alguno de los dioses quisiera dar a Demetrio todas nuestras cosas para que las poseyera con tal condición que no pudiera darlas, que no las admitiera, diciendo: «Yo no me quiero atar a esta indisoluble carga ni quiero meter a este desembarazado hombre en el haz de las cosas: pues para que me acarrease los males de todos los pueblos, aun para darlos no los recibiría, porque veo en ellos muchas cosas que no fuera

decente darlas. Quiero poner delante de mí aquellas cosas que hechizan los ojos de los pueblos y de los reyes. Quiero mirar los precios por que vendéis vuestra sangre y vuestras almas. Lo primero que quiero que me pongas delante son los despojos de la destemplanza y demasía, ora gustes de repartirlos por orden, ora de mostrarlos juntos (esto tengo por más acertado). Veo el lecho labrado de concha de tortuga, pintado de diferentes matices, asentados con curiosa y cuidadosa distinción; y veo compradas por excesivos precios las cabezas de estos fetísimos y perezosísimos animales, en las cuales aquella misma variedad que agrada toma diverso color, imitando la verdad con otros nuevos colores que se le ponen debajo. Veo, por otra parte, mesas de maderas estimadas en la hacienda de un senador, siendo más preciosa cuanto más nudos la torció la infelicidad del árbol. Veo vasos de cristal, cuya fragilidad los eleva de precio, porque entre los necios crece el deleite con el peligro que debiera ser causa de aumentarle. Veo tazas de pasta, porque ostentaría poco la locura si no se brindasen con vasos preciosos, bebiendo en ellos lo que poco después han de vomitar. Veo uniones de piedras preciosas, pues ya no basta una para cada oreja, porque como las tienen ejercitadas a sufrir carga, juntan unas piedras con otras y después les sobreponen otras. ¿No bastaba que la mujeril locura hubiera rendido tanto a los hombres, sin que llegaran a colgar de cada oreja dos o tres patrimonios? Veo vestidos de seda, si es que se pueden llamar vestidos aquellos en que no hay cosa que defienda el cuerpo ni la vergüenza; porque después de puestos no habrá mujer que pueda jurar con verdad que no está desnuda. Estas son las mercaderías que se ofrecen con subidos precios, por comercio de gentes no conocidas, para que nuestras matronas no muestren más a sus adúlteros en lo retirado que muestran a los demás en las calles públicas» (244).

## CAPÍTULO X

«¿Qué haces, Avaricia? ¿No ves que ya tu oro queda vencido con la carestía de muchas cosas? Todas estas que

he referido están en mayor honor y mayor precio. Quiero ahora hacer examen de tus riquezas. ¿Qué otra cosa son sino unas medallas de entrambos metales con que se ciega nuestra codicia? Mas por mi fe te hago saber que la tierra produjo al descubierto todo aquello que nos había de ser útil, y, por el contrario, escondió y soterró esos metales como cosas dañosas, y que habían de salir a luz para ruina de las gentes, y por esto cargó sobre ellas todo su peso. Veo que el hierro sale de las mismas tinieblas que el oro y la plata, porque no falte para muerte de unos y de otros instrumento con qué hacerlas ni precio con qué pagarlas. Mas al fin estas cosas tienen consigo alguna materia en que pueda el ánimo seguir el error de los ojos; pero cuando veo privilegios de juros y censos, veo obligaciones y escrituras, digo que son unos imaginarios modos de tener hacienda; y unas ciertas sombras de la afanada avaricia para engañar el ánimo que se regocija con la opinión de cosas sin sustancia.»

«¿Qué cosas son éstas? ¿Qué cosa es cambio? ¿Qué es libro manual? ¿Qué es usura? Son unos nombres que la humana codicia ha buscado fuera de los límites de la naturaleza. Quiero ahora quejarme de ella, culpándola de que no encerró más en lo interior el oro y la plata; y porque no les cargó mayor peso, tal que no se pudiera removerlos. ¿Qué cosa son estos libros de caja? ¿Qué estos de cuentas? ¿Qué los cambios y recambios de venal tiempo? ¿Qué estos sanguinolentos intereses del tanto por ciento? Sin duda, son unos voluntarios males que ha fraguado nuestra propia invención, sin que haya cosa que se vea con los ojos ni que pueda tocarse con las manos, por ser unos vanos sueños de vana avaricia. ¡Oh, desdichado aquel a quien deleitan el grande inventario de su hacienda y los espaciosos campos que tiene para que labren sus esclavos, y los inmensos rebaños de ganados que se han de apacentar en diversas provincias y reinos; y la grande familia, mayor que algunas belicosas naciones; y los edificios particulares que en la longitud y latitud exceden a algunas populosas ciudades. Cuando haya mirado bien estas cosas, en que tiene dispuestas y esparcidas sus riquezas; y cuando con ellas se ensober-

beciere, advierta que si compara lo que tiene con lo que desea, conocerá que es pobre. Dejadme, pues, volver a mis conocidas riquezas, que yo sé que el reino de la sabiduría es grande y seguro, y en él poseo todas las cosas en tal forma que a cada uno le queda su dominio particular.»

CAPÍTULO XI

Así es que entregando Cayo César a este Demetrio doscientos escudos, el obsequiado los desechó riéndose y juzgando que aún no era cantidad suficiente para gloriarse de no haberla aceptado.

¡Oh dioses y diosas, con cuán corta suma quiso César honrar y sobornar aquel ánimo! Yo tengo de hacer fe a este varón, de quien he oído referir una razón heroica, y es la de que maravillándose de la ignorancia de César, que pensó con tan corta dádiva se mudaría, dijo: «Si quiso tentarme César, debiera hacerlo ofreciéndome todo el Imperio» (245).

CAPÍTULO XII

Luego bien se puede dar algo al sabio, aunque todas las cosas sean suyas; y de la manera misma no hay cosa que nos prohiba dar a nuestros amigos, aunque decimos que, de los que los son, todas las cosas les son comunes; porque mis cosas no son comunes a mi amigo en la forma que lo son al que tiene conmigo compañía, donde una parte es mía y otra suya, sino lo mismo que los hijos son comunes al padre y a la madre, que, aunque sean dos, no tiene cada uno el suyo, sino que cada cual los tiene a entrambos.

La primera cosa que yo asiento con cualquiera, sea quien fuere el que conmigo trata de hacer compañía, es desengañarle que no ha de tener conmigo cosa común. Dime por qué. Porque esta trabazón se halla solamente entre los sabios; porque en ellos solos se halla la amistad. Los demás podrán ser compañeros, pero no amigos. Además de esto, todos los asientos en los lugares ecuestres son comunes a todos los caballeros romanos; pero en ellos viene a ser lugar propio mío el que yo ocupo,

pero si le cedo a otro, aunque lo que le cedo es común, con todo y con esto parece que le doy alguna cosa. Hay algunas que se tienen debajo de ciertas condiciones. Yo tengo asiento en las gradas ecuestres, pero no puedo venderlo, alquilarlo ni habitarlo, porque sólo es para poder en él ver los espectáculos, y no por eso mentiré si dijere que tengo lugar en las gradas; pero si cuando llego al teatro están llenas las gradas, aunque por derecho tengo lugar por serme permitido el sentarme en ellas, no le tengo si le hallo ocupado de aquellos con quienes tengo igual y común derecho.

Eso mismo has de entender que sucede entre los amigos. Todo lo que tienen nuestros amigos nos es común, pero la propiedad es del que lo posee, y sin su voluntad no podré yo usar de ello. Me dirás que me río de ti, porque si lo que es de mi amigo es mío no me ha de ser lícito el venderlo. Digo que no me es lícito, como tampoco lo es el vender el asiento que tú tienes en las gradas que te son comunes con los demás caballeros. No es bastante argumento para probar que una cosa no es tuya el no poder venderla, consumirla ni mudarla en peor o mejor estado, porque lo que es tuyo bajo ciertas condiciones no deja de ser tuyo; y así, aunque yo tenga recibido de ti, que eres mi amigo, una cosa, no queda disminuída tu hacienda.

## CAPÍTULO XIII

Para no alejarte más del propósito, digo que un beneficio no puede ser mayor que otro, si bien las cosas en que se hace el beneficio pueden ser mayores y pueden ser más, para que en ellas se derrame y extienda la benevolencia, de igual manera que los amantes la tienen, y cuyos abrazos y caricias no aumentan la voluntad, si bien son efectos de ella. Queda asimismo averiguado en los primeros libros la cuestión siguiente, que ceñiremos con brevedad porque se pueden transferir a ella todos los argumentos que pusimos en otras. Es la pregunta de este modo: «Si uno que hizo todas las diligencias posibles para recompensar un beneficio, le recompensó.»

Me dirás que consta no haberle recompensado, pues

digo que hizo todo lo que pudo para recompensarle, porque parece no haberse hecho aquello en que faltó la ocasión. De igual manera que no decimos pagó a su acreedor el que en todas partes buscó el dinero para pagarle, pero no lo halló. Hay unas cosas de tal calidad, que deben llegar a efecto; y otras en que sirve de efecto el haber hecho todas las diligencias para efectuarlas. El médico que hizo todo lo posible para sanar al enfermo, cumplió con su obligación. La elocuencia del abogado brilló de modo deslumbrante, aunque su cliente saliese condenado, si es que él usó de todo el arte. Al emperador y capitán cuya prudencia, industria y fortaleza usaran de sus ministerios, se deben alabanzas, aunque hayan sido vencidos. El que recibió de ti algún beneficio hizo cuanto fué posible para recompensártele y estorbárselo tu felicidad. No te sucedió caso acerbo en que se pudiese conocer su amistad: no pudo hacer mercedes al rico, cuidar al sano ni socorrer al dichoso. Es indudable de que te gratificó el beneficio, aunque tú no hayas recibido la recompensa, antes bien, habiendo estado siempre atento, y esperando tiempo sazonado para la gratificación, y habiendo puesto en ello mucho cuidado y solicitud, trabajó más que el otro a quien le vino luego a las manos la ocasión de mostrarse grato.

## CAPÍTULO XIV

Muy disconforme es el ejemplo que pusiste del deudor, a quien no le basta buscar el dinero si no hace la paga, porque está siempre sobre su cabeza un pesado monte, cual es un acreedor que no deja pasar un solo día por cumplimiento; pero puede hallarse un benignísimo amigo, que si te viere apresurado, solícito y con pesadumbre te pueda decir y te dirá: «Desecha de tu pecho esa congoja; deja de serte molesto, pues ya he recibido de ti todas las cosas. Me infieres un agravio si juzgas quiero de ti obra alguna, puesto que ha llegado a mí tu ánimo colmadísimo.»

Me dirás que te diga si juzgó que pagó el beneficio el que de él dió las gracias. Porque si esto fuese así, vendrían a estar en un mismo lugar el que retornó el bene-

ficio y el que no le retornó. Pon tu caso al contrario: «Si uno estuviese tan olvidado del beneficio recibido, que ni aun tuviese intentos de ser grato, ¿dirías que éste hizo recompensa?» Estotro se fatigó días y noches, dejando todas las demás ocupaciones por atender solamente a ésta, procurando no se le pasase alguna ocasión, ¿y quieres poner en un mismo lugar al que desechó el cuidado de ser agradecido con estotro que jamás se apartó de él? Injusto serás si, habiéndote convencido que no me faltó el ánimo, me pides el efecto.

Supón, finalmente, que estando tú en cautiverio tomé dineros a interés para rescatarte, y que obligué mi hacienda a la seguridad del acreedor, y que en la furia del invierno navegué por costas infestadas de ladrones, y que atravesé todos los peligros que suelen recelarse aun estando pacífico el mar; que pasé buscando las soledades que huyen otros, y, finalmente, que habiendo llegado adonde estaban los corsarios, hallé que ya otro te había rescatado; ¿me negarás que te fuí agradecido?

En verdad que los atenienses llaman matadores de los tiranos a Harmodio y Aristogitón; y la mano de Mucio dejada en el altar enemigo tuvo la misma estimación que si hubiera muerto a Porsena, porque siempre resplandeció la virtud que luchó con la fortuna, aunque no hubiese llegado a conseguir el efecto de la obra. Más dió el que, siguiendo las ocasiones que se le huían, procuró unos y otros medios para poder ser grato, que el otro, a quien la primera ocasión le hizo agradecido, sin haberle costado sudor.

## CAPÍTULO XV

Me dirás tú: Dos cosas te dió aquél: una fué la voluntad y otra la misma cosa. Por esto tú también le debes otras dos. Con justa razón dirías lo dicho al que te hubiese retornado con ociosa voluntad; mas a este otro que quiere y procura y no deja cosa alguna por intentar, no se lo podrás decir, porque en cuanto dispuso por sí dió la una y la otra. Además de esto, no siempre se ha de igualar el número de lo que se da, porque alguna vez vale una cosa por dos, y por ello, en lugar de

la que se dió, entra la voluntad inclinada y deseosa de gratificar.

Y si viésemos que el ánimo, desnudo de alguna otra cosa, no es poderoso a mostrar la gratitud, nadie podría decir que es agradecido a los dioses, a quienes damos sola nuestra voluntad. Dirás que eso es porque no les podemos dar otra cosa, pues si tampoco la puedo dar al que me hizo el beneficio, ¿por qué no he de ser tenido por grato para con los hombres con lo mismo que doy a los dioses?

CAPÍTULO XVI

Pero si, a pesar de esto, me preguntas mi parecer y tienes gusto de firmar mi respuesta, digo que el que dió juzgue que ha recobrado el beneficio, y el que recibió conozca que no lo ha pagado; aquél dé por libre a éste, y éste se aprisione a sí mismo. El uno diga: pagado estoy; responda el otro: deudor soy (246). En cualquiera controversia debemos anteponer el bien público. Se han de quitar a los ingratos las excusas a que pueden acogerse para encubrir su negación. Si éste dijere: «Yo hice lo que pude", le diré: "Pues hazlo también ahora."

¿Piensas tú que nuestros antepasados fueron tan imprudentes que no conocieron era cosa injustísima tener en una misma reputación al que en juegos y vicios gastó el dinero que recibió de su acreedor, y al otro que con algún incendio, o con algún hurto, o por otro acerbo caso perdió la hacienda ajena junto con la suya? Pero tras esto no admitieron excusa alguna para que los hombres supiesen que en todo tiempo se debe cumplir la fe dada a los acreedores; y así tuvieron por mejor acuerdo no admitir la excusa justa que abrir puerta a que todas las intentasen (247).

Hiciste todo lo posible por gratificar el beneficio. Eso sea suficiente para el que te lo dió, pero sea poco para ti: porque de igual forma que si el que te hizo la buena obra no se satisface de tu buena voluntad, antes bien, tiene por vano tu ansioso y diligente cuidado, se hace con esto indigno de que se le recompense el beneficio, así tú serás ingrato si, por el mismo caso que él admite

por paga tu buena voluntad, no te muestras más obligado deudor cuando él te da por libre de la deuda, sin que te valgas de su perdón ni canceles la obligación, buscando, sin embargo, ocasiones de pagarle.

Al que te pidiere le pagues el beneficio, págaselo porque te lo pide; a estotro porque te lo perdona. Al primero porque es malo y al segundo porque no lo es. No hay razón, por tanto, para que tú experimentes duda. Si uno hubiese recibido algún beneficio de un hombre sabio, si tiene obligación a recompensarlo, en caso de que el dador hubiese dejado de ser sabio y se hubiese hecho malo. Porque si devolvieras el depósito o el empréstito que hubieses recibido de un sabio, aunque él se hubiese hecho malo, ¿por qué no le has de pagar el beneficio? ¿Piensas que por mudarse de condición aquél te ha le mudar a ti? (248).

Dime, ¿si hubieses recibido alguna cosa de un sano, dejarías de pagársela porque hubiera enfermado, siendo mayor la obligación que se tiene al amigo cuando está más débil? Pues ya que de la misma manera ha enfermado este que te hizo el beneficio, ayúdale y súfrele, que la enfermedad del ánimo es la ignorancia, y para que esto se entienda mejor, pienso será conveniente distinguirlo.

### CAPÍTULO XVII

Dos géneros hay de beneficios. Unos son de calidad, que no los puede dar sino el sabio a otro sabio (249), y éstos son los verdaderos y perfectos. Hay otros vulgares y plebeyos, que son los en que nosotros tenemos comercio con los ignorantes. De éstos no hay duda en que tenemos obligación a pagarlos, aunque quien nos los dió haya llegado a ser homicida, ladrón y adúltero. Los delitos tienen sus leyes, y mejor es que a los malos los enmiende el juez que el ingrato. No está bien que el ser dicho individuo malo haga que tú lo seas. Al malo arrojaréle el beneficio, y lo pagaré al bueno. A éste porque se lo debo y al otro por no debérselo.

### CAPÍTULO XVIII

Del primer género de beneficios se duda. ¿Cómo, si yo

no los puedo recibir, si no soy sabio, los he de poder pagar si no es al que fuere sabio? Porque, dado caso que yo le vuelva la recompensa, no la puede él recibir por estar incapaz y haber perdido la ciencia de usar de lo que yo le vuelvo. ¿Qué razón hay para que me mandes que yo arroje la pelota a un manco, siendo ignorancia dar a uno lo que no puede recibir?

Quiero comenzar la respuesta por lo último que has dicho. No daré a uno lo que él no puede recibir, pero le pagaré lo que le debo aunque no lo pueda recibir. Si bien yo no puedo obligar dando al que no puede recibir, puedo salir de deuda con sólo pagar; si no pudiere usar de lo que yo le pago, corra por su cuenta, que en él, y no en mí, estará la culpa.

## CAPÍTULO XIX

Dirás que el pagar es entregar la cosa a quien la ha de recibir, porque si tú debes una cantidad de vino a uno y él te mandó que se la echases en una red o en un harnero, ¿cómo dirás tú que volviste o tuviste voluntad de volver aquello que, mientras se vuelve, se pierde para entrambos?

El pagar es dar a su dueño lo que le debes, si él lo quiere recibir. Esto sólo es lo que a mí me toca; el conservar él lo que de mí recibe corre por diferente cuenta, yo no le debo la tutela y custodia de lo que le pago, débole solamente el cumplimiento de la paga; y menor inconveniente hay en que él lo disipe que no en que yo deje de pagarle. Yo pagaré a mi acreedor, aunque sepa que lo que le diere lo ha de entregar luego en algún bodegón; y aunque ceda y traspase la deuda a su adúltera, se la pagaré; y lo mismo haré aunque vea que echa los dineros en el seno desceñido, porque mi obligación es de pagar, no de guardar ni defender lo que le pago después de habérselo entregado. Debo la custodia del beneficio que recibí, no la del que pagué. Está en seguridad y salvamento mientras que yo le tengo, que después mi obligación es volverlo a quien me lo pide, aunque se le haya de ir de las manos.

Al hombre virtuoso le pagaré el beneficio cuando le

convenga; al malo, cuando me lo pida. Dirás que no puedo volverle beneficio equivalente al que me dió, porque, habiéndolo recibido de él cuando era sabio, se lo vuelvo cuando es ignorante. Así es; pero yo se lo doy tal como él lo puede recibir. El haberse deteriorado el sabio no es culpa mía, sino suya, pues le volveré lo mismo que recibí; y si volviere a ser sabio se lo volveré tal como lo recibí, y si perseverase en ser malo se lo devolveré como él lo puede recibir.

Me preguntas qué se debe hacer si aquel de quien recibí el beneficio no sólo se ha vuelto malo, sino fiero y cruel como un Apolodoro o un Falaris (250), y si estando así has de volver el beneficio que de él recibiste. La naturaleza no consiente tan gran mudanza en un sabio, porque quien desde la virtud se precipitó en los vicios es forzoso que aun dentro del mal conserve las huellas del bien. Nunca la virtud se extingue tan de todo punto que no deje impresas en el alma ciertas señales, sin que del todo las pueda borrar la mudanza. Las fieras que se crían entre nosotros, si se escapan a las selvas, conservan algo de aquella antigua mansedumbre, estando igualmente apartadas de ser mansas como de ser fieras, sin haber jamás consentido humana mano. Ninguno que haya estado en el regazo de la virtud se deja caer al abismo de la maldad, porque el tinte que recibió de aquélla se le incorporó de manera que ni de todo punto se le puede quitar ni puede pasar a otro color.

Después de esto, pregunto: ¿Qué he de hacer cuando este mi bienhechor se ha hecho solamente fiero en el ánimo, y qué cuando su fiereza pasa a ejecutarse en daño público? Tú me propusistes a Apolodoro y Falaris tiranos, y si el malo tiene la fiereza de éstos solamente en el ánimo, no sé por qué no le he de pagar su beneficio. Siquiera por no tener más dependencia con él; pero si no sólo se alegra y apacienta de la sangre humana, sino que usa una insaciable crueldad no vista en los castigos de todas las edades; si se enfurece, no conmovido de la ira, sino de una cierta sed de crueldad; si no contento con dar muertes ordinarias da nuevos tormentos; si no sólo quema a los que mata, sino que los cuece; si sus

aras y altares son la sangre, teniéndolos siempre húmedos con la reciente tragedia, poco es no pagar el beneficio a hombre tan malo, porque ya éste ha escarnecido el lazo y compañía del derecho humano, con el cual estaba unido conmigo.

Si un individuo me hiciese alguna buena obra y después asestase las armas contra mi patria, perdería con esto lo que con la buena obra me había obligado; y así se tendría por maldad el recompensarle la dádiva. Pero si no hace guerra a mi patria, sino a la suya, y, apartado lejos de mis vecinos, maltratara a los suyos, con todo y con eso esta tan enorme maldad lo aparta de mí y lo hace, si no enemigo, al menos odioso: porque en mí debe ser primera y más principal la deuda que tengo al género humano que la que tengo a un solo hombre.

## CAPÍTULO XX

Pero aunque lo dicho sea así, y que desde que mi bienhechor comenzó a ser malo corrompiendo todas las cosas justas y dando con esto motivo a que ninguna que contra él se hiciese fuese injusta, quedaron libres las mías. Con todo eso, juzgo que debo guardar este temperamento, que si mi recompensa no le ha de dar mayores fuerzas para la común ruina, ni le ha de confirmar las que tiene, antes bien, resulta tal que, si la puedo hacer sin daño público, la haré. Le guardaré su hijo niño, porque este beneficio ¿qué daño hace a aquellos a quienes la crueldad del padre despedaza? (251). No le daré dinero para que pague a los soldados de su guarda. Si tuviere gusto de que yo le dé estatuas y vestidos, se los daré, porque estas cosas con que él adorna su lascivia no son perjudiciales a los otros; pero no le daré armas ni soldados. Si con nombre de grande dádiva me pidiese comediantes y rameras y otras cosas con que se amanse su fiereza, se las daré de buena gana, y a quien no enviaría yo galeras ni navíos fuertes, enviaré chalupas con su popa cubierta y con otras cosas que suelen servir de recreación a los reyes cuando salen a esparcir el ánimo al mar.

Pero cuando la salud de ese perverso hubiere llegado a estar desahuciada, le pagaré el beneficio con la misma

mano con que lo haré a muchos, porque a semejantes inclinaciones no hay mejor remedio que la muerte, siendo ésta la que mejor puede corresponder al que jamás puede volver en sí. Mas este género de maldad pocas veces se ve en el mundo, y, por el contrario, antes se considera tan anormal y extraño como el abrirse la tierra o salir fuego de las cavernas del mar. Dejemos, por tanto, de hablar de ella, y tratemos de aquellas otras que, sin llegarlas a tomar horror, podamos detestar. Al hombre malo, de estos que puedo encontrar por cualquier plaza, a quien cada uno en particular le tiene miedo, le pagaré el beneficio que recibí porque no conviene que su maldad me sea a mí provechosa, no estando en mi mano el hacer que vuelva a su casa virtuoso o malo (252). Si yo tratara de darle nuevo beneficio, y no de pagarle el que me hizo, hiciera diligente examen de sus costumbres; pero esta materia da lugar a que contemos una fábula.

## CAPÍTULO XXI

Un cierto filósofo pitagórico compró a un zapatero unos borceguíes fiados (cosa poco acostumbrada entre artesanos). Después de haber pasado algunos días, volvió aquel individuo a la tienda para pagarlos; y habiendo estado llamando a la puerta, por estar cerrada, hubo un vecino que le dijo: «En vano pierdes el tiempo, porque ese zapatero a quien buscas está ya muerto y quemado, cosa acerba para nosotros, que perdemos para siempre a nuestros difuntos; pero para ti no lo será, pues sabes ha de volver a nacer.»

Esto se lo dijo en son de fisga por la secta pitagórica. Mas nuestro filósofo, retornando con gusto a su casa por volver a ella con los cuatro reales, reparó después en el deleite mental que había tenido con no pagar aquellos dineros, y reprendiéndose a sí mismo por ver había prestado asentimiento a tan corto interés, volvió otra vez a la misma tienda y, hablando consigo, dijo: «Para vos vivo está el zapatero, obligado estáis a pagarle lo que le debéis.» Y hallando un resquicio, que por las junturas de la puerta estaba abierto, metió y echó en la tienda

los cuatro reales, castigando en sí mismo la baja codicia, para no hacer costumbre de quedarse con la hacienda ajena (253).

CAPÍTULO XXII

Busca a quien pagar lo que debes, y si no hay quien te lo pida, pídelo tú. No te incumbe a ti que el que te hizo el beneficio sea malo o sea bueno. Págale primero y acúsale después, sin olvidarte del modo con que están divididos entre nosotros los oficios: al que te hizo el beneficio se le encarga el olvido y a ti la memoria. Mas con todo, yerra quien piensa que cuando decimos que quien hizo el beneficio tiene obligación de olvidarle, le queremos quitar el recuerdo de una cosa que de suyo es tan buena. Algunas mandamos fuera de medida para que se venga a quedar en ella.

Cuando decimos que debe olvidarse, queremos decir que no lo ha de publicar, ni se ha de jactar, ni ha de ser pesado y molesto acreedor, porque hay algunos que en todos los corrillos cuentan los beneficios que hacen, hablando de ello cuando están borrachos (254) y no absteniéndose cuando no lo están. Esto cuentan a los no conocidos; en esto discurren con sus amigos; y así, para que cesara esta excesiva y zahiriente memoria, dispusimos que quien hubiese dado el beneficio le olvidase para que, con mandarle más de aquello que puede cumplir, viniésemos a persuadirle del silencio.

CAPÍTULO XXIII

Todas las veces que tienes poca seguridad de las personas a quienes mandas, les has de pedir algo más de lo necesario para que den lo que es suficiente. Los encarecimientos se extienden para que mediante la mentira se venga a la verdad, semejante a lo que el poeta dijo de unos caballos:

«En la blancura exceden a la nieve,
y en el curso veloz vencen al aire.»

Dijo lo que no podía ser, para que se creyese todo lo que podía ser. Y el otro que dijo era

«Más que un escollo inmoble,
más rápido que un río»,

tampoco le pasó por el pensamiento el persuadir que había quien fuese tan inmóvil como un peñasco, porque la hipérbole no pretende tanto cuanto es aquello a que se atreve; pero afirma lo increíble para que se venga a lo creíble.

Cuando decimos que quien dió el beneficio lo olvide, queremos decir sea semejante al que lo olvidó, y que no se le conozca tiene memoria ni la refresque. Y cuando decimos que no es decente volver a pedir el beneficio dado, no quitamos de todo punto la repetición de él, porque muchas veces resulta necesario que haya para los malos un cobrador y para los buenos un amonestador. ¿Por qué, pues, no he de mostrar la ocasión para que me sea agradecido el que la ignora? ¿Por qué no le he de manifestar mis necesidades? ¿Por qué le he de dar motivo a que mienta o a que se lamente de que no tuvo noticia de ellas? Intervenga tal vez el recuerdo, pero sea modesto, sin que pida y sin que cite al tribunal.

## CAPÍTULO XXIV

Dijo Sócrates ante la presencia de sus amigos: «Yo compraría una capa si tuviera dineros.» A ninguno los pidió; a todos les amonestó. Hubo competencia sobre averiguar quién de los amigos los había de recibir. Y no fué mucho la hubiese, pues lo que Sócrates había de recibir era de corto valor, siendo de gran importancia el llegar a merecer ser tales como para que Sócrates los pudiese recibir de ellos. No pudo darles más suave advertencia: «Compraría—dijo—una capa si tuviera dineros.» Después de oídas estas razones, por más que cualquiera de ellos se apresuró, llegó tarde, pues ya Sócrates había llegado a la necesidad. Nosotros prohibimos el pedir la recompensa de los beneficios, porque sabemos hay algunos apremiantísimos cobradores; y no decimos que nunca se pida, sino que el pedirla sea con templanza (255).

## CAPÍTULO XXV

Deleitándose algunas veces Aristipo con buenos olores decía: «¡Mal hayan estos afeminados que han infamado cosa tan buena!» (256). Lo mismo podemos decir nosotros: ¡Mal hayan estos descarados importunos fiscales de sus beneficios, que con serlo han quitado tan agradable amonestación a los amigos; pero esto no obstante yo usaré de este derecho de la amistad, y pediré la recompensa del beneficio al que pudiera me hiciese algún beneficio, y a quien tendrá por nuevo beneficio el haberle manifestado ocasión en que gratificarme los primeros. Nunca he de poder decir, siquiera quejándome:

«Arrojado del mar sobre la arena
te recogí, y en parte de mi reino
te recibí como ignorante y loca.»

El decir esto no es amonestar, sino afrentar y hacer aborrecibles los beneficios, y que venga a ser lícito o provechoso el ser ingratos. Baste, pues, despertar la memoria con palabras agradables y familiares:

«Si acaso en algo te obligué, y gustosa
fué alguna cosa mía.»

El que recibió el beneficio responda: «¡Cómo no me habías de obligar habiéndome recogido cuando me hallaste arrojado y pobre en tus riberas!» (257).

## CAPÍTULO XXVI

¿Podrás, por ventura, decir qué tengo de hacer, pues estas amonestaciones han sido de ningún fruto? La pregunta que has hecho es muy necesaria, y con ella es justo se dé fin a esta materia. Esto es: preguntar cómo se han de sufrir los ingratos. Digo que con ánimo plácido, apacible y grande; que nunca te des por tan ofendido del inhumano, desmemoriado e ingrato, que se quite el gusto de haber hecho el beneficio (258); nunca el agravio que te hace te obligue a decir que te pesa de lo que hiciste; complácete aún con lo desdichado de tu benefi-

cio, que si tú de él no te arrepientieres luego de haberlo hecho, el que lo recibió se arrepentirá siempre.

No es bien que te admires de esto, como si te hubiera sucedido alguna cosa nueva; más justamente pudieras admirarte si no te hubiera sucedido. A unos para ser agradecidos les acobarda el trabajo; a otros el peligro, a otros una torpe vergüenza de pensar que, pagando, confiesan haber recibido; a otros la ignorancia de sus obligaciones; a otros la irresolución, y a otros la ocupación. Considera que la demasiada codicia de los hombres siempre está sedienta y pidiendo. Con esto no te admirarás de que no haya quien pague, porque no hay quien juzgue haber recibido con hartura.

¿Quién de estos hombres tiene ánimo tan firme y sólido que puedas con seguridad depositar en él tus beneficios? Unos están locos con lascivia, otros sirven a la gula, otros a la ganancia, cuya suma jamás podrás vencer; otros padecen de envidia, otros de cierta ambición, que se despeña hasta meterse por las picas. Añade a esto el adormecimiento de los sentidos y la vejez, y una perpetua agitación y movimiento del pecho, con los continuos sobresaltos contrarios a la quietud. Añade la hinchada y desvanecida estimación propia con que se muestran insolentes, debiendo por esta misma causa ser despreciados. ¿Qué te diré de la contumacia y rebeldía de los que están pertinaces en seguir lo malo? ¿Qué de la liviandad de los que siempre andan pasando de una cosa en otra?

¡Arrima también a estas culpas la despeñada temeridad! ¡Arrima el temor, que jamás supo dar consejo fiel, con otros mil errores en que nos enredamos! ¡Arrima el atrevimiento de los más cobardes y la discordia de los más familiares, y últimamente un mal público y endémico que consiste en poner la confianza en cosas incertísimas, despreciando siempre las que poseemos, aunque sean de tal jaez que nunca podremos tener esperanzas fundadas de llegar a conseguirlas! (259).

## CAPÍTULO XXVII

¿Entre inquitísimos afectos buscas fe, siendo ella una

cosa muy quieta? Si se te representase una imagen verdadera de nuestra vida, te parecería que ves el estado de una gran ciudad ganada por el enemigo, en la cual puesto aparte el miedo de la vergüenza y el temor de la justicia, no hay otro consejo que el de las armas; y como si se hubiera echado bando de que se trastornaran todas las cosas, no se abstienen del fuego y del hierro, porque las maldades están sueltas de las leyes; y ni aun la religión, que suele amparar a los rendidos entre las armas enemigas es bastante para reprimir y detener a los que se aceleran y abalanzan sobre la presa (260).

Este roba la hacienda del particular, aquél la pública; éste saquea las cosas profanas, aquél las sagradas; éste echa abajo las paredes, aquél salta por ellas, y otro, no contentándose de ir por angosto camino, tala todo aquello que se lo impide, teniendo por ganancia propia la ajena ruina. Este roba sin matar; aquél lleva los despojos en las manos sangrientas, y ninguno deja de llevar algo que sea de otro. En medio de tan desordenada codicia del género humano, no estás tan olvidado de la común fortuna, puesto que buscas, entre los saqueadores, alguno que recompense.

Si te indignas de que haya ingratos, indígnate de que hay feos y de que hay viejos pálidos. El vicio de la ingratitud es grave, es intolerable y, finalmente, es tal que aparta y separa a los hombres, rompiendo y deshaciendo la concordia sobre que estriba y se sustenta nuestra imbecilidad. Pero tras esto, es tan vulgar y común el vicio, que no se escapan de él los mismos que le condenan.

## CAPÍTULO XXVIII

Haz examen de conciencia, si has gratificado a todos los que has debido, o si nunca se ha perdido en ti alguna obligación; y si te acompaña la memoria de todos los beneficios recibidos, conocerás que los que te hicieron cuando eras niño se te olvidaron antes de llegar a ser mancebo; y que los que recibiste en la juventud no llegaron en tu memoria hasta la vejez. Unos perdimos, otros desechamos, otros se fueron poco a poco de nuestra presencia, y de otros apartamos la vista. Para excusar la

flaqueza de tu memoria digo, en primer lugar, que ella es frágil y no suficiente para esa muchedumbre de cosas, siéndole forzoso despedir de sí otro tanto como recibe, y cubrir con las cosas modernas las más antiguas.

De todo ello nace el tener contigo poca autoridad el ama que te amamantó, porque la edad siguiente apartó muy lejos el beneficio. De lo mismo proviene que tengas poca veneración a tu maestro (261); y que al que anda en la pretensión de ser cónsul o sacerdote se le vaya de la memoria el que le ayudó para ser cuestor. Cosa contingente será que, si haces diligente escrutinio, halles en tu seno el mismo vicio de que te quejas.

Injustamente te lamentas de la culpa pública, y necia-mente de la tuya; perdona a los otros, si quieres que otros te perdonen. Al ingrato lo mejorarás de condición si le sufrieres y le harás de peor índole si le avergonzaras. No conviene que le hagas fruncir el entrecejo, déjale que conserve la vergüenza, si es que le ha quedado alguna, porque muchas veces la voz del que afrenta hace que se rompa el velo de la vergüenza que aún estaba dudosa. Ninguno teme ser aquello en que está tenido y, cogido en delito, la vergüenza se pierde (262).

## CAPÍTULO XXIX

Dices tú: perdí el beneficio. Dime si acaso tienes por perdido lo que se consagra a Dios. Pues hágote saber que el beneficio que se colocó bien, aunque se agradezca mal, se cuenta entre las cosas sagradas. No me salió aquel beneficio como yo había esperado, seamos nosotros como fuimos y no semejantes a él. Ahora se descubre el daño que entonces se hizo. No reprendamos al ingrato sin que también nosotros padezcamos vergüenza, porque la queja de que perdimos el beneficio da indicios de que fué mal colocado.

Defendamos todo lo posible su causa diciendo: Por ventura, no pudo, o por ventura, no lo supo, pero lo hará. El detenido y prudente acreedor mejora algunas veces las deudas alentando con esperas a los deudores. Lo mismo nos conviene hacer fomentando la fe que estuviere enflaquecida.

## CAPÍTULO XXX

Perdí el beneficio; hablas con ignorancia y sin conocer el tiempo en que tuviste la pérdida. Verdad es que perdiste el beneficio, pero fué cuando le diste, aunque la pérdida se ha manifestado ahora. Aun en las cosas que tenemos por perdidas aprovecha mucho la moderación. Los vicios del ánimo se han de curar con blandura (263), como los del cuerpo; y muchas veces lo que desplegó la dilación, lo quebrantó la pertinacia del que tira de ello.

¿Qué fruto proporcionan las malas razones? ¿Cuál las quejas? ¿Cuál las persecuciones? ¿Por qué no le perdonas? ¿Por qué no le dejas? Si él es ingrato, expiró la deuda. ¿Para qué exasperar a aquel en quien colocaste grandes beneficios?

¿Es para que de amigo dudoso se haga enemigo descubierto? Y para que, con infamia tuya, disculpe su ingratitud. Advierte que no faltará quien diga: «Yo no alcanzo la causa que pudo haber para que quien tanto debía no pudiese tener sufrimiento. Algo debió de haber.»

Y ninguno hay que si con sus quejas no mancha la autoridad del superior, deje al menos de salpicarla, porque el que trata de acreditar su mentira no se contenta con fingir cosas ligeras.

## CAPÍTULO XXXI

Cuánto mejor camino es aquel en que al ingrato se le conserva la esperanza de la amistad, y aun ésta misma si volviera a recobrar la virtud. La bondad perseverante vence a los malos, y ninguno es de tan duro y pertinaz ánimo para las cosas dignas de ser amadas, que, aun estando cargado de vicios, no ame a los virtuosos, a los cuales deberá de nuevo el dejar de castigarle cuando no paga. Pon, finalmente, tus pensamientos en las cosas que hemos dicho.

No me ha sido agradecido aquél; ¿qué tengo que hacer? Haz lo que los dioses (264), que siendo buenos autores de todas las cosas, y comenzando a hacer beneficios a los que los ignoran, perseveran en hacerlos a los ingratos. Uno dice de ellos que no cuidan de nosotros; otro que son injustos distribuidores; otro los excluye fuera del mun-

do ; otro los imagina flojos y perezosos, sin luz y sin ocupación ; otros quieren que el sol, al que debemos el haber dividido el tiempo para el trabajo y la quietud, y el no estar metidos en las tinieblas de una eterna noche para que huyamos de la confusión, y que templa el año con su curso, y cría a los cuerpos, y saca a luz los sombrados, y sazona los frutos, sea una piedra o globo (265) formado de casuales fuegos, diciendo otros mil disparates por no confesarle deidad ; y con todo eso al uso de los buenos padres que se ríen de las injurias de sus tiernos hijuelos, no cesan de acumular beneficios a los mismos que no conocen a los autores de ellos, antes bien con igual modo distribuyen sus bienes por todas las gentes y naciones y, teniendo por soberana potencia el hacer bien, esparcen las lluvias sobre la tierra en oportunas circunstancias, mueven con sazonados vientos los mares, señalan los tiempos por el curso de las estrellas, sufren plácidos y propicios las culpas de los que yerran.

Imitémoslos, pues, y hagamos beneficios, aunque muchos de los que dimos nos hayan salido vanos. Esto no obstante, demos a otros, a los mismos en quien hemos tenido las pérdidas. A nadie acobardó para edificar cosas la ruina de otras, y cuando el fuego consume nuestros templos, sacamos nuevos cimientos en el sitio que aún está caliente, y muchas veces fundamos en el mismo sitio las ciudades abrasadas (266). Tal es la perseverancia del ánimo para las buenas esperanzas. Cesarían en el mar y en la tierra las humanas obras si cesase la voluntad de volver a intentar lo que una vez se cayó, si aquél es ingrato no me hizo a mí la injuria, hízosela a sí mismo. Cuando yo le di mi beneficio, usé de él ; y no por su ingratitud daré con más detención ; por el contrario, daré con mayor diligencia, y lo que en éste perdí recobraré en otros, y aún volveré a dar a este mismo ; y como buen labrador venceré con cuidado y la labor paciente la esterilidad del suelo (267).

Si para mí queda perdido este beneficio, el ingrato lo queda para con todos. No es de ánimo abnegado el dar beneficios y perderlos ; pero es de abnegado ánimo el perderlos y darlos (268).

FIN DE LA OBRA

# NOTAS

(1) Según la traducción francesa que tenemos a la vista, la de M. François Préchac, existen diez manuscritos: dos en el Vaticano; otros dos en París (uno en la Sorbona, la célebre universidad); otro en Valladolid; otro en Basilea, y los restantes en otras bibliotecas oficiales de Europa. Uno del Vaticano, el *Nazarianus*, que también contiene el tratado *De Clementia*, de Séneca, utilizado por el traductor francés, en gran modo coincide con el que utilizó en Valladolid Hernán Núñez, el Comendador, y más tarde Pedro Fernández de Navarrete.

(2) Ese varón, Ebucio Liberal, a quien Séneca se dirige, tanto en este libro como en los seis restantes, debió de ser un amigo de hermosas prendas morales, conocido en sus últimos tiempos. El lector habrá leído en la introducción a esta obra de Séneca lo que de éste y aquél decimos.

(3) Séneca tuvo, en vida y en muerte, amigos y detractores. Como se habrá visto en la Biografía de Séneca, escrita por don Juan Bautista Bergua, Calígula lo quiso matar, la madre de Nerón lo trajo del destierro y le impuso como preceptor a su hijo. El y Burrho fueron quienes gobernaron el imperio romano por espacio de varios años, hasta que presentado Séneca, después de muerto su compañero, como amigo desleal del joven emperador, por sí mismo se apartó de los negocios públicos y se alejó de Roma. Es de suponer que estando en valimiento *daría* y *recibiría beneficios*.

(4) Según nos dice don Francisco de Paula Mellado en su *Enciclopedia Moderna*, al tratar de la *Ingratitud* en el tomo 24, columnas 369 y 370, «No ha faltado quien diga que es hermoso tener ocasión de hacer ingratos; pero ciertamente es preferible hacer agradecidos. La ingratitud es sin duda, de todos los vicios, el más despreciable, porque revela la carencia de todo buen sentimiento, aun considerando la *ingratitud pasiva*, que es la que consiste en no estimar y corresponder a los beneficios recibidos; porque si atendemos a la *ingratitud activa*, que es la

que devuelve mal por bien, maldad o injurias por beneficios, esa es el colmo de la perversidad humana, es la degradación de la especie hasta lo inverosímil, si bien se ve con harta frecuencia en la sociedad.»

Las leyes de las *Siete Partidas*, de Alfonso X el Sabio, citadas por Mellado en los casos que conciernen a la ingratitud, son una reminiscencia del Derecho Romano, que más adelante diseña Séneca bajo el fanal deslumbrante del estoicismo griego, inspirado por Hécaton y adaptado a las costumbres de aquella Roma licenciosa. Todos los pueblos cultos han legislado sobre tal delito.

(5) En época de Tarquino el Soberbio se trataba al deudor de esta manera cruel, según el texto de las *Doce Tablas*: «Al deudor que confiesa su deuda o fuere condenado judicialmente, se le concedía un plazo de treinta días para su pago. No cumpliendo dentro de este término, el acreedor podía prenderlo y llevarlo ante el pretor. Si aun así no pagase, y nadie se presentase a responder por él, su acreedor puede ponerlo en la cárcel, amarrado con collar y grillos que no pesen más de quince libras, y sí menos, a su arbitrio. Constituído en este estado, el deudor vivirá de lo suyo, si pudiere; si no tiene, el acreedor le dará una libra diaria de harina o más, si fuere de su agrado. Si continuando así sesenta días no se conviniesen el acreedor y el deudor, puede el primero dentro de este término sacarle al mercado público tres veces, pregonando la deuda, para ver si alguno lo compra por el importe de ella. Pasado este término sin resultado, si los acreedores fueren muchos, harían trozos el cuerpo del deudor, pudiendo coger cada uno más o menos porción, sin incurrir en fraude, o vendíanlo a la otra parte del Tíber, si así lo preferían.»

(6) Aquí Séneca parafrasea lo que acerca de los dioses dijo en su *Ideario*. No es tan solamente este lugar en donde trata de la inmensa benignidad de los dioses, punto con el cual coincide la religión cristiana al ponderar la eterna excelsitud de los santos.

(7) Acaso este verso, latino como es consiguiente, pudiera ser de Ovidio, quien con Virgilio compartía los solaces de Séneca. Tanto es así, que en una de sus cartas

a Lucilio trata con verdadero amor, aunque impugándola, de la obra maestra del poeta mantuano. Véase la revista italiana *Convivium*, año II, núm. 1, enero-febrero 1930, artículo de Vittorio Fagazzini, «L'intento didattico delle «Géorgiche» di Virgilio e un gindizio di L. Anneo Seneca», págs. 93 a 104). Tal vez proviniera de su padre, poeta asimismo, de mentalidad asombrosa por su memoria tan feliz que con una sola lectura retenía para siempre cuanto leyera.

(8) M. Préhac juzga que este mito ingenioso lo tomó Séneca de Hecatón y éste de Crisipo. En realidad, Homero y Hesiodo fueron quienes nos proporcionaron referencias minuciosas. En tiempos del último, el número de las fábulas mitológicas no era menor que el de los dioses del gentilísimo, y éstos se multiplicaron tanto que pasaban de treinta mil. En este conjunto de fábulas han sondeado con gran espíritu investigador dos alemanes, Federico Creuzer y Attfried Muller, suministrando datos preciosos para esclarecer algún tanto el caos mitológico. El mito a que nos referimos, según M. Préchat, tomado de M. Roscher, en nada afecta con la mitología propiamente dicha de las Caridades personificadoras de la fuerza, de la lozanía, de la juventud y de las delicias de la vida. Tampoco referíase Séneca, decimos nosotros, a las diosas Clemencia y Piedad, la una representada entre los romanos en las monedas de la época por la imagen de una doncella que llevaba en la mano derecha una balanza y en la izquierda una lanza (léase su hermosa obra *De Clemencia*); la otra diosa tiene en una mano una cazolita que humea y en la otra el cuerno de la abundancia. Por su parte, la diosa Compasión parece que amamanta en su seno un nido de ruiseñores, mientras que reparte con prodigalidad el dinero a los desvalidos.

(9) Significa «el esplendor».

(10) Idem «florescencia».

(11) Idem «buen pensamiento».

(12) Idem «diosa universal».

(13) Por ser muy curioso vamos a copiar una parte de lo que en su *Enciclopedia* dice Mellado al tratar de las *Vestales* (t. 34, columnas 107 a 109): «La antigüedad nos

ha legado entre otros muchos recuerdos, dignos de perpetuarse, el de una institución que demuestra la fuerza y excelencia del sentimiento de la pureza y de la virginidad, prevaleciendo sobre el sensualismo grosero de aquella época. Tales son, en efecto, las Vestales, sacerdotisas cuyo orden era originario de Alba. Cuenta la historia romana que habiendo ido Rea Silvia, virgen vestal de Alba, a sacrificar a un bosque, aprovechándose el dios Marte de la ocasión, la violó, y dió después a luz dos gemelos, Rómulo y Remo, a quienes, colocados a la margen del Tíber, dió al principio de mamar una loba, y hallados por el pastor Faustulo los entregó a su mujer, Laurencia, para que los criase. Si hubiese algo de verdad en esta relación, ella probaría que la institución de las vestales fué anterior a la fundación de Roma. Fueron establecidas las vestales en esta ciudad por Numa Pompilio, segundo rey. Este sabio y religioso legislador no creó en un principio más que dos; Servio Tulio, según Plutarco, o Tarquino el Anciano, según Valerio Máximo y Dionisio de Halicarnaso, estableció dos más, ascendiendo entonces su número a cuatro. Más tarde, fueron ya seis, y este número fué fijo mientras duró la institución.

»El principal encargo de las vestales era la custodia del fuego sagrado, que ardía en honor de la diosa Vesta», diosa de la tierra, en su época de producción, personificación del fuego y numen de la pureza (se la representaba bajo la figura de una matrona vestida con mucho recato y cubierta con un velo: sus atributos son el simpulo, vaso sagrado de asas muy largas, con el cual se hacían las libaciones en los sacrificios; el paladio, talismán o prenda de salvación, y la lámpara, símbolo del fuego perpetuo).

»El fuego debía conservarse noche y día, y la superstición había supuesto que su extinción vendría acompañada de las más horribles desgracias; así que la vestal que por negligencia lo hubiese dejado apagar, era azotada rigurosamente por el pontífice máximo, volviéndose a encender después el fuego sagrado con la acción de los rayos del sol.

«Pero el grande y riguroso precepto de las vestales en

su vida privada, era el de conservar la virginidad, sin cuyo requisito no se las consideraba dignas de guardar el sagrado depósito que se les había confiado: la que violaba el voto de virginidad recibía un castigo mucho más severo que la que había dejado apagar el fuego sagrado.

»Nunca se las condenó a ser apedreadas; pero Festo habla de otra ley posterior que disponía que se les cortase la cabeza. Se cree que Tarquino el Anciano fué el primero que estableció el uso de enterrarlas vivas; a lo menos en su reinado se ejecutó por primera vez tal suplicio, que continuó después siendo el castigo ordinario de la vestal que había quebrantado el voto de virginidad.»

Cuando esto sucedía, todo el mundo vestía de luto, se cerraban las tiendas, el silencio era sepulcral, la consternación se apoderaba de todas las gentes, y al «cómplice del crimen se le azotaba hasta causarle la muerte».

Las vestales atendían por espacio de treinta años a la diosa. Diez eran de noviciado. Los diez siguientes desempeñaban su cometido. Los diez últimos instruían a las novicias, que, como sus maestras, ingresaban sin defectos corporales. Gozaban de grandes distinciones. Testaban aún viviendo sus padres, honor sólo concedido a los hombres; no prestaban juramento en ningún caso; disfrutaban de honesta libertad; recibían visitas de hombres y mujeres; asistían a cenas y espectáculos; iban por las calles precedidas de un lictor con las haces consulares; se les cedía el paso y se les rendían las haces ajenas; si encontraba a un criminal podía perdonarle la vida; ocupaban lugar distinguido en circos y anfiteatros, y todos sus gastos los costeaba el Estado.

El traje de las vestales consistía en la pretexta, manto blanco bordado de púrpura como el de los magistrados, en la túnica de lino, en las bandeletas y en el velo.

(14) Los lacedemonios sólo admitían dos *Gracias:* Clita y Faena. Los atenienses tenían también dos: Auxo y Hegemona, significando la que se crece y la que guía. Hesiodo añadió una más al grupo, Pitho, la persuasión.

Según Homero, dos de las Gracias se casaron, una con Vulcano y la otra con el Sueño, casamientos emblemáti-

cos del imperio que sobre un marido «áspero y rudo ejerce una mujer de índole dulce» o el amable abandono de las diosas que conceden a los humanos «dos dones liberales, la elocuencia fácil y la apacible igualdad del alma».

En la *Historia de Hércules*, de M. Gebelin, las tres Gracias representan tres meses de reposo y tres de recreo, y por eso aparecen cogidas de las manos, bailando en círculo, al paso que las nueve musas en los principios eran los nueve meses del año en los que se puede labrar la tierra. Entrábase en sus templos con coronas de flores. La primavera, pues, les brindaba sus delicias para que celebraran alegres fiestas. Dividían sus santuarios con las Musas, con Mercurio y con el Amor. En honor de las Gracias, en los banquetes se vaciaban tres copas coronadas de flores, por suponerlas hijas de Baco y moderadoras de los placeres.

Son célebres, o lo fueron, sus estatuas de oro de Bupalo, las de Sócrates, hijo de Sofronisca, y los hermosos cuadros de Apeles. Como emblemas del placer y de la alegría llevaban una rosa, un dado y un ramo de mirto. En una villa de Italia existía un grupo antiguo de las Gracias que, por desgracia, no han copiado pintores y escultores. En el Vaticano existe un bajorrelieve representando a las Caridades con Hermes, o sea Mercurio, así llamado en griego.

(15) Era, según la fábula, hijo de Júpiter y de Maya, y el mensajero de su padre y de los dioses, y al mismo tiempo el numen de la elocuencia, del comercio (de donde se supone que le viene el nombre, a Mercibus) y del robo. Al siguiente día de su nacimiento en el monte Cileno, en la Arcadia, dió una prueba de su sagacidad robando los bueyes de Admeto, que guardaba Apolo, a los cuales hizo andar hacia atrás para que no pudieran descubrirles por las pisadas. Robóle también el carcaj con sus flechas, y a más el tridente a Neptuno, el ceñidor a Venus, a Marte la espada, a Júpiter su cetro y a Vulcano los instrumentos de su oficio.

Prendado Júpiter de su sagacidad le nombró copero de los dioses, hasta que fué reemplazado por Ganimedes en este cargo. Poco después, irritado Júpiter contra Mercu-

rio por sus continuos robos, le arrojó del Olimpo y le envió a guardar ganados con Apolo. Entonces fue cuando inventó la lira para distraerse de sus pesares, y dió este instrumento a su compañero de infortunio en cambio del caduceo.

Tuvo Mercurio gran número de hijos de las varias mujeres que la fábula le atribuye.

Cuéntase que este intérprete y ministro de los otros dioses les servía con un celo infatigable en las varias comisiones que le daban. Cuidaba del interior del Olimpo; de presidir los juegos y las asambleas, de oír las sentencias y arengas públicas y de contestar a ellas; de asistir a todos los tratados de paz y de alianzas; inspiraba a los oradores como Apolo a los poetas; los viajeros, los mercaderes y también los rateros estaban bajo su especial protección. Era el encargado de conducir a los infiernos las almas de los muertos y de sacarlas de él, y según la creencia de los paganos, no podía morir alguno hasta que Mercurio había roto por completo las ligaduras que tenían el alma atada al cuerpo.

Representábase a Mercurio bajo el aspecto de un hombre joven y agraciado, unas veces desnudo y otras con un pequeño manto en las espaldas, que no le cubre más que medio cuerpo. Como divinidad tutelar de los comerciantes, se le representa con la bolsa en la mano izquierda, y en la otra un ramo de olivo y una clava, símbolo el uno de la paz, útil al comercio, y el otro de la fuerza y de la virtud, necesarias al comercio. Como negociador o agente de los dioses lleva el caduceo, emblema de la paz: este instrumento tenía además la virtud de hacer venir el sueño a los mortales. Llevaba una especie de sombrero llamado *petaso*, y a sus pies unas alas llamadas *talonarias*. Las tenía también sobre las espaldas, en el petaso y en el caduceo, para indicar la prontitud con que ejecutaba las órdenes de los dioses. De estas alas unas eran blancas y otras negras; las primeras le servían para entrar en los infiernos; de las segundas usaba en el cielo. Colócase cerca de Mercurio al gallo como emblema de la vigilancia que exigen las muchas funciones de que estaba encargado, y la tortuga, con que también

se le suele representar, alude a haber sido el inventor de la lira. Se le representa algunas veces con una lanza o tridente en la mano, como protector del comercio marítimo; y porque, según Macrobio, en la distribución que hizo Júpiter de los elementos entre varias divinidades, encargó el fuego a Apolo, la tierra a Febo, a Venus el aire y a Mercurio el agua. Por último, se le ha representado también con los dos sexos para atribuirle la virtud de hermanar las voluntades.

Por alusión a sus atributos o tal vez a causa de los lugares en que nació, habitó o fué adorado, se le dieron los varios sobrenombres de *Arcas Delio, Cylleno, Caduceator, Canido Triplex, Tricephalos* y otros. En su culto, que se halla generalmente extendido por Egipto, Creta e Italia, no había más cosa notable sino que se le ofrecían las lenguas de las víctimas como emblema de la elocuencia. También le ofrecían miel y leche, para indicar la dulzura de las palabras. Los egipcios le sacrificaban la cigüeña, tal vez porque colocada generalmente este ave en lo más alto de las torres, parece allí ejercer una vigilancia sobre todo el mundo.

De vuelta de sus viajes le ofrecían los viajeros unos pies alados. Los comerciantes romanos celebraban el 15 de mayo una fiesta en honor suyo, en el aniversario de la dedicación de su templo en el gran circo, en el año 675 de Roma.

En Atenas y en otros pueblos de la Grecia había unas *Hermes* o estatuas de Mercurio, de mármol o bronce, sin pies ni manos. Hacíanse de figura cúbica, porque Mercurio era también considerado como el dios de la verdad, no obstante lo mal que ésta se hermana con el robo; y como las estatuas cúbicas de cualquier modo que caigan siempre quedan rectas, se comparaba con ellas a la verdad, que se presenta firme e inalterable. Los romanos las llamaron *Termes*, y las ponían en las plazas públicas y en las encrucijadas de los grandes caminos, grabando en ellas inscripciones que indicaban a los viajeros los pueblos adonde conducían. Otras veces se veían salir de la boca de las estatuas de Mercurio unas cadenas de oro que iban a parar a las orejas de otras figuras, para de-

mostrar la fuerza de la elocuencia y el poder irresistible que ejerce sobre todo el mundo.

(16) Eran las diosas de la juventud y de la hermosura.

(17) En los himnos homéricos danzaban dando vueltas con las *Caridades* y *Afrodita*, según M. Préchac. Horacio hacíalas danzar con las *ninfas* y *Venus*. Según Dugas Montbel, a esta diosa y a Mercurio los satirizó Homero en dos himnos de la *Odisea*. Mercurio es alabado a título de bribón rematado desde la cuna; Venus, como cortesana pasablemente descarada.

Veamos cómo describe la Mitología a Venus. Era la diosa del amor y de la hermosura, llamada por los griegos Afrodita, que quiere decir nacida de la espuma del mar cerca de Chipre o Citera, lo que sin duda aludía a que su culto fué traído por mar o que esta divinidad nació en una isla.

Fué sensual y licenciosa. Los céfiros la acariciaron al nacer, y cuando subió al Olimpo admiró a los dioses e inspiró celos terribles a las diosas. Júpiter, en castigo de su indeferencia, la obligó a casarse con Vulcano, el más feo. Le fué infiel: con Marte tuvo a Hermione, Cupido y Anteros; con Mercurio, a Hermafrodita; con Baco, a Priapo, y con Neptuno, a Erix. Abandonó el Olimpo para seguir al hermoso Adonis. De los amores de Anquises nació Eneas. Disputó violentamente con Palas y Juno cuando Paris le adjudicó el premio de la hermosura. En recompensa le concedió la más hermosa mujer, Elena. Defendió en la guerra a los troyanos y fué herida por Diomedes.

El culto de Venus fué universal: era la deificación del grosero sensualismo que reinaba por entonces. Instituyéronse fiestas brillantes y suntuosas, particularmente entre los romanos, juzgándose descendientes de Eneas. La licencia y el libertinaje reinaba en estas fiestas. En ellas no se sacrificaba víctima alguna. De las flores se ofrecía a Venus la rosa; de los frutos, la manzana; de los árboles, el mirto; de las aves, el cisne, el gorrión y especialmente la paloma; de los pescados, los aphyas y lycostamos.

El origen de este mito se supone nacido en Afrodisa,

reina de peregrina hermosura y licenciosa en extremo. Innumerables jóvenes acudían a su corte para obtener sus favores y los de las damas que formaban su séquito.

De varias maneras se representaba a la diosa: en Elcida, sobre una cabra con un pie encima de una tortuga; en Esparta y en Citera, armada como Minerva; en Olimpia, saliendo de las olas del mar en actitud de recibirla el Amor y coronándola otra diosa, la Persuasión; en Gnido, enteramente desnuda, y en algunas ciudades romanas acompañada del Amor y sentada en un carro tirado por cisnes y palomas.

En las fiestas de Venus las doncellas le sacrificaban el pudor y las casadas la fidelidad conyugal. Esto último, es decir, los frecuentes adulterios, ya veremos cómo los anatematizaba Séneca rompiendo lanzas por el herido sentimiento de la castidad y por su alta belleza.

(18) Era la musa de la comedia. Se la representa bajo la figura de una joven graciosa y amable, coronada de hiedra, calzada con borceguíes, con un espejo en una mano y una mascarilla en la otra. A sus pies tiene un tirso.

(19) Eran divinidades que presidían a las ciencias y a las artes. Eran nueve: *Clío, Euterpe, Talía, Melpómene, Terpsícore, Erato, Polimnia, Caliope* y *Urania*. Presidían respectivamente a la historia, a la música, al género cómico, a la tragedia, al baile, a la alegría o a la poesía erótica o fugitiva, al himno, a la oda y al ditirambo, al poema heroico, a la astronomía.

Decía Hesiodo, prescindiendo de otros autores, que en el Olimpo cantaban las maravillas de los dioses, conocían lo pasado, lo presente y lo venidero y alegraban la corte celestial con sus conciertos armoniosos.

En lo antiguo las consideraban como divinidades guerreras, y, en ocasiones, las confundían con las bacantes. Muchas ciudades de Grecia y de Macedonia ofrecían sacrificios a las Musas. En Atenas tenían un templo magnífico, compartido con las Gracias. Roma les consagró tres templos. En el último tenían el nombre de *camoneas*.

Sus mansiones ordinarias eran el Parnaso, el Helicón

y el Pindo. El caballo Pegaso pacía en estas montañas. Le estaban consagrados los ríos y las fuentes más célebres, la Hipocrene, la Castalia y el Permeso; entre los árboles el laurel y la palmera. En todos los convites conmemorativos se invocaba a las Gracias y a las Musas con la copa en la mano.

Eran jóvenes, hermosas, modestas y vestidas con sencillez. Apolo, con la lira en la mano y coronado de laurel, las capitaneaba. Cada una tenía su corona y atributos particulares. Todas llevaban alas en sus trajes amarillos. Danzaban en coro para probar así la estrecha relación de las ciencias con las artes.

También se las llamaba Piéridas, Castálidas, Aganépidas, Sibétridas, Aónidas, Helicómadas y con otros nombres de lugares en que se les rendía un culto más especial.

(20) Séneca, como dijo Tácito, era «un espíritu maravillosamente adaptado al gusto de su época». Como nos recuerda don Antonio Jaén, «en los comienzos de sus estudios se sintió dominado por el ascetismo [¿cómo no si estuvo forcejeando a brazo partido con la muerte?], y quiso retirarse de todo lo que hasta entonces le había agradado; la sobriedad más escrupulosa guiaba todos sus pasos, y aunque luego, a ruegos paternales, abandonó esta teoría, no la dejó tanto que en su vida no quedaran huellas profundas para siempre».

En los tiempos modernos llámase teología ascética a la doctrina que enseña los medios de ejercitarse en la virtud, de fortificarse en el bien y de resistir a todas las tentaciones y a los estímulos de la carne. ¿Abarco todos estos extremos Séneca? ¿No hemos dicho en la *Introducción* que de todos los filósofos griegos se asimiló algunas ideas, aunque se asociara en mayor grado al estoicismo?

Pero para los estoicos no había más regla moral que la razón. Las acciones humanas eran para ellos de dos clases, conformes o disconformes con la razón. Séneca se jactaba de ser un razonador, pero no un exclusivista. En las conferencias que dió don Marcelino Menéndez y Pelayo, al tratar de los senequistas y de los antisenequistas,

evocó a Diderot como fogoso apologista del filósofo nacido en Córdoba.

Séneca no confirmaba con sus palabras, sino sólo con sus hechos, que era un estoico..., pero no un asceta. Para los estoicos el placer y el dolor, no teniendo razón ni sinrazón, dejaban de ser el bien y el mal. Fundados en esta teoría, la teoría del azar fortuito que pudiéramos llamarla, los estoicos se hacían superiores a las penalidades de la vida, al rigor de las estaciones; despreciaban el dolor y el deleite; no apreciaban en nada los goces más inocentes y puros, y trataban a los demás hombres que se recreaban en las maravillas de la naturaleza y en los primores de las artes como seres degradados que no conocían su propia dignidad. A Epicuro, cuya doctrina del epicureísmo tan opuesta les era, no podían perdonarle los aplausos que le prodigaban sus partidarios.

¡Bien cebaron en él su envidia y malignidad! ¡Bien le persiguieron! Nada turbó el temple benigno de Epicuro. A la edad de setenta y dos años, después de soportar con gran resignación una larga enfermedad, murió sin dejar de hablar de filosofía y con una aureola de respetabilidad con que toda la Grecia le vió desenvolver su vida inocente y patriarcal.

Cuando hizo sus primeras avanzadas como filósofo, el que se había señalado por la novedad de sus teorías era Pirro, «el padre de la duda universal», quien apenas convenía en que era preciso reconocer como cierta la propia existencia, confirmada con muchas deducciones lógicas por sus mismos discípulos. No consideraba Epicuro indigno de la filosofía averiguar los medios de hacer que esta vida fuese lo menos incómoda posible.

Era un problema nuevo. Sócrates procuró averiguar cómo deben vivir los hombres, pero no el hombre aislado, dueño de sí mismo, considerado como centro de todas sus fuerzas activas. Aristipo había enseñado que el fin de la vida del hombre debía ser agradarse a sí mismo; pero dejaba que la naturaleza consiguiese por sí misma este resultado, acomodándose al imperio de las circunstancias y de los sucesos. Platón buscaba la felicidad en el conocimiento de lo bello y de lo bueno, pero este destino esta-

ba reservado a las almas de un temple sublime como la suya, ¿y cómo puede la mayoría del género humano sujetarse a un trabajo que supone tanta fatiga mental y que pueden frustrar a cada paso las flaquezas, las preocupaciones, el desaliento, tan inherentes a nuestra naturaleza?

Por último, Aristóteles enseñaba que la felicidad es el fin a que debe aspirar el hombre; pero en su sistema la felicidad consiste en la energía del alma, puesta en actividad en un sistema de relaciones que suponen una organización política en que el hombre existe para todos y todos para él. Por tanto, la cuestión sencillísima de cómo ha de entenderse una vida exenta lo más posible de dolor y de incomodidad, no se había presentado todavía a la discusión filosófica, pero una vez presentada en estos términos, no es de extrañar que llamase la atención de los filósofos, sino de los hombres serios y pensadores.

Dejaba de ser un instinto y se elevaba a la altura de la ciencia, en la que se sitúa Séneca en las intenciones que le obligan a estudiar los beneficios en todos sus aspectos y categorías. Esta propensión irresistible que sentimos dentro de nosotros mismos, y cuya acción domina todos los momentos de nuestra existencia, impulsándonos al bien como único objeto apetecible..., no solamente para los demás, sino para nosotros mismos.

Omitimos más explicaciones acerca del epicureísmo, por ser más adelante desenvueltas en las notas 95 y 119.

(21) Era el rey de los dioses. Tenía la facultad de exterminarlo todo con uno de sus rayos. Los poetas le concedieron distintos epítetos; pater omnipotens (padre omnipotente), rector Olympi (dominador del Olimpo), etcétera. Pero según las creencias gentilicias no era el único, como hemos visto, a quien se tributaba adoración y a quien se erigía templos y altares.

Recordemos a Vulcano, dios del fuego; a Ceres, diosa de la tierra; a Eolo, dios de los vientos; a Baco, de las vides; a Pan, de los pastores; a Priapo, de las huertas; a las Oreades, de los montes; a las Hénides, de los prados. Los árboles tenían sus amadryades; los pastos y las flores sus napeas; los bosques sus dryades; el mar sus

nereidas y los ríos sus náyades. Marte fué adorado como dios de la guerra, Minerva como diosa de la sabiduría, Mercurio de la elocuencia, Apolo de la poesía, Venus de la hermosura, Cupido del amor e Himeneo de las nupcias. Había también dioses domésticos, los lares.

Además, los romanos creían en la existencia de otras divinidades que estaban al cuidado de la vida de los hombres. Lucina era la diosa abogada de los partos, Vituno daba vida a la criatura y Setuno la concedía el sentido. Lenona se encargaba de levantarla sobre la tierra, que era la madre común; Cunina guardaba el recién nacido en la cuna; Rumiana lo amamantaba con sus pechos; Potina cuidaba de la comida y bebida de los niños; Manduca evitaba que el comer o el beber les hiciese daño; Ponencia los apartaba de los peligros; Vaticano enjugaba sus llantos; Mite les inspiraba buenos sentimientos; Conjus les daba buenos consejos, y Sencia ponía en sus labios frases amorosas para sus padres.

En lo moral y en lo físico apenas hubo idea que no tuviera su divinización. Roma, señora del mundo, hízose esclava de todas sus supersticiones e introdujo otras nuevas. Tulo Hostilio erigió templos en Roma a la amarillez y al miedo. Lactancio se burló de esto diciendo que los romanos tenían por dioses a sus mismos males.

(22) Esta máxima básica para la beneficencia se repite con frecuencia en esta obra y en otras de Séneca.

(23) Es otra idea que también repite Séneca.

(24) La corona atlética se daba en premio al que vencía en los juegos públicos; la corona castrense, valar o vallar, se concedía al soldado romano que entraba primero dentro del campo enemigo, venciendo los embarazos y dificultades de fosos, trincheras y estacadas: era de oro y tenía esculpidas las insignias de la estacada; la corona cívica, de hojas de encina con sus bellotas, era entregada por el general a todo ciudadano que al matar a un enemigo había salvado la vida de otro guerrero; la corona mural estaba reservada para el primero que escalaba las murallas de la plaza sitiada: era de oro y representaba almenas de murallas; la corona naval, a quien tomaba al abordaje un buque enemigo; la corona obsi-

dional, entretejida con hierba verde, la ofrecían los sitiados al capitán que había hecho levantar el sitio; la corona oval, de mirto y laurel, destinada a los pequeños triunfos, llamados ovaciones, y la corona mural, en un principio de laurel y después de oro, y por último se acostumbró a llevar multitud de ellas delante del carro del triunfador, o sea del general que volvía victorioso a Roma.

(25) Toga con sobrecuello grande, que cae de los hombros a las espaldas a modo de muceta.

(26) Instrumento que por insignia de jurisdicción ostentaban los magistrados en Roma.

(27) El juicio que no tiene apelación, aunque sea infundado, como puede ser a cualquier persona el de la opinión pública o el de la posteridad.

(28) Los coches eran entonces carros, patrimonio de los hombres poderosos. Nerón, que los guiaba por sí mismo en el circo romano, se jactaba de su habilidad.

(29) Dios alegórico de los romanos que tenía un templo, al cual no se podía entrar sino atrevesando antes el de la virtud.

(30) Cebada a medio moler, después de remojada y quitada la cascarilla.

(31) Según M. Préchac, Séneca parafraseaba a Virgilio, adaptándolo al desenvolvimiento de sus asertos.

(32) De Sócrates hemos hablado en la *Introducción*.

(33) Aquí Séneca parafraseó a Platón. Cómo no había de reducir, por otra parte, la fortuna al significado del destino, quien por su manera de pensar y por reparar en los desastres de la guerra del Peloponeso, la toma de Atenas por Lisandro, la dominación de los demagogos o de los tiranos, la corrupción de las costumbres republicanas, el engrandecimiento amenazador del imperio macedónico, y por presentir la esclavitud y ruina de su patria, despreció en alto grado las riquezas. Además de esto, ni Homero en sus poemas, ni Hesiodo en su teogonía, hacen mención de la fortuna, muy anteriormente a Platón, pues por entonces se confundía con el destino.

Más tarde se separó de él, tuvo cultos y altares y se le representó bajo diferentes formas y con diversos atribu-

tos. Según algunos autores, tenía a Pluto en sus brazos para probar su estrecha unión con este dios; pues el dinero domina casi siempre a la fortuna, y se necesita en todas las empresas, aun en la más heroicas. En varias naciones griegas se le veía con un timón en la mano y el pie apoyado en la proa de un buque, ora con un sol y media luna en la cabeza, anunciando así que lo mismo que estos astros preside a todos los acontecimientos de nuestro globo.

Aunque la fortuna casi siempre es representada bajo el aspecto de una joven hermosa, algunos artistas poco galantes la han pintado, por el contrario, calva, ciega, con alas en los pies, y descansando uno de ellos sobre una rueda, y el otro mantenido en el aire.

Los romanos pronto la dieron cabida en su Panteón: Tulo Hostilio la consagró un templo, y habiendo prosperado su culto, la ciudad de Antio concluyó por erigir ocho en honor suyo, mientras que en Roma poseía mayor número de ellos que el inmenso Júpiter. La mayor parte de las medallas de los emperadores romanos llevan al mismo tiempo la efigie de la fortuna con distintos atributos: fortuna constante, fortuna victoriosa, etc., aparecían con el cuerno de la abundancia, la rueda y el timón. También la adversidad o mala fortuna tenía sus templos.

(34) Sin embargo de esta depravación o relajación de costumbres romanas, podemos citar dos casos sublimes de moralidad. La casta esposa de Colatino, la que se atravesó el corazón *para que nunca una mujer sin honra se atreviese a vivir tranquila tomándola por ejemplo*, lió ocasión a que Bruto, vibrando el puñal humeante con la sangre de tan ilustre matrona, mandase exponer en el Foro su cadaver, mientras que arengaba entre rugidos de justa indignación al turbulento pueblo del Tíber, y contribuye a que el soberbio Tarquino buscara un asilo en Etruria con sus dos hijos, terminando así la odiosa tiranía de los reyes y erigiéndose en Roma la república.

El otro caso nos presenta al padre de la desgraciada y bellísima Virginia dándola muerte para arrancarla a la deshonra que la preparaba con su impúdico amor el *decenviro* Apio. Parricidio heroico que hizo estallar la com-

primida ira del pueblo romano, que supo hacerse justicia.

(35) César convirtió la disipación en virtud. Aun cuando adeudaba sumas de dinero considerables, proseguía en sus liberalidades, y cuando sus amigos le preguntaban: «¿Qué os queda ya?», contestaba tan ufano: «La esperanza.»

Más tarde, el corifeo de los disipadores fué sin disputa el célebre glotón romano Apicio, quien se pavoneaba tan orgulloso por haber dado su nombre a unos pasteles, y que según refiere Séneca en otra de sus obras tenía una escuela de buen comer, como tenía Platón una de filosofía. Gastó en tales gastronomías un caudal equivalente a dos millones y medio de pesetas, y cuando se percató de que sólo le quedaba un sestercio, se envenenó por miedo a morirse... de hambre.

Pero estos casos fueron puramente individuales. En cambio, la disipación en la política, a que ahora se refiere Séneca, era una verdadera corrupción moral. En lugar de hacer justicia, se vendía; en vez de cumplir con las obligaciones del empleo, se explotaba.

¡Qué hermoso ejemplo de continencia y virtudes cívicas el del cónsul Curio Dentato, que era tan pobre como gran patricio! Al tratar, en nombre del pueblo romano, de la paz con los embajadores samnites, para atraerle a sus intereses, con oro, con mucho oro, quisieron sobornarle. Todo lo rehusó para atender al interés patrio. Y replicóles con estas frases verdaderamente lapidarias: «Mi pobreza os ha hecho pensar que podíais corromperme. Tened entendido que yo no estimo tanto el tener oro como el mandar a los que son ricos.»

(36) Cicerón, en su tratado *De Oficios*, profesó entre los filósofos el mayor número de máximas llenas de equidad, protestando contra la conducta de Roma, contra los esclavos y contra las naciones vencidas.

(37) En la nota anteprecedente vimos cómo se arruinó y pereció trágicamente el glotón romano Apicio. Por su repugnancia no narramos lo que era capaz de engullir el granadero Tarare, que era al mismo tiempo antropófago, omófago y polífago, es decir, comedor de carne

humana, de carne cruda y de voracidad insaciable. Un cuarto de buey se lo comía en veinticuatro horas. En pocos instantes se comía la comida de quince jornaleros. Comía pedruscos, tapones de corcho y cuanto le presentaban.

(38) La virtud, es decir, la fortaleza del alma, no se puede encontrar en un hombre, y menos en una mujer, enervados por el lujo y la molicie, y hasta los mismos filósofos gentiles han tenido por imposible el aparecer como austeros aunque no fuera más que entregándose a la vanidad.

(39) Para el esclavo, en tiempo de Séneca, era la libertad el bello ideal de todas sus ilusiones y la grandiosa realización de todas sus esperanzas.

Era como para el ciego la luz, como para el mendigo la riqueza, como para el enfermo la salud, como para el afligido la alegría y el consuelo. Pero para un pueblo corrompido y un monarca envilecido, como lo fuera Calígula, Claudio y Nerón, era la libertad tan funesta como lo sería un arma en las manos de un homicida o de un loco.

(40) Cuando los pueblos incrédulos y viciosos quieren ser libres se hacen bárbaros, violentos y salvajes, y pueden seguirse sus pasos por las huellas de sangre que dejan en pos de sí y por el terror que difunden por todas partes. En los pueblos antiguos la crueldad dominaba en las instituciones, en las leyes y en las costumbres. El despotismo poseía a la vez la soberanía que hace las leyes, el gobierno que las interpreta y las aplica y la fuerza pública que las hace ejecutar y respetar.

(41) Tal es la sed de dominar que el déspota, para mandar sin trabas, no tenía reparos en colocarse bajo la tutela y el puñal de los dispensadores de su poder, y para tener esclavos se entregaban ellos mismos a la esclavitud más vil y peligrosa. El grito de un soldado, el anatema de un sacerdote bastaban para promover una sedición, y la vida del déspota quedaba a merced de los instrumentos de su despotismo. Lo más horroroso era que se desencadenara una guerra civil y sufrieran las consecuencias nobles ciudadanos, sabias corporaciones

e ideas generosas. Pertinax sirva de ejemplo. Pasó en olvido a quienes debía el imperio y que tan sólo reinaba por ellos, atreviéndose a decir a los soldados del pretorio que sabía elegirlos, pero no comprarlos. Su muerte fué la contestación obtenida por aquellas palabras cívicas.

Para aproximarse a lo que Roma gastaría en sangre y en dinero con sus guerras civiles, podemos recordar lo que en España ha costado la guerra carlista: más de cinco mil millones de pesetas por el Gobierno constitucional, sin incluir lo que le representara al erario carlista, las víctimas causadas por una y otra parte, robos, incendios, saqueos, etc.

(42) Alejandro hizo ocho campañas, durante las cuales conquistó el Asia y una parte de la India; Aníbal hizo diez y siete: una en España, quince en Italia y una en Africa; César hizo trece: ocho contra los galos, cinco contra las legiones de Pompeyo; Gustavo Adolfo hizo tres: una en Livonia contra los rusos, dos en Alemania contra la casa de Austria; Turena hizo diez y ocho: nueve en Francia y nueve en Alemania; el príncipe Eugenio de Saboya hizo trece, dos contra los turcos, cinco en Italia contra Francia, seis sobre el Rhin o en Flandes; Federico hizo once: en Silesia, en Bohemia y las márgenes del Elba; Napoleón hizo catorce: dos en Italia, una en Egipto, una en Siria, cinco en Alemania, una en Polonia, una en Rusia, una en España y dos en Francia. ¿Bebieron vino los guerreros de estas noventa y ocho campañas? ¿Bebieron bebidas alcohólicas, según los rumores públicos, para intensificar las energías y derrochar actos de heroísmo? Cabe suponerlo así, por las palabras de Séneca, en lo que afecta; por informes fidedignos, en otras posteriores.

Ciro, César, Mahoma y Napoleón fueron tan célebres por su sobriedad como por el poderío que ejercieron sobre los pueblos. A la misma virtud debió Sócrates la robusta salud y la igualdad de ánimo que no recibiera de la naturaleza. Masinisa fué padre a los ochenta y seis años, y a los noventa y dos vencedor de los cartagineses, en contra del supuesto de Carlos I de España, que la guerra es como el amor de las mujeres, que otorga sus favores a la juventud y desprecia las canas.

Alejandro Magno, por su parte, dotado de una excelente constitución, la derrumbó muy pronto con su intemperancia, y murió en la flor de su vida, después de haber oscurecido su gloria. Ya lo dijo Napoleón: «Alejandro Magno había dado principio con el alma de Trajano, y acabó con el corazón de Nerón y las costumbres de Heliógafo.»

(43) En Grecia y en Roma, donde tanto se cultivaron las ciencias, sobre todo las filosóficas y políticas, desconocieron de todo punto la legislación penal. En Grecia fueron las leyes sanguinarias y los jueces imponían las penas a su arbitrio. En Roma sucedía lo propio. En los primitivos tiempos existía el derecho de vida o muerte que los padres tenían sobre sus hijos, la tutela perpetua de la mujer; más adelante penas atroces y desproporcionadas, sin plan ni concierto entre sí; en el último período de la república, tiranía, proscripciones en masa, cabezas ensangrentadas, arrojadas como trofeo a los pies de los que salían victoriosos en sus repetidas discordias intestinas. Durante el imperio, la inmoralidad y la corrupción entronizadas: reuniendo lo más inicuo y degradado de la raza humana con lo más vicioso y abominable del paganismo, religión de sensualidad destructora; la virtud menospreciada, el crimen levantándose osadamente; miles de hombres sirviendo de pasto a las fieras para entretener la ociosidad de cortesanas impúdicas; leyes penales que sólo son un instrumento de exterminio contra los enemigos del emperador o de sus cómplices favoritos, pero sin ninguna norma de justicia. Y como prueba concluyente de todo y como padrón de escándalo e ignominia, la ley de lesa majestad, clasificando en este delito ciertas acciones que jamás tuvieron este carácter; ley reformada y aumentada hasta los tiempos de Tiberio, que clasificó los hechos más insignificantes, las simples palabras, los suspiros exhalando, las lágrimas vertidas sobre la triste suerte de Roma, entre los delitos de lesa majestad, que se castigaban con la muerte, en tanto que la vil adulación y la infame calumnia eran actos dignos de premio y de alabanza.

Por supuesto que Séneca, conocedor de su época, se

refería a criminales y no a homicidas. Sabemos que antiguamente se pagaba un tributo, llamado homicidio, en equivalencia de la persona del homicida que deseaban salvar de la pena.

Y como lógicamente se representaba al homicida bajo la figura de un hombre de fisonomía vulgar, cubierto con una armadura y un vestido rojo, una espada sangrienta en una mano y una cabeza en la otra, y mirando hacia atrás para ver si le perseguían.

(44) Al referirse Tácito a los tiranos, entrega a la execración de los siglos la memoria de Nerón y de Calígula, y se felicita de vivir bajo los pacíficos reinados de Nerva y de Trajano. «¡Dichosos los tiempos—dice—en que se puede pensar libremente y decir lo que se piensa!»

(45) Justiniano, en sus célebres *Instituciones*, hubo de establecer cuatro delitos privados, o sean los que perjudicaban a los particulares. Eran los únicos que engendraban un derecho personal, el del perjudicado. Tales delitos eran el hurto, el robo, el daño hecho a nuestro patrimonio y los que no producen provecho alguno al que lo causa. Era ladrón de hurto el que se apropiaba fraudulentamente alguna cosa con la intención de procurarse algún lucro y sin consentimiento de la persona perjudicada por esa acción dolosa; era ladrón de hurto el que intentaba apropiarse o valerse de cosa ajena por algún tiempo, si era propia, pero con algún gravamen favoreciendo a un tercero, quien se perjudicaba con la sustracción fraudulenta. Había también delito de hurto, y por consiguiente se llamaba también ladrón al que lo comete, si un tercero tiene su derecho real e interino, como el de posesión, y atenta otro aquel derecho por cualquiera de los ilegítimos medios indicados. Llamábase ladrón manifiesto al aprehendido o visto con la cosa hurtada antes de que hubiese tenido tiempo de esconderla, y ladrón no manifiesto en caso contrario. Por la ley de las *Doce Tablas* se castigaba al primero con la pena de azotes y luego pérdida de la libertad, cuya pena fué sustituída por los pretores con la del cuádruplo del valor de la cosa hurtada; la del ladrón no manifiesto no excedió nunca del duplo de dicho valor. Por supuesto que a la obliga-

ción de pagar la pena unía el ladrón la de tener que restituir el objeto que constituía el hurto, si existiese dicha cosa en especie, o su estimación cuando no pudiese restituirse en aquélla.

Entre los egipcios era su repugnancia al ladrón tan evidente, que lo simbolizaban con la figura de un lobo, y en la mitología griega y romana el dios de los ladrones era el menos considerado entre todos ellos, que, como sabemos, era Mercurio. Aun siendo el dios de la elocuencia y del comercio, como éste en ocasiones emplea malas artes y obtiene crecidas utilidades, le juzgaban asimismo a Mercurio el dios amparador de los hurtos, así como ya dijimos que en el Olimpo era el rufián de los dioses.

(46) En los últimos tiempos de la república romana había tres clases de delitos: unos, cuya pena estaba fijada por una ley especial, pudiendo, respecto de ellos, ser acusador cualquier ciudadano, por lo cual se llamaban juicios públicos los entablados a consecuencia de ellos, como el de lesa majestad, el de parricidio, el del adulterio, que es el que ocupa nuestra atención ahora; el peculado o hurto de caudales por los que intervienen con ellos, y otros delitos.

Había también delitos sin pena señalada por ninguna ley general ni particular, sino que se castigaban meramente por el arbitrio judicial, siendo de ordinario también público el derecho de acusación, y cuyos delitos consistían en la violación de sepulcros, de concusión, de prevaricación y otros. Las acciones, por medio de las cuales se pedían la imposición de dicha pena arbitraria, se llamaban por los romanos extraordinarias.

Por último, se conceptuaban como delitos privados o maléficos, de uno de los cuales hemos hablado en la ilustración anterior, a los que directa y principalmente perjudicaban a un particular, quien tenía exclusivamente por lo mismo el derecho de pedir la imposición de la pena marcada por la ley, siendo ésta aplicada a su favor cuando era pecuniaria.

Para el adulterio, la legislación romana era tan severa como las anteriores legislaciones. Un tribunal doméstico juzgaba este delito. El marido era el acusador y los pa-

rientes los jueces. Las fórmulas del juicio y la pena eran por completo arbitrarias, y la ley autorizaba para imponer la de muerte. Probado el delito, la mujer criminal sufría la última pena sin ruido ni aparato en un lugar oculto, y se la enterraba con el mayor silencio con el propósito de no mancillar el honor de la familia. En tiempos del imperio, en vista de la relajación de costumbres, dictáronse disposiciones más enérgicas.

(47) Este era uno de los delitos privados.

(48) Las leyes romanas que al principio sólo se aplicaban al robo de los objetos destinados al culto divino, las hicieron extensivas más adelante a cualquier crimen cometido contra la ley de Dios, bien fuera por malicia o por ignorancia.

(49) Como ya hemos dicho anteriormente, de nada se ha abusado tanto como de la calificación de los delitos de lesa majestad. Célebres son las leyes romanas por la extensión que dieron a esta clase de delitos, comprendiendo entre ellos no sólo los atentados contra las personas de los emperadores, sino también acciones de escasa o ninguna criminalidad. Era delito de lesa majestad el intento de privar al príncipe, como entonces se decía, del trono. Eralo igualmente hablar contra sus ministros y, por último, la profanación de sus estatuas por actos poco decorosos en el lugar donde estaban colocadas. Graves y terribles penas imponían aquellas leyes, que no satisfechas con hacerlas recaer sobre la cabeza de los culpables, hacían sentir su rigor a sus inocentes hijos.

Como ejemplo de traición podemos citar que Yugurta hubo de notar grave ausencia de autoridad entre los senadores romanos de su tiempo, que se dejaron sobornar por él y aprobaron sus crímenes, dándole razón sobrada para decir cuando salía de Roma: «¡Oh ciudad venal, tú dejarías de existir bien pronto si alguien tuviera oro bastante para comprarte!»

(50) Como Séneca, antes de llegar a ser víctima de la crueldad de Nerón, estuvo a punto de serlo por parte de Calígula, y es de suponer que ya se había desterrado de la corte de aquél, respiraba por la herida, como vulgarmente se dice. A lo largo de esta obra de Séneca se insinúan sus resquemores.

(51) Estos espectáculos vinieron a formar parte de los regocijos del pueblo romano, siendo el número de gladiadores de mucha consideración en aquellas fiestas públicas que daban los ediles y otros magistrados. En la época del imperio la pasión de los romanos por estas fiestas se exaltó de tal manera que, después del triunfo de Trajano contra los dacios, se dió al pueblo un espectáculo con más de diez mil gladiadores.

Los gladiadores eran o prisioneros de guerra, o esclavos, o malhechores sentenciados, o ciudadanos libres. Los gladiadores que, para conmemorar funerales de alto rango, reminiscencia del sacrificio de esclavos realizado por los etruscos ante las piras funerarias, combatían a consecuencia de una sentencia, eran de dos clases: quienes debían morir al cabo de un año cuando más; quienes tenían algunas probabilidades en su favor y lograban a los tres años el ser puestos en libertad. Los ciudadanos libres combatían por cierta suma de dinero.

Bajo el imperio rayó tan alto el entusiasmo por estos espectáculos sanguinarios, que hasta caballeros, senadores y mujeres descendieron a la arena del circo para combatir, mientras, como dijo el poeta:

«La multitud atónita se embebe,
como en el circo la romana plebe,
que atenta reprobaba o aplaudía
el gesto, el ademán, la mirada,
con que sobre la arena ensangrentada
el moribundo gladiador caía.»

(52) El mito de Hércules resulta ser una alegoría en que el genio de la antigüedad ha desplegado más primorosamente todas las galas de la magnificencia. Júpiter engañó a Alcmena tomando la fisonomía de Anfitrión, su esposo. Cuando llegó a su término el embarazo de aquélla, Júpiter declaró delante de todos los dioses que daría el reino de Perseo, antepasado de Alcmena, a un niño que había de nacer aquel día.

Juno convenció a su hija Ilythia para que suspendiese el nacimiento de Hércules y anticipara el de Euristheo. Júpiter no revocó su palabra, porque éste era considera-

do como primogénito; pero díjole a Alcmena: «Tendrás un hijo, que se llamará Hércules, quien asombrará al mundo con sus hazañas heroicas. Júpiter mismo será su sostén, y el orbe entero le admirará.» Así sucedió. Eurysteo reinó, mas Júpiter persuadió a Juno de que Hércules, hermano de aquél, lograse ser considerado como uno de los dioses en cuanto ejecutase doce trabajos ordenados por Eurysteo.

Celosa Juno, estando Hércules en su cuna de niño, mandó que dos dragones lo despedazasen. Hércules dióles la muerte con sus propios brazos. Desde entonces le llamaron Hércules, o sea gloria de Juno.

La patria adoptiva de aquél fué Tebas. Al llegar los comisarios del rey Ergino y cometer tropelías inauditas, Hércules arrójales de la ciudad y les corta las extremidades del cuerpo. Argina jura vengarse y exterminar a los tebanos. Hércules los persuade, dales las armas que están en los templos como trofeos y aguarda al ejército invasor en un angosto desfiladero, donde sus enemigos no pueden maniobrar. Dió muerte a Ergino, derrotó y puso en huída a muchos contrarios, los persiguió denodadamente, incendió el palacio del rey y redujo a escombros la ciudad.

Temeroso su hermano de que Hércules alcanzase gran poder, lo llama y le obliga a dar cima a doce trabajos. El oráculo le predijo la inmortalidad. Para arrebatársela, Juno le hundió en un violento frenesí que degeneró en locura espantosa. Hizo víctimas de su furor a varias personas. Volvió a su juicio, despertóse su virtud y determinó el llevar a cabo la orden recibida.

El primer trabajo fué luchar a brazo partido con el león de la selva de Nemea hasta matarle. Hércules vistió siempre la piel de este animal monstruoso.

El segundo trabajo consistió en matar la hidra de Lerna, monstruo de cien cabezas, que se reproducían hasta lo infinito, pues por cada una que se le cortara nacían dos. Todas se las cortó de un tajo, cauterizando con un hacha encendida el pescuezo de cada cabeza cortada, con lo que se evitaba la reproducción.

El tercer trabajo dependía de coger vivo a un terrible

jabalí que devastaba los campos de la Arcadia. Como era más fácil matarlo por temor a ser devorado por él, supo Hércules valerse de sus mañas, cogerle vivo, cargarle sobre sus espaldas y llevárselo a su hermano, quien temblando como un azogado se escondió en una cuba de bronce.

El centauro Folus lo hospedó en su casa, y para honrarlo desenterró un tonel de vino, muchos años ha regalado por Baco para cuando Hércules fuese allí alojado. El néctar aquel esparció su delicioso aroma hasta las más cercanas viviendas de los centauros. Estos determinaron apoderarse del tonel. Folus se acobardó; empero Hércules, aun resbalando sobre el piso inundado de agua por la madre de los centauros, que también intervino en la batalla, más favorable para aquéllos por tener cuatro pies, los batió y los puso en huída.

El cuarto trabajo era muy difícil: coger viva también a la Corza de los cuernos de oro, que tenía los pies de bronce y la cual corría con celeridad indecible, que no fué obstáculo para que Hércules consiguiera su objeto.

El quinto trabajo era en grado extraordinario dificultoso: espantar o exterminar las arpías, aves tan monstruosas como horripilantes, que revoloteaban por las orillas del lago Estinfalo y que se comían los frutos de las vecinas comarcas. Eran innumerables e imposible de aniquilarlas. Hércules, con un tambor que construyó y que producía un ruido ensordecedor y pavoroso, las hizo huir a la desbandada.

El sexto trabajo nada tenía de honroso y sí de vergonzante: limpiar los establos de Augías, cuyas basuras estaban almacenadas muchos años. Hércules hizo cambiar el curso del río Peneo, cuyas aguas penetraron en el establo y, en sólo un día, arrastraron consigo toda aquella inmundicia.

El séptimo trabajo lo realizó Hércules felizmente con ir a Creta en busca del Toro, de quien se dice que estuvo enamorada Pasifae, domarle y llevarle al Peloponeso con el consentimiento del rey Minos.

En el ínterin de este trabajo al siguiente, Hércules peleó en favor de los dioses contra los gigantes y dió muer-

te a muchos hijos de la tierra. También libró a Prometeo del águila que le roía las entrañas, en castigo de haber comunicado a los hombres el fuego celeste, y aplacó el enojo de Júpiter contra el bienhechor de los hombres.

El octavo trabajo estribaba en apoderarse de las yeguas de Diómedes, que sólo se alimentaban de carne humana. Sus pesebres eran de bronce, y por ser tan indómitas e irrefrenables se hallaban sujetas con cadenas de hierro. Hércules mató a Diómedes y trajo a su hermano las yeguas, que las consagró a la diosa Juno.

El noveno trabajo alcanzó las proporciones de una batalla campal contra las amazonas para poder llevarle a su hermano el ceñidor de una de ellas, Hipólita. Esta, después de ser vencida, para rescatarse no tuvo más remedio que entregar su ceñidor a Hércules.

El décimo trabajo revestía un conjunto de dificultades insuperables para otro que no fuera Hércules. Con aprestos de hombres y naves se lanzó a la lucha, caminando de triunfo en triunfo, hasta llegar a España, en donde batió a tres ejércitos y se apoderó de las vacas de Gerión, objeto principal de su dilatado viaje.

El undécimo trabajo tenía por finalidad el sacar fuera de los infiernos el Can Cerbero. Proserpina lo recibió a Hércules como a un hermano, le permitió que se llevara consigo a Teseo y Pirithons, prisioneros en aquellos antros; le permitió que sujetase con una cadena de hierro al Can Cerbero, lo sacase de los infiernos y lo enseñase a los hombres.

Del duodécimo trabajo hay dos versiones: una la de haberse ordenado a Hércules que se apoderara de las manzanas de oro de las Hespérides; otra de las ovejas de lanas doradas. Aquéllas guardadas y custodiadas por un formidable dragón; estotras defendidas por un pastor de fuerzas asombrosas y de crueldad inconcebible. Hércules, sea quien sea, mató a su enemigo y se apoderó de las manzanas o de las ovejas, que llevó a su hermano.

Cuéntase que al pasar el río Eveno, el centauro Neso se ofreció a la princesa Dejanira, esposa de Hércules; mas al ver éste que aquél la pretendía raptar, le disparó un dardo y le hirió mortalmente.

El centauro, moribundo, dió un filtro a Dejanira para que con él, cuando viera desvío en su marido, mojara su túnica.

Hércules se enamora de Jolé y guerrea con los hermanos de ésta. Pretende hacer un sacrificio teniendo en su poder al objeto de su nuevo amor, y para mayor solemnidad pide su túnica a Dejanira.

Para curarle de su amor, Dejanira se la entrega rociada con el filtro del centauro. No bien se la pone Hércules empieza a retorcerse de dolores, que aumentan en intensidad por momentos. Dejanira, presa de la mayor desesperación, se da muerte a sí misma.

Por consejo del oráculo, Hércules sube a una pira, manda encenderla y... sus amigos nada hubieron de encontrar de sus restos. Júpiter le había cumplido, por lo visto, su palabra: el concederle la inmortalidad.

Para nosotros Hércules no es un personaje real, sino un mito. Para los antiguos, como emblema del sol en su carrera zodiacal. Para los investigadores modernos, los doce trabajos de Hércules son los doce meses del año, cuya descripción la ofrecen científicamente en todos sus pormenores.

En fin, la vida y los trabajos del dios del fuego están grabados en versos griegos sobre un bajorrelieve de gran belleza, que representa al héroe en su apoteosis, el cual ha sido copiado por Gori, de la galería de Farnesio.

(53) Era el dios protector de las viñas y cuyas fiestas celebraban sus antiguos adoradores entregándose a los placeres de la gula y de la incontinencia. En Roma, en época de Séneca, existían varios templos consagrados a su culto.

(54) Según M. Préchac, esta anécdota concerniente a Alejandro está narrada, asimismo, por Plutarco. Y la mordacidad de Séneca contra el orgullo, la ambición y la brutalidad de Alejandro, surge más de una vez en esta obra y en otras. En ocasiones podríamos achacar que todo ello es una flagelación contra los poderosos o encumbrados de sus tiempos.

(55) Es muy antiguo en todas las naciones el uso de empadronar las rameras, obligarlas a llevar trajes parti-

culares o distintivos, señalarlas barrios o casas especiales para su habitación, etc. Ya en Roma, por ejemplo, las *lobas* tenían sus madrigueras señaladas, y se distinguían de las demás mujeres por llevar la túnica más corta y la toga abierta de arriba abajo por delante. Ya las cortesanas, antes de ejercer su oficio, habían de presentarse a los ediles para que las inscribiesen en registros particulares, bajo pena de una multa, y a veces de destierro, si se sustraían a aquella formalidad. Y notemos de paso que la corrupción llegó a tal punto, que muchas señoras de elevado rango no vacilaban en ir a prestar ante el magistrado la deshonrosa declaración que había de autorizarlas para dar rienda suelta a su lascivia. Tiberio, el mismo Tiberio, se vió obligado a prohibir que se prostituyesen las esposas de los caballeros, y también prohibió que las rameras de derecho pudiesen ir en litera por las calles y por los paseos.

(56) Con tal amistad, según proclaman los sociólogos, se suaviza el trato humano y se estrechan los vínculos de la asociación entre los individuos de nuestra especie. Sin ella nada podría modificar la diferencia de genios y caracteres que se notan entre los hombres; sin ella no se propagarían en ellos insensiblemente y sin reflexión esos modales agradables y condescendientes, esas deferencias mutuas, esas prácticas de tolerancia, que hacen tan grata la existencia social, y que predisponen el ánimo a la benevolencia universal; sin ella no nos sentiríamos dóciles y sumisos a las lecciones severas que a cada instante reciben nuestro orgullo, nuestra ambición y todos los sentimientos que nos aislan en medio de la gran familia en que vivimos. Por esta razón, al querer aunar los esfuerzos de todos y gobernar a las muchedumbres, se requiere, como dijo don Juan Caballero Rodríguez en *La Moral y el éxito en las profesiones*, un gran acopio de ciencia, pues dan muestras de demencia quienes de buena fe creen otra cosa.

La sociabilidad, como hizo notar el insigne Azcárate con otras palabras, funda la sociedad humana; el amor la conserva, y la amistad, subdividiéndola, por decirlo así, en sociedades parciales más estrechamente unidas, la ha-

ce tan atractiva y dulce que para todos viene a ser indispensable.

(57) Mellado, hablando en su *Enciclopedia Moderna* del lujo que se derrochaba en las termas romanas, dijo ser donde los emperadores reunían todo cuanto podía agradar a los sentidos y a la inteligencia. Una carta de Séneca a Lucilio, en la que da cuenta de la visita que hizo a la casa de campo que había habitado Scipión el Africano, pinta con valentía el grado de refinamiento a que había llegado la prodigalidad de los baños en la época neroniana: «¿Quién se contentaría hoy—dice—con la estufa sombría y estrecha donde venía a bañarse el hombre que había sometido a Cartago? Cualquiera se tendría por desgraciado si las paredes de los lugares donde se baña no estuvieran revestidas de mármoles del Egipto o de la Numidia; si el cristal no le defendiera de las injurias del aire, dejando penetrar la luz; si las pilas donde entra no fuesen de piedras de tasias, que antiguamente no se veían sino en los templos de los dioses, y si las llaves que echan el agua no fuesen de plata; y cuenta, añade, que sólo hablo de los baños del pueblo. ¿Qué sería si tuviera que describir los de los libertos? Difícil sería numerar las estatuas y columnas preciosas que nada sostienen, pues su único objeto es recrear a la vista. No queremos ya caminar sino sobre suelos de piedra gema.» (*Epistola ad Lucillius*, LXXXVI.)

(58) Rico y poderoso personaje romano a quien Séneca profesaba gran afecto. Estuvo casado primeramente con Domicia, tía de Nerón, e inmediatamente con Agripina, madre del mismo emperador. Fué protegido por los emperadores, particularmente por Cayo. Por dos veces logró ser nombrado cónsul; la última el año 44. Del 44 al 48 sucumbió en el reinado atendido amorosamente por Agripina, su mujer y heredera. Orador brillante y hábil y de exquisita delicadeza de espíritu, de quien débese recordar esta ingeniosa y sarcástica ocurrencia referente a Calígula: «Excelente esclavo y el peor maestro, como nunca hubo.»

(59) Es bien conocida la hipócrita mentalidad del que al morir dijo: «Aplaudid, si he desempeñado bien mi pa-

pel.» Recordaré, sin embargo, que lo fué todo, alternativamente: tribuno, cónsul, procónsul, imperator, príncipe del Senado, prefecto de las costumbres, edil y sumo pontífice. No cabe sorprenderse que fuera conocido también por el calificativo del divino Augusto.

(60) Thereas, pretor de las guardias pretorianas, después de librar, el año 41 de nuestra era, de Calígula al género humano, quiso cambiar el imperio en república. No pudo. A Claudio se le proclama emperador, mediante un donativo. Empezó a reinar bajo felices auspicios; pero se dejó muy pronto gobernar por su mujer Mesalina y por sus libertos. Después de haber tolerado mucho tiempo el impúdico libertinaje de Mesalina, la condenó a muerte el año 48. Poco después casó con Agripina, su sobrina, que tomó sobre él gran ascendiente, pues consiguió que adoptara a Nerón, hijo de su primer marido, Domicio Enobarbo, en perjuicio de Británico, hijo de Claudio. Se cree que murió envenenado el año 54 por su propia mujer.

(61) Sobre el deseo de apetecer el bien cabría hablar muy por extenso. Séneca, como mucho más tarde Bacón, muéstrase partidario de que al mundo le gobierne el amor y la sensibilidad y no las ideas. Pero si el bien es el objeto del amor y la inteligencia es quien nos lo revela, ¿cómo podremos desprendernos del deseo si vive mientras nosotros vivimos? ¿Quién nos indica, dónde está el bien y el mayor beneficio? El deseo, nuestros sentidos, los van buscando; nuestras ideas los van desentrañando y forjando.

(62) El autor de la *Epístola moral a Fabio*, senequista y humorista de pura estirpe literaria, bastante impresa tendría esta magnífica pintura de la Roma cortesana cuando afirmó:

> «Más precia el ruiseñor su pobre nido
> de pluma y leves pajas, más sus quejas
> en el bosque repuesto y escondido,
> que no halagar lisonjero las orejas
> de algún príncipe insigne, aprisionado
> en el metal de las doradas rejas.»

(63) En los pueblos antiguos la crueldad dominaba en

las instituciones, en las leyes y en las costumbres. La ignorancia tenía rebajada hasta tal punto la dignidad del hombre, que no se le consideraba más merecedor de conmiseración que a un animal.

(64) Tuvo lugar en el Olimpo pagano bastante tarde, puesto que ni Homero en sus poemas, ni Hesiodo en su teogonía, hacen mención de la Fortuna, por confundirse con el Destino. Hablamos de esto anteriormente. Ahora podríamos agregar que al Becerro de Oro, sin pontífices y altares, se le adora de mil formas y de mil maneras.

(65) Como curiosidad puede citarse la coincidencia de Séneca con Petrarca, pues en sus diálogos sobre Remedios contra la Fortuna, en donde está condensado el espíritu *De Beneficios*, lánzase un aviso a los poderosos de la tierra, después de los diálogos sobre la Potencia y la Gloria, terminando por predicar el amor como principio de toda generosidad.

(66) Nueva ocasión en que Séneca vapulea con encono a Alejandro Magno.

(67) La secta cínica tuvo por fundador a Antístenes, discípulo de Sócrates, de quien tomó la rígida sobriedad que llevó todavía más adelante que su modelo. En vez de imitar la prudencia que caracterizaba a su maestro, afectaba una virtud severa que sólo respiraba orgullo. Presentábase en público con una mala capa, la barba larga y descuidada, y apoyado en un palo. Desechaba todas las comodidades de la vida, despreciaba las riquezas, la reputación, las dignidades, en una palabra, todo lo que buscan los hombres con más avidez.

Tenía por máxima que la virtud sólo basta para la felicidad; que quien la posee no tiene que desear más que el valor, que consiste siempre en acciones y nunca en palabras; que toda ciencia y arte son inútiles; que el filósofo debe acomodarse a las leyes de la naturaleza y no a las de los hombres, y que siendo solamente capaz él de distinguir lo que merezca alguna afección, si trata de casarse debe escoger una mujer digna de su amor para reproducirse en sus hijos. Pero esta última máxima no tardó en caer en desuso entre sus sectarios, quienes prefiriendo el título de cosmopolitas al de ciudadanos, sacudieron la in-

dependencia consiguiente a los vínculos del himeneo y justificaron el nombre de cínicos, que en griego significa perros. «Dáseles tal nombre—dice Olmonio, antiguo comentador de Aristóteles—a causa de la libertad de sus expresiones y de su amor por la verdad; pues se nota que el instinto del perro tiene algo de filosófico y que les sirve para distinguir a los hombres, ladrando a los extraños y acariciando a los de la casa. Los cínicos, de la propia manera, acogen y acarician la virtud, y a los que la practican, en tanto que reprueban las pasiones y vituperan a los que se entregan a ellas, aunque estén sentados en un trono.»

Como la licencia aparente de su filosofía no podía paliarse sino con la publicidad de su conducta, cuidaban de no guardar la menor reserva ni secreto. De esta manera se elevaron de entre la corrupción general varios hombres que, con la energía de sus principios, quisieron oponerse al desbordamiento de los vicios y a la postración de la Grecia, a la que iba pronto a encadenar Alejandro; circunstancia que parece movió a Diógenes a repudiar el nombre de ciudadano para tomar el de cosmopolita.

La indiferencia que por entonces mostraban los cínicos era tan grande, que, preguntado Alejandro a Cratesio, uno de los discípulos de Diógenes, si deseaba el restablecimiento de su patria, le contestó éste: «Lo mismo me resulta, puesto que no tardaría en asolarla otro Alejandro.»

Los errores que se les atribuye a la secta cínica, parece que provinieron de una definición capciosa de Antístenes, quien dijo que todo lo que producía un bien era honesto, y lo que causaba un mal, vergonzoso. De aquí se dedujo que todo lo que encerraba un bien, no se había hecho para que estuviese oculto; por cuya razón debía ser despojado de las falsas reservas del pudor. El principio, pues, fué de Antístenes, pero las consecuencias las dedujeron sus sucesores. Para dar una idea de la diferencia que había entre la manera de pensar de aquél y la de Diógenes, su discípulo, bastará referir el hecho siguiente. Atormentado Antístenes por la enfermedad que causó su muerte, exclamó una vez: «¿Qué me podrá librar de los males que sufro?» Y como se hallase presente su discípulo, presen-

tándole un puñal, dijo: «Mira lo que te librará.» A lo que Antístenes contestó: «Yo hablo de mis padecimientos y no de la vida.» Esta contestación, digna de un discípulo de Sócrates, prueba que consideraba al cuerpo como la prisión del alma, y que no quería libertarla de aquélla. Mas Diógenes no tuvo la paciencia de su maestro; así es que no pudiendo sufrir la fiebre que le atormentara, se dió la muerte reteniendo el aliento.

Sean o no ciertos todos los errores que se les imputó a los sucesores de Antístenes, no merecen muchos de ellos entero crédito. Diógenes, por ejemplo, fué objeto de burla y menosprecio en Atenas; pero si se calumnian hombres que no querían o no podían creer en la virtud, se vió mas tarde vengado por Epicteto, que propuso por modelo en firmeza de alma a cuantos quisieren vivir independientes de los reveses de la fortuna.

Los cínicos no atribuían bienestar alguno a las riquezas, y lejos de murmurar de los males que afligen a la humanidad, los consideraban, según dice Arriano, como medios de manifestar las más nobles cualidades del alma. «¿Sabéis—dice este escritor—cuáles son los deberes de un cínico? Ser insultado y golpeado y amar a los que le insultan y golpean; considerarse como padre y hermano de los demás hombres; llevar con paciencia los males en la adversidad, considerándolos como pruebas dispuestas por Júpiter, y a la manera que Hércules sufrió resignadamente los trabajos que le hizo pasar Euristeo. Así es como deberá conducirse quien aspire a llevar el cetro de Diógenes. Un día este filósofo—continúa diciendo Arriano—, en un violento acceso de fiebre, exclamaba a cuantos encontraba: «¡Insensatos! ¿Adónde corréis? Vais a ver un combate de atletas y no tenéis curiosidad por presenciar un combate entre el hombre y la calentura mortífera.»

Aun posponiendo el amor de padres, renunciando últimamente al himeneo, al amor de la humanidad, el fin único de las acciones humanas los cínicos lo cifraban, como hemos dicho, en la virtud, despreciadora de la nobleza, de las riquezas, de la gloria, cual bienes inútiles para la felicidad, conforme al principio de Sócrates y del mismo Séneca, de que siendo propio de los dioses no tener

necesidad alguna, el hombre que tuviese menos necesidades sería el que más se acercase a la Divinidad.

(68) En la mitología se representaba a los dioses que presidían todas las diversiones bajo formas infantiles, con alas de mariposa, desnudos, risueños y graciosos, al lado de Venus, de quien no se apartaban. El juego de pelota era uno de tantos. Eran siete los juegos en aquella época romana. El primero consistía en luchar o combatir con espadas, palos y lanzas; el segundo comprendía las carreras a pie; el tercero, el baile; el cuarto, los juegos de disco, o bien las carreras con flechas, dardos y demás armas, que también hacían a pie; el quinto, las carreras a caballo y otros ejercicios de picadero, llamados *ludus Trojae*, en los que se adiestraban los jóvenes de Roma, lo mismo que en *ludus pilae*, juegos de pelota; el sexto, las carreras en carro, aurigatio, con dos o cuatro caballos cada uno, dividiéndose los combatientes en cuatro cuadrillas que llevaban los nombres de los diferentes colores (al verde mostró gran predilección Calígula) de que aquéllos iban vestidos; y, finalmente, el último ejercicio consistía en combates de gladiadores, a pie, *pugna pedestris*, y con fieras, cuyo ejercicio se llamaba *venatio*. Estos espectáculos se celebraban en los circos, y por esto se les daba el nombre de *juegos circenses*. Cada circo era conocido con el nombre de su fundador o por sus dimensiones: Maximus, Alejandrinus, Flaminio, Aureliano, Caracalla, Castrensis, Apolinar, Domilia, Floralis, Adriano, Heliogábalo, Nerón, etc. Calígula, Nerón y otros emperadores dispusieron algunas veces, para mayor magnificencia, que en vez de arena blanca se diseminase por el suelo cinabrio, sucino y vitriolo azul, con el fin de que semejase estar pavimentada el área de diversos colores.

(69) Todos los filósofos de la antigüedad han condenado unánimes la usura, porque tenían al dinero por cosa improductiva e infructífera, no debiendo por esta razón pagarse cantidad alguna por su uso o goce. Según ellos, en el contrato de mutuo se transfería al mutuatario el dominio de la suma prestada, y pagando este dominio con la restitución de la suma misma no era justo exigir otro precio por el uso.

(70) La importancia, el valor intrínseco.

(71) Véase la nota 69.

(72) Según Vernier, es la amistad el vínculo más santo, el nudo más sagrado que une a los hombres, y el placer más puro, pues hasta las almas más criminales sufren cierta conmoción agradable sólo con oír pronunciar su nombre. Ya lo había dicho Cicerón: «Los amigos, a pesar de la ausencia, están presentes; a pesar de su pobreza, viven como en la abundancia. Son débiles y no les falta vigor, y lo que todavía parece más difícil de explicar, hasta los muertos viven. Tanta es la estimación, tan viva la memoria y el deseo de los amigos que sobreviven.»

(73) A Séneca se le motejó que hubo de ser colmado de beneficios por Nerón. Acaso, de ser cierta dicha reticencia, Séneca replicara con ésta y otras indirectas, aludiendo al carácter vengativo, envidioso e hipócrita de su discípulo.

(74) Da a entender Séneca que el temor es una inquietud dolorosa nacida de la idea de un mal inminente.

(75) Plutarco, en su obra *De inimitia*, según recuerda M. Préchac, presenta un caso semejante; pero, aun cuando el tirano lleva otro nombre, en realidad se trataba del mismo personaje, Jesón de Feres.

(76) En la *Historia Sagrada* leímos de niños un caso idéntico, aunque no de domador, sino del profeta David. En un bosque encontró a un león herido. Una de las garras la tenía atravesada por una espina fuerte. Se la extrajo, se la curó y le acarició. El león, agradecido, le lamía las manos como un perro. Y cuando, andando el tiempo, le echaron a las fieras del circo romano, una de ellas, un arrogante león, le libró de las acometidas de las demás y le volvió a lamer las manos como si fuera un perro.

(77) Embozadamente presenta Séneca a los tiranos de peor condición que las fieras, si bien le da otro sesgo filosófico: el de no poder agradecer lo que se recibe con desagrado.

(78) En este pasaje Séneca parece que proclama su disconformidad con el estoicismo, doctrina que ya vimos, al hablar de Cínico, como en los tiempos de éste la traducían en sus acciones unos y otros de los estoicos.

(79) Este motivo filosófico lo explanó también Séneca en otra parte diciendo: «Al deliberar Cicerón si César debió sentenciar a muerte a Antonio cuando fué declarado enemigo público, alegó que Bruto fué ingrato con César y criminal con la patria y los declamadores. Ya también dijo Séneca que Cicerón mismo, sometido a Pompeyo, después a César, había doblegado en demasía el espinazo.

(80) Era natural de Frejus, hijo de un procurador de César y por sí mismo senador. Sus predisposiciones fueron la elocuencia y la filosofía, y por ello atrajo sobre sí la cólera de Cayo César.

(81) Este modo de acoger un brindis fué imitado por Marcial en sus *Epigramas*.

(82) El año 56 puso fin a los males que afligían su ancianidad con el suicidio, según refiere Tácito.

(83) Al Senado romano Cicerón le concedió todos estos calificativos: «Templo de la sabiduría, de santidad y de majestad; cabeza de la república, altar de las naciones aliadas de Roma, esperanza y refugio de todos los otros pueblos.» Y desde luego, por el celo e interés verdaderamente paternal con que desempeñaron su difícil y elevado ministerio, los senadores fueron llamados *padres de la patria*. En tiempo de Julio César pasaron de mil. Augusto los redujo a seiscientos. En un principio los elegía el emperador; después los cónsules y los tribunos militares, y, por último, los censores. Quien no hubiera cumplido los veinticinco años y no demostrara tener primeramente la cantidad de 800.000 sestercios, y después una suma considerable, no se podía sentar en el Senado. No podía gozar de esta preeminencia el que no hubiese alcanzado antes otras magistraturas. Ningún sacerdote, a excepción del *Flamen dial* o de Júpiter, alcanzaba aquel cargo. Cada lustro se leía la lista de los senadores, omitiendo en ella a los que se habían hecho indignos por su conducta de continuar perteneciendo a tan respetable corporación, y a los que, por quebrantos de fortuna, no poseían ya el capital necesario para sentarse en la silla curul. El senador cuyo nombre figuraba el primero de esta lista, se llamaba *príncipe del Senado*, y su dignidad era vitalicia. En un principio fué el más antiguo; luego proce-

día de elección y nombramiento del censor. Los senadores viajaban a costa del Estado; tenían asiento preferente en todo espectáculo, y llevaban una tira de púrpura bastante ancha alrededor de la túnica, calzado negro de hechura especial con una media luna de plata en la cara del mismo. Su tratamiento oficial era el de *clarísimos varones*.

(84) Había personas cuya habilidad consistía en intervenir el pago, es decir, prestar y tomar al mismo tiempo una cantidad igual. Sustituían al prestamista al confrontar con el que recibía el dinero y recíprocamente... Supongamos que Fulano presta a Mengano 100.000 sestercios. Después de firmadas las escrituras, en apariencia resultará otra cosa. Fulano quedará censado por haber hecho un préstamo a otras personas; por ejemplo: 10.000 sestercios a Perengano, 20.000 a Zutano, etc. De la misma forma, Mengano se le censará por haber prestado a Perengano, Zutano y demás señores iguales cantidades. Fulano ha disminuído su riesgo al dividirle y reemplazado al deudor fortuito por deudores a su elección.

(85) Fué, como su padre, orador elocuente y *legatus Augusti*. En España le acompañó el éxito contra los cántabros. Fué también cónsul.

(86) Ya dije que era uno de los juegos circenses.

(87) La envidia, dicen algunos escritores, siempre es el torcedor de las almas envilecidas. El envidioso vive atormentado por la idea de la prosperidad de sus semejantes, teme que la suerte le sea propicia en vez de alegrarse, y alimentando un odio secreto contra todo aquel que alcanza algún género de felicidad, obra impulsado por el constante deseo de hacer daño. La cobardía, la perfidia, la pusilanimidad y la bajeza son cual siempre compañeras de la envidia. Nunca se verá al envidioso hacer esfuerzos para elevarse; pero en cambio, no dejará de oponerse, siempre que pueda, a la elevación de los demás. Un hombre ambicioso hace alarde de su ambición en ocasiones en que no le conviene ocultarla; el que es voluptuoso no oculta que anda afanado tras de los placeres sensuales; mas el envidioso jamás confiesa que se halla poseído de esta pasión que, por el contrario, nos oculta con el mayor cuidado, como si tuviera la convicción de que su descubri-

miento no podría menos de atraerle el desprecio, cuando no el aborrecimiento de sus semejantes.

(88) Léntulo fué también cónsul. Tiberio le obligó con amenazas a designarle como su heredero.

(89) La avaricia es la pasión más vil y degradante, es un deseo insaciable, una sed inextinguible de riquezas. El avaro nunca está satisfecho, nunca abre la mano sino para tomar, nunca es bastante para hacerle dar algo el acento lastimero de la desgracia: afanado incesantemente en acumular y guardar riquezas, como miserable esclavo de su tesoro, vive inquieto, receloso y exaltado casi siempre de vanos temores, haciéndose por último enemigo de Dios y de los hombres. La liberalidad es vituperable en la opinión del avaro, la compasión no tiene cabida en su alma, y si alguna vez se siente movido a lástima por las desgracias ajenas, no es para socorrerlas, porque este sentimiento pasa en él muy pronto y es de todo punto estéril.

(90) La pereza es una verdadera enfermedad del alma, una propensión habitual a permanecer en la inacción y en el reposo. De todos los defectos morales suele ser éste el que menos se procura corregir, ya porque es demasiado general, ya porque con frecuencia se confunde con algunas virtudes pasivas que no le son del todo opuestas. Para el hombre dominado por la pereza no hay trabajo que no sea repugnante; indiferente a la gloria, a las dignidades y a la fortuna, y enemigo hasta de los placeres que puedan costarle alguna fatiga, nunca se le verá desear otro estado que aquel en que mejor pueda entregarse al ocio, dejando enervar sus facultades físicas o intelectuales.

La pereza tiene diferentes grados: se aumenta sin cesar cuando no se pone gran empeño en combatirla. Los efectos de la pereza son de suma trascendencia. El hombre que tiene aversión al trabajo está muy expuesto no sólo a la pobreza, sino a la miseria, aunque la fortuna o el nacimiento le hayan hecho dueño de algunos bienes, y no es raro ver a algunos que arrastran consigo a tan lamentable estado a una familia que acaso no tiene participación alguna de sus defectos. La idea de las funestas consecuencias de esta vergonzosa pasión puede ser útil en algunos casos para combatirlas.

(91) La templanza ha sido considerada desde los más remotos tiempos como la virtud por excelencia de los justos, mirándola como un freno de la avaricia, de la prodigalidad, de la calumnia, etc., y como señal inequívoca de la bondad y honradez de los hombres. La podemos emplear como el justo medio en todo y para todo.

(92) En medicina se da el nombre de *eléboro* a diversos agentes terapéuticos, pertenecientes a distintas especies, aunque todas presentan más o menos analogía con la planta del mismo nombre.

(93) Ya en otra nota anterior he hablado de que el estoicismo enfocaba todos sus afanes y reconcentraba todos sus anhelos en la verdad y en la virtud, y por esto Zenón, el fundador de esta secta, no obstante haberse apropiado todo cuanto le pareció verdadero y virtuoso de las doctrinas de sus antecesores, particularmente de Heráclito, Pitágoras, Platón, Sócrates y Aristóteles, reservándose llenar ciertos vacíos conforme a su propia observación y reflexión, en estas Paradojas estoicas se pone de manifiesto la clarividencia de su lógica, pues a él se le ha atribuído este triunfo sobre sus demás émulos, así como los epicuros fueron los verdaderos dueños y difundidores de la ética. Lo que no se sabe es si la lógica pudo persuadirle a Zenón para suicidarse.

(94) Según Tito Livio, el código de las Doce Tablas, *fuente del derecho público y privado de los romanos*, pereció en el incendio de Roma por los galos. Cualquiera que sea la forma como se hayan recobrado los antiguos textos, sabemos por la versión castellana que en la *Tabla II*, concerniente a los juicios y delitos, once artículos referíanse a los robos. Así decían:

2.° Al que le falten testigos para probar su derecho, vaya a reclamarlo tres veces, gritando delante de la casa de su contrario.

3.° Si el robo se hace de noche, puede cualquiera matar impunemente al ladrón.

4.° Si se hace de día, el que cogiese al ladrón puede azotarlo, y después entregarlo a la persona a quien estaba robando.

5.° Si fuese esclavo, después de azotado, será arrojado a la Roca Tarpeya.

6.° Si fuese impúber, será azotado al arbitrio del pretor, debiéndose resarcir el daño que hubiese causado.

7.° Si el ladrón se defendiese con algún arma, el robado debe primero gritar y llamar gente: después puede matarlo impunemente.

8.° Cuando después de una investigación autorizada por las leyes aparezca en una casa la cosa robada, el dueño la vindicará con el hurto manifiesto.

9.° Si el hurto no es manifiesto, el ladrón será condenado a la pena del duplo.

10. El que corte los árboles ajenos con ánimo de robarlos, pagará 25 ases por cada uno.

11. El dueño de la casa robada puede transigir con el ladrón sobre el hurto como le parezca; en cuyo caso no tiene ya derecho a repetir contra él con la acción de hurto.

12. Las cosas robadas no pueden ser prescritas.

En la *Tabla VII* referíanse a los atentados individuales los siguientes artículos:

11. Si alguno rompiese a otro un miembro cualquiera, queda sujeto a la pena del Talión, a no ser que pactasen otra cosa entre sí el ofensor y el ofendido.

12. El que rompiese un diente a un hombre libre, le pagará 300 ases; si fuese a un esclavo, 150.

15. Si alguno matase a sabiendas con dañada intención a un hombre libre, será declarado reo de crimen capital.

16. El que trastornase o matase a otro por medio de sortilegios o encantamientos, o bien hiciese o le propinase un veneno, será castigado como el parricida.

17. El que mate a su padre será arrojado al agua con la cabeza envuelta y metido dentro de un cuero.

(95) La filosofía griega comprendió en Grecia tres períodos: 1.°, *desde Tales de Mileto hasta Sócrates*; 2.°, *desde éste hasta los neoplatónicos*; 3.°, *desde Alejandro hasta el cuarto siglo de nuestra era. Sócrates* fué el pulverizador de los sofistas, que probaban el pro y el contra de todo, así como más tarde de *Platón* y *Aristóteles*, tratando a la filosofía como un arte y una ciencia, respectivamente, replican al estudio del hombre interior con el idealismo y el empirismo consabidos de los jónicos y pi-

tagóricos del primer período. Ahora bien: otras dos sectas nacieron de la Escuela de Sócrates, que ejercieron algo más tarde una grande influencia sobre la vida práctica: la una de ellas, la de *Epicuro*, profesaba el culto del placer y la indiferencia de los negocios públicos, al paso que confería y elevaba a los dioses el gobierno de las cosas humanas, que *Séneca* parafraseó en su *Idearío* y en el presente tratado; la otra escuela, cuyo autor, *Zenón de Citio*, luego que puso en juego todos los recursos de su brillante talento enseñándola públicamente en Atenas bajo el *Pórtico*, lugar adornado con las obras de los pintores de más nombradía, rehabilitaba la grandeza moral del hombre, invocando su libertad.

Epicuro era hijo de Neoclis. Nació este hombre célebre en Garjeto, según unos, y según otros en Samos, 341 años antes de Jesucristo. Poco o nada se sabe de sus padres y de su juventud, sólo que pasó los quince años primeros de su vida entre Mitilene y Lampsaco, dedicado exclusivamente al estudio de la filosofía. A la edad de dieciocho años hizo un viaje a Atenas con el designio de perfeccionar sus conocimientos en las escuelas de los grandes filósofos, que por espacio de tantos siglos habían ilustrado aquella ciudad. Tuvo que abandonarla, sin embargo, por las revueltas que estallaron en su seno, después de la muerte de Alejandro, y que no se acomodaban con su amor al retiro y con su deseo de conservar la tranquilidad del ánimo, que era la gran ambición de su vida. Volvió a ella cuando se restableció el orden y abrió su escuela en un delicioso jardín, del que disponían muchas casas, en mayor o menor escala, de los alrededores de la ciudad. Allí acudieron desde el principio a escuchar sus lecciones los hombres distinguidos de la república y de todo el Peloponeso, y, sobre todo, los jóvenes aplicados a quienes devoraba el amor a la ciencia. La frondosidad del sitio, el aroma de las flores, el suave canto de las aves y el murmullo de los arroyos que cruzaban por los amenos plantíos, aumentaban la impresión que hacían en sus numerosos oyentes las frases sonoras y cadenciosas de Epicuro, de cuya elocuencia dan testimonio todos los escritores contemporáneos. Esta elocuencia se distinguía

por la suavidad y delicadeza del estilo, por la gracia de la locución, y por la viveza y novedad de las imágenes. Como a estas prendas se unía el atractivo de una doctrina que halaga las propensiones dominantes de los griegos, su afición a los placeres y su delicado gusto en las artes, no es de sorprender que la fama del filósofo se propagase con suma rapidez y eclipsase la de todos sus predecesores. De todas las ciudades de la península griega y de las colonias jónicas partían tropeles de curiosos y aficionados a escuchar al gran maestro y a honrarse con el título de alumnos suyos. Contribuían también a su popularidad una conducta irreprensible, unos modales cultos y finos y una inalterable serenidad en medio de las penalidades que le ocasionó la persecución suscitada contra su persona y contra su doctrina por los estoicos; es decir, por los prosélitos de Zenón de Citio. Los dogmas que estos hombres profesaban eran diametralmente opuestos a los de Epicuro. Para ellos, como dijimos en la nota 20, no había más regla moral que la razón, de donde inferían que no hay más que dos clases de acciones humanas, las que están conformes con la razón y las que no están conformes con ella; que el bien soberano del hombre consiste en aquella conformidad y que, por consiguiente, el placer y el dolor, no siendo conformes sino a la razón por su esencia, no son ni un bien ni un mal. Fundados en esta teoría, los estoicos se hacían superiores a las penalidades de la vida, al rigor de las estaciones; despreciaban el dolor y el deleite; no apreciaban en nada los goces más inocentes y puros, y trataban a los demás hombres que se recreaban en las maravillas de la naturaleza y en los primores de las artes como seres degradados que no conocían su propia dignidad, y que merecían clasificarse entre las producciones inferiores de la creación. Su amor propio, herido por los aplausos que se prodigaban al autor de una doctrina tan contraria a la que ellos profesaban, los movía a incomodarlo por cuantos medios hallaban a mano. Nada bastó, sin embargo, a turbar el temple benigno de Epicuro. Repelía los ataques de sus adversarios con la inocencia de su vida y la estimación con que toda Grecia lo miraba. A la edad de setenta y dos

años murió en Atenas, después de una larga enfermedad que sufrió con admirable resignación, y sin dejar de hablar de filosofía hasta el último instante de su vida.

(96) Según M. Préchac, estos libros registros se llamaban *tabulae plurium*, o sea tabla de varios. Una tenía el acreedor y otra el deudor. El primero podía ser una especie de banquero. Deudor y acreedor se supeditaban a un formulismo verbal, con el que el último interrogaba al primero sobre las condiciones en que recibía el préstamo. Estipulado, cada cual lo inscribía en su libro registro, interior y exteriormente, firmado por varios testigos y sellado por el cónsul o la autoridad romana. Se le permitía al deudor negar su deuda cuando el acreedor exigía el cumplimiento de la deuda mostrando el libro registro del deudor.

(97) Es doctrina aristotélica, seguida también por los peripatéticos. Aristóteles ha sido considerado como el genio más dilatado y profundo que ilustró Grecia. Estudió por espacio de veinte años las lecciones de Platón, y creó una escuela en un sitio llamado el Liceo, donde filosofaba con sus oyentes paseándose, y de aquí que tomara su secta el nombre de *peripatética*, que dicho en griego significaba *pasear*. Siguiendo el uso establecido, enseñaba en ella una doctrina pública y otra secreta, es decir, daba dos clases de lecciones. En las unas se admitía a todo el mundo y tenían por objeto los conocimientos más usuales de la vida común; las otras estaban reservadas exclusivamente para sus discípulos particulares. En esto parece ser que Séneca tenía de igual modo sus predilecciones, puesto que, en esta obra, se dirige particularmente a Ebucio, como en sus cartas a Lucilio.

Entre las varias obras de Aristóteles, desconocidas en Roma hasta ochenta años antes de Jesucristo, merecen especial mención su *Tratado del Alma* (parafraseado por Séneca en la epístola LIV a Lucilio, y en su tratado *De consolatione ad Marcian*, en donde estableció manifiestamente la mortalidad del alma); la *Moral* y la *Política*. Esta última producción de Aristóteles fué el fruto de largas lecturas y profundas meditaciones. En ella presenta a la política como el complemento de la moral, lo cual

me recuerda lo que mi profesor, el marqués de Vadillo, preconizaba del Derecho y la Moral, ofreciéndolos como círculos concéntricos de radio de acción más dilatado el primero y de radio de mucha mayor extensión el segundo. Aristóteles encarnó en su obra los verdaderos principios de la legislación y del orden social, como también la marcha premeditada de la autoridad legítima, base firme y sólida en que establecía el gobierno. Autoridades en la materia nos prueban que la doctrina del autor es tan convincente como lo declaran sus conclusiones, capaces de hacer renunciar a esos sistemas erróneos que sirven de apoyo al despotismo y a las máximas peligrosas y contrarias a la libertad, que han hecho muchas veces sublevarse a las naciones.

(98) Entre los trozos selectos citados por don Juan Hurtado Jiménez de la Serna, catedrático de literatura española en la Universidad de Madrid, en su *Antología graduada y fácil de la traducción latina*, encontramos varios de Séneca, y uno de ellos, «Excelencia de la virtud: flaqueza y fealdad del deleite», aparte de su belleza literaria, merece reproducirse como complemento de lo anteriormente dicho por Séneca.

Helo aquí: «A la virtud siempre hallarás en el templo, en los consejos y en los ejércitos defendiendo las murallas, llena de polvo, encendida y con las manos llenas de callos. Hallarás al deleite escondiéndose y buscando las tinieblas, ya en los baños, ya en las estufas, y en los lugares donde se recela la venida del juez. Hallarásle flaco, débil y sin fuerzas, humedecido en vinos y en ungüentos, descolorido, afeitado y asqueroso, con medicamentos. El sumo bien es inmortal, no sabe irse si no le echan; no causa fastidio ni arrepentimiento, porque el ánimo recto jamás se altera, ni se aborrece, ni se muda, porque sigue siempre lo mejor. El deleite, cuando está dando más gusto entonces se acaba, y como tiene poca capacidad, hínchase presto y causa fastidio, marchitándose al primer ímpetu, sin que se pueda tener seguridad de lo que está en continuo movimiento. Y así no puede tener subsistencia lo que con tanta celeridad viene y pasa, para acabarse con el uso, terminándose donde llega, y caminando a la

declinación cuando comienza.—Séneca, «De la vida bienaventurada», c. VII. — Traducción por P. Fernández Navarrete.

(99) Este episodio se originó en una de las guerras sociales de Roma. No era una ciudad Andrumento, Grumento, según M. Préchac, sino una aldea de la antigua Lucania, Saponara en la actualidad.

(100) Entonces lo era Pompeyo Strabo. Cuando la guerra social, Vecio Scato tomó la ciudad samnita de Esernia y derrotó una escuadra o armada romana; pero al día siguiente fué derrotado por Mario. Sin embargo de este triunfo, nunca pudo someter a los aliados.

(101) Era la población más importante de los pelignianos, situada sobre la vía Valeria, a cierta distancia de la costa marítima. Fué la capital de los italianos durante la guerra social. Cuando la guerra civil, al peligrar la suerte del Estado, dicha población fué sitiada y conquistada por Julio César, a cuyo jefe pompeyano concedióle la libertad. Este, más tarde, midió sus armas con César en Marsella y en Tesalia, y, definitivamente, en Farsalia. Suetonio, el historiador, narra la misma anécdota con el fin de mofarse de tal *suicidio forzado... y burlado.*

(102) Otros casos semejantes citó Apiano. Séneca debió inspirarse en los casos históricos, citados por su padre, Marco Anneo Séneca, al tratar del origen de la guerra civil.

(103) Parece ser que tal pretor Paulo no ha podido biografiarse o traslucirse quién fuera. Según Suetonio, llevaba un camafeo con el retrato de Tiberio.

(104) Tampoco este personaje se ha identificado, aunque se supone que pudiera aludir al prefecto del pretorio, Nevio Sertorio Macro.

(105) Igualmente se ignora quién podría ser Rufo. Esta misma reflexión, según advierte M. Préchac, se reprodujo en tiempos de Marco Aurelio y de Juliano.

(106) Esta es una de las muchas sentencias que tradujo al francés M. Sablier. Séneca, en esta sentencia, trata de los esclavos con la alteza de miras con que su hidalguía de carácter siempre los trató. Recuérdese la *Epístola XLVII a Lucilio,* cuya esencia, a juicio de M. Préchac,

es el de la máxima de Plinio el Joven. La idea expresada aquí, en este pasaje, el esclavo es un hombre, fué para muchos una verdad en tiempos de Juvenal, figurando como un adagio de los jurisconsultos. Y respecto a la esclavitud se debe recordar cómo fué condenada y anatematizada por la siguiente alegoría: «Hubo en otro tiempo un hombre malo y maldito del cielo, y este hombre era fuerte y aborrecía el trabajo, y dijo para sí: —¿De qué manera me compondré? Si no trabajo me moriré, pero el trabajo me resulta odioso e insoportable. Entonces recurrió a una estratagema diabólica. Salió de noche y cogió a varios de sus hermanos mientras dormían y los cargó de cadenas. Yo les obligaré—decía—a fuerza de azotes, a trabajar por mí, y comeré el fruto de su trabajo. Hizo lo que había pensado. Ver esto y hacer otro tanto los que lo vieron, fué todo uno. La fraternidad humana desapareció del mundo: ya no hubo hermanos, sino *señores* y *esclavos*.

(107) Esto lo dijo también Séneca en la epístola XLIV a Lucilio. Hay que advertir lo que antiguamente se entendía por arte, adaptado con su artificio y astucia al acarreo de la experiencia como a las actividades de la parte moral. Así es que el arte de la filosofía comprendía todos los conocimientos. A la filosofía se refiere Séneca al tratar de las buenas artes. En la epístola X a Luicilio nos lo confirma: «Tal es la verdad de la filosofía, que no sólo aprovecha a los que la estudian, sino al que habla de ella. El que se expone a los rayos del sol enrojecerá aunque no quiera; el que pasa un rato en una perfumería, sacará de ella algún olor pegado a la ropa; y del trato con los filósofos han de sacar algo provechoso hasta los más indiferentes.»

(108) Entre los romanos había ciertos empleos que daban derecho al que los ejercía para hacer su retrato en pintura o escultura, lo cual *ennoblecía* una familia, pues los romanos medían la nobleza por el número de estas imágenes que poseía cada una. Las familias que habían tenido magistrados *curules*, ponían en los atrios de sus casas, zaguanes, como decía Séneca, ciertos armarios con varios nichos o departamentos, y en cada uno de ellos el

retrato de alguno de sus mayores en cera con colores al natural. Una línea tirada de alto a bajo, a la manera de nuestros árboles genealógicos, significaba la filiación y descendencia. En los entierros se sacaban estos retratos y se llevaban en procesión detrás del cadáver a modo de triunfo, siendo éste el acto más positivo de nobleza entre los romanos.

(109) Séneca parafrasea ideas de Diógenes Laercio.

(110) Nuestro filósofo cordobés, Lucio Anneo Séneca, suscribe desde un principio el carácter indispensable de la causa inicial; después el contraste entre la belleza del efecto y la obscuridad de la causa. Sigue el mismo orden para el ejemplo siguiente, que figura en el texto.

(111) Disquisiciones de esta índole proclamaban en la época romana que debían motivarse en honor de las declamaciones. Las analizamos en *Controversias*, de Séneca, en las que también se enlaza con el problema precedente de los beneficios de los esclavos: «en donde no está propiamente salvado por un hijo, por un esclavo, por un liberto, sino por un extranjero.» «El beneficio del hijo era cosa obligatoria.»—Séneca en varios pasajes de la obra citada.

(112) El paciente lector me va a perdonar una digresión filológica. En la traducción francesa he hallado la palabra *chétif*, que significa ruin, despreciable, etc.; en la traducción castellana el vocablo *rateras* con la misma significación. Como no soy latinista, y menos humanista, me limito a señalar las etimologías latinas de la acepción de rateras, que son *vilis, humiliis, contemnendus*. Séneca escribiría la primera, por ser la más propia de las tres acepciones, aunque faciliten la misma idea de desprecio.

Lo curioso del caso es que Cervantes coincidió con Pedro Fernández de Navarrete, o éste, veinticuatro años después que aquél, en utilizar la palabra señalada más arriba.-En el capítulo XVI de la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, en donde casi al promedio se lee, páginas 31 a 33 del tomo I de la edición anotada magistralmente por don Clemente Cortejón: «Sucedía a estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de

los dos mejores mulos que traía, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, según lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mención, porque le conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo; fuera de que *Cide Hamete Benengeli* fué historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas; y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, *con ser tan mínimas y tan rateras*, no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente que apenas nos llegan a los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia o ignorancia, lo más substancial de la obra.»

Cortejón hácenos el historial quijotesco del calificativo *rateras*. Martín Fernández de Navarrete substituyó la voz *rateras* por la de raras. Siguióle Clemencín, Rivadeneyra y Gaspar Roig, sin explicar el fundamento de tal novedad. No se conformó con ella ni Hartzenbusch ni Fitzmaurice-Kelly, quien con todo y con ser extranjero, califica la enmienda de dañosa. Su juicio nos parece acertado.»

Lo corrobora Cortejón, en sentido traslaticio, con un pasaje de las *Novelas Ejemplares*, del propio Cervantes, con la etimología latina del vocablo y con el uso moderno, transcribiendo, después de formular varias consideraciones retóricas acerca del autor del *Quijote*, un pasaje de Jovellanos. En caso de ser impugnado, requiere sólidos argumentos del contradictor.

El señor Rodríguez Marín, cuya *fobia* contra Cortejón pruebo en la *Crónica Cervantina*, de Barcelona, surge, no como impugnador, sí como hábil detractor de los que escribieron la palabra *rateras*. Copia con otras palabras a Cortejón, y sólo le atribuye el ejemplo de Jovellanos, y procura demostrar que le supera con dos ejemplos cervantinos.

Lo increíble en el señor Rodríguez Marín, tan versado en las lecturas de los libros antiguos, que no anonadara con un ejemplo más a Cortejón, el del pasaje de Séneca que anoto. Rodríguez Marín habla siete veces de Séneca, dos veces de esta obra *De Beneficios*. En el tomo VI,

capítulo LVIII, página 201, línea 9, se refiere a este libro III y al capítulo XXIV, seis antes del que estoy tratando. ¿Cómo pasó por alto la palabra *rateras*? ¿Es cierto que delegó en otra persona tan agradable lectura?

(113) Véase la nota 24.

(114) La de Tecín.

(115) No fué tan solamente a su padre a quien prestó tan heroico servicio, sino también a su hermano Lucio Cornelio Scipión. M. Préchac advierte que no son más que una ficción oratoria los beneficios.

(116) Un senequista, M. Albertini, juzga que la serie de estos razonamientos silogísticos, que a continuación se expresan, le parecían a Séneca lo más típico de la dialéctica estoica.

(117) Tanto como este hecho heroico, fué ilustrado en la antigüedad el ejemplo siguiente de los dos hermanos sicilianos Anfinomos y Anapo. Séneca desplegó en ello mayor entusiasmo. Muchos escritores lo han celebrado. La imagen de los héroes fué perpetuada no tan sólo con estatuas que se les erigieron en Catania, sino por una moneda local, y por monedas de la república romana. En el tercer ejemplo que señala Séneca confundió a Antígonas con su hijo Demetrio Poliorcetes, vencedor de Ptolomeo.

(118) Justo Lipsio ha imputado a Séneca que estas frases forman parte de un diálogo edificante imaginado o traducido por Plauto.

(119) Séneca, en el capítulo IV del libro anterior, habló en conformidad con Epicuro, aquí en disconformidad con él y sus discípulos. A lo dicho en las notas 20 y 95 débese agregar como suplemento la importancia indebida que al epicureísmo se ha concedido y quién fué el mejor panegirista y devoto de las doctrinas epicúreas. Casi todas ellas pertenecían a la ética, pues apenas las otras subdivisiones trataban de la filosofía a que todas las escuelas griegas habían dado tanta importancia. Epicuro desdeñó la dialéctica, porque de nada podía servirle la ciencia que distingue lo verdadero de lo falso. La dialéctica enseña a discutir, y la discusión agita el ánimo y lo saca del reposo en que, según él, estriba la felicidad.

Tampoco podía interesarle mucho la física, porque ¿cómo podría haber profundizado los misterios de la naturaleza, sin haber descubierto en sus operaciones, en sus fenómenos, en el equilibrio de sus fuerzas, el plan, el orden, el gobierno que todas las naciones del mundo han reconocido como obra de una Providencia? La teología no podía llamar la atención de quien negaba el principal fundamento de todas sus investigaciones, que es la idea de Dios. Y, sin embargo, no podía prescindir de estos ramos de conocimientos en una época en que todos ellos formaban la civilización, y en la que no podía llamarse filósofo el que no sometía a su investigación todas las partes del mundo visible e invisible; el que no aplicaba el análisis a todo lo que puede ser objeto de la inteligencia. Algún uso debía hacer de la lógica el que anunciaba opiniones tan nuevas y tan opuestas a las generalmente recibidas. Algo debía entender de psicología el que creía haber descubierto el punto de transición entre el mundo exterior y las facultades interiores del hombre; pero Epicuro se mostró muy parco en todas estas investigaciones, y, como dijo hace tiempo un filósofo inglés, su verdadera originalidad consistía más bien en lo que dejó de decir que en lo que dijo. Y aun en todo lo que dijo, fuera del círculo de la ética, en la cual se abrió un camino exclusivamente suyo, no hizo más que tomar algunas especies de las opiniones que habían vertido y discutido con detención Platón, Aristóteles, Aristipo y Demócrito. En esta elección de enseñanzas ajenas, Epicuro, fiel a sus pruritos de impasibilidad y reposo, se desembarazó de toda cuestión espinosa, capaz de ponerlo en perplejidad y confusión. La idea de un poder misterioso, superior al mundo visible, había sido el gran enigma en cuya resolución había trabajado en vano el genio griego de los tiempos de Homero. De ello dan testimonio tanto las hipótesis más o menos aventuradas de los filósofos, como las ficciones más o menos absurdas de los mitólogos. Con esta idea se ligaba la de una inteligencia recóndita, parecida a la del hombre, pero infinitamente más previsora, más vasta, más fecunda en recursos. Todo esto daba materia a profundas meditaciones,

a dificultades inzanjables, a las cuales no era fácil hallar salida; pero Epicuro logró evadirlas acudiendo a sus átomos favoritos. Congregados en el espacio, los átomos se reunieron unos con otros, a impulso de sus afinidades recíprocas, y formaron las masas de que el mundo se compone. Con esta solución quedaba cortada toda dependencia y enlace entre la física y la teología, y quedaba satisfecho el ánimo del filósofo sin necesidad de sacar sus especulaciones fuera del círculo de las impresiones sensuales. Y como uno de los productos de estas aglomeraciones atomísticas era el alma humana, quedaba perfectamente entendido el plan del universo, y sometido en su totalidad a un principio único, a un resorte tan sencillo como inteligible.

El poema de *Rerum natura* (cosas de la naturaleza) es la única obra en que fué transmitido a la posteridad el *epicureismo*. Tito Lucrecio Caro, autor de aquella producción, nació en Roma el año 1557 de la fundación de la ciudad. Así lo expresa en varios pasajes de la obra. A la noble familia de los Lucrecios pertenecía. Entre sus parientes figuraban Quinto Lucrecio Vespillo, famoso jurisconsulto, y Quinto Lucrecio Ofella, elocuente senador, de quienes Cicerón y Julio César hablan en sus obras. Tito Lucrecio no quiso entrar en la carrera pública, y se dedicó al cultivo de las ciencias y de la literatura, en cuyos trabajos se ilustró de tal manera, que Veleyo Patérculo menciónalo entre los hombres notables que más ilustraron su siglo, incluyéndolo en el catálogo en el que se leen los nombres de Hortensio, Craso, Catón, Bruto, Cicerón, César, Asino Polión, Varrón y Salustio. Según la costumbre observada entonces por todos los aficionados al saber, Lucrecio hizo un viaje a Atenas, donde se inició en las doctrinas de Epicuro, y llegó a ser uno de los más ardientes partidarios. Este es el único suceso notable que de su vida se refiere. Unos han dicho que su muerte fué causada por el despecho de ver a su patria destrozada por las revueltas y víctima de la ambición, de la codicia y de la discordia de sus hombres públicos. Otros escritores dijeron que le mató la pesadumbre que le ocasionó el destierro de uno de sus más íntimos ami-

gos, llamado Memmio. Hubo quien afirmó que su mujer, o su querida Lucilia, lo mataron con sus veleidades.

A Epicuro lo juzgaba como el verdadero restaurador de la filosofía, del mismo ser y manera a su doctrina como la luz más brillante que había jamás lucido en la esfera del saber, y como el remedio de todos los males morales que afligen al hombre y a la sociedad. En varios libros de su obra ya citada enaltece al maestro, sin perjuicio de ofrecer en la magistral descripción de la morada de los dioses ideas más elevadas que el maestro acerca de la divinidad. He aquí el pasaje: «A tu voz—dice, dirigiéndose al filósofo griego—se descubre el numen divino, reposando en una mansión tranquila, jamás sacudida por los vientos, jamás salpicada por la lluvia, jamás violada por la áspera nieve ni por el choque del congelado y albo granizo. Allí se extiende por todas partes el éter, nunca oscurecido por las nubes, y recreando las miradas con la luz que por toda su amplitud se difunde.»

Por la mucha extensión que esta nota encierra, omitimos el copiar otros pasajes de *Cosas de la Naturaleza*, que contiene trozos célebres entre los más célebres de la antigüedad, según los humanistas, por la sonoridad de la versificación, por la grandilocuencia del estilo, la gracia y el esplendor de las imágenes y la elevación de los pensamientos.

(120) Dijo Cicerón que el deleite era enemigo del entendimiento. En su obra *De la Vejez*, capítulo XII, transcribía de Arquitas Tarentino los siguientes conceptos: «Decía que no había dado la naturaleza a los hombres más fatal enfermedad que los deleites del cuerpo, cuyos desordenados deseos excitan a su fruición las pasiones temeraria y desenfrenadamente. De aquí decía que provenían las traiciones a la patria, las destrucciones de las repúblicas, las inteligencias secretas con los enemigos; que no había maldad ni atrevimiento grande que no incite el deseo de los deleites a emprenderle: que a los estupros, adulterios y a todas las infamias no convidan otros atractivos que los de los deleites: que no habiendo depositado en el hombre la naturaleza, o algún Dios, cosa más grande y excelente que el entendimiento, no hay mayor enemigo de este divino don que el deleite.»

(121) El placer, según el lenguaje del epicureísmo, era la felicidad. Para Epicuro, la tranquilidad y el reposo constituían la suma felicidad, así como llamó placer del movimiento al que es más vivo, al que incita a desplegar toda su actividad dentro del orden físico y del orden moral. Este placer quedaba muy por bajo de la verdadera felicidad.

(122) Esto fué ensalzado por el cantor del epicureísmo. En el libro II de su obra *Cosas de la Naturaleza* dice Tito Lucrecio Caro: «Cuando la mar se hincha y el viento agita las olas, es grato contemplar desde la orilla a los que luchan con aquellos peligros, no porque puedan agradarnos los males ajenos, sino porque nos gusta contemplar aquellos de que estamos exentos. También es grato ver desde un punto seguro la batalla que se da en el llano; pero nada es tan suave como colocarse en la altura de la ciencia, en los santuarios que alzó la apacible sabiduría, y desde cuya elevación divisamos a los demás hombres vagando por uno y otro lado en los espacios de la vida, buscando el camino que han de seguir, luchando entre sí, unos con las armas del genio, ostentando otros sus títulos de nobleza, y pasando los días y las noches en increíbles afanes, para llegar a la cima de la riqueza y del poder. ¡Oh miserables humanos! ¡Oh corazones ciegos! ¡En qué tinieblas y en qué peligros pasáis esos breves días que se os conceden! ¿No escucháis los gritos de la naturaleza, que no quiere tan sólo que evitéis los dolores del cuerpo, sino también que las almas, libres de terrores y de inquietudes, tengan sus goces y bienestar? El cuerpo tiene pocas necesidades: poco se necesita para evitar sus padecimientos y proporcionarle mil delicias: muchas veces nada más pide la naturaleza. Si los hombres no poseen esas ricas estatuas que tienen sustentando en la mano derecha lámparas luminosas y vierten torrentes de luz en los banquetes nocturnos; si no resuenan liras armoniosas bajo el esplendor de los techos dorados, ni luce la plata en los muebles, a lo menos pueden reunirse y reclinarse en las blandas hierbas a orillas de los frescos arroyos, bajo el follaje de los grandes árboles, saboreando a poca costa

los placeres de los sentidos, especialmente si sonríe la estación benigna y la primavera esmalta con flores los verdes prados.»

(123) Aquí, como vemos, parafrasea al epicureísmo, como igualmente lo parafrasea Séneca en la *Epistola CXIII a Lucilio*, cosa en que también coincidió Cicerón al tratar de la perfección y variedad del Universo en varios pasajes de la *Naturaleza de los Dioses*.

(124) Estos versos deben ser del poema *Naturaleza de las Cosas*, de Tito Lucrecio. M. Préchac no lo transcribe, sino que los ha traducido y escrito en prosa.

(125) Los romanos daban el nombre latino de *jugerum* a las yugadas de tierras, que, según el Diccionario de la Academia Española, es el espacio de tierra de labor que una yunta de bueyes puede labrar en un día.

(126) Séneca volvió a tratar de estos peligros, inminentes a las casas que edificamos y en que nosotros vivimos, y no generalizados al globo terráqueo en que habitamos, en las *Epistolas XLIII* y *XC a Lucilio*.

(127) En la *Epistola LXXIII* explana Séneca lo mismo que aquí, en donde a continuación va señalando las consideraciones generales acerca de la Providencia del mundo y de todas las particularidades de aquellas costumbres meridionales.

(128) Asimismo este verso, que suponemos también de Tito Lucrecio, lo traduce en prosa M. Préchac.

(129) A lo dicho en la nota 21 respecto a Júpiter, he de agregar que Cicerón, al sostener en su tratado *De natura Deorum* cómo había venido a confundirse la divinización de los hombres con la divinización de la naturaleza, nos presentó tres individuos que tuvieron el nombre de Júpiter. El primero, llamado antes Lisanias, fué natural de Arcadia, y habiendo ido a Atenas en tiempo en que los atenienses vivían a manera de bestias, les dió leyes, les hizo vivir sujetos a ellas y les enseñó el culto de los dioses, con lo cual consiguió que, maravillados de su ingenio aquellos hombres ignorantes y groseros, le tuviesen por uno de aquéllos y le adorasen. Otro Júpiter hubo, arcade también y de esclarecido linaje, que se distinguió por hechos memorables. El tercer Júpiter fué

el más famoso. Sus padres fueron Opis y Saturno. Dentro de la genealogía de las divinidades, a Saturno se le debe considerar como el tronco de las principales. Era rey. Un hermano suyo le privó del reino. Júpiter rompió sus cadenas y le restituyó en el trono. No se lo recompensó Saturno, pues puso asechanzas a la vida de su hijo. Entonces Júpiter le destronó y lo recluyó en una mazmorra. Logró evadirse Saturno. Fué a refugiarse a Italia y, protegido por Jano, se dedicó a civilizar a los hombres. Júpiter llegó a ser un soberano poderoso que extendió su señorío no tanto con las armas como con su industria y prudencia, enseñando a los hombres muchas cosas ignoradas y de gran provecho para la vida, dando leyes, reformando las costumbres, civilizándolos en una palabra. Pero ambicioso de honores y de gloria, no rehusó ningún género de homenajes y, creciendo su fama de día en día, vino a ser tenido por un dios. De esta manera, predispuestos los ánimos a creer todo cuanto realzara las ideas del héroe divinizado, se admitieron como verdades ficciones más o menos gratas e ingeniosas, pero que nada tenían de verosímiles. Ciertamente no fué otra la causa de que unos fingiesen que Júpiter, escondido a poco de nacer en una cueva, donde cuidaban de él los curetes, había sido alimentado con la miel que trabajaban en su boca las abejas, y de que otros dijesen que había sido criado por unas cabras o por unas osas.

Lo mismo que Cicerón dice de Júpiter, extiéndelo también a los distintos Vulcanos, de quienes hace detalladas y pintorescas referencias.

(130) De Hércules y Mercurio se hizo mención en las notas 52 y 15.

(131) Ya hemos visto en dos pasajes del capítulo anterior cómo Séneca juzgaba a Dios la naturaleza y el destino, conviniendo con Crisipo y Posidonio. El filósofo Cleantes habló de ello, según refirió Diógenes Laercio. Cicerón, tras de las huellas de Virgilio, juzgó que los dioses no intervenían más que como encarnaciones o símbolos, pues cada uno de ellos representa un aspecto de la divinidad absoluta. Pero este simbolismo estoico contribuyó a falsear la significación religiosa de las divinida-

des paganas: el mito de las Gracias, de que ya se habló, fué una creación artificial de Crisipo y sus seguidores; la tesis de *Júpiter Stator*, Providencia conservadora del mundo, no se sostiene más que al arrimo de los epítetos, pues más fácilmente se derrumba que un castillo de naipes. Cicerón hizo un buen expolio de todas estas exégesis estoicas. Séneca, como se ve, muéstrase ecuánime, estoico en realidad.

(132) Al *arar* y al *sembrar* le concedían gran atención los romanos, hasta el punto de que generales famosos, después de cubrirse de laureles, empuñaron la esteva del arado con la misma maestría con que la manejaban los más curtidos en las labores del campo. Lástima que el señor Fernández Merino callara el año 1889 lo que afecta al particular en *Observaciones críticas a las Etimologías de la Real Academia Española*. De pura enjundia latina me parece el refrán «*ara por enjuto o por mojado, no besarás a tu vecino el rabo*», con que se da a entender que el que are, en cualquiera sazón que lo haga, no necesitará mendigar el socorro del vecino. (*Qui bene arat, nullius auxilio indigebit.*) Refrán que concierta con estos otros dos: «*el arado rabudo y el arador barbudo*», que previene sea aquél largo de reja y quien lo maneje hombre hecho y de fuerzas; «*no prende de ahí el arado*», que vale lo mismo que no está en eso la dificultad. (Suprimo las etimologías latinas, por juzgarlas innecesarias en anotaciones de amenidad.)

Hay más refranes: «*arador de palma no le saca toda barba*», significando que no todos pueden hacer las cosas que son difíciles; «*no se saca arador con pala de azadón*», pues con medios desproporcionados no se puede conseguir lo que se desea. Se requiere un instrumento muy sutil para escarbar la tierra y sacar al arador, que es un insecto muy pequeño y perjudicial para la siembra.

Otro refrán hay revelador de la fortaleza que requiere el arar: «*arada con terrones no la hacen todos los hombres*», porque la heredad que está aterronada necesita de hombres muy robustos para ararla bien y penetrarla a fin de que produzca.

Como complemento del arar viene la siembra. Frases

populares o metafóricas son: *«como sembráredes, cogéredes»*. Tal expresión indica que el premio corresponderá al servicio o al trabajo, así como la de *«quien bien siembra, bien coge»*, explica que para conseguir algún empleo o favor se ha de servir, obsequiar o regalar.

(133) La delegación consiste en mandar o encargar a otra persona que pague nuestras deudas. Para Séneca era familiar esta diligencia jurídica. La forma como aquí la aplica se ajusta en un todo, en opinión de M. Préchac, a la de Synmaque.

(134) Casi replica a estas frases el propio Séneca diciendo en su obra *De la tranquilidad del ánimo*: «Ante todas cosas conviene pongamos los ojos en nosotros mismos, y después en los negocios que emprendemos. Y lo primero que cada uno ha de hacer es tantear su capacidad: porque muchos nos persuadimos a que tenemos fuerzas para llevar más carga de la que en efecto podemos. Hay unos que en confianza de su elocuencia se despeñan, otros gravan su hacienda más de lo que puede sufrir, otros con ocupación laboriosa oprimen su enfermizo cuerpo. A unos impide la vergüenza para el manejo de negocios civiles, que requieren osada frente, y en otros no es conveniente para palacio su terquedad; unos saben enfrentar [refrenar] la ira, y a otros cualquiera indignación les enfurece, y algunos no saben poner límite a la graciosidad ni abstenerse de peligrosas chocarrerías. A todos éstos más seguro será el ocio que la ocupación, siendo bien que la naturaleza, impaciente y feroz, evite las ocasiones nocivas a su libertad.»

(135) M. Préchac, estos dos párrafos seguidos los transcribe de esta manera: «Nadie hay, cuando pretende adquirir una posesión en Tusculano o en Tiburtino para disfrutar de aires puros o de un descanso veraniego, que se enfrasque y entretenga en cálculos prolijos para averiguar en qué año la comprará, sino que al presentársele tal oportunidad no la dejará escapar.» Al pie, en una nota, dice el traductor francés: «Tal traducción ha parecido muy oscura y el texto ha sido corregido de varias maneras. Nosotros le interpretamos como es: dedúcese apenas sin trabajo al considerarse que el cálculo y cóm-

puto de los provechos de una buena acción conduciría con frecuencia, es decir, algunas veces, a realizarlos fuera de sazón o inoportunamente.»

Aunque he optado por la traducción castellana, sin tener el texto latino a la vista, no podría un buen latinista dictaminar. Al no serlo, antepongo la versión castellana a la francesa, sin dejar de reconocer que la última merece toda clase de alabanzas.

(136) Este verso lo pone en prosa M. Préchac, si bien transcribiendo que es de Ovidio.

(137) Esta reflexión es una derivación estoica de Séneca, que compagina con pasajes de Aristóteles y Demócrito, analizados por M. Préchac.

(138) Quienes, como Epicuro y Cicerón, aplicaban a la teoría epicúrea del interés la noción de justicia y los sentimientos virtuosos, estaban lejos de conducir siempre el beneficio hacia el interés, quizás porque Demócrito les inspirara la noción del beneficio desinteresado. Séneca, además, ha sido más equitativo con la doctrina tan compleja de Epicuro, como también lo acreditó en la *Epístola LXXXI a Lucilio.*

(139) Domiciano quería mejor, prefería, que le dieran las gracias, como si se tratara de un beneficio, de las penalidades que infligió a Agrícola. Sobre el cuidado que debemos tener para alcanzar buena reputación, escribieron Quintiliano y Cicerón.

(140) Aunque sea extensa la cita, resulta muy curiosa la siguiente ilustración. La física de Epicuro es atomística, como ya se ha dicho. Es la misma de Demócrito, algo alterada en sus principios y más en sus consecuencias. Esta doctrina, tan justamente desacreditada, como hipótesis que ninguna observación confirma, que no tiene en su apoyo ni el testimonio de los sentidos ni las diferencias del raciocinio, debía conducir en manos de Epicuro a las más deplorables consecuencias. En efecto: si el mundo no es más que un compuesto de átomos dotados de movimiento y de las leyes de todas las combinaciones posibles, síguese que el mundo se basta a sí mismo, que por sí mismo se explica; que no necesita de una inteligencia suprema, que no hay primer motor;

que no hay Providencia; en una palabra, que no hay Dios. Pero Epicuro, que no admite un dios, admite muchos dioses. No son éstos espíritus, porque no hay espíritu en la doctrina atomística. Pero tampoco son cuerpos los dioses de Epicuro, porque ¿dónde hay cuerpos que puedan revestirse con el carácter de la divinidad? En este apuro, y obligado a reconocer que todo el género humano cree en la existencia de los dioses, Epicuro acude a los sueños. Como en los sueños hay imágenes que obran en el alma, que la afectan, que determinan impresiones agradables o penosas, sin proceder de los cuerpos externos, así los dioses son imágenes, semejantes a las que se presentan a nuestro espíritu mientras dormimos, pero mayores, dotadas de una existencia propia y de forma humana, y que, sin ser cuerpos verdaderos, no carecen absolutamente de materia.

(141) Esta máxima de Cicerón la mantenía uno de los catedráticos del Instituto de San Isidro, de Madrid, don Urbano Serrano, diciendo en la *Lógica* que la verdad no es cuestión de votos.

(142) De los instrumentos de tortura y suplicio habla Séneca en su *Ideario*. En tiempos inquisitoriales aplicábanse los mismos tormentos, el potro y la hoguera, sin poner en olvido el del agua y cordeles, el de la garrucha, el del ladrillo, el del sueño, el de las tablillas, el de los azotes, el de colgar a los reos de los brazos con grandes pesos en las espaldas y en las piernas. Antonio Pérez, secretario de Felipe II, sufrió ocho vueltas de cuerda. Don Rodrigo Calderón, ministro de Felipe III, sufrió seis vueltas. El duque de Híjar, don Rodrigo Sarmiento de Villandrando, sufrió doce vueltas en 1648. Y así podrían citarse muchos casos en que ni el encumbramiento social ni el lustre de los pergaminos de nobleza eximían de la pena de tortura.

¿En qué consistían aquellas vueltas? En ser atado el procesado de pies y manos en el potro, dándole en cada pierna dos garrotes o vueltas de cordeles apretados a torno, uno en el muslo y otro en la caña izquierda, de la rodilla abajo, y otros dos garrotes en cada brazo, el uno en el morcillo y el otro en el antebrazo. Colocado

así el infeliz paciente, le echaban siete cuartillos de agua por un embudo a la boca, obligándole a tragárselos.

Tal fué el horror que Fernando VII experimentó con aquel brutal e ineficaz medio de prueba que, en una visita efectuada en 1817 a la cárcel de la villa de Madrid, mandó quemar el potro «para que no quedase en lo sucesivo ni aun la idea de semejante infernal máquina». Por real cédula de 25 de julio de 1814 estaba desterrada tal práctica de nuestra legislación.

(143) Según M. Préchac, el testamento de Epicuro disponía hasta la manumisión de cuatro esclavos y aseguraba el porvenir de los hijos de los Metrodoros. En Roma se aconsejaba el interesado por sí mismo, por su propia conciencia, más que por los jurisconsultos. No era siempre, pero se repetían estos casos. Sin embargo, ciertos legados en que la gratitud intervenía se amoldaban a una minuciosa jurisprudencia.

(144) Es lo que nosotros llamamos destino, al que los romanos daban los nombres latinos de *fatum* y *providentia*. El primero era conocido en el antiguo idioma castellano con la acepción *fado* y más tarde con el vocablo *hado*. Se definió en la antigüedad diciendo que era la no interrumpida ni alterable serie de acontecimientos a cuyo influjo está irremisiblemente sujeta la suerte de los hombres y aun la voluntad de los dioses; por lo cual le representaron como un hombre ciego, teniendo en una mano el libro del porvenir y en la otra la urna en que se contenía la suerte de los mortales. Por esta razón decía el mismo Séneca en *Quastiones naturales*: «Quid intelligit fatum?... Existimo rumpat.» O lo que es lo mismo, traducido muy libremente por mí: «¿Qué entendemos por hado?... Entiendo y pienso que es lo que requieren todas las cosas, y cuyo proceso, sea como sea, nadie podrá disminuir su ímpetu ni quebrantarlo.» Cicerón lo definía: «*el destino, el hado, no era lo que se entendía supersticiosamente, sino lo que se llamaba físicamente causa eterna de las cosas, para que las pasadas hayan sido hechas, se hagan las presentes y existan las futuras.*»

(145) Muy fundadamente opina M. Préchac que esta

página evoca el Salmo XVIII, versículo II de nuestras Sagradas Escrituras: «Caeli enarran gloriam Dei» (los cielos enaltecen la gloria de Dios); y la frase de Pascal: «El silencio eternal de estos espacios infinitos.» Por nuestra parte, cabría formular algunas consideraciones acerca de estas metáforas enlazadas unas con otras para constituir saltando por encima de la energía de los epítetos, de la filosofía de los símiles, de la belleza de los pleonasmos, una trascendente alegoría. El estilo de Séneca encarnaba de modo admirable en las metáforas, por ejemplo: si quería representar la fortaleza del pensar, decía que «un buen filósofo es la columna de la experiencia de la vida», el colmo de la valentía en un hombre que «era valiente como un león», las tinieblas de la ignorancia que «las iluminaba la luz del entendimiento», el acceso hasta los misterios más recónditos que «se franqueaban o facilitaban con la llave de la ciencia»... Y como Jorge Manrique, comparando nuestra vida a los ríos, dijo:

> «Nuestras vidas son los ríos
> que van a dar en la mar
> que es el morir:
> Allí van los señoríos
> derechos a se acabar
> y consumir»,

de que se aprovechó Rodrigo Caro para este hermosísimo símil de la *Epístola moral a Fabio*:

> «Como los ríos que en veloz corrida
> se llevan a la mar, tal soy llevado
> al último suspiro de mi vida».

Séneca, enamorado de estos pleonasmos: «yo lo vi con mis ojos», «yo lo oí con mis oídos», «*simile somnium somniavit*», «*servus servorum, vanitas vanitatum, similia similibus curantur, secula seculorum*», el valiente de los valientes, la hermosa de las hermosas, dormir un sueño tranquilo, vivir una vida trabajosa, llegó a escalar, leyendo las *Metamorfosis*, de Ovidio, las altas cimas de la espiritualidad. No podía ser por menos, porque, según

Pirón, la poesía en esta obra *se bebe por todas partes*, singularmente en las bellas alegorías de la ficción de la envidia y de la caída de Faetón.

(146) Parece que entre los pliegues de la toga romana, según M. Préchac, podía ocultarse y guardarse diversidad de objetos y dinero.

(147) Esta solución radical distanciábase mucho para ser la solución definitiva de Séneca. En el capítulo XXXIII la atenúa muy marcadamente, en donde se ajusta a las normas sustentadas al principio del primer libro en el capítulo I, y al finalizar el libro séptimo, capítulo XXVI y siguientes. No incurre en contradicción. Al ser el beneficio en realidad un vínculo moral entre los hombres, era evidente que al hombre, cuya ingratitud se probara como irremediable, no le dispensáramos otro beneficio en el sentido propio de la frase. Pero como este caso citado en el texto es una excepción de lo anteriormente recordado, ha de solucionarse de distinta manera.

(148) Arrojadizas por las ventanas, lo dijo Pedro Fernández de Navarrete en sentido figurado. Tal frase daba a indicar que se daban a manos llenas, a granel, sin poder para la atención en quienes las recibían. El término latino que empleó Séneca, congius, M. Préchac lo traduce congiaire, que es congiario en castellano, es decir, el don extraordinario que los emperadores romanos distribuían al pueblo, sin selección alguna, con motivo de alguna solemnidad. Estos repartimientos, por lo regular, eran de aceite o de vino, efectuados como suplemento a las distribuciones del trigo. También se distribuía otras veces sal, y en ocasiones dinero. En los días de juegos extraordinarios, Nerón los mandaba repartir.

(149) Marco Tulio Cicerón, hijo del gran orador romano, fué nombrado cónsul treinta años antes de Jesucristo.

(150) Pablo Fabio Pérsico era descendiente de Quinto Fabio Verrucosus y de Quinto Fabio Máximo Allobrogicus, e hijo de Pablo Fabio Máximo. Fué cónsul aquél treinta y cuatro años antes de Jesucristo. Su familia gozaba de gran reputación en tiempo del emperador Au-

gusto. Su mérito y nacimiento fueron tenidos en cuenta por Claudio, el sucesor de Augusto. Pérsico fué un noble abyecto y despreciable.

(151) Fué hermano consanguíneo de Alejandro Magno. Padeció de debilidad cerebral.

(152) Era una gran mentalidad y un abogado de nota, pero de costumbres licenciosas. Su bisabuelo, Emilio Scauro, cónsul y príncipe senatorial, fué uno de los más firmes sostenes del partido aristocrático.

(153) Se puede citar al padre de Calígula, Germánico César, quien, a la muerte de Augusto, rechazó el imperio que le ofrecían las legiones de Germania, y que, adoptado por Tiberio, pereció a los treinta y cuatro años, causando profundo duelo; a Druso, padre de Claudio y abuelo de Calígula, muerto en pleno triunfo, al obtener el título de *magnus futurus princeps* (después de muerto fué el primer titular del nombre glorioso de Germánico), fué un verdadero patricio. El bisabuelo de Calígula fué un hombre integérrimo llamado Tiberio Claudio Nerón, quien, a la terminación de las guerras civiles, manifestó su acatamiento y sumisión al vencedor y le cedió su mujer, Livia. M. Préchac, de quien recogemos las referencias de estas últimas notas, supone exageradas las alabanzas de Séneca.

(154) En este retrato se reconoce a Claudio. Los héroes de quienes desciende son, por otra parte, Druso, Apio, Claudio Cecus, Claudio Caudex, vencedor de los cartagineses en Sicilia; Tiberio Nerón, vencedor de Asdrúbal; sin contar a Livio Salinator y a Livio Druso, vencedor del bárbaro Druso.

(155) La moral de Platón es la más noble y la más pura de las que la antigüedad nos haya transmitido. Admirables son sus preceptos acerca del desinterés, del desprecio de las riquezas, del amor de los hombres y del bien público, de la fortaleza del alma, del desprecio del deleite, del dolor, de la opinión de los hombres acerca de la investigación de los verdaderos placeres, los cuales sólo consisten cuando se practica la virtud. Se le juzga a Platón como el precursor del cristianismo. En su *República* dice Platón que compara al hombre colocado en la tierra

con un prisionero sujeto con cadenas y grilletes en una caverna en que la luz del día no penetra sino por una ventanilla o tragaluz abierto detrás de él. Por esta causa, sus ojos no pueden percibir ninguno de los seres verdaderos; pero las sombras de los objetivos, proyectándose delante de él en la muralla, le dan una noción alterada y confusa de lo que no puede ver. De ahí su recomendación de andar con pies de plomo y no partirse de ligero en sus análisis.

(156) Consejero del emperador Augusto, por lo cual ha legado su nombre a quienes siguen sus huellas al proteger a los escritores.

(157) Estas larguezas o generosidades de Filipo suponían pillajes, expolios, sitios y matanzas en ciudades tesalianas, en la Tracia, en Grecia, en Scytia y entre los tebanos. Para Filipo nada le atemorizaban los anatemas de los estoicos, porque sabía bien satisfacer la codicia de los soldados y conquistarse las simpatías populares con verdadera esplendidez.

(158) En *De Clemencia* trató Séneca del mismo caso.

(159) Este acto de severidad debe contrastarse con el del deudor pitagórico que aparece en el capítulo XXI del libro VII de esta obra de Séneca.

(160) M. Préchac advierte que Cicerón, en las *Cartas a los cónsules Marcelo y Lucio Paulo,* nos informa de toda la doctrina estoica sobre la delicadeza en materia de solicitaciones y sobre el cambio de buenos procederes.

(161) Este elogio que hace Séneca de Ebucio incita a transcribir estas frases que escribió Cicerón acerca del concepto y excelencia de la amistad: Esta «no es más que conformidad perfecta en todas las cosas divinas y humanas con cariño y voluntad entrañable. Yo la considero, después de la sabiduría, como el regalo mejor que el hombre ha recibido de los dioses. Unos aprecian más las riquezas, otros la buena salud, algunos el mando y muchos los deleites. El gusto de estos últimos es de bestias; y las otras demás cosas son inciertas y perecederas; dependientes no tanto de nosotros mismos como de los antojos de la fortuna. Los que mejor aciertan son los que colocan el sumo bien en la virtud; único origen y

fundamento que ha de tener la amistad, si la ha de haber sobre la tierra.» (Cicerón, *Lelio, sobre la amistad*, c. V.—Traducción por Casas.)

(162) La semblanza moral de los lacedemonios está pintada de mano maestra por Valerio Máximo, al referir el respeto que por la vejez experimentaban. «En Atenas —decía en el IV de los *Nueve libros de exemplos y virtudes morales*», traducidos en Sevilla, 1631, por Diego López—, como hubiese ido al teatro para ver los juegos cierto hombre muy anciano, y ningún ciudadano le ofreciese asiento, llegó casualmente hasta los legados de los lacedemonios, quienes movidos por la edad de aquel hombre, levantándose, veneraron sus canas y sus años, y le ofrecieron asiento entre ellos en lugar honradísimo; lo cual, luego que el pueblo vió lo que sucedía, con el mayor aplauso aprobó el respeto de los extranjeros; se cuenta que entonces uno de los lacedemonios dijo: «luego los atenienses saben lo que es recto, pero descuidan el hacerlo (practicarlo).»

(163) Séneca, cómo en la nota 73, parece aludir a los beneficios que recibiera de Nerón, pues el primer quinquenio del reinado de este emperador fué elogiado con fundamento por sus contemporáneos. El imperio floreció hasta que Nerón, seducido por los consejos de la liberta Acté, se cansó de no gobernar en persona: quienes gobernaban a la sazón en su nombre eran sus preceptores Séneca y Burrho, y sobre todo Agripina, que se atrevió a pretender tomar asiento en medio del Senado, y dominaba soberanamente a su hijo en nombre de sus beneficios.

(164) En este caso aflictivo se encontró el filósofo Epicteto, elogiado por Rodrigo Caro en la *Epístola moral a Fabio*. Sobre sí mismo compuso Epicteto, en la época de su esclavitud, en los que da a entender que el hombre que es blanco de reiterados ataques de la desgracia, no es objeto del odio de los dioses. La vida tiene misterios cuya inteligencia solamente se concede a cierto número de almas. (*Noches áticas*, de Aulo Gelio, libro II, capítulo XVIII.—Traducción de Navarro y Calvo.)

(165) También podría tomarse por ejemplo (de filóso-

fos que fueron esclavos) a Diógenes el cínico, pero éste fué condenado a la esclavitud después de haber sido libre durante una parte de su vida. Refiérese que cuando Xeniades de Corinto, proponiéndose comprarlo, le preguntó qué sabía hacer, le contestó con altivez: «Mandar a los hombres libres.» Impresionado Xeniades por la respuesta, lo compró y, manumitiéndole en seguida, le encargó la educación de sus hijos, diciéndole: «He aquí mis hijos; ahí tienes hombres libres a quienes mandar.» (Aulo Gelio, *Noches áticas*, libro II, c. XVIII.—Traducción de Navarro y Calvo.)

(166) Era un rey de Macedonia, que nació el año 513 y murió el 399 anterior a Jesucristo. En su corte supo rodearse de pensadores, poetas y artistas. El pintor Zeusis decoró su palacio con profusión de obras de arte, y el genial Eurípides le dedicó la obra *Arquelao*.

(167) Léanse los capítulos XXXI al XXXIV del libro VI de esta misma obra y se apreciarán qué clases de servicios puede un sabio prestar.

(168) Las enseñanzas de la física, como dice M. Préchac, tuvieron gran predicamento en la antigüedad. Más prefería Demócrito descubrir una sola ley física que los azares de la vida le permitieran ocupar el trono de Persia. Particularmente la ciencia de los eclipses producía gran admiración. Rechazó la autoridad de un Pericles. San Agustín alabó sin reserva a quienes la poseían. Como era un poderoso remedio para las supesticiones populares, los jefes de Estado, como Pericles, usaban de ella. Así le ocurrió a Claudio el año 45. Anunció de modo oficial el eclipse del sol que se celebró el día del aniversario de su advenimiento al trono imperial. Las explicaciones contenidas en su edicto recuerdan las de Sócrates, así como las de Pericles. «La luna da vueltas alrededor del sol. Cuando el sol y la luna arrojan a plomo sus rayos sobre la tierra, y cuando la luna está inmediatamente por encima del sol, aquélla le oculta a nuestra vista, aunque ella le oculte innegablemente a la mirada de distintas naciones.» Sobre el eclipse de sol que se celebró el año 59 véase nuestra *Introducción*.

(169) Los estoicos como los epicúreos dan en su sis-

tema el primer puesto a la moral; pero detiénense por más tiempo y de un modo más serio en la lógica y en la física. Si se exceptúan algunos pormenores con que los discípulos de Zenón, sobre todo Crisipo, han procurado distinguirse, pensamos con Cicerón que la lógica estoica difiere en el fondo de la aristotélica.

Su física, más conocida con el nombre de *fisiología*, participa de Platón por el papel que en ella desempeña la razón, por la identidad que establece entre las leyes de la naturaleza y las leyes de la inteligencia; pero al mismo tiempo esta razón soberana, esta única y universal inteligencia les parece inseparable de la materia, con la que forma un solo mismo ser.

De esta suerte, el mundo es para ellos un ser vivo, en el que se distingue, como en el hombre, un alma y un cuerpo, alma y cuerpo que no pueden separarse ni divorciarse en manera alguna. La primera, enteramente idéntica a la razón, recibe el nombre de Dios, y como todo cuanto se hace en el universo se hace por ella y en virtud de sus leyes, como ella es en todos los seres el único principio de la vida, del pensamiento y del movimiento, es imposible que deje lugar alguno a la libertad.

No obstante, por una contradicción extraña, toda la moral de los estoicos se sustenta en la idea del deber. Todo cuanto no esté conforme con esta idea, todo cuanto no se hace en su nombre y no viene directamente de ella, les parece culpable o no se cuenta para nada. Por esta razón desprecian los placeres, niegan el dolor y borran, como dijo don Francisco de Paula Mellado, toda diferencia entre los crímenes y las faltas. Es verdad que el deber no es otra cosa para ellos sino la ley de la naturaleza confundida con las leyes de la razón.

Querían, pues, que el hombre se propusiese por único fin contribuir, según sus fuerzas, al orden universal, y no hacer nada ni estimar nada sin que formalmente lo acepte la razón. He aquí la explicación de sus virtudes ejemplares, de su desprecio por las preocupaciones cuanto por las pasiones y, por último, de sus ideas acerca del derecho con los que han regenerado su legislación. Olvidábanse tan sólo que para seguir todos estos principios, menester

es que el hombre sepa gobernarse a sí mismo, tener bastante imperio para resistir a motivos de otra naturaleza.

(170) La retórica y la sofística sutiles de los griegos se reflejan en las ideas que va desenvolviendo Séneca partiendo del círculo vicioso de que toda obligación de cosas imposibles forzosamente es nula («impossibilium obligatio nulla»).

(171) M. Préchac, con buen acuerdo, hace observar que cuando cualquiera de nosotros se beneficia a sí mismo y contribuye al incremento de nuestra moralidad, es indudable que cuanto mejor y más altruísta sea nuestra manera de pensar más propensos estaremos para hacer copartícipes de ese u otros beneficios a nuestros semejantes.

(172) A más de los sofistas griegos, Séneca puntualizaba muchas ideas ciceronianas. En este pasaje se acusa como en otros varios el desprecio que los bienes y la codicia le inspiraban al «príncipe de la oratoria romana». Transcríbanse sus frases: «Nunca he contado yo entre los bienes ni entre aquellas cosas que merecen ser deseadas, los caudales de éstos, ni las cosas magníficas, ni el poder, ni los imperios, ni los deleites a que ellos son inclinados: porque estoy viendo que aún en la mayor abundancia de estas cosas, con todo desean aquellas mismas de que abundan. Porque nunca se harta y satisface la sed del deseo; y no solamente son atormentados por la codicia de aumentar aquellas cosas que tienen, sino también por el miedo de perderlas. En lo cual echo de menos, ciertamente, la prudencia de nuestros antepasados, aquellos hombres de tanta moderación, que pensaron se debía llamar con el nombre de bienes estas partes del dinero flacas y variables, habiendo juzgado en la realidad y en sus hechos muy de otra manera.» (Cicerón, *Paradojas*, I.—Traducción de Valbuena.)

(173) M. Préchac ha conservado la misma palabra, *pyxis*, del original. Pedro Fernández de Navarrete puso la apropiada, *bujeta*, con arreglo a la definición de Séneca, cuya etimología latina, según el *Diccionario de la lengua castellana*, de la Academia Española (Madrid, 1832, séptima edición), es *capsula buxea*. En cambio, tenía la de *pyxis odoraria* el pomo para olores o cosas aro-

máticas que se solía llevar en la faltriquera, y la cajita en que se guarda. Sin embargo, como lo acredita Martí Caballero en su *Diccionario* (Madrid, 1870), la palabra pyxis se castellanizó con su sinónima píxide, cuyo significado es: «caja pequeña para guardar alguna cosa; copón o cajita en que se guarda el Santísimo Sacramento o en que se lleva a los enfermos.—*Pixis náutica*, anticuado, la caja semiesférica en que se coloca la aguja de marear. También se daba este nombre a la brújula.» Todos estos significados convienen con el vocablo latino *pysis, pysidis*, que es el de caja, bote, frasco y vaso.

(174) A esta figura retórica que consiste en la reunión de pocas o varias palabras, que parecen poco relacionadas entre sí, aunque indispensables para hacerse entender, se la llama *catacresis*. A las citadas por Séneca, muy dado a estos escarceos literarios o hiperbólicos, según M. Préchac, dentro de la tradición filosófica, puédense agregar: «*a caballo* en un burro», «*a caballo* sobre una caña»... La catacresis es una metáfora usurpada, porque nos apropiamos las voces ajenas sirviéndonos de ellas con abuso, como dice el mismo Séneca, por la semejanza más próxima que tienen con las propias y naturales, o cuando carece el idioma de término peculiar y determinado para expresar una cosa. Todos los casos anteriores, más el *dar* una limosna, el *dar* un consejo; el *fabricar* un templo, el *fabricar* un navío; *hojas* de un árbol, *hojas* de un libro; una *columna* de mármol, una *columna* de tropas; el *corazón* de un animal, el *corazón* de una fruta; la *boca* de un león, las *bocas* de un río..., están en el primer caso. En el segundo cuando llamamos *parricida* al que mató a su abuelo, a su hijo o a su hermano; *platero* al que trabaja en plata y en oro, y *herramos* un caballo, aunque las herraduras sean de plata. Pero la catacresis aparece más atrevida como metáfora cuando decimos *tinieblas visibles, llamas apagadoras*, etc.

(175) Los poetas gentiles de Grecia y de Roma perpetuaron con sus versos la fama de Circe y de Medea. Según ellos, Circe, mujer de singular hermosura, hija del Sol y de Perseydes, fué la primera que confeccionó venenos, de los cuales hizo experiencia no sólo en sus hués-

pedes, sino hasta en su propio marido, siendo tanta la fuerza de sus confecciones que, según Virgilio, Ovidio y Homero, bastaba para que los hombres se convirtieran en bestias, como sucedió a los infortunados compañeros de Ulises. Medea, hija de Oetes, rey de Colcos, no fué menos célebre. A sus hechizos se atribuyó tanta fuerza, que con ellos se dijo que se mudaba el curso de los ríos, que la luna descendía del cielo, que los bosques se movían de una parte a otra, que los viejos se hacían jóvenes y que tornaban a vivir los muertos.

Entre las varias leyes del emperador Constantino, insertas en el código de Justiniano y en el de Teodosio, hay una donde se dijo que debían ser castigados severamente los que por medio de las artes mágicas conspiraban contra la salud de los hombres o infundían en sus corazones deseos impúdicos.

(176) Con la palabra sacrilegio, cuya etimología latina es robar objetos sagrados, se designaba genéricamente en el derecho antiguo toda profanación de las cosas sagradas. Las leyes romanas, que al principio sólo la aplicaban al robo de los objetos destinados al culto divino, la hicieron extensiva más adelante a cualquier crimen cometido contra la ley de Dios, bien fuera por malicia o por ignorancia.

(177) También hubo monedas de cuero en Roma. La que Licurgo hizo en España era de hierro de mala calidad. Tan pesada era, que a poca cantidad se necesitaban bueyes para transportarla. Los romanos llamaban *as* a la moneda. Bajo el reinado de Numa fueron de madera, de cuero y de concha. En tiempo de Tulo Hostilio se hizo de cobre y se llamó *as, libra, pondo*. Su peso de una libra, o sea doce onzas, hizo que se le llamara *ases graves, ases mayores*. Al agotar la primera guerra púnica el tesoro de la república, se suprimieron dos onzas. Más tarde otra onza. En el año 563 el tribuno del pueblo Cayo Papirio Carbon suprimió otra onza y media al *as*, o sea al *septunx* y *semiuncialis*. Así siguió durante todo el tiempo de la república y aun del imperio.

La marca del *as* era por el anverso una cabeza de Jano con dos caras, la de la paz y la de la guerra, y en el re-

verso un rostro o espolón de nave, para conservar la memoria de la llegada de Saturno a Italia.

Servio Tulio, sexto rey de Roma, puso en aquella moneda la figura de una oveja, *pecus* en latín, que la hizo adquirir el nombre de *pecunia*, extensivo a toda clase de moneda. El sestercio, moneda de plata correspondiente a dos ases y medio de cobre, o sea de los ases divididos en doce monedas de cobre, llamados *dispondium*. El sestercio equivalía a doscientos noventa y tres reales. Doscientos sesenta y nueve años antes de la era cristiana se empezó a usar en Italia la moneda de plata. El primer tipo de la moneda romana fué un símbolo triple: un altar, un rayo y un águila. Por un globo, emblema de la dominación romana en el mundo, lo reemplazó Augusto. A imitación de Hierón, tirano de Sicilia, puso su busto en las monedas Julio César. Los romanos llegaron a hacer una divinidad de la moneda, bajo la advocación de la diosa *pecunia* y *moneta*.

(178) *Metamorfosis*, de Ovidio, t. I, 144, 88. A mayor extensión alcanza Séneca en su tratado *De Ira*, II, 9, 2, 88.

(179) La venta de los oficios, de que ya se hizo mención en nota anterior, llegó en tiempo de los Austrias a revestir proporciones inauditas, hasta el punto de reprobar tales enajenaciones don Francisco de Quevedo con esta saeta, no menos aplicable a la época de Séneca:

«Perpetuos se venden.
oficios, gobiernos,
que es dar a los pueblos
verdugos eternos.»

(180) Estas célebres divinidades del paganismo se confundían con los dioses lares. Dionisio de Halicarnaso, hablando de los dioses penates que Eneas había traído a Italia desde Troya, pretende que representaban dos jóvenes, armados cada uno con una pica. Otros dicen que eran Apolo y Neptuno; otros quisieron encontrar en ellos formas misteriosas, y dicen que los penates son los dioses por los cuales respiramos, de los cuales tenemos el cuerpo y el alma, como Júpiter, que es la región media eté-

rea; Juno, es decir, la región del aire más inmediata a la tierra, y Minerva, que es la suprema región etérea.

Según Macrobio, los penates habían sido llevados por Dárdano desde la Frigia a la Samotracia, y cuando Eneas los trasladó a Roma, se les colocó en un templo inmediato al mercado romano. Tarquino, que estaba instruído en la religión de Samotracia, reunió estas tres divinidades en el interior del templo, donde quiso que se les tributase culto. Los romanos los llamaban los *grandes dioses*, los *dioses buenos* y los *dioses poderosos*. Con el tiempo fué permitido a cada cual tener un penate en su casa. Augusto, según dice Antonio, tenía en su palacio una gran habitación destinada a sus dioses penates. Como cada cual era libre para elegir a su gusto sus protectores particulares, los penates se elegían entre los grandes dioses y también entre los héroes deificados.

La devoción para con los penates fué muy grande, y como en un principio se habían honrado con ella los manes de los antepasados, se hizo general, asociando a éstos a los grandes dioses. En Roma tenían festividades particulares: se celebraba una cada mes, y en las saturnales se les consagraba un día entero: en este día se exponían sus estatuas al público, se las perfumaba y se las limpiaba con cera para ponerlas más brillantes. A ejemplo de los egipcios, las imágenes más veneradas se colocaban en los sepulcros después de la muerte del individuo a quien habían pertenecido.

(181) Salusia retrató a Catilina (Lucio) diciendo: fué de linaje ilustre, y dotado de grandes fuerzas y talento, pero de inclinación mala y depravada. Desde mancebo fué amigo de pendencias, muertes, robos y discordias civiles, y en esto pasó su juventud. Sufría, cuanto no es creíble, el hambre, la falta de sueño, el frío y demás incomodidades del cuerpo; en cuanto al ánimo, era osado, engañoso, vario, capaz de fingir y de disimular cualquiera cosa, codicioso de lo ajeno, pródigo de lo suyo, vehemente en sus pasiones, harto afluente en el decir, pero poco cuerdo. Su corazón vasto le llevaba siempre a cosas extraordinarias, desmedidas, increíbles. Desde la tiranía de Lucio Sila, se había altamente encaprichado en apoderar-

se de la república sin detenerse ni reparar en nada, con tal que consiguiese su intento. Inquietaba cada día más y más su ánimo feroz la pobreza y el remordimiento de su conciencia; males ambos que había él aumentado con las perversas artes que se dijeron antes. Brindábanle, además de esto, las costumbres relajadas de Roma, combatidas a un mismo tiempo de dos grandes y entre sí opuestos vicios: el lujo y la avaricia.»

(182) A pesar de la dureza con que le trata Séneca, ¿quién salvó a Roma de los bárbaros sino Mario? Los cimbros y los teutones amenazaban con la avalancha de sus guerreros. A estos últimos, que eran en gran número, los aniquiló, cargando de cadenas a sus reyes. Y cuando los cimbros llegaron a pedirle tierras a Mario para ellos y los teutones, mostrándoles a los prisioneros replicó: «No os cuidéis de vuestros hermanos. Ellos tienen ya la tierra que les hemos dado y que conservarán siempre.» Y concertada la batalla y llevando a efecto el encuentro, Mario, con sus machos, como llamaba a sus legionarios, causó a los cimbros no menos espantosa carnicería.

(183) Se refiere de Sila una anécdota de alto interés histórico. En pleno triunfo y entregando a diario para su cumplimiento una larga relación de personas que condenaba a la muerte, pues había jurado exterminar a todos sus enemigos, declaró que no podían ejercer ocupación alguna pública los hijos y los nietos de los proscriptos y, sin embargo de esto, no llegó a descargar su cólera sobre todos los que deseaba inmolar. Entre los que se salvaron, figuró Julio César, sobrino de Mario y yerno de Cinna. Sólo tenía dieciocho años de edad y se atrevió a repudiar a su mujer y prefirió huir a las montañas. Sila decretó su muerte; pero fueron tantos los personajes que intercedieron por aquél, que consintió en perdonarle. «Bien, bien—dijo—; os lo dejo, pero sabed que dentro de ese muchacho hay muchos Marios.» En efecto: los presentimientos de Sila no eran infundados, y qué cariz tan distinto hubiera tenido la historia de Roma si César hubiera sucumbido a manos de Sila.

(184) Ya se habló de los premios y recompensas de los romanos en la nota 24.

(185) El enemigo más terrible que tuvo Pompeyo fué Sertorio, a quien España prestó eficaz apoyo hasta ver que la utilizaba como instrumento. Muerto Sertorio por Perpena, se atribuyó Pompeyo el triunfo sobre Sertorio y mandó construir un fastuoso trofeo sobre la cumbre de los Pirineos, demostrativo que en tres años había tomado ochocientas setenta y seis ciudades.

(186) ¿Quién habría de suponer que el guerrero émulo de Alejandro Magno y de Aníbal y digno de ponerse en parangón con Napoleón Bonaparte, fuera, como dijo don Víctor Balaguer en su *Historia de Cataluña*, «el hombre de todas las mujeres y la mujer de todos los hombres»?

(187) Séneca habló del miedo a la muerte en su obra *De la tranquilidad del ánimo*, traducida por Pedro Fernández de Navarrete. He aquí lo que dijo: «Dice Cicerón que aborrecemos a los gladiadores que en la pelea procuran salvar la vida, y al contrario, favorecemos a los que la desprecian. Entiende, pues, que lo mismo nos sucede a nosotros; siendo muchas veces causa de morir el esperar tímidamente a la muerte. La fortuna, que hace también sus regocijos y espectáculos, dice: «¿Para qué te he de reservar, animal malo y cobarde? Porque no sabes ofrecer el cuello has de ser más herido y maltratado; y al contrario, tú, que no con cerviz forzada ni cruzadas las manos esperas el cuchillo, vivirás tiempo y morirás con más despejo.» El que temiere la muerte no hará hazaña de varón vivo; mas el que conoce que al tiempo de su concepción capituló el morir, vivirá según lo capitulado, y justamente con la gallardía de ánimo hará que ninguna cosa de las que en la vida suceden le sea repentina; porque teniendo por asentado que todo lo que puede venir le ha de suceder, mitigará los ímpetus de los males; que éstos nunca traen cosa de nuevo a los que, estando prevenidos, los esperan, y solamente son graves y pesados a los que viven con descuido y esperan solamente las cosas felices.»

(188) Este verso, como los demás, M. Préchac lo transforma en prosa.

(189) Dice M. Préchac que esta población o aldea estaba situada a orillas del río del mismo nombre. La ciu-

dad, que hoy día se llama Cullera, pertenecía a la España Tarraconense. El río lleva hoy el nombre de Júcar y desemboca en Valencia.

(190) Partesanero era el soldado armado de partesana, arma ofensiva, especie de alabarda, de la cual se diferenciaba en tener el hierro en forma de cuchillo de dos cortes, y en el extremo una como media luna. Era insignia de los cabos de escuadra de infantería.

(191) Séneca quería significar que con dulzura se le pusieran frenos a los hombres. Frenos bien puestos para no impedirles su libertad de acción, de igual manera que los manijeros ponen a las caballerías en el campo de tal manera las manijas que no les impida ir de un lado a otro.

(192) Lugar común de la filosofía antigua, como nos previene M. Préchac citando a varios filósofos, entre ellos a Zenón el estoico, era, según parafrasea Séneca, el aconsejar lo que nos sería mejor utilizarlo... y obedecerlo.

(193) Estas palabras de Séneca le parecen a M. Préchac un juego de palabras y, en realidad, son un juego... de mímica para significar lo que fielmente tradujo Pedro Fernández de Navarrete.

(194) M. Préchac lo traduce más literalmente diciendo: «Yo no poseo más que el bien que hice», asegurando que esta frase es el eco viviente de la frase de Sardanápalo. También expresa el traductor francés que la bondad y generosidad de Marco Antonio está justipreciada por Cicerón. Rabirio era un buen poeta épico del tiempo de Virgilio, según ilustró Ovidio, digno de ponerse al lado del poeta mantuano, según Vellejus Patérculo. El asunto del poema rabiriano debió de ser la batalla de Actiun y la muerte de Cleopatra.

(195) «¿De qué sirve la prosperidad—había dicho Aristóteles—sin hacer actos de beneficencia? En las *Epístolas*, VI, 4, a Lucilio vuelve Séneca a tratar de la inestabilidad de las riquezas y de la obligación moral que impone para que de ellas participen nuestros semejantes.

(196) Injuria grave, como ya se trató al hablar del adulterio, es la que cita Séneca. Injurioso es todo cuanto difama, rebaja y afrenta. El agarrar un hombre a otro

de la barba, ha sido en algún tiempo un modo de saludar expresando deferencia, y en otros tiempos lo ha sido le afrentar con el mayor insulto. La calificación o apodo de marrano ha sido otras veces en España una injuria que se vengaba con sangre; hoy produciría risa. Quien pegaba con un palo afrentaba a quien lo recibía; quien hería con un hierro o acero, no deshonraba. De estas injurias unas podían ser graves y otras leves.

(197) Antiguamente a los trigales dábaseles el nombre de *panes*, nombre perpetuado en España hasta los tiempos de los Austrias.

(198) Realmente, más que una forma de adquirir por medio de una larga posesión o por prescripción era un acto de usurpación. Entre los romanos se llamó *usucapión* a la adquisición de la propiedad de alguna cosa verificada por la posesión continuada durante algún tiempo. Esta palabra es traducción de la latina *usucapere*, tomar con el uso, o lo que es igual, adquirir por medio de la posesión. Esta era, en un principio, en Roma, el sistema general de prescripción, pues la que así se llamaba propiamente, no era más sino un medio por el cual el que había poseído una cosa de buena fe, una cosa raíz, durante largo tiempo repelía al dueño que la reclamaba en virtud de esta posesión.

La diferencia entre unas y otras de estas instituciones consistían: Primero, en el origen de la ley de las *Doce Tablas*, y la prescripción fué introducida por los emperadores en sus constituciones. Segundo, en que la *usucapión* se verificaba por el transcurso de un año respecto a las cosas muebles dondequiera que estuviesen situadas, y dos años respecto a las raíces sitas en Italia; mientras que la prescripción sólo tenía lugar en las provincias, con la posesión de diez años entre presentes y veinte entre ausentes. Tercero, en que la *usucapión* traía consigo la propiedad, y la prescripción sólo daba excepción contra la reivindicación.

Estas diferencias quedaron abolidas en tiempo del emperador Justiniano.

(199) Con tales demandas se establecía la ley de la compensación desde antes del emperador Marco Aurelio.

Pero para que exista tal ley es menester que sintamos lo que es la compasión. Los estoicos de la antigüedad, constituyendo todo el mérito de las acciones humanas en la fortaleza del ánimo, despreciaban la compasión como una flaqueza indigna de nuestro ser. Zenón, fundador de esta secta, se propuso buscar la felicidad por un camino opuesto al que había adoptado Epicuro. Este la cifraba en las cosas externas; su rival procuró hallarla en el hombre mismo. En su sistema, la virtud excluye toda relación entre los miembros de la familia. Ella se contempla a sí sola y se basta a sí misma. El vicio y la pasión no merecen la censura del estoico, porque coartan su independencia y marchitan su gloria. Quedan, pues, desarraigados o excluídos del número de resortes de las acciones humanas, rectas y dignas del hombre moral, los afectos puros e inocentes; los deberes mutuos y efusivos de compasión y beneficencia; la inefable satisfacción de hacer bien a sus semejantes; en fin, todo lo que hermosea la vida; todo lo que disminuye sus penalidades; todo lo que es capaz de perfeccionar nuestro ser y de neutralizar el germen maléfico que abrigamos en nuestros corazones.

Mas los sentimientos benévolos son tan indispensables en la vida de relación como las alas de las aves lo son para el vuelo y las raíces de la planta para la vegetación. De quí se sigue la compasión para el que sufre un desmán, la abnegación para sufrirlo y la ley de compensación para discernir sus concausas. Nadie mejor que Azais ha explanado el último tema en el *Diccionario de la Conversación*, edición francesa de 1834. Cuando estalló la revolución en Francia el año 1789, Azais tenía veintitrés años. Surgió la revolución de manera noble, imponente y magnánima. Con todos sus juveniles ímpetus Azais se asoció a ella. Muchos que opinaban de la misma forma, se distanciaron por tener intereses encontrados. Llegaron a contener los progresos de la revolución e impusieron la violencia y la injusticia. Contra esta opresión quiso resistirse Azais. Nada pudo, y le arrollaron. Fué proscrito. Le ampararon y ocultaron en un hospital. A pesar de sus tribulaciones, Azais estaba en paz y era dichoso. Por fuera la desgracia como el fruto de la destruc-

ción; por dentro la felicidad, porque el espíritu se reconstruía viendo que el universo se conserva y sus leyes son invariables. Y se decía Azais: «El ser que desde el primer momento de su existencia se ha visto rodeado del mayor número de bienes y ventajas es aquel que ha hecho más adquisiciones, el que ha sido formado con más perfección y estudio y que por ese motivo ha tenido más felicidad y placer, su destrucción debe por lo mismo abundar más en pesares y padecimientos, y las operaciones de este poder cruel son en él no sólo más multiplicadas, sino también sentidas con más fuerza. Así la desgracia en ese ser tiene dos causas de intensidad más pronunciada, y esas dos causas son exactamente las que habían dado a su felicidad más amplitud y perfección. Y esa ley de sucesión, de alternativa, de equilibrio, abraza necesariamente todo lo que no siendo eterno crece, se detiene, se degrada, se destruye. Y en la suerte de las sociedades humanas, y más generalmente aún de todas las instituciones humanas, se reproduce la suerte de los individuos. Para el observador estudioso e imparcial, la ley de las compensaciones, constantemente, es la llave de la historia.»

También lo es en el pensar, en el sentir, en el querer. La justicia en la suerte de los seres sensibles aparece como el primer corolario en el equilibrio social. En el orden privado, la justicia es una compensación para nuestros infortunios. El hombre de mayor vitalidad puede ser el más feliz en pleno triunfo y el más desgraciado vencidas sus energías por la fatalidad. Pero cualquier hombre que sea, cuando acaba por perder su vigor natural, las contrariedades de la vida no le afectan ya y se queda tranquilo en medio de las privaciones.

En todo hay compensación, aun cuando la justicia se muestre sorda a nuestros requerimientos. Azais, que analizó gradualmente el *equilibrio constantemente invariable con un movimiento constantemente variado*, en todos sus distintos postulados, se asimiló el pesimismo y la dulzura de pensar de los antiguos filósofos y acabó por afirmar: «Nuestra situación, la de los seres humanos, es triste, pero la *vida entera no es más que tristeza...*» con las consiguientes compensaciones, sin embargo.

(200) Séneca, para M. Préchac, estaba influenciado por las reflexiones de su padre.

(201) Estos dos versos los traduce M. Préchac poniéndolos en prosa.

(202) Todos estos recuerdos personales de Séneca también aparecen evocados en este mismo libro VI, capítulos 25 al 28, 30 y 41 al 43, así como en el libro V, capítulo 22; en el VII, capítulos 22, 23, 26 y 28.

(203) Antiguamente en ciertas naciones los piratas eran respetados, sin duda, porque eran una especie de corsarios que sin perseguir a los buques de su propia nación, traían a su país riquezas y cautivos extranjeros. Con los piratas argelinos ha sucedido lo mismo en tiempos modernos. Además, en los tiempos antiguos, en que se respetaba el derecho de conquista sin más razón que la de la fuerza, pudo un pirata contestar a Alejandro Magno lo siguiente: «Yo asolo y devasto los mares con el mismo derecho que tú las tierras. Me tratan como malvado porque sólo hago la guerra con un pequeño buque, mientras que a ti te llaman conquistador porque marchas al frente de un poderoso ejército; pero ambos procedemos con iguales títulos.»

Lo que en esta respuesta había de verdad consistía en que hay ciertas conquistas que son verdaderas piraterías, mas no en que la piratería pueda compararse con la conquista, ni los piratas con los guerreros. A los primeros todas las naciones los consideran fuera de la ley.

(204) En todos los tiempos y en todas las naciones se han conocido estos embaucadores, pues el charlatanismo se funda en la necesidad de curarse que tienen los hombres y que no siempre alcanza la medicina a satisfacer. Cuéntanse sobre el charlatanismo anécdotas muy curiosas. El duque de Rohan, que falleció en 1638 a consecuencia de las heridas que sufriera en la batalla de Rhinfeld, viajaba en una ocasión por Suiza, y encontrándose indispuesto, mandó que llamasen a un facultativo. Lleváronle al doctor Thibaud, el más hábil de todo el cantón. Al verle el paciente exclamó: «La fisonomía de usted no me es desconocida.» "Nada tiene de extraño, monseñor —le contestó el médico—, pues yo he tenido el honor de ser-

vir en vuestra casa.» «¿De qué manera?» «Como veterinario.» «¿Y estáis hecho un médico?» «Como otro cualquiera.» «¿Pero cómo curáis a vuestros enfermos?» «Lo mismo que curaba a los caballos del señor duque: algunos mueren, pero muchos sanan.» «¡Es inaudito!» «Lo que os pido, monseñor, es que no me descubráis, y que me dejéis ganarme la vida con los buenos suizos.»

(205) Los bienes se han dividido en cinco grupos bajo los siguientes conceptos: *Primero*, por el origen de donde procede la adquisición, son bienes de *abolengo, projecticios, adventicios, troncales, hereditarios, ab-intestato, castrenses* y *cuasi-castrenses. Segundo*, por la clase de dominio que sobre ellos se ejerce y las circunstancias que lo modifican, se clasifican en bienes *patrimoniales, peculiares, libres, alodiales, forales, acensuados, reservables* y *vinculados. Tercero*, por su naturaleza intrínseca y especial, en bienes *corporales, incorporales, infungibles, fungibles, muebles, inmuebles, raíces* o *sedentes* y *semovientes. Cuarto*, por el número, calidad y condición de las personas que poseen los bienes, reúnense como bienes *particulares, individuales, comunes, públicos, concejiles, realengos, fiscales, nacionales, eclesiásticos, espiritualizados, mostrencos, vacantes* y *de ninguno*. Quinto y último, si pertenecen a la sociedad conyugal o en particular a cada uno de sus individuos, como bienes *dotales, gananciales, parafernales* y *antifernales*.

(206) La almohaza es un instrumento de hierro con que se restriega a las caballerías para sacarles la caspa que crían y el polvo que recogen entre el pelo: compónese de una chapa de hierro con cuatro o cinco serrezuelas de dientes menudos y romos, y de un mango de madera con que se maneja.

(207) La idea de lo útil supone un término superior y es esencialmente relativa: es más elevada en su generalidad: lo útil es aquello que sirve eficazmente a un fin, cualquiera que éste sea; y por lo tanto puede decirse que cuanto en este mundo ocurre, aun las mayores calamidades, las acciones más culpables, pueden ser útiles, en virtud de la ley de las compensaciones de que ya se hizo la anotación oportuna. Pero en un círculo más limitado se

puede significar que, lo realmente útil, no es más sino lo que conduce a un ser a llenar su destino. Es, pues, evidente que la idea del bien y la de lo útil son siempre enteramente distintas. En el primer caso se refiere, indiferentemente, al bien de una manera especial y exclusiva; pero se distingue de él y supone su existencia, puesto que se refiere a él. Hay también casos en que lo útil se identifica con lo agradable, o más generalmente hablando, con la felicidad.

(208) Quintiliano, en sus *Instituciones oratorias*, libro II, capítulo IX, hace observar: «Entre los muchos avisos que hemos dado al maestro, quiero dar uno tan sólo a los discípulos; y es que no tengan a sus maestros menos amor que al estudio; persuadiéndose que son padres, no corporales, sino espirituales. De este modo oirán con gusto sus preceptos, les darán crédito y desearán asemejarse a ellos, y finalmente concurrirán al aula gustosos y con gana de saber. Si los corrige, no se enojarán; si los alaba, gozaránse con la alabanza, y con la aplicación merecerán su amor. Porque así como la obligación de los unos es el enseñar, así la de los otros es mostrarse dóciles a la enseñanza; y lo uno sin lo otro nada vale. Así como el nacer el hombre depende del padre y de la madre, y en vano se siembra la semilla, si no se recibe dentro de una tierra blanda y esponjada, así la elocuencia no puede llegar a colmo si no van a una la doctrina del maestro y la docilidad del discípulo.» (Traducción de los Padres Rodríguez y Sandier.)

(209) M. Préchac anota de este modo el pasaje actual: «El arte náutico, de la misma forma le maravillaba a Diógenes, y lo mismo que Séneca, igualmente sentía veneración hacia el médico. Homero dijo de éste, para ponderar su mérito, que el médico valía por varios hombres. En otros pasajes, el mismo Séneca, siguiendo las huellas de Anneo Estacio, elogiaba la amistad del médico. Y de aquí se infiere con qué placer deseaba corregir la brutalidad de la costumbre de la oferta y de la demanda para la remuneración del médico y del maestro.»

(210) Léase el final de la nota anterior.

(211) Es interesante cómo nos describe don Francisco

de Paula Mellado cuanto hizo el imperio romano en pro de la ciudadanía de los pueblos conquistados. Dícenos así: «Pero cundo las asambleas populares fueron suprimidas por la autoridad de los emperadores, la única diferencia jerárquica que distinguía los conquistadores de los conquistados, consistía en que aquéllos formaban la primera y más honrosa clase de súbditos. No produjo este aumento de población grandes inconvenientes a los príncipes, y, sin embargo, los emperadores más prudentes, observando las máximas de Augusto, pusieron su esmero en conservar la dignidad del nombre romano, y concedieron la soberanía con cauta liberalidad. Pero antes de que se extendiesen los privilegios cívicos a todos los habitantes del imperio, había una gran diferencia entre Italia y las provincias. La península italiana se consideraba como el centro de la unidad pública y la firme base de la constitución. Era además la residencia de los emperadores y del senado. Las posesiones de sus habitantes hallábanse exentas de tributos y contribuciones. Sus corporaciones municipales, formadas según el modelo de la capital, tenían a su cargo la ejecución de las leyes, bajo la inspección inmediata del poder supremo. Desde el pie de los Alpes hasta la extremidad de la Calabria, todos los naturales de Italia nacían ciudadanos de Roma. Todas las diferencias provinciales fueron abolidas, y todos los italianos formaron una gran nación unida por el lenguaje, por las costumbres y por las instituciones. El imperio se envanecía con esta generosa política, y muchos de sus triunfos se debieron al mérito y a los esfuerzos de sus hijos adoptivos. Si se hubiera limitado el privilegio de la soberanía a las familias antiguas, el nombre inmortal que adquirió Roma en el mundo, se habría privado de sus más gloriosos timbres. Virgilio era natural de Mantua; Horacio no sabía si se llamaría apuliano o incaniano; Tito Livio nació en Padua. La patriótica familia de los Catones procedía de Túsculo, y la pequeña ciudad de Arpinio reclamaba el honor de haber dado nacimiento a Mario y a Cicerón, el primero de los cuales mereció el título de tercer fundador de Roma, y el segundo disputó a la patria de Demóstenes el triunfo de la elocuencia.»

Sigue diciendo Mellado: «Las provincias del imperio carecían de fuerza pública y de libertad constitucional. En Etruria, en Grecia y en las Galias, los emperadores y el Senado tuvieron particular esmero en disolver las peligrosas confederaciones que habían demostrado cuán fácil es resistir con buen éxito cuando hay unión y armonía. Los príncipes a quienes se permitía ocupar tronos precarios, tenían que abandonarlos cuando habían acostumbrado a sus pueblos a soportar el yugo de la conquista. Roma galardonaba a los estados y ciudades libres que habían abrazado su causa con una sombra de alianza que degeneraba muy pronto en una servidumbre real. La autoridad pública estaba siempre depositada en manos de los empleados del imperio, y era absoluta, sin restricción y sin contrapeso. Pero las mismas máximas saludables de gobierno que habían asegurado la paz y la obediencia de Italia, se extendían a las conquistas más remotas. Así se fué formando gradualmente en las provincias una nación de romanos por la introducción de las colonias y por la admisión de todo hombre de mérito a los honores de la ciudadanía.»

Séneca observa en otra obra suya que los romanos tenían costumbre de habitar en los territorios que conquistaban. En un solo día fueron asesinados ochenta mil romanos por el rencoroso Mitrídates. Otros pretendieron enriquecerse en el Ponto con la agricultura, el comercio y el arriendo de los tributos. Debido a esto, fundáronse colonias militares y civiles. Y uniéronse a los indígenas con vínculos de amistad y de alianza. Las ciudades municipales se fueron elevando poco a poco a la categoría y al esplendor de las colonias. «El derecho de ciudadanía no era un título insignificante, pues confería a los pueblos que lo alcanzaban el beneficio de ser juzgados por las leyes romanas, beneficio altamente apreciado, especialmente en todo lo relativo a patria potestad, matrimonios, testamentos y contratos. Además, este título abría la puerta a las altas dignidades y a los empleos lucrativos, y así es que los nietos de los galos que asediaron a Julio César en Alesia, mandaban legiones, gobernaban provincias y eran admitidos en el Senado. Su ambición, lejos

de turbar la tranquilidad del Estado, estaba íntimamente unida con su seguridad y su grandeza.»

En tiempo de Séneca, como ilustra M. Préchac, no eran solamente los galos los que disfrutaban del «Civitatis romanae beneficium», según los conceptuó Claudio, sino que también los griegos, los españoles y los bretones mismos, recientemente sometidos, en el año 43, quedaron aptos para que el emperador los pudiera vestir con la toga. Todo el mundo, dijo Diodoro Cassio, llegaba a Roma a suplicar el derecho de ciudadano o a comprárselo a Mesalina.

(212) Léase del *Ideario*, de Séneca, el capítulo referente a los dioses.

(213) Aristóteles, a quien Séneca sigue los pasos respecto a la formación de los hombres y de los dioses, en su *Historia natural de los animales*, concedía al hombre lo que aquéllos no tenían: el entendimiento o la inteligencia y la razón. Esta inteligencia racional ha existido siempre; es una emanación, una porción que se desprende del Dios supremo, quien como no se mezclaba en lo que pasa en el universo, dejaba ese cuidado a los dioses inferiores desprendidos de su substancia, que daban movimiento a los cuerpos celestes y gobernaban al mundo bajo la dependencia del destino. La emanación divina del hombre la concebía mucho menos perfecta que la de los dioses inferiores. En atención a esta inferioridad, el filósofo peripatético subdividía el entendimiento humano en *activo* y en *pasivo*. El primero lo consideraba *inmortal y eterno* y el segundo *mortal* y *corruptible*. Con éste se perciben las sensaciones, los deseos, las pasiones del alma, que creía deben cesar con la muerte. Todo ello muere al morir el hombre, mientras que la inteligencia activa subsiste siempre después de la muerte, y se reúne a su principio, es decir, al Dios supremo, de donde ha salido. Durante su vida había estado sujeta a la ignorancia y a la ilusión de los sentidos. Se veía libre de esas imperfecciones y se volvía a unir a su principio, como una gota de agua que sacada del mar se corrompe, y arrojada otra vez a él, vuelve a su primitiva pureza. En cuanto concierne a la inteligencia pasiva que produce las sensaciones,

los deseos y las pasiones, se corrompe, evapora y perece. En fin, según Aristóteles y según Séneca, el cuerpo se disuelve y se reúne a la masa de la materia.

(214) Como se ve, Séneca sigue coincidiendo con Aristóteles y con los demás filósofos de la antigüedad, que revestían a los dioses de esas atribuciones amoldables a las súplicas o imprecaciones de sus devotos fervorosos.

(215) «Si hablo las palabras de los hombres y de los ángeles—dice San Pablo—y no tengo caridad... ; si tengo el don de profecía, si penetro todos los misterios y poseo todas las ciencias, y aunque por añadidura tenga toda la fe capaz de levantar montañas, nada soy si no tengo caridad.»

Pues la gratitud es como la caridad, y, como ésta, recordemos lo que sobre ella escribió Cicerón, y recuerda M. Préchac en su traducción, sólo aguarda la ocasión oportuna para dar rienda suelta a su exquisita ternura.

(216) Por los años 2500 a 2600, cuando Jerjes invadió la Grecia, llevaba, según todos los historiadores, entre infantería y caballería, un ejército de 2.641.000 hombres, y añadiendo a este número los criados, vivanderos o cantineros, etc., llegaba el total a 5.000.000 de hombres, con 300 naves de combate y 3.000 de transporte con todo el séquito de carros y todo género de bagajes e ingenios. Cuando pasó el Helesponto, en lo cual tardó siete días y siete noches, mandó azotar el mar por no habérsele mostrado bonancible, cargándole de cadenas en señal de esclavizarlo. El mismo Jerjes lloraba pocos días después viendo desfilar su innumerable ejército, y habiéndole preguntado: «¿Por qué lloras, Jerjes?», dijo: «Porque estoy pensando en que de aquí a cien años ninguno de tantos hombres vivirá.»

«Estos grandes ejércitos se gobernaban por medio del despotismo más cruel. La muerte era una fortuna para el que por castigo la recibía, si aquélla no iba acompañada de horribles suplicios. Todos los persas y naturales de sus inmensos dominios (los de Jerjes) nacían soldados, y bajo ningún concepto se exceptuaba a persona alguna. Padres, hijos y parientes de una misma familia, todos empuñaban y manejaban las armas, y ésta era la inagotable fuente del *alistamiento* de entonces.

»Durante la paz, conservaban todos sus armas para estar prontos a la guerra y, durante ésta, recibían lo necesario para su alimento diario, pero ningún sueldo; pues era su única recompensa la parte que, según ley, correspondía a cada uno del botín que se hacía. Las *leyes de guerra* eran entonces el derecho del más fuerte.»

(217) Supone M. Préchac que la explicación de Séneca sobre Jerjes, considerada por sí misma un ejercicio escolar, podría ser una enseñanza dirigida a los poderosos de su época. Nerón fué repetidas veces comparado con Alejandro Magno por los filósofos y también fué confrontado con Jerjes por Apolonio de Tiana. ¿No pretendió Nerón un día horadar el istmo de Corinto? Su tío Galo, ¿no se vanagloriaba de haber sobrepujado a Jerjes refrenando y domando a la mar? A Nerón le resultaba familiar la expedición del rey persa, puesto que hizo representar en el anfiteatro de su nombre el combate naval entre persas y atenienses. Además de esto, Séneca insiste varias veces en el tema de las Termópilas y de Leónidas, y se refiere más de una vez a las guerras de conquista de Alejandro.

(218) Según las leyes romanas, estupro era el acceso, no sólo con una mujer virgen, sino viuda de buena fama, distinguiéndose también el que se cometía empleando la fuerza de aquel que se consumaba sin usar de ella. Caso de ejercitarla, Julia era quien apelaba a ella, cuando no bastaba la seducción u otras malas artes.

(219) Este tribunal era el Foro, que tenía por saeta una estatua de sátiro degollado y acabado en punta.

(220) Augusto desterró a su hija al islote de Pandataria, como perpetradora de los delitos de sacrilegio y de lesa majestad. Asimismo prohibió, según referencia de M. Préchac, que, al morir, sus restos humanos fueran llevados al mausoleo del campo de Marzo. Julia fué primeramente la mujer de Marcelo, después de Agripa, por último de Tiberio.

(221) Por demás es sabido que Mecenas fué generoso protector de artistas y hombres de letras, y, en unión de Agripa, sabio consejero del emperador Augusto.

(222) Téngase presente lo que decía Rodrigo Caro en la *Epístola moral a Fabio*. Véase la nota 62.

(223) El mismo Séneca, en su libro *De la tranquilidad del ánimo*, nos habla de la amistad en estos efusivos términos: «Ninguna cosa hay que tanto deleite el ánimo como la dulce y fiel amistad, siendo gran bien estar dispuestos los pechos para que con seguridad se deposite cualquier secreto en aquel cuya conciencia temas menos que la tuya, cuya conservación mitigue tus cuidados, cuyo parecer aclare tus dudas, cuya alegría destierre tu tristeza, y finalmente, cuya presencia deleite tu vista. Hemos de elegir los amigos tales que en cuanto fuese posible estén desnudos de deseos; porque los vicios entran solapados, y después se extienden a todo lo que hallen cercano, ofendiendo con el contacto; por lo cual conviene (como se hace en tiempos de pestilencia) que no nos sentemos junto a los cuerpos infectos y tocados de la enfermedad, porque atraeremos a nosotros los peligros, y con sola la comunicación vendremos a enfermar. De tal manera debemos cuidar en elegir los talentos de los amigos que sean, sin tener la menor falta, porque suele ser origen de enfermedad mezclar lo sano con lo que no lo está.» (Traducción por el Ldo. Pedro Fernández de Navarrete.)

(224) Escribano de diligencias.

(225) En tiempo de Claudio, el cónsul C. Silius dijo recíprocamente: «Si las defensas fueran gratuitas, los procesos serían menos numerosos.» Como ejemplo de la rapacidad o ambición de las gentes de armas, cita M. Préchac a Calístrato de Afidna, orador ateniense y maestro de Demóstenes. Tal orador fundó contra la ambición dominadora de Esparta la segunda confederación marítima. Después, con el propósito de quedarse sólo en la dirección de aquélla, hízola revocar, alegando que había incurrido en delito de alta traición el general Timoteo, que le ayudara a formar la confederación. Asimismo procuró disminuir la potencia de los tebanos, dirigidos por Epaminondas; pero cuando la escuadra ateniense fué sorprendida y vencida por el tirano de Feres, aliado de los beocios, aquél no pudo librarse de la cólera de su patria humillada más que con sufrir el destierro.

Dimades, en un principio, fué segundo contramaestre de la marina. Era también orador. La paz de Dimades

lleva su nombre. Emisario de Filipo ante Queroneo. Se interpuso, en efecto, después Queroneo entre él y su patria. Posteriormente, desempeñó el mismo encargo entre ella y Alejandro. Lograron los atenienses que decretara la muerte de Demóstenes, quienes le habían sobornado. Casandro tuvo la prueba de que Dimades jugaba con dos barajas y tuvo castigó su duplicidad con la pena de muerte. En realidad, Dimades era hombre rico y derrochador; espíritu fecundo en recursos ingeniosos, asemejábase a los atenienses de entonces, degenerados en extremo. Su acción fué juzgada como un «voto impío» y castigado con una multa.

(226) La traducción francesa, en vez de *ya hemos tomado tierra*, dice *la tierra está a nuestro alcance*. Es sinónima la significación. M. Préchac recuerda que Séneca copia voluntariamente estas transiciones de los poetas en la *Epístola* LXXXIX a Lucilio. Las frases que siguen parafrasean el principio del libro IX de las *Controversias* que Séneca el Rector, como decía Tácito, dedicó a sus hijos. De ahí que Lucio Anneo entremezclara los recuerdos de su padre con sus propias añoranzas.

(227) Mucho hubo de inspirarse Séneca en Cicerón, aparte de ser como éste un orador elocuente. Cicerón nos ha dejado de su arte lecciones y modelos igualmente inmortales, y hubo de aconsejar al orador que no piense en el exordio hasta que esté concluído el discurso. Como dice Séneca, éste su libro séptimo *De los Beneficios* torna a sondear lo dicho anteriormente, de modo breve, para que su discípulo no remede el exordio de Cicerón: «¿Hasta cuándo abusará de nuestra paciencia Catilina?»

(228) Es ameno tratar del lugar en que se ejercitaban los luchadores. La voz *palestra* significaba, según Suidas, la parte del gimnasio destinada a la lucha, a la carrera y a otros ejercicios corporales. De aquí nació el llamar *palestricus* y *palestrita* a los luchadores y a los que enseñaban el arte de luchar o de dar gracia y soltura a los movimientos del cuerpo. Según las noticias que nos da Vitrubio, la palestra era un plano cuadrilongo rodeado de pórticos, en el cual el espacio destinado a la carrera tenía dos estadios. De los pórticos, tres eran simples y el

otro, que miraba al mediodía, era doble, para evitar que las grandes lluvias pudiesen penetrar en lo interior. En los tres pórticos simples había *exedras,* pórticos abiertos, rodeados de asientos donde los filósofos, los retóricos y los hombres dedicados al estudio podían sentarse y discutir. En medio del pórtico doble se encontraba una exedra espaciosa llamada *ephebeo,* escuela de los jóvenes. A la derecha estaba el *coryceum* o juego de pelota. Inmediato se hallaba el *consterium* o pieza donde se frotaban, y por último, en el ángulo se encontraba el baño frío. A la izquierda del *ephebeo* estaba el *elaeotherium* o sala en que se ungían de aceite los que se ejercitaban en la carrera o en la lucha, etc., e inmediata a esta pieza había otra llamada *tpidarium,* palabra sobre cuya significación se ha tenido no pocas dudas y que en algunas lecciones de Vitrubio se encuentra sustituída por *frigidarium.* En el ángulo opuesto al del baño frío estaba el *calidarium* o estufa húmeda, y después venía el *laconicum* o estufa seca y el baño caliente.

Alrededor de estas construcciones había un espacio plantado de árboles y cerrado por otros pórticos. Uno de éstos miraba hacia el Norte y era doble; los otros dos simples y estaban prolongados por los lugares cubiertos que llamaban *zoystes,* destinados a los atletas, de quienes se dió extensa referencia en la nota 51.

El estadio, parte muy principal de la palestra, era un espacio oblongo y por lo general redondeado en una de sus extremidades. Los primeros estadios que se conocieron en Grecia estaban rodeados de una pequeña elevación de tierra, donde se colocaban los espectadores, pero luego se construyeron alrededor de ellos gradas de piedra. A una de las extremidades del estadio se hallaba la barrera, de donde partían los que iban a disputar el premio de la carrera, y a la otra el límite, viéndose algunas veces en medio lo que iba a ser recompensa de los vencedores.

Esta disposición ha podido ser bien observada en el estadio de Mesene. En el de Olympia se aprovechó también la configuración natural del terreno. En Efeso, en Jassus, en Alejandría y en Hierópolis, se encuentran algunos restos de *palestras,* pero sus pórticos arqueados in-

dican que fueron construídas durante el período de la dominación romana.

Las palestras eran cosa diferente de los gimnasios, aunque un gimnasiarca era quien presidía los ejercicios de los atletas o luchadores, sometido a un régimen arreglado por vigilantes que se llamaban aliptes, encargados de untar con aceite, o perfumes, a los atletas, a los enfermos y a los que se bañaban.

(229) Las corrientes de marea son producidas por la acción atractiva del sol y de la luna, y se deja sentir sobre todo en las costas. Todos los mares hállanse sometidos a esta acción del movimiento de las aguas: en todas partes obsérvase que dos veces al día el flujo y reflujo elevan y bajan alternativamente la superficie de las aguas, sobre o debajo de su nivel medio. Las formas de las costas, las corrientes constantes y los vientos, más turbulentos en golfos y estrechos, modifican las mareas. Las más altas son las del golfo de Saint-Malo, las del canal de Bristol, las del estrecho de Pentland, las de la bahía le Fundy, etc.

La altura vertical de la marea es de 21 pies en Ouessant; 45 entre Jersey y Saint-Malo; 35 en Guernesey; 21 en Cherburgo; 20 en El Havre y en Douvres; 46 a 50 en Brisol; 60 a 70 en la bahía de Fundy.

Por mucho tiempo se juzgó que el Mediterráneo no estaba sujeto a las mareas: el movimiento alternativo de subida y bajada es sumamente débil en él, pues no llega a un metro; pero lo cierto es que existe este movimiento, según se ha observado en Venecia, Tolón, Argel y Nápoles.

Séneca referíase al año llamado *climatérico,* que era el que correspondía a todos los múltiplos de siete, que se consideraban por los astrólogos como años calamitosos. La opinión generalmente admitida de que los astros influían en los acontecimientos terrestres, hizo surgir la idea de que cuando los cuerpos celestes se hallaran en las mismas situaciones relativas, de completar su revolución alrededor del sol, se verían reproducir las mismas calamidades, los mismos cambios y períodos semejantes de bienes y males. El regreso de *la edad de oro,* mejor dicho,

el de la felicidad paradisíaca, estaba prometido para cuando se renovase *el año grande*.

A la astrología concedieron toda su atención y confianza Craso, Pompeyo, César y tantos hombres grandes en los tiempos antiguos. Las reglas de la astrología, que se pretendían sacar de la naturaleza de las cosas, eran en el fondo absolutamente arbitrarias. Estas reglas, pocas en un principio, no tardaron en complicarse: cada uno de los miembros del cuerpo humano fué gobernado por un planeta. El mundo y los imperios estuvieron igualmente bajo la influencia de las constelaciones. En los admirables secretos de Alberto el Grande de qué modo Saturno domina sobre la vida, las ciencias y los edificios; el honor, los deseos, las riquezas, la limpieza en el vestir dependen de Júpiter. Sobre la guerra, las prisiones, los matrimonios y los odios ejerce Marte su influencia; el Sol esparce con sus rayos la experiencia, la felicidad, las ganancias y las herencias; de Venus proceden las amistades y los amores; Mercurio envía las enfermedades, las pérdidas, las deudas, preside al comercio y al miedo; la Luna domina sobre las heridas, los sueños y los robos. Los días, los colores, los metales hallábanse asimismo subordinados a los planetas: el Sol es benéfico y favorable; Júpiter, templado y benigno; Marte, ardiente; Venus, fecunda y benévola; Mercurio, inconstante, y la Luna, melancólica.

La perspectiva de los soportales obedece a lo que se da el nombre de ilusiones ópticas. Acontece a veces que cuando miramos una medalla o una moneda en un microscopio compuesto, lo que está en relieve está en hueco, y viceversa. Otras veces, y con el mismo aparato, no sucede esto, sino que los relieves se ven tales como son. No depende, pues, esta ilusión del instrumento, sino de nuestro sentido de la vista, que acostumbrado a ciertas impresiones equivócase con frecuencia acerca de la forma de los objetos.

Visto con anteojo un campo de trigo, dividido en surcos paralelos, apreciábase que desde el fondo de cada surco se levantaba el trigo hasta una arista de separación de las líneas anteriores, pareciéndonos convexas. Las ondulaciones del trigo, por los vértices más elevados, recibían

oblicuamente los rayos solares, de manera que los surcos quedaban en la sombra. Resultaba de esta manera que el campo parecía estar dividido en fosos, y que el trigo nacía lo mismo en éstos que en las lomas de los surcos. Esta ilusión no se efectuaba en las horas del mediodía, y por consiguiente no era debida al instrumento.

—Es independiente de toda voluntad el que la preñez sea sencilla o compuesta. Indudablemente, ha regulado de antemano la naturaleza la suerte de cada especie animal bajo este concepto, haciendo a unos animales *multíparos* y a otros *uníparos*; pero las leyes que acerca de este punto ha impuesto son susceptibles de algunas variaciones, sin que por eso en esta parte pueda influir en nada la voluntad. Los animales multíparos, por ejemplo, no paren siempre el mismo número de hijuelos, y la mujer, que de ordinario sólo da a luz una criatura, pare a veces gemelos. Los hombres de ciencia médica, sin negar su ignorancia sobre la causa de estas variaciones, presentan algunos ligeros estudios de observaciones acerca de este punto. Los gemelos se presentan, por lo regular, una vez en cada veinticuatro partos. Los ejemplos de tres criaturas son más raras; y así es que de treinta y seis mil partos ocurridos en un tiempo dado en el Hospicio de la Maternidad de París, sólo hubo cuatro preñeces triples. La mujer de un labrador moscovita parió repetidas veces cuatro criaturas; pero sobre ciento ocho mil partos habidos durante sesenta años, así en el Hotel Dieu, de París, como en el Hospicio de la Maternidad, no se presentó este hecho ni una vez siquiera. Se ha hablado de preñeces de cinco y más criaturas; pero todos los casos citados son evidentemente apócrifos. Sin embargo, allá por el año 1840, una persona de nuestra familia conoció en Cádiz a un sacerdote que le llamaban *El Cura grande*, y cuya corpulencia corría pareja con las de los seis hermanos gemelos que tenía.

¿A cuál o a quién de los dos individuos, marido y mujer, se deben atribuir las preñeces compuestas? Los que siguen la teoría de la evolución, creen que a la mujer; pues suponen que en el coito han sido fecundadas muchas vejiguillas del ovario. Y lo contrario dicen los que admi-

ten el sistema de los animálculos, atribuyéndolo al padre. Cuéntanse hechos en favor de una y otra opinión. Ciertas mujeres casadas sucesivamente con varios hombres han tenido siempre preñeces compuestas; y ciertos hombres han presentado el fenómeno inverso. Acerca de esta última observación citaremos los hechos siguientes: Ménage habla de un hombre llamado Brunet, cuya mujer, en siete partos dió a luz veintiuna criaturas, y que habiendo abusado de su criada la dejó embarazada de tres niños. En 1775 fué presentado a la emperatriz de Rusia un labrador llamado Jacobo Kirnhof, casado en segundas nupcias, y de setenta años de edad. Su primera mujer había parido cincuenta y siete criaturas en veintiún partos, siendo cuatro de ellos cuádruplos, siete triples y diez dobles; y su segunda mujer había tenido ya siete partos de tres niños y seis de dos.

—Como ya se dijo en otra nota anterior, en la 21, Lucina era la divinidad que presidía los partos y el alumbramiento de los niños. Los romanos la representaban sentada en una silla, con un recién nacido reclinado en uno de sus brazos, y con una flor en la otra mano, y coronada por último de díctamo, por la creencia en que se hallaban de que esta planta favorecía los partos. Los astrólogos de aquellos tiempos entendían por nacimiento el instante en que un ser racional, considerado aquél con relación, como en esta misma nota se ha dicho, a la disposición del cielo y de los astros. Tal ciencia *thebussiana*, digámoslo en forma casi de anagrama y sin ofender la memoria de nuestro pariente Pardo de Figueroa, se la nombraba de dos maneras: *astrología* y *astromancia*.

(230) Es de recordar que nuestro cerebro es la principal víctima de nuestros excesos, particularmente cuando nos entregamos al culto de Venus, pues «el abuso de los placeres y deleites sensibles disminuye y embota la fuerza y penetración del entendimiento.»

(231) Hay que recordar el contrasentido de las palabras de Séneca, reputado como hombre muy rico, pero austero y laborioso con la fortuna que había amasado. ¿Cómo? Desde luego no como gobernante. ¿Fué lícita su adquisición? Es una contestación que no la resuelven ni Tito

Livio, su primer biógrafo, ni Diderot, su mayor panegirista, aunque su padre fué hombre de buena posición social. Claro está que el ser Séneca tan acaudalado ha sido causa de que la maledicencia despotricara de firme contra su rectitud y alteza de miras que juzgaban estudiadas hipócritamente.

(232) Ciro, con haber sido tan poderoso como fué y con haber sometido a todos los pueblos del Irán, no pudo vencer a las naciones nómadas que cercaban sus fronteras. Cambises, hijo de Ciro, sufrió dos grandes reveses que dieron al traste con sus fáciles triunfos: el ejército que debía destruir el templo de Júpiter Ammón quedó enterrado en las arenas; el hambre diezmó las tropas que Cambises conducía por sí mismo para combatir a los etíopes. Receloso de su hermano Smerdis, le envió al suplicio. Un mago que fingió ser Smerdis le impulsó a salirle al encuentro; mas hirióse de tal gravedad Cambises al montar sobre su caballo, que a los pocos instantes fallecía.

(233) En tiempo de Séneca se veneraba a los sabios, pero se abusaba de la sabiduría. Como en los días presentes, la sabiduría era la feliz reunión de las disposiciones naturales con los conocimientos adquiridos y los buenos hábitos. Era, como hoy, un discernimiento exquisito, una constante moderación, el sentimiento de lo conveniente y de lo oportuno, y, por consiguiente, el conocimiento de los hombres. El carácter del sabio, finalmente, lo constituía el amor de lo bueno y de lo justo.

Por esta circunstancia, al escribir Séneca su obra *De la constancia* del sabio, traducida también por el licenciado Pedro Fernández Navarrete, al probar la ineficacia de la injuria contra el sabio, se expresa en estos términos: «¿Faltará por ventura alguno que quisiera hacer injuria al sabio? Intentáralo; pero no llegará a conseguirlo, porque le hallará con tal distancia apartado del contacto de las cosas inferiores, que ninguna fuerza dañosa podrá alcanzar hasta donde él está. Cuando los poderosos levantados por su imperio, y los que están validos por el consentimiento de los que se le humillan, intentaren dañar al sabio, quedarán sus acontecimientos tan sin fuerza como

aquellas cosas que con arco o ballesta se tiran en alto, que aunque tal vez se pierden de vista, vuelven abajo sin tocar en el cielo. ¿Piensas que aquel ignorante rey que con la muchedumbre de saetas oscureció el día, llegó con alguna a ofender al sol, o que habiendo echado muchas cadenas en el mar, pudo prender a Neptuno? De la manera que las cosas divinas están exentas de las manos de los hombres, sin que la Divinidad reciba lesión de aquellos que ponen fuego a sus templos ni de los que forman sus simulacros, así todo lo que se intenta contra el sabio, proterva, insolente y soberbiamente, se intenta en vano.»

Se equivocó en esto Séneca: Calígula intentó quitarle la vida y Nerón llevó a cabo el intento de aquél. Además de esto, uno y otro emperador se juzgaban sabios. Nerón se ofrecía como el prototipo de la fuerza. Hizo un viaje a Grecia para que le admirasen como músico y poeta, que le resultó productivo, pues recogió mil ochocientas coronas.

(234) Este dicho popular, como recuerda el señor Rodríguez Marín en la línea 4, página 417, capítulo XLIX de parte I, correspondiente al tomo III de su tercera edición crítica, lo empleó también Cervantes y lo puso en boca de Sancho para probarle a Don Quijote del error en que estaba con afirmar iba encantado. M. Préchac pone otro término análogo y más breve: *yo te tengo*, que, traducido más libremente, podría ser *yo te cogí*. Aquí se comprueba una vez más lo cierto del razonamiento de don José Marín Sbardi al sostener la intraducibilidad del *Quijote*. No diré que a Séneca le ocurra lo mismo, aunque puede sostenerse que su estilo ¿quién será capaz de asimilarlo con el descuido, que también ha recordado el ex director de la Biblioteca Nacional en el *Prólogo* del tomo I de la citada obra? Para justificarlo, Séneca se interrogaba: «¿Quién habla con atildamiento sino el presumido?» (Carta XXIV, a Lucilio.)

(235) M. Préchac nos informa de cuáles son las fuentes de estas pláticas senequistas: Diógenes Laercio y los estoicos, de los que hizo un estudio acabado en *Cuestiones Académicas* y en el *Discurso en defensa del poeta*

*Archias* (o Arquías). La objeción que presenta aquí Séneca y su réplica evocan las conferencias filosóficas de Aristipo y de Dionisio, de las cuales trató Diógenes Laercio.

Las fuentes para los bienes mancomunados entre amigos pueden buscarse en las traducciones de Diderot, de Aristóteles, Diógenes Laercio y Platón.

(236) Campania entonces significaba tierra de labor, de modo que los atenienses campanos significaban atenienses terratenientes.

(237) Otro verso puesto en prosa por M. Préchac.

(238) Según el manuscrito de M. Préchac examinado, el emperador era César, pero por las palabras que siguen, *fisco* y *patrimonio*, que evidentemente son sinónimas, parecen caracterizar el estado de la vida social en la época de Nerón y no en la de César.

(239) Bion de Boristenes, discípulo de Teofrasto, después perteneciente a la escuela cirenaica, y por último cínico. Como satírico sirvió de modelo a Luciano.

(240) Séneca refiérese a la Roca Tarpeya, o sea al monte de Roma, desde donde precipitaban a los criminales o a los niños que nacían con alguna monstruosidad o deformación física. También existía otro paraje en Roma, llamado las *Gemonias*, donde se ajusticiaban a los malhechores. Al parecer de algunos, este nombre proviene del verbo *gemo* (gimo); otros creen que viene del nombre de su autor o de quien por primera vez sufrió allí la muerte. Era como un abismo profundo, en forma de pozo, con escalones dispuestos de modo que por ellos los reos, una vez empujados, rodaban sin poderse detener, destrozándose inevitablemente antes de llegar abajo, donde padecían una muerte horrorosa. Este suplicio era el baldón de la legislación romana. Las gemonias se hallaban situadas en la décimotercera legión, la misma donde estaba el templo de Juno, reina. Camilo, en el año de Roma 358, mandó que en ellas se expusieran los cuerpos de los criminales. Allí, para evitar que se sustrajeran los cadáveres con el propósito de darles sepultura, velaban unos soldados, quienes, en cuanto los muertos empezaban a descomponerse, los arrastraban con ganchos al Tíber. Tanto era el horror que inspiraban aquellas horribles pre-

cauciones, que el pueblo bajo de Roma, supersticioso como todos los pueblos de entonces, creía que de noche espíritus malignos aparecían en las *gemonías*. Más de una vez juzgó del grado de culpabilidad de un ajusticiado por la corrupción más o menos rápida de su cadáver.

(241) Es el nombre de la fortaleza que después fué reemplazada por un palacio que dominaba el monte Capitolino en Roma. Este monte es el más pequeño de los siete que formaban al principio el recinto de aquella ciudad. Elevábase a unos trescientos pasos de las orillas del Tíber, y dominaba el llano pantanoso que fué después *Forum*. Consta de tres colinas separadas, que, aunque muy poco elevadas hoy, se conocen, sin embargo, bastante; la del SE. está ocupada por el palacio Caffarelli; la del NE., por la iglesia de Santa María in Araceli, y la de en medio, más baja que las dos anteriores, forma actualmente la *Piazza del Campidoglio*.

El monte Capitolino no estaba comprendido en las cuatro regiones de la Roma de Servio, pues parece haber sido en los primeros tiempos de la ciudad eterna su *arx* o su fortaleza. La mayor parte de los pueblos itálicos, y los latinos en particular, tenían cuidado de edificar sus poblaciones al pie de una altura que fortificaban y que les servía de ciudadela. El nombre de *arx* que por largo tiempo recibió una de las cimas del Capitolio, prueba que esta montaña había constituído primitivamente una acrópolis verdadera. El *Arx* y el *Capitolium* eran las dos cimas del Capitolino; los *lucus* o bosques sagrados las coronaban, entre ellos se extendía el *Asylum*, denominado por esta razón *inter duos lucos*; pero comúnmente se aplicaba al conjunto de estas tres partes el nombre de *Capitolium*, uso que prevaleció en lo sucesivo. Este *arx* perteneció al principio al pueblo sabino, rival por un momento del pueblo romano, y que no tardó en ser absorbido por él. Tacio, su jefe, habitaba, según la tradición, el sitio donde después fué erigido el templo de Juno Moneta. De los sabinos pasó el monte Capitolino a los romanos, y reemplazó para ellos al monte Aventino, que al principio les había servido de *arx*.

Siendo el Capitolio la ciudadela de los romanos, natu-

ral era que, según el uso de los pueblos itálicos, colocasen allí, como en el centro de la ciudad, el templo de esa divinidad protectora, de *Júpiter*, que por esta circunstancia se llamó *Capitolino*. Para los romanos, el *Júpiter Capitolinus* era el dios de los altos lugares, al cual sacrificaban los samaritanos en el monte Garizim, el Zeus que moraba en las cumbres del Olimpo. Varrón, que recogía cuidadosamente todas las tradiciones, detalló, por la del descubrimiento de una cabeza humana en los cimientos del templo de Júpiter, el origen de aquel nombre; pero fácil es conocer que esta leyenda había sido fabricada, como tantas otras, sobre la palabra misma a que se refería, y que el orgullo romano se apresuraría a propagar una ficción que halagaba sus proyectos de dominación universal. Varrón dice que antes de llevar este nombre el monte Capitolino, se había llamado Tarpeyo, del nombre de aquella célebre vestal Tarpeya, que por premio de su traición pereció sepultada bajo el peso de los escudos de los sabinos. Este nombre fué también aplicado, y en la nota precedente se ha hecho mención, a una roca célebre del Capitolio.

Dueños los romanos de un vasto imperio, construyeron en diferentes ciudades monumentos por el modelo de los de su capital y erigieron instituciones a imagen de la metrópoli. Y crearon otros Capitolios sobre otros montes Capitolinos, con sus correspondientes templos a Júpiter. Tanto se generalizó aquella denominación, que en Prudencio vemos que *capitolium* es sinónimo de *templo pagano* y que Arnobio dice, hablando de los templos en general, *capitoliis omnibus*, que eran ciudadelas, palacios destinados a los gobernadores y lugares donde se reunían las autoridades municipales.

Hoy uno de los barrios más hermosos de la ciudad es el *Campidoglio*, lo que fué el Capitolio. Llama la atención por la compenetración admirable de las artes de la Roma antigua con las de la Roma moderna.

(242) Séneca decía capitán como equivalente de general. Pedro Fernández Navarrete respetó el original, pero M. Préchac ha traducido con la verdadera significación, y, además, nos da a conocer el nombre de dicho general, Curius Dentatus.

(243) Remitimos al lector a nuestra «Introducción».

(244) Acerca de los muebles con maderas de limoncillo y sembrados de ojos de pavo, se trata en la «Introducción», comunicando interesantes pormenores facilitados por M. Préchac. Tales muebles eran arrebatados de las manos, como vulgarmente se dice, hasta el punto de que los obreros que trabajaban dicha madera formaron con los que trabajaban el marfil verdaderas corporaciones. Plinio trató de los vasos cristalinos tan preciosos como frágiles. Los murrimos, de que nos habla Rodrigo Caro en su *Epístola moral a Fabio*, eran quizás de espatofluor. Del Oriente los trajo Pompeyo a Roma y, de tal modo eran apreciados, que en tiempo de Nerón los fragmentos de uno de ellos se conservaban bajo un túmulo, como si se tratara de los restos fúnebres de Alejandro Magno. El propio emperador poseía una colección muy completa, de la cual había despojado a los herederos del coleccionista. Mostrábala en su teatro *Jardín del Vaticano* al ensayarse antes de perorar o declamar sobre el teatro de Pompeya. Para beber tenía a su disposición un vaso que contenía hasta tres sestercios, o sea litro y medio. Séneca hace más que dejarnos entrever los repugnantes empinamientos de codo a los cuales daban lugar estos excesos de lujo, aunque sepamos de otros casos peores en nuestros tiempos. Cada uno de los pendientes de las mujeres llevaban dos y hasta tres perlas gordas, a las cuales llamaban sus cascabeles por el ruido que hacían al chocar unas con otras. Acerca de la transparencia de los vestidos de seda que en un principio usaban las cortesanas, Séneca se indigna asimismo en otras obras suyas. De las piedras preciosas y de las sederías, de que tanto se podría hablar, hizo mención Haase, el autor de la obra *De Matrimonio*, en tono satírico y regocijante. Y para que los dardos lanzados por su ironía fueran más elevados, aplicaba a las damas los versos de Ovidio que trataban del particular, pero deformándolos ligeramente.

(245) Esta frase fué de Catón y exhumada por Cicerón en su obra *De officiis*. Acerca de las centésimas reclamadas por el estoico Bruto, léase *La loi de Hiéron*, de Carcopino. Acerca del precio de interés entre los romanos,

véase el trimestre último de 1919 de la *Nouvelle Revue d'Histoire du droit français et étranger*, de Appleton. Los «simulacros vacíos de posesión» recuerdan el capítulo VI de la obra ya citada, *De Constantia*. El libro de cambio era enorme, según hace notar el mismo Séneca en la *Epístola LXXXVII a Lucilio* y Marcial. Acerca de los latifundios y los ejércitos de esclavos, han escrito Juvenal en sus *Sátiras* y Boissier en *La Relation Romaine*. Acerca de los latifundios y del cultivo público, véase G. Stara Tedde con *Il capitalismo nel mondo antico*, artículo inserto en la *Rivista Internazionale di scienze mor. e discipline ausiliaire*.

El homenaje de admiración rendido por Séneca a Demetrio tenía su recompensa. El Senado, con bastante menos justicia, hubo de conmemorar el año 49, con una inscripción oficial, el desinterés y altruísmo del manumitido Pallas, quien había rehusado un donativo público de quince millones de sestercios. Compruébese el activo lenguaje del filósofo Demetrio y el de Atalo. Los cínicos pensaban tener derecho a todo, y, en particular, al mando. Demetrio, por su parte, se prohibía a sí mismo el no pedir o solicitar nada, pues nada quería para sí. Esto no obstante, el razonamiento de que nos ocupamos databa de tiempos antiguos: Epicteto le reprendió de la misma forma a San Basilio; Migne lo atribuye a Crisipo; Clemente de Alejandría lo encuentra también, tratándose del matrimonio, en una comparación platonística; Séneca la renueva, no citando más que los lugares consagrados y reservados en Roma para los caballeros por la ley *Roscia theatralis*, de los cuales trató a su vez Suetonio en su *Augusto*. Séneca trata de los plagios que acababan de efectuarse de los libros precedentes. Dichos plagios solamente se dejaban traslucir o adivinar, pues nada más que concernían a los pasajes en donde la esencia del beneficio se distinguía formalmente de la cosa dada, y especialmente el párrafo donde está afirmada a este propósito la «paridad» entre las buenas intenciones. Desde Augusto, la consulta acordada por los juristas bajo la forma de una carta a los requeridos o citados debió llevar un sello oficial. La tesis presentada empareja con la de

los capítulos XXVI y XXVII del libro IV de esta obra: «¿debemos hacer beneficios al ingrato y al malvado?» Antes Platón las había planteado y resuelto negativamente: no devolviendo sus armas o su potestad a quien ha perdido el uso de la razón, el sentido, desde que nosotros hemos recibido los beneficios de sus manos. Estas excepciones a la ley de gratitud debieron de ser analizadas por los declamadores.

(246) Más que razonamientos o silogismos, precursores del escolasticismo de los padres de la iglesia cristiana, son verdaderas máximas, como aquellas transcritas por los señores Hurtado y González Palencia en su *Antología de la Literatura Española*.

(247) Léase la práctica jurista de que se hizo mención en la nota 245.

(248) Estaré lejos de la videncia razonadora de Séneca, ecuánime, discursiva e intangible en sus aspiraciones altruístas, pero hay veces que amalgamo y compagino el gnoticismo posterior, impetrando para sí la sabiduría de los textos religiosos, con el ascetismo y pureza de las convicciones senequistas, reveladoras del arte sutil de la razón y de la radiante belleza de la fraternidad humana.

(249) El calificativo de sabio, según todos los razonamientos que a continuación desenvuelve Séneca, envolvía para éste mayor significación de la que nosotros le atribuímos. ¿Cómo podría ser que el sabio lo fuera y no lo fuera? Imbuído por la doctrina estoica, Séneca hacía hincapié en que el sabio tenía que ser virtuoso, y de aquí se seguía que no siendo virtuoso dejaba de ser sabio por dos razones: porque la voluntad resultaba un potro sin domar y porque el hombre sabio era más que nada quien sabía domar las pasiones, conocerse a sí mismo y vencer a los vicios.

(250) Fueron dos tiranos de Casandras y de Agrigenta, en Macedonia, respectivamente. Apolodoro murió de trágica manera, tal como su vida de crímenes merecía. Falaris adquirió triste celebridad con el toro de bronce adonde encerraba a sus víctimas para prenderles fuego.

(251) A veces los tiranicidas deliberaban, como hace observar M. Préchac, sobre la conducta que debían seguir con los hijos del tirano.

(252) El mismo M. Préchac hace presente la analogía de estas consideraciones con las del lenguaje de Cicerón acerca de César Falaris.

(253) También M. Préchac nos informa de que el concepto y la síntesis de este capítulo había sido erigido en máxima por el padre de Séneca. Perdone el lector que la copie tal como la escribió en latín, puesto que en este capítulo XXI se halla la traducción: «Ego sum qui referre gratiam ne mortuis quidem desino.»

(254) Séneca una vez más saca a plaza el que los romanos adoraban a Baco no sólo en las saturnales, convertidas con el tiempo en verdaderas orgías, sino fuera de ellas en plazas y corrillos.

(255) Sócrates, sin llorar ni lamentarse, tuvo con ingenio que hacer el oficio de las plañideras, que sólo acudían a los entierros de los ricos con vasos lacrimatorios, en donde vertían sus lágrimas, y cuyos vasos colocados en las tumbas de los llorados por aquellas mujeres demostraban cuántas personas les habían llorado. Sócrates con la capa vieja, raída, zurcida, apolillada y con color de ala de mosca, viendo que nadie se apercibía de que su capa iba de capa caída y que sólo era una pavesa o despojo de lo que fué, quiso *plañir* su pobreza sin mendigar una limosna.

(256) Todos los entusiasmos de Séneca, al decir de M. Préchac, estribaban en justificar filosóficamente las figuras retóricas que empleaba. Una de éstas era la comparación, pareciéndole indispensable al sabio para reforzar la debilidad de nuestro espíritu y situarle al lector o al oyente (ya sea dicho que Séneca era un buen orador), ante la presencia de los objetos. En el libro IV, capítulo XII, párrafo primero, se puede comprobar el uso de estas metáforas. Tanto a Cicerón como a Séneca les parecía la exageración un procedimiento eficaz del predicador o propagandista estoico.

(257) La anécdota citada por Séneca al principio de este capítulo, véase cómo la refiere Diógenes Laercio: «Carondas, o Fedón, decía: —¿Quién es el hombre que se emperfuma? —Un desgraciado como yo—respondió Aristipo—y el rey de Persia. Pero tened en cuenta que en

tanto los otros animales nada pierden por esto, al hombre no le ocurre así. Malditos sean los afeminados que desacreditan nuestros buenos olores.»

(258) Otra huella ciceroniana nos ofrece M. Préchac en esta máxima senequista.

(259) Este cuadro de costumbres romanas lo pintó Séneca con el pincel de su mundología y lo embelleció con el numen artístico de su cultura filosófica.

(260) Otro cuadro alegórico, en donde, como reconoce M. Préchac, la vida humana o la sociedad se ven armadas de toda clase de pertrechos bélicos, en consonancia con el espíritu guerrero de los romanos.

(261) Copio lo que dice M. Préchac: «La delicadeza de sentimientos que Séneca transparenta aquí era, a decir verdad, la de todo hombre bien educado, aunque los estoicos la practicaban como una de sus máximas favoritas y Pitágoras dió ejemplo de ello con su maestro Ferécides. En Séneca ya lo hemos señalado en esta obra (libro VI, capítulo 16, párrafo 3.°), así como en su otra obra *Consolación a Helvia*, expresa su gratitud a su tía que le educó maternalmente y le ayudó con su peculio y consejos a lograr el cargo de cuestor, pues sabido es que Séneca fué después pretor en el año 49, y cónsul en el año 56. En su libro *De Clemencia*, prescribe Séneca cómo nosotros mismos debemos volver de nuestros acuerdos con el fin de acondicionarnos con la indulgencia. En el mismo libro se insiste en aquella delicadeza espiritual cuando se dirige a los ingratos, previniéndonos como Marion: «Es preciso llegar al mínimum cuando se trate de humillar a las gentes ante sus propios ojos, sin considerarlo como acto de postración y, sobre todo, sin hacer ostentación ni ruido, etc.» La influencia de Anaxágoras y de Epicuro se muestra en la «cura del alma» y en el «globo de fuego reunido por la casualidad». La meditación acerca de los beneficios del sol y de los dioses nos la recuerdan Séneca en *De Beneficios*, libro I, cap. 1.°, párr. 9, y otros autores muy posteriores, uno de éstos Juliano, en su discurso en honor del astro-rey.

(262) Véase la nota anterior, en donde se muestra a la indulgencia como un acto de caridad más acentuada que

el socorrer al necesitado, porque si bien el ingrato necesita misericordia y bondad de espíritu por parte de su beneficiador, éste, asimismo, necesita tener esa dulzura de carácter.

(263) Véase la nota 261, en comprobación de la cual es menester convenir que Anaxágoras bien podría ser partidario de la «cura de almas» y del perfeccionamiento del individuo al reconocer la existencia de una inteligencia superior que gobierna el mundo y la naturaleza por sus leyes.

(264) Véase la nota 261 y téngase presente cómo trataba Voltaire de las pruebas morales de la existencia de Dios: «Existen por todos los confines del mundo criterios unánimes que parece haber sido impresas por el autor de nuestros corazones: tal es la persuasión común a los chinos, como a los indios y a los romanos, de la existencia de un Dios y de su justicia misericordiosa. Esta creencia no ha variado jamás, sin embargo de que nuestro globo ha experimentado mil transformaciones. Diríase que esta doctrina es un grito de la Naturaleza que se ven forzados a escuchar todos los pueblos al correr de los siglos.»

En los tiempos antiguos Plutarco se había expresado con gran energía sobre la misma tesis. Nos dijo: «Extended los ojos sobre la superficie de la tierra, podréis encontrar ciudades sin fortificaciones, sin letras, sin magistratura regular; podéis hallar pueblos sin habitaciones distintas, sin propiedad, sin profesiones fijas, sin el uso de monedas, y en la ignorancia más completa de las bellas artes; pero no hallaréis en parte alguna una ciudad sin el conocimiento de la Divinidad.»

Habrá religiones absurdas que pueblan la tierra y los cielos de multitud de divinidades quiméricas, aunque en el fondo de sus creencias y al través de sus errores, muchos compartidos por Séneca, expresen como éste la idea y reconocimiento de un ser superior a la Naturaleza.

(265) Véase la nota 261, y la *Introducción*.

(266) Por la mente de Séneca debió de cruzar el espectáculo horroroso del incendio de Roma. Nerón, su causante, después de gozarse ante tan magna tragedia, supo

descartarse de toda responsabilidad, atribuyendo a los cristianos la causa del incendio.

(267) Para M. Préchac, la comparación con el labrador cumple dos finalidades en esta obra de Séneca: al principio se ofrece como máxima: «no sembremos beneficios bajo un suelo estéril»; aquí, de la misma forma: «demos siempre para vencer la esterilidad del suelo».

(268) Esta nueva máxima, como todo el arsenal de razonamientos senequistas, propendía a poner freno, más que en las corrompidas costumbres del pueblo romano, cuyos patricios buscaban la opulencia y recreo de las termas, la magnificencia y boato de los festines, al instinto sanguinario de los tiranos cubiertos por la púrpura imperial. Séneca conoció a tres emperadores, y dos de ellos, Calígula y Nerón, comprobaron que la púrpura más bien les servía de emblema para saciar su sed de sangre pura e inocente. Y acaso Nerón, percatado de la finalidad de estas catilinarias senequistas, más que por juzgar a Séneca comprendido en la conspiración de los Pisones, decretara sellar con la muerte la filosofía de un estoico, no del todo creyente en las doctrinas de Zenón y sus discípulos, pero sí en una vida impregnada de austeridad y alteza de miras, que es la verdadera púrpura imperial de la inteligencia.

FIN

# ÍNDICE


Págs.

Estudio biográfico ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 5
Aforismos morales ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 78
Introducción ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 107

Ideario :

La Filosofía ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 143
El alma virtuosa ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 148
La dicha del sabio ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 163
El sabio entre los hombres ... ... ... ... ... ... ... ... 188
El sabio ante la muerte ... ... ... ... ... ... ... ... ... 220
La divinidad ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 238

Los beneficios :

Libro primero ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 247
Libro segundo ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 267
Libro tercero ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 297
Libro cuarto ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 330
Libro quinto ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 367
Libro sexto ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 397
Libro séptimo ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 433
Notas ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 463

# Pequeña Enciclopedia Práctica

Primorosa colección de tomitos de 19 por 12 centímetros (tamaño de una novela corriente). En ella se publican sólo materias de cultura e interés general, expuestas de modo claro, sencillo y al alcance de todas las inteligencias. Cada volumen viene a ser un perfecto tratadito, resumen y compendio de lo mejor que hasta la fecha se ha escrito en la materia sobre que versa, pues han sido hechos por profesores especializados en cada disciplina. A UNA peseta cada tomo.

Vea los publicados:

1.—J. B. Olavarrieta: **Higiene sexual.**
2.—J. B. Olavarrieta: **La salud por el sol.**
3.—B. J. Bautista: **A B C del espiritismo.**
4.—J. B. Olavarrieta: **La salud por el ejercicio.**
5.—J. B. Olavarrieta: **Las plagas caseras.**
6.—J. B. Bergua: **Ortografía.**
7.—S. A. Radetzki: **El amor.**
8.—J. Guaber: **Gallos, gallinas y pollos.**
9.—Riu y López: **Cuentas ajustadas.**
10.—B. Bauger: **El electricista en casa.**
11.—Una cocinera al vapor: **365 recetas de cocina práctica.**
12. J. B. Olavarrieta: **Higiene del matrimonio.**
13.—M. Valdivia: **El arte de escribir cartas.**
14.—R. Flórez: **El jardín y la huerta.**
15.—J. Paz y Olea: **Mecanografía y taquigrafía a máquina.**
16.—Doctor Krammer: **El hipnotismo.**
17.—J. Guaber: **Conejos, conejas y gazapos.**
18.—J. B. Olavarrieta: **Higiene de las pasiones.**
19.—Fr. Diego de Ariza: **Astrología.**
20.—W. Herlich: **Medicina sexual.**
21.—H. G. Collins: **Grafología.**
22.—J. B. Olavarrieta: **La salud.**
23.—Pedro Alvarado: **Contabilidad y teneduría de libros.**
24.—J. B. Olavarrieta: **La enfermedad.**
25.—Alfredo Ruiz: **El indispensable al automovilista.**
26.—J. B. Olavarrieta: **Cómo se crían los hijos.**
27.—Antonio de León: **Fotografía.**
28.—J. B. Olavarrieta: **La salud por la alimentación racional.**
29.—H. D. Villaplana: **Manual de Mnemotecnia.**
30.—J. B. Olavarrieta: **La salud por las plantas.**

31.—P. Claudel: **Correspondencia comercial española, francesa e inglesa.**

32.—P. B. Iarnowsky: **Trastornos y rarezas del instinto sexual.**

33.—Jacome Ruiz: **Caseros e Inquilinos.**

34.—Domingo de la Vega: **La perfumería en casa.**

35.—F. Wund: **Cómo se cura la tuberculosis.**

36.—Jácome Ruiz: **Matrimonio y divorcio.**

37.—Pedro de Urbina: **Cortesía y trato social.**

38.—S. Pandini: **La vida.**

39.—J. Guaber: **El cerdo y sus aprovechamientos.**

40.—Jácome Ruiz: **Testamentos.**

41.—C. Ruiz Ibarra: **El estreñimiento.**

42.—Jesús de Federico: **Geometría práctica.**

43.—Jácome Ruiz: **Herencia y particiones.**

44.—R. Freund: **T. S. H.**

45.—René Picard: **Afrodisia e impotencia.**

46.—A. Baeza: **La vid, el vino y los vinagres.**

47.—Jácome Ruiz: **La letra de cambio.**

48.—I. Guaber: **Apicultura.**

49.—Prof. Jean Clark: **Procreación consciente y contraconcepción.**

50.—José Bergua: **Historia de la arquitectura.**

51.—Kid Brown: **Boxeo.**

52.—José Arambarry: **Para hablar en público.**

53.—E. Aramburu: **El olivo, el aceite y los jabones.**

54.—Jesús de Federico: **Dibujo geométrico.**

55.—Francisco Robles: **Cartas amorosas.**

56.—Dr. E. Alfonso: **El peligro de los sueros, vacunas y drogas.**

57.—E. Sevilla Richart: **La química del hogar.**

58.—Ricargo Yesares Blanco: **El obrero mecánico.**

59.—J. de Federico: **El gusano de seda y su industria.**

60.—José Bergua: **Historia de la pintura.**

61.—Raúl Pradier: **Higiene de la vista.**

62.—Jácome Ruiz: **La vida al margen de la ley.**

63.—Dr. E. Alfonso: **La salud por el agua.**

64.—J. Indagines: **Fisiognomonía y frenología.**

65.—Jácome Ruiz: **El abogado del pueblo.**

66.—M. Fernández Núñez: **Gramática práctica.**

67.—Fernando Moreno Zaldivar: **Sexología.**

68.—Jácome Ruiz: **Cómo dirigirse a los poderes públicos.**

69.—Jesús de Federico: **Aritmética práctica.**

70.—M. S. Benavides: **Ocultismo experimental.**

71.—J. de Federico: **Alumbramiento de aguas.**
72.—José Bergua: **Historia de la escultura.**
73.—Abreu y Lara: **El canario.**
74.—Antonio Ruiz: **Manual del albañil.**
75.—J. Federico: **El tabaco.**
76.—Marcelo Andrades: **El arte de vender.**
77.—Martón e Izaguirre: **El perro, su crianza y educación.**
78.—J. Ruiz: **El derecho de los necesitados de justicia.**
79.—Yesares Blanco: **Dínamos y motores.**
80.—J. Solano: **Manual de la Enfermera.**
81.—Fernando Montes: **Poda y formación de los árboles frutales.**
82.—Jesús de Federico: **Pintura industrial.**
83.—José del Campo: **Agricultura.**
84.—J. N. Lockyer: **Astronomía.**
85.—Jácome Ruiz: **Principios y Aforismos de Derecho.**
86.—Doctor Eduardo Alfonso: **Cocina vegetariana.**
87.—A. Casanave: **El Veterinario en casa.**
88.—Fernando Montes: **Injerto de árboles y arbustos.**
89.—Jesús de Federico: **Geografía de España.**
90.—A. Montemar: **Los abonos.**
91.—Dr. Suárez Mejía: **El médico en casa.**
92.—S. Marton e Izaguirre: **La vaca y sus productos.**
93.—F. Mendizábal: **Historia de la literatura española.**
94.—José Bergua: **Mil frases célebres.**

**En prensa:**

95.—Jesús de Federico: **Historia de España.**
96.—Mario G. Conde: **Palomas y palomares.**
97.—M. S. Benavides: **Manual de ciencias ocultas.**
98.—Jesús de Federico: **Topografía.**
99.—J. Martón e Izaguirre: **Ovejas y cabras.**

TERMINÓSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA
EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS DE SÁEZ,
MARTÍN DE LOS HEROS, 65,
EL DÍA 29 DE JULIO DE 1936

BIBLIOTECA PÚBLICA SORIA

D-2
17567